

ARQUEOLOGÍA



- Reinterpretando Cuicuilco • Análisis de captación de recursos de los sitios registrados por el Proyecto Gasoducto Samalayuca-Sásabe • Oxitipa y el sitio arqueológico de Tanute, Huasteca potosina • Porcelanas orientales y lozas finas de importación durante el virreinato y el siglo XIX • Análisis del patrón mortuario en un sistema de enterramiento en Huejotzingo • Los petrograbados de Rancho Amado, El Rosario, B.C. • Las figurillas de Mesa Tandhe • La cerámica funeraria de Cuicillos Cuates, Apaseo el Grande • Concepciones mortuorias de Tlatilco y Chalcatzingo • Arte rupestre y cosmovisión del valle del río Tepehuanes



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Secretaría de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero • Secretaria

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Diego Prieto Hernández • Director General

José Luis Perea González • Secretario Técnico

Pedro Velázquez Beltrán • Secretario Administrativo

Lorenza López Mestas • Coordinadora Nacional de Arqueología

Beatriz Quintanar Hinojosa • Coordinadora Nacional de Difusión

Jaime Jaramillo • Dirección de Publicaciones

Benigno Casas • Subdirector de Publicaciones Periódicas

REVISTA DE LA COORDINACIÓN
NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

Editor

Blas Román Castellón Huerta

Consejo editorial

- Annick Daneels • Barbara L. Stark • Elisa Villalpando
- Claudia García Des Lauriers • Aurelio López Corral
- Carlos Navarrete • José Luis Punzo Díaz • L. Alberto López Wario

Consejo de asesores

- Margarita Carballal • Jeffrey R. Parsons † • Dan M. Healan
- Dominique Michelet • Robert H. Cobean • Rubén Maldonado

Benigno Casas • Producción editorial

Javier Ramos • Cuidado de la edición

Álvaro Laurel Valencia • Diseño

Oscar Isaías Del Río Martínez • Formación

Karina Osnaya Corona • Asistente editorial

Nicholas Johnson • Traducción y corrección al inglés

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología. Arqueología, segunda época, núm. 65, diciembre de 2021, es una publicación cuatrimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de Derechos al uso exclusivo: 04-2012-081510552300-102; issn: 0187-6074, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título y contenido: 16119, otorgada por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 1940, Planta baja, col. Florida, C.P. 01030, alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, col. Los Reyes Culhuacán, C.P. 09800, alcaldía Iztapalapa, Ciudad de México. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH: Insurgentes Sur 1940, Planta baja, col. Florida, C.P. 01030, alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México. El tiraje fue de 500 ejemplares.



Índice

Presentación	2
Felipe Ramírez / Alejandro Pastrana Reinterpretando Cuicuilco	4
Omar García Zepeda Análisis de captación de recursos de los sitios registrados por el Proyecto de Salvamento Arqueológico Gasoducto Samalayuca-Sásabe en Chihuahua, pertenecientes al Periodo Medio (1060-1340 d.C.)	34
Peter C. Kroefges / Niklas Schulze / América L. Hernández Correa / Alan Omar García Morales Oxitipa y el sitio arqueológico de Tanute, Huasteca potosina	56
Alejandro Meraz Moreno / Lignaloé Neri Colin / María Trinidad Durán Anda Porcelanas orientales y lozas finas de importación durante el virreinato y siglo XIX en el Proyecto Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes, Ciudad de México	79
Alberto Diez-Barroso Repizo Análisis del patrón mortuario en un sistema de enterramiento del Posclásico en Huejotzingo, Puebla. El complejo funerario Xopanac 1	94
Enah Montserrat Fonseca Ibarra / Fiorella Fenoglio Limón Los petrograbados de Rancho Amado, El Rosario, B.C. ¿Una muestra del estilo Abstracto Septentrional?	116
Stephen Castillo Bernal / Ricardo Cruz / Blanca Pilón / Antonio Beltrán Las figurillas de Mesa Tandhe, Hidalgo. Primeras interpretaciones funcionales	146
María Delgadillo Sánchez / José Antonio Mejía / Jesús Cristóbal Valdés La cerámica funeraria de Cuicillos Cuates, Apaseo el Grande, Guanajuato	174
Roberto Martínez González De los muertos de la casa a la casa de los muertos: una aproximación a las concepciones mortuorias de Tlatilco y Chalcatzingo	188
Daniel Herrera Maldonado Arte rupestre y cosmovisión de las poblaciones chalchihuiteñas del valle del río Tepehuanes, Durango	209
Noticia	
Noel Morelos García La historia de la pirámide del Cerrito en El Pueblito, Querétaro	226
Reseña	
Blas Román Castellón Huerta <i>Las sedes del poder en Mesoamérica</i>	229
Catálogo	
Sara Carolina Corona Lozada / Wendy Patricia Osorio Cemé / Paola González Montero / Edgar Israel Mendoza Cruz Las colecciones cerámicas de las culturas del Suroeste y Sureste de Estados Unidos	233

Presentación

Estimado lector:

El presente número de nuestra revista está nuevamente enfocado a difundir el quehacer académico y resultados de investigación de varios proyectos que se han desarrollado en años recientes. Como siempre, la variedad de temas y métodos empleados enriquecen el conocimiento de la arqueología de México, aportando nuevas ideas e interpretaciones que seguramente serán discutidas por muchos especialistas. En este número, destacan los estudios con resultados que pondrán en discusión las viejas teorías sobre el abandono del sitio de Cuicuilco, mediante datos nuevos relacionados con los procesos volcánicos que aquí ocurrieron. Una reflexión sobre los sistemas funerarios de Tlatilco y Chalcatzingo pone en discusión el origen de la concepción de la muerte en la Mesoamérica preclásica. Tres aportaciones están enfocadas al norte de México: una al arte rupestre de la parte serrana de Durango, y los sitios de cultura chalchihuiteña; otra a Chihuahua y los sitios localizados del Periodo Medio del Suroeste Americano entre 1000 y 1350 d.C. Otra más está dedicada a la Huasteca potosina con las detalladas excavaciones en el sitio de Oxitipa-Tanute, el asentamiento tributario más septentrional de los mexicas. Un trabajo más está ubicado en Baja California mostrando los petrograbados hallados en el sitio Rancho Amado, con un impecable estudio comparativo para su interpretación. Todas estas investigaciones ofrecen excelentes ejemplos de trabajo de campo, trabajo comparativo y cuidadosas interpretaciones que contribuyen a nuevas perspectivas de explicación.

Además de los anteriores, presentamos un trabajo sobre sistemas funerarios de Huejotzingo, Puebla, durante el Posclásico, y las concepciones de esa región sobre la distribución de hombres y mujeres en un entierro múltiple. Nuevamente, un contexto funerario múltiple, esta vez en el Bajío durante la transición del Clásico al Epiclásico, se describe en el sitio de Cuicillos, en el área de Apaseo el Grande, Guanajuato. Aquí se muestra la cerámica de las ofrendas, estupendamente ilustrada, con una discusión sobre la forma y función de estas vasijas. Incluimos una investigación sobre las figurillas tipo Mazapa del sitio Mesa Tandhe en el valle del Mezquital, sus variantes y relaciones con Tula y otros sitios durante la época de transición

del Epiclásico al Posclásico. Finalmente, también publicamos un estudio acerca de las porcelanas finas recuperadas durante las excavaciones que se practicaron en el antiguo convento de Santa Isabel, en lo que hoy es el estacionamiento del Palacio de Bellas Artes. Aquí se muestra cómo ante la escasez de porcelanas orientales, se obtuvieron ejemplares finos y afines procedentes de Europa. Las ilustraciones que lo acompaña son de gran calidad y constituyen un valioso material comparativo y de estudio.

Cabe destacar que esta colección de resultados de proyectos, además de su estupenda calidad en materiales, fotografías, mapas, dibujos e ilustraciones, abordan temas sobre conjuntos mortuorios múltiples, arte rupestre, cerámica y figurillas, patrón de asentamientos, excavaciones, y casi todos los periodos desde el Preclásico hasta el Posclásico, por lo cual integran una admirable muestra de la calidad de la arqueología del centro hacia el norte del país, que actualmente desarrollan arqueólogos que laboran en diversas instituciones de México. Con toda seguridad que nuestros lectores disfrutarán de estas recientes contribuciones arqueológicas y estamos seguros que serán de gran provecho en las investigaciones que desarrollan.

Blas Román Castellón Huerta
Editor

Reinterpretando Cuicuilco

Felipe Ramírez
Alejandro Pastrana

Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH

Resumen: A raíz de los trabajos gearqueológicos llevados a cabo en Cuicuilco, entre 1996 y 2007, se han aportado datos estratigráficos, arqueológicos y nuevos fechamientos de la erupción volcánica que cubrió la mayor parte del asentamiento; esta información reciente, al contrastarse con la visión arqueológica producida por las investigaciones realizadas en esta población preclásica del suroeste de la Cuenca de México entre 1927 y 1985, ha permitido replantear aspectos importantes vinculados con la temporalidad, distribución espacial, etapas constructivas, estratificación social e interacción cultural.

Palabras clave: Cuicuilco, Preclásico, Cuenca de México, trabajos arqueológicos en Cuicuilco, erupción del volcán Xitle.

Abstract: As a result of recent geoarchaeological work carried out in Cuicuilco from 1996 to 2007, stratigraphic, archaeological data and new dates of the volcanic eruption that covered most of the settlement have been provided; This recent information, when contrasted with the archaeological vision produced by the research carried out in this pre-classical population of the southwest of the Basin of Mexico between 1927 and 1985, has allowed us to reconsider important aspects related to temporality, spatial distribution, constructive stages, social stratification and cultural interaction.

Keywords: Cuicuilco, Preclassic, Mexico Basin, archaeological works in Cuicuilco, Xitle volcano eruption.

Cuicuilco, un asentamiento preclásico asentado en el suroeste de la Cuenca de México (figura 1), comenzó a ser estudiado en 1922 y sus investigaciones han continuado hasta hoy en día. Sin embargo, los datos obtenidos en sus diversas intervenciones han sido fragmentarios, dispersos y sin un hilo conductor que expliquen de manera clara su desarrollo cultural. No obstante, una de las pocas síntesis de la información arqueológica y de las hipótesis planteadas para Cuicuilco la ofrece Rattray (2001). Ella afirma que Cuicuilco, cubierto casi completamente bajo metros de lava procedente de la erupción del volcán Xitle, ha sido pasado por alto en estudios regionales. Ya desde 1956, Palerm y Wolf (1972), al llevar a cabo breves reconocimientos de las áreas del Pedregal que no estaban cubiertas por la lava, reportaron evidencias de canales de irrigación anteriores a la erupción volcánica y develaron el gran potencial agrícola y el control sobre el ambiente que proporcionó la irrigación; especularon que estos factores pudieron haber sido importantes en el desarrollo y crecimiento de la civilización en Cuicuilco, el cual, probablemente, se extendió en un espacio de 4 o 5 km, con configuraciones planeadas y, por lo menos, dos grandes montículos piramidales circulares del mismo tamaño y similares a la bien conocida Pirámide de Cuicuilco, que daban cuenta de la enorme importancia de esta población preclásica.

La disposición reticular de Cuicuilco, la densidad del asentamiento, las estructuras monumentales y los entierros en las tumbas, evidenciaban una sociedad altamente desarrollada anterior al surgimiento de Teotihuacán. Entre 1957 y 1961, continúa Rattray (2001), Heizer y Bennyhoff (1958a: 232-233 y 1958b: 93-104) investigaron 10 montículos adicionales (hoy sólo quedan cuatro), ubicados a 500 metros al oeste de la pirámide principal, muy cercanos a la hoy extinta Fábrica de Papel Loreto y Peña Pobre y los que llamaron Cuicuilco “B”, cuyo complejo, observaron, que junto con la Pirámide de Cuicuilco (figura 2), llegaron a conformar una unidad (figura 3, mapa 1), pudiendo representar el inicio del urbanismo, el cual, sería el desarrollo más temprano en el Altiplano Central Mexicano. Rattray, además, enfatizó tajantemente que hasta aquella época “[...] no existe evidencia de ningún depósito de la fase Tzacualli o post-Tzacualli bajo el Pedregal” (Rattray 2001), y que el sitio había sido abandonado alrededor del año 150 d.C. Asimismo, continúa Rattray, durante las excavaciones de Müller en el área de Villa Olímpica, en el año de 1967, se confirmó la poca presencia de cerámica de las fases Tzacualli y Miccaotli, aunque esta última ubica el abandono del sitio hacia el 150 o 100 d.C., incluso antes de estas dos fases cerámicas aún presentes en Cuicuilco. Por otro lado, en Cuicuilco “B”, y siguiendo a Müller, nos dice Rattray, ella ve evidencia de un patrón sistemático de cuadrícula que consistía en:

[...] una serie de estructuras dispuestas alrededor de patios que se sucedían ordenadamente en una especie de calle que debía haber terminado con el gran monumento cónico de Cuicuilco “A” del otro lado de Insurgentes y el cual estaba alineado astronómicamente, según las medidas tomadas por el topógrafo Belisario Ortiz R. Todo esto parecía recordar el plano del asentamiento de Teotihuacán (Rattray, 2001).

Años después, nos dice Rattray (2001), Schávelzon corroboró el patrón sistemático en cuadrícula observado por Müller, las plataformas piramidales, las plazas y la arquitectura doméstica. Apparently, Cuicuilco alcanzó su máximo esplendor entre los siglos VI y II a.C., o en alguna fecha anterior al surgimiento del Estado teotihuacano, abarcando un área aproximada de 400 hectáreas.

Sanders, Parsons y Santley, prosigue Rattray (2001), proponen que el mayor desarrollo y la máxima poblacional en Cuicuilco ocurrió durante las fases TezoYuca y Patlachique (200 a.C.-150 d.C.), siguiendo a

Millon (figura 4, tabla 1). De la misma manera, Tolstoy (1975), otro estudioso del Preclásico de la Cuenca de México, acepta la cronología más temprana obtenida por Heizer y Bennyhoff (1958b: 93-104) para Cuicuilco y propone que:

[...] las tres fechas de radiocarbono (UCLA-594, UCLA-595, UCLA-596) obtenidas en relleno de construcción conteniendo tiestos del periodo Ticoman IV (o Cuicuilco IV) como tiestos más tempranos son compatibles con la idea de que estas etapas ciertamente abarcan épocas anteriores a Ticoman. Esta posibilidad no debe descartarse, ya que es posible que los habitantes de muchos sitios del Preclásico Medio, fueran campesinos subordinados a un centro ceremonial mayor, en lugar de aldeas autosuficientes, como generalmente se les ha considerado (véase también la figura 4, tabla 1) (Tolstoy, 1975).

Las tres referencias de radiocarbono citadas, junto con otra fecha (UCLA-207) obtenida en una ofrenda de la pirámide principal, fluctúan entre 550 y 65 a.C. Los

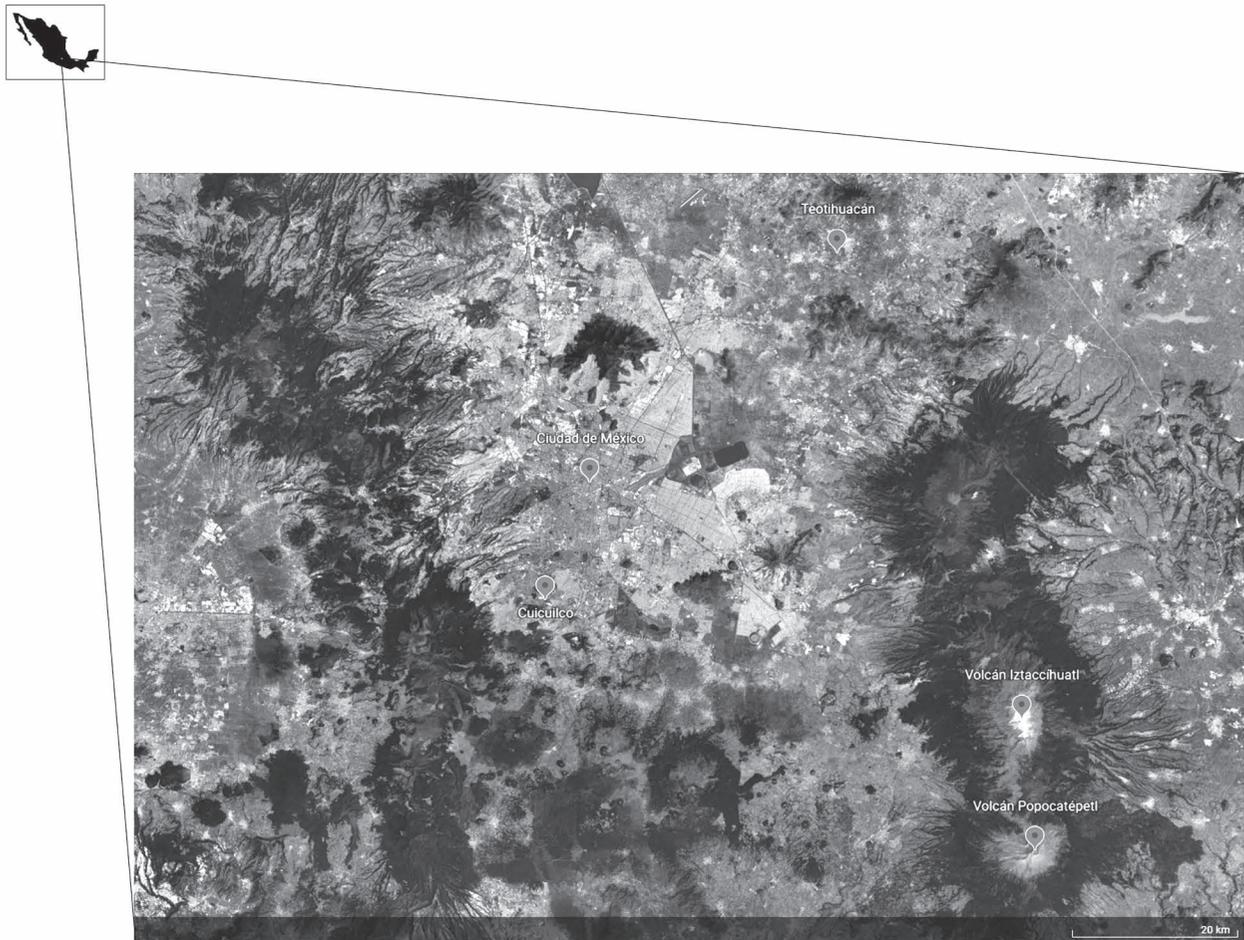


Fig. 1 Foto satelital 1. Cuicuilco dentro en la Cuenca de México y su localización en la Ciudad de México (Landsat/Copernicus, Google Earth, 2021).



Fig. 2 Pirámide Principal de Cuicuilco (foto: Luis Alberto Martos).

sitios que comparten tradiciones cerámicas relacionadas en la Cuenca de México para ese momento fueron: El Tepalcate al oriente y Portezuelo en el sur; Ticoman (al norte), Chimalhuacán (temprano) y Temesco en el centro, y en el noreste, Cuanalan, Tezoyuca y Teotihuacán, donde se gestaba ya el desarrollo de la urbe. Nuevas fechas de radiocarbono ubican la erupción del Xitle y el consecuente abandono de Cuicuilco en el 50 d.C., termina resumiendo Rattray (2001).

La síntesis de Rattray, aunque ilustrativa, no deja de ser muy general y sin tomar en cuenta la información generada, sobre todo, después de los ochenta, que hubieran complementado su visión sobre Cuicuilco. Por lo anterior, el siguiente apartado ahondará y complementará lo dicho por Rattray, aportando información de los descubrimientos a partir de 1984 y hasta 2007.

Nuevos datos arqueológicos. Los estudios recientes en Cuicuilco (1984-2007)

Como hemos visto, lo expresado por Rattray (2001) de manera general, aborda varios datos anteriores a la década de los ochenta, y en ellos menciona que Cuicuilco se encontraba enterrado casi por completo bajo metros de lava procedente de la erupción del volcán Xitle y que ciertas áreas del Pedregal no fueron cubiertas por este fenómeno. En esas áreas, Palerm y Wolf (1972: 102), efectivamente, recuperaron evidencias de canales de irrigación anteriores a la erupción volcánica, lo cual, antes del Xitle, evidenciaban el potencial del medio ambiente para la utilización de sistemas de riego. Otros estudios (Sanders, Parsons y Santley, 1979) tomaron como referencia a Teotihuacán para estimar la extensión

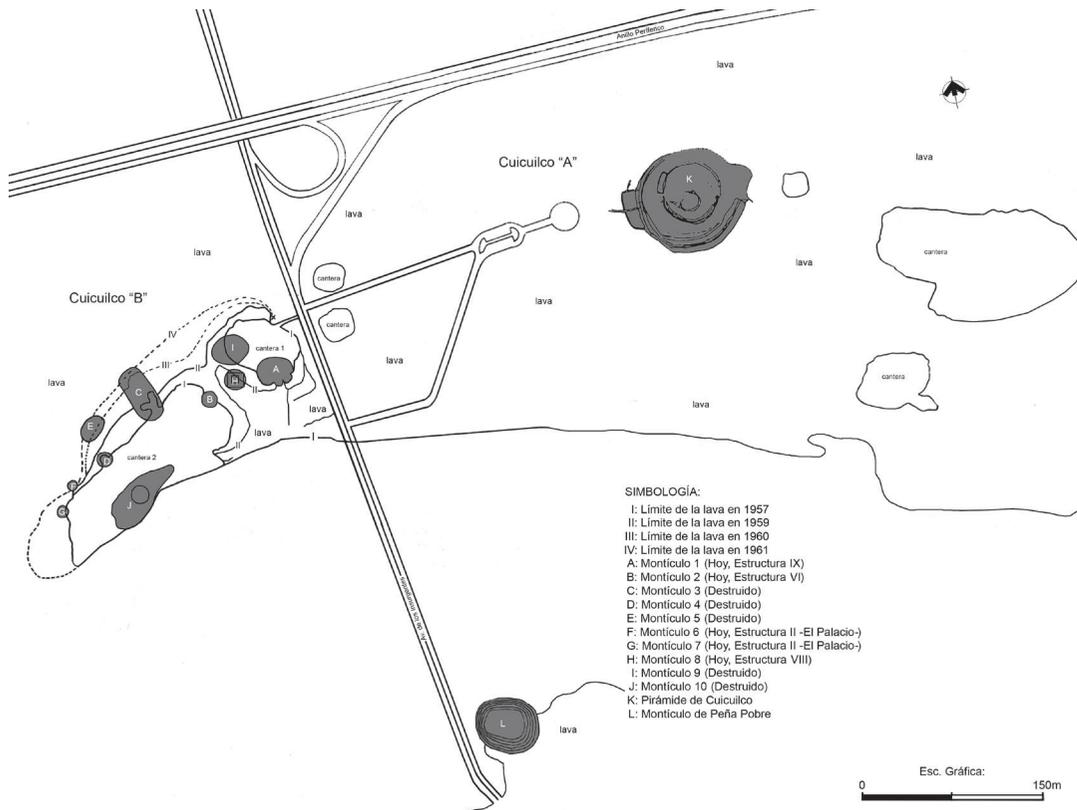


Fig. 3. mapa 1 Cuicuilco "A" y "B" entre 1957 y 1961 (croquis a partir de Heizer y Bennyhoff, 1957-1961. Dibujo de Felipe Ramírez).

de Cuicuilco en unos 4 o 5 km², con configuraciones planeadas y, por lo menos, dos grandes montículos piramidales circulares (pirámides de Peña Pobre y Tenantongo (figuras 5 y 6), con características similares a la bien conocida Pirámide de Cuicuilco.¹ La presencia de una serie de estructuras dispuestas alrededor de patios (figuras 7, 8, 9 y 10) que se sucedían ordenadamente en una especie de calle que debía haber terminado con el gran monumento cónico de Cuicuilco "A", dio pie a pensar que estaba alineado astronómicamente y que "parecía recordar" el plano del asentamiento teotihuacano (Müller, 1990). Ya desde los trabajos de Heizer y Bennyhoff (1958a: 232) se consideró que Cuicuilco "A" y "B" conformaron una unidad durante el Preclásico, y por lo mismo, dicha unidad pudiera estar representando el "inicio del urbanismo", por lo que sería el desarrollo más temprano en el Altiplano Central Mexicano, esto a partir de la fecha que ellos mismos obtuvieron (2100 a.C., fase Tlalpan) y cuyo abandono dataron en el 150 d.C. (Heizer y Bennyhoff, 1958b), fecha que no coincide con la estimada por Müller (1990: 15-20) del 100 antes de Cristo.

Los estudios anteriores a los años ochenta destacaron, entonces, varios aspectos para Cuicuilco, entre

ellos: un esbozo de su cronología, una disposición en cuadrícula, la densidad del asentamiento, el uso de sistemas de riego, la presencia de arquitectura monumental y entierros en tumbas con ofrendas suntuosas, lo cual evidenció una sociedad altamente desarrollada anterior al surgimiento de Teotihuacán, pero con muchas cuestiones aún por resolver.

El aporte de las investigaciones realizadas después de los ochenta, han aportado y replanteado aspectos importantes vinculados con temporalidad, distribución espacial, etapas o momentos constructivos,² obras hidráulicas, grupos estratificados,³ ritualidad,⁴ desarrollo socio-político e interacción cultural para Cuicuilco.⁵

2 Las etapas constructivas: "[...] corresponden a construcciones que comparten períodos entre dos épocas constructivas. Esto es, que alguna sección de un edificio construido en un primer momento, convivió con el siguiente edificio adosado (época) mientras se terminaba de edificar (Morelos, 1993: 91). Mientras que *momento constructivo* a "[...] el adosamiento de muros, escalones, la integración de habitaciones a espacios definidos ó el adosamiento de pequeños adoratorios a las fachadas de las estructuras (Morelos, 1993: 92).

3 Entendemos por *grupos estratificados* a aquellos segmentos de la sociedad donde se observa una clara diferencia entre el grupo de personas que controlan o poseen los recursos (élite) y quienes lo trabajan (gente común usada como mano de obra), específicamente la tierra. Este primer grupo de personas usualmente es una pequeña porción de la población, la cual, está emparentada (Sanders, 1992, cap. 17: 279).

4 Entendida ésta como: "[...] alguna práctica mágica o religiosa" (Bray y Trump, 1976: 206).

5 La *interacción cultural* es entendida aquí como "[...] la circulación de bienes

1 Cuya altura es de 22 metros y su diámetro de 120 metros.

Fechas	Periodos actuales	Heizer y Bennyhoff (Cuicuilco 1957)	Heizer y Bennyhoff (Cuicuilco 1961)*	Müller (Cuicuilco 1968)	McBride (Región de Cuautitlan)	Niederberger (Zohapilco)	Pastrana y Ramírez (Cuicuilco 2012)	
300	TERMINAL PRECLASSIC	Teotihuacan I Chimalhuacan Tezoyuca	The Miccaotli Phase	Teotihuacan II	Miccaotli		Cuicuilco	
250			The Cuicuilco VB Phase	Teotihuacan I	Tzacualli			
200			The Cuicuilco VA Phase	Cuicuilco VII (Patlachique)	Cuicuilco V			
150			The Cuicuilco IV Phase	Cuicuilco VI (Tezoyuca)	Cuicuilco IV			
100			Ticomán III					
50 d. C.	LATE PRECLASSIC	Ticomán II Ticomán I	The Cuicuilco III Phase	Cuicuilco V (Ticomán III)		Ticomán	Ticomán	
0								
50 a. C.								
100	MIDDLE PRECLASSIC	Upper Middle Zacatenco Upper Tlatilco Lower Middle Zacatenco Lower Tlatilco	The Cuicuilco II Phase	Cuicuilco IV (Ticomán II)	Ticomán II	Zacatenco	Zacatenco	
150			The Cuicuilco IB Phase		Ticomán I			
200			The Cuicuilco IA Phase	Cuicuilco III (Ticomán I)	Cuautepec			
250			The Copilco Phase	Cuicuilco II (Zacatenco B)	Late La Pastora			Tetelpan
300								
350								
400								
450	EARLY PRECLASSIC	Early Zacatenco Early El Arbolillo	The Midtlapacoya Period	Cuicuilco I (Zacatenco A) El Arbolillo	Early La Pastora	Manantial		
500								
550		Tlalpan	The Upper Early Preclassic Period		Early El Arbolillo			
600								
650								
700								
750								
800		Tlalpan Phase			¿?			
850								
900								
950								
1000								
1050					Early El Arbolillo			
1100								
1150								
1200								
1250								
1300								
1350								
1400								
1450								
1500								
1550								
1600								
1650								
1700								
1750								
1800								
1850								
1900								
1950								
2000								
2050								
2100								

*con fechas de C¹⁴ sin calibrar

Fig. 4, tabla 1 Cronologías citadas en este artículo. Elaboración de Felipe Ramírez.

Por ejemplo, relacionados con la temporalidad, la distribución espacial y el desarrollo socio-político de Cuicuilco, se pueden vincular los estudios de Gándara. A partir de los trabajos arqueológicos llevados a cabo entre 1984 y 1987, y como parte de su proyecto de unidades habitacionales, realizó tres temporadas de campo en dos zonas circundantes a Cuicuilco (a 2 km al suroeste de la pirámide principal)⁶ y en el Montículo de Peña Pobre, ya dentro de la poligonal de la zona arqueológica. Las dos primeras temporadas

se enfocaron en los dos sitios ubicados al suroeste llamados “Corregidora” (1984) y “La Ladrillera” (1985).

En Corregidora, ubicado al poniente del parque Fuentes Brotantes en la delegación Tlalpan, se descubrió una unidad habitacional de dos cuartos. Debido a que el área del sitio fue nivelada con maquinaria y por presentar una severa erosión, las excavaciones sólo recuperaron la cimentación, los restos de dos fogones (uno interior y otro exterior) y lo que parecen ser los restos de la cimentación de al menos dos *cuexcomatl*. Esta unidad habitacional formó parte de una serie de caseríos circundantes a Cuicuilco, ya que, según los artefactos cerámicos, corresponden a las fases Zacatenco, Ticoman y Cuicuilco, casi todas las fases en las que también se desarrolló Cuicuilco.

En el segundo sitio, La Ladrillera, conocido igualmente como los “Hornos de Tlalpan”, ubicado también al suroeste de Cuicuilco, pero al poniente de Fuentes Brotantes, algunos informantes reportaron la existencia

que unió a los sistemas locales en un área más amplia, extendiéndose hasta ser regionales o supra-regionales, cuyo flujo se perpetuó mediante la creación de un código común de valores y creencias, manifestándose en un corpus compartido de símbolos con el fin de facilitar la interacción social necesaria para el intercambio de esos bienes [...] Ahora, “[...] el rango de expansión de estas redes de relaciones constituyen la esfera de interacción cultural” (Caldwell, 2007).

⁶ Gándara propone que ambos asentamientos posiblemente fueron parte de la periferia de Cuicuilco, sin embargo, dada su lejanía, pensamos que Corregidora y La Ladrillera conformaron probablemente una aldea aparte.



Fig. 5 Montículo de Peña Pobre, Zona Arqueológica de Cuicuilco (foto de Felipe Ramírez).



Fig. 6 Montículo de Tenantongo (dentro del círculo blanco) en el Bosque de Tlalpan (foto de Luis Alberto Martos).



Fig. 7 Estructura II (El Palacio), Cuicuilco "B" (foto de Luis Alberto Martos).

de entierros; vecinos del lugar recuperaron parte de las ofrendas asociadas a ellos, consistentes en figurillas y vasijas, posiblemente del Preclásico medio (fase Zacatenco); sin embargo, en las excavaciones de Gándara sólo se obtuvieron materiales arqueológicos del Preclásico tardío y terminal, fases Ticoman y Cuicuilco, sin ninguna evidencia ya de arquitectura o de entierros. Esto llevó a Gándara a proponer que en algún momento existieron por lo menos dos ocupaciones en el sitio y que en la zona se distribuyeron caseríos dispersos, que posiblemente tuvieron relaciones con Cuicuilco.

El último de los estudios de Gándara en Cuicuilco lo realizó en 1987, en el Montículo de Peña Pobre. Ubicado en la esquina de Avenida de los Insurgentes y Avenida San Fernando, este montículo es una construcción de forma semicircular (véase la figura 2) asentado sobre la última (la más alta) de tres grandes terrazas observables en su lado oriente, y sobre las dos primeras se edificaron, más recientemente, las casas de los obreros que habitaron la fábrica de papel mientras ésta operó hasta 1986 (hoy en día se encuentran varios negocios en lo que hoy se denomina el Parque Ecológico de Loreto y Peña Pobre). En el trabajo de exploración del montículo se definió un firme de un piso de piedras angulares y cantos rodados, que estaba delimitado por un muro orientado norte-sur; también se descubrió un escalón sobre uno de los taludes de la estructura. Por el sistema constructivo y los materiales arqueológicos asociados se determinó que, tanto las terrazas como el montículo, formaban parte del complejo arquitectónico de Cuicuilco.

Por lo anterior, los trabajos de Gándara, en suma, mostraron la posibilidad, desde nuestro punto de vista, de la existencia de aldeas menores en torno a Cuicuilco, más que formar parte de él. Poblaciones menores que probablemente estuvieron subordinadas y que representaron, para este caso específico, aldeas (*hamlets*) siguiendo a Sanders, Parsons y Santley (1979). Aunque con poca evidencia, la jerarquización de asentamientos alrededor de uno mayor sí es evidente, y esto, junto con la presencia de arquitectura monumental que destaca la jerarquía del asentamiento a nivel regional (no existió otro asentamiento como Cuicuilco en el Preclásico tardío), la presencia de estratificación social representada por edificaciones donde habitaron los grupos de élite (estructuras II [El Palacio] y IX) y entierros con ofrendas diferenciadas con objetos suntuosos propios de los grupos de linaje, esbozan la posibilidad de la presencia de varios de los rasgos característico de un Estado prístino (Drucker, 1981).⁷

⁷ Un Estado prístino es entendido como una unidad política autónoma, de tamaño significativo, con instituciones desarrolladas (aunque no todas), un control centralizado, con una población de alrededor de 5 000 a 20 000



Fig. 8 Estructura VI, Cuiculco "B" (foto de Felipe Ramírez, INAH).



Fig. 9 Estructura VIII, Cuiculco "B" (foto de Mónica Moguel, INAH).



Fig. 10 Estructura IX, Cuiculco "B" (Foto: Miguel Morales, INAH).

Los sitios de Corregidora y La Ladrillera (que posiblemente hayan sido uno solo) fueron contemporáneos con las principales fases de esplendor de Cuiculco (fases Zacatenco, Ticoman y Cuiculco). En el caso del Montículo de Peña Pobre, además de demostrarse su contemporaneidad con la Pirámide Principal, se estableció que la edificación fue parte fundamental del núcleo arquitectónico que conformó el centro ceremonial en Cuiculco.

Un estudio más que aportó información relevante relacionada con la cronología, distribución espacial, etapas constructivas y la posibilidad de interacción cultural en Cuiculco, fue el llevado a cabo por la Subdirección de Salvamento Arqueológico del Instituto Nacional de Antropología e Historia (DSA-INAH) en 1990. Debido a la inminente construcción de un conjunto de edificios que afectarían vestigios prehispánicos en un predio ubicado en Avenida de los Insurgentes 3579, esquina con Camino a Santa Teresa (Rodríguez, 1993a, 1993b; Rodríguez, De la Torre y Moguel, 1993), Rodríguez y sus colaboradores pusieron en marcha un proyecto denominado Cuiculco "C" (véase la figura 11 y mapa 2 para su ubicación). En este salvamento se descubrió la cimentación de una construcción circular no cubierta por la lava del Xitle de 52 cm de altura, edificada con bloques de basalto y tierra, la cual, fue desplantada sobre una gran plaza que, desafortunadamente, fue arrasada por una nivelación del terreno. No obstante, se pudieron recuperar extensas áreas de apisonados, fogones, muros de basalto cementados con lodo, entierros y artefactos fechados entre el Preclásico medio, tardío y terminal (fases Zacatenco, Ticoman y Cuiculco).

La estructura circular tuvo tres etapas constructivas: la primera de bloques de basalto pegados con lodo fue la de mayores dimensiones (25 metros de diámetro); la segunda (de 20 metros de diámetro) compuesta también con bloques de basalto y cantos rodados, y la tercera (de 12 metros de diámetro), elaborada con pequeños bloques de basalto. En esta última etapa constructiva se apreciaron claramente accesos ubicados a los extremos este y oeste, que resultaron ser rampas de tierra delimitadas con muretes de basalto, además de hoyos para postes al centro de la estructura, que posiblemente, sostuvieron techumbres de materiales perecederos. De igual forma, una amplia banqueta de 4 metros de ancho rodeó la estructura circular en su última época (figura 12).

habitantes, un centro principal y varias aldeas dependientes. El centro principal realiza actividades ceremoniales, depende mucho de la tecnología y el control del Estado se basa en un solo individuo y su linaje real, siendo esta diferencia, entre la élite y la gente común, una de las principales características de la diferenciación entre un cacicazgo y un Estado. Es capaz de organizar y movilizar a un grupo de militares, además de tener como una de sus principales funciones, la celebración de ceremonias religiosas, la construcción de recintos sagrados y la producción de arte religioso.



Fig. 11, mapa 2 Cuicuilco y sus secciones A, B, C, D y Monticulo de Tenantongo (modificado de Plano Oficial de delimitación de la Zona Arqueológica de Cuicuilco, DRPMZA-INAH, 1997).



Fig. 12 Cuicuilco "C" (tomado de Rodríguez, De la Torre y Moguel, 1993, foto 7: 20).

Unos de los hallazgos relevantes en Cuicuilco "C" fueron siete entierros (4 adultos, 2 adolescentes y 1 niño) recuperados al oriente del terreno. Respecto de las tipologías cerámicas se identificaron tiestos del Preclásico vinculados con las fases Zacatenco, Ticoman y Cuicuilco, además de artefactos de las fases Prado, Corral y Tollan del Posclásico temprano, de la fase Azteca III en el Posclásico tardío, cerámicas mexicanas y españolas de la época Colonial del siglo XIX (Rodríguez, De la Torre y Moguel, 1993). Rodríguez propuso tres etapas de ocupación en Cuicuilco "C": la primera y más antigua fue una zona habitacional conformada por apisonados, fogones, hoyos para postes, y huesos de animales como venado, berrendo, guajolote y perro (Ramírez y Moguel, 1991: 1-15); la segunda corresponde a una gran plataforma en forma de elipse, y la tercera, a la estructura circular con tres etapas constructivas, relacionadas con la última ocupación del sitio, ampliación ésta de poco antes de la erupción del Xitle.

En resumen, en Cuicuilco "C" se identificó un primer momento de ocupación del Preclásico medio, relacionado con la fase Zacatenco (700-400 a.C.), consistente en una serie de unidades habitacionales, donde tenían lugar actividades de preparación de alimentos, próximas a arroyos y manantiales (Rodríguez, 1993a; Ramírez y Moguel, 1991). En un segundo momento en el Preclásico tardío, posiblemente en la fase Ticoman (400-200 a.C.), se nivelaron grandes superficies para desplantar plataformas de baja altura, que posteriormente se modificaron o sufrieron ampliaciones hasta finalmente ser abandonadas. El desarrollo de arquitectura monumental reflejó una intensa actividad constructiva llevada a cabo en el Preclásico tardío, y la estructura circular de Cuicuilco "C" correspondió al desarrollo de templos de segundo orden que, en conjunto con los de primer orden, como la Pirámide Principal y los montículos de Peña Pobre y Tenantongo (en el bosque de Tlalpan),

ampliaron el núcleo arquitectónico más importante del asentamiento.

En el último momento del Preclásico terminal, fase Cuicuilco (200 a.C.-150 d.C. según McBride, 1974; y Müller, 1990; además de fase Teotihuacan I o Ticoman III según Heizer y Bennyhoff, 1958a y 1958b), se realizaron renovaciones al edificio circular de Cuicuilco "C"; probablemente también la Pirámide de Cuicuilco (Cuicuilco "A") sufrió modificaciones en esta época, junto con los 11 edificios identificados ya durante los trabajos de Villa Olímpica (Cuicuilco "B"). Con la construcción de los montículos de Peña Pobre y Tenantongo, entre el 400 y el 200 a.C., se observa el mayor desarrollo del asentamiento cuicuilca, que parece siguió ocupado hasta su abandono por la erupción del Xitle alrededor del 250 d.C. (Siebe, 2000), como estamos proponiendo aquí. Por lo anterior y según Sanders, Parsons y Santley (1979), Cuicuilco llegó a tener una extensión de alrededor de 400 hectáreas y una población aproximada de 20 000 habitantes, e igualmente, contó con los primeros indicios de urbanismo de acuerdo con los polémicos planteamientos de Müller (1990), quien apreció sobre la lava, una controvertida planeación en una amplia avenida entre Cuicuilco "A" y "B".

Con base en lo anterior, el estudio de Cuicuilco "C" aportó varios puntos relevantes para el conocimiento del asentamiento, como fue: el uso del espacio en épocas tempranas, y al suroeste del Gran Basamento, por unidades habitacionales y áreas de preparación de alimentos durante el Preclásico medio (700-400 a.C.) y antes de los grandes desarrollos arquitectónicos relacionados con el Preclásico tardío (400-200 a.C.). De igual forma, el establecimiento de arquitectura monumental circular de segundo orden, como la de Cuicuilco "C", muy particular y parecida en su planta a los edificios conocidos como Guachimontones (Weigand y García de Weigand, 2002: 129-147), y su colocación dentro del núcleo principal del asentamiento cuicuilca durante la fase Ticoman, justo en el momento cuando se aprecia una presencia de figurillas H4 y vasijas cerámicas de occidente, demuestra su importancia para los pobladores cuicuilcas, que desplazan sus espacios de habitación para dar lugar a un nuevo edificio monumental. Por lo anterior, planteamos la posibilidad de que este tipo de edificaciones esté relacionado con cultos originados en occidente de Mesoamérica y su presencia en Cuicuilco posiblemente tuvo el propósito de reconocer o reforzar las relaciones con un sustrato común, como pudieron haber sido los grupos otomianos que también habitaban esta parte poniente de México, cuyos fundadores de Cuicuilco probablemente tuvieron esta filiación, siguiendo la idea de Gamio y Plancarte en relación con las "culturas de los cerros" o arcaicas, como menciona Carrasco (1986).

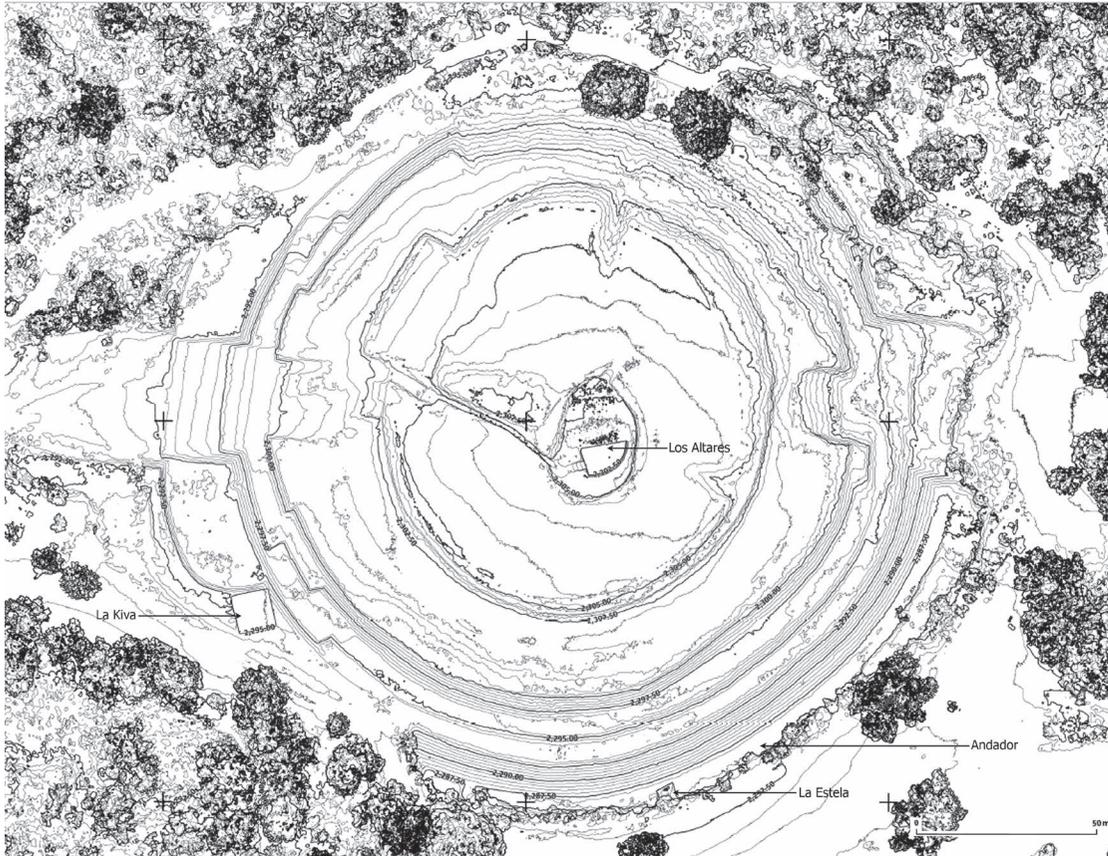


Fig. 13 mapa 3 la Pirámide de Cuicuilco. Plano topográfico ubicando “La Estela”, “La Kiva”, “Los Altares” y “Andador” (elaborado por Gerardo Jiménez, IIA-UNAM, 2018).

Después de este salvamento, en 1994, Rodríguez y Bracamontes efectuaron otra intervención en el Deportivo Villa Olímpica que aportó información relacionada con la arquitectura y temporalidad, ya que por la cimentación de una techumbre para cubrir un gimnasio fueron excavados ocho pozos que evidenciaron varias etapas constructivas, su temporalidad y la distribución espacial de ciertos elementos arquitectónicos. Entre estos últimos se detectó la esquina de una estructura con varios apisonados, que probablemente pertenecieron a la Estructura II (el llamado Palacio), en donde uno de esos apisonados estaba quemado y en cuya superficie se identificó la impresión de un petate, así como varios hoyos para postes y vasijas cerámicas perteneciente al Preclásico, principalmente al medio (700-400 a.C.). Los contextos ahí descubiertos fueron contemporáneos, con etapas de ocupación Zacatenco de ciertas áreas de Cuicuilco “A” y con los contextos más antiguos descubiertos en Cuicuilco “C”, lo que nos permitió suponer la existencia ya de arquitectura monumental, antes del Preclásico tardío (400-200 a.C.) en Cuicuilco. Por lo anterior, es plausible la posibilidad de que se hayan edificado plataformas habitacionales a menor escala desde el 700 a.C. en Cuicuilco “B” (incluyendo a la Estructura

IX, conocida también como el Edificio Heizer), que junto con las primeras dos etapas constructivas del Gran Basamento, asociadas al espacio de la columna andesítica (La Estela de Cuicuilco) en Cuicuilco “A”, fueron las primeras manifestaciones constructivas monumentales de esta población preclásica como lo veremos más adelante.

Uno de los contados proyectos de investigación a gran escala llevados a cabo en Cuicuilco fue el de Pérez Campa (él como director), Gómez Rueda y Pastrana en 1996,⁸ cuyos hallazgos aportaron información relacionada con etapas constructivas, ritualidad y obras hidráulicas. En Cuicuilco “A”, por ejemplo, fueron excavadas varias áreas en el denominado *Andador Sur* de la Pirámide Principal (figura 13, mapa 3), en donde fue descubierta una columna de andesita de 3.90 metros de altura con petrograbados en forma de rombos y círculos, denominada *La Estela de Cuicuilco* (foto 9: Pérez, 1998: 37; Moguel, 1997: 5-6). Este monumento monolítico estuvo colocado sobre una pequeña estructura escalonada de tierra, desplantada sobre un terraplén,

⁸ Desafortunadamente, el informe final de Pérez Campa nunca fue entregado al Consejo de Arqueología. Sólo existen los informes de sus colegas Gómez Rueda y Pastrana.



Fig. 14 Estela y petrograbados en forma de rombos y círculos (fotos y composición de Miguel Morales y Felipe Ramírez, INAH).



Fig. 15 Parte superior de “la estela” descubierta al sur de la Pirámide Principal (foto de Alejandro Pastrana).

que probablemente esté correspondiendo a la primera etapa constructiva de la Pirámide Principal, por lo que en este lugar se conformó el principal espacio ritual del Preclásico medio (700-400 a.C.), en el que la estela estuvo frente a la primera etapa de la Pirámide Principal (Pastrana, 1997).

Los petrograbados identificados en la estela han sido asociados con tres probables significados: uno con la fertilidad, puesto que los círculos parecen surgir de los rombos como si fueran gotas de lluvia; el segundo, con el árbol cósmico, el cual, representa los tres planos del universo prehispánico y, finalmente, un tercero, vinculado a la existencia de un calendario donde los círculos y los rombos representan una fecha (Pérez, 1998: 37; Moguel, 1997: 5-6). No obstante, consideramos que una interpretación más plausible de que lo que representó este monolito, tiene más que ver con el uso de sus diversas sombras proyectadas a lo largo del año a manera de *gnomon* (Gómez y Pérez, 1997: 30), y sus grabados, indicar eventos calendáricos vinculados con ritos de fertilidad agrícola relacionados con el inicio de la siembra o la cosecha, mientras que el primero y segundo cuerpos de el Gran Basamento, época en la que se piensa estuvo vigente la estela frente a este edificio, representaron los cerros como proveedores principales de alimentos (la idea ya del cerro de los mantenimientos), que en conjunto conformaron un elaborado ritual relacionado con la agricultura y todos sus elementos asociados (agua, lluvia, truenos, nubes, entre otros). Algunos elementos más asociados con la agricultura fueron recuperados en diversas secciones de Cuicuilco (en lo que hoy llamamos Cuciuilco “D” — véase la figura 11 y mapa 2—), los cuales tienen que ver con obras hidráulicas (Pastrana y Fournier, 1997: 7-9). Estas evidencias arqueológicas consistieron en sistemas de canales, represas y estratos de una laguna, como se ampliará más adelante, y fueron descubiertos al norte del estacionamiento de Telmex, donde actualmente se encuentra el Centro Comercial Plaza Inbursa (mejor conocido como Plaza Cuicuilco). Estas evidencias, junto con los canales descubiertos por Palerm y Wolf (1972: 102) en la ladera noroccidental del cerro Zacatepetl, demuestran el uso común de obras hidráulicas en Cuicuilco.

Una de las excavaciones realizadas en el proyecto de Pérez Campa, la de Gómez Rueda (1997), se llevó a cabo en la parte superior de la Pirámide Principal (Cuicuilco “A”). Durante los trabajos, en 1924, de Cummings (1926: 289-304), se descubrieron, en el centro del montículo, una serie de altares asociados a varias etapas constructivas de la Pirámide Principal; sin embargo, no se sabía con precisión a cuáles de ellas pertenecían; por ello, este estudio buscó establecer las diversas etapas y sistemas constructivos del edificio y de “los altares”. De igual forma, Pérez Campa excavó

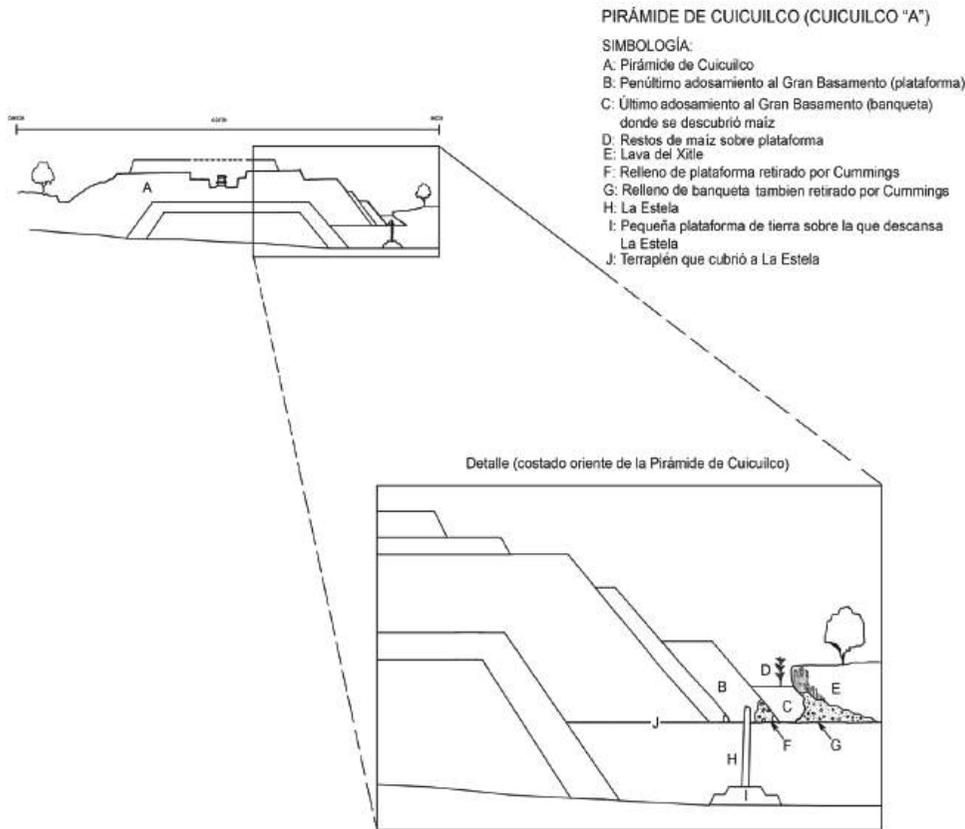


Fig. 16 Banqueta sobre la cual se descubrieron restos de maíz, al costado este de la Pirámide de Cuicuilco (dibujo esquemático de Alejandro Pastrana y Felipe Ramírez).

varios sondeos en Cuicuilco "B", cuyo objetivo fue determinar las etapas constructivas de las estructuras y las fases de ocupación de esta zona, pero, sobre todo, en la Estructura IX.

En una más de las exploraciones de este mismo proyecto, en el costado oriente del Gran Basamento, Pastrana (1998) pudo determinar la existencia de un cuerpo adosado (este-sureste) a la pirámide, que Cummings confundió con un depósito erosivo producto de un supuesto abandono previo a la erupción del Xitle, mismo que fue destruido por sus excavaciones; sin embargo, la forma que dejó esta estructura en la lava permitió definir su existencia, ya señalada por Mar-

quina (1990) desde 1951. Este cuerpo consistía en una "banqueta" adosada a la última etapa constructiva de la Pirámide Principal, que en su cara sureste tuvo escalones. Este elemento arquitectónico también fue desplantado sobre el último terraplén que cubrió totalmente a "la estela" (véanse las figuras 14 y 15) y, precisamente, sobre el piso de la banqueta que cubrió a la estela se sembró maíz, probablemente con propósitos rituales agrícolas (figura 16) y donde fueron recuperados fragmentos de caña carbonizada (figura 17).

Como ya se adelantó, al siguiente año, en 1997, Pastrana realizó un salvamento a 265 metros al suroeste de la Pirámide Principal y al costado norponiente de la antigua Fábrica de Papel de Loreto y Peña Pobre, hoy Centro Comercial Plaza Inbursa (espacio denominado por el Proyecto Cuicuilco como Cuicuilco "D" [véase la figura 11, mapa 2]), ya que en ese espacio se proyectaba construir un gran edificio de 80 pisos (Pastrana y Fournier, 1997).⁹ Sin embargo,

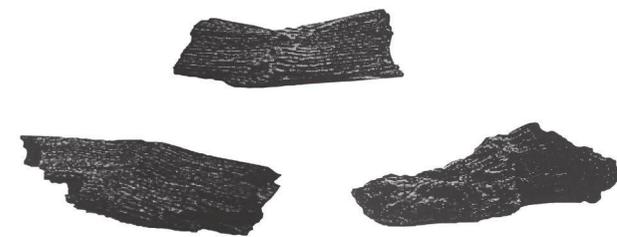


Fig. 17 Fragmentos de cañas carbonizadas descubiertas sobre banqueta perimetral (foto de Denia Sandoval).

⁹ Originalmente se construiría el Edificio Inbursa de 80 pisos, sin embargo, y debido a la oposición de los residentes de Villa Olímpica por considerar que resultaba agresivo para la visual de la zona, sólo se permitió una construcción mas baja, como lo fue el edificio de Telmex.



Fig. 18 Lavas almohadilladas (pillow-lavas) descubiertas por Pastrana y canal preclásico asociado; el estacionamiento del edificio Telmex se ubica en el lado izquierdo de la foto, Plaza Inbursa (foto de Alejandro Pastrana).



Fig. 19 Canal preclásico descubierto al norte del estacionamiento Telmex. Este último se ubica en la parte baja de la foto, Plaza Inbursa (foto de Alejandro Pastrana).

se optó por levantar un edificio “más pequeño”, que albergaría oficinas de Telmex, y cuya construcción, posiblemente, afectaría edificaciones prehispánicas dada la cercanía con las pirámides de Cuicuilco y Peña Pobre. Derivado de este estudio, se estableció que el área no fue cubierta completamente por la lava del Xitle y que en el borde sur de esta pared de piedra natural (en donde actualmente se encuentra el estacionamiento Telmex) se descubrieron lavas almohadilladas que se formaron al enfriarse abruptamente, cuando penetraron en alguna laguna o cuerpo de agua (figura 18), el cual fue identificado por la presencia de diatomeas. Pastrana también ubicó varias capas de ceniza volcánica tanto del Xitle como del Popocatepetl y el paleocauce de un río caudaloso (llamado río Magdalena), con grandes cantos rodados, que alimentó a un sistema de canales agrícolas, los cuales

podieron ubicarse, por su posición estratigráfica bajo las capas de ceniza y lava del Xitle, en el Preclásico (figura 19).

Además de artefactos del Preclásico, se recuperaron algunos más del Clásico (fases Tlamimilolpan y Xolalpan, entre el 285 y 650 d.C), Epiclásico (tradicción Coyotlatelco, entre el 650 y 950 d.C), Posclásico (fases de esplendor de Tula, entre el 950 y 1150 d.C. y Azteca IV), Coloniales (tradiciones indígenas e hispánicas), además de cerámicas del siglo XIX (loza fina europea), las que fueron arrastradas por el cauce del canal y fuera de él, incluso después de la erupción del Xitle. El estudio de Pastrana confirmó la importancia que las obras hidráulicas tuvieron para la traza del asentamiento central cuicuilca, así como corroborar los datos obtenidos por Palerm y Wolf años atrás, al identificar represas y canales de irrigación para campos de cultivo, dada la simetría y disposición de volúmenes similares de lavas almohadilladas (figura 20).

Un posterior salvamento arqueológico realizado por Pérez Campa, Soriano y Pascal (2005: 1-30), corroboró la información que Pastrana había reportado en relación con la presencia de un cuerpo de agua en la zona del actual Centro Comercial Plaza Inbursa. En esa intervención, Pérez Campa trabajó también un área dentro de los límites del perímetro sur de la poligonal de la zona arqueológica, en un terreno destinado a la construcción de un estacionamiento de cuatro niveles en el espacio de 8 000 m² del Edificio Inbursa, en el límite noreste con la Pirámide de Peña Pobre. Ahí, el equipo de tres arqueólogos excavó 13 pozos de sondeo y 4 calas, estableciendo que el área carecía de evidencias prehispánicas y sólo identificaron rellenos recientes para la nivelación del terreno donde se edificó la Fábrica de Papel de Loreto y Peña Pobre.

El penúltimo de los trabajos arqueológicos mencionados en este artículo fue el llevado a cabo por Ramírez y Rangel (2007: 1-22) en el área oriental (estacionamientos) del actual Centro Comercial Plaza Inbursa, debido al inicio de los trabajos del proyecto Ciudad Vial del Grupo Financiero Inbursa (véase la figura 21, foto satelital 2), donde se muestran todas las áreas intervenidas arqueológicamente hasta el 2007. Por lo anterior fue necesario que el INAH interviniera para determinar la posible afectación de elementos arqueológicos, dada la cercanía del predio con la Pirámide de Cuicuilco (Cuicuilco “A”) y el Montículo de Peña Pobre. Para ello, Ramírez y Rangel sondearon un área de 13 942 m² con 16 pozos (figura 22, mapa 4), cuyos resultados fueron los siguientes: las partes norte y centro fueron elevadas y niveladas con rellenos de hasta 3.50 metros de profundidad; en 9 de los 16 sondeos excavados fueron descubiertos escurrimientos de lava (figura 23). Algunas de esas lavas, al igual

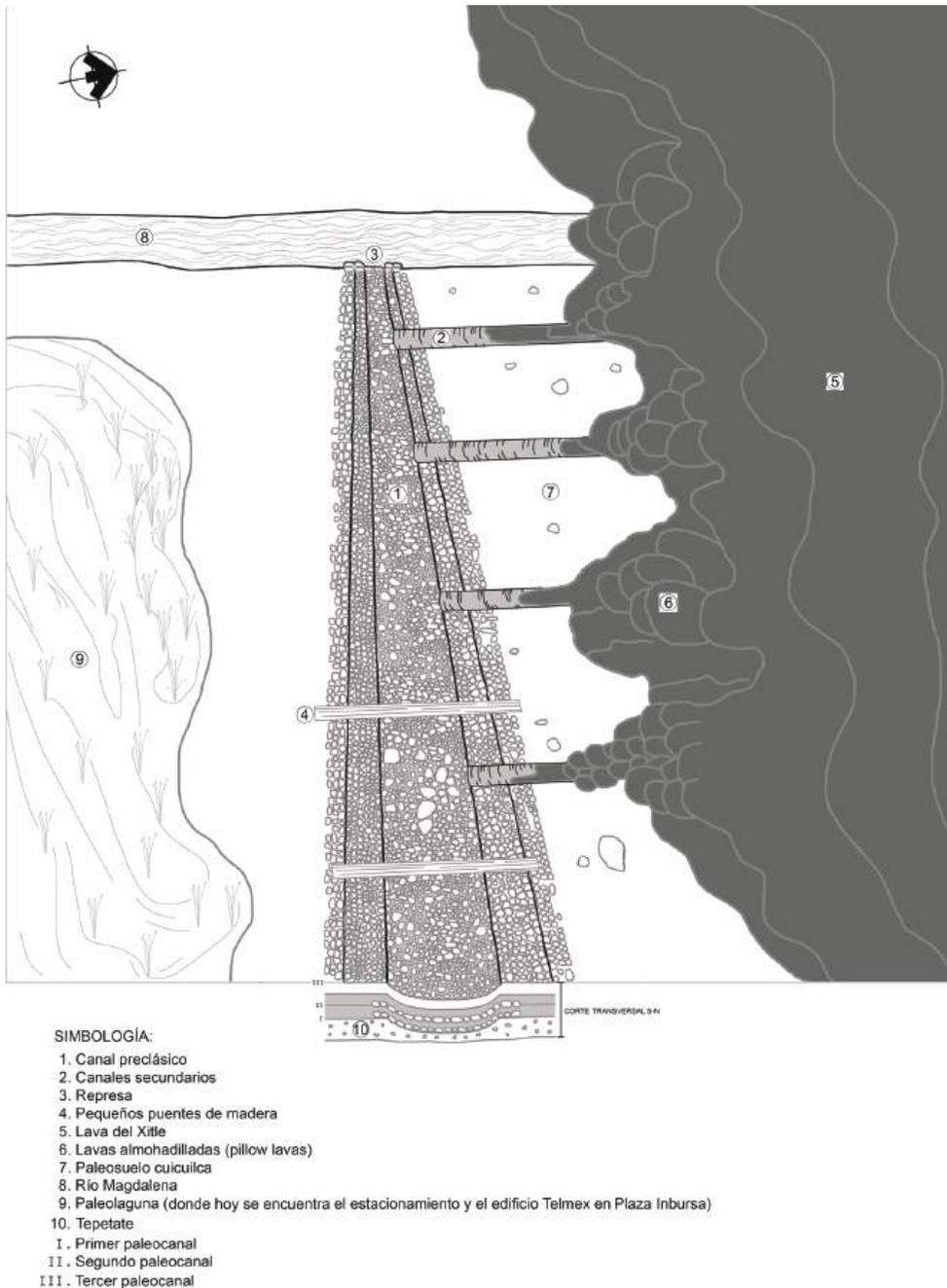


Fig. 20 Recreación del canal preclásico descubierto en Plaza Inbursa, Cuicuilco "D" (dibujo de Felipe Ramírez y Alejandro Pastrana).

que las reportadas por Pastrana (1997), eran almohadilladas, lo cual indicaba que se trataba del límite de la laguna y tierra firme (figura 24). El área sur del terreno estaba libre de lava y se identificó una capa oscura con alto contenido de materia orgánica de alrededor de 2.50 metros de espesor (figura 25), en donde el análisis paleoetnobotánico pudo identificar polen de plantas de contextos lacustres (Ibarra, comunicación personal, 2008). Lo anterior, corroboró la existencia de la laguna ya apuntada por Pastrana en 1997.

En dicho espacio, Ramírez y Rangel no descubrieron evidencias de construcciones prehispánicas y sólo recuperaron información relacionada con rellenos de nivelación del centro comercial y de la fábrica de papel,¹⁰ además de materiales cerámicos con temporalidades del Preclásico medio, fase Zacatenco (700-400 a.C.);

¹⁰ De igual forma, se descubrieron pisos y muros, probablemente pertenecientes a algunas de las instalaciones de la fábrica de papel cuando ésta operaba.

Preclásico tardío, fase Ticoman (400-200 a.C.); Preclásico terminal, fase Cuicuilco (200 a.C.-200 d.C.); Clásico, fase Tlamimilolpan (285-350 d.C.); Epiclásico, tradición Coyotlatelco (650-950 d.C.); Posclásico, Posclásico temprano, fase Tollan, Azteca II; Posclásico tardío, Azteca III y IV; Colonial y siglo XIX, cerámica mexicana e inglesa, y donde sorprendentemente la cerámica del Epiclásico resultó la más abundante.

Patrón de asentamiento, arquitectura, escultura y cerámica. Nuevas evidencias relacionadas con el uso y distribución de espacios, cultos agrícolas y cronología

Recapitulando, algunos de los trabajos arqueológicos efectuados en Cuicuilco, a partir de 1984, aportaron nuevas evidencias relacionadas con el patrón de asentamiento, arquitectura, cerámica y escultura del asentamiento. En cuanto a la arquitectura, se rescataron construcciones de tipo doméstico, posiblemente casas-habitación que la gente común habitó en la época cuicuilca, en el mismo sitio o en lugares cercanos; los ejemplos destacados fueron Cuicuilco “C” y los sitios Corregidora y probablemente La Ladrillera.

Como ya se mencionó, al suroeste de la Pirámide Principal (Cuicuilco “A”), en el sitio Corregidora, se recuperaron muros de cimientos de cuartos de lo que fue una casa, con fogones, cuexcomates (figura 26, mapa 5) y materiales cerámicos asociados a las fases Zacatenco (700-400 a.C.), Ticoman (400-200 a.C.) y Cuicuilco (200 a.C.-200 d.C.) (Gándara, 1984). En Cuicuilco “C”, zona localizada a 645 metros al suroeste de la Pirámide Principal, fueron descubiertos fogones y muros de cuartos con evidencias de áreas de actividad relacionadas con el destazamiento y preparación de alimentos, y donde se consumían venados, berrendos, guajolotes y perros. La temporalidad para estas evidencias fue propuesta hacia la fase Zacatenco (700-400 a.C.) (Ramírez y Moguel, 1991; Rodríguez, 1993a).

En La Ladrillera, sitio ubicado a 2 km al suroeste también de Cuicuilco “A”, aunque no hubo ejemplos de arquitectura doméstica, existieron señalamientos de trabajadores que cocían ladrillos en este espacio, de la recuperación de artefactos y posiblemente de ofrendas asociadas a entierros abajo de cuartos o patios de casas dispersas (Gándara, 1985). Estos dos sitios, donde se recuperaron evidencias arqueológicas preclásicas contemporáneas con Cuicuilco, fueron asentados en un paisaje de lomas divididas por barrancas y terrazas, paisaje que aparentemente configuró el patrón de asentamiento predominante en el área cuicuilca (Miguel Medina, comunicación personal, 2012).

Aunque hemos planteado que los sitios de Corregidora y La Ladrillera fueron asentamientos separados, pero

subordinados a una población jerárquicamente más importante como Cuicuilco, no debemos descartar la posibilidad de que fueran parte de la periferia, lo anterior si se toman en cuenta las 400 hectáreas que Sanders, Parsons y Santley (1979) proponen para la máxima extensión de Cuicuilco.

La unidad habitacional descubierta en Cuicuilco “C”, aunque ejemplo de arquitectura doméstica, ubicada dentro de lo que posteriormente sería el núcleo principal de Cuicuilco, nos indica el re-uso del espacio por nuevas construcciones monumentales, que desplazaron a la gente común a la periferia a finales de la fase Zacatenco (700 y 400 a.C.), pues se comenzaron a edificar plataformas circulares de 25 metros de diámetro, cuya función, según Rodríguez (1993a), estuvo relacionada con templos de segundo orden, que junto con Cuicuilco “A”, Cuicuilco “B”, y las pirámides de Peña Pobre y Tenantongo, conformaron el núcleo ceremonial y político más importante del asentamiento a comienzos del 400 antes de Cristo.

Otras construcciones habitacionales de la fase Zacatenco (700 y 400 a.C.) estuvieron en el área de Cuicuilco “B” (Rodríguez y Bracamontes, 1994). Ubicadas a 65 metros aproximadamente al noroeste de la Estructura II (El Palacio), se descubrió una plataforma con una serie de apisonados, y en el último de ellos se identificó una impronta de un petate. Estos hallazgos posiblemente correspondan a una serie de construcciones sobre la misma plataforma habitacional de élite (es decir, la Estructura II), en lo que consideramos como la segunda fase de ocupación de Cuicuilco, cuyo edificio de élite se continuó ocupando para Ticoman (400-200 a.C.) y Cuicuilco (200 a.C.-150 d.C.) (Müller, 1990).

Como ya se ha destacado previamente, en recientes trabajos arqueológicos se han identificado obras hidráulicas como canales de irrigación, lagunas o represas. El mayor canal agrícola descubierto hasta ahora en Cuicuilco fue explorado 5 metros al norte del estacionamiento del edificio Telmex del Centro Comercial Plaza Inbursa (Pastrana, 1997); con una extensión observable este-oeste de 300 metros de largo y 5 metros de ancho; esta obra hidráulica irrigó al norte, a una serie de seis canales paralelos y, en él, se observaron sectores de andadores de piedra superpuestos, los cuales, posiblemente, fueron hechos con la intención de solventar las inundaciones anuales que azolvaban y nutrían los cultivos. En el extremo poniente de este gran canal se descubrió un dique que desviaba el agua de un arroyo que corría en dirección nortesur al canal. Un hallazgo interesante fue una laguna al sur de este canal, que comprendía parte del área del Centro Comercial Plaza Inbursa. A raíz de la erupción volcánica, el gran canal contuvo el avance de la lava del Xitle, cuya evidencia es la presencia de lavas



Fig. 21 Foto satelital 2, zonas trabajadas arqueológicamente hasta el 2007 en Cuicuilco. **Cuicuilco "A"**: 1-A Cummings (1926); 1-B Noguera (1939a y b); 1-C Hughes (1956); 1-D Heizer y Bennyhoff (1958b); 1-E Gómez y Pérez Campa (1997); 1-F Pastrana (1998); **Cuicuilco-B**: 2-A Heizer y Bennyhoff (1958a); 2-B Müller (1990); 2-C Ortuño, Manzanilla y Moguel (1984); 2-D Rodríguez y Bracamontes (1994); 2-E Pérez Campa (1997, sin informe); **Cuicuilco-C**: 3-A Miranda y Rodríguez (1990); 3-B Rodríguez (1993a y b); **Cuicuilco "D"**: 4-A Gándara (1987); 4-B Pastrana y Fournier (1997); 4-C Pérez Campa (1998?); 4-D Pérez Campa, Soriano y Pascal (2005); 4-E Ramírez y Rangel (2007); **Montículo de Tenantongo**: 5 Torres (1983); **La Ladrillera**: 6 Gándara (1985); Corregidora: 7 Gándara (1984) (fuente: Landsat/Copernicus, Google Earth, 2021).

almohadilladas alineadas, ya citadas. Si consideramos también los canales de irrigación reportados por Palerm y Wolf (1972: 102) en la zona noroeste del cerro Zacatepetl, la presencia de estas obras hidráulicas establece la importancia que tuvo la agricultura para Cuicuilco y la abundancia de agua en la región antes de que la erupción del Xitle cambiara la configuración topográfica y las condiciones ecológicas.

Ahora, en los trabajos arqueológicos realizados en 1996 en Cuicuilco "A", se pudo definir una banqueta adosada en la base sur de la Pirámide Principal, que fue interpretada inicialmente como derrumbe debido a un supuesto abandono de Cuicuilco mucho antes de la erupción y cuyo "escombro" fue retirado por Cummings (1926) y por Noguera (1939a y b) para construir el antiguo museo de sitio bajo la lava. Sin embargo, después se

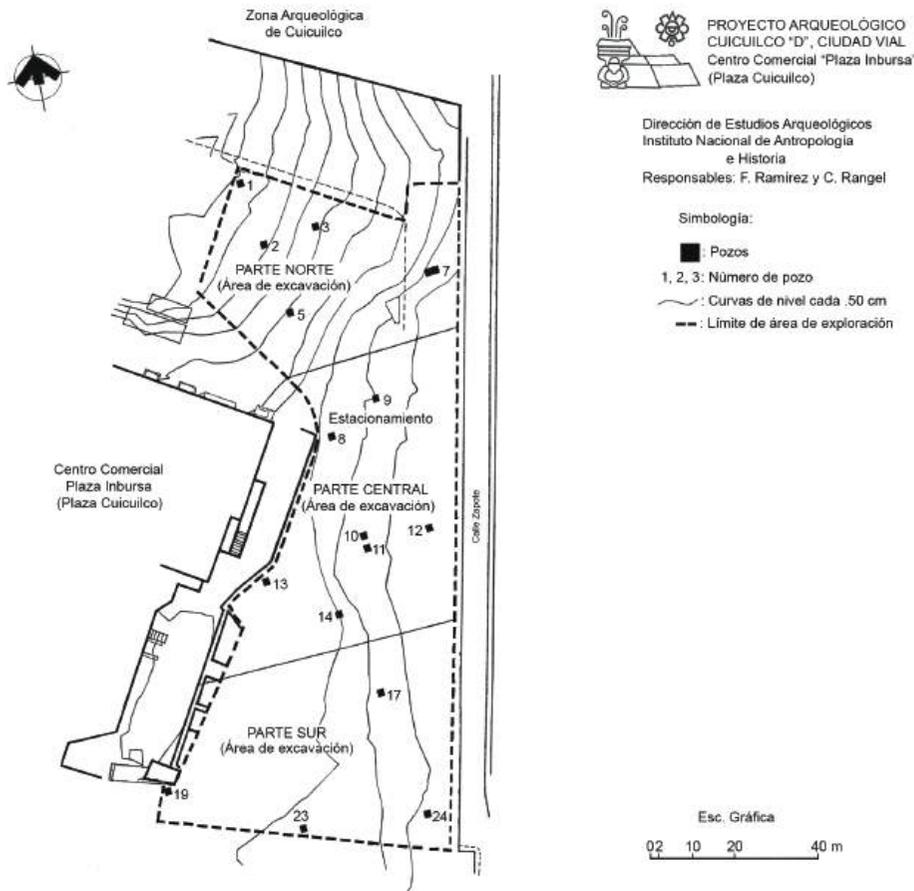


Fig. 22, mapa 4 Área sondeada por el Proyecto Arqueológico Cuicuilco "D", Ciudad Vial (Kidsania), estacionamiento oriente, Plaza Inbursa (tomado de Proyecto Arqueológico Cuicuilco "D". Dibujo de Felipe Ramírez).

determinó que en realidad se trataba del relleno de una construcción, de la cual aún se conservaban restos y en cuya parte alta se descubrieron evidencias de plantas de maíz. Fue precisamente, bajo este punto, que se descubrió La Estela de Cuicuilco, con una serie de grabados en su costado poniente y a la que hemos relacionado con aspectos de fertilidad y agricultura. Si el maíz sobre la banqueta, la estela misma y su grabado están relacionados con temas agrícolas, aunados a las diversas obras hidráulicas descubiertas en el núcleo del asentamiento cuicuilca, podemos plantear que los cultos agrícolas fueron parte fundamental en la vida ritual de esta población y que éstos comenzaron por lo menos al inicio de la fase Zacatenco (700 a.C.) o probablemente antes, en el 800 a.C., ya que existen evidencias cerámicas de la fase Tetelpan en los materiales de Heizer y Bennyhoff. La estela probablemente fue una de las primeras evidencias rituales en el área de Cuicuilco "A" durante la fase Zacatenco (700-400 a.C.), cuando comenzaron a construirse espacios rituales asociados a arquitectura monumental, entre ellos, el

terraplén (sobre el cual fue levantada la pirámide cuicuilca) y el primer cono truncado de la Pirámide Principal que Cummings (1926) destacó en sus trabajos de 1922 y 1924.

La cerámica es otro aspecto relevante que en los más recientes estudios está aportando nueva información, sobre todo relacionada con cronología. Algunas muestras cerámicas obtenidas principalmente en los trabajos de salvamento arqueológico en Cuicuilco "B" (Rodríguez y Bracamontes, 1994) y "C" (Rodríguez, 1993a y b) —zonas que correspondieron al núcleo ceremonial más importante del asentamiento—, han evidenciado tipologías que no van más allá de la fase Zacatenco (700-400 a.C.). Estas tipologías, basadas en depurados estudios anteriores, los cuales, han sido respaldados por estratigrafía y fechamientos por C14, como en el caso de Niederberger (1987), han permitido establecer con más precisión la temporalidad de Cuicuilco, terminando así con el mito en torno a ocupaciones más tempranas. De igual forma, en revisiones hechas por el actual Proyecto Arqueológico Cuicuilco al trabajo de Müller sobre la cerámica de



Fig. 23 Capa de lava descubierta en Sondeo 8, Proyecto Cuicuilco "D" (foto de Felipe Ramírez).



Fig. 24 Lavas almohadilladas descubiertas en el Sondeo 11, Proyecto Cuicuilco "D" (foto de Felipe Ramírez).

Cuicuilco "B" (Müller, 1990), no observamos en sus atributos ni formas ni diseños relacionados con cerámicas más tempranas a la fase Tetelpán. Las tipologías identificadas en los trabajos de Rodríguez (1993a y b) también señalan ocupaciones en las fases Ticoman (400-200 a.C.) y Cuicuilco (200 a.C.-200 d.C.), aunque debemos reconocer que aún es necesario depurar la última de ellas, ya que Niederberger (1987) en su estudio no se ocupa de esta fase de ocupación en Zohapilco por no presentarse. El final de la fase Cuicuilco ha sido ubicada en algunos casos en el 150 d.C. (MacBride, 1974; Müller,



Fig. 25 Pared norte del Pozo 24 excavado en el Proyecto Arqueológico Cuicuilco "B" (Ciudad Vial, 2007), donde se tomaron muestras para polen, identificándose varias plantas relacionadas con contextos lacustres (foto de Felipe Ramírez).

1990) y en otros en el 200 d.C. (Piña Chan, 1985); sin embargo, la presencia de vasijas cerámicas en Cuicuilco que corresponden a Miccaotli descubiertas bajo la lava (Cummings, 1926), y cuyo término de la fase se coloca en el 250 d.C., aunado a fechas de C14 (UCLA-205, 160 ± 90 d.C.) obtenidas por Heizer y Bennyhoff (1957) y que no quisieron aceptar como fecha final de ocupación en Cuicuilco, podrían extender el final del Preclásico terminal hasta esta última fecha, precisamente relacionada con los últimos fechamientos corregidos para la erupción del Xitle (Siebe, 2000) (figura 27, tabla 2).

Aunque hasta hoy en día no se han descubierto materiales en Cuicuilco más allá de la fase Tetelpán (las tipologías cerámicas más antiguas corresponden a esta fase tanto en la Colección Heizer y Bennyhoff como en los propios materiales del Proyecto Arqueológico Cuicuilco),¹¹ aún es necesario continuar con el análisis de sus primeras etapas para depurarlas y, sobre todo, estudiar con más detalle la última, para sustentar

¹¹ El muestrario de la Colección Heizer y Bennyhoff obtenido en las excavaciones de Cuicuilco B en 1957 actualmente se encuentra en resguardo del Proyecto Arqueológico Cuicuilco.

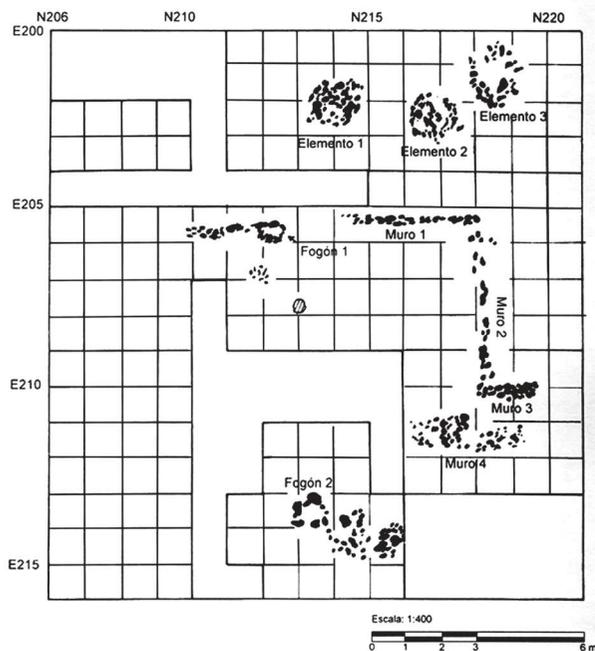


Fig. 26. mapa 5 Área de excavación del sitio Corregidora. Los elementos 1 a 3 posiblemente sean cimientos de cuexcomates (tomado de Gándara, 1984: figura 29, muros y elementos, Área 1 de excavación. Sitio Corregidora, Proyecto Cuicuilco).

completamente la extensión del final de Preclásico en la Cuenca de México que aquí se propone (figura 28).

Otros materiales cerámicos pertenecientes a diversas épocas se han recuperado en los trabajos llevados a cabo en Cuicuilco a lo largo de su historia, entre ellos teotihuacanos, epiclásicos, posclásicos, coloniales y del siglo XIX, lo que nos indica que el espacio cuicuilca no fue abandonado por completo y que la erupción del Xitle sólo inhibió por un lapso de tiempo la continuidad de su ocupación (figura 29).

De igual forma, se han retomado en las discusiones el señalamiento de la probable relación entre Cuicuilco y el occidente de México. De este tema sólo se ha destacado la presencia de cerámica y obsidiana provenientes de la zona de Chupícuaro y Zinapécuaro (Ramírez, 2018). Habría que explorar nuevas vertientes de investigación, en las que estarían involucrados no sólo los artefactos antes mencionados, sino también el intercambio de materias primas, además de objetos suntuarios con carga ideológica relacionados con la adquisición de prestigio, así como la influencia en la arquitectura y en las costumbres funerarias. Por lo anterior, debemos considerar que Cuicuilco, en la Cuenca de México, y varias zonas de occidente de México, entre ellas la región de la tradición Teuchitlán, en Jalisco, y el Valle de Acámbaro, en Guanajuato (donde se asentó Chupícuaro), fueron contemporáneas

desde por lo menos el 300 a.C. y que mantuvieron contactos a través de rutas de intercambio, donde mercancías e ideas fluyeron a lo largo de los márgenes del río Lerma, uniendo al centro y occidente de México con una red de intercambio y de influencia cultural,¹² o simplemente, los materiales arqueológicos están evidenciando una serie de rasgos compartidos, al tratarse de grupos otomianos que habitaron toda esta vasta zona entre centro y occidente durante el Preclásico. La aparición de rasgos occidentales en el Centro de México, comenzaron a observarse en cerámicas similares a los de Opeño en sitios como Tlatilco (Piña Chan, 1958) en la Cuenca de México, y que, desde nuestro punto de vista, se les ha llamado erróneamente “Tradición Tlatilco” (Grove, 2009), ya que éstas, muy probablemente, fueron importadas o copiadas de occidente de México.

Para mayor referencia en torno a qué cerámica es más antigua, sólo basta revisar el artículo de Harbottle (1975: 453-458). Varios rasgos culturales compartidos entre centro y occidente posiblemente tuvieron su origen en esta última región de Mesoamérica, mismos que fueron empleados como parte de la ideología y de la parafernalia ritual de los grupos de poder de ambas regiones; no olvidemos que el occidente de México fue uno de los focos culturales importantes en el Preclásico. En Cuicuilco, como lo muestra la evidencia arqueológica, los grupos de élite se apropiaron de bienes de prestigio, como cerámica, figurillas y materias primas de occidente y, probablemente, también permitieron adoptar ciertos elementos constructivos, con cierta carga ritual, como la arquitectura circular de Cuicuilco “C” o las troncocónicas, rasgos que necesitan ser analizados más a fondo.

La erupción del Xitle y el dato arqueológico, nuevas interpretaciones

Cuicuilco se desarrolló en un paisaje volcánico activo, en el pie de monte medio de una sierra eminentemente volcánica a 2 290 msnm, 24 metros más alto que el nivel del lago Chalco-Xochimilco, en un terreno conformado por lomeríos divididos por varios arroyos permanentes, con algunas cascadas, cuyo relieve fue modelado por el deshielo de la última glaciación (Lugo *et al.*, 2001). El desarrollo de esta población preclásica perduró por lo menos 1 000 años (desde el 800 a.C. al

¹² Entre esas mercancías destacaron objetos suntuarios, como vasijas cerámicas (policromas) y figurillas de rasgos característicos (figurillas H4), y finos acabados, materias primas como cinabrio, hematita y obsidiana. Otros rasgos que habría que analizar a fondo son la arquitectura circular monumental en general, troncocónicas y costumbres funerarias, además de la ideología plasmada en la simbología de las decoraciones de objetos suntuarios.

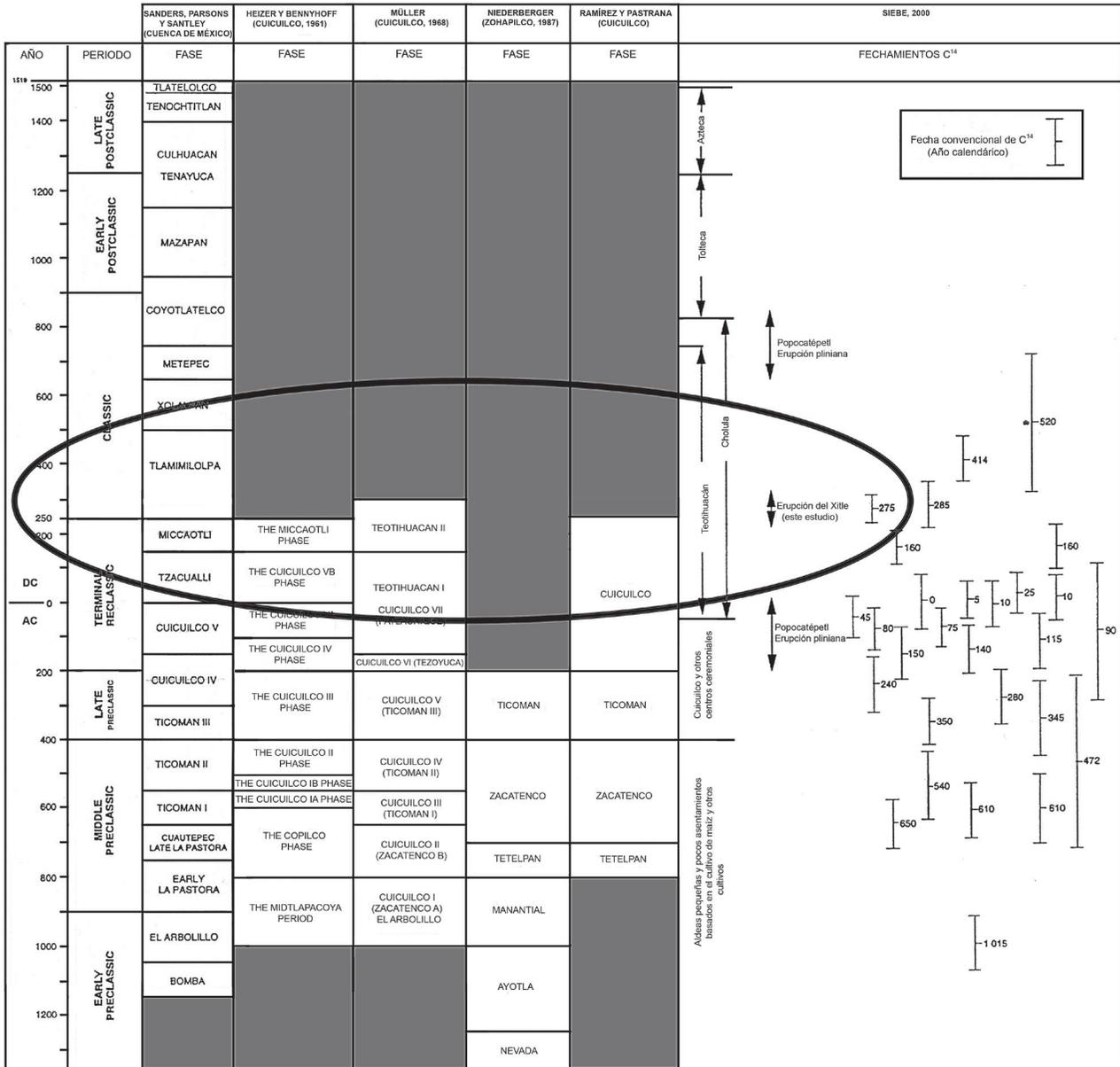


Fig. 27, tabla 2 Se muestra la convergencia (en óvalo) entre fechas de C14 tomadas en Cuicuilco (Heizer y Bennyhoff, 1957; 1958b), las de la erupción del Xitle (Siebe, 2000) y su relación con la fase Miccaotli para el evento eruptivo y el abandono de Cuicuilco (los últimos artefactos en este sitio corresponden a este momento, 250 d.C.). Por lo anterior, en la última columna se encuentra nuestra propuesta de cronología para Cuicuilco (tabla tomada y modificada de Siebe, 2000: fig. 6).

250 d.C.),¹³ hasta que fue devastada por la erupción del Xitle.

Ya a fines de la fase Ticoman y durante los inicios de la fase Cuicuilco, es decir, entre el 250 y hasta por lo menos el 50 a.C., se observa una fuerte actividad eruptiva del Popocatepetl, que según algunos especialistas fue de tipo pliniana (Siebe, 2000) y que pudo

motivar el abandono de Cuicuilco, tal y como sí ocurrió en asentamientos cercanos al volcán, como fue el caso de Tetimpa en Puebla (Plunket y Uruñuela, 1998); sin embargo, aunque existe evidencia de caída de ceniza del Popocatepetl en Cuicuilco, su ubicación a 66 km al noroeste de este volcán, impidió que este evento fuera tan intenso como para provocar un abandono. Empero, poblaciones como Temamatla, asentada en el sureste de la Cuenca de México y a tan sólo 31 km al noroeste del volcán, tuvieron un abandono para finales del Preclásico (Ramírez, 1996) que parece haber sido provocado por

¹³ La fecha 250 d.C. que proponen Heizer y Bennyhoff a fines de los cincuenta, es la que estamos retomando para el fin del Preclásico terminal en la Cuenca de México (fase Cuicuilco) y para el abandono de Cuicuilco, justo cuando se presenta la actividad del volcán Xitle.

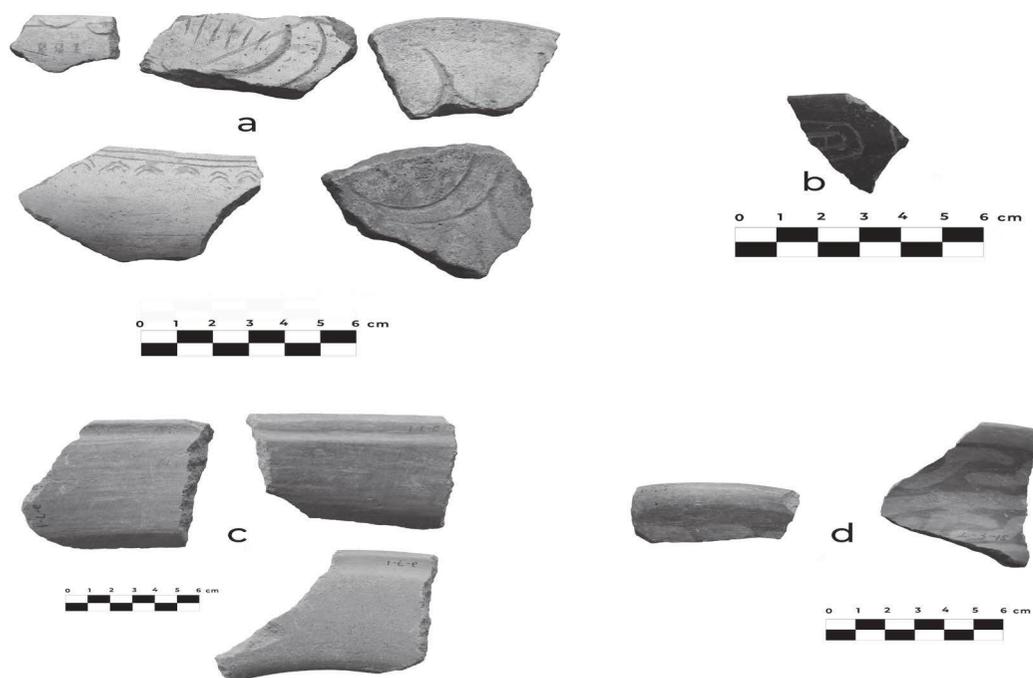


Fig. 28 Cerámica preclásica de Cuicuilco. Los tipos cerámicos: a. “Cesto blanco Tetelpan” y b. “Ocote negro” son los más tempranos en el sitio (principios de Preclásico medio, 800-700 a.C.); mientras que: c. “Agua alisado terminal” y d. “Negativo terminal” corresponden al último periodo de ocupación (fines del Preclásico Terminal, 200 a.C.-250 d.C.) [Fotos: Denia Sandoval].

esa erupción del Popocatepetl. La actividad eruptiva en el suroeste de la Cuenca de México, entonces, pudo activar a un volcán surgido en la Sierra Chichinautzin y cercano a Cuicuilco; pese a todo, no fue hasta el 250 d.C. que la erupción del Xitle significó el máximo evento que afectó en definitiva a esta población preclásica.

Cummings alude a capas de pómez, arena y ceniza en la base de la Pirámide de Cuicuilco, que parecen haberse deslavado de sus pendientes y de la cima por la lluvia, ya que él descubrió una fina cubierta de estos materiales en las partes más altas de la Gran Pirámide (Cummings, 1926: 297 y 300). Estas cubiertas de pómez y ceniza volcánica, de alrededor de 30 cm de espesor, fueron la primera evidencia de la actividad del Xitle en lo que sería la última etapa constructiva del Gran Basamento, las cuales, probablemente, quemaron y derrumbaron techumbres de construcciones de material percedero existentes sobre la cima y que Cummings también reporta (Cummings, 1926: 300). Diversas afectaciones importantes como consecuencia del contacto de la lava con el Gran Basamento se aprecian en el flanco norte; ése es el caso de la arcilla endurecida de color naranja (efecto ladrillo) debido al calentamiento de 500°C;

cuando la lava encontró uno de los cuerpos quemó el aplanado de lodo, desprendió el recubrimiento de piedra sin cementante y quemó la arcilla del núcleo (figura 30). Algunas evidencias más de actividad volcánica en el registro arqueológico se observaron en las cimas de los edificios de Cuicuilco “B”. En ellos se reportó una cubierta de ceniza y lava en las estructuras VI, VIII y IX y en toda el área (Müller 1990: 15-16).

Los artefactos descubiertos para la última etapa de ocupación en Cuicuilco, es decir, antes de la lava y mezclados con ceniza, están relacionados según Müller (1990: 228) con la denominada fase Cuicuilco VII (Patlachique), esto es, entre el 150-100 a.C.; sin embargo, Heizer y Bennyhoff (1958b: 102) mencionan que:

Unpublished photographs of several vassels obtained by Cummings (presumably subpedregal) appear to represent the Coatlan (Teotihuacan IIA) phase, dated ca. A.D. 250-350 at Teotihuacan.

De una famosa vasija descrita por Cummings, que también reporta haber descubierto bajo la lava

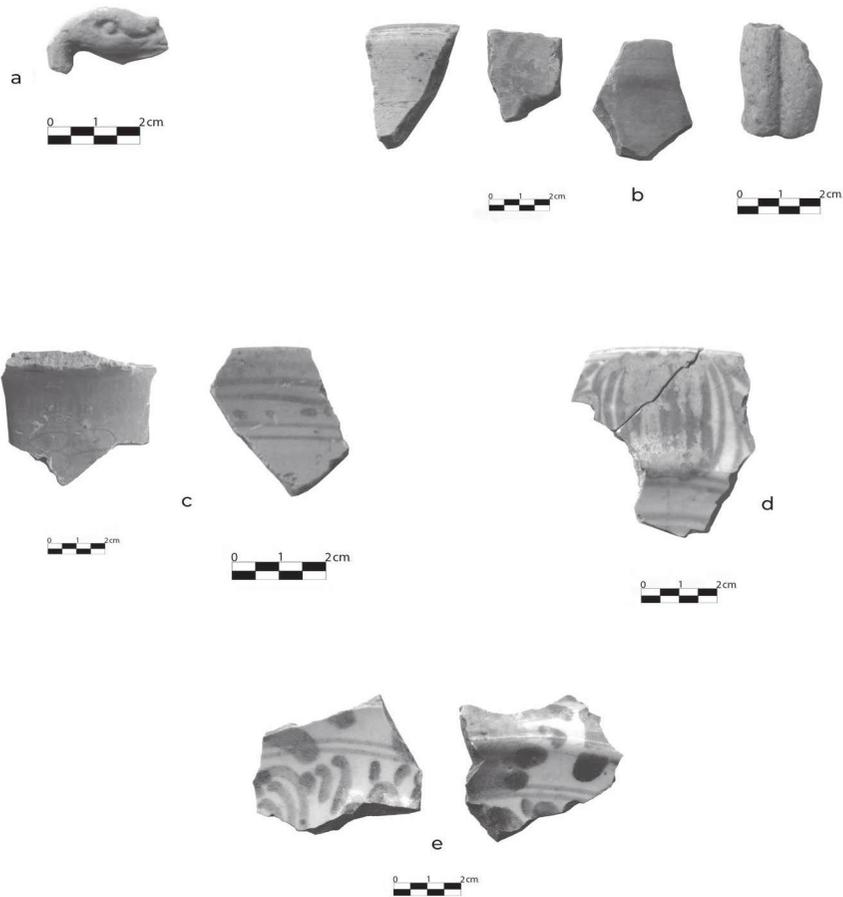


Fig. 29 Cerámicas recuperadas en Cuicuilco posteriores al Preclásico: a. Aplicación de incensario teotihuacano; b. Cerámica epiclásica; c. Cerámica azteca; d. Cerámica colonial y e. Cerámica siglo XIX (fotos de Mónica Moguel, Proyecto Arqueológico Cuicuilco).



Fig. 30 Arcilla quemada del núcleo del Gran Basamento, Cuicuilco "A" (foto de Miguel Morales, INAH).



Fig. 31 Vasija datada entre el 150 y 450 d.C. (tomada de Cummings, 1926: 302).



Fig. 32 Ceniza bajo la pared de lava del Xitle. Corte ubicado en el costado norte del edificio Telmex, que se ubica en la parte inferior de la imagen (véase mapa 2, para mayor referencia), Plaza Inbursa, Cuicuilco “D” (foto de Alejandro Pastrana).

(figura 31), Heizer y Bennyhoff (1958b: 102) nos dicen lo siguiente:

One vessel from “just below the lava” (Cummings, 1926, p. 302, upper left) can be assigned to the Atoyac (Teotihuacan II-III A) phase, dated ca. A.D. 350-450 at Teotihuacan. While the perforations are at present unique, the jar shape, patterns burnished, design, and design layout are all typical of this Early Classic phase.

La vasija mostrada estaba directamente relacionada con el contacto de lava y fue ubicada dentro de la fase Atoyac-Teotihuacan II-III A (actualmente a este periodo se le conoce como fase Miccaotli, que se fecha entre 150-280 d.C.); lo anterior empata con las fechas recientes de la erupción del Xitle, las cuales demuestran que el acontecimiento tuvo lugar entre el 245-315 d.C. (Siebe, 2000: 59; González *et al.*, 2000: 221). De igual forma, la fecha propuesta por Heizer y Bennyhoff de 250 d.C. (UCLA-205, 160 ± 90 d.C.) se ubica dentro del rango que se propone para el evento eruptivo. Esta información redefine la cronología del fin del Preclásico en la Cuenca de México, que desde los datos de Heizer y Bennyhoff (1957; 1958b) ya se comenzaba a vislumbrar.

Retomando el tema de las afectaciones en Cuicuilco como resultado del proceso eruptivo del Xitle, en algunas áreas del asentamiento se ha observado que en las plataformas habitacionales sobre la Estructura II, en Cuicuilco “B”, el último apisonado estaba quemado

y sobre él se descubrió una *impronta* de un petate (Rodríguez y Bracamontes, 1994). Este dato nos habla de que el espacio estaba en uso al momento de la erupción y cuestiona el tradicional planteamiento de un abandono previo (Córdova, Martín y López, 1994).

Aunque devastadora, no existió una erupción catastrófica del Xitle en Cuicuilco; más bien, este fenómeno natural puede compararse geológicamente con la actividad volcánica del Parícutín (Lugo *et al.*, 2001: 231), en la que no hubo muertes humanas y la población pudo desmantelar sus inmuebles.

En la secuencia estratigráfica en Cuicuilco “B”, Müller (1990: 16) también habla de que la capa III, previa a la lava, estaba compuesta por ceniza y material cultural, es decir, que la población preclásica aún ocupaba el sitio. En el área de Cuicuilco “C”, Rodríguez (1993b: 48) descubrió un apisonado de tierra con manchas rojizas, al parecer producto de una fuerte oxidación provocada por la exposición a calor en lo que fue la última etapa constructiva de la estructura circular, probablemente debido a la caída de ceniza sobre esa superficie.

Ahora, la mejor evidencia del inicio de la actividad del Xitle parece estar representada en el área del canal preclásico, ya que en los cortes bajo la pared de lava y en lo que fue una laguna en época prehispánica se observaron cenizas resultado de la erupción del Xitle (figura 32). Esas cenizas y la caída de diversos materiales incandescentes propiciaron un abandono temporal de Cuicuilco, ya que el fenómeno natural transformó el ecosistema en el suroeste de la Cuenca de México

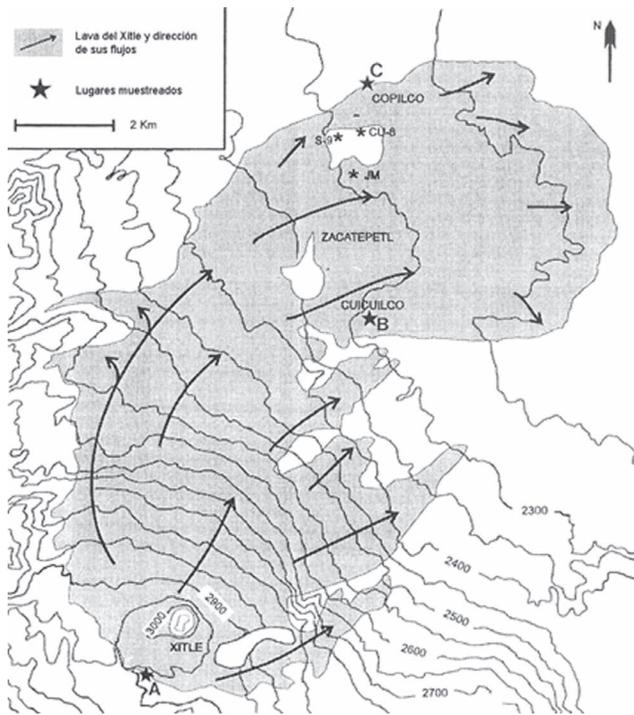


Fig. 33 Mapa 6 de la extensión de la lava del Xitle en el suroeste de la Cuenca de México (Tomado de González *et al.* 2000, p. 210, Fig. 5).

(tefra basáltica y ceniza según González *et al.*, 2000: 205), quemando sembradíos y bosques, además de cambiar cursos de ríos debido a la acumulación de esos materiales volcánicos y provocando que la fauna huyera de las áreas de afectación. El proceso eruptivo del Xitle abarcó alrededor de 10 años (Siebe, 2000: 49), por lo que, y con base en los materiales arqueológicos recuperados en trabajos recientes, no se observa un *hiatus* en el asentamiento, indicando que éste fue el único lapso de abandono total de Cuicuilco en el Preclásico, tiempo suficiente para que los edificios sufrieran deterioros. Si consideramos que la ceniza quemó partes de las construcciones, azolvó los sistemas hidráulicos y afectó los campos de cultivo, la población no regresó a habitar Cuicuilco nuevamente, como en sus tiempos de esplendor, para dar mantenimiento a las pocas construcciones que la lava no cubrió; algunos pocos habitantes regresaron después de la actividad eruptiva del Xitle y posiblemente buscaron asentarse en áreas libres de lava, incluyendo las cimas de algunos edificios que no cubrió la lava.

La fecha más aceptada hoy en día para la erupción del Xitle es de entre el 250 y 275 d.C. (Siebe, 2000: 53) y, durante dicho evento, ceniza y piroclastos lanzados al aire alcanzaron distancias de 11.2 km, se depositaron en Cuicuilco y en áreas cercanas al norte y noreste del volcán. El volumen de ceniza producida por el Xitle se ha calculado en alrededor de 0.12 km³,

mientras que los siete derrames que vinieron después produjeron 0.96 km³ de lava, cubriendo una superficie de alrededor de 70 km² (Siebe, 2000: 48-49) (figura 33, mapa 6). En ocasiones, el flujo corrió a través de tubos de lava, algunos de los cuales pueden observarse aún en las inmediaciones del Anillo Periférico, en una zona ubicada a unos 300 metros al noroeste de Cuicuilco “A” y “B”.

La extensión de los flujos de lava del Xitle (Siebe, 2000: 60) comprendió áreas más allá de Cuicuilco, como el Pedregal de San Ángel (ahí se observan paredes de lava de hasta 20 metros de espesor), Copilco y en zonas alrededor de la estación Coyacán del Metro.

El evento eruptivo y la catástrofe ambiental generada por el volcán Xitle en el suroeste de la Cuenca de México motivó el abandono de Cuicuilco y sus áreas aledañas; sin embargo, esto no impidió que siguiera siendo visitado e incluso habitado, como ya se



Fig. 34 Escultura de Huehuetetl teotihuacano, Cuicuilco “D” (Foto: Denia Sandoval).



Fig. 35 Escultura descubierta en el Canal Preclásico, Cuicuilco “D” (Foto: Denia Sandoval).

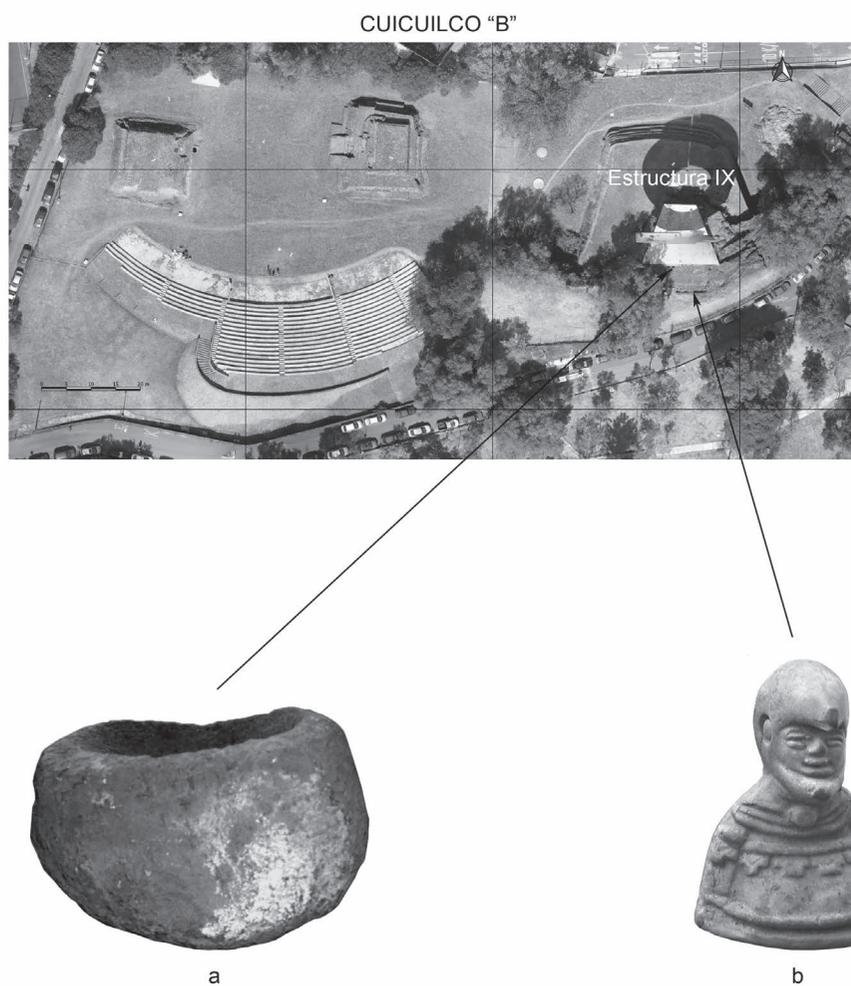


Fig. 36 Ofrendas descubiertas en los huecos de lava sobre la Estructura IX, Cuicuilco "B", Villa Olímpica. a. Mortero rústico y b. Figurilla teotihuacana (fotos: Gerardo Jiménez y Felipe Ramírez).



Fig. 37 "La Kiva", Cuicuilco A (foto: Miguel Morales, INAH).



Fig. 38 Estructura E-1 (foto: Miguel Morales, INAH).

ha señalado, una vez concluida la actividad volcánica. Existe evidencia arqueológica de objetos depositados como ofrendas por gente que visitaba con frecuencia el sitio o erigió construcciones rememorando el evento, lo que podría indicar que el lugar, ocupado antes por una población preclásica, se convirtiera en un espacio sagrado posteriormente. Entre esas evidencias ofrendadas sobresalen cerámicas y esculturas teotihuacanas en el canal preclásico (figuras 34 y 35), así como aquéllas depositadas entre los espacios generados por la lava sobre la Estructura IX (figura 36), mientras que de las construcciones, pensamos, destacan monumentos como “La Kiva” (figura 37)¹⁴ y posiblemente la Estructura E-1 (figura 38).

Discusión final

Los datos arqueológicos obtenidos después de 1984 muestran varios aspectos interesantes, entre ellos la posibilidad de que el asentamiento cuicuilca se extendiera más allá de 2 km, hacia el sur, ya que a esa distancia se han descubierto varias evidencias arqueológicas, entre ellas cimientos de una casa en el sitio Corregidora, vasijas y figurillas en La Ladrillera y, recientemente, troncocónicas y arquitectura en el centro de Tlalpan, en el espacio de la Universidad Pontificia (Meraz, 2016; Rivera, 2019), o que todas esas evidencias correspondieron a poblaciones menores (aldeas o villas grandes nucleadas; Sanders, Parsons y Santley, 1979) bajo la influencia de Cuicuilco.

También, el descubrimiento de construcciones ceremoniales y la confirmación de que algunas de las descubiertas en los años cincuenta por Heizer y Bennyhoff (1958a y b) fueran usadas como habitacionales por los grupos de élite, además del re-uso de espacios y su evolución dentro del núcleo principal de Cuicuilco, han sido nuevos aportes sobre el conocimiento del sitio.

Un aspecto importante es la cronología: la evidencia arqueológica, principalmente de vasijas y figurillas cerámicas, revela que no existen materiales arqueológicos anteriores al 800 a.C. (fase Tetelpan) y la afirmación de Müller (1990: 225) de que existe cerámica del 1000-800 a.C. (Zacatenco “A”-El Arbolillo) en su estudio sobre la cerámica de Cuicuilco “B”, no corresponde con la evidencia actual.

En relación con la catástrofe sufrida en Cuicuilco, la historia eruptiva del Xitle es similar a la del Paricutín, ocurrida entre 1943 y 1952, y también comparable con la del Jorullo, acaecida entre 1759 y 1774, ambos conos cineríticos ubicados en el estado de Michoacán. El volumen total de magma expulsado por el Xitle fue de

1.08 km³, el del Paricutín de 1.32 km³ y del Jorullo de aproximadamente 2 km³ (Delgado *et al.*, 1998); estos fenómenos ilustran la magnitud de este tipo de fenómenos volcánicos y también son ejemplos de procesos de abandono paulatinos y temporales. Recordemos, por ejemplo, que en la erupción del Paricutín, la población tuvo tiempo de dismantelar puertas, ventanas y materiales varios de sus casas, y no se registró alguna muerte humana por la erupción.

Un tema polémico es el supuesto abandono de Cuicuilco tiempo antes de la erupción; en la bibliografía arqueológica reciente hay elementos que indican actividades humanas previas al evento volcánico, como la banqueta que rodeaba la Pirámide Principal, al menos en el sector sur, que fue interpretada erróneamente como un derrumbe producto de un abandono previo (Cummings, 1926; López, 1991); sin embargo, en el piso de la banqueta que cubrió “la estela” se siguieron realizando actividades humanas relacionadas con rituales agrícolas. Un elemento de actividad humana son los canales que detuvieron la lava parcialmente; éstos se encontraban en operación a pesar de la caída de ceniza, lo que significa que los canales y el sistema agrícola eran desazolvados y mantenidos.

La mayor parte de los sitios del Preclásico, fueron reocupados por las culturas posteriores y en Cuicuilco sucedió lo mismo en horizontes subsiguientes. La erupción del Xitle produjo un corte abrupto en la ocupación de Cuicuilco y evidencias de sus actividades quedaron selladas, la misma colada basáltica propició la conservación de los contextos arqueológicos, lo que ha posibilitado los hallazgos relacionados con las obras hidráulicas (canales de irrigación, diques, lagos o represas) en torno a la Pirámide Principal, por lo que estos elementos, deben ser considerados como parte del patrón de asentamiento cuicuilca. Esta serie de evidencias arqueológicas junto con las características del paisaje topográfico (barrancas, lomas y terrazas), nos indican diferencias sustantivas con Teotihuacán y muestran lo distinto que llegaron a ser ambas culturas, incluso, al nivel de entrar en competencia por los recursos.

La presencia de Cuicuilco en el suroeste del a Cuenca de México, probablemente estableció condiciones de presión y competencia social con Teotihuacán por los nichos ecológicos más favorecidos. Sin embargo, la afectación catastrófica del medio ambiente como consecuencia de la erupción del Xitle, terminó con esta rivalidad, si es que la hubo, al grado de no observarse asentamientos importantes en la zona, sino hasta el Epiclásico y Posclásico.

También debemos considerar la posibilidad de que un ambiente eruptivo en el sur de la Cuenca de México, primero con el Popocatepetl en el 100 a.C., probablemente otras erupciones ya en la era

¹⁴ En un informe elaborado por Eduardo Noguera en 1939, él afirma haber excavado un pequeño pozo al centro de “La Kiva”, descubriendo que este elemento circular se encontraba asentado sobre la lava del Xitle. Véase Noguera (1939b: 1-29).

cristiana (Siebe, 2000: 6) finalizando con el Xitle, dieron como consecuencia que esas emisiones de cenizas anteriores a su erupción lávica, pudieron comenzar a mermar la producción agrícola ya desde entonces.

Recientes fechamientos de C¹⁴ con control estratigráfico, ubican la erupción del Xitle y el abandono de Cuicuilco entre el 245 y el 315 d.C. (Lugo *et al.*, 2001) y el 250 y 275 d.C. (Siebe, 2000), lo que marca que es durante la fase Miccaotli, esto es que, alrededor del 250 d.C. (véase la tabla 2), la ocupación cuicuilca llega a su fin. Después de la erupción lávica del Xitle, que cubrió una superficie de 70 km² (González *et al.*, 2000), Teotihuacán se libera de la competencia de su vecino sureño.

Luego de la erupción del Xitle, el pedregal pudo haber sido una especie de zona de amortiguamiento, un *hiatus* espacial y temporal con las poblaciones de la Cuenca de México; en esta área ya no se pudo realizar explotación agrícola, ni disponer de recursos que pudieran sustentar a grandes poblaciones por largo tiempo. Geomorfológicamente, el malpaís del pedregal se convirtió en una zona de recarga hidráulica, favoreciendo a los asentamientos posteriores de Tlalpan y Coyoacán en el Epiclásico y en el Posclásico.

Bibliografía

Bernal, Mónica

1997 Reseña de las investigaciones arqueológicas realizadas en la zona de Cuicuilco. *Actualidades Arqueológicas. Revista de Estudiantes de Arqueología en México*, año 3 (13): 1-6. México, IIA-UNAM.

Bray, Warwic y Trump, David

1976 *Diccionario de arqueología*. Barcelona, Labor (Nueva Colección Labor).

Caldwell, J.

2007 Historia del gran Canaan. Del Bronce medio al Hierro I. En Bernardo Gandulla (autor) y André Finet (dtor.), *Los hebreos en el Gran Cannán. Del Bronce antiguo al Bronce tardío*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Canaán.

Carrasco, Pedro

1986 *Los otomíes. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*. México, Gobierno del Estado de México.

Las ofrendas depositadas inmediatamente después de la erupción son principalmente teotihuacanas, lo que marca al menos el acceso de esta cultura a la zona. En contraste, la posibilidad de observar en la superficie del terreno cuicuilca la traza y dimensiones de Teotihuacán, influyó considerablemente en la mentalidad de los arqueólogos y en sus interpretaciones. Se consideró que Cuicuilco pudo tratarse de un Teotihuacán pequeño o, bien, el origen de la gran urbe norteña. Actualmente sabemos que las condiciones topográficas y geomorfológicas no eran adecuadas para un gran asentamiento continuo como sucede en terrenos planos. Al parecer, los espacios estaban supeditados a las terrazas naturales entre las barrancas por donde bajaban escurrimientos, donde las áreas más grandes fueron dispuestas para establecer las principales estructuras de Cuicuilco y los más importantes campos agrícolas (al parecer asociados al templo principal), donde también se construyeron obras hidráulicas y edificaciones que habitaron los grupos de élite.

Finalmente, y en una visita a nuestras excavaciones en el canal preclásico, el Dr. William T. Sanders en 1997-1998, después de presentarle la reciente información, comentó: “[...] necesitamos re-escribir el inicio de Mesoamérica”.

Córdova F. de A., Carlos, Martín del Pozzo, Ana Lillian y López Camacho, Javier

1994 Paleolandforms and Volcanic Impact on the Environment of Prehistoric Cuicuilco, Southern Mexico City. *Journal of Archaeological Science*, 21: 586-596. EUA, Academic Press.

Cummings, Byron

1926 Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico. *The Scientific Monthly*, 3 (4): 289-304.

Delgado, Hugo, Molinero, Ricardo, Cervantes, Pablo, Nieto-Obregón, Jorge, Lozano-Santa Cruz, Rufino, Macías-González, Héctor L., Mendoza-Rosales, Claudia y Silva-Romo, Gilberto

1998 Geology of Xitle Volcano in the Southern Mexico City-A 2000-Year-Old Monogenetic Volcano in an Urban Area. *Revista Mexicana de Ciencias Geológicas*, 15 (2): 115-131.

Drucker, Philp

1981 On the Nature of Olmec Polity. En Elizabeth P. Benson (coord.) y Michael Coe y David Grove (orgs.), *The Olmec and Their Neighbors. Essays in Memory of Matthew W. Stirling* (pp. 29-47). Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, Trustees for Harvard University.

Gándara Vázquez, Manuel

- 1984 Proyecto Unidades Habitacionales, Cuicuilco 84. Informe de trabajos, 1a. temporada. Archivo Técnico, Dirección de Arqueología. México, INAH.
- 1985 Proyecto Unidades Habitacionales, Cuicuilco 85. Informe de trabajos, 2a. temporada. Archivo Técnico, Dirección de Arqueología. México, INAH.
- 1987 Proyecto Unidades Habitacionales, Cuicuilco 87. Informe de trabajos, 3a. temporada. Archivo Técnico, Dirección de Arqueología. México, INAH.

Gómez Rueda, Hernando y Pérez Campa, Mario

- 1997 Exploraciones en Cuicuilco, Operación 1. Informe de la 1a. temporada, 1996. En Mario Pérez Campa (dtor.), *Proyecto Arqueológico Cuicuilco*. México, DICPA-INAH, 116 pp.

González, Silvia, Pastrana, Alejandro, Siebe, Claus y Duller, Geoff

- 2000 Timing of the Prehistoric Eruption of Xitle Volcano and the Abandonment of Cuicuilco Pyramid, Southern Basin of Mexico. En *Archaeology of Geological Catastrophes* (pp. 205-224). Londres, Geological Society (Special Publications, 171).

Grove, David

- 1974 The Highland and Olmec Manifestation: A Consideration of What It Is and What It Isn't. En *Mesoamerican Archaeology: New Approaches* (pp. 109-128). Austin, University of Texas Press.
- 2009 Morelos, el occidente y Mesoamérica en el Preclásico temprano. En E. Williams, L. López y R. Esparza (eds.), *Las sociedades complejas del occidente de México en el mundo mesoamericano. Homenaje al Dr. Phil C. Weigand* (pp. 315-326). México, El Colegio de Michoacán.

Harbottle, Garman

- 1975 Activation Analysis Study of Ceramics from the Capacha (Colima) and Opeño (Michoacán) Phases of West Mexico. *American Antiquity*, 40 (4): 453-458.

Heizer, Robert F. y Bennyhoff, James A.

- 1957 The Terminal Preclassic Period (ca. 200 B.C.-A.D. 250). En *Cuicuilco* (pp. 10-16). Colección James Bennyhoff, *Temas Arqueológicos*, 46/2/4, t. VI. Archivo Técnico. México, INAH.

1958a Archaeological Investigations of Cuicuilco, Valley of Mexico, 1957. *Science*, 127 (3292): 232-233.

1958b Archaeological Excavations at Cuicuilco, Mexico, 1957. *The National Geographic Society*, sobretiro: 93-104.

1957-1961 Inf. Cuicuilco 1. Cuicuilco. En 46/2/3.10. Archivo Robert F. Heizer y James A. Bennyhoff. México, Archivo Técnico, Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

1972 Archaeological Investigations at Cuicuilco, Mexico, 1957. En *National Geographic Society Research Reports 1955-1960 Projects*: (pp. 93-104). EUA, Washington, D.C.

Hughes, Jack T.

1956 Stone Crosses with a Cuicuilco burial. *American Antiquity*, 22 (1): 80-82.

López Camacho, Javier

1991 Estratigrafía de la pirámide de Cuicuilco en retrospectiva. *Cuicuilco*, (27): 35-46.

Lugo Hubp, José, Inbar, Moche, Pastrana, Alejandro, Flores Antonio y Zamorano, J. Juan

2001 Interpretation of the Geomorphic Setting of the Cuicuilco Basin, Mexico City, Affected by the Pre-Hispanic Eruption of the Xitle Volcano. *Geomorphologie: Relief, Processus, Environment*, (3): 223-232.

Martin del Pozzo, A.L.

1982 Monogenetic volcanism in Sierra Chichinautzin, Mexico. *Bulletin of Volcanologie*, 45 (1): 9-29.

Marquina, Ignacio

1990 *Arquitectura prehispánica*. México, INAH / SEP.

McBride, Harold W.

1974 *Formative Ceramics and Prehistoric Settlement Patterns in the Cuautitlan Region, Mexico*. Tesis de Doctorado. University of California, Los Angeles.

Meraz, Alejandro

2016 Una aldea del periodo Formativo en Tlalpan. *Arqueología. Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología*, (51): 55-72. México, INAH.

Miranda, Fernando y Rodríguez, Ernesto

1990 Reporte preliminar de los trabajos arqueológicos efectuados en Cuicuilco, D.F., del 11 del X al 9 del XI del 90. Mecanoescrito. Archivo de la Subdirección de Salvamento Arqueológico. México, INAH.

Moguel, Mónica

1997 Reseña de las investigaciones arqueológicas realizadas en la zona arqueológica de Cuicuilco. *Actualidades Arqueológicas. Revista de Estudiantes de Arqueología en México*, julio.

Morelos, Noel

1993 *Procesos de producción de espacios y estructuras en Teotihuacan. Conjunto Plaza Oeste y Complejo Calle de los Muertos*. México, INAH.

Müller, Florencia

1990 *La cerámica de Cuicuilco B: un rescate arqueológico*. México, INAH (Científica, 186).

Navarrete, Carlos

1991 Cuicuilco y la arqueología del Pedregal. Crónica de un desperdicio. *Arqueología. Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología*, (5): 69-84. México, INAH.

Niederberger, B. Christine

1976 *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*. México, INAH (Científica, 30).
1987 *Paleopaysages et Archeologie Pre-Urbaine du Bassin de Mexico*, tt. I y II. México, CEMCA (Collection Etudes Mesoamericaines).

Noguera, Eduardo

1939a Excavaciones en Cuicuilco. En *Vigesimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la primera sesión celebrada en la Ciudad de México* (pp. 210-221). México, INAH-SEP.
1939b Informe de las excavaciones en Cuicuilco (pp. 1-29). Mecanoescrito. Archivo Técnico, Dirección de Arqueología. México, INAH.

Ortuño, Francisco, Manzanilla, Rubén y Moguel Cos, María Antonieta

1984 Atención de una denuncia en el sur de la Ciudad de México. Periférico Sur y Av. de los Insurgentes. Mecanoescrito. Denuncia 1984-6. Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico. México, INAH.

Palerm, Ángel

1961 Sistemas de regadío prehispánico en Teotihuacan y el Pedregal de San Ángel. *Revista Iberoamericana de Ciencias Sociales*, segunda época, I (2): 297-302. Washington, D.C., Pan-American Union.

Palerm, Ángel y Wolf, Eric

1972 *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. México (SEP-Setentas, 32).

Pastrana, Alejandro

1997 Nuevos datos acerca de la estratigrafía de Cuicuilco. *Arqueología. Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología*, segunda época, (18): 3-16, julio-diciembre. México, INAH.
1998 Informe de la primera temporada de campo del Proyecto Cuicuilco, del 27 de marzo al 30 de mayo de 1996. Síntesis geoarqueológica. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. México, INAH.

Pastrana, Alejandro y Fournier, Patricia

1997 Cuicuilco desde Cuicuilco. *Actualidades Arqueológicas. Revista de Estudiantes de Arqueología en México*, 3 (13): 7-9.

Pérez Campa, Mario

1998 La Estela de Cuicuilco. *Arqueología Mexicana. Dos siglos de hallazgos*, V (30), marzo-abril. México, Raíces.

Pérez Campa, Mario, Soriano Piña, Norma y Pascal García, Camila

2005 Informe preliminar de los trabajos arqueológicos realizados en Plaza Inbursa, octubre-diciembre 2005. Proyecto Arqueológico Cuicuilco 2005. México, DEA-INAH, 30 pp.

Piña Chan, Román

1958 *Tlatilco*, 2. México, INAH.
1985 Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino". En Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha (comps.), *Mesoamérica y el centro de México*, primera edición (pp. 41-79). México, INAH (Biblioteca del INAH).

Plunket, Patricia y Uruñuela, Gabriela

1998 Preclassic Household Patterns Preserved Under Volcanic Ash at Tetimpa, Puebla, Mexico. *Latin American Antiquity*, 9 (4): 287-309.

Ramírez, Felipe

1996 *Temamatla: una visión del Horizonte Formativo desde la Cuenca de México*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. ENAH-INAH-SEP, México, 269 pp.

- 2018 Cuicuilco. Contactos interregionales. *Arqueología Mexicana. Cuicuilco. Estudios recientes, XXV* (151): 40-45, mayo-junio. México, Raíces.
- Ramírez, Felipe y Moguel, Mónica**
1991 La utilización de los recursos naturales en el sitio de Cuicuilco "C": una interpretación. Ponencia presentada en la XXII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. México, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 15 pp.
- Ramírez, Felipe y Rangel, Carlos**
2007 Proyecto Cuicuilco "D", Ciudad Vial". Informe parcial. Archivo Técnico, Coordinación Nacional de Arqueología-Dirección de Estudios Arqueológicos. México, INAH, 22 pp.
- Rattray, Evelyn**
2001 *Teotihuacan. Cerámica, cronología y tendencias culturales*. México, INAH/University of Pittsburgh (Arqueología de México).
- Rivera, Jimena**
2019 Tlalpan durante el Preclásico: un acercamiento desde la arqueología del salvamento. *Ventana Arqueológica*, primera época, (1). México. Recuperado de: <file:///D:/Users/josejavier_ramos/Downloads/admin,+08_VA_01.pdf>.
- Rodríguez Sánchez, Ernesto**
1993a *Cuicuilco "C": un rescate arqueológico en el sur de la Ciudad de México*. Tesis de Licenciatura. ENAH-INAH, México.
1993b *Cuicuilco "C": aportes sobre aspectos urbano-arquitectónicos en el Formativo de la Cuenca de México*. En María Teresa Castillo Mangas (coord.), *A propósito del Formativo* (pp. 45-58). México, INAH-Subdirección de Salvamento Arqueológico.
- Rodríguez Sánchez, Ernesto, De la Torre M., Manuel y Moguel Bernal, Mónica**
1993 *Cuicuilco "C": historia de un rescate o rescate de una historia. Enfoques, Investigaciones y Obras. Revista de la Subdirección de Salvamento Arqueológico*: 11-29. México, INAH.
- Rodríguez Sánchez, Ernesto y Bracamontes Cruz, Alicia**
1994 Denuncia 1994-4. Mecanoescrito, Archivo de la Dirección de Salvamento Arqueológico. México, INAH.
- Sanders, William T., Parsons, Jeffrey R. y Santley, Robert**
1979 *The Basin of México. Ecological Processes in the Evolution of Civilization*. Nueva York, Academic Press.
- Sanders, William T.**
1992 Ranking and Stratification in Prehispanic Mesoamerica. En Diane Z. Chase y Arlen F. Chase (eds.), *Mesoamerican Elites. An Archaeological Assessment* (cap. 17: 278-291). Norman y Londres, University of Oklahoma Press.
- Sandoval, Denia**
2019 *Herramientas para aproximarnos a la función del Gran Basamento. Metodología para el análisis de la arquitectura mesoamericana aplicada al Gran Basamento de Cuicuilco*. Tesis de Licenciatura. Secretaría de Cultura, INAH-ENAH, México.
- Schávelzon, Daniel**
1983 *La Pirámide de Cuicuilco. Álbum fotográfico, 1922-1980*. México, FCE.
- Siebe, Claus**
2000 Age and archaeological implications of Xitle volcano, southwestern Basin of Mexico-City. *Journal of Volcanology and Geothermal Research*, (104): 45-64.
- Tolstoy, Paul**
1975 Settlement and Population Trends in the Basin of Mexico (Ixtapaluca and Zacatenco Phases). *Journal of Field Archaeology* 2 (4): 331-349. Boston, Boston University.
- Torres, Olivia**
1983 Informe de las excavaciones en Tenantongo, D.F. México, INAH-Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas.
- Villa Roiz, Carlos**
2018 Hallazgo arqueológico en la Universidad Pontificia de México. *HazteSentir.mx* Recuperado de: <https://haztesentir.org/hallazgo-arqueologico-la-universidad-pontificia-mexico/>.
- Weigand, Phil C. y García de Weigand, Arcelia**
2002 La tradición Teuchitlán. Las temporadas de excavación 1999-2000 en los Guachimontone". En Phil C. Weigand (comp.), *Estudio histórico y cultural sobre los huicholes* (pp. 129-147). México, Universidad de Guadalajara, Campus Universitario del Norte.

Omar García Zepeda
Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH

Análisis de captación de recursos de los sitios registrados por el Proyecto de Salvamento Arqueológico Gasoducto Samalayuca-Sásabe en Chihuahua, pertenecientes al Periodo Medio (1060-1340 d.C.)

Resumen: En el presente escrito se muestra el estudio realizado en sitios arqueológicos registrados en el Proyecto de Salvamento Arqueológico Gasoducto Samalayuca-Sásabe en el norte de Chihuahua, que fueron datados en el Periodo Medio. El estudio se centra en el Análisis de Captación de Recursos para cada sitio, utilizando un flujo de trabajo con base en el Modelo Digital de Elevación de la zona de estudio y utilizando un software de Sistemas de Información Geográfica, de tal manera que se obtienen polígonos que abarcan distancias de 30, 60 y 120 minutos de caminata, a partir de cada sitio. Los resultados incluyen las características ambientales, como el tipo de clima, edafología, geología, uso de suelo actual y red hidrológica para cada sitio, con lo cual se hacen inferencias sobre el tipo de asentamiento y la razón por la cual están asentados en tales lugares.

Palabras clave: Análisis de Captación de Recursos, Periodo Medio, Sistemas de Información Geográfica, edafología, gasoducto.

Abstract: This paper shows the study carried out on archaeological sites registered in the Proyecto de Salvamento Arqueológico Gasoducto Samalayuca-Sásabe in northern Chihuahua, which were dated in the Middle Period. The study focuses on the calculation of the Site Catchment Analysis (SCA) for each site, using a workflow based on the Digital Elevation Model (DEM) of the study area and using Geographic Information Systems (GIS) software, in such a way that polygons are obtained that cover distances of 30, 60 and 120 minutes of walking distance from each site. The results include environmental characteristics such as the type of climate, edaphology, geology, current land use and hydrological network for each site, with which inferences are made about the type of settlement and the reason why they are settled in such places.

Keywords: Site Catchment Analysis, Middle Period, Geographic Information Systems, Edaphology, Gas Pipeline

Conocer el territorio o área de influencia de los sitios arqueológicos es una de las interrogantes dentro de la arqueología; uno de los estudios que se realizan para conocer de manera teórica dicho territorio, es el Análisis de Captación de Recursos (ACR) o Site Catchment Analysis, en inglés.

Los sitios arqueológicos mencionados aquí fueron registrados en el Proyecto de Salvamento Arqueológico Gasoducto Samalayuca-Sásabe, ubicado en los estados de Sonora y Chihuahua (figura 1), dirigido por el doctor Rubén Manzanilla López durante las temporadas 2016-2017. Sólo se exploraron los sitios situados en el estado de Chihuahua pertenecientes al Periodo Medio (1060-1340 d.C.) (figura 2). Se estudian únicamente estos sitios en esta región geográfica y temporalidad específicas, ya que los de Chihuahua forman una unidad cultural distinta (Cultura Casas Grandes), diferenciada de las áreas culturales adyacentes en Sonora; además, durante el Periodo Medio se registró una mayor densidad de sitios comparada con los diferentes periodos de la región.

Es así que surgió la pregunta, ¿hay una homogeneidad o diferencia en cuanto al tipo de geología, uso de suelo, vegetación, edafología, clima y disponibilidad de agua que determine el tipo de sociedad (sedentario o trashumante) que habitó en los sitios arqueológicos

pertenecientes al Periodo Medio (1060-1340 d. C.) ubicados a lo largo del trazo del Gasoducto Samalayuca-Sásabe?

Para responder esta pregunta se planteó y aplicó un ACR, el cual busca conocer los recursos disponibles en los alrededores de cada sitio, es decir, cuál es la edafología, geología, vegetación, clima y corrientes de agua superficiales en la zona de estudio.

El análisis de captación de recursos

Los ACR se han aplicado en estudios arqueológicos desde la década de los setenta del siglo pasado; los primeros en mencionar el término fueron Vita-Finzi y Higgs (1970: 5). Estos análisis buscaron conocer los recursos, la economía y la población que se encuentra en un área determinada, en y alrededor de un sitio arqueológico; es decir, es “[...] the study of the relationships between technology and those natural resources lying within economic range of individual sites” (Vita-Finzi y Higgs, 1970: 5), de tal manera que el área de captación de recursos (*site catchment area*) es la zona de donde los habitantes de dicho sitio obtienen sus recursos de subsistencia (Roper, 1979: 120; Vita-Finzi, 1969: 106).

Algunos supuestos de este análisis son (Roper, 1979: 120-121):

- La intensidad de explotación de recursos alrededor de un sitio decrece con la distancia.
- Se gastará más energía en la obtención de algunos recursos que en otros, es decir, existe una jerarquía de importancia de recursos.
- El medio ambiente no es uniforme, tanto temporalmente (en las estaciones del año) como espacialmente, por ende, la obtención de recursos tampoco.
- La función y localización del sitio están relacionadas.

Los primeros análisis de captación de recursos producían áreas circulares alrededor de un punto que representa cada sitio, los cuales tienen radios de 10 km (Higgs, Vita-Finzi, Harris y Fagg, 1968); en estudios posteriores los radios de dichos círculos representaban distancias de caminata de dos horas para sitios de cazadores recolectores y de una hora de caminata para sitios de sociedades sedentarias (Vita-Finzi y Higgs, 1970), siendo estas dos medidas de tiempo las más usadas (Roper, 1979: 123-124);¹ ambas escalas se asocian a los radios de 10 km y de 5 km respectivamente (Renfrew y Bahn, 2005: 172-173), y los recursos evaluados suelen ser el tipo de suelo, vegetación y uso potencial del suelo, ya sea en clases o porcentajes (Renfrew y Bahn, 2005: 126).

Sin embargo, con el desarrollo de los Sistemas de Información Geográfica (SIG) y su uso dentro de la arqueología, se han puesto en marcha propuestas de estudios y análisis con base en capas de superficie de coste; es decir, partiendo de cada pixel contenido en los modelos digitales de elevación, que tienen una información sobre la altitud en metros sobre el nivel del mar, éstos se transforman en valores de distancia y tiempo que un ser humano podría caminar, con base en el ángulo de pendiente topográfico entre pixeles adyacentes. Por ejemplo, Van Leusen presenta una serie de algoritmos mediante los cuales pretende estudiar el paisaje circundante a un sitio arqueológico (Van Leusen, 1998: 216-217), pero, por otro lado, existen propuestas donde se discuten otros algoritmos y la teoría sobre las superficies de fricción y el costo de desplazamiento sobre superficies (Anaya, 1999: 78-92; Anaya y Espejel, 2018; y Murrieta, 2012), o las metodologías para analizar las pendientes del terreno (Murrieta, García y Wheatley, 2012). Una propuesta adicional es la de Uriarte, donde expone una fórmula de obtención del coste de desplazamiento aplicable en un software de SIG, para obtener el entorno del asentamiento en rangos de 15, 30, 60 y 120 minutos

(Uriarte, 2005: 613-614); esta fórmula es la que se aplica en el presente texto y se explica en el apartado metodológico.

Antecedentes históricos

La cronología de la región comienza con el periodo Paleoindio, cuyas fechas se ubican entre el 11500-8000 a.C. (Mendiola, 2002: 35), posteriormente viene el periodo Arcaico, del cual no hay un consenso en su inicio en el estado de Chihuahua, pues éste varía entre el 8000-6000 a.C. (Cruz y Maxwell, 2015: 4).

Di Peso *et al.* establecen que una vez que se termina el periodo Arcaico, la región de Casas Grandes se divide en las fases que sugieren Di Peso, Rinaldo y Fenner (1974) (figura 3, tabla 1).

Sin embargo, el Periodo Medio presenta varios problemas cronológicos, sobre todo en las fechas de inicio y terminación, las cuales han estado en discusión (Lekson, 1984: 55), también las tres fases en los cuales Di Peso, Rinaldo y Fenner (1974) dividen el Periodo Medio: fases Buena Fe (1060-1205), Paquimé (1205-1261) y Diablo (1261-1340), fechas, sobre todo la de la fase Buena Fe, que son modificadas posteriormente (Dean y Ravesloot, 1993: 96; Lekson, 1984: 59) e, incluso, Whalen y Minnis (2009: 68) proponen dividir el Periodo Medio en dos fases: Temprano (1200-1300) y Tardío (1300-1450).

La región de Casas Grandes, donde se ubica la zona de Janos, por la que pasa el Gasoducto Samalayuca-Sásabe, estuvo inmersa en la relación de dos tradiciones culturales: Hohokam y Mogollón, con núcleos en los estados estadounidenses de Arizona y Nuevo México respectivamente (Nielsen, 2008: 1), así como con la Cultura Trincheras y Serrana de Sonora. El origen de la tradición Casas Grandes es visto como producto de la migración de grupos de comerciantes hacia la región, buscando intercambiar turquesa, sin embargo, una propuesta diferente sobre su origen va enfocada a que es un desarrollo local de la cultura Mogollón (Nielsen, 2008: 2-3).

Pues bien, a pesar de las problemáticas en la cronología local, se cuenta con datos sobre cómo era la sociedad de cada uno de dichos periodos. Del Paleoindio existen evidencias de algunos artefactos Clovis, pero no han sido obtenidos mediante excavación; también existen varios sitios de cazadores-recolectores fechados por sus puntas de proyectil (McWilliams, Stewart y Kelley, 2022: 118).

Lister excavó en el Valle de las Cuevas y en la Cueva de las Golondrinas, y en el nivel más bajo de la Trincheras 1 encontró lítica sin cerámica, pudiendo corresponder a periodos del Arcaico Tardío (Lister, Mangelsdorf y Kent, 1958: 19). Perteneciente al mismo periodo es el sitio con trincheras de Cerro Juanaqueña, donde Hard

¹ D.C. Roper, en las páginas mencionadas en esta cita, hace una buena compilación de los estudios realizados durante los años setenta del siglo pasado del análisis de captación de recursos.

AREA DE ESTUDIO EN CHIHUAHUA

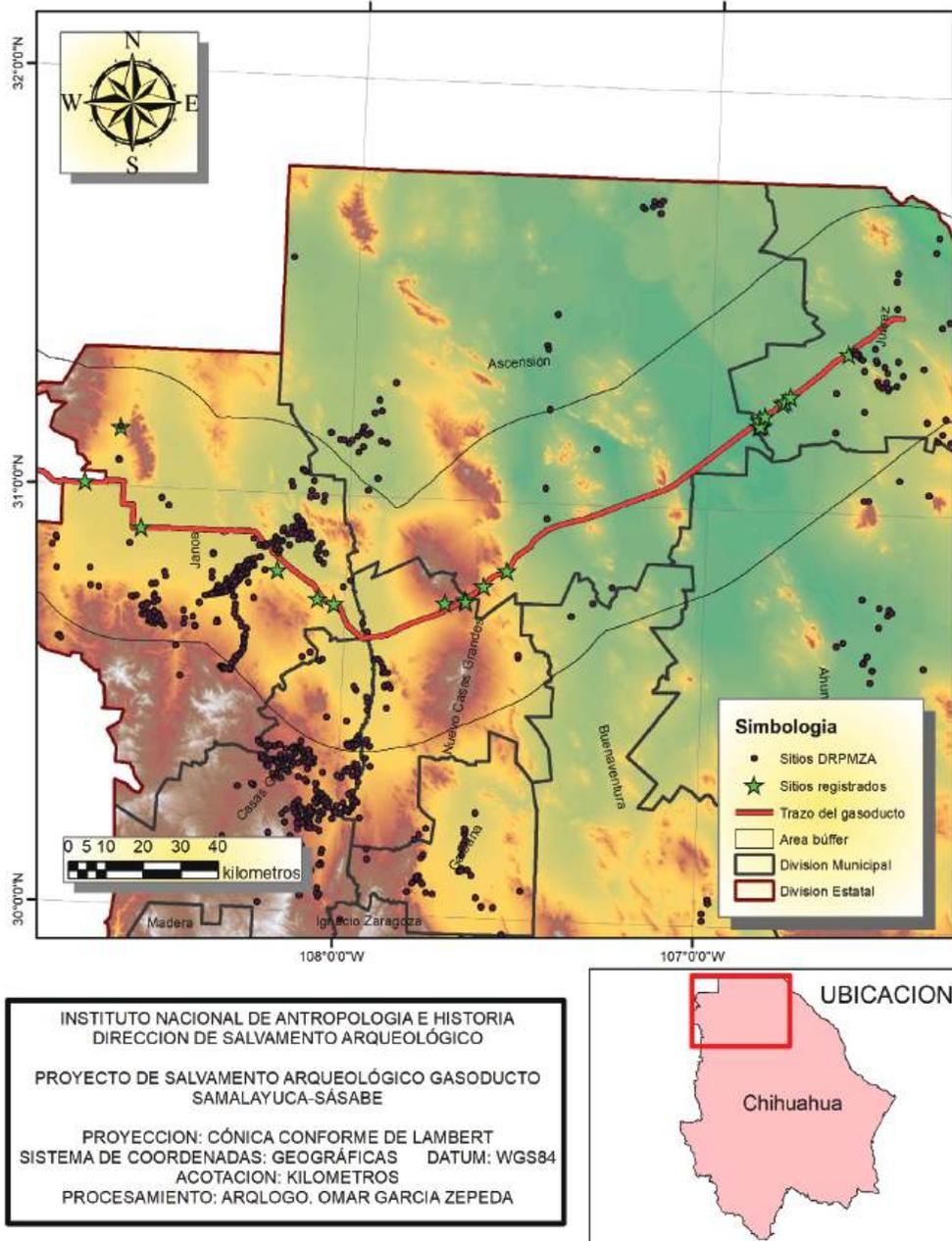


Fig. 1 Ubicación del gasoducto con los sitios registrados y los sitios de la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas.

y Roney recuperan restos de maíz y lo fechan para 2980 A.P. (Hard y Roney, 1997: 1661).

Aunque las fechas de los periodos propuestos por Di Peso *et al.* están aún en revisión, para el periodo de cerámicas lisas se puede decir que las personas vivían en villas asentados en las vegas de los ríos, utilizaban ollas burdas de piedra y metates con forma de cuencos, los entierros eran en posición flexionada (Di Peso,

Rinaldo y Fenner, 1974; Cruz y Maxwell, 2015: 9-10); posteriormente, el Periodo Viejo se caracteriza por la existencia de villas con casas semienterradas de forma semicircular con muros de bajareque, llamadas *pit house*, localizadas a lo largo de corrientes de agua y en las que posiblemente practicaban la agricultura de temporal, la caza y pesca de peces y moluscos, además había intercambio de conchas marinas; el Periodo Medio se distingue

SITIOS DEL PERIODO MEDIO

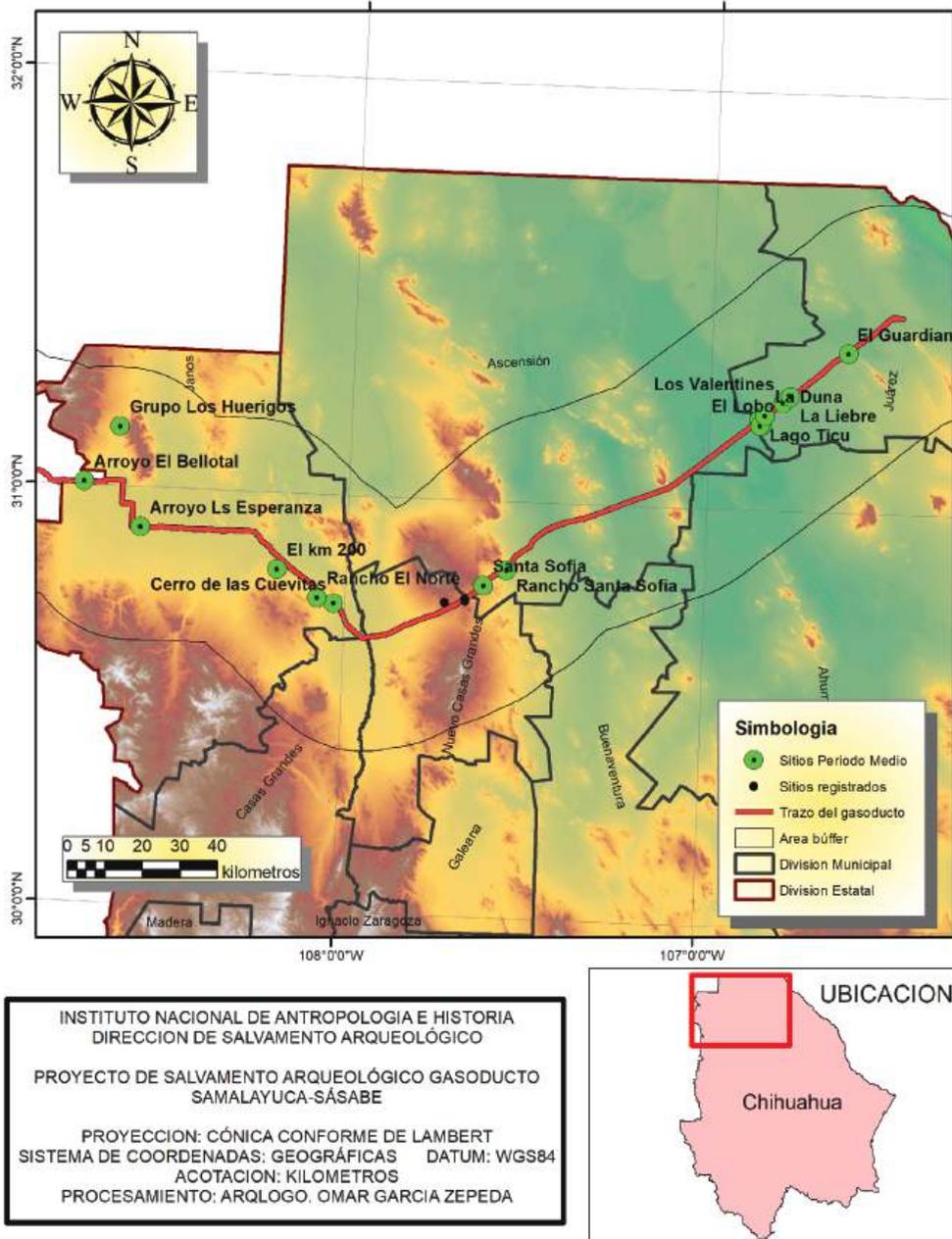


Fig. 2 Ubicación de sitios del Periodo Medio registrados en el trazo del gasoducto.

por un crecimiento en la población, los asentamientos se vuelven más densos, hay evidencia de cambios ideológicos, arquitectónicamente hablando las casas se construyen con muros de adobe a ras de suelo, el intercambio de moluscos provenientes de la costa aumenta y se da la construcción de un centro rector y auge como lo es Paquimé, además, las vasijas muestran una iconografía más amplia y, finalmente, el Periodo Tardío se

caracteriza por el abandono de Paquimé y la dispersión de la población en el área, mas no su total abandono; también se asocia con el inicio de la Colonia española (Kelley y Searcy, 2015: 17, 19-20; Lekson, 2011: 1; Whalen y Pitezal, 2015: 124); a la llegada de los españoles, la zona está habitada por grupos denominados Los Suma, cuya cerámica no está decorada (Braniff, 2008: 29; Di Peso, Rinaldo y Fenner, 1974. vol. 3: 928).

Periodo	Fase	Cronología d.C.
Españoles	Apache	1680-1821
	San Antonio	1660-1686
Tardío	Españoles contacto	1519-1660
	Robles	1340-1519
Medio	Diablo	1261-1340
	Paquimé	1205-1261
	Buena Fe	1060-1205
Viejo	Perros Bravos	950-1060
	Pilón	900-950
	Convento	700-900
	Cerámicas Lisas	1-700

Fig. 3, tabla 1 Cronología propuesta por Di Peso, Rinaldo y Fenner (1974).

Investigaciones arqueológicas en la región de estudio

Las investigaciones arqueológicas en el estado de Chihuahua se han centrado en la zona arqueológica de Paquimé, y uno de los primeros en mencionar el sitio es Bartlett en 1854 (Di Peso, Rinaldo y Fenner, 1974: vol. 1, figura 3-1); posteriormente, Bandelier mapea el sitio en 1884, pero el primer informe en el Archivo Técnico del INAH es el de César A. Sáenz de 1959; más tarde, en los años ochenta, Eduardo Contreras hizo algunos trabajos consistentes en restauraciones (Contreras, 1985), y después, Roy Brown se encargó del mantenimiento e investigación de Paquimé en la primera mitad de la década de los noventa (Brown, 1993 y 1994) y, a partir de 1994, Eduardo Gamboa investiga también en el sitio (Gamboa, 1994b).

Otra zona que ha recibido especial atención es la del área de Cuarenta Casas, donde se han alternado Arturo Guevara y Eduardo Gamboa, primeramente Guevara (Guevara, 1981; 1986), donde éste lleva a cabo excavaciones y trabajos de superficie, así como labores de mantenimiento y conservación (Guevara, 1999, 2000 y 2001). También Eduardo Gamboa (1994a y 2022) realiza labores de investigación, conservación y mantenimiento en el área.

El este de Chihuahua ha sido investigado por Cruz Antillón, desde principios de los años noventa del siglo pasado, hasta la actualidad; la finalidad es el reconocimiento de sitios arqueológicos para entender el patrón de asentamiento de esa región del estado (Cruz, 1992, 2002 y 2011).

Algunos investigadores extranjeros han trabajado en la entidad. Ejemplo de ello lo es H.A. Carey, que analiza y organiza la información arqueológica conocida hasta ese momento del noroeste de Chihuahua (Carey, 1931). Para 1935, Brand realiza un estudio sobre la distribución de los tipos cerámicos en el noroeste del estado, y para Janos muestra que el tipo Huerigos policromo es el más abundante (Brand, 1935: 292). En 1936, Lister investiga también el noroeste de la entidad, en sitios como La Morita, cercano a Janos (Lister, 1946), y, en el mismo año, Sayles publica un libro en el que desarrolla el tema de la arqueología de Chihuahua, en sitios de casas acantilado como Cueva de la Olla y Casas Grandes, mostrando evidencias de lítica, cerámica y cestería (Sayles, 1936). Años después, a lo largo del Río Conchos, en el área cercana a Ojinaga, Charles Kelley efectuó algunas excavaciones y recorridos (Kelley, 1951). En los años setenta, Di Peso y colaboradores (1974 y 1977) publican una serie de tomos en torno a la cerámica, arquitectura, lítica y demás materiales arqueológicos de Casas Grandes, producto del Joint Casas Grandes Expedition a finales de los años cincuenta (Di Peso, Rinaldo y Fenner, 1974 y 1977).

A lo largo de 20 años, entre 1990 y 2010, Jane Kelley desarrolló un proyecto en la región de Casas Grandes y zonas aledañas, investigando el patrón de asentamiento, la cronología y excavaciones en una *pit house*, previo estudio con un georradar (Kelley *et al.*, 2012). Un proyecto más es el de Robert Hard, quien excava algunos sitios con trincheras como Cerro los Torres, Cerro Vidal y Cerro Juanaqueña en el área de Janos (Hard y Roney, 1998, 1999 y 2000). Whalen y Minnis (1996, 2001 y 2012) también han investigado en el área de Paquimé, ya sea sobre los sistemas de sociedades complejas o sobre cerámica, incluyendo la parte suroeste de Janos (Whalen y Minnis, 1996, 2001 y 2012). Por su parte, los VanPool, con base en la arqueología *de género*, investigan también el área noroeste de Chihuahua, que comprende el río Casas Grandes, junto con la región de Ascensión y Janos (VanPool, VanPool y Leonard, 2005; Van Pool y VanPool, 2006). Finalmente, en los años 2016 y 2017 se llevó a cabo la investigación por parte del Proyecto de Salvamento Arqueológico Gasoducto Samalayuca-Sásabe, que cruza por los estados de Sonora y Chihuahua, iniciando en el desierto de Samalayuca, cruzando por la Sierra Madre Occidental y finalizando en el desierto de Sonora; el gasoducto tiene un longitud de 622 km, en un tramo paralelo a la frontera con Estados Unidos; en dicho trayecto se detectaron 65 sitios arqueológicos, cuyas temporalidades van del periodo Paleoindio hasta el siglo XIX (Manzanilla *et al.*, 2016 y Manzanilla *et al.*, 2018).

Metodología

Se utilizó el software QGIS 2.18 con el módulo de GRASS GIS 7 para realizar los distintos procesos y la visualización cartográfica.

Primeramente, se generó una capa Shape (*.SHP²) de tipo punto con los sitios registrados para el estado de Chihuahua a lo largo del Gasoducto Samalayuca-Sásabe; en su tabla de atributos se agregó una columna por cada periodo cronológico de acuerdo a la tabla 1 (figura 3), empleando Shapes para cada periodo. La cronología de cada sitio se obtuvo a partir del análisis cerámico y lítico (Manzanilla *et al.*, 2016 y Manzanilla *et al.*, 2018). Además, a partir de la base de datos de sitios arqueológicos de la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas (DRPZA) se creó otro archivo (*.SHP) de dichos sitios.

También se conjuntó la base cartográfica de la región de estudio, obtenida de la página web del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio), consistente en:

- Modelo Digital de Elevación (MDE) de la República Mexicana, resolución de 30 metros.
- Capas vectoriales de la edafología, geología, vegetación, hidrología, cuencas y subcuencas hidrológicas, uso potencial de suelo de la región, escala 1:250 000.
- Capas vectoriales de las divisiones políticas estatales, municipales, áreas urbanas y rurales de la región

Todos estos datos se conformaron en un proyecto de QGIS y se homologaron al Sistema de Proyección Cónica Conforme de Lambert, puesto que los datos se encuentran en dos zonas UTM (12 R y 13 R), para así evitar errores de proyección. También, para no contar con archivos tan grandes y perder tiempo con gran cantidad de información, se generó un *buffer* de 30 km de cada lado del trazo del gasoducto, y así contar con un área más definida para trabajar cada proceso; con este archivo *buffer* se recortó cada archivo de la base cartográfica, haciendo los procesos más rápidos y se tiene una menor cantidad de información, la cual es más manejable dentro del Sistema de Información Geográfica.

Una vez recortadas las capas con el *buffer* mencionado, en primera instancia, se trabajó con el MDE,³ a partir del cual se obtuvo el Mapa de Pendientes; poste-

² Un archivo denominado Shape, es uno que contiene entidades vectoriales (punto, línea, polígono) asociados a tablas con los atributos de cada entidad.

³ La metodología desde este párrafo hasta la poligonización de isócronas, fue expuesta en el Curso Avanzado de Sistemas de Información Geográfica aplicados en la gestión del patrimonio y arqueología de la Universidad de Burgos, impartida por Luis Campos Paulo.

0	Thru	1800	=	30
1801	Thru	3600	=	60
3601	Thru	7200	=	120
7201	Thru	99999	=	0

Fig. 4 Tabla de Reclasificación de ráster de Coste Acumulado. Producida por Omar García Zepeda.

riormente, mediante la Calculadora Ráster se le aplicó la siguiente transformación (Uriarte, 2005: 613-614) para calcular un ráster de Coste de Movilidad para cada pixel:

$$T=(0.0277 R * P) + (0.6115 * R)$$

Donde T es el tiempo que se tarda en recorrer un pixel, R es la resolución espacial en metros del MDE, P es el mapa de pendientes. Estos valores se basan en datos provenientes de un estudio de sitios al sureste de España (Uriarte, 2005: 613).

Una vez obtenido el ráster anterior, se calculó el ráster de Coste Acumulado,⁴ el cual muestra el tiempo que se tarda en recorrer el área a partir de un punto en específico, es decir, desde cada sitio.⁵ La capa resultante se reclasifica para obtener isócronas⁶ a 30, 60 y 120 minutos, con base en la figura 4, tabla 2.

Las isócronas se convirtieron a polígonos, eliminándose los polígonos con valor 0, sólo dejando los tiempos 30, 60 y 120 minutos. De esta manera se obtiene el área de captación de recursos para 1 hora y 2 horas de recorrido desde cada sitio registrado (figura 5).

Posteriormente, cada Shape de recursos (edafología, geología, vegetación, etc.) se recortó, obteniendo solamente los polígonos de estos archivos dentro de cada área de captación de recursos (figuras 6 y 7).

Resultados

De 21 sitios arqueológicos registrados durante las temporadas 2016-2017, sólo se analizaron los sitios con ocupación del Periodo Medio, puesto que es la

⁴ Se usa el módulo *r.cost.points* de Grass en QGIS.

⁵ Se puede consultar la discusión acerca de superficies de coste con base en dos tipos de fricción (Anaya, 1999: 78-79), anisotrópica e isotrópica, los cuales toman en cuenta la resistencia ofrecida de la superficie con base en las direcciones de la pendiente del terreno.

⁶ Las isócronas son líneas que se representan como curvas de nivel y representan la cantidad de tiempo que se tarda en llegar a ese lugar, partiendo de un punto en específico. Para este caso, éstas se calculan y se representan mediante píxeles.

AREAS DE CAPTACION DE RECURSOS

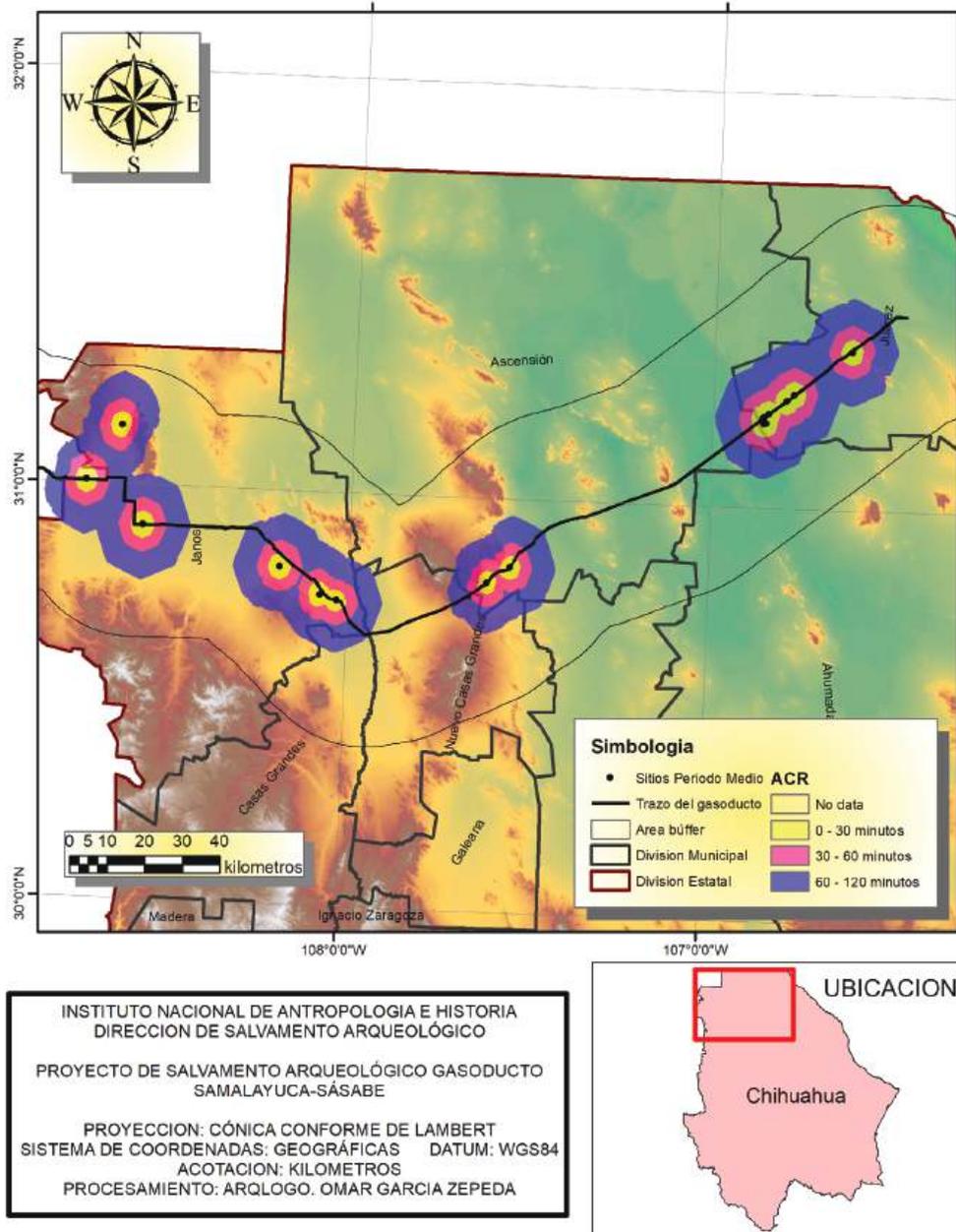


Fig. 5 Resultados del análisis de captación de recursos para cada sitio registrado perteneciente al Periodo Medio.

etapa cronológica con mayor ocupación a lo largo del trazo del gasoducto, dando un total de 16 sitios arqueológicos (figura 8, tabla 3 y figura 9, gráfica 1).

En específico, para los sitios pertenecientes al Periodo Medio (1060-1340 d.C.), las áreas de captación de recursos forman grupos conforme la distancia aumenta desde cada sitio; por ejemplo, a una distancia de 30 minutos, desde el centro de cada sitio la mayoría de los sitios tienen áreas independientes entre sí, a

excepción de los sitios Cerro de las Cuevitas y Rancho el Norte, cuyas distancias son menores a 30 minutos de caminata, por lo que su área de captación de recursos es compartida y se observa como dos zonas unidas entre sí; en igual situación se encuentran El Lobo, El Moscardón 1 y 2, Lago Ticu, La Duna, Los Valentines y La Liebre, que forman un solo polígono (figura 10, tabla 4). Conforme la distancia de caminata aumenta, las áreas de captación de recursos de sitios se agrupan,

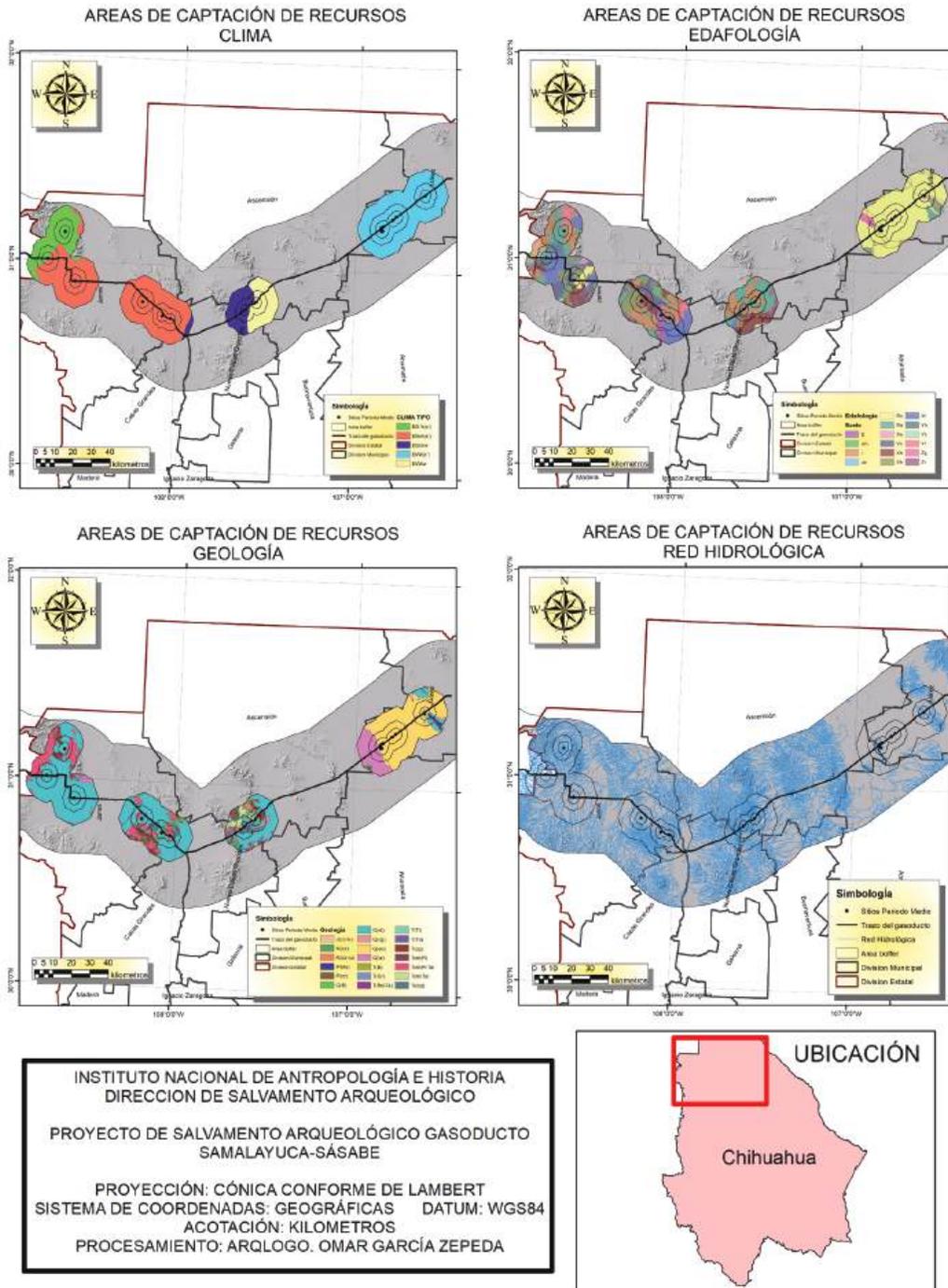


Fig. 6 Resultados del área de captación de recursos para el clima, edafología, geología y red hidrológica.

de tal manera que a una distancia de 120 minutos se conforman cuatro grupos distintos (véase la figura 5).

El área de cada polígono varía de 2682.1977 a 10674.7409 hectáreas a 30 minutos de caminata; mientras que a una distancia de caminata de 60 minutos los rangos van de 8042.6365 a 18678.3075 hectáreas, y para 120 minutos de caminata, las áreas son de entre 43699.3001 y 88991.2885 hectáreas (figura 10, tabla 4).

Por otro lado, el tipo de clima de las áreas de captación de recursos varía de árido templado al este del estado, pasando por semiárido templado, y conforme se avanza al oeste, el clima es muy árido templado (véase la figura 4, tabla 2).

A una distancia de 60 minutos de caminata, poco más del 51% del territorio de todas las áreas de captación de recursos contienen climas del tipo árido

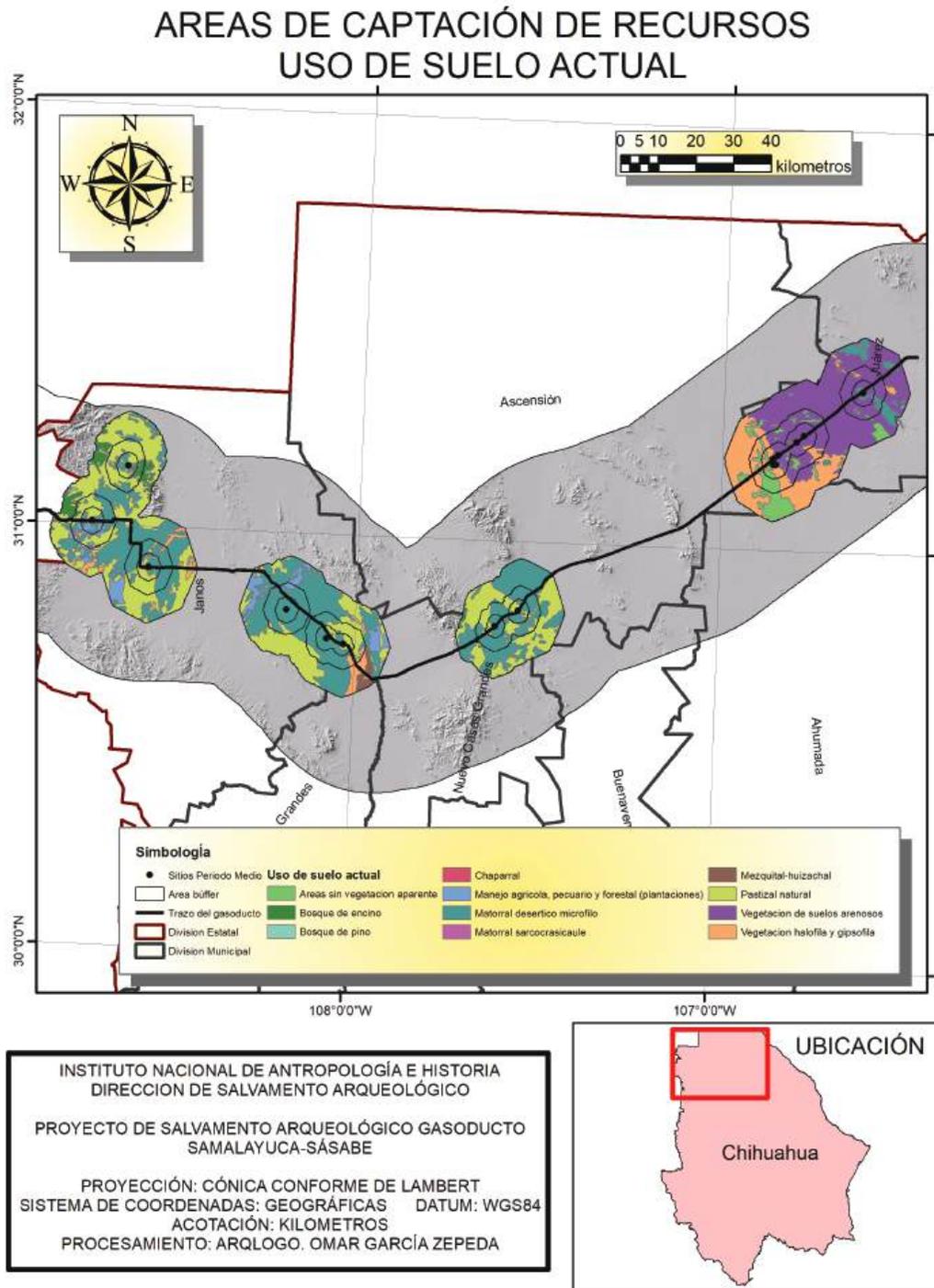


Fig. 7 Resultados del área de captación de recursos para el uso de suelo.

templado, mientras que poco más del 33% corresponde a un clima muy árido (figura 11, tabla 5).

Desde el punto de vista de los grupos de sitios que forman las áreas de captación de recursos, los hay con un solo tipo de clima, sobre todo a una distancia de 60 minutos de caminata, y con dos tipos de clima es más común a una distancia de caminata de 120 minutos;

por ejemplo, para Los Huerigos, a una distancia de 60 minutos, el 61.56% del territorio es ocupado por un clima semiárido templado (BS1k[x']) y el 38.44% restante por un clima árido templado (BS0k[x']); estos mismos tipos de clima a una distancia de 120 minutos ocupan porcentajes de 41.67% y 58.33% respectivamente, pero cabe aclarar que al aumentar el área se

Clave	Sitio	Paleoindio	Arcaico Temprano	Arcaico medio	Arcaico Tardío	Periodo Viejo	Periodo Medio	Periodo Tardío	Españoles
SA-1-1	Cerro de las Cuevitas								
SA-1-2	Rancho El Norte								
SA-1-3	El Kilómetro 200								
SA-1-4	Arroyo la Esperanza								
SA-1-5	Grupo Los Huerigos								
SA-1-6	Arroyo El Bellotal								
SA-3-1	Palma Alta								
SA-3-2	La mina Abandonada								
SA-3-3	Santa Sofía								
SA-3-4	Rancho Santa Sofía								
SA-3-5	Los Muertos								
SA-3-6	El Lobo								
SA-3-7	El Moscardón 2								
SA-3-8	El Moscardón 1								
SA-3-9	Lago Ticu								
SA-3-10	La Duna								
SA-3-11	Los Valentines								
SA-3-12	Los Valentines 2								
SA-3-13	La Liebre								
SA-3-14	El Guardián								
SA-3-15	La Mina Abandonada 2								

Fig. 8, tabla 3 Cronología de los sitios estudiados registrados en el estado de Chihuahua (Manzanilla *et al.*, 2016 y Manzanilla *et al.*, 2018).

aglomeran, en una sola, áreas de captación de recursos Los Huerigos con Arroyo La Esperanza y Arroyo El Bellotal⁷ (figura 12, tabla 6).

Ahora bien, desde el punto de vista del uso de suelo y vegetación actual, el pastizal natural es la vegetación

⁷ Los porcentajes se obtienen de la siguiente manera: una vez establecidas las áreas de captación de recursos, se calcula el área total del polígono formado para cada una de las distancias de caminata (60 y 120 minutos), para cada sitio o grupos de sitios; a partir de este punto se obtiene el área de cada tipo contenido en cada capa (tipo de clima, edafología, geología, hidrología, uso de suelo, vegetación); dentro de cada polígono se computa el área para cada tipo de elemento por polígono y a partir de ahí se transforma a porcentajes.

más abundante con 48.645% y el matorral desértico micrófilo con 29.390% a una distancia de 60 minutos de caminata; mientras que a 120 minutos de caminata, los porcentajes son 62.968% y 30.962% respectivamente (figura 13, tabla 7).

Sin embargo, desde el punto de vista espacial, el tipo de vegetación predominante al oeste es la de suelos arenosos, seguido de la halófila y gipsófila, mientras que para la mitad este de la región de estudio, predomina el pastizal natural junto con el matorral desértico micrófilo, todo esto tanto a 60 minutos como a 120 minutos de caminata (figura 14, tabla 8; véase la figura 7).

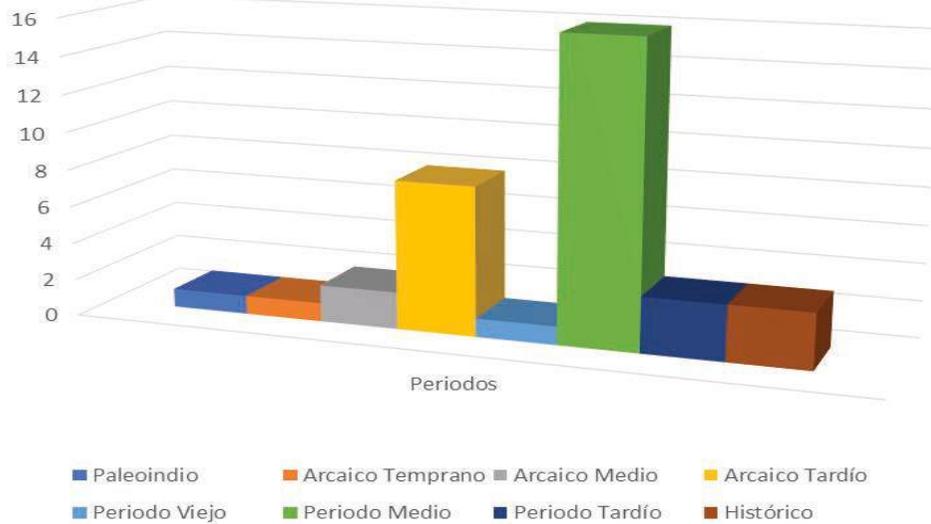


Fig. 9 Gráfica 1, frecuencia de sitios por periodo cronológico. Producida por Omar García Zepeda.

Clave	Sitio	30 minutos		60 minutos		120 minutos		Área (ha Total)
		Área (ha)	Perímetro (km)	Área (ha)	Perímetro (km)	Área (ha)	Perímetro (km)	
SA-1-01	Cerro de las Cuevitas	5195.195	51.9519	11904.685	119.0469	63172.2387	631.7224	80272.1182
SA-1-02	Rancho El Norte							
SA-1-03	El Kilómetro 200	3184.608	31.846	9428.858	94.289			
SA-1-04	Arroyo la Esperanza	3475.127	34.751	10392.808	103.928	88679.2134	886.7921	102547.1486
SA-1-05	Grupo Los Huerigos	2903.097	29.031	8042.637	80.426			
SA-1-06	Arroyo El Bellotal	3355.565	33.556	9407.960	94.080			
SA-3-03	Santa Sofía	2351.837	23.518	13613.591	136.136	43699.3001	436.993	59995.0887
SA-3-04	Rancho Santa Sofía	2682.198	26.822					
SA-3-06	El Lobo	10674.7409	106.7474	18678.3075	186.7831	88991.2885	889.9129	118344.3369
SA-3-07	El Moscardón 2							
SA-3-08	El Moscardón 1							
SA-3-09	Lago Ticu							
SA-3-10	La Duna							
SA-3-11	Los Valentines							
SA-3-13	La Liebre							
SA-3-14	El Guardián	3152.5565	31.5256	9914.1547	99.1415			

Fig. 10, tabla 4 Área (hectáreas) y perímetro (kilómetros) de las superficies de captación de recursos para cada sitio arqueológico del Periodo Medio. Producida por Omar García Zepeda.

Clave	Clima	60 minutos		120 minutos	
		Área (ha)	%	Área (ha)	%
BSok(x')	Árido, templado, temperatura entre 12°C y 18°C, temperatura del mes más frío entre -3°C y 18°C, temperatura del mes más caliente menor de 22°C.	50415.021	43.728	163555.194	39.611
BSokw	Árido, templado, temperatura media anual entre 12°C y 18°C, temperatura del mes más frío entre -3°C y 18°C.	8947.612	7.761	30714.071	7.439
BS1k(x')	Semiárido, templado, temperatura media anual entre 12°C y 18°C, temperatura del mes más frío entre -3°C y 18°C, temperatura del mes más caliente menor de 22°C.	16875.519	14.637	52608.938	12.741
BWkw	Muy árido, templado, temperatura media anual entre 12°C y 18°C, temperatura del mes más frío entre -3°C y 18°C, temperatura del mes más caliente menor de 22°C.	9700.014	8.414	34610.715	8.382
BWk(x')	Muy árido, templado, temperatura media anual entre 12°C y 18°C, temperatura del mes más frío entre -3°C y 18°C, temperatura del mes más caliente menor de 22°C.	29353.048	25.460	131411.048	31.826

Fig. 11 Tabla 5, porcentajes de tipos de clima en el área de estudio con base en las áreas de captación de recursos a 60 y 120 minutos. Producida por Omar García Zepeda.

Clave	Sitio	60 minutos			120 minutos		
		Clima	Área (ha)	Porcentaje	Clima	Área (ha)	Porcentaje
SA-1-01	Cerro de las Cuevitas	BSok(x')	17099.880	100	BSok(x')	89907.7239	96.79
SA-1-02	Rancho El Norte						
SA-1-03	El Kilómetro 200	BSok(x')	12613.466	100	BSokw	2977.8601	3.21
SA-1-04	Arroyo la Esperanza	BSok(x')	13867.935	100	BSok(x')	73647.470	58.33
SA-1-05	Grupo Los Huerigos	BSok(x')	6833.740	38.44	BS1k(x')	52608.938	41.67
		BS1k(x')	10945.7338	61.56			
SA-1-06	Arroyo El Bellotal	BS1k(x')	5929.785	100			
SA-3-03	Santa Sofía	BWkw	9700.014	52.02	BWkw	34610.715	55.51
	Rancho Santa Sofía	BSokw	8947.612	47.98	BSokw	27736.211	44.49
SA-3-06	El Lobo	BWk(x')	29353.0483	100	BWk(x')	131411.0481	100
SA-3-07	El Moscardón 2						
SA-3-08	El Moscardón 1						
SA-3-09	Lago Ticu						
SA-3-10	La Duna						
SA-3-11	Los Valentines						
SA-3-13	La Liebre						
SA-3-14	El Guardián	BWk(x')	13066.711	100			

Fig. 12 Tabla 6, porcentajes de clima para cada área de captación de recursos a 60 y 120 minutos. Producida por Omar García Zepeda.

Uso de suelo y vegetación	60 minutos		120 minutos	
	Área (ha)	%	Área (ha)	%
Matorral desértico micrófilo	757959.719	29.390	874098.011	30.962
Pastizal natural	1254530.336	48.645	1777682.158	62.968
Vegetación halófila y gipsófila	137660.117	5.338	41470.764	1.469
Manejo agrícola, pecuario y forestal (plantaciones)	7747.023	0.300	13501.799	0.478
Bosque de encino	23451.285	0.909	19098.425	0.676
Áreas sin vegetación aparente	11067.188	0.429	14246.996	0.505
Vegetación de suelos arenosos	386549.580	14.989	77309.916	2.738
Mezquital-huizachal	0.000	0.000	2374.588	0.084
Bosque de pino	0.000	0.000	3091.221	0.109
Chaparral	0.000	0.000	80.192	0.003
Matorral sarcocrasicaule	0.000	0.000	203.239	0.007

Fig. 13 Tabla 7, porcentajes de uso de suelo y vegetación actual en el área de estudio con base en las áreas de captación de recursos a 60 y 120 minutos. Producida por Omar García Zepeda.

Clave	Sitio	60 minutos			120 minutos		
		Uso de suelo	Área (ha)	%	Uso de suelo	Área (ha)	%
SA-1-01	Cerro de las Cuevitas	Matorral desértico micrófilo	104960.202	54.87	Manejo agrícola, pecuario y forestal (plantaciones)	7426.685	0.84
		Pastizal natural	78600.954	41.09	Matorral desértico micrófilo	466463.965	52.92
		Vegetación halófila y gipsófila	7734.535	4.04	Mezquital-huizachal	2374.588	0.27
SA-1-02	Rancho El Norte			Pastizal natural	400941.983	45.49	
SA-1-03	El Kilómetro200	Matorral desértico micrófilo	256659.720	36.98	Vegetación halófila y gipsófila	4229.1361	0.48
		Pastizal natural	434416.337	62.59			
		Manejo agrícola, pecuario y forestal (plantaciones)	2963.630	0.43			

SA-1-04	Arroyo la Esperanza	Matorral desértico micrófilo	171403.924	70	Bosque de encino	18088.500	1.18
		Pastizal natural	72402.723	29.57	Bosque de pino	3091.221	0.2
		Vegetación halófila y gipsófila	1071.405	0.44	Chaparral	80.192	0.01
		Manejo agrícola, pecuario y forestal (plantaciones)			5959.922	0.39	
		Matorral desértico micrófilo			265188.091	17.32	
		Pastizal natural			1234945.222	80.65	
SA-1-05	Grupo Los Huerigos	Bosque de encino	9352.467	5.51	Vegetación halófila y gipsófila	3938.984	0.26
		Matorral desértico micrófilo	87919.889	51.8			
		Pastizal natural	72443.869	42.69			
SA-1-06	Arroyo El Bellotal	Bosque de encino	14098.818	3.5			
		Manejo agrícola, pecuario y forestal (plantaciones)	4783.394	1.19			
		Matorral desértico micrófilo	90676.057	22.5			
		Pastizal natural	293136.612	72.74			
		Vegetación halófila y gipsófila	269.768	0.07			
SA-3-03	Santa Sofía	Matorral desértico micrófilo	38828.898	16.36	Bosque de encino	1009.925	0.36
		Pastizal natural	198569.639	83.64	Matorral desértico micrófilo	136212.894	48.82
SA-3-04	Rancho Santa Sofía				Pastizal natural	141794.953	50.82
SA-3-06	El Lobo	Áreas sin vegetación aparente	10865.098	2.93	Áreas sin vegetación aparente	14246.996	10.84
		Vegetación de suelos arenosos	231929.748	62.57	Manejo agrícola, pecuario y forestal (plantaciones)	115.191	0.09
		Vegetación halófila y gipsófila	127856.218	34.5	Matorral desértico micrófilo	6233.062	4.74
					Matorral sarcocrasicaule	203.239	0.15
SA-3-07	El Moscardón 2				Vegetación de suelos arenosos	77309.916	58.83
SA-3-08	El Moscardón 1				Vegetación halófila y gipsófila	33302.644	25.34
SA-3-09	Lago Ticu						

SA-3-10	La Duna						
SA-3-11	Los Valentines						
SA-3-12	Los Valentines 2						
SA-3-13	La Liebre						
SA-3-14	El Guardián	Áreas sin vegetación aparente	202.090	0.12			
		Matorral desértico micrófilo	7511.029	4.61			
		Vegetación de suelos arenosos	154619.832	94.82			
		Vegetación halófila y gipsófila	728.192	0.45			

Fig. 14 Tabla 8, porcentajes del uso de suelo para cada área de captación de recursos a 60 y 120 minutos. Producida por Omar García Zepeda.

Tipo de suelo	60 minutos		120 minutos	
	Área (ha)	%	Área (ha)	%
Litosol (I)	145949.446	26.664	73907.883	17.9
Regosol (R)	170392.001	31.129	54224.749	13.133
Rendzina (E)	14068.74	2.57	8417.882	2.039
Vertisol (V)	55452.505	10.131	19812.803	4.798
Xerosol (X)	127695.743	23.329	96423.988	23.353
Yermosol (Y)	29128.404	5.322	9916.637	2.402
Feozem (H)	1462.335	0.267	4939.834	1.196
Solonchak (Z)	3221.161	0.588	5425.579	1.314
Fluvisol (J)	0	0	242.581	0.059
Solonetz (So)	0	0	1534.694	0.372

Fig. 15 Tabla 9, porcentajes de tipo de suelo en el área de estudio con base en las áreas de captación de recursos a 60 y 120 minutos. Producida por Omar García Zepeda.

Respecto del tipo de suelo, en porcentajes totales del área de estudio, sin tomar en cuenta el subtipo de suelo, se tiene que a una distancia de 30 minutos se encuentra regosol con 31.129%, seguido de litosol con 26.664% y xerosol con 23.329%; mientras que a 120 minutos de caminata, el tipo de suelo predominante es xerosol con 23.353%, seguido por litosol con 17.900% y regosol con 13.133% (figura 15, tabla 9).

De manera específica, en las áreas de captación de recursos, a una distancia de 60 minutos de caminata, el suelo de tipo litosol es más abundante en la sección oeste del estado, aunque sobre la franja fronteriza con Sonora, el suelo xerosol lúvico está presente en mayor proporción que el litosol; para la parte este, el tipo de suelo regosol calcárico es el más abundante con porcentajes superiores al 93%. Por otro lado, para una

distancia de 120 minutos, la parte oeste de la entidad federativa presenta suelos del tipo litosol como los más abundantes, aunque para la parte central, en los sitios Santa Sofía y Rancho Santa Sofía, el litosol y regosol eútrico registran porcentajes casi iguales, y para la parte este, el tipo de suelo más presente es el regosol calcárico (figura 16, tabla 10; véase la figura 6).

Por otro lado, con base en la red hidrológica de la región, la distancia a la corriente de agua más cercana de cada sitio tiene una mediana de 255.55 metros y una media de 637.74 metros, y el 87.5% de los sitios (14) se encuentran a 500 metros o menos de la fuente más cercana, y el porcentaje restante (2 sitios), la distancia es de 2 685.95 y 4 137.53 metros para Los Valentines y La Liebre respectivamente. Cabe aclarar que, en la actualidad, las corrientes de agua son intermitentes, sin descartar que en el pasado fueran permanentes (figura 17, tabla 11; véase la figura 6).

Análisis y conclusiones

Se observó que a una distancia de 30 minutos de caminata, los sitios arqueológicos muestran áreas de captación de recursos independientes entre sí, es decir, que no se juntan, lo cual puede indicar que los recursos estaban a la mano y no habría una competencia directa por ellos; sin embargo, a una distancia de 120 minutos de caminata, las áreas de captación de recursos se fusionan con los de los sitios adyacentes, lo cual podría indicar dos cosas: estas áreas compartidas serían zonas donde la competencia por los recursos es alta o podría sugerir zonas donde tendría lugar el comercio y el intercambio de bienes.

Se aprecian dos zonas claramente distinguibles divididas por una zona con mayor relieve topográfico al oeste y otra más plana al este, alrededor del paralelo 107°20', por la zona del sitio Santa Sofía. Es así que, al oeste, los climas son más benévolos y concuerdan con

Clave	Sitio	60 minutos			120 minutos		
		Edafología	Área (ha)	%	Edafología	Área (ha)	%
SA-1-01	Cerro de las Cuevitas	Litosol	21692.418	23.41		3477.499	
		Regosol eútrico	1348.625	1.46		24815.302	
		Rendzina	14068.740	15.18	Feozem háplico	5856.398	3.74
		Vertisol crómico	4031.250	4.35	Litosol	8417.882	26.72
		Xerosol háplico	1350.391	1.46	Regosol eútrico	7515.371	6.3
		Xerosol lúvico	45733.928	49.36	Rendzina	10724.319	9.06
		Yermosol lúvico	4430.077	4.78	Vertisol crómico	11969.318	8.09
				Xerosol cálcico	15679.419	11.55	
				Xerosol háplico	4430.077	12.89	
				Xerosol lúvico		16.88	
				Yermosol lúvico		4.77	
SA-1-02	Rancho El Norte						
SA-1-03	El kilómetro 200	Litosol	13219.581	29.41			
		Regosol eútrico	713.913	1.59			
		Vertisol crómico	15942.771	35.46			
		Xerosol cálcico	8054.544	17.92			
		Xerosol háplico	7025.817	15.63			
SA-1-04	Arroyo la Esperanza	Feozem háplico	1462.335	2.26	Feozem háplico	1462.335	
		Regosol calcárico	6268.220	9.68	Fluvisol eútrico	242.581	1.16
		Vertisol crómico	35478.485	54.81	Litosol	24068.208	0.19
		Xerosol cálcico	9565.225	14.78	Regosol calcárico	6273.590	19.06
		Xerosol cálcico	10869.134	16.79	Regosol eútrico	21200.744	4.97
		Xerosol lúvico	1088.133	1.68	Solonetz ártico	1534.694	16.79
					Vertisol crómico	12297.432	1.22
					Xerosol cálcico	8603.138	9.74
					Xerosol háplico	13693.747	6.81
					Xerosol lúvico	20981.630	10.85
					Yermosol cálcico	348.458	16.62
					Yermosol háplico	9568.179	0.28
					Yermosol lúvico	5981.673	7.58
					4.74		
SA-1-05	Grupo los Huerigos	Litosol	33885.295	53.89			
		Regosol eútrico	13156.048	20.92			
		Yermosol háplico	3868.950	19.03			
		Yermosol lúvico	11963.322				

SA-1-06	Arroyo El Bellotal	Litosol	52924.895	66.11											
		Regosol eútrico	2437.897	3.05											
		Xerosol háplico	3831.181	4.79											
		Xerosol lúvico	11999.547	14.99											
		Yermosol háplico	8866.055	11.07											
SA-3-03	Santa Sofía	Litosol	22092.716	49.72	22.1	Litosol	22258.742	35.7							
		Regosol eútrico	49713.152	26.82		Regosol calcárico	727.025	1.17							
		Xerosol háplico	26810.856	1.37		Regosol eútrico	22384.324	35.9							
		Xerosol lúvico	1366.989			Solonchak takírico	2204.418	3.54							
SA-3-04	Rancho Santa Sofía				Xerosol háplico	14772.417	23.69								
SA-3-06	El Lobo	Regosol calcárico Solonchak gleyico	96754.145 3221.161	96.78 3.22		Litosol Regosol calcárico Regosol eútrico	2765.631	2.1 91.8 3.64							
							120640.972								
							4783.284								
							3221.161								
							SA-3-07		El Moscardón 2						
							SA-3-08		El Moscardón 1						
							SA-3-09		Lago Ticu						
							SA-3-10		La Duna						
							SA-3-11		Los Valentines						
							SA-3-12		Los Valentines 2						
							SA-3-13		La Liebre						
							SA-3-14		El Guardián	Litosol	2134.542	2.32			
										Regosol calcárico	85510.578	93.1			
Regosol eútrico	4206.311	4.58													

Fig. 16 Tabla 10, porcentajes del tipo de suelo (edafología) para cada área de captación de recursos a 60 y 120 minutos. Producida por Omar García Zepeda.

la mayor densidad de sitios, de manera que los ubicados al este parecen agruparse, después de un vacío de cerca de 50 km en los que no se registró alguno para el Periodo Medio, pues esta zona corresponde a una de inundación de temporal de aguas someras.

Por otro lado, con base en los porcentajes obtenidos para el tipo de vegetación, el pastizal natural es la predominante junto con los pastizales inducidos; este tipo de vegetación concuerda de manera general con

la edafología de la región, es decir, que es propia del tipo de suelo predominante.

Ahora bien, evaluando todas las áreas de captación de recursos con base en la edafología predominante, es el Regosol calcárico el predominante, un tipo de suelo somero que no presenta capas y es de color claro, propio de dunas, playas y algunas laderas; suele estar relacionado con Litosoles y afloramientos de roca y tepetate; la subunidad “calcárico” es el más fértil de los Rego-

Clave de sitio	Nombre de sitio	Distancias (m)	Clave de sitio	Nombre de sitio	Distancias (m)
SA-1-1	Cerro de las Cuevitas	127.7	SA-3-6	El Lobo	269.9
SA-1-2	Rancho El Norte	513.1	SA-3-7	El Moscardón 2	331.68
SA-1-3	El km 200	491.5	SA-3-8	El Moscardón 1	496.89
SA-1-4	Arroyo La Esperanza	115.73	SA-3-9	Lago Ticu	22.57
SA-1-5	Grupo Los Huerigos	86.43	SA-3-10	La Duna	245.06
SA-1-6	Arroyo El Bellotal	156.31	SA-3-11	Los Valentines	2685.95
SA-3-3	Santa Sofía	50	SA-3-13	La Liebre	4137.53
SA-3-4	Rancho Santa Sofía	266.03	SA-3-14	El Guardián	207.54

Fig. 17 Tabla 11, distancias a la fuente de agua más cercana para cada sitio del Periodo Medio. Producida por Omar García Zepeda.

soles y es abundante en contenido de cal (INEGI, 1997: 33-34); este suelo se ubica en mayor preponderancia en la parte este de la zona de estudio, mientras que la zona oeste es muy variada en tipos de suelo, aunque predominan los Litosoles, Xerosoles y Vertisoles. Los primeros suelen ser poco profundos y registran una gran distribución, su fertilidad depende del material del que están formados y de la presencia de agua cercana, así como de su susceptibilidad a erosionarse (INEGI, 1997: 28-29); por otro lado, los Xerosoles son suelos claros y con poco humus, con manchas y aglomeraciones de cal en las partes profundas, asociados a vegetación de matorral y pastizales, propios del norte de México; a veces son salinos y su fertilidad está determinada por la agricultura de temporal, con bajos rendimientos, y son erosionables si se encuentran en pendientes (INEGI, 1997: 38-39); por último los Vertisoles son suelos asociados a climas semisecos, con una marcada estación seca y lluviosa; cuando la estación es seca se observan grietas profundas y anchas en su superficie y son de color café rojizo en el norte de México; son fértiles, pero al ser duros hay problemas con su labranza y presentan problemas de drenaje e inundación; es así que son buenos para la agricultura de riego (INEGI, 1997: 37-38).

Además, conforme a lo observado en la hidrología superficial, se aprecia que los sitios arqueológicos asentados en la parte oeste de la zona de estudio se ubican donde se registra una mayor complejidad y una considerable proliferación de corrientes intermitentes de agua, mientras que los sitios arqueológicos registrados al este se sitúan en lugares donde existen corrientes de agua intermitentes, a pesar de que, en esta zona, las corrientes son escasas.

En resumen, como se ha mencionado, se aprecian dos zonas distintas separadas alrededor del paralelo 107°20': la oeste registra climas con temperaturas menos calurosas y suelos fértiles mezclados con suelos infértiles, donde es posible la agricultura de temporal, aunque la productividad es baja, sin embargo, el acceso

al agua es alto debido a la presencia de numerosas corrientes intermitentes; mientras que en la zona este se observa un clima más caluroso, los suelos son fértiles y el acceso al agua, actualmente, es muy escaso.

Con base en lo anterior, se puede afirmar que la zona oeste es más susceptible de ser habitada por grupos sedentarios, de hecho, la presencia de dos sitios con arquitectura (Arroyo El Bellotal y Santa Sofía) reafirma esta idea, no obstante, debido a que los tipos de suelos ubicados en las áreas de captación de recursos con un radio de 30 minutos de caminata, presentan problemas de labranza debido a su dureza (Vertisoles) y que son poco fértiles (Xerosoles), el radio de obtención de recursos se ampliaría a la comprendida a los 60 minutos de caminata e, incluso, los 120 minutos de caminata, para proporcionar los recursos necesarios para sustentar a la población de los sitios de dicha región y no se limitaría a los 30 minutos de caminata teóricos para sociedades sedentarias. Los suelos Vertisoles indican que existe una marcada diferenciación entre las estaciones de seca y de lluvias, por lo que la agricultura de temporal fue la que practicaron las sociedades que habitaron esta zona; por ello, los sitios están muy cerca de las corrientes de agua. Esto también es indicador de que la producción de alimentos estaría determinada para ser almacenada en la época de secas y, por lo tanto, los excedentes en la producción agrícola serían bajos, siendo así que, el comercio, podría tener lugar con diversos sitios para obtener alimentos que suplieran tal escasez.

Esta situación no excluye que algunos asentamientos en esta zona no sean permanentes y que las sociedades que los habitaron se muevan a zonas con mejores condiciones de vida, dependiendo de la época del año.

En ese sentido, en la zona este, los sitios de esta región (quinta columna de la figura 17, tabla 11) serían sitios de cazadores-recolectores por haber escasos recursos acuíferos cercanos; aunque la fertilidad de los suelos sea elevada, también las altas tempera-

turas impiden que la agricultura sea una opción más recomendada, aunque no excluyente; por tanto, su área de captación de recursos estaría determinada a una distancia de 120 minutos de caminata, al menos. En consecuencia, las relaciones comerciales con los asentamientos de la zona oeste estarían determinadas para obtener productos agrícolas (en caso de conseguir excedentes, lo que es poco probable) o bienes de otro tipo.

Para confirmar o rechazar las hipótesis mencionadas aquí, haría falta contrastarlas con estudios paleobotánicos y paleoclimáticos, e incluso, ampliarlas a los demás sitios registrados en la DRPMZA y no sólo a los sitios hallados a lo largo del gasoducto, ya que para el periodo de estudio, se presentó un cambio climático importante denominado Medieval Warm Period, entre los años 950 y 1250 d.C. (Boxt, Raab, Davies y Pope, 1999: 29, 32-33), el cual debió haber impactado en el patrón de asentamiento y conductas de apropiación de los recursos alimenticios de la región, puesto que las temperaturas aumentaron.

Bibliografía

- Anaya Hernández, A.**
1999 *Site Interaction and Political Geography in the Upper Usumacinta Region During the Late Classic: A GIS Approach*. Calgary, University of Calgary.
- Anaya Hernández, A. y Espejel Carbajal, C.**
2018 Legua a legua. Análisis de la visita de Antonio de Cavajal a Michoacán (1523-1524) desde los Sistemas de Información Geográfica. *Americae. European Journal of Americanist Archaeology*. Recuperado de: <https://www.researchgate.net/publication/330325179_Legua_a_legua_Analisis_de_la_visita_de_Antonio_de_Caravajal_a_Michoacan_15231524_desde_los_Sistemas_de_Informacion_Geografica/link/5c390dcc458515a4c71f7d33/download>, consultada el 7 de julio de 2022.
- Boxt, M.A., Raab, L.M., Davies, O.K. y Pope, K.O.**
1999 Extreme Late Holocene Climate Change in Coastal Southern California. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 35 (2-3): 25-37.
- Brand, D.D.**
1935 The Distribution of Pottery Types in Northwestern Mexico. *American Anthropologist*, 37 (2): 287-305.
- Braniff Cornejo, B.**
2008 *Paquimé*. México, FCE.
- Brown Johnson, R.B.**
1993 Informe del Proyecto de Conservación y Mantenimiento de la Zona Arqueológica Paquimé, Casas Grandes, Chihuahua, 1992. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.
1994 Informe del Proyecto de Conservación y Mantenimiento de la Zona Arqueológica Paquimé, Chihuahua, durante el transcurso del año 1993. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.
- Carey, H.A.**
1931 An Analysis of the Northwestern Chihuahua Culture. *American Anthropologist*, 33 (3): 325-374.
- Contreras S., E.**
1985 Informe relativo a los trabajos de restauración realizados en la Zona Arqueológica de Paquimé, Casas Grandes Chihuahua, durante la temporada 1984-1985. Archivo Técnico del INAH. México: INAH.
- Cruz Antillón, R.**
1992 Informe "Estudio del patrón de asentamiento al este de Chihuahua, periodo 01/03/91-31/08/91". Archivo Técnico del INAH. México, INAH.
2002 Informe Proyecto Arqueológico "Estudio del patrón de asentamientos humanos del este de Chihuahua: síntesis de los últimos 10 años", 2002. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.
2011 Informe de actividades 2011 y propuesta 2012 del estudio del patrón de asentamientos humanos del este de Chihuahua. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.
- Cruz Antillón, R. y Maxwell, T.D.**
2015 *La arqueología de la región y del sitio de Villa Ahumada, Chihuahua*, Alburquerque, Maxwell Museum of Anthropology (Technical Series, 25).
- Dean, J.S. y Ravesloot, J.C.**
1993 The Chronology of Cultural Interaction in the Gran Chichimeca. En A.I. Woosley, J.I. Ravesloot, A.I. Woosley y J.C. Ravesloot (eds.), *Culture and Contact: Charles Di Peso's Gran Chichimeca* (pp. 83-104). Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Di Peso, C.C., Rinaldo, J.B. y Fenner, G.J.**
1974 *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. Flagstaff, Arizona, Northland Press.

1977 Casas Grandes Effigy Vessels. *American Indian Art Magazine*, 2 (4): 32-37, 90.

Gamboa Carrera, E.

1994a Informe de la temporada 1993 del Proyecto de Investigación, Conservación y Mantenimiento de la Zona Arqueológica de Cuarenta Casas, Chihuahua. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

1994b Informe de la temporada 1994. Proyecto Mantenimiento Mayor y Menor de la Zona Arqueológica de Paquimé, Chihuahua, y programa de trabajo para 1995. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

2022 Informe Proyecto de Conservación y Mantenimiento de la Zona de Monumentos Arqueológicos las Cuarenta Casas, Municipio de Ciudad Madera, Chihuahua. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

Guevara Sánchez, A.

1981 Informe preliminar "Arqueología del área de Cuarenta Casas, Chihuahua", agosto de 1981. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

1986 *Arqueología del área de Cuarenta Casas, Chihuahua*. México, INAH/SEP (Científica, 151).

1999 Informe de la atención dada a la denuncia del daño de un muro en las Cuarenta Casas, Chihuahua, noviembre 1999. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

2000 Informe del mantenimiento menor dado a estructuras de las Cuarenta Casas y de la Cueva de la Olla, Chihuahua. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

2001 Informe de actividades realizadas en agosto y septiembre en el área de Cuarenta Casas, Chihuahua. Proyecto de Investigación y Mantenimiento 2001. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

Hard, R.J. y Roney, J.R.

1997 A Massive Terraced Village Complex in Chihuahua, Mexico, 3000 Years Before Present. *Science*, 279 (5357): 1661-1664.

1998 Informe del Proyecto "Una investigación arqueológica de los sitios cerros con trincheras del Arcaico tardío en Chihuahua", 1997. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

1999 *An Archaeological Investigation of Late Archaic Cerros de Trincheras Sites in Chihuahua, Mexico. Results of the 1998 Investigations*. San Antonio, University of Texas (Special Report, 25).

2000 Una investigación arqueológica de los sitios Cerros con Trincheras del Arcaico Tardío en Chihuahua. Las investigaciones de campo de 1999. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

Higgs, E.S., Vita-Finzi, C., Harris, D.R. y Fagg, A.E.

1968 The Climate, Environment and Industries of Stone Age Greece: Part III. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 33: 1-29.

INEGI

1997 *Guía para la interpretación de cartografía. Edafología*. México, INEGI.

Kelley, J.C.

1951 A Bravo Valley Aspect Component of the Lower Conchos Valley, Chihuahua, Mexico. *American Antiquity*, 17 (2): 114-119.

Kelley, J.H., MacWilliams, A.C., Stewart, J.D., Adams, K.R., Cunningham, J.J., Garvin, R.E., . . . y Zborover, D.

2012 The View from the Edge: The Proyecto Arqueológico Chihuahua (PAC) 1990 to 2010: An Overview. *Canadian Journal of Archaeology*, 36 (1): 82-107.

Kelley, J.H. y Searcy, M.T.

2015 Beginnings: The Viejo period. En P.E. Minnis y M.E. Whalen (eds.), *Ancient Paquimé and the Casas Grandes World* (pp. 17-40). Tucson, University of Arizona Press.

Lekson, S.H.

1984 Dating Casas Grandes. *The Kiva*, 50 (1): 55-60.

2011 *Black Mountain and Paquimé: Dating the Medio Period of Casas Grandes*. Recuperado de: <<https://stevelekson.files.wordpress.com/2011/07/black-mountain-and-paquime.pdf>>, consultada el 2 de marzo de 2018.

Lister, R.H.

1946 Survey of Archaeological Remains in Northwestern Chihuahua. *Southwestern Journal of Anthropology*, 2 (4): 433-453.

Lister, R.H., Mangelsdorf, P.C. y Kent, K.P.

1958 *Archaeological Excavations in the Northern Sierra Madre Occidental, Chihuahua and Sonora, Mexico*. Boulder, University of Colorado Press.

Manzanilla L., R., Fuentes M., R.I., Vázquez A., M.G., García Z., O., De la Portilla Q., R., Frutos A., A., ... y Jaramillo P., C.

2018 Informe técnico de la fase de prospección complementaria y excavación 2017 del Proyecto de Salvamento Arqueológico en el Gasoducto Samalayuca-Sásabe, ubicado en los estados de Chihuahua y Sonora y Propuesta de agenda para realización de actividades. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.

- Manzanilla L., R., Mena C., A., Vázquez A., M.G., Ortiz M., C., Frutos A., A., Vera E., J., ...y Reyes S., E.E.**
2016 Informe técnico de la fase de prospección 2016 del Proyecto de Salvamento Arqueológico en el Gasoducto Samalayuca-Sásabe, ubicado en los estados de Chihuahua y Sonora y Propuesta de Fase de Excavación 2017. Archivo Técnico del INAH. México, INAH.
- McWilliams, A.C., Stewart, J.D. y Kelley, J.H.**
2022 Past Boundaries and Frontiers in Chihuahua. En E. Villalpando (ed.), *Boundaries and Territories: Prehistory of the U.S. Southwest and Northern Mexico* (pp. 117-128). Arizona, Arizona State University (Anthropological Research Papers, 54).
- Mendiola Galván, F.**
2002 *El arte rupestre en Chihuahua*. México, INAH.
- Murrieta Flores, P.**
2012 Understanding Human Movement through Spatial Technologies. The Role of Natural Areas of Transit in The Late Prehistory of South-Western Iberia. *Trabajos de Prehistoria*, 69 (1): 103-122.
- Murrieta Flores, P., García Sanjuán, L. y Wheatley, D.**
2012 Modelando la movilidad y el movimiento a través de los SIG. Estudios de caso en la prehistoria reciente de Sierra Morena Occidental. En E. García Alfonso, y B. Ruiz González, *Movilidad, contacto y cambio. II Congreso de prehistoria de Andalucía* (pp. 77-91). Antequera.
- Nielsen Grimm, G.**
2008 Touching the Past: An Introduction to Casas Grandes, Chihuahua, México. En G. Nielsen Grimm y P. Stavast, *Touching the Past. Ritual, Religion and Trade of Casas Grandes* (pp. 1-4). Provo, Brigham Young University.
- Renfrew, C. y Bahn, P.**
2005 Site Catchment Analysis. En C. Renfrew y P. Bahn, *Archaeology: The Key concepts* (pp. 172-176). Londres, Routledge.
- Roper, D.C.**
1979 The Method and Theory of Site Catchment Analysis: A Review. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 2: 119-140.
- Sayles, E.B.**
1936 *An archaeological survey of Chihuahua, México*. Gila, The Medallon Gila Pueblo.
- Uriarte González, A.**
2005 Arqueología del paisaje y sistemas de información geográfica: una aplicación en el estudio de las sociedades protohistóricas de la cuenca del Guadiana menor (Andalucía oriental). En Carlos Cancelo Mielgo, Ángel Esparza Arroyo y Antonio Blanco González (coords.), *Bronce final y Edad del Hierro en la península ibérica* (pp. 603-621). Salamanca, España, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Van Leusen, M.**
1998 Viewshed and Cost Surface Analysis Using GIS (Cartographic Modeling in a Cell-based GIS II). En J.A. Barceló. I. Briz y A. Vila (eds.), *New Techniques for Old Times. CAA98. Computer Applications and Quantitative Methods in Archaeology. Proceedings of the 26th Conference, Barcelona, March 1999* (pp. 215-223). Oxford, Archaeopress (BAR International Series, 757).
- VanPool, T.L., VanPool, C.S. y Leonard, R.D.**
2005 The Casas Grandes Core and Periphery. En *Archaeology between the Borders. Papers from the 13th Biennial Jornada Mogollon Conference* (pp. 25-35). El Paso, El Paso Museum of Archaeology.
- VanPool, C.S. y VanPool, R.L.**
2006 Gender in Middle Range Societies: A Case Study in Casas Grandes Iconography. *American Antiquity*, 71 (1): 53-75.
- Vita-Finzi, C.**
1969 Early and Man Environment. En R.U. Cooke y J.H. Johnson (eds.), *Trends in Geography: An Introductory Survey* (pp. 102-109). Gran Bretaña, Pergamon Press.
- Vita-Finzi, C. y Higgs, E.S.**
1970 Prehistoric Economy in the Mount Carmel Area of Palestine: Site Catchment Analysis. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36: 1-37.
- Whalen, M.E. y Minnis, P.E.**
1996 Studying Complexity in Northern Mexico: The Paquimé Regional System. En D.A. Meyer, P.C. Daeson y D.T. Hanna, *Debating Complexity. Proceedings of the 26th Annual Chaco Conference* (pp. 282-289). Calgary, The Archaeological Association of the University of Calgary.
2001 *Casas Grandes and its Hinterland. Prehistoric Regional Organization in Northwest Mexico*. Tucson, The University of Arizona Press.

- 2009 *The Neighbors of Casas Grandes: Excavating Medio Period Communities of Northwest Chihuahua, Mexico*. Tucson, University of Arizona Press.
- 2012 Ceramics and Polity in the Casas Grandes Area, Chihuahua, Mexico. *American Antiquity*, 77 (3): 403-423.

Whalen, M.E. y Pitezal, I T.

- 2015 Settlement Patterns of the Casas Grandes Area. En P.E. Minnis y M.E. Whalen (eds.), *Ancient Paquimé and the Casas Grandes World* (pp. 103-125). Tucson, University of Arizona Press.

Oxitipa y el sitio arqueológico de Tanute, Huasteca potosina

Peter C. Kroefges
Niklas Schulze

América L. Hernández Correa
Alan Omar García Morales

Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades

Resumen: Este artículo presenta las investigaciones arqueológicas sobre la ocupación postclásica y colonial en el sitio de Tanute en la Huasteca de San Luis Potosí, México. Las publicaciones tempranas sugirieron que el sitio correspondiese a la cabecera de Oxitipan, la provincia tributaria más septentrional del Imperio azteca. Sin embargo, los vestigios materiales y su evaluación histórico-cultural carecían de una documentación detallada. El Proyecto Arqueológico Valle Oxitipan (2010-2017) registró la evidencia arquitectónica y cerámica que indica que se trataba de un asentamiento de larga duración, que alcanzó su máxima extensión a inicios del siglo XVI. Aunque era más pequeño (20 hectáreas) que Tamtok y Tamohi al norte, Tanute participaba en las redes de intercambio de la Huasteca. Fechamientos radiocarbónicos y vasijas de estilo Azteca importadas proponen que el Imperio azteca apenas había establecido esta provincia tributaria cuando los españoles la conquistaron en 1522. Revisamos las fuentes etnohistóricas y las contrastamos con datos arqueológicos en la Huasteca potosina; usando criterios geográficos, cronológicos y descriptivos ofrecemos una idea más diferenciada del papel que jugaba este sitio en la historia de la región de Oxitipa.

Palabras clave: San Luis Potosí, arqueología huasteca, etnohistoria, Imperio azteca.

Abstract: This article presents the archaeological investigations on the Postclassic-period and Colonial occupation of Tanute in the Huastec region of San Luis Potosí, Mexico. Early publications suggested that it corresponded to the head town of Oxitipan, the Aztec empire's northern-most tribute province; however, its material remains and culture historical assessment within the Huastec cultural area have lacked detailed documentation. The Proyecto Arqueológico Valle Oxitipan (2010/2017) recorded architectural and ceramic evidence for a long-term occupation that reached its peak in the early 16th century. Although a much smaller settlement (20 ha) than Tamtok and Tamohi to the north, Tanute participated in the exchange networks of the Huastec region and beyond. Radiocarbon dates and imported Aztec-style vessels suggest that the Aztec empire had just established this tribute province, when the Spaniards conquered the area in 1522. We revise the ethnohistorical sources and contrast them with the archaeological record and use geographical, chronological, and descriptive criteria to offer a more detailed idea of the role that Tanute may have played in the history of the Oxitipan region.

Keywords: San Luis Potosí, Huastec archaeology, ethnohistory, Aztec empire.

Oxitipan figura como una de las provincias más enigmáticas del Imperio azteca. Aislada del dominio mexica, se localizaba a 60 leguas (unos 300 km) de Tenochtitlan hacia el norte, en lo que hoy se conoce como Huasteca potosina (figura 1). Probablemente fue incorporada muy tarde, bajo Motecuhzoma Xocoyotzin; en el *Códice Mendoza* es la última provincia tributaria incluida, la única con un solo glifo toponímico y sin estancias. Oxitipa fue subyugada en 1522-1524 por Hernán Cortés y así se convirtió en una encomienda fronteriza en el inseguro norte de la Nueva España. Registros censales testifican cómo su población disminuía hasta que la cabecera fuera destruida, alrededor de 1573 y 1574, por rebeldes huastecos e insumisos grupos chichimecos.

No se tiene noticia documental de la historia cultural del Oxitipa prehispánico; sólo una investigación arqueológica de sus vestigios podría llenar este hueco. Sin embargo, los estudios etnohistóricos no han acordado la exacta ubicación de la antigua cabecera de Oxitipa. Tres diferentes propuestas han persistido en la literatura: 1) la Villa de Santiago de los Valles de Oxitipa (hoy, Ciudad Valles; véase Toussaint, 1948);

2) un rancho llamado Oxitipa (INEGI, antes Ojitipa del Mirador, municipio de Tancanhuitz; véase Barlow, 1949), y un rancho a orillas de un arroyo del mismo nombre, y 3) la actual comunidad de Tanute (municipio de Aquismón; véase Meade, 1942, 1948, 1970). Meade basó su identificación en cierta relación etimológica entre los topónimos “Tanute” (huasteco/tének: “lugar del chapopote”) y “Oxitipan” (náhuatl: “lugar de la trementina”), y en la presencia de restos de una antigua capilla entre los vestigios arqueológicos de Tanute, pero no reportó más detalles del sitio. Aun así, su propuesta ha sido la más citada en la literatura. No obstante que el sitio arqueológico de Tanute fue incluido en los extensos recorridos y sondeos del Proyecto Arqueológico Huasteca (PAH; véase Merino Carrión y García Cook, 1987), no se han publicado detalles de sus características como su asentamiento, o de su relación específica con la provincia de Oxitipa o con la Huasteca en general.

Con el propósito de responder a estas dudas y obtener un registro arqueológico más detallado del sitio y sus alrededores, se diseñó el Proyecto Arqueológico Valle Oxitipa (PAVO). Patrocinado por la Universidad

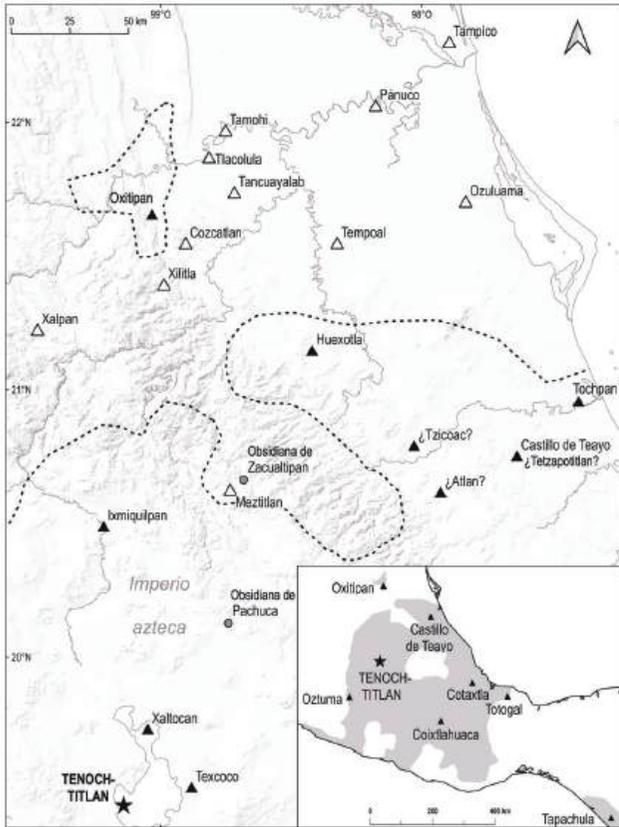


Fig. 1 El Imperio azteca y la provincia tributaria de Oxitipan. Elaboración de P.C. Kroefges.

Autónoma de San Luis Potosí, personal académico, pasantes y estudiantes de la Licenciatura en Arqueología realizaron tres temporadas de prospección y excavaciones de sondeos en Tanute, además de análisis de materiales en gabinete desde 2010. El enfoque se ha concentrado en los restos en Tanute, dado que la comunidad actual está creciendo y las continuas construcciones afectan la integridad de los vestigios.

Aquí contrastamos los hallazgos arqueológicos en Tanute con las indicaciones documentales acerca del Oxitipan histórico. Primero, revisamos las fuentes del siglo XVI sobre su localización y las características que puedan servir para una identificación arqueológica. Luego, evaluamos los antecedentes arqueológicos en la región y sus resultados pertinentes para la región y la localidad de Tanute. Después se describen los métodos del PAVO para el estudio arqueológico de la localidad y presentamos la distribución de estructuras arquitectónicas, la cerámica local e importada, más los implementos líticos. Finalmente, contrastamos las fuentes históricas y el registro arqueológico para reevaluar el papel que Tanute pueda haber jugado en Oxitipa y en la Huasteca potosina durante el Posclásico tardío y la época colonial.

Oxitipa prehispánico según las fuentes etnohistóricas

Dos fuentes coloniales mencionan la existencia preazteca de Oxitipa, pero no revelan su ubicación exacta: “La peregrinación de los culhuaque-mexitin”, conocida también como el Mapa de Sigüenza (Castañeda de la Paz, 2006: 74; véase la figura 2), es la única representación de la migración mexicana que menciona paradas en la Huasteca, “Oxitipan” y “Tetzapotitlan” (Castillo de Teayo, Veracruz). El glifo del lugar muestra una masa de color café claro (náhuatl: *oxitl*) en un recipiente y una bandera (*pantli*), que produce el topónimo (lugar del ungüento/de la trementina). Aunque la historicidad del contenido sea cuestionable, podría ser una referencia abreviada a las intrusiones de grupos nahua hacia la Huasteca durante los siglos XI a XIII. Un “Hoxitipan” también apareció sin más detalles en una lista de sujetos del Xaltocan, extenso reino otomí del siglo XIV (Paso y Troncoso, 1939-1942, t. X:125-126).

A inicios del siglo XIV, la región de Oxitipan era el último y más distante sujeto de la expansión azteca en la Huasteca (Barlow, 1949; Carrasco, 1996: 515; Smith y Berdan, 1996: 293). Su dominio inició, quizás, entre 1506 y 1514, bajo Motecuhzoma Xocoyotzin (véase Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2001: 58). Oxitipan aparece como último sujeto en la lista de tributos en el *Códice Mendoza* (f. 55r; Berdan y Anawalt, 1997: 114-115). La glosa “Oxitipan. pueblo” es ilustrada por el glifo compuesto de un recipiente con una masa negra, y espátula, más una bandera.

El *Códice Mendoza* y la “Información de 1554” (Rojas, 1997: 112) concuerdan en que el volumen y el valor de los tributos que la provincia de Oxitipa pagaba, sobre todo de las mantas de algodón, eran comparables con aquéllos de otras provincias tributarias, lo cual sugiere que la provincia debía de haber incluido más sujetos para soportar tales demandas. Efectivamente, un testimonio de 1585 declaraba que “[...] en el pueblo de Oxitipa, cuando Montezuma los dominó y puso en su obediencia, había tres cabeceras, la una Oxitipa, la otra Acatlan y la otra el dicho pueblo de Tamapache [...]” (AGN, C672, fs. 153-177). Según un testigo más, la supremacía de Oxitipa se debía a que ahí se encontraba el “gobernador que gobernaba el dicho pueblo y otros pueblos y cabeceras que hay en aquellas tierras” (AGN, C672, f. 170).

De la existencia de tal oficial mexicana sabemos por una solicitud al rey de España que en 1532 hizo Hernando de Tapia, hijo de Motelchuhzin, quien fue militar exitoso en la Huasteca bajo Motecuhzoma II: “[...] mi padre poseía también el pueblo de Oxitipa, que hacía administrar por un cacique de Mejico llamado Bartolomé” (Velásquez, 1897: LVI). No tenemos referencias sobre el número de oficiales, soldados o colonos enviados a

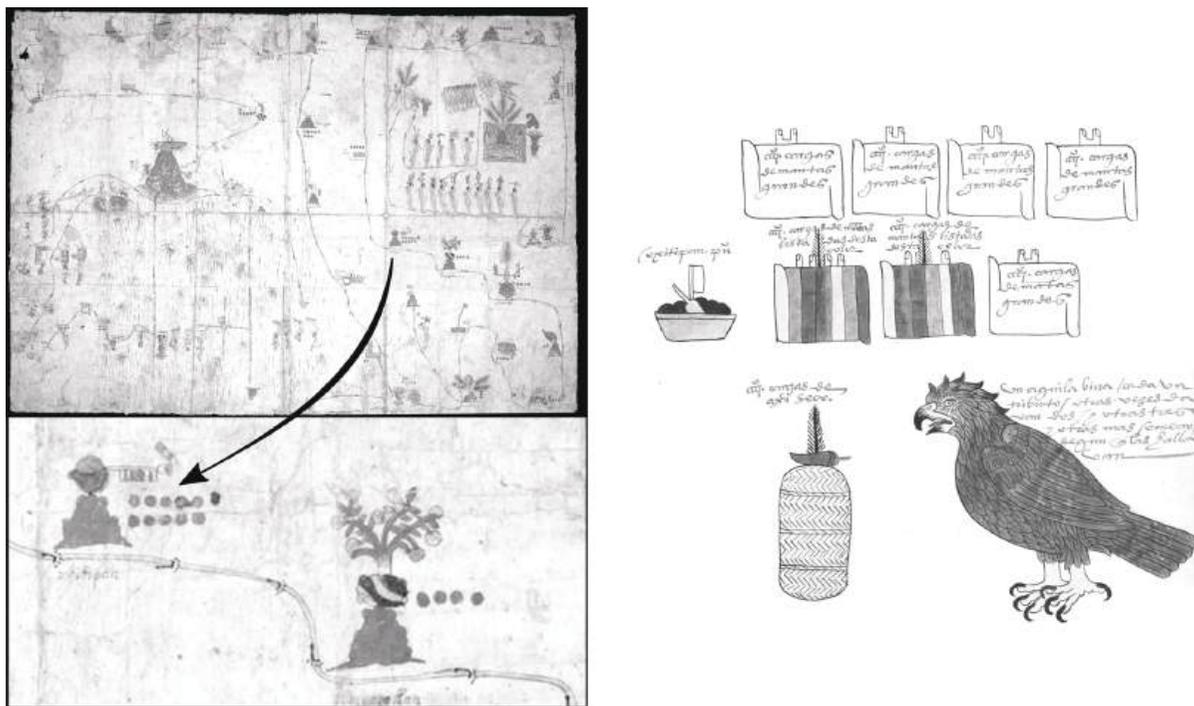


Fig. 2 Izquierda: Oxitipan como paradero de 10 años en el Mapa de Sigüenza (mapa completo y de detalle). Recuperado de: <<https://mediateca.inah.gob.mx>>. Licencia de uso: CC-BY-NC 4.0. Derecha: Oxitipan y sus tributos en el *Códice Mendoza*, f. 55r. Modificado de: <<https://iif.bodleian.ox.ac.uk/>>. Licencia de uso: CC-BY-NC 4.0.

la provincia de Oxitipa, ni de sus barrios, guarniciones o fortificaciones. De todas maneras, los mexicas tenían poco tiempo para dejar mayores huellas en Oxitipa, ya que después de la caída de Tenochtitlan, Hernán Cortés inició la conquista de la Huasteca en 1522.

Oxitipa colonial según los informes administrativos

Después de la subyugación de la Huasteca, Cortés reclamó “Uxitipa” y “Tamuhi” para sí con el argumento de que eran sujetos de Tenochtitlan, que acababa de someter (Velázquez, 2004 [1946], t. I: 214-215). A partir de 1527, el gobernador de Pánuco, Nuño de Guzmán, distribuyó los pueblos de la Huasteca a nuevos encomenderos, bajo la condición de que se construyeran iglesias y que se instruyera a la población en la fe católica. Oxitipa fue encomendado a Pedro de Guzmán en 1532; en 1538 pasó a Francisco Barrón (el mayor), seguido por su hijo Francisco Barrón (el mozo). Mientras tanto, Nuño de Guzmán había fundado la villa de españoles llamada Santiago de los Valles de Oxitipa en 1533 (Chipman, 2007: 169-171). El nombre de la villa aparece en algunas referencias de manera abreviada “Oxitipa(n)” causando confusiones en fuentes y estudios posteriores (López de Velasco, 1894 [1571-1574]:199; Grijalva, 1924 [1624]: 179; Toussaint, 1948: 20, 30, 175).

El pueblo de Oxitipa continuaba como centro fiscal, donde se recolectaban los tributos de las comunidades subordinadas, pero la región sufrió cambios demográficos a causa de epidemias, amenazas de ataques chichimecas y abandono. Esto ilustra las tres visitas y cuentas existentes (véase Ramírez, 2000 y Aguilar-Robledo, 2003): La “Suma de Visitas de Pueblos en orden alfabético” de 1548-1550 (“SVP”, en Paso y Troncoso, 1905, t. I: 241), la “Visita y Cuenta de Oxitipa” en 1557-1558 (“VCO”, en AGN, Civil 672, fs. 353-432) y la “Descripción del Arzobispado de México de 1570” (“DAM”, en Paso y Troncoso, 1905, t. III).

La SVP contó 180 “indios” para Oxitipa alrededor del 1548 y agregó que se encontraba a ocho leguas (40 km aproximadamente) de la villa de Valles, extendiéndose unas tres leguas (cerca de 15 km) de largo; seguramente parte de la población indicada vivía en diferentes estancias dentro de esta área. También especificó que colindaba con Tancoxol al sur y con Tambolon al norte. Además, el territorio de Oxitipa compartía términos con Xilitla (Paso y Troncoso, 1905, t. I: 264) y con Coxcatlan (AGN, Tierras, vol. 21, 2a. parte, exp. 4).

El continuo declive demográfico causó una nueva visita y cuenta, de acuerdo con la VCO en 1557-1558, citada sin referencias por Meade (1942) y parcialmente analizada por Ramírez Díaz (2000). Se contaron las casas y habitantes en 28 pueblos sujetos, de los cuales sólo 18 se han localizado tentativamente (véase la

VCO 1558 (AGN Civil 672, ff. 369v - 432v.	Estatus / cargo del Informante local	Casas	Casados	Casados	Leguas a la Villa de Valles	Localización
		1558	1558	DAM 1570	VCO; DAM	
Oxitipa, cabecera	Cacique, principal	6	13	6	8; 8 (O [sic])	¿Oxitipa del Mirador o Tanute?
Tanpemoche	Principal	7	20	16	-; - (O)	Tanpemoche
Tanchaleholib	Alguacil	10	20			
Tantocomom	Alcalde	8	19	8		Tocomon
Tançuychem	Tequitlato	9	26			¿Tanchuche?
Tanpaxquismon	Tequitlato	6	9			Aquismón
Tamonite/Tamonyte	Principal / tequitlato	18	51	¿Tamunte? 74		¿Tanute?
Tampache	Principal	4	13			Tamapatz
Tanpacabe/Acatlan	Cacique	11	55		3; -	
Tanmichacnoco	Principal	4	12			
Tamyscua y Tampaxal	Principal	5	14	16		Tampaxal
Tanbolon	Cacique, 2 alguaciles	41	70	80	3; 3	Antiguo Tambolon
Tanpaxpaque	Principal	27	51			Tampaxpaque
Tantuas	Cacique, principal	10	20			
Tanpoyoco	Principal	4	7			
Tamochocho/Tamocho	Cacique de Tambolon	10	20	20	-; 3 (S)	
Tanpachum/Tanpahum	Cacique de Tambolon	29	75	33		¿Paso Real?
Tançuçay	Cacique	3	6			
Tancacalchoco	NA	7	15			
Amatlan	Gobernador	23	52	20	3; 4 (O)	
Tantutu	Tequitlato	11	31			¿Tantute?
Tamoxmolon	Alcalde	14	48			Oxmolon
Tamanchocho	Cacique	6	19			
Tancoxol/Coxolitlan	NA	26	13		12; -	Tangojol
Tanchabaque	Principal	5	20			Tanzabaca
Tancachim/Tanchachi	Tequitlato	8	20	7		Tanchachin
Tamul	NA	14	19			Tamul
Tanlacum	Cacique	16	26		12; -	Tanlacut
Tanholen	Cacique	30	9			
		372	2,423			

Fig. 3 Cuadro 1 de los pueblos subordinados a Oxitipa, 1558 (VCO) y 1570 (DAM).

* AGN, Civil 672, fs. 369v-432v. Fuente: elaboración de P.C. Kroefges.

figura 4). Llama la atención que varios pueblos se registraron con caciques propios y que aparecieron como poblados independientes en la cuenta anterior de la SVP y en la DAM posterior. De todos modos, la población de la cabecera de Oxitipa era más baja que muchas de sus estancias, mismo fenómeno que apareció en la DAM del 1570, cuando el pueblo de Oxitipa contaba con sólo seis indios casados y una viuda (Paso y Troncoso, 1905, t. III: 157-158). De las 13 estancias sujetas en la DAM, sólo ocho nombres coinciden vagamente con los de la SVP (figura 3, cuadro 1) y sólo seis han sido localizados en el mapa (figura 4).

La destrucción de Oxitipa y las secuelas de la Guerra Chichimeca

Alrededor de 1573 y 1574, el pueblo de Oxitipa fue destruido y abandonado, según una compilación de testimonios en un pleito judicial 10 años después (AGN, Civil 672; 1584-1585). Meade (1970: 57) sintetizó los testimonios sin referencias claras: un conflicto entre los caciques don Martín de Oxitipa y Pedro Lohomabe de Tanchaycha escaló tanto que, el último, se juntó con guerreros chichimecos y destruyó el poblado. Meade (1970: 58) agregó que “procuraron entonces derribar la iglesia de Oxitipa,

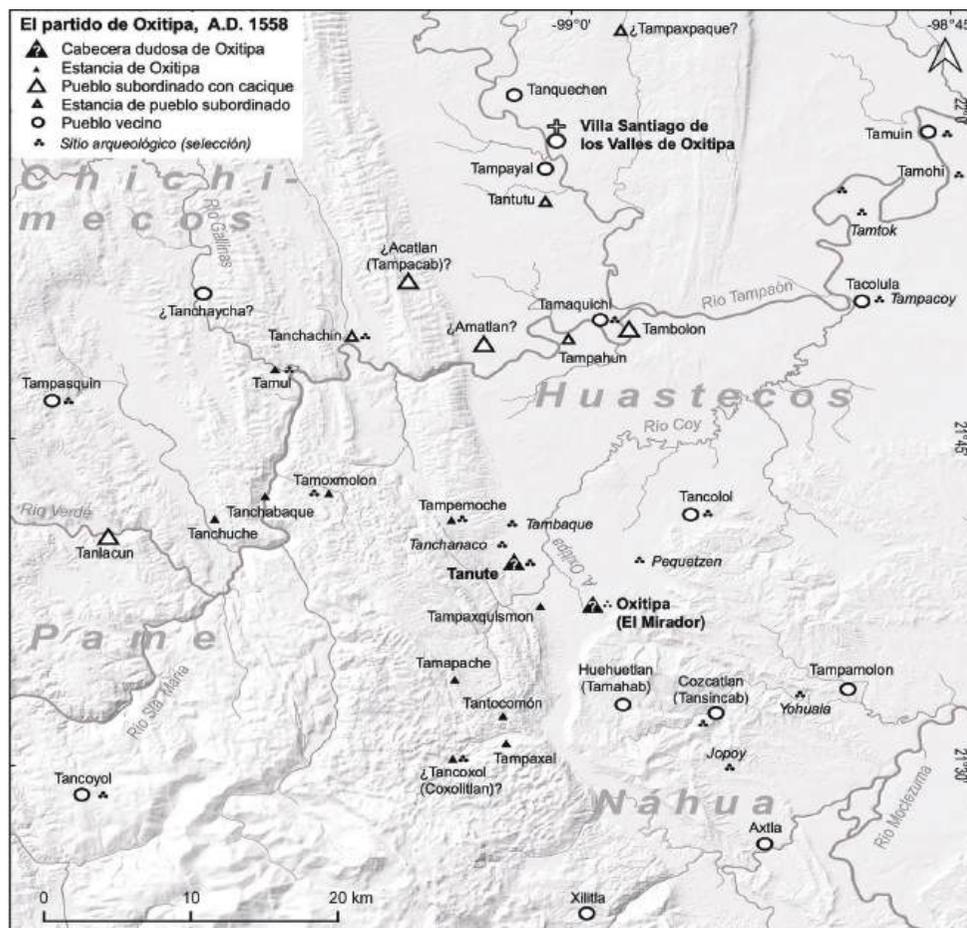


Fig. 4 Ubicación tentativa de los pueblos de la visita y cuenta de 1558 y los sitios arqueológicos en la región de Oxitipa. Elaboración de P.C. Kroefges, 2020.

que era de piedra, tomaron los ornamentos y destrozaron los libros de la iglesia”. Los testimonios concuerdan en que los sobrevivientes se dispersaron en diversas comunidades.

La Guerra Chichimeca convirtió la Huasteca septentrional en una zona insegura y numerosas comunidades desaparecieron, pero para el siglo XVII, Aquismón y Tancanhuitz llegaron a ser los nuevos centros de población y sedes administrativas y religiosas (véanse Mandeville, 1976; Escobar y Fagoaga, 2004). En el mapa pintado en el 1767 (figura 5) aparecen nuevos ranchos y haciendas, y el vecino de Tanute, Tanchanaco, se convirtió en el pueblo de visita de los franciscanos en Aquismón. Las localidades de Oxitipa y Tanute no se representan en el mapa, sólo los arroyos llevan sus nombres.

Un rancho de nombre Oxitipa reaparece en un censo de la Misión de Aquismón de 1777, con siete españoles y cinco mestizos, mientras que los indígenas del rancho Tanuto se contaron junto con los del vecino Tanchanaco y Santa Bárbara (Escobar y Fagoaga, 2004: 242). Actualmente, el censo del Instituto Nacional de

Estadística y Geografía (INEGI, 2020) incluye Oxitipa (antes Ojitipa del Mirador, municipio de Tancanhuitz) con sólo seis habitantes. Tanute (municipio de Aquismón), por otro lado, está registrado con 1 350 habitantes en 350 viviendas, justo encima del sitio arqueológico del que Meade sospechaba que era el antiguo Oxitipa.

Antecedentes arqueológicos en Tanute

Las breves menciones de Joaquín Meade (1942, 1948 y 1970) de los vestigios en Tanute se limitaron a la alusión de “ruinas de un antiguo pueblo en forma de cúes y otros vestigios” y de los restos de una “vieja capilla católica” (Meade, 1942: 306 y 1948: 64; también en Velázquez, 2004 [1946]: 66).

Tanute no recibió más atención hasta que fue incluido como sitio HP-295 en los extensos recorridos del ambicioso PAH, entre 1978 y 1982, dirigido por Merino Carrión y García Cook (1987; véase también García Cook y Merino Carrión, 1989). Los autores no publicaron las particularidades de sus excavaciones y de la apariencia del sitio, ni refirieron la ruina de

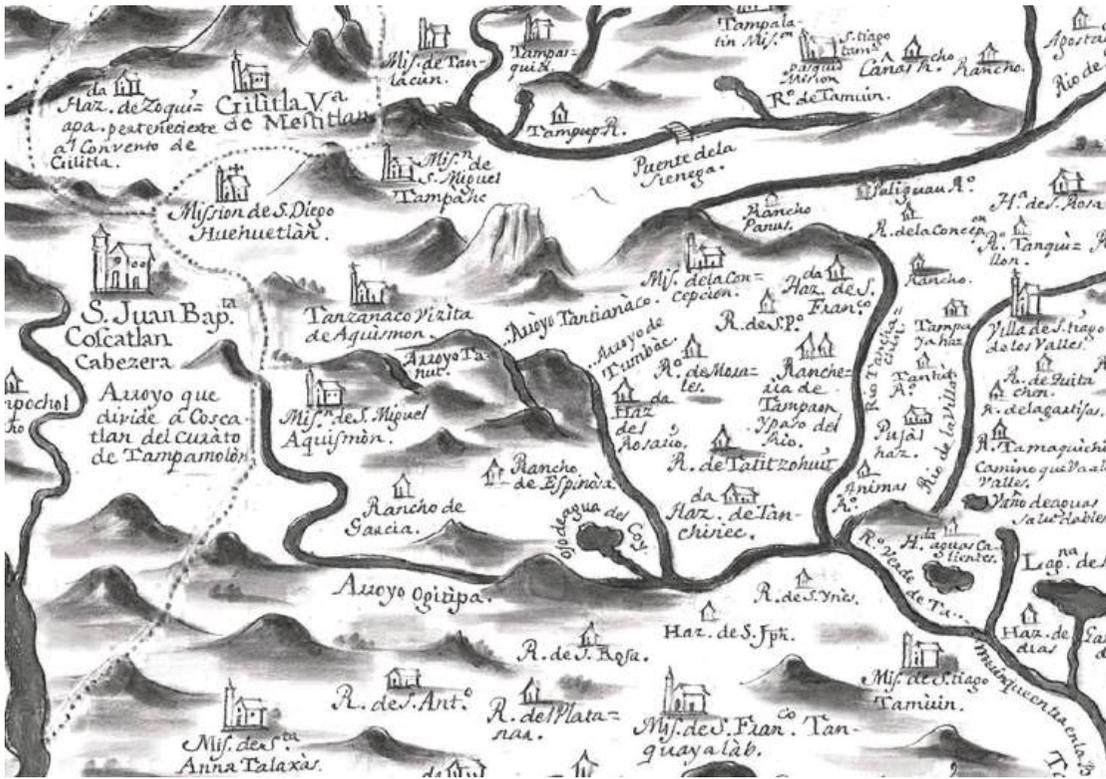


Fig. 5 Detalle de la pintura del Curato de Coscatlan, 1767, incluyendo los arroyos Oxitipa y Tanut. Modificado de: <<https://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.do?id=397651>>.

la iglesia colonial en el sitio o la cuestión de si se trataba de Oxitipa de las Fuentes. Además, en el Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología del INAH no encontramos mayores informes de los trabajos arqueológicos del PAH en Tanute.

La tesis de licenciatura de García Samper (1982) proporciona las frecuencias de tipos cerámicos en HP-295 Tanute. García Cook y Merino Carrión (1989: 201-202) situaron a Tanute entre los “pueblos grandes” (Tamtok, Tamohi, San José del Tinto, Agua Nueva y otros), todos “señoríos o cacicazgos que controlaban sujetos dentro de unos 150 km² de extensión cada uno”. La inclusión de Tanute en esta lista es notable porque los demás sitios son mucho mayores en tamaño y monumentalidad.

Objetivos y métodos del Proyecto Arqueológico Valle de Oxitipa

Un objetivo del PAVO era contrastar los datos históricos sobre el Oxitipan prehispánico y colonial con los vestigios materiales en Tanute y sus alrededores (véase la figura 2). Los objetivos particulares de la primera temporada en 2010 (cinco semanas totales) eran: 1) generar un mapa de la distribución de elementos arqueológicos y los materiales diagnósticos asociables, 2) evaluar el grado de destrucción por el

desarrollo urbano en las comunidades y 3) identificar fases de ocupación a través del análisis de la cerámica encontrada en la superficie del sitio y los depósitos estratificados en áreas expuestas (véanse Kroefges, 2015; Hernández, 2016). Además, se excavaron pozos de sondeo en una temporada de cinco semanas en 2017, para identificar la interacción con el Imperio azteca, describir y fechar la ruina de la iglesia, y detectar huellas de alguna destrucción violenta que pudiera ser relacionada al ataque de Lohomabe y los chichimecos en 1573 y 1574 (véase Kroefges, 2019; García Morales, 2019).

Prospección de superficie en Tanute y características del sitio

En 2010, la localidad contaba con 1 424 habitantes, distribuidos en 305 viviendas; para 2020, la población disminuyó a 1 350, mientras el número de viviendas subió a 350 (INEGI, 2010 y 2020). Este crecimiento ha afectado la integridad del sitio arqueológico severamente. El uso de suelo es una combinación de viviendas con sus solares, dos instalaciones educativas, y parcelas de baldío, cultivo o ganado.

Se pretendió realizar recorridos de superficie de cobertura completa, dependiendo de la accesibilidad de los terrenos particulares. Para cada parcela buscamos

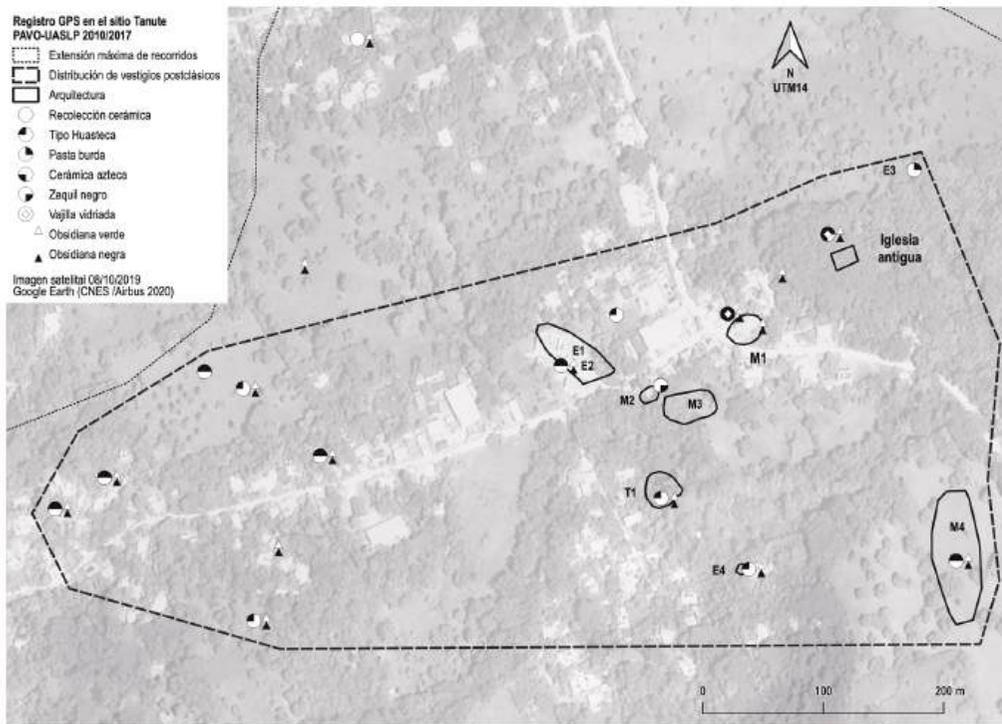


Fig. 6 El sitio arqueológico en Tanute, municipio de Aquismón, según los registros del PAVO 2010-2017 (datos GPS sobrepuestos a imagen satelital modificada de Google Earth [CNES/Airbus, 5 de octubre de 2019]). Elaboración de P.C. Kroefges.

el permiso del propietario y, en general, las respuestas fueron positivas. No obstante, había terrenos inaccesibles o de poca visibilidad por la vegetación o las construcciones modernas. De tal forma, los recorridos alcanzaron una máxima extensión de 80 hectáreas, con una cobertura de aproximadamente 65% de inspección intensiva (los restantes 35% no eran accesibles). Ésta corresponde al área interior de la actual comunidad, y algunas parcelas de los ejidos circundantes de Tampate y de Tanchanaco (Santa Anita).

Divididos en dos equipos de cuatro integrantes, cada equipo recorrió su extensión en líneas paralelas de máximo 5 metros de separación. Con Sistema de Posicionamiento Global (GPS), cinta y brújula (estación total y GPS diferencial en las estructuras excavadas), se midieron la posición y la forma de los elementos arquitectónicos y las concentraciones de artefactos en la superficie. Todo el registro incluía fotografías, cédulas, coordenadas UTM, y croquis cuando aplicaba. De cada parcela accesible se recolectó a juicio una muestra de cerámica o lítica, con el objetivo de determinar los atributos diagnósticos y se registró su asociación con los elementos arquitectónicos cercanos.

Dentro del polígono envolvente (figura 6), un área de cerca de 20 hectáreas demostró una elevada distribución de tiestos cerámicos prehispánicos y que se

puede considerar como el núcleo de un asentamiento del periodo Postclásico tardío (fase Tamuín, A.D. [1200-1521], según Merino Carrión y García Cook, 1987). La mitad occidental del sitio se identificó sólo por la distribución de tiestos cerámicos tipo Huasteca y de pasta burda en las pequeñas parcelas privadas. No pudimos detectar mayores vestigios arquitectónicos en esa parte, y sospechamos que se trataba de un sector residencial del asentamiento del Postclásico tardío y posiblemente del Colonial temprano.

En contraste, en la mitad oriental del sitio se concentran los restos arquitectónicos de antiguas plataformas y terrazas (figura 7). Los cuatro montículos (M1, M2, M3 y M4) pertenecen a plataformas y demuestran con sus dimensiones, o elaboración de mampostería, cierta monumentalidad, por lo cual se consideran como el núcleo cívico ceremonial del asentamiento. Varían en sus dimensiones, formas y orientaciones, y posiblemente en su antigüedad.

Los restos destruidos del montículo M2 se elevan menos de 2 metros sobre su alrededor (un solar habitacional), la mayor parte enterrada, y su cima nivelada tiene un paramento circular (diámetro máximo de 20 metros) de lajas careadas colocadas en talud. En la colección cerámica de superficie predominan tiestos del tipo Huasteca del Postclásico, pero también



Fig. 7 A: estructura 1 cortada por el camino principal de Tanute. B: montículo circular M2 en el solar de una vivienda. C: montículo M3 en parcela de ganado. D: fachada oeste del montículo M1, expuesta por obras de construcción. Fotos de P.C. Kroefges, 2010 y 2012; y Hernández, 2010.

se encontró un tiesto tipo Zaquil negro del periodo Clásico tardío. El montículo M3 se encuentra en un pastizal de ganado. Sus dimensiones son aproximadamente 3 metros de alto, 26 metros de largo y 21 metros de ancho. De la mampostería sólo se detectó una corta alineación de lajas careadas en la superficie.

Como montículo M4 registramos la elevación más alta y extendida al sureste del núcleo monumental, pero no queda claro que tan artificial o natural sea. Su forma elongada abarca alrededor de 100 metros, norte a sur, 30 metros de ancho y con una altura de más de 4 metros destaca de la planicie alrededor. Los pequeños cortes en los lados nos permitieron observar rellenos con tiestos y sospechar su naturaleza antropogénica.

Otras concentraciones de alteración del terreno y construcción, junto con grandes cantidades de cerámica tipo Huasteca y vajillas burdas, se encontraron en el centro de la comunidad actual de Tanute: estructuras E1, E2, E4, y terraza T1. Además, al noreste de la carretera a Aquismón, ya en terrenos del ejido de Tanchanaco (Santa Anita), encontramos el montículo M1 y la ruina de la antigua iglesia.

Sondeos estratigráficos en el montículo M1

El montículo M1 (figura 8) había sido cortado por máquina en 2010 y en 2013, y los cortes resultantes revelaron una serie de cuatro construcciones de lajas y tierra sobrepuestas, para terminar en una plataforma de una planta semicircular, semejante a las plataformas tipo “herradura” documentadas en Tamtoc (Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2001, fig. 20: 92). Para definir mejor la forma de la plataforma excavamos pozos de sondeo; aunque no alcanzamos a llegar hasta los cimientos del montículo, parece que la altura de la plataforma era de más de 2 metros. Las primeras tres construcciones muestran fachadas paralelas en talud (figura 9), de lajas careadas y esquinas angulares; sus rellenos incluyen tiestos de cerámica tipo Huasteca y de vasijas aztecas del Postclásico tardío. Incluso se halló un tiesto tipo Zaquil negro inciso del Clásico.

La última ampliación, sin embargo, reveló un cambio arquitectónico (fachada vertical de lajas), todavía consistente con la arquitectura prehispánica, pero los tiestos de una botija y otros recipientes vidriados

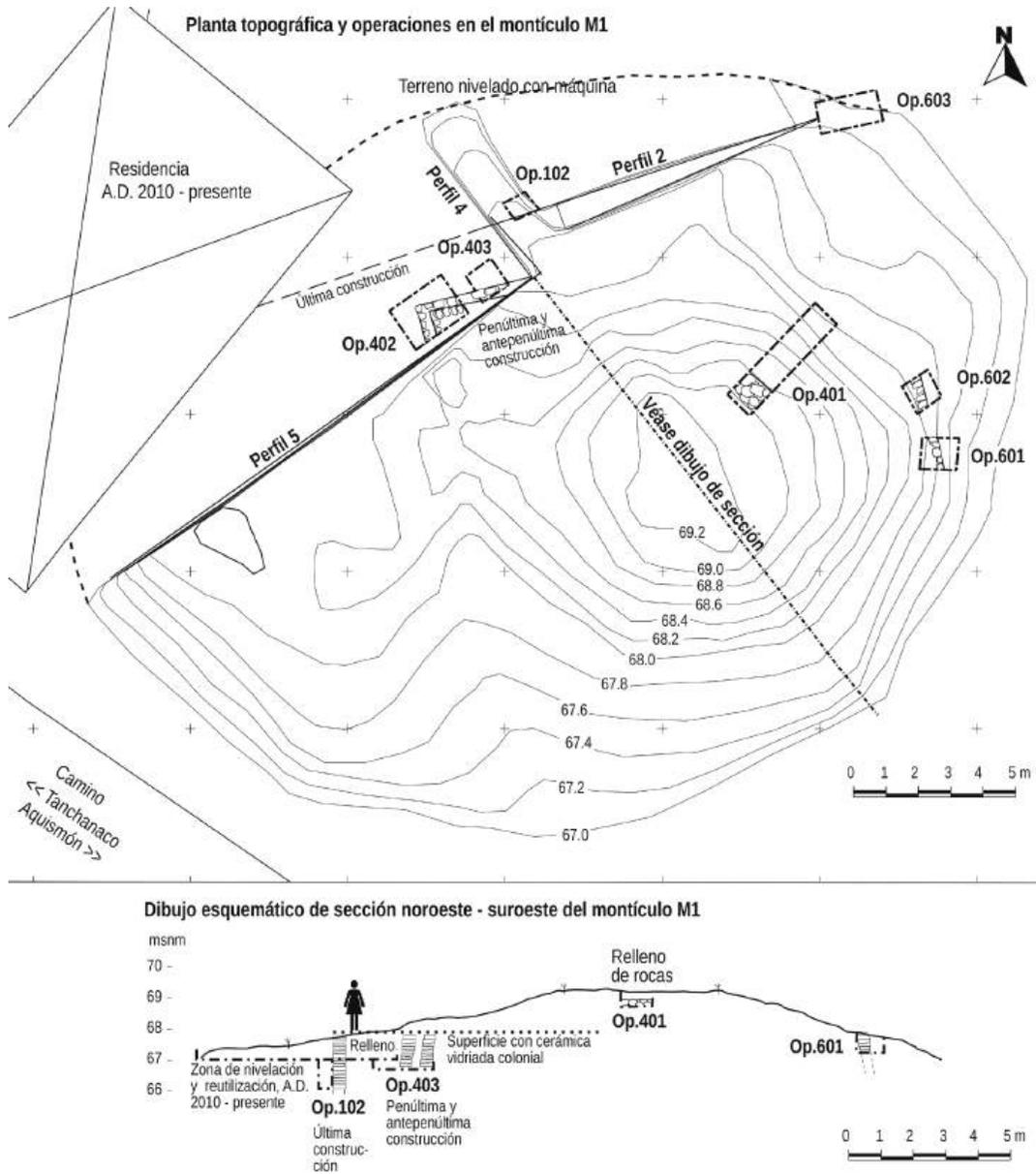


Fig. 8 Planta y corte del montículo M1, indicando las operaciones estratigráficas y las etapas constructivas. Elaboración de P.C. Kroefges y N. Schulze, 2010.

en su última superficie sugieren que estaba todavía ocupada en la época colonial.

Excavaciones en la ruina de la antigua iglesia

En una parcela particular se encuentran los muros restantes de la supuesta antigua iglesia como la reportan Meade (1942, 1948) y Velázquez Rodríguez (2004 [1946]). Los ocho sondeos estratigráficos en los contornos y el interior de la ruina identificaron su forma completa y detectaron la profundidad de sus pisos y cimientos (figura 10). Se trata de un casco de calicanto (160 m²), dividido en dos secciones rectangulares, nave y ábside

(presbiterio). La altura máxima detectable de los restos de muros es de alrededor de 2 metros desde la superficie actual (2.8 metros desde su cimiento). El gran espesor de los muros (hasta 1.2 metros), las fracturas superiores y el monto de derrumbe de piedras sugieren que pudieron haber sido algunos metros más altos.

Se hallaron restos de pisos de mortero o estuco de tradición prehispánica, parcialmente destruidos por los fundamentos de la iglesia al interior de la nave en el pozo Op.204, y al exterior de la iglesia en los pozos Op.208, Op.210 y Op.209 (figura 11). Además, en este último se encontró una alineación de lajas que puede ser el remanente de una estructura prehispánica. Tiestos y obsidiana alrededor de la iglesia y la topografía



Fig. 9 Secuencia de fachadas expuestas por obra de construcción (2012) del lado occidental del montículo M1. Foto de P.C. Kroefges, 2012.

elevada sugieren que abajo se encuentran vestigios de una estructura precolombina. Encontramos depósitos de rellenos con abundante cerámica diagnóstica tipo Huasteca, como inclusiones secundarias, más tiestos de dos o tres vasijas aztecas y un tiesto aislado de estilo colonial. Obtuvimos un fechamiento radiocarbónico de una inclusión carbonizada del piso en Op.204 (Beta Analytic, 2017) que apunta hacia finales del Postclásico tardío, siglo XV, inicios del siglo XVI (figura 12, cuadro 2).

En el pozo Op.204 se encontró el entierro primario de un infante, cuya fosa penetraba el piso de estuco desde la superficie de un relleno nivelado superior, posiblemente el piso de tierra apisonada de la iglesia (véase más detalles en Kroefges, 2019). Su posición stratigráfica indica que el fue enterrado después de la construcción de la iglesia, pero antes del colapso masivo de la iglesia. El fechamiento radiocarbónico del colágeno de un diente incisivo (Beta Analytic, 2017; cuadro 2) ayudó en datar la secuencia de estos eventos y sus depósitos.

Según los resultados, a finales del siglo XV, inicio del siglo XVI, se construyó un complejo arquitectónico en el lugar, cuyos pisos elaborados insinúan funciones cívico-ceremoniales. El hallazgo de grandes partes de dos o tres vasijas aztecas concuerda con el fechamiento. Pocas décadas después, este lugar había sido elegido para la construcción de un templo católico, borrando la construcción prehispánica. El amplio fechamiento del entierro infantil, abarcando todo el siglo XVI e inicios del siglo XVII, abre la posibilidad de que el

edificio o su ruina continuaba como lugar adecuado para enterrar a los muertos, después de la destrucción de Oxitipa en 1573-1574.

Distribución de tipos cerámicos

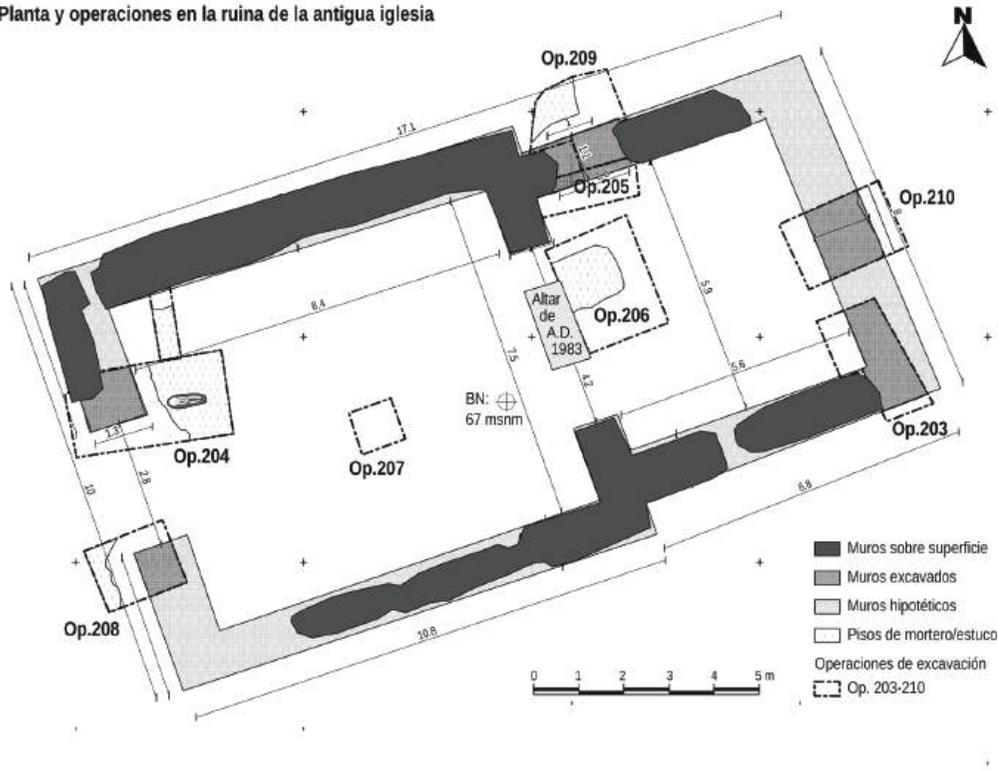
Los tiestos cerámicos en la superficie del sitio y en los depósitos enterrados constituyeron los índices más diagnósticos para asignar las temporalidades de la ocupación antigua. Como los fragmentos fueron recuperados de la superficie o de depósitos secundarios (rellenos), sus distribuciones o frecuencias no reflejan las áreas originales de actividad, y sus asociaciones en los estratos tampoco indican necesariamente una contemporaneidad. No obstante, para el sitio en general, la cerámica sí brinda unas señales cronológicas de la ocupación y de su participación en las afiliaciones culturales, expresadas por la alfarería.

Un total de 4 858 tiestos cerámicos fue recuperado en las temporadas del PAVO. Hernández Correa (2016) examinó las recolecciones de superficie y de las excavaciones en el montículo M1 y García Morales (2019) analizó el material cerámico excavado en la antigua iglesia (en Kroefges, 2015 y 2019, se encuentran las síntesis reexaminadas). Se compararon los atributos diagnósticos con los catálogos y tipologías de estudios cerámicos existentes, asignando en dado caso la nomenclatura respectiva. Para la cerámica local buscamos concordancias principalmente con las tipologías desarrolladas para Tampico/Pánuco (Ekholm, 1944) en el Proyecto Arqueológico Huasteca (García Samper, 1982; Merino Carrión y García Cook, 1987; García Cook y Merino Carrión, 1989), de Tamtoc (Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2005; Córdova *et al.*, 2012) y de Tamohi (Zaragoza, 2013). Para la cerámica de aparente origen en el centro de México, se consultaron Cervantes Rosado *et al.* (2007) y Smith (1990), y para la cerámica colonial Fournier y Blackman (2007).

Los resultados preliminares presentados aquí conciernen a los atributos físicos de la pasta, acabado y decoración, y sus aspectos morfológicos que indican su posición anatómica y la forma del objeto completo. Dado el grado severo de erosión y desgaste de los tiestos, casi 15% del material ha quedado todavía sin clasificación. Una comparación cuantitativa entre las frecuencias de los tipos principales, sería poco confiable con un simple conteo de los tiestos, por lo tanto, también manejamos la categoría de “casos”. Cada uno representa la presencia de determinado tipo cerámico en un contexto particular (sea un depósito excavado o una unidad de recolección en superficie).

En la figura 13, cuadro 3 se han distinguido tentativamente cuatro grupos descriptivos, que corresponden a grandes rasgos a los tipos habitualmente observados en la arqueología huastequista (tipo Pasta burda, tipo

Planta y operaciones en la ruina de la antigua iglesia



Alzado del muro norte, paramento interior

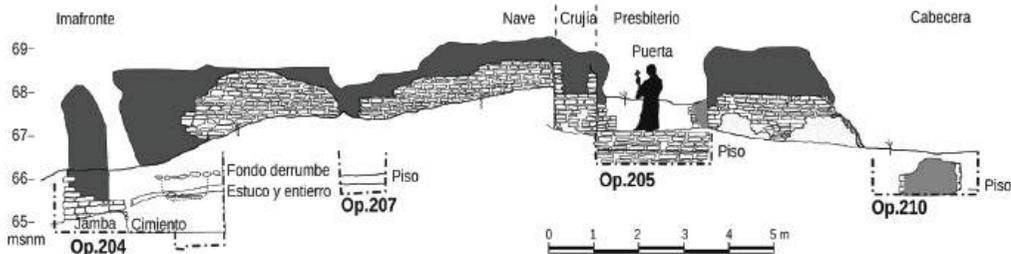


Fig. 10 Dibujo de planta y alzado (muro norte interior) de la ruina de la iglesia, indicando la ubicación de las operaciones de sondeo. Elaboración de P.C. Kroefges, 2019.

Zaquil negro, tipo Pasta fina con engobe rojo), y el tipo Huasteca (Negro sobre blanco y Tancol policromo), más el grupo de cerámica “azteca” (o del centro de México) y el de vajillas vidriadas (cerámica “europea” o colonial).

Cerámica tipo Huasteca

La cerámica comúnmente conocida como del “tipo Huasteca”, constituye el grupo mayor en frecuencia y distribución en el sitio: 2 321 tiestos (47.8% de los que aparecen en casi todas las recolecciones de Tanute). Predominan los restos de objetos cerámicos cuyas formas y decoraciones concuerdan con los recipientes,

platos y molcajetes tipos Huasteca, aunque están extremadamente erosionados por condiciones de la pasta y el ambiente tafonómico local (figura 14 A-D). El grupo demuestra una distinción en dos colores de la pasta: uno de tonos anaranjados y el otro de tonos cremas, aparentemente coincidiendo con mezclas diferentes de inclusiones aplásticas.

Detectamos rasgos pintados del tipo Huasteca general (figura 14 A-D; Negro sobre blanco) y del tipo Tancol policromo (figura 14 E-F); en numerosas ocasiones sólo han quedado restos mínimos y no pudimos discernir los motivos pintados y, por lo tanto, no es posible comparar este material de Tanute con las pinturas encontradas en los sitios discutidos por Zaragoza

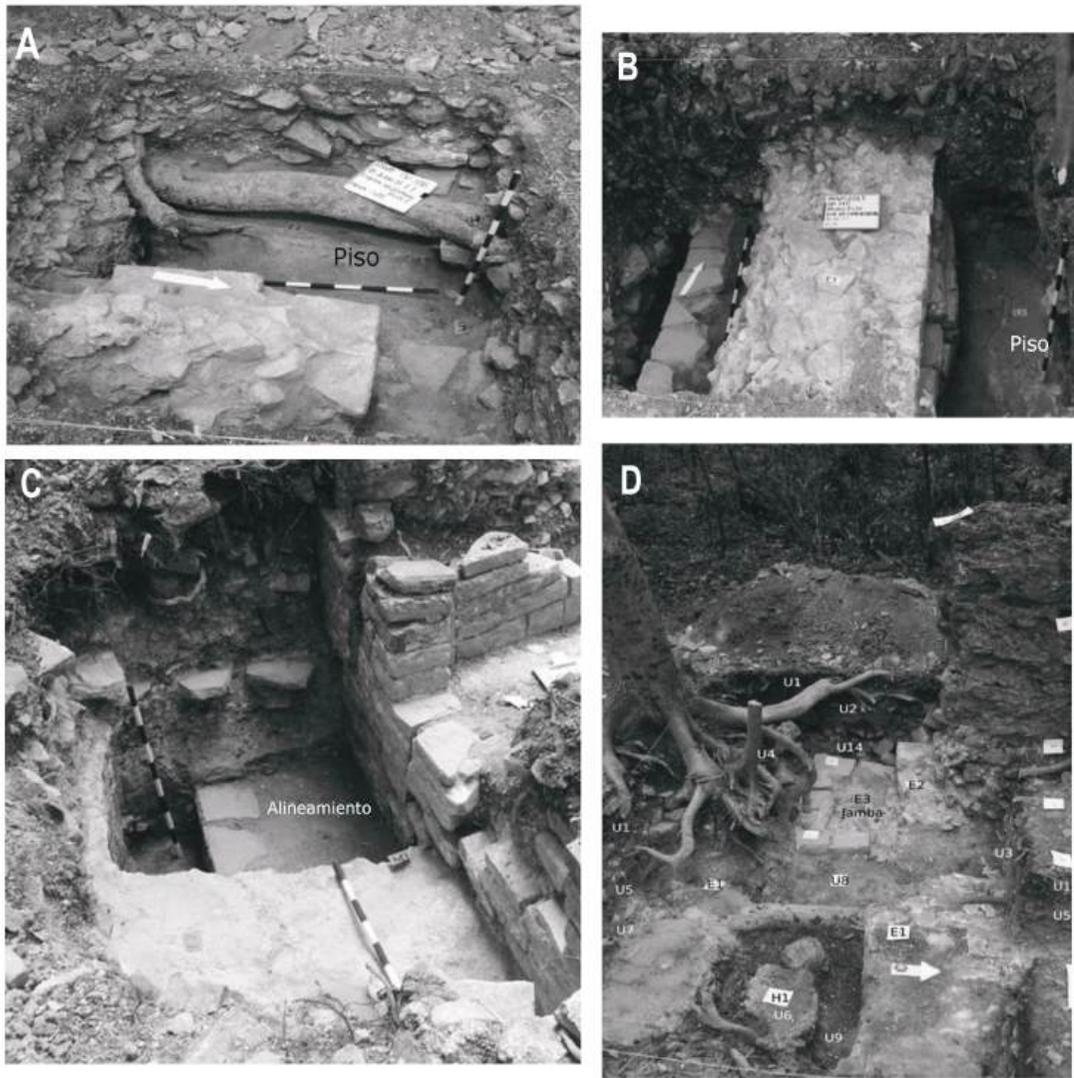


Fig. 11 A: piso al exterior de la jamba en Op.208. B: piso al exterior de la cabecera del ábside (Op.210). C: piso al exterior del umbral de la puerta al ábside, cubriendo una alineación anterior (Op.209). D: entierro infantil insertado en el piso de estuco en la entrada de la nave (Op.204). Fotografía de los autores.

Ocaña (2021). La asignación de un gran número de fragmentos al tipo Huasteca se basaba en las similitudes morfológicas de diferentes partes (bordes, fondos, soportes y asas o vertederas tubulares) de los molcajetes, platos, ollas y vasijas-efigie. En estos aspectos morfológicos y en su frecuencia, la cerámica tipo Huasteca de Tanute se asemeja, *grosso modo*, a lo que predomina según Zaragoza Ocaña (2021: 78) en Tamtok (40.3% de la cerámica) y en Tamohi (48.5%).

La alta frecuencia y la semejanza composicional sugieren que la mayoría del material tipo huasteco en Tanute se produjo localmente, pero hay excepciones: un tiesto policromo (figura 14 E) ha resistido la erosión excepcionalmente bien y muestra una pasta más dura

que la cerámica fina local. La silueta compuesta de la pared y las pinturas geométricas en negro y rojo corresponden a la “escudilla carenada”, diagnóstica para Tamtok (Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2005: fig. 112). Este recipiente fue posiblemente importado de aquella zona.

Algunas manifestaciones más de la alfarería típicamente huasteca son los fragmentos de vasijas-efigie con rasgos antropomorfos. Uno de ellos (figura 15 I) muestra la característica nariz/boca del dios Quetzalcóatl/Ehécatl, como se distingue en vasijas-efigies de Vista Hermosa, Platanito, Tamtok y Tamohi (Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2005: 470; Zaragoza, 2021: 83). Otros dos son fragmentos (figura 15 J, K) con

Muestra	PAVO-S1 (Beta-462925)	PAVO-S2 (Beta-462926)
Material analizado:	Vegetal carbonizado	Colágeno dental
Pre-tratamiento:	ácido/alcalino/ácido	Extracción alcalina de colágeno
IRMS $\delta^{13}\text{C}$:	-26.3 o/oo	-9.6 o/oo
Edad convencional radiocarbónica:	370 +/- 30 B.P.	300 +/- 30 B.P.
Fechas calibradas (95.4% probabilidad):	55%: cal. A.D. 1446-1528 40.4%: cal. A.D. 1553-1634	69.6%: cal. A.D. 1489-1604 25.8%: cal. A.D. 1610-1654
Fechas calibradas (68.2% probabilidad):	49%: cal. A.D. 1454-1518 19.2%: cal. A.D. 1594-1618	47.2%: cal. A.D. 1522-1575 17.9%: cal. A.D. 1625-1645 3.1%: cal. A.D. 1585-1590

Fig. 12, cuadro Fechamientos radiocarbónicos AMS y calibraciones HPD/INTCAL 13 por Beta Analytic (2017)

Tipo de cerámica	Periodo asociado	Tiestos (casos)	Porcentaje del total (de casos)
Vajillas de pasta burda	Todos los periodos cerámicos	1,382 (172)	28.4% (22.5%)
Tipo Zaquil negro inciso	Clásico a Postclásico temprano	2 (2)	0.1% (0.3%)
Vajillas pasta fina con engobe rojo	Clásico a Postclásico	288 (99)	5.9% (12.9%)
Vajillas "tipo Huasteca" (incl. Negro sobre blanco y Tancol policromo)	Postclásico (y en uso durante la época colonial)	2,321 (280)	47.8% (36.6%)
Vajillas aztecas	Postclásico tardío	91 (8)	1.8% (1.0%)
Vajillas vidriadas	Colonial/moderna	88 (48)	1.8% (6.3%)
Vajillas no clasificadas	No asignado	689 (152)	14.2% (19.9%)
Total		4,858 (764)	100% (100%)

Fig. 13, cuadro 3 Frecuencias y porcentajes de tipos cerámicos en las recolecciones del PAVO en Tanute.

representaciones de caras humanas, con ojos cerrados y bocas anchas, como las que se han encontrado en cántaros o vasijas antropomorfas en Vista Hermosa, donde tales objetos se asocian a los entierros (Stresser-Péan y Jadot, 2018: figs. A.V.16, A.V.10).

Se puede sospechar que en las primeras décadas posteriores a la Conquista, los habitantes del periodo colonial seguían usando muchos objetos de estas vajillas, junto con las ollas y comales tradicionales de la pasta burda, y por ende, son arqueológicamente difíciles de distinguir de los ocupantes anteriores a la conquista.

Figurillas

Los fragmentos de ocho figurillas (figura 15 A-H) fueron encontrados en contextos secundarios de rellenos o fueron donados por los vecinos. Conducen en la pasta ablandada y erosionada y en los escasos restos de engobes blancos con la apariencia de las vasijas del tipo Huasteca local. Los rasgos tecnológicos de manufactura corresponden a lo que los Stresser-Péan (2005) han descrito como "someramente moldeadas", con algunas incisiones añadidas, de cuerpos sólidos y aplanados. Los fragmentos de cuerpos representan exclusivamente

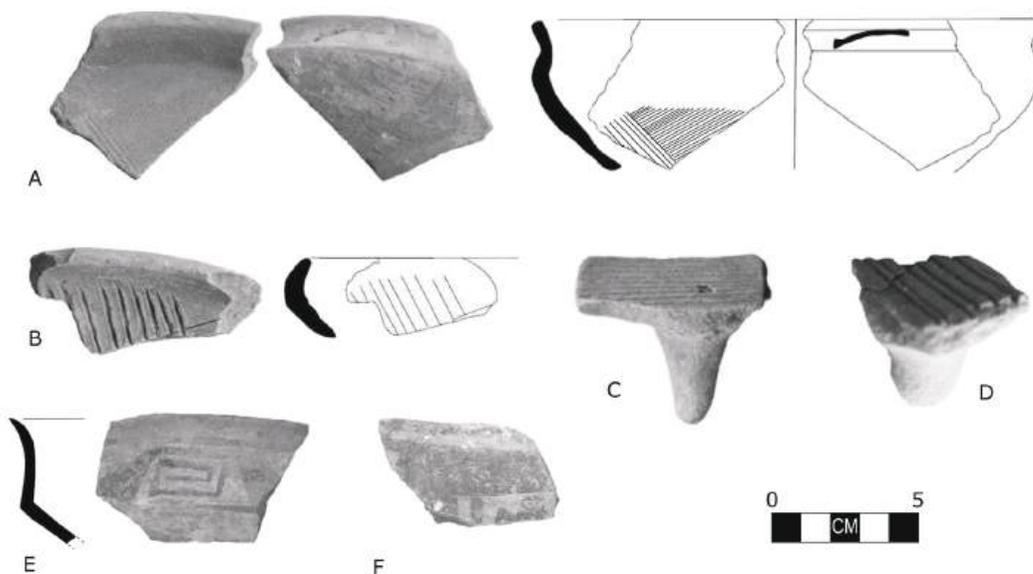


Fig. 14 A-C: ejemplos de la variedad de molcajetes, tipo Huasteca, con decoración erosionada. E: tiesto idéntico a una “escudilla carenada” como la reportaron Stresser-Péan y Stresser-Péan (2005: fig. 112) para Tamtok. F: tiesto con pintura roja y negra sobre engobe blanco (Tancol policromo). Fotografía de los autores.

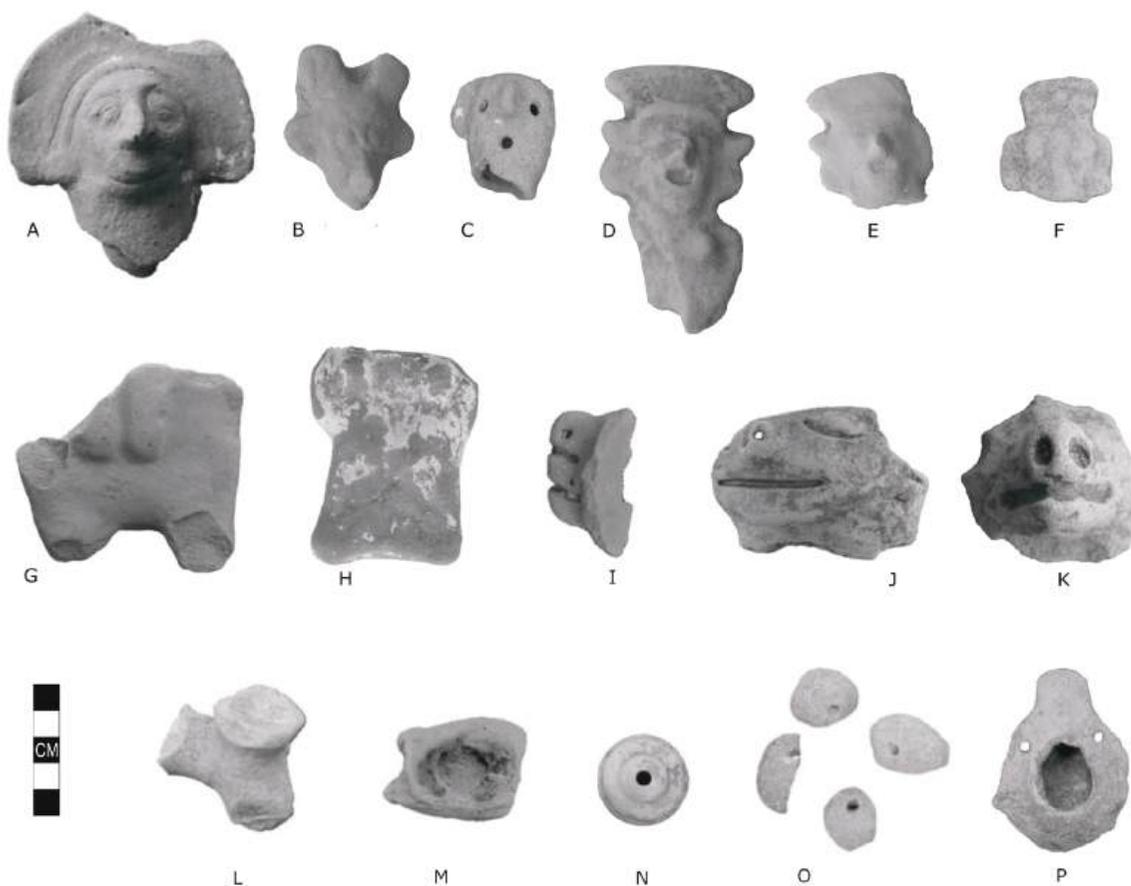


Fig. 15 Fragmentos de figurillas, silbatos, vasijas efigies y otros objetos cerámicos. Fotografía de los autores.

torsos femeninos con pechos visibles, a veces faldas, y las extremidades simplificadas. Las cabezas suelen llevar tocados trapezoides o semicirculares. Hay un caso con el cuello terminando en una espiga, quizás de una figurilla articulada, como las que han encontrado en Tamohi (Zaragoza, 2013: 132, fig. 55a). Otros fragmentos parecen ser de figurillas o silbatos en formas de animales (figura 15 B, P).

Por las semejanzas a las figurillas de Tamtok y Tamohi, parece que corresponden al periodo Postclásico tardío, igual que las vasijas tipo Huasteca. Como acertó Marchegay (2021:109-110), la función de las figurillas femeninas en la Huasteca prehispánica ha sido generalmente relacionada con el ámbito religioso/ritual de fecundidad y fertilidad, y durante el periodo Posclásico eran más comunes en los contextos domésticos que en los entierros.

Objetos cerámicos misceláneos

Encontramos en los rellenos excavados fragmentos de instrumentos o accesorios cerámicos de pasta fina anaranjada, no fechados, los cuales también se hallaron en

Tamtok o Tamohi (figura 15 L-O): la parte central de una sonaja triple con espiga (Zaragoza, [2013: 124-125] lo llama “cascabel de tres cuerpos” en Tamohi), pedazos de unas pequeñas esferas huecas de paredes delgadas, fragmentos de pipas (compara ejemplares similares en Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2005: 598, 601, 608). Un malacate, donado por un vecino, es el único ejemplar en nuestra colección (figura 12 N). Su forma y tamaño corresponde a los que se conocen para hilar fibras de algodón, materia prima común en la Huasteca prehispánica para tejer mantas y diversos textiles. El ejemplar muestra forma bicónica, con una protuberancia de refuerzo alrededor del hoyo central; su superficie es lisa y cualquier decoración pintada ya no se distingue; aún hay que encontrar formas idénticas entre los malacates de Tamtok (Stresser-Péan y Stresser-Péan, 2005: 602-607) o Tamohi (Zaragoza, 2013).

Cerámica azteca

Bajo este término agrupamos a 91 tiestos que corresponden a, quizás, ocho vasijas típicas para la Cuenca de México del periodo Postclásico tardío y que se han

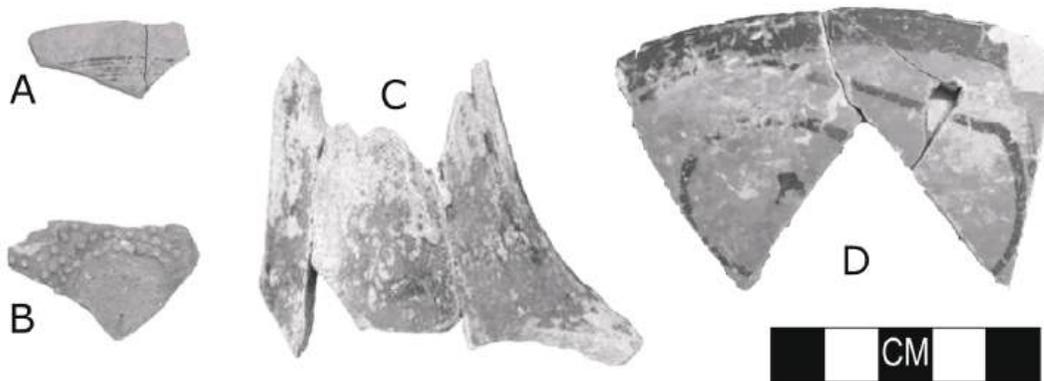


Fig. 16 A: borde de un plato tipo Azteca III (negro sobre anaranjado). B: base de un sahumerio tipo “Texcoco moldeado”, con sus características protuberancias semiesféricas. C: posible pedestal de una copa, tipo Texcoco negro sobre rojo (guinda). D: cajete semiesférico con pintura geométrica negra sobre engobe guinda. Fotografía de los autores.

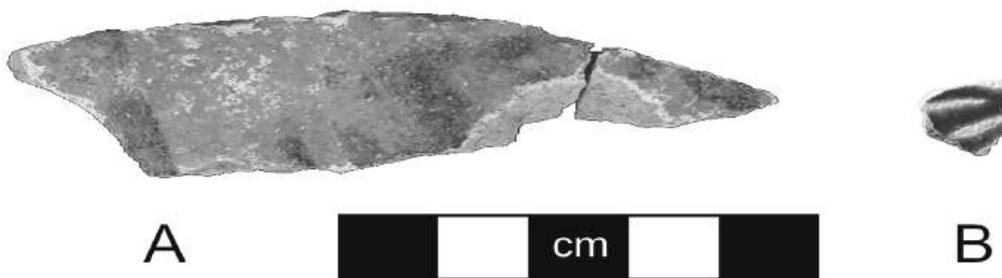


Fig. 17 A: fragmento del cuerpo de una botija con vidriado verde. B: vajilla vidriada azul sobre blanco. Fotografía de los autores.

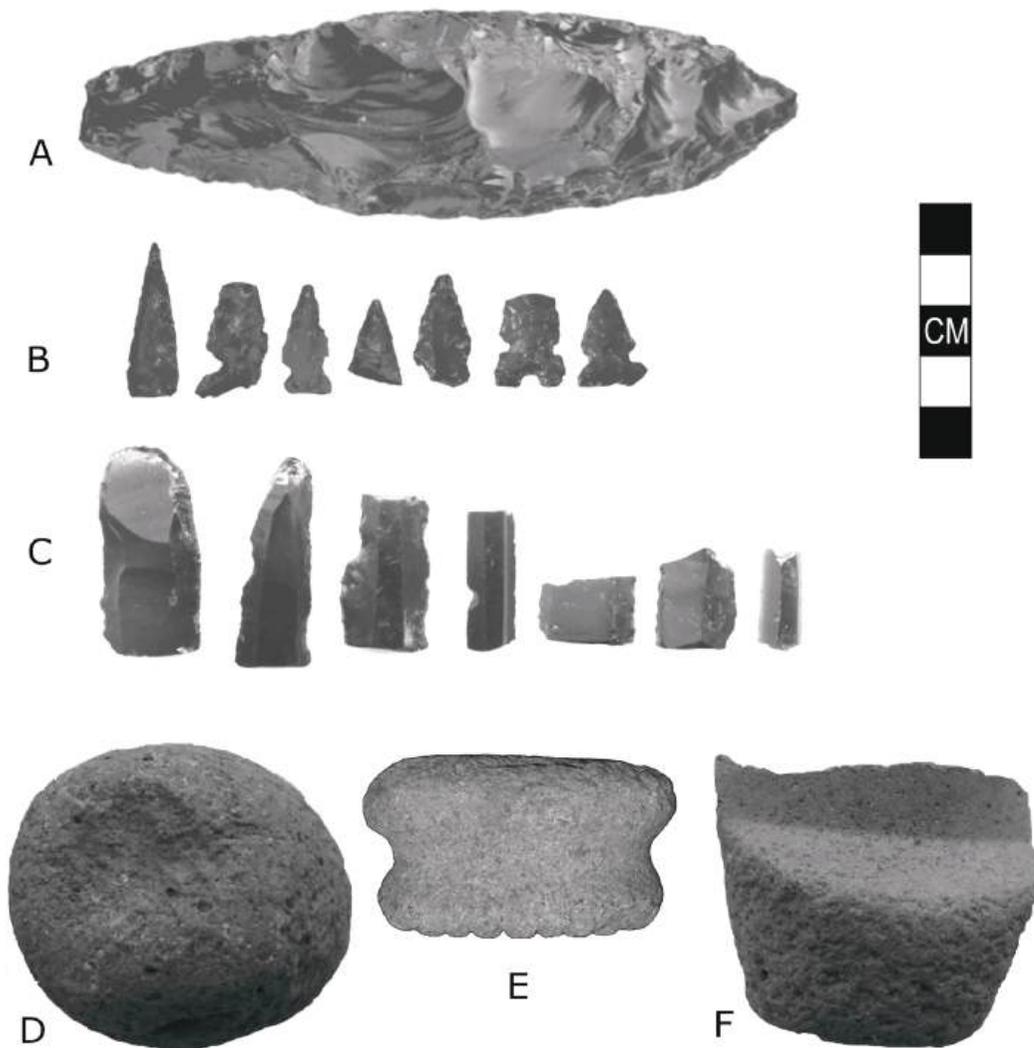


Fig. 18 A: cuchillo de obsidiana negra. B: puntas de proyectil de obsidiana negra. C: fragmentos de navajillas prismáticas, las primeras cuatro de obsidiana negra, las últimas tres de obsidiana verde. D-E: objetos de piedra pulida (basalto). Fotografía de los autores.

reportado en distintas regiones dominadas por el Imperio azteca (figura 16). Se distinguen claramente de la pasta local en composición y cocción y han sufrido menos del deterioro tafonómico que la cerámica local tipo Huasteca. Los tiestos se encontraron sólo en las dos áreas de sondeos estratigráficos: el montículo M1 y la subestructura bajo la antigua iglesia. En el resto del sitio no los detectamos en la superficie.

En el último relleno del montículo M1 se halló un pedazo del borde de un cajete o plato de pasta anaranjada (figura 16 A); con sus paralelas líneas negras finas al interior del labio concuerda con lo que se ha designado como tipo Azteca III (Cervantes *et al.*, 2007). Un tiesto más muestra series de pequeñas protuberancias semiesféricas en el exterior (figura 16 B), semejantes a los

fondos de los sahumeros conocidos del tipo “Texcoco moldeado”. Estos sahumeros servían comúnmente para rituales en contextos domésticos y públicos (Smith, 1990), y su hallazgo en las provincias lejanas puede indicar la introducción de ritos aztecas en medio de la cultura local (Venter, 2012).

Los demás tiestos presentan pintura negra geométrica u ondulada sobre un engobe rojo o guinda pulido, coincidiendo con un tipo que ha recibido diversos nombres (Azteca negro sobre rojo, Texcoco negro sobre rojo, Texcoco negro sobre guinda; véase Cervantes *et al.*, 2007; Smith, 1990). Estos ejemplares fueron encontrados en el relleno y el derrumbe de la última fase constructiva del montículo M1 y debajo del piso de estuco prehispánico, abajo de la antigua iglesia. Este hecho

Producto de obsidiana	Obsidiana gris/negra (piezas y porcentaje por color)	Obsidiana verde (piezas y porcentaje por color)	Total (piezas y porcentajes del producto)
Lascas/frag. de desecho	92 (47.7%)	4 (14.8%)	96 (43.6%)
Navajillas prismáticas	93 (48.2%)	23 (85.2%)	116 (52.7%)
Puntas de proyectil	7 (3.6%)	0 (0%)	7 (3.2%)
Cuchillos bifaciales	1 (0.5%)	0 (0%)	1 (0.5%)
Núcleos exhaustos	0 (0%)	0 (0%)	0 (0%)
Piezas del total de piezas	193/220 (87.7%)	27/220 (12.3%)	220 (100%)
Peso del total (gramos)	281.6 g/457.3 g (84.6%)	51.3 g/457.3 g (11.2%)	457.3 g (100%)

Fig. 19, cuadro 4 Cuantificación de la obsidiana en el sitio de Tanute. Fuente: P.C. Kroefges.

sugiere que las dos estructuras experimentaron su última ampliación después de haber iniciado contacto con el Imperio azteca.

Sería plausible pensar que los objetos llegaron a Tanute con los representantes mexicas instalados en provincia tributaria de Oxitipan o por simple intercambio mercantil. Zaragoza Ocaña (2013: 191) también reportó la presencia de cerámica azteca “en todos los estratos” excavados en Tamohi. Según Stresser-Péan y Stresser-Péan (2001: 57), Tamohi era un lugar más incorporado en esta provincia imperial, aunque no ha sido reconocido en las fuentes etnohistóricas.

Cerámica colonial

Pocos tiestos se han identificado como posibles objetos del siglo XVI, el atributo del vidriado, una de las características más diagnósticas, pero confundibles con los fragmentos de cerámica moderna que se distribuyen por toda la comunidad actual de Tanute. Es admisible pensar que en las primeras décadas después de la Conquista se seguía utilizando la alfarería local de origen prehispánico, sobre todo para la vajilla doméstica de pasta burda. Ejemplos de la cerámica colonial importada son el tiesto de una botija con un vidriado verde (figura 17 A) proveniente del derrumbe en la antigua superficie del montículo M1, y un fragmento minúsculo de una vajilla vidriada azul sobre blanco (véase Fournier y Blackman, 2007) de los rellenos bajo el piso de la iglesia (figura 17 B).

Objetos líticos en Tanute

Las temporadas de excavación y prospección en Tanute también incluyeron las recolecciones de 245 objetos líticos, principalmente fragmentos de herramientas o sus desechos de manufactura y uso. Distinguimos, en las recolecciones, herramientas de roca ígnea pulida

(basalto), importadas a la región y similares a las que reportaron Stresser-Péan y Stresser-Péan (2005: 672-675) de Tamtok: una “mano” para moler granos en un metate, un machacador para producir papel de la corteza del amate (figura 18 E), más una esfera (figura 18 D) y un fragmento de mano (figura 18 F). Entre las rocas trabajadas por el tallado encontramos 4 fragmentos de calcita cristalina, 3 de sílex, 1 posiblemente de riolita y otros 13 aún no identificados, muy dañados o no terminados.

La obsidiana es el material más frecuente en Tanute; pedazos fueron encontrados en prácticamente todas las operaciones de recolección; recogimos una muestra de 220 piezas en los recorridos de superficie y en las excavaciones (figura 18 A-C y figura 19, cuadro 4). El examen visual distinguió entre piezas de color gris/negro (88%) y de color verde (12%). El yacimiento de obsidiana negra más cercano a Tanute y la Huasteca es Zacualtipan (Cobean, 1991), a unos 100 km al sur de Tanute (véase la figura 1). Se ha identificado esta fuente por estudios químicos en los sitios huastecos de Tamtok (Martínez *et al.*, 2021) y Tamohi (Braswell, 2003: 139, tabla 20.2). Braswell sugirió que existía una esfera huasteca de intercambio de la obsidiana proveniente de Zacualtipan (Braswell, 2003: 139).

La obsidiana verde se ha asociado con los yacimientos de Sierra de Navajas (Pachuca), Hidalgo, a unos 150 km hacia el sur (Cobean, 1991). Algunos estudios sugirieron un vínculo entre una elevada proporción de obsidiana verde y la presencia de los aztecas en un sector particular del centro provincial. Según Ohnersorgen (2006: 24), la colonia azteca en Cueltaxtla, Veracruz, mostró concentraciones de obsidiana verde más altas (30%) en zonas con mayores vestigios arquitectónicos y cerámicos aztecas. También lo reportaron Garraty y Ohnersorgen (2009: 117) para la cuenca baja del Río Blanco y Venter (2012: 60) para Totogal, región de los Tuxtlas. En Oztuma, Guerrero, Silverstein (2001)

observó que la obsidiana verde era más frecuente entre los restos de la guarnición azteca de Oztuma. En el caso de Tanute, sin embargo, no hemos podido detectar tal diferenciación espacial en la distribución de la obsidiana verde; por lo tanto, aún no se distingue algún segmento específico de habitantes con un acceso destacado a este material.

Discusión

Regresando a la pregunta inicial, ¿dónde se ubicaba la cabecera de Oxitipa de las Fuentes? Discutiremos tres criterios para evaluar los argumentos a favor y en contra de las tres propuestas, a saber, la Villa de Valles, rancho de Oxitipa del Mirador, o el pueblo de Tanute, y para considerar una cuarta opción. Los criterios de evaluación son 1) la cuestión toponímica, 2) la delimitación geográfica y 3) una correspondencia entre las expectativas históricas y los rasgos arqueológicos encontrados. Esta última puede ser desglosada a su vez en: *a*) la correlación cronológica de los elementos arqueológicos con los episodios documentados en las fuentes, *b*) una correspondencia morfológica entre las descripciones del asentamiento y los vestigios arqueológicos, *c*) las manifestaciones materiales de la dominación mexicana documentada y *d*) las huellas físicas de la destrucción y abandono del lugar por el asalto chichimeco en 1573-1574. Como se verá, algunos criterios no son nada suficientes por sí solos, ni necesarios, y su cumplimiento arqueológico tampoco es siempre absoluto.

La propuesta de Toussaint (1948) de que se trataba de la Villa de Santiago de los Valles de Oxitipa se puede descartar claramente. El nombre que le puso Nuño de Guzmán en 1533 se refería a “los Valles de Oxitipa”, aludiendo a la vasta extensión de la provincia, no a la localidad de su cabecera; la villa se fundaba a ocho leguas (40 km; véase testimonios en SVP y DAM); el historiador Toussaint (1948: 20, 30, 175) se basaba en el cosmógrafo López de Velasco (1894 [1571-74]: 199-200), quien se había confundido con los dos lugares en su compilación y repitió la descripción de la villa también para el pueblo huasteco.

La propuesta de Barlow (1949: 51) de que Oxitipa se encontraba en el rancho Oxitipa del Mirador, cumple con el criterio toponímico y con la delimitación geográfica; se encuentra a 40 km al sur de Valles, y entre los cuatro vecinos indicados, Tambolon, Cozcatlan, Xilitla y Tancoxol (véase la figura 3). Además, está pegado al arroyo del mismo nombre, que aparece en documentos del siglo XVIII. El criterio de los vestigios arqueológicos, sin embargo, queda inconcluso. Aunque Meade (1948: 64) anotó que cerca del arroyo de Oxitipa había “algunos cúes y vestigios de un viejo pueblo huasteco”, pero no brinda datos diagnósticos sobre

tamaño, cronología o rasgos estilísticos; ni siquiera comentó sobre su posible relación con el Oxitipa histórico.

Chemin (1997: 23), a su vez, sospechó que este rancho más bien fue fundado después de la destrucción del Oxitipan por algunos sobrevivientes y nombrado por el arroyo; pero ninguna fuente había mencionado tal acontecimiento, y el censo de 1777 sólo reportaba unos pocos españoles y mulatos de población. Por lo pronto, este lugar queda como candidato hipotético, hasta que haya oportunidad de inspeccionar el terreno para evaluar los restos arqueológicos.

Finalmente, la discusión sobre la posible identificación de Tanute con el Oxitipa histórico. Tanute cumple satisfactoriamente con el criterio de la delimitación geográfica, en cuanto a distancia hacia Valles y rumbos hacia las comunidades vecinas en las fuentes. El criterio toponímico parece más ambiguo que el sugerido por Meade: la supuesta semejanza semántica de los topónimos Ta(m)-nut (del idioma huasteco: “lugar del chapopote”), con el “lugar del ungüento” (significado náhuatl de Oxitipan). Como agregó Meade, en Tanute “hay una chapopotera que acaso explique el origen del nombre de Oxitipa” (Meade, 1942: 302) y “sin duda utilizarían para hacer el oxitl [...]” (Meade, 1948: 64, ortografía del original). Sin embargo, Chemin (1997: 18-19) resaltó que “oxitl” no se refiere al producto de origen pétreo, sino a la resina o trementina de árboles, específicamente del ramón (*Brosimum alicastrum*). De hecho, el glifo de Oxitipan en el Mapa de Sigüenza incluye una sustancia de color claro, no negro, como en el *Códice Mendoza*.

Otro problema toponímico es que los nombres de los arroyos de Tambaque, Tanchanaco (Garita) y Tanute corren pegados a asentamientos (y sitios arqueológicos) del mismo nombre. El arroyo de Oxitipa, por otro lado, corre a una distancia de 5 kilómetros de Tanute. Un argumento suficiente para asumir que Tanute no pudiera ser idéntico a la cabecera de Oxitipa, habría sido la apariencia simultánea de ambos lugares en los reportes de las visitas coloniales (VCO, 1558 y DAM, 1570). En la DAM aparece la estancia de “Tamunte”, topónimo bastante similar a Ta(m)nute, y tanto Mandeville (1976: 46) como el mismo Meade (1942: 306) contemplaron que se trataba del mismo lugar. Como indica la figura 3, cuadro 1, la estancia de Tamunte estaba más poblada que su cabecera de Oxitipa, situación quizás análoga en la diferencia entre los restos arqueológicos de Tanute y Oxitipa del Mirador. En la visita de 1558, la estancia más semejante a Tanute en términos toponímicos es “Tamonite” (“Tamonyte”; figura 3, cuadro 1), que fue visitada directamente después de Tampaxquismon (Aquismón, a 4 kilómetros al sur de Tanute). Meade (1942: 3069), no obstante, sugirió otra

traducción para “Tam-om-i-té”, tének, para “donde se siembran árboles” y no lo relacionó ni con el Tamunte de la DAM ni con Tanute. Esta estancia, igual que Tamunte de la DAM, era más grande que la cabecera, lo cual podría explicar no sólo restos arqueológicos tan sustanciales como las de Tanute, sino también la presencia de una iglesia que sirviera para tantos habitantes.

Esto nos lleva a los criterios de las correspondencias arqueológicas: Meade destacó la presencia de la ruina del templo católico en Tanute como indicador de que se trataba de la cabecera de Oxitipa. Nuestras dataciones radiocarbónicas sugieren que la ruina puede efectivamente ser del siglo XVI, pero no está claro si aún seguía en función después de la destrucción y el abandono de Oxitipan en 1573-1574. Quizá seguía siendo “tierra sagrada” y lugar apropiado para entierros, como el del infante encontrado en la Op.204. Las huellas de desintegración que encontramos no son fechadas, pero reflejan problemas estáticas y saqueos modernos. De todas formas, la iglesia pudo haber seguido como un lugar funerario en la zona a finales de siglo XVI o en el siglo XVII. El punto crítico de la capilla sería, más bien, si sólo la cabecera o también las estancias de Oxitipa tenían iglesias en el siglo XVI. El cura (DAM: 158) que redactó la descripción de la comarca de Oxitipa en 1570, atestó que: “[...] en cada pueblo de los susodichos ay yglesias”, pero no queda claro si se refería solamente a las comunidades de la categoría “pueblo” o también a las estancias de ellas. Si en 1570 ya existían iglesias en todas las 13 estancias —y esto asumió Meade (1942: 306)—, su argumento para identificar Tanute con la cabecera quedaría sin peso, y Tanute podría corresponder a una de estas estancias, quizás Tamunte.

Los vestigios prehispánicos registrados en Tanute incluyen algunos tiestos del Clásico (Zaquil negro) o anteriores (García Samper, 1982), pero principalmente corresponden a un asentamiento de mediana complejidad y tamaño para el Posclásico en la Huasteca potosina (fase Tamuín, A.D. 1200-1522). La cerámica local muestra rasgos estilísticos semejantes a los centros de Tamtok y Tamohi al norte, y así Tanute encajaría cronológicamente con las referencias históricas sobre la existencia de un Oxitipa pre-azteca.

El dominio imperial mexica sobre Oxitipa se refleja en Tanute de manera somera. No se ha identificado arquitectura monumental, escultura o epigrafía con rasgos aztecas como en Castillo de Teayo (véase Márquez, 2021). En las otras provincias aztecas en la Huasteca meridional, Tochpan y Tzicoac, el reflejo arqueológico del impacto imperial

aún está por averiguarse (Maldonado, 2016; Espinosa *et al.*, 2017).

Los tiestos de unos ocho recipientes de estilo azteca, corresponden a una baja proporción (menos del 2%) de la cerámica analizada, poco para sugerir una colonización masiva del lugar por invasores aztecas, como la han sugerido Ohnersorgen (2006) y Garraty y Ohnersorgen (2009) en las provincias imperiales en Veracruz, y son menos que los que Silverstein (2001) ha reportado en los restos de una guarnición azteca en Oztuma, Guerrero. Sin embargo, las bajas frecuencias de cerámica azteca en otras provincias documentadas como Coixtlahuaca, Oaxaca (Kowalewski *et al.*, 2011; véase Smith, 1990), advierten que el volumen de productos alfareros importados no son un confiable indicador arqueológico para el dominio imperial de la Triple Alianza.

Sin embargo, la calidad de los jarros o vasos tipo Texcoco negro sobre rojo, el sahumador tipo Texcoco moldeado, sugieren que se trataba de objetos para actividades de consumo o ritos de tradición azteca; quizá los representantes locales de Tanute aceptaron y participaron en estas actividades culturales aztecas, como indicó también Venter (2012) para la provincia de Tototal en los Tuxtlas. No obstante, este hallazgo no es suficiente para determinar si Tanute era la cabecera o una comunidad subordinada de la provincia imperial.

Conclusión

Para concluir, el sitio arqueológico de Tanute muestra, por el conjunto de sus características toponímicas, geográficas, cronológicas y materiales, suficientes indicadores para sostener que sí formaba un sector del antiguo señorío de Oxitipa. Aunque las breves temporadas del PAVO sólo han abierto algunas pequeñas ventanas al pasado del sitio, queda claro que se trataba de una concentración sustancial de población con manifestaciones de poder cívico-ceremonial, tanto en tiempos prehispánicos como coloniales. La cuestión de si Tanute correspondiese específicamente a la cabecera y residencia del cacique de Oxitipa que fue destruida en 1573-1574, requería investigaciones adicionales de campo para excluir o aceptar que los restos en Oxitipa de Mirador cumplieren con los criterios cronológicos y morfológicos de identificación. Paralelamente, se debería hacer prospección de los terrenos a lo largo del arroyo Oxitipa hacia el norte, para descartar que no haya un asentamiento más que incluyera vestigios de ocupación postclásica y colonial. En tal caso, el sitio de Tanute quedaría efectivamente como el mejor candidato para la identificación de la cabecera antigua de Oxitipa.

Agradecimientos

Agradecemos al Consejo de Arqueología del INAH por los permisos otorgados; al Centro INAH San Luis Potosí, a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y al Conacyt por los apoyos económicos. Agradecemos también el apoyo de las autoridades municipales y ejidales en Aquismón, y la amable cooperación de las ciudadanas y ciudadanos en Tanute y alrededores.

Bibliografía

Archivo General de la Nación (AGN)

Civil, vol. 672, 432 fs.: "Francisco Barrón con Eugenio Salazar sobre el amparo y posesión del pueblo de Tamapache", 1584-1585.

Tierras, vol. 21, 2ª parte, exp. 4, 93 fs.: "Autos que siguieron los indios de Cuzcatlan de la jurisdicción de Pánuco contra los de Oxitipa de la propia jurisdicción, sobre las estancias de Tacima y Tamahab", 1565.

Aguilar-Robledo, M.

2003 La territorialidad en el norte de Mesoamérica: el señorío de Oxitipa en el siglo XVI. *Tiempos de América. Revista de Historia, Cultura y Territorio*, (10): 3-18. Recuperado de: <<https://www.raco.cat/index.php/TiemposAmerica/article/view/105155>>. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/Tiempos>.

Alzate y Ramírez, J.A.

1767 Curato de Coscatlán. Misiones de Tampico, f. 51r. Madrid, Gobierno de España-Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Recuperado de: <<https://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.do?id=397651>>.

Barlow, R.H.

1949 *The Extent of the Empire of the Culhua Mexica*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

Berdan, F.F. y Anawalt, P.R.

1997 *The Essential Codex Mendoza*. Berkeley, University of California Press.

Beta Analytic

2017 *Report of Radiocarbon Dating Analyses*. Miami, Beta Analytic Inc. [Informe de laboratorio en posesión de los autores.]

Braswell, G.E.

2003 Obsidian Exchange Spheres. En M.E. Smith y F.F. Berdan (eds.), *The Postclassic Mesoamerican World* (pp. 131-158). Salt Lake City, University of Utah Press.

Carrasco, P.

1996 *Estructura político-territorial del imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan*. México, FCE/El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas.

Castañeda de la Paz, M.

2006 *Pintura de la peregrinación de los culhuaque-mexitin. El mapa de Sigüenza. Análisis de un documento de origen tenocha*. México, Conaculta/INAH/El Colegio Mexiquense.

Cervantes Rosado, J., Fournier, P. y Carballal, M.

2007 La cerámica del Posclásico en la cuenca de México. En B.L. Merino Carrión y Á. García Cook (eds.), *La producción alfarera en el México antiguo*, vol. V (pp. 277-320). México, INAH.

Chemin, D.

1997 Oxitipan. Una provincia de la Huasteca. *Tierra Adentro*, (87): 18-23.

Chipman, D.E.

2007 *Nuño de Guzmán y la provincia de Pánuco en Nueva España 1518-1533*. México, CIESAS/El Colegio de San Luis/Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad de Autónoma de Tamaulipas.

Cobean, R.H.

1991 Principales yacimientos de obsidiana en el Altiplano Central. *Arqueología*, (5): 9-31.

Códice Mendoza

2018 [1541]. Digital Bodleian (MS. Arch. Selden. A. 1). Recuperado de: <<https://iiif.bodleian.ox.ac.uk/iiif/viewer/2fea788e-2aa2-4f08-b6d9-648c00486220#c=0&m=0&s=0&cv=115&r=0&xywh=3937%2C1096%2C4958%2C3058>>. Licencia de uso CC-BY-NC 4.0.

Córdova Tello, G., Martínez Mora, E. y Hernández, P.O. (coords.)

2012 *Tamtoc, esbozo de una antigua sociedad urbana*. México, INAH.

Ekholm, G.F.

1944 *Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, Mexico*. Nueva York, American Museum of Natural History.

Escobar Ohmstede, A. y Fagoaga Hernández, R.

2004 Los componentes socio-étnicos y sus espacios en las Huastecas a través de los censos parroquiales, 1770-1780. *Estudios de Cultura Maya*, 25 (1): 219-256.

Espinosa Ruiz, A.R., García Márquez, A. y García Pura, C.

2017 La ubicación de Tzicoac en el Lienzo de Tzoquitetlan. En K. Lefebvre y C. Paredes (eds.), *La toponimia en la conformación histórica del territorio. De Mesoamérica a México* (pp. 309-331). México, UNAM-CIGA.

Fournier, P. y Blackman, J.M.

2007 *Producción, intercambio y consumo de lozas vidriadas en Nueva España. Conformación de una base de datos de composiciones elementales mediante INAA*. Fundación para el Avance de los Estudios Mesoamericanos, Inc. Recuperado de: <<http://www.famsi.org/reports/06014es/index.html>>.

Garraty, C.P. y Ohnersorgen, M.A.

2009 Negotiating the Imperial Landscape: The Geopolitics of Aztec Control in the Outer Provinces of the Empire. En B.J. Bowser y M.N. Zedeño (eds.), *Archaeology of Meaningful Places* (pp. 107-131). Salt Lake City, The University of Utah Press.

García Cook, Á. y Merino Carrión, L.

1989 Investigaciones arqueológicas en la Cuenca Baja del Pánuco. En L. Mirambell (ed.), *Homenaje a José Luis Lorenzo* (pp. 181-209). México, INAH.

García Morales, A.O.

2019 *La cerámica en los contextos arqueológicos en las ruinas de la antigua iglesia de Oxitipa, actual Tanute, municipio de Aquismón, Huasteca potosina*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí.

García Samper, A.

1982 *La cerámica en la Huasteca de la planicie costera*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Grijalva, J. de

1924 [1624] *Crónica de la Orden de N.P.S. Agustín en las provincias de la Nueva España*. México, Imp. Victoria.

Hernández Correa, A.L.

2016 *Análisis de la cerámica arqueológica del sitio de Tanute del municipio de Aquismón, San Luis Potosí*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México.

INEGI

2010 *Principales resultados por localidad 2010 (iter)*. Recuperado de: <<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2010/?ps=microdatos>>.

2015 *Conjuntos de datos vectoriales y toponimia, carta topográfica, clave F14C29, Aquismón; escala 1:50000*. Recuperado de: <<http://www.inegi.org.mx/default.aspx>>, consultada el 1 de enero del 2020.

2020 *Principales resultados por localidad 2020 (iter)*. Recuperado de: <<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/?ps=microdatos>>.

Kowalewski, S.A., Barba Pingarrón, L., García Ayala, G., Steere, B.A., Blancas Vázquez, J., Cortés Vilchis, M.Y., López Zárate, L., Ortiz Butrón, A., Pluckhahn, T.J. y Vilchis Flores, B.

2011 La presencia azteca en Oaxaca: la provincia de Coixtlahuaca. *Anales de Antropología* (44): 77-103. Recuperado de: <<https://www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia/article/view/25357>>.

Kroefges, P.C.

2015 Proyecto Arqueológico Valle de Oxitipa, temporadas 2010 y 2012. Informe técnico parcial entregado al Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

2019 Proyecto Arqueológico del Valle Oxitipa. Segundo informe técnico parcial: excavaciones de sondeo en las ruinas de la iglesia en el sitio arqueológico de Tanute (2017), municipio de Aquismón, Huasteca potosina. Informe entregado al Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

López de Velasco, J.

1894 [1571-1574] *Geografía y descripción universal de las Indias*. Madrid, Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid/Real Academia de la Historia.

Maldonado Vite, M.E.

2016 *El antiguo Tochpan. Aspectos de economía política en la frontera sur de la Huasteca Veracruzana*. Tesis de doctorado. ENAH, México.

Mandeville, P. B.

1976 *La jurisdicción de la villa de Santiago de los Valles en 1700-1800*. San Luis Potosí, Academia de Historia Potosina.

Mapa de Sigüenza

Siglo XVI Instituto Nacional de Antropología e Historia. Licencia de uso CC BY-NC. Recuperado de: <https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/codice%3A64>.

Marchegay, S.

2021 Un panorama de las figurillas de la Huasteca prehispánica: historia, representaciones y funciones. En C. Stresser-Péan y S. Ladrón de Guevara (eds.), *Vida, muerte y creencias en la Huasteca posclásica* (pp. 89-111). México, INAH/Fundación Stresser-Péan.

Márquez Lorenzo, E.

2021 Relaciones políticas entre grupos chichimecas nahuas y tének en el Epiclásico y Posclásico de Mesoamérica. *Revista Española de Antropología Americana*, (51): 33-57. Recuperado de: <<https://dx.doi.org/10.5209/reaa.66245>>.

Martínez Mora, E., Gendron, F. y Calligaro, T.

2021 Obsidiana importada en contextos funerarios de Tamtok, San Luis Potosí. En C. Stresser-Péan y S. Ladrón de Guevara (eds.), *Vida, muerte y creencias en la Huasteca posclásica* (pp. 223-232). México, INAH/Fundación Stresser-Péan.

Meade, J.

1942 *La Huasteca: época antigua*. México, Editorial Cossío.
 1948 *Arqueología de San Luis Potosí*. México, Ediciones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.
 1970 *Historia de Valles. Monografía de la Huasteca potosina*. México, Sociedad Potosina de Estudios Históricos.

Merino Carrión, L. y García Cook, Á.

1987 Proyecto Arqueológico Huasteca. *Arqueología*, (1): 30-72. Recuperado de: <<https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/arqueologia/article/view/13464>>.

Ohnersorgen, M.A.

2006 Aztec Provincial Administration at Cuextlaxtlan, Veracruz. *Journal of Anthropological Archaeology*, (25): 1-32.

Paso y Troncoso, F. del (ed.)

1905 *Papeles de Nueva España*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
 1939-1942 *Epistolario de Nueva España*, 16 vols. México, Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas (segunda serie).

Pérez Zevallos, J.M.

2004 La Huasteca. Notas sobre su etnohistoria. En J. Mercado, J.M. Pérez Zevallos y O. Herrera Pérez (eds.), *La Huasteca, un recorrido por su diversidad* (pp. 215-230). México, El Colegio de San Luis/CIESAS/El Colegio de Tamaulipas.

Ramírez Díaz, F.

2000 *La organización territorial del señorío de Oxitipa, siglo XVI*. Tesis de Licenciatura en Etnohistoria. ENAH, México.

Rojas, J. L., de

1997 *Información de 1554. Sobre los tributos que los indios pagaban a Moctezuma*. México, CIESAS.

Silverstein, J.

2001 Aztec Imperialism at Oztuma. Aztec-Chontal Relations During the Late Postclassic and Early Colonial Periods. *Ancient Mesoamerica*, (12): 31-48.

Smith, M.E.

1990 Long-Distance Trade under the Aztec Empire. *Ancient Mesoamerica*, (1): 153-169.

Smith, M.E. y Berdan, F.F.

1996. Province Description. En F.F. Berdan, R.E. Blanton, E.H. Boone, M.G. Hodge, M.E. Smith y E. Umberger (eds.), *Aztec Imperial Strategies* (pp. 265-349). Washington, D.C., Dumbarton Oaks.

Stresser-Péan, C. y Jadot, E.

2018 *Vista Hermosa. Nobles artesanos y mercaderes en los confines del mundo huasteco. Estudio arqueológico de un sitio del Posclásico tardío del municipio de Nuevo Morelos, Tamaulipas*, México, vol. III. México, INAH-Museo Nacional de Antropología/Fundación Stresser-Péan/CEMCA.

Stresser-Péan, G. y Stresser-Péan, C.

2001 *Tamtok. Sitio arqueológico huasteco*, t. I: *Su historia, sus edificios*. México, Conaculta/Gobierno del Estado de San Luis Potosí-Secretaría de Cultura/Fomento Cultural Banamex/CEMCA.
 2005 *Tamtok. Sitio arqueológico huasteco*, t. II: *Vida cotidiana*. México, Conaculta/Gobierno del Estado de San Luis Potosí-Secretaría de Cultura/Fomento Cultural Banamex/CEMCA.

Toussaint, M.

1948 *La conquista de Pánuco*. México, El Colegio Nacional.

Velázquez Rodríguez, P.F.

1897 *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí*, t. I. San Luis Potosí, Imprenta del editor.
 2004 [1946] *Historia de San Luis Potosí*, vol. I. San Luis Potosí, Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí.

Venter, M.L.

2012 Negotiating Aztec Imperialism: Late Postclassic Ceramic Evidence from Tototal, Veracruz. *Mexicon*, (34): 58-63.

Zaragoza Ocaña, D.M.

2013 *Tamohi, ciudad prehispánica de la Huasteca*. México, INAH.

2021 Consideraciones acerca de la cerámica posclásica de la Huasteca: Las vasijas como estudio de caso. En C. Stresser-Péan y S. Ladrón de Guevara (eds.), *Vida, muerte y creencias en la Huasteca posclásica* (pp. 71-88). México, INAH/Fundación Stresser-Péan.

Alejandro Meraz Moreno
Lignaloé Neri Colin
María Trinidad Durán Anda
Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH

Porcelanas orientales y lozas finas de importación durante el virreinato y siglo XIX en el Proyecto Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes, Ciudad de México

Resumen: Los materiales cerámicos foráneos recuperados en contextos de la época virreinal y del siglo XIX en la Ciudad de México, permiten apreciar el papel preponderante que jugaban las importaciones de diversas vajillas y piezas en la vida social y económica de la nobleza novohispana, así como de la clase media y alta de la nación independiente. En la época virreinal, el comercio entre España y Filipinas, por medio del Galeón de Manila, durante 250 años, dejó en nuestro territorio una amplia gama de porcelanas orientales y, durante el siglo XIX, las lozas finas europeas llenaron el vacío dejado por la interrupción de aquella ruta comercial. En este artículo se exponen algunos de los materiales procedentes del Proyecto Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes, en el Centro de la Ciudad de México, llevado a cabo por la Dirección de Salvamento Arqueológico más de dos décadas atrás, y se correlacionan con el marco histórico y social de la época, lo que enriquece la información acerca de este lugar de la Ciudad de México, además de que permite apreciar la importancia de los acervos arqueológicos del INAH.

Palabras clave: porcelanas orientales, lozas finas europeas, arqueología de salvamento.

Abstract: The foreign ceramic materials recovered in contexts from the viceregal period and the 19th century in Mexico City allow us to appreciate the preponderant role played by imports of various wares and pieces in the social and economic life of the novo-Hispanic nobility, as well as the middle and upper classes of the independent nation. During the viceroyalty, the trade between Spain and the Philippines, through the Manila Galleon during two and a half centuries, left in our territory a wide range of oriental porcelains and, during the 19th century, European fine earthenware filled the void left by the interruption of that trade route. This paper presents some of the materials from the Santa Isabel Archaeological Project. Estacionamiento Bellas Artes, in downtown Mexico City. This project was carried out by the DSA-INAH more than two decades ago and is correlated with the historical and social framework of the time, which enriches the information we have about this place in Mexico City, besides allowing us to appreciate the importance of the archaeological collections of INAH.

Keywords: oriental porcelain, european fine earthenware, salvage archaeology.

Los acervos arqueológicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), además de resguardar los bienes patrimoniales muebles, tanto elementos completos como muestras representativas de los mismos, de diferentes cronologías, y que proceden de diversos estudios realizados a lo largo del tiempo, representan centros donde surgen y se desarrollan investigaciones (Navarrete, 2001:126) de carácter analítico y comparativo, pero también, al complementar y correlacionar la información derivada de las piezas con la procedente de fuentes primarias y secundarias, permiten aproximarse a la comprensión y explicación de los procesos históricos, sociales y culturales que intervinieron para que dichos materiales sean registrados en los distintos contextos arqueológicos. Las propuestas derivadas de ello favorecen la discusión entre los especialistas, así como que, para quienes van incorporándose a la práctica profesional arqueológica y quien se interesa en el conocimiento del pasado, adquieran una noción bibliográfica y descriptiva básica acerca de dichos procesos y materiales.

La presente investigación se deriva de la actualización y revisión de las colecciones resguardadas en la Sección de Muestrarios de la Ceramoteca de la

Dirección de Salvamento Arqueológico (DSA) del INAH, que inició en 2015, tras la cual se ha organizado la base de datos para facilitar la búsqueda de las muestras y el préstamo interno para consulta, buscando que las colecciones sean de utilidad para los investigadores interesados. Para este trabajo se consideraron las porcelanas orientales y las lozas europeas procedentes del Proyecto “Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes”, a partir de referencias bibliográficas conocidas, y se asocian a eventos históricos y sociales globales y locales, durante los cuales las vajillas estuvieron en producción, comercio y uso, con la finalidad de proporcionar una visión más amplia de lo que la propia cultura material representa, además de resaltar el valor del resguardo de los bienes arqueológicos muebles, como fuente de información.

Marco conceptual y metodológico

A las intervenciones arqueológicas correspondientes al periodo virreinal se le han asignado diferentes denominaciones, tales como *arqueología colonial*, *arqueología de contextos coloniales* o *de sitios coloniales*, *arqueología histórica* o *de sitios históricos*

y *arqueohistoria*; sin embargo, cabe considerar que “la arqueología histórica es a final de cuentas arqueología”, sólo que se cuenta con el “apoyo técnico adicional que brinda el dato histórico[,] tratándose, así, exclusivamente de una estrategia de investigación, sin que pueda constituirse como un subcampo independiente” (Fournier, 1996: 1). De esta forma, “es fundamental el estudio de los procesos sociales asociados con el surgimiento y consolidación del modo de producción capitalista y el desarrollo de formaciones socioeconómicas bajo este marco” (Fournier y Miranda, citados por Fournier, 1996: 1).

A partir de la correlación de los materiales con la información documental, es posible arribar a explicaciones que contemplen las interacciones sociales, así como el flujo de los objetos, las ideas y los agentes mismos, corroborando o refutando inferencias existentes, o incluso, presentando proposiciones sobre la multicausalidad de algunos de los procesos sociales y económicos (Fournier, 1996: 2).

En cuanto a la designación de entidades tipológicas de los materiales que se analizan, resulta conveniente “el uso de designaciones previas existentes para tipos, aun cuando se deriven de clasificaciones realizadas con sistemas diferentes al que se emplee en determinada investigación [...] con la finalidad de evitar confusiones y duplicidad de las designaciones para los mismos” (Fournier, 1996: 5).

Por otro lado, una ceramoteca es un lugar dedicado al análisis y resguardo de colecciones de cerámica y sirve de apoyo a la investigación arqueológica, pues es posible consultar muestrarios de materiales que tienen procedencia y fueron clasificados a partir de sus atributos formales (Müller, citada en Boucher y Palomo, s.f.: 1). La ceramoteca de la DSA resguarda colecciones de materiales recuperados durante las investigaciones que la dependencia ha llevado a cabo desde sus inicios, en dos diferentes secciones, la de Catálogo y la de Muestrarios (Meraz *et al.*, 2021).

En la Sección de Catálogo (CATSA) se alojan las piezas arqueológicas completas o que cuentan con más de 75%, así como aquellas que, aunque no alcanzan el porcentaje, resultan de gran relevancia por sus características propias o por el contexto del que provienen. Por otra parte, la Sección de Muestrarios resguarda agrupamientos de fragmentos de piezas que conforman muestras representativas de los materiales, agrupamientos de diferentes materias primas, aunque la mayor parte corresponde a materiales de barro cocido. Las muestras de esta materia prima permiten apreciar las características cualitativas que constituyen los tipos cerámicos reconocidos, tales como pastas, técnicas de manufactura, color, acabados de superficie, modificaciones a la superficie, técnicas decorativas, motivos decorativos, formas, referencias bibliográficas, etc. (Meraz, 2014: 3).

De esta forma, las piezas de las secciones Catálogo y Muestrarios proporcionan conocimiento *a priori* de los materiales presentes en un área bajo estudio, y sirven de consulta y comparación con los procedentes de nuevas exploraciones (Quiroz, s.f.), lo que permite arribar a interpretaciones de carácter cultural, cronológico y funcional de los contextos y las regiones bajo estudio.

En cuanto a los ejemplares resguardados en la Sección de Muestrarios, en muchos casos se encuentran sin identificar, por lo que resulta necesario llevar a cabo la actualización de ellos, a efecto de que sean funcionales para los investigadores que acuden con fines de consulta. En 2015, la DSA inició el proceso de actualización y se seleccionó como punto de partida el Proyecto “Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes”, debido a la cantidad de cajas que ocupaba (64 originalmente). Asimismo, se dispusieron lineamientos para la incorporación de nuevas muestras, con el objetivo de mantener el acervo organizado y funcional (Meraz, 2014).

Inicialmente, se consultaron los productos generados por los investigadores que estuvieron a cargo del proyecto (Escobedo *et al.*, 1995a y 1995b), con el propósito de conocer la información contextual y cualquier dato más que pudiera ser de utilidad. En segunda instancia, comenzó la revisión de cajas. Para este caso, los materiales se encontraban dispersos en diferentes cajas rotuladas, pero sin especificar la identidad de los tiestos o grupos de tiestos, a partir de tipologías referenciadas, por lo que inicialmente el contenido de cada una fue clasificado haciendo uso de la bibliográfica conocida, para posteriormente integrar agrupaciones tipológicas y dar paso al proceso de fotografía.

Debido a que la muestra de porcelanas del Proyecto “Santa Isabel...” consiste sólo en materiales fragmentarios, en este artículo se presentan imágenes de piezas completas procedentes de diversos proyectos de la DSA que se encuentran alojados en la CATSA, con el fin de que el lector aprecie las características de ellas y complemente su visión. Entre estos proyectos se recurrió al de Instalaciones Hidráulicas B.A. (Bellas Artes) (Hernández *et al.*, 2010), que corresponde a trabajos efectuados en el estacionamiento exterior del Palacio de Bellas Artes.

La clasificación de los materiales se llevó a cabo a partir de los textos de Gonzalo López Cervantes (1978), Patricia Fournier García (1990), Eladio Terreros Espinosa (2012) y Takenori Nogami (2006), además de la consulta en línea de la página del Museo de Florida de Historia Natural (FMNH), que posee la descripción de materiales cerámicos a partir de la clasificación de autores como John Ayers, John Carswell, Geoffrey A. Godden, John Mann Goggin, George Kuwayama, B.S. McEleny, Jean McClure Mudge, Daniel Nadler, Kathleen A. Deagan, Maura Rinaldi, Nancy

Schiffer y Linda Schulsky. Asimismo, fue de fundamental importancia la visita del Dr. Takenori Nogami, de la Universidad de Nagasaki, quien aportó los elementos para la identificación de las porcelanas japonesas, por lo que aprovechamos para agradecer su ayuda y entusiasmo.

El Proyecto Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes

A principios de la década de los noventa del siglo xx, en atención a una problemática ciudadana ocasionada por el congestionamiento vial en el Centro Histórico de la Ciudad de México, el entonces Departamento del Distrito Federal decidió resolver esta situación con la construcción de un estacionamiento subterráneo en el área del Palacio de Bellas Artes, que afectaría a las jardinerías. Ante esto, el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) vio la oportunidad de incluir en el proyecto la remodelación del espacio exterior del recinto tal y como lo había planeado originalmente el arquitecto Adamo Boari, cuando se construyó el nuevo Teatro Nacional a principios del siglo xx, en el que pretendía integrar el teatro, su plaza y la Alameda como un solo centro de recreación y esparcimiento. Por otra parte, el INAH, a través de la DSA, intervino para realizar una investigación que dio origen, en 1993, al Proyecto “Arqueológico Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes”, a cargo de David Escobedo Ramírez y la colaboración de Marco Ayala, Julio Berdeja y Ana Gómez, entre otros. (Escobedo *et al.*, 1995a: 5).

Los objetivos del proyecto fueron la detección de vestigios del Convento de Santa Isabel, así como el registro de posibles huellas de asentamientos prehispánicos (Escobedo *et al.*, 1995a: 5), siendo reportadas tres etapas de ocupación, pertenecientes a los periodos prehispánico, virreinal y siglo xix, respectivamente (Escobedo *et al.*, 1995a: 26).

Para la primera etapa de ocupación se registraron restos de un embarcadero, cuartos de adobe estucados, elementos arquitectónicos, un temazcal, un horno para cerámica, alineamientos de pilotes del sistema hidráulico y algunos entierros humanos, que refieren la presencia de un centro urbano mexicana (Escobedo *et al.*, 1995a: 26). Correspondientes a la segunda etapa se detectaron los restos del convento, la zona sur del claustro, varios cuartos, un pasillo, el jardín, el templo, varios entierros y un osario (Escobedo *et al.*, 1995a: 26).

En lo referente a la etapa del siglo xix, los investigadores refieren que se hizo el registro de los restos de hornos para fraguar metal, varios elementos constructivos para casas, así como restos del drenaje y el colector principal, además de los cimientos del Palacio de Bellas Artes (Escobedo *et al.*, 1995a: 27).

En cuanto a los materiales recuperados durante el proyecto, existió una gran variedad de lozas, vajillas y piezas utilitarias de manufactura local y foránea, de diferentes áreas culturales e, incluso, de procedencia extranjera; de grupos cerámicos como son la mayólica, gres, loza fina y porcelana (Escobedo *et al.*, 1995a: 58).

Antecedentes del lugar

El Convento de Santa Isabel se ubicaba en el área donde hoy se levanta el Palacio de Bellas Artes, en el Centro Histórico de la Ciudad de México (figura 1). Colindaba al norte con el Callejón de Santa Isabel (actualmente Avenida Hidalgo), al este con la calle Santa Isabel (Eje Central Lázaro Cárdenas), al sur con la calle Puente de San Francisco (hoy Avenida Juárez) y al oeste con la calle Mirador de la Alameda (actualmente Ángela Peralta). (Escobedo *et al.*, 1995b: 31 y 50).

A la llegada de los españoles, la capital mexicana mostraba una organización urbana controlada, pero Hernán Cortés resolvió modificarla, de manera que se hizo una nueva disposición de los espacios y fue destruida la mayoría de las construcciones existentes para dar cabida a nuevos edificios; esta transformación sucedió a partir de 1522 y, ya concluida, se procedió a la repartición de solares para la instalación de Cortés y sus fuerzas. La ciudad, que había estado dividida en barrios, fue poco a poco habitada por las familias europeas que se asentaron en la parte central, relegando hacia las orillas a los indígenas, quedando dividida en cuatro barrios parroquiales para efectos administrativos: San Juan Moyotlan, Santa María Cuepopan, San Sebastián Atzacualco y San Pablo Teopan (Sodi, 1994: 18).

Al igual que gran número de los conquistadores, Juan Suárez de Ávila obtuvo sus terrenos como pago por sus servicios a la Corona, los cuales heredó a su única hija Catalina Suárez de Peralta, quien contrajo nupcias con Agustín de Villanueva y Cervantes; estas tierras estaban ubicadas en el primer solar de la calle de Tacuba, en el barrio de San Juan Moyotlan (Escobedo *et al.*, 1995b: 29). El matrimonio no tuvo hijos y, tras el fallecimiento de Villanueva, en 1573, sus beneficios pasaron a manos de su viuda y del cuñado de ésta, Alonso de Villanueva (Barrera, 2015: 22). Al ser descendiente de conquistadores, Catalina destinaba una parte de sus bienes para obras de caridad y posteriormente decidió donar su propia casa para la construcción de un monasterio de monjas seguidoras de la doctrina de San Francisco de Asís, con la única condición de que ella fuera la primera novicia. Así, bajo la obediencia de la Primera Regla de Santa Clara, una orden franciscana mendicante descalza, el 11 de febrero de 1601 se fundó el Convento de la

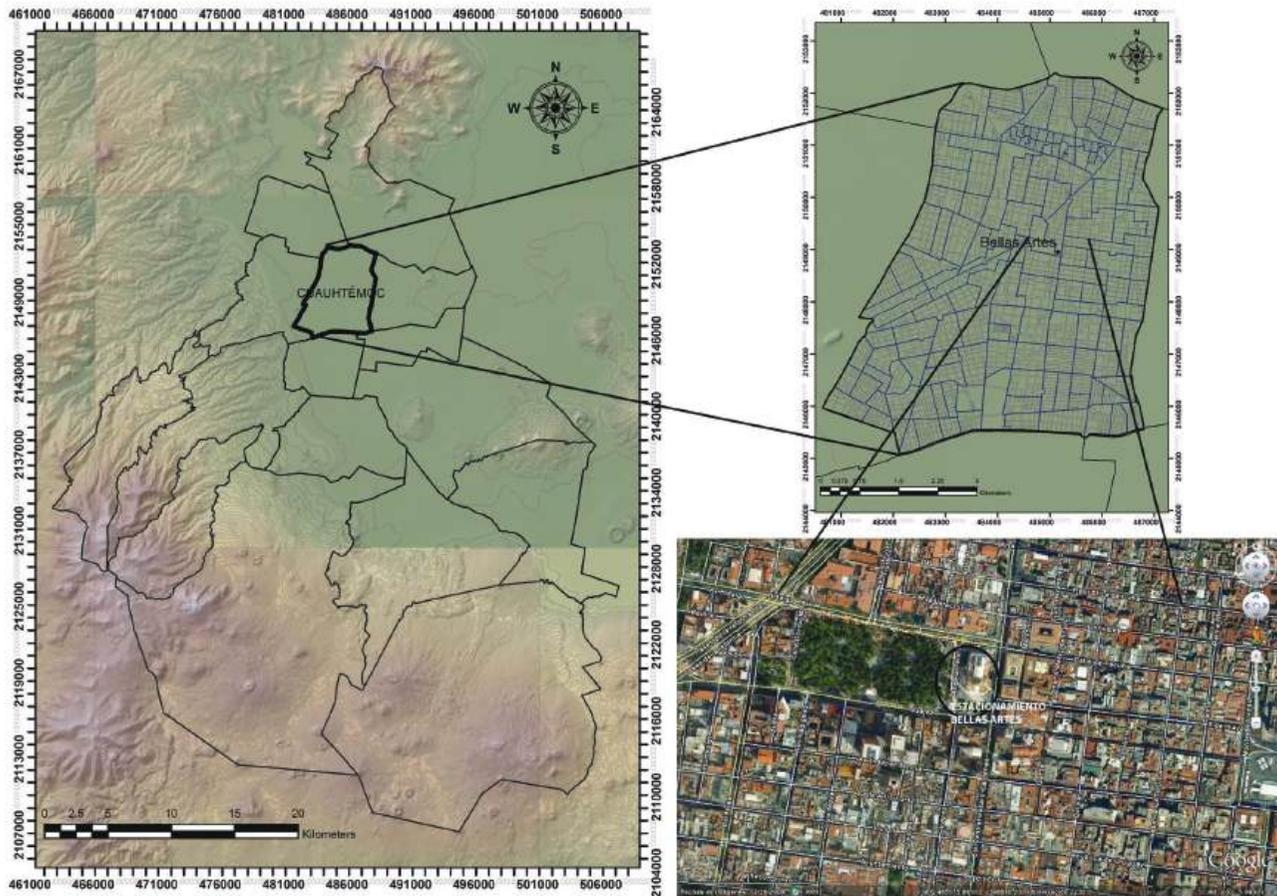


Fig. 1 Localización del Convento de Santa Isabel, donde hoy se levanta el Palacio de Bellas Artes. Elaboración de Alejandro Meraz, 2018.

Visitación de María Santísima a su prima Santa Isabel, en un terreno fangoso fuera de la traza original de la ciudad. Sin embargo, las condiciones insalubres a las que estaban expuestas las religiosas, debido a las constantes inundaciones y a la austeridad a la que no se acostumbraban, cambiaron de Regla y se convirtió en un convento de monjas Urbanitas, al que cual se le permitía poseer bienes y rentas, además de que podía exigir una dote a las religiosas que ingresaran (Escobedo *et al.*, 1995b: 29).

A partir de las rentas y de las actividades a las que comúnmente se dedicaban las monjas, como costura, bordados, elaboración de repostería y diversas actividades manuales, el convento pudo sostenerse cómodamente hasta que paulatinamente se vio afectado, primeramente, por la Ley Lerdo de 1856 (desamortización de fincas rústicas y urbanas propiedad de corporaciones civiles y eclesiásticas), después por la Ley Iglesias de 1859 (nacionalización de bienes eclesiásticos, impulsada por José María Iglesias), hasta que finalmente dejó de funcionar debido a la Ley de desamortización y decreto de exclaustración de monjas y frailes, en 1861. Tras el desalojo de las preladas, sus bienes fueron puestos en venta;

sus documentos, objetos de culto y obras de arte se enviaron al Archivo General y a la Academia de Bellas Artes, y las plantas y árboles, a cementerios (Escobedo *et al.*, 1995b: 29).

Posteriormente, el edificio fue fraccionado por el gobierno y comprado por varias empresas, dándole diversos usos a los espacios, tales como la instalación de locales para comercios, bodegas y talleres, además de una imprenta, la fábrica de seda torcida “Moreau” (que quedó ubicada en una parte de lo que había sido el templo del convento), la Oficina de Seguros “La Mutua”, aulas para una escuela “Instituto Del Villar”, oficinas de la Casa Central de la Compañía Telefónica, viviendas particulares, renta de algunas habitaciones a las obreras de la fábrica de sedas y madres solteras, y fueron instalados dormitorios públicos donde las Hermanas de la Caridad atendían a gente de escasos recursos o personas sin hogar; asimismo, aprovechando la acústica del lugar, también se estableció ahí la Sociedad Filarmónica Francesa (Ulloa, 2007: 74).

A finales del siglo XIX, durante el porfiriato se pretendió encaminar al país hacia el progreso industrial y agrícola, dándole una imagen de estabilidad social, por lo que las clases altas estaban ampliamente influidas por



Fig. 2 Porcelana azul sobre blanco de la Dinastía Ming y firmas en las bases de las piezas. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

las tendencias europeas, sobre todo francesas, y estadounidenses; para tal efecto, el gobierno de Porfirio Díaz construyó obras de embellecimiento en la capital con motivo de los festejos del Centenario de la Independencia, tales como el Monumento a la Independencia, el proyecto del Palacio Legislativo (que terminó siendo el Monumento a la Revolución), el edificio de Correos y el de Comunicaciones, la Escuela Normal (hoy Colegio Militar) y el Nuevo Teatro Nacional, hoy Palacio de Bellas Artes. Sobre este último, no se había contemplado su construcción, sino más bien la remodelación del teatro ya existente, llamado Teatro de Santa Anna, ubicado en la calle de Vergara (actualmente Bolívar), que cerraba la de 5 de Mayo; sin embargo, el proyecto de urbanización pretendía prolongar la calle 5 de Mayo hasta la de Santa Isabel (Eje Central Lázaro Cárdenas), lo que tuvo como consecuencia la demolición del teatro, pero se resolvió la construcción de uno nuevo, en el costado oriente de la Alameda. Las viviendas, comercios, fábricas y demás edificaciones asentados en lo que fuera el Convento de Santa Isabel, fueron demolidas a partir de 1901 (Escobedo *et al.*, 1995b: 55).

Las últimas propiedades o lotes fueron comprados por el gobierno y se arrasó todo el templo, desapareciendo la fábrica y, poco después, las oficinas de La Mutua y la Casa Central de la Compañía Telefónica. (Ulloa, 2007: 74).

El 27 de noviembre de 1904 se iniciaron los trabajos de construcción del Nuevo Teatro Nacional, de estilo *art nouveau*, bajo la dirección del arquitecto italiano Adamo Boari, utilizándose materiales modernos de origen europeo, pues la intención era la edificación de una obra fastuosa del nivel de los mejores teatros

del mundo. La colocación de la estructura metálica se concluyó en 1907 y al año siguiente se construyó una ataguía con láminas de acero para contrarrestar los problemas de hundimiento que ya presentaba la edificación; en 1910, tras los trabajos de desagüe que evitarían hundimientos posteriores, los trabajadores de la obra descubrieron bajo el coro de la iglesia el sepulcro de doña Catalina, lo que se pudo constatar porque detectaron una lápida con la leyenda esculpida: “Aquí está sepultada Doña Catalina de Peralta Mvger de Agvstin de Villanueva Zervantes fvndadora de este convento y patrona del año de 1620”. Finalmente, tras una larga espera, ocasionada por diversos eventos (entre ellos la Revolución Mexicana), los trabajos de construcción fueron retomados en 1932 y concluidos en 1934 (Escobedo *et al.*, 1995b: 56-57).

Las porcelanas

El término porcelana se aplica a una cerámica conformada por una pasta muy fina de caolín, cuarzo, arena y feldespato, cuyas piezas pasan por una doble cocción; la primera a una temperatura aproximada de 800 °C, con la que se obtiene lo que se conoce como bizcocho, y la segunda, para el decorado y la vitrificación, a más de 1 400 °C, lográndose “una masa de aspecto homogéneo, blanco, vitrificado y translúcido... [con fractura en] forma de ‘concha’”. A esta porcelana también se le conoce como “de pasta dura” y fue desarrollada en China durante la Dinastía T’ang (618-906 d.C.). El término de porcelana “de pasta blanda” se aplica a aquella de “composición variable, cuya temperatura de cocción es inferior a los 1 300 °C”, teniendo sus inicios bajo la Dinastía Han (206 a.C.- 221 d.C.) (López, 1978: 65).

La porcelana china comenzó a exportarse a Medio Oriente desde finales del siglo XIII y llegó a Egipto, Siria y Turquía (López, 1978: 66); posteriormente arribó a Europa y fue sumamente apreciada por los estratos altos de la sociedad, por lo que, desde el siglo XVI, trató de ser imitada en diversas regiones.

A finales de dicho siglo, los españoles y los portugueses llevaron a cabo diversas exploraciones marítimas, entre las cuales se cuenta la llegada de Colón a tierras americanas en 1492. Los portugueses, por su parte, viajaron hacia el Oriente y, en 1498, Vasco da Gama arribó a la India, abriendo esta ruta comercial; posteriormente, en 1513, llegaron a Cantón, China y, finalmente, a Japón en 1543 (Hane, 2003: 55).

En esta época, China abrió sus mercados al sureste de Asia y de esta forma se llevó a cabo el comercio con los españoles, portugueses y holandeses. Con los españoles tuvo lugar debido a la plata de la Nueva España, la cual llegó a ser sumamente codiciada.



Fig. 3 Porcelana Kraak. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

Los productos orientales fueron igual de apreciados en tierras americanas que en Europa y sólo los sectores más altos de las poblaciones tenían acceso a ellos, ya que sus costos eran elevados por el transporte ultramarino y el número de intermediarios por los que pasaban, simbolizando un estatus social alto (Fournier, 1990: 33); su presencia en América se debe principalmente al Galeón de Manila, conocido también como la Nao de China, el Galeón de Acapulco o el Galeón de Filipinas, ruta que estuvo en funciones aproximadamente 250 años, y fue el mecanismo directo de comercio, aunque, desde luego, no se descarta el contrabando. Los antecedentes de esta ruta se ubican el 25 de abril de 1565, cuando Miguel López de Legazpi desembarcó en la Isla de Cebú y la reclamó en nombre de Felipe II. Ese mismo año, López de Legazpi y Andrés de Urdaneta descubrieron y documentaron el tornaviaje, es decir, la ruta de retorno, arribando al Puerto de Acapulco.

Entre 1565 y 1571, los españoles conquistaron las Islas Filipinas, a las que dieron su nombre en honor al rey de España, y fundaron Manila, desde donde establecieron el comercio con China a través de los *sangleyes*, comerciantes chinos que llegaban a las islas (Gómez, 1991: 17). La ruta del galeón fue controlada por la metrópoli y las restricciones de ésta propició el contrabando. La ruta continuó hasta 1815, cuando se realizó el último viaje, después de ser suprimido en 1813 por Fernando VII, para permitir el comercio en buques particulares (F. Santiago Cruz, citado en López, 1978: 73).

Los productos transportados por el galeón llegaban a Acapulco, donde una parte era comercializada y otras se distribuían a las ciudades de México, Guadalajara y Puebla, mientras que las restantes eran llevadas al puerto de Veracruz, de donde partían a Cádiz y Sevilla (López, 1978: 72) en barcos mercantes escoltados por navíos de guerra, que los protegían del ataque de

piratas, ruta denominada Sistema Anual de Flotas, que funcionó de 1561 a 1778 (Fournier, 1990: 30).

Por otro lado, cabe mencionar que a principios del siglo XVII se formó la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, “con el propósito de comerciar sin intermediarios”, pues Portugal había sido anexionado a España en 1580. Su base se ubicó inicialmente en Jakarta, Indonesia, para posteriormente establecerse en la Isla de Formosa, donde comerciaron con Japón y numerosos pueblos de la costa china. Igualmente, a principios de este mismo siglo, los ingleses crearon una compañía idéntica a la holandesa, iniciando el comercio directo con China (López, 1978: 68).

Por cuanto hace a la porcelana, los materiales que inicialmente fueron comercializados por el Galeón de Manila correspondieron a la Dinastía Ming, la cual gobernó en China de 1368 a 1644, y los productos pertenecieron a la época de los emperadores Wan Li (1563-1620), T'ien Ch'i (1621-1627) y Chung Cheng (1628-1643) (López, 1978: 66). La porcelana de exportación consistía principalmente en la decorada en color azul cobalto sobre blanco, la cual era preferida sobre la policroma debido a que estas últimas eran de mayor costo (Fournier, 1990: 33 y 45). Entre los diseños de esta cerámica se encuentran motivos zoomorfos, fitomorfos, además de elementos fantásticos y simbólicos, como animales, flores, plantas, dragones, aves, además de símbolos religiosos como el llamado “corazón de Buda”, entre otros (Terreros, 2012: 4 y 11) (figura 2). Las porcelanas de exportación más



Fig. 4 Porcelana Kraak del Proyecto Instalaciones Hidráulicas (B.A.) (Hernández *et al.*, 2010). Fila superior: CATSA 5915; fila inferior: CATSA 5914 y CATSA 5995. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 5 Porcelana Kraak de los proyectos Ex Arzobispado (Pérez y Sánchez, 1988), CATSA 397, y SEP (Salas, 1994), CATSA 13225. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

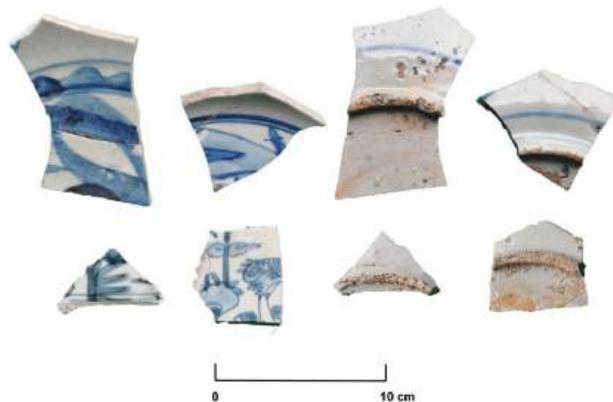


Fig. 6 Porcelana Swatow. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

características a finales de esta dinastía son las que se conocen como *Kraak* y *Swatow*, de las que el proyecto Santa Isabel cuenta con algunos ejemplares.

La porcelana Kraak fue elaborada en Jingdezhen y obtuvo su nombre a partir del término con el que se conocía a las embarcaciones portuguesas, que los españoles llamaban “carracas” y los holandeses “kraak” (Terreros, 2012: 5). El color azul de la decoración va de un tono oscuro a uno acuoso, alcanzando en ocasiones tintes plateados y púrpuras; mientras que el fondo blanco, en ocasiones, adquirió una tonalidad azulada; las paredes de las piezas son muy delgadas, aun cuando los fondos sean gruesos, y en los bordes el vidriado ocasionalmente presenta melladuras. Los bordes pueden ser redondeados o foliados y en la base de las piezas llegan a apreciarse las huellas de la rueda del alfarero, así como pequeños orificios producto de la contracción del esmalte. Asimismo, en esta parte se presenta adherencia de granos de arena. Una característica más de esta porcelana es que los motivos en las paredes internas de los platos se presentan separados por paneles y llegan a consistir en elementos repetitivos o alternados (Terreros, 2012: 8) (figuras 3-5).

Respecto de la porcelana que en algunos textos se refiere como *Swatow*, algunos investigadores prefieren llamarla *Zhangzhou*, debido a que no sólo fue elaborada en el puerto de *Swatow*, sino también en los de Pinghe, Hua’an y *Zhangzhou*. Esta loza es más gruesa y burda que la Kraak, sin acabado fino en los diseños, y el color azul en ocasiones adquirió tonalidades verdosas; presenta mayor cantidad de arena adherida en las bases y el vidriado del asiento es incompleto, sin esmalte en los bordes de la base (Terreros, 2012: 10) (figuras 6-7).

La porcelana llegó a ser muy apreciada en América, pero su costo era sumamente alto, produciéndose imitaciones en la mayólica, como la denominada *Ichtucknee* azul sobre blanco, de la primera mitad del siglo XVII, la cual plasma elementos y motivos tomados de la porcelana Kraak (FMNH).

Por otro lado, los ejemplares policromos de la porcelana de esta dinastía poseen superficies brillantes con pocas imperfecciones; la pintura se presenta sobre el vidriado al exterior de las piezas, en colores rojo, amarillo, verde, azul y oro, con motivos igualmente zoomorfos, fitomorfos, mitológicos, paisajistas, geométricos, volutas y en ocasiones se observa un medallón en el fondo de la pieza (FMNH) (figuras 8-9).

A mediados del siglo XVII tuvo lugar una revuelta en China que trajo como consecuencia el cambio de linaje. Ascendió al poder la dinastía Q’ing, también llamada Ch’ing o Manchú, que gobernó de 1644 a 1911.

Entre 1656 y 1684, la Dinastía Q’ing restringió el acceso marítimo a China (Nogami, 2006: 125) y los productos se comercializaron en las costas del sureste de China a través de los *sangleyes*. El comercio entre el sureste de Asia y Manila permitió que el contacto con España y la Nueva España continuara vigente, permitiendo que los productos siguieran concentrándose en el barrio chino de la ciudad, siendo trasladados a América a través del galeón hasta 1815. Posteriormente, durante el resto del siglo XIX y principios del XX, el comercio debe haber tenido lugar de manera indirecta con México.

En la Nueva España, para 1695, en la Plaza Mayor inició la construcción del mercado del Parián, el que fue inaugurado el 19 de abril de 1703 (Lafragua y Orozco y Berra, 1987: 269). Originalmente, este mercado se llamó Alcaicería de la Plaza Mayor (Lafragua y Orozco y Berra, 1987: 272), pero se le cambió el nombre debido a que el espacio le fue concedido al gremio de tratantes de Filipinas para vender las mercancías procedentes de Asia y a que era el nombre que tenía en Manila el local destinado para el comercio (Rivera, 1880: 111). Una gran cantidad de los productos procedentes del Oriente, como sedas, especias y lozas, eran comercializados en este mercado de la Nueva España, que fue demolido en 1843, después de haber sido saqueado en 1828 (Lafragua y Orozco y Berra, 1987: 274).



Fig. 7 Porcelana Swatow del Proyecto Instalaciones Hidráulicas (B.A.) (Hernández *et al.*, 2010), CATSA 5919. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 8 Porcelana Ming policroma sobre el vidriado. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 9 Porcelana Ming policroma sobre el vidriado del Proyecto Instalaciones Hidráulicas (B.A.) (Hernández *et al.*, 2010), CATSA 5928. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

En relación con la porcelana fabricada durante la Dinastía Q'ing, azul sobre blanco, su acabado es lustroso, con poca evidencia de imperfección, y presentaba color azul zafiro con trazos finos y detallados, delineados con frecuencia con azul oscuro; incorporó escenas costumbristas, paisajes, vistas acuáticas, perspectivas arquitectónicas, además de flores y animales. Las piezas con frecuencia presentan una banda con motivo entrecruzado alrededor del borde y en ocasiones el labio lleva un tono óxido (FMNH) (figuras 10-11).

Por lo que se refiere a la porcelana policroma que comúnmente se designa como “porcelana Imari”, en realidad se trata de una imitación china de porcelanas japonesas (Nogami, comunicación personal, 2015), elaborada desde finales del siglo XVII y muy apreciada entre 1700 y 1780. Los tiestos analizados cuentan con paredes delgadas, pequeñas huellas de imperfección en el vidriado, fondo blanco y decoración en color azul cobalto bajo el vidriado, además de colores rojo, verde y dorado sobre el vidriado; los diseños son florales, aves y dragones (FMNH) (figuras 12-13).

Por su parte, la porcelana Q'ing policroma presenta paredes blancas delgadas y translúcidas, con pasta altamente vidriosa; la decoración se encuentra pintada sobre el vidriado en colores rojo y dorado con motivos florales o zoomorfos, y, en ocasiones, quedó sólo la impronta del color; no hay diseños en azul. Fue fabricada entre 1700 y 1750 (FMNH) (figuras 14-15).

Durante el siglo XVIII, principalmente bajo el gobierno del emperador Qianlong (1736-1795) y debido al aprecio de estos materiales, se comenzaron a efectuar diseños por pedido a las fábricas chinas; por ello, en algunas excavaciones arqueológicas se han recuperado vajillas con emblemas heráldicos, monogramas y escenas “a la europea”, además de motivos cristianos; sin embargo, los alfareros chinos no tenían idea del significado de las decoraciones (López, 1978: 67). Los productos así encargados a los centros de producción chinos, eran concentrados en el barrio chino de Manila y con seguridad se recibían en el Parián de la Nueva España, para posteriormente entregarse a sus dueños (López, 1978: 69).

Las porcelanas chinas se volvieron tan importantes en la Nueva España que permearon a la decoración de las mayólicas locales, al grado de que una Ordenanza de 1682 acotaba que la pintura de estas últimas debía hacerse de “muy subido azul labrado... y realzado”, además de que algunas formas, como los tibores, fueron también imitados (López, 1978: 69). Esta influencia se dio de manera directa por el intenso comercio, pero también debido a que a finales del siglo XVII, alfareros orientales se establecieron en el Virreinato, además de que pintores chinos trabajaron en locerías poblanas

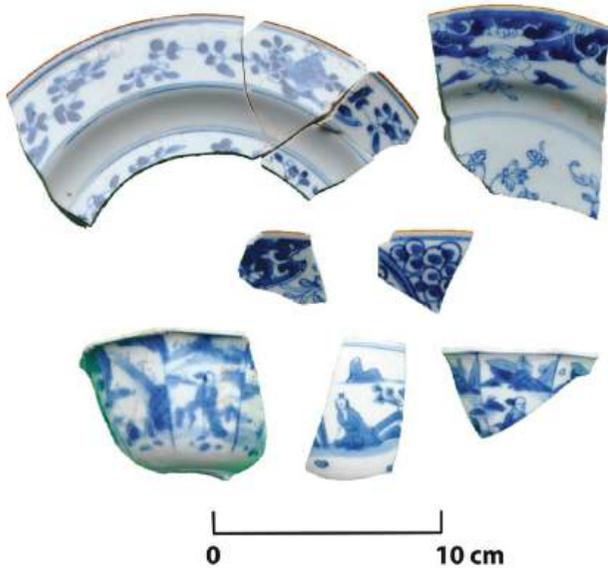


Fig. 10 Porcelana Q'ing. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 11 Porcelana azul sobre blanco de la Dinastía Q'ing del proyecto ExArzobispado (Pérez y Sánchez, 1988), CATSA 399. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

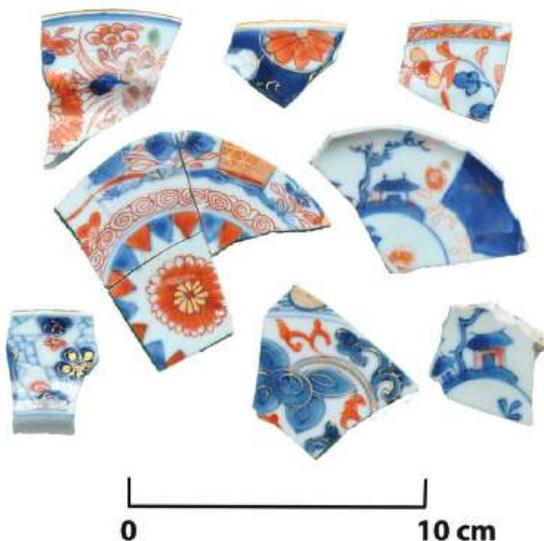


Fig. 12 Porcelana Q'ing "Imari". Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

(Cervantes, citado en López, 1978: 69). La migración de poblaciones orientales a la Nueva España se realizó también a través de la ruta del Galeón de Manila, estimándose que entre 1565 y 1815 se establecieron entre 40 000 y 120 000 individuos de Oriente en la Nueva España (E. Slack, citado en Carrillo, 2014: 82). En la Ciudad de México, la concentración de estas colonias dejó evidencia en San Juan Moyotlan en cuanto a pobladores chinos, y en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan) y San Jacinto (San Ángel) de filipinos, además de que se menciona que para 1629 existió un barrio de japoneses (E. Slack y D. Oropeza, citados en Carrillo, 2014: 85). Estos habitantes se mezclaron con la población mestiza, indígena y mulata, o conservaron sus tendencias endogámicas, generando, desde luego, tensiones con los demás grupos étnicos (Carrillo, 2014: 84-85).

En cuanto a la porcelana japonesa, cabe hacer una recapitulación. La penetración occidental en ese imperio insular, iniciada en 1543 con la llegada de los comerciantes portugueses, fue acompañada en 1549 con la introducción del cristianismo, tras el arribo de misioneros jesuitas encabezados por Francisco Javier de Jaso y Aspilicueta, quien a su muerte fue beatificado y posteriormente canonizado. Los misioneros fueron recibidos por los *daimyos*, o señores feudales de Japón, con la idea de que esto les facilitaría el comercio con los países europeos y rápidamente comenzó a aumentar la población cristianizada. Con esta apertura, los comerciantes españoles llegaron a la isla en 1584, mientras que los holandeses lo hicieron en 1600 y los ingleses en 1613 (Hane, 2003: 55) con sus respectivas compañías.

A finales del siglo XVI, Hideyoshi Toyotomi era la figura militar más poderosa de Japón y, ante la preocupación de la lealtad de los cristianos, que podía poner en peligro la autoridad de los *daimyos*, promulgó un edicto en 1587 en el que ordenaba que los misioneros abandonaran el país, el cual, sin embargo, no entró en vigor (Hane, 2003: 56). Hideyoshi consiguió someter a sus rivales e imponerse en el territorio, iniciando la unificación de la población. Posteriormente volvió sus ojos hacia el continente asiático y en 1592 y 1597 incursionó en Corea, teniendo como objetivo final conquistar China, pero se encontró con la oposición de la Dinastía Ming y tuvo que retirarse de nuevo a la isla, dejando desolado el territorio coreano (Hane, 2003: 58).

A la muerte de Hideyoshi, en 1598, se desató una lucha por el poder entre los *daimyos*, la cual tuvo su fin en 1600 con la batalla de Sekigahara, en la que se enfrentaron las fuerzas partidarias de Hideyori Toyotomi, hijo de Hideyoshi, contra las de Toku-gawa Ieyasu, siendo vencedor este último e instaurando lo



Fig. 13 Porcelana Q'ing "Imari". Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

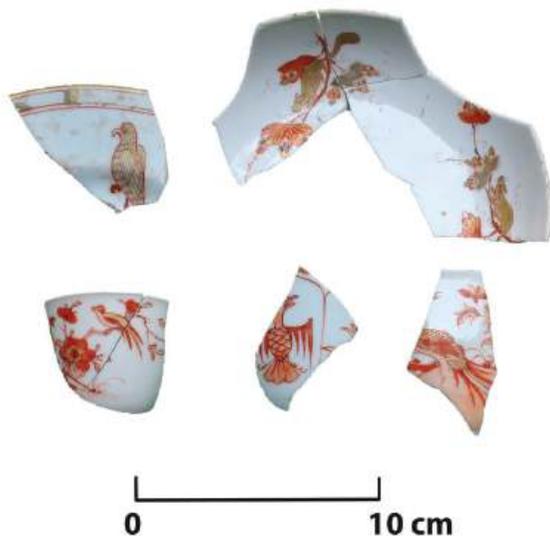


Fig. 14 Porcelana Q'ing policroma sobre el vidriado. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

que se convertiría en el *Shogunato* o *Bakufu* Tokugawa (1600-1867), que fue un gobierno militar instaurado sobre las bases iniciales de Hideyoshi, y asentándose en Edo (Hane, 2003: 59), la ciudad que posteriormente sería Tokio.

Tokugawa Ieyasu, quien al principio se mostró tolerante con los cristianos, gradualmente se preocupó, además, por la lealtad de este sector de la población, por lo que, en 1614, dos años antes de su muerte, prohibió dicha religión, decretando la expulsión de los misioneros y la purga de todos los elementos cristianos, aniquilándose los últimos reductos hasta 1640 (Hane, 2003: 56-57). En 1636, Japón cerró sus puertas a los extranjeros, pero siguió comerciando con los holandeses (Fournier, 1990: 32) y con el sureste de Asia a través de los comerciantes chinos.

Japón heredó numerosos conocimientos y costumbres de China, pero hasta principios del siglo XVII, la porcelana que se utilizaba en la isla debía ser importada del continente. La técnica para producirla en Japón proviene de manera indirecta de Corea, ya que algunos de los alfareros capturados durante las incursiones de Hideyoshi en la península, fueron llevados a la provincia de Hizen, Nagasaki, comenzando a producir piezas, hasta que fueron encontrados los componentes adecuados para desarrollar la porcelana, siendo ésta la primera provincia de Japón en manufacturarla, imitando los estilos de la Ming, en cuanto a trazos y diseños, y llegando incluso a reproducir las firmas e inscripciones, ya que el mercado buscaba "porcelana China" (Nogami, 2006: 124).

En la segunda mitad del siglo XVII, la exportación de productos chinos se redujo por la guerra civil y el consiguiente cambio de dinastía, por lo que la porcelana japonesa de Hizen ganó reconocimiento y mayor demanda en el sureste de Asia, dominando el mercado. Los productos de Hizen fueron exportados en lugar de los chinos a través del comercio con China y la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, hasta mediados del siglo XIX (Nogami, 2006: 124 y 127).

La porcelana japonesa se desarrolló con decoraciones en azul sobre blanco (en Hizen) y también policromada (en Arita); la pasta vítrea es ligeramente grisácea, más granular que la china y, a pesar de que trató de reproducir tales porcelanas, existen detalles que permiten identificar las piezas japonesas de las chinas. Entre éstos se puede mencionar que, en las bases de los platos, se presentan las huellas de los soportes colocados durante el proceso de cocimiento, que en japonés se denominan *hari*, los cuales no fueron utilizados en el cocimiento de las piezas chinas. Éstos eran de forma cónica y se colocaban para evitar que las piezas quedaran en contacto y se pegaran al cocerse; asimismo, las bases de las tazas son más altas que en las chinas. En cuanto a las inscripciones en las bases de las piezas, a pesar de trazarse de manera idéntica a los de la Dinastía Ming, se le agregaban líneas debajo de un *hanzi*, o carácter de escritura china, las cuales no están presentes en las inscripciones originales (Nogami, comunicación personal, 2015) (figura 16).



Fig. 15 Porcelana Q'ing policroma sobre el vidriado, de los proyectos Academia 33 (Cuevas, 2004), CATSA 25165 y ML8 (Sánchez *et al.*, 1996), CATSA 22286. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 16 Porcelana japonesa de Hizen. En la base de la pieza de la fila superior se aprecian las huellas del *hari*, y de un *hanzi* en la de la fila inferior. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 17 Porcelana japonesa de Arita. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

La porcelana policroma japonesa fue producida en Arita, localidad vecina de Imari, y desarrolló diseños propios, siendo ésta sumamente imitada durante la dinastía Q'ing, desde la segunda mitad del siglo xvii hasta mediados del siglo xviii. La pasta es vítrea, ligeramente grisácea y es más granular que la china; la decoración es en color azul bajo el vidriado y generalmente rojo y dorado sobre el vidriado; los motivos están inspirados en los de la porcelana Ming, pero con más atención al realismo y los trazos son mucho más finos que en la porcelana china (figura 17).

Hasta hace relativamente poco tiempo se consideraba que los productos japoneses se distribuyeron por América, Europa y África a través del comercio que existió con los navegantes holandeses y al contrabando; sin embargo, cabe mencionar que existió una gran rivalidad entre los españoles y los holandeses, como para asegurar que existiera comercio entre ellos, además de que investigaciones recientes han revelado la presencia de porcelanas japonesas en el mercado de Manila, por lo cual puede afirmarse que la llegada de estos productos a Nueva España y Europa se realizó a través de la ruta del galeón, y llegaron a Manila por medio del comercio intensivo en el sureste de Asia (Nogami, 2006: 125-127).

Por cuanto hace a las porcelanas europeas, en Florencia, Italia, desde el siglo xv comenzaron los primeros intentos para igualar a la porcelana china y se produjeron porcelanas de pasta blanda. El secreto de la composición de la pasta de las porcelanas orientales se difundió finalmente por Europa en el siglo xviii y, tras la localización de yacimientos de caolín, se inició la producción masiva, especialmente en Francia (Fournier, 1990: 130, 141 y 143) (figura 18). Para 1789, Josiah Spode introdujo la porcelana de hueso, o *bone china*, compuesta de cenizas de huesos de animales, feldespato y caolín, cocidos a 1 260 °C, lo que dio lugar a una porcelana “fósática” (Fournier, 1990: 143; López, 1978: 65).

Lozas finas

El costo de la producción de porcelana en Europa fue relativamente alto, provocando que desde finales del siglo xviii y durante el xix se desarrollaran nuevas técnicas para obtener cerámicas más ligeras, pero resistentes, además de menos costosas (Fournier, 1990: 131). Josiah Wedgwood, en 1763, introdujo la loza fina, la cual fue desplazando gradualmente a la mayólica en Europa, al satisfacer la demanda de la clase media (Fournier, 1990: 144).

Para decorar estas vajillas se aplicaron diferentes técnicas; en ocasiones se pintaban a mano bajo el vidriado, como la llamada estilo borde de concha (Fournier, 1990: 164) (figura 19), pero de igual forma, se desarrollaron

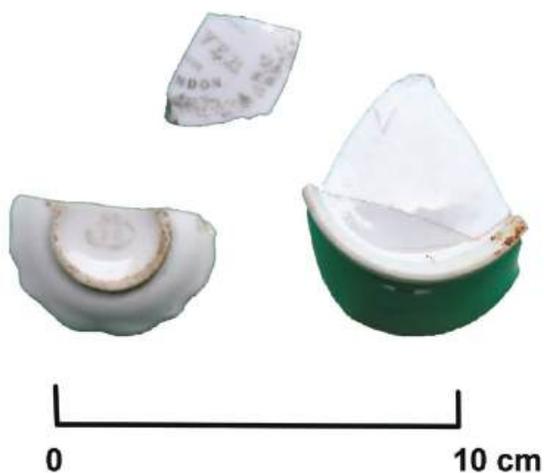


Fig. 18 Porcelana inglesa. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

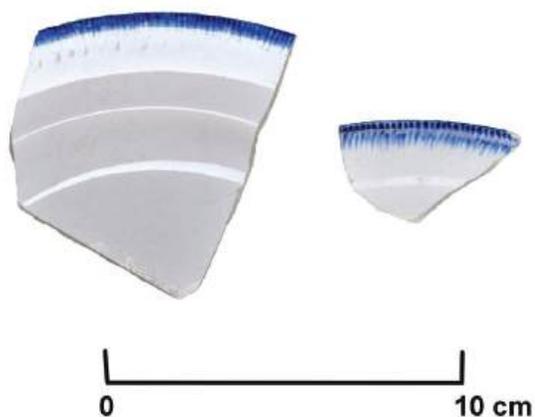


Fig. 19 Loza fina estilo borde de concha. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

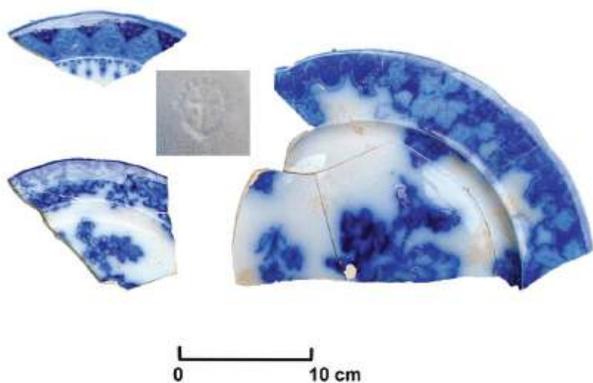


Fig. 20 Loza fina inglesa impresa por transferencia (Davenport). Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

métodos para añadirles decoración en color de manera más rápida y menos costosa, como el sistema de impresión por transferencia, que comenzó a utilizarse en los talleres ingleses entre 1753 y 1756, volviéndose muy popular por su uso a gran escala (Fournier, 1990: 164) (figura 20).

Con estas lozas, inicialmente fueron imitados los diseños de la porcelana china y después se representó una variedad de temas, como escenas campestres o tomadas de la literatura, ruinas góticas, lugares exóticos, edificios públicos y monumentos, todo ello enmarcado por escenas florales.

Los países europeos que desarrollaron y comercializaron estas lozas fueron Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania y Portugal; en México, durante el periodo independiente, estas naciones colocaron sus productos de manera rápida (Fournier, 1990: 32). Durante el siglo XIX, estas vajillas fueron imitadas por loceros en México y se llegó a desarrollar loza propia, lo que, simbólicamente, cubrió el papel de las porcelanas foráneas.

En cuanto a las porcelanas y lozas europeas, entre los materiales analizados se contó con escasa presencia de ellos, básicamente de origen inglés y un único ejemplar de loza francesa (figuras 21-22).

Consideraciones

Los bienes arqueológicos muebles que se resguardan en los diferentes acervos de las dependencias del INAH, representan una inagotable fuente de información analítica y comparativa, además de que permiten retomar los resultados derivados de las investigaciones realizadas en el pasado, complementarlas y correlacionarlas con diversas fuentes documentales, para aproximarse a la construcción de los procesos históricos, sociales y culturales, tanto globales como locales, que intervinieron para que dichos bienes llegaran al registro arqueológico. Asimismo, al retomar fuentes primarias y secundarias, sirven como mecanismo para transmitir el conocimiento para quien se interesa en el tema y abrir la puerta a nuevas discusiones.

En este trabajo, como ejemplo de las posibilidades que representa llevar a cabo este tipo de investigaciones, se retomaron las muestras de porcelanas orientales y lozas finas europeas procedentes del Proyecto arqueológico “Santa Isabel. Estacionamiento Bellas Artes”, que se resguardan en la Ceramoteca de la DSA y se enmarcaron con información histórica y arqueológica, lo que favorece la comprensión de los procesos de producción, comercio y uso de estos materiales, además de las dinámicas sociales y culturales que incidieron en los cambios, adecuaciones y transformaciones en la manufactura



Fig. 21 Loza fina inglesa impresa por transferencia (Copeland Garret). Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.



Fig. 22 Loza fina francesa impresa por transferencia. Foto de Meraz, Neri y Durán, 2018.

de estos materiales, así como algunas de sus repercusiones.

La ruta del Galeón de Manila, establecida desde el último cuarto del siglo *xvi* y mantenida durante casi 250 años, unió comercialmente al Virreinato de la Nueva España con la ciudad de Manila, donde se concentraron productos derivados del comercio entre diferentes centros productores del sureste de Asia. Este trayecto favoreció el arribo de productos, entre ellos la porcelana, de aquellas regiones a tierras americanas,

desde donde fueron distribuidos a diversas partes del mundo.

El aprecio que estas vajillas tuvieron por parte de la sociedad virreinal, pero también la dificultad de adquirirlos ante sus altos costos, propiciaron la imitación de motivos y decoraciones en mayólicas azul sobre blanco de los siglos *xvii* y *xviii*. Incluso, es probable que se hayan presentado intentos de falsificación y de ahí la necesidad de que, a finales del *xvii*, se ordenase que la decoración de este tipo de mayólicas se realizara con ciertas particularidades, es decir, en tonos más oscuros de pintura, así como labrada y realizada.

Los rasgos presentes en la mayólica virreinal, que imitaban la porcelana, son un reflejo de las modas y la demanda del mercado, pero también de la influencia directa, pues desde el siglo *xvii* comenzaron a llegar, vía el galeón, migrantes orientales, entre ellos alfareros y pintores procedentes de China, que se establecieron en centros productores alfareros como Puebla, donde se apreció un mayor refinamiento de la mayólica decorada en color azul sobre blanco.

Por otro lado, entre los productos orientales que llegaban a la Nueva España, quedó evidencia no sólo la de la porcelana china, sino también la de la japonesa, y no puede ser descartada la posibilidad de presencia de porcelanas filipinas o coreanas, debido al intenso comercio que existió en el sureste de Asia, lo cual deberá ser tomado en cuenta para futuras investigaciones.

Debido al estatus social que representaba la posesión de estas vajillas, a través del tiempo se trataron de hacer imitaciones en diferentes regiones, buscando hacerlas más asequibles y abatir sus costos, con lo cual se desarrollaron diferentes cerámicas y técnicas para su producción en masa, como las lozas finas que, durante el *xix*, sustituyeron simbólicamente los productos orientales para las clases medias y altas del México independiente, mientras que las mayólicas y las lozas alisadas y vidriadas siguieron cubriendo las necesidades básicas.

Respecto del Convento de Santa Isabel, quienes ingresaban a él formaban parte de los estratos altos de la sociedad de la Nueva España y, entre las dotes que las aspirantes a novicias debían entregar al ingresar, se encontraban las vajillas de porcelana china. Si bien es cierto que los materiales analizados provienen de depósitos secundarios, no se puede descartar que, cuando ocurrieron los cambios en el uso del espacio, algunos de ellos resultaron desechados y abandonados para posteriormente ser cubiertos con rellenos al subir el nivel de ocupación.

Bibliografía

Barrera Gutiérrez, Florencio

2015 La propiedad territorial de la familia Villanueva en la ribera oriental del río Chignahuapan, siglo XVI. *Letras Históricas*, (9): 13-41. México, UNAM.

Bonta de la Pezuela, María

2008 *Porcelana china de exportación para el mercado novohispano. La colección del Museo Nacional del Virreinato*. Tesis de Maestría en Historia del Arte. UNAM-IE, México.

Boucher, Sylviane y Palomo, Yoli

S.f. Proyecto "Curaduría de las Colecciones de la Ceramoteca del Centro INAH Yucatán". *Boletín del Consejo de Arqueología INAH*. Recuperado de: <http://consejoarqueologia.INAH.gob.mx/wpcontent/uploads/7_ceramoteca.pdf>, consultado el 1 de julio de 2013.

Carrillo, Rubén

2014 Asia llega a América. Migración e influencia cultural asiática en Nueva España (1565-1815). *Asiadémica. Revista Universitaria de Estudios sobre Asia Oriental*, (3) (on-line). Barcelona. Recuperado de: <<https://drive.google.com/file/d/0B3jEirh8210kdGFoRkZob1p0LXc/view>>, consultada el 3 de abril de 2017.

Cuevas Carpintero, Cristina

2004 Estudio de factibilidad Academia # 33, Col. Centro. Denuncia 2002/205 (abril-julio 2004). Informe. DSA-INAH.

Escobedo Ramírez, David, Ayala Ramírez, Marco, Berdeja Martínez, Julio Adolfo y Gómez Martínez, Ana E.

1995a Proyecto Arqueológico Santa Isabel (Estacionamiento Bellas Artes). Informe final. Mecanoescrito de la Biblioteca "Ángel García Cook". México, DSA-INAH.
1995b *Arqueología frente a Bellas Artes*. México, DSA-ICA-INAH.
FMNH Florida Museum Of Natural History. Recuperado de: <https://www.floridamuseum.ufl.edu/histarch/gallery_types/Spanish/>.

Fournier García, Patricia

1990 *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México, con base en los materiales del Ex-Convento de San Jerónimo*. México, INAH (Científica, 213).

1996 Problemática metodológica en el análisis de materiales cerámicos históricos. En *Segunda Conferencia Internacional de Arqueología Histórica Americana*, Actas II (pp. 1-11). Santa Fe, Argentina, Stanley South Publisher-The South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology-The University of South Carolina.

Gómez Izquierdo, José Jorge

1991 *El movimiento antichino en México (1871-1934)*. México, INAH (Divulgación).

Hane, Mikiso

2003 *Breve historia de Japón*. Madrid, Alianza Editorial.

Hernández Pérez, José Miguel, Alavez Ortúzar, Montserrat y Campos Varela, Juan Carlos

2010 Supervisión arqueológica, desmantelamiento y suministro e instalación de las instalaciones hidráulicas, sanitarias, pluviales y de protección contra incendios, así como la construcción de cisternas del Palacio de Bellas Artes. Informe parcial de las actividades realizadas del 24 de agosto de 2009 al 24 de mayo de 2013. México, DSA-INAH.

Lafragua, José María y Orozco y Berra, Manuel

1987 [1854] *La Ciudad de México*. México, Porrúa ("Sepan Cuantos...", 520).

López Cervantes, Gonzalo

1978 Porcelana oriental en la Nueva España. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 8 (1): 85-62. México, INAH.

Meraz Moreno, Alejandro

2014 La Sección de Muestrarios de la Ceramoteca de la DSA. Folleto de distribución interna. México, DSA-INAH.

Meraz Moreno Alejandro, Durán Anda, María Trinidad y Neri Colín, Lignaloé

2021 Las secciones de catálogo y muestrarios de la DSA-INAH. En Víctor Joel Santos Ramírez, Efraín Flores López, Claudia María López Pérez y Alfredo Feria Cuevas (coords.), *Arqueología. INAH, 80 años construidos por sus trabajadores* (pp. 543-562). México, SNPICD-INAH.

Navarrete Linares, Carlos

2001 Acerca de la gran ceramoteca que la arqueología mexicana se merece. *Arqueología*, (25): 121-127. México, INAH.

Nogami, Takenori

2006 On Hizen Porcelain and the Manila-Acapulco Galleon Trade. *Bulletin of the Indo Pacific Prehistory Association*, (26): 124-130. Washington, D.C. Recuperado de: <<https://journals.lib.washington.edu/index.php/BIPPA/article/view/12001/10626>>, consultada el 17 de septiembre de 2015.

Pérez Castro, Guillermo y Sánchez Nava, Pedro Francisco

1988 Proyecto Arqueológico en el Palacio del Ex-Arzobispado. Mecanoescrito. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología. México, INAH.

Quiroz Moreno, Jorge Alberto

S.f. Fortalecimiento al Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas. Recuperado de: <<http://www.antrooologia.INAH.gob.mx/catalogo/06/general/dea31.htm>>, consultada el 1 de julio de 2013.

Rivera Cambas, Manuel

1880 *México pintoresco, artístico y monumental*, t. I. México, Imprenta de la Reforma Perpetua.

Salas Contreras, Carlos

1994 Proyecto Arqueológico SEP Ex Convento de la Encarnación y Ex Aduana. Informe de campo. Temporadas 89, 90, 91, 92, 93. México, DSA-INAH.
1997 *Proyecto Antigua Enseñanza*, 2 vols. México, DSA-INAH.

Sánchez Vázquez, María de Jesús, Lam García, Susana y Tenango Salgado, Georgina

1996 *Proyecto Arqueológico Metro Línea 8, 1991-1996*. México, DSA-INAH.

Sodi Miranda, Federica

1994 *La cerámica novohispana vidriada y con decoración sellada del siglo XVI*. México, INAH (Científica, 291).

Terrerros Espinosa, Eladio

2012 Motivos simbólicos representados en la porcelana oriental, siglos XVI y XVII. Centro Histórico de la Ciudad de México. *Gabinete de Arqueología*, 9 (9): 4-14. La Habana.

Ulloa del Río, Ignacio

2007 *Palacio de Bellas Artes: Rescate de un sueño* (2ª ed.). México, Universidad Iberoamericana.

Alberto Diez-Barroso Repizo
Centro INAH Puebla

Análisis del patrón mortuario en un sistema de enterramiento del Posclásico en Huejotzingo, Puebla. El complejo funerario Xopanac 1

Resumen: Mediante el análisis de clústeres de un complejo mortuario compuesto por 24 individuos, perteneciente al periodo Posclásico tardío, descubierto en Huejotzingo, Puebla, se propone la interpretación del discurso mortuario a partir del género de los individuos inhumados, lo cual permitirá aproximarnos a entender, entre otras cosas, las funciones sociales que mantenían. Los resultados dejan ver que el discurso mortuario reflejaba la cosmovisión mesoamericana y que ésta también podía proyectarse en la estructura social de los grupos, siendo visible, para el caso que nos ocupa, en las actividades bélicas. En ellas, los roles de género guardaban una importante correlación, siendo fundamental el papel que jugaban las mujeres, recreadas en un aspecto mítico como mujeres-diosas guerreras. Esta investigación permite, entre otras cosas, replantearnos el papel de la mujer dentro de la jerarquía social de algunas comunidades mesoamericanas y su importancia dentro del sistema ideológico asociado a la guerra. *Palabras clave:* análisis por conjuntos, patrones mortuarios, entierro múltiple, Huexotzingo, Posclásico tardío, rol de género, mujeres guerreras, producción textil.

Abstract: Through the clusters analysis of a mortuary complex composed of 24 individuals, belonging to the Late Postclassic period, discovered in Huejotzingo, Puebla, the interpretation of the mortuary discourse is proposed from the gender of the individuals buried, which will allow us to approach to understand, among other things, the social functions they maintained. The results show that the mortuary discourse reflected the Mesoamerican worldview and that it could also be projected on the social structure of the groups, for the case at hand, in war activities. In them, gender roles had an important correlation, being fundamental the role played by women, recreated in a mythical aspect as women-warrior goddesses. This research allows us, among other things, to rethink the role of women within the social hierarchy of some Mesoamerican communities and their importance within the ideological system associated with war.

Keywords: cluster analysis, mortuary patterns, multiple burial, Huexotzingo, Late Postclassic, gender role, warrior women, textile production.

En el año 2016, durante la puesta en marcha del Proyecto Salvamento Arqueológico para la Construcción del Tramo Carretero Vía San Martín-Huejotzingo, uno de los objetivos centrales, además de registrar y preservar el patrimonio arqueológico que pudiera ser afectado por las obras, fue investigar los procesos culturales y el modo de vida de las sociedades que se establecieron en la región. Por ello, una vez ubicadas las zonas con potencial arqueológico, gracias a una fase previa de prospección, se empleó una metodología que permitiera recabar la mayor cantidad de datos mediante la realización de excavaciones extensivas. Como parte de los resultados sobresalió el hallazgo del complejo funerario denominado Xopanac 1, el cual consiste en un conjunto de 20 entierros directos primarios,¹ individuales y colectivos, integrado por un total de 24 individuos pertenecientes al Posclásico tardío

(1200-1521 d.C.), quienes presentaban un patrón mortuario poco recurrente (figura 1), dentro de lo que probablemente formaba parte de un gran patio de una unidad habitacional de material perecedero, de la que sólo se detectó el piso asociado a los enterramientos (Diez-Barroso y Pineda, 2017).

El presente artículo pretende exponer algunos avances en la arqueología del antiguo señorío de Huexotzingo, reconstruyendo algunos de los aspectos de su organización social, estructura sociopolítica y concepción ideológica, todo ello en correlación con las prácticas mortuorias del grupo allí asentado. Por la disposición del patrón de los enterramientos, en cuanto a sus distintas orientaciones, el género, así como el ajuar funerario que presentaban, es posible que todo el complejo formaba parte de un mismo discurso mortuario, en el que se resaltaba el rol social que los individuos mantuvieron en vida. Con base en lo anterior, se planteó, como hipótesis inicial de investigación, que los patrones funerarios en Mesoamérica no sólo reflejaban la diversidad cultural y las condiciones socioeconómicas de un grupo, también existe una fuerte impronta de la cosmovisión mesoamericana sobre la trascendencia más allá de la muerte, en la que los actos,

¹ Entiéndase por entierro directo al realizado en una excavación sencilla, de forma regular o irregular, somera y profunda, sin más pretensión que la de permitir el depósito del cadáver (Lagunas y Hernández, 2015: 50), mientras que, entierro primario, como a todos aquéllos cuyos huesos muestran relación anatómica (Lagunas y Hernández, 2015: 50).

cargos o funciones desempeñadas en vida, seguirán guiando de alguna manera a la sociedad que prevalece, convirtiéndose los difuntos en ancestros-rectores y a la vez guardianes de ella. Por lo tanto, algunos discursos mortuarios pueden llegar a reproducir, en una especie de microcosmos, la estructura sociopolítica subyacente para ese grupo.

La localización del hallazgo tuvo lugar al noroeste de la cabecera municipal de Huejotzingo (figura 2).



Fig. 1 Vista general del área de entierros de Xopanac 1, desde el ángulo este-oeste. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

El área en la que se encontraron los entierros corresponde a una fértil planicie de uso rural, a 300 metros al norte del río Xopanac, motivo por el cual al sitio le fue asignado ese nombre, agregándole el numeral 1, ya que existe un tipo cerámico denominado Xopanac por Schmidt (1975), del cual no ha sido posible, hasta el momento, determinar la ubicación del lugar que dio origen a esa nomenclatura.

El paisaje responde a una visual en la que predominan hacia el oeste las laderas del volcán Iztaccihuatl, mientras que hacia el noreste el horizonte lo enmarca el volcán Matlalcueye o Malinche (figura 3). Tres kilómetros al norte se encuentra el sitio posclásico de Coyotzingo, del cual adquiere su nombre uno de los tipos cerámicos característicos de la región y que guarda correspondencias con la cerámica encontrada en los ajuares funerarios de Xopanac 1 (figura 4). De igual manera, es importante considerar la autoridad que la ciudad de Cholula tuvo en la región, toda vez que se localiza a tan sólo 18 km hacia el sureste del sitio y cuya influencia puede observarse en algunas de las vajillas encontradas.

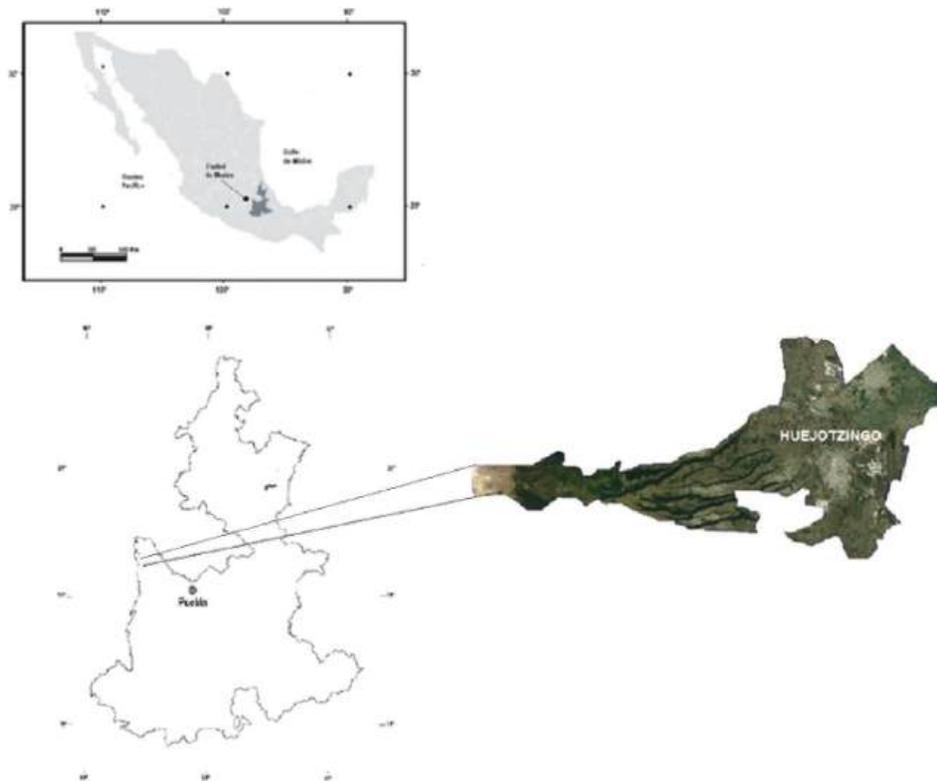


Fig. 2 Localización geográfica del municipio de Huejotzingo, Puebla, México. Ilustración de Alberto Díez-Barroso.

Antecedentes de las investigaciones

Las investigaciones sistemáticas llevadas a cabo en la región han sido escasas, supeditándose principalmente a rescates o salvamentos (Merlo, 1981; González Cruz, 1984; Córdoba, 1992; Chiquito *et al.*, 2018). Una de las primeras documentadas fue realizada por Goggin a finales de la década de los sesenta en la huerta del exconvento franciscano de San Miguel, con el objetivo de abundar sobre la mayólica novohispana, registrando además cerámica Anaranjado Delgado, Cholula policroma y Azteca Negro sobre Naranja (Goggin, 1968: 96).

Durante la década de los setenta se llevó a cabo el Proyecto Huejotzingo (Schmidt, 1975), originado a raíz del Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala, auspiciado por la Fundación Alemana para la Investigación Científica, en coparticipación con el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sus aportes fueron, entre otros, proponer una secuencia cronológica regional, dividiéndola en nueve fases, y el planteamiento de un modelo de patrón de asentamiento por subáreas geográficas.² Gracias a ello se pudieron registrar varios sitios arqueológicos al norte del municipio y establecer una tipología cerámica desde sus fases más tempranas.

En 1984 dieron comienzo los trabajos del “Rescate arqueológico para la construcción del Aeropuerto de Puebla”, en la localidad de San Pedro Tlaltenango, al este de Huejotzingo. Los resultados dieron a la luz un importante asentamiento del Clásico (100-650 d.C.), con fuerte influencia teotihuacana, en donde se recuperó un gran número de entierros acompañados de su respectivo ajuar funerario (Cepeda, 1997; López García, 1984). Desafortunadamente no se cuenta con la información suficiente en los informes de campo o publicaciones, para aproximarse al estudio de tan importante sitio, ya que Tlaltenango fue un emplazamiento de extensión considerable con marcada estratificación social.

En el año 2016 inició el Salvamento arqueológico para la construcción del tramo carretero San Martín-Huejotzingo, en el cual sobresalieron los hallazgos de una unidad habitacional del periodo Clásico, posiblemente asociada a Tlaltenango, ubicada al sur de la cabecera municipal de Huejotzingo (Diez-Barroso y Pineda 2017), así como también los entierros del complejo mortuorio de Xopanac 1, que ocupan el presente estudio.

La práctica del enterramiento mixto se encuentra documentada en Mesoamérica desde el Preclásico medio (1000-600 a.C.), asociada principalmente a unidades habitacionales (Joyce, 1999; Serra y Civera, 1982), constituyendo *per se* rituales funerarios sumamente complejos, cuyo estudio permite aproximarnos, entre otras cosas, a la identidad étnica del grupo (Manzanilla, 2018: 157), siendo los contextos de los entierros, elementos de la cultura material, que pueden aportar datos al conocimiento de las costumbres locales y las influencias o intercambios externos, por citar algunos factores.

En lo que concierne a la región Puebla-Tlaxcala, las prácticas mortuorias con entierros primarios mixtos se han detectado desde el Preclásico medio en Tetimpa, La Laguna, Xochitecatl, Totomihuacan, así como también en Tlalancaleca, entre otros (Plunket y Uruñuela, 2018; Carballo, 2006; Serra *et al.*, 2004; Landa, 1962; Kabata *et al.*, 2014). Aunque los enterramientos múltiples no son recurrentes, los entierros en general siguen un patrón que sugiere la presencia de diversidad étnica y cultural, mostrando prácticas mortuorias con individuos flexionados, extendidos e incluso con evidencia de cremación (Plunket y Uruñuela, 2018: 36).

Durante el Clásico, en el valle de Puebla, se observan patrones similares a los de Teotihuacan, siendo en su mayoría entierros mixtos secundarios, es decir, que forman parte de rituales asociados con sacrificios humanos, que constituyen, por lo general, ofrendas dedicatorias o de consagración en templos o espacios públicos y religiosos, siendo el mayor exponente de este tipo de prácticas la ciudad de Cholula, en donde esta costumbre se prolongó y aumentó durante el Posclásico (Plunket y Uruñuela, 2018; Romero, 1935).

También en el sitio de Tlaltenango, cuyo desarrollo transcurrió durante el Clásico, los entierros allí recuperados muestran un rasgo observado hasta ese momento sólo en el barrio de La Ventilla, en Teotihuacán: la mayoría se encontraban en posición sedente y, de igual manera, consisten en entierros mixtos (Serrano y Lagunas, 1999; López García, 1984).

Los entierros de Xopanac 1 en Huejotzingo.

Durante los trabajos de salvamento arqueológico de 2016, cuando se efectuaba el despalme en el trazo de la vía fue detectado un apisonado de tierra compactada, el cual presentaba algunas irregularidades en su superficie, quedando expuesto parte de un entierro en el extremo oeste del ancho de vía, por lo que se determinó explorar de manera exhaustiva el área, dando como resultado la recuperación de 20 entierros

² Las subáreas geográficas propuestas son: 1) alta montaña, 2) faldas superiores, c) faldas inferiores, d) ciénaga baja y e) planicie de Huejotzingo y Tlaltenango. Esta última corresponde a la subárea en la que fue localizado Xopanac 1.



Fig. 3 Dos aspectos de los entierros de Xopanac 1 con su ajuar funerario, con la nomenclatura de los individuos asociados. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

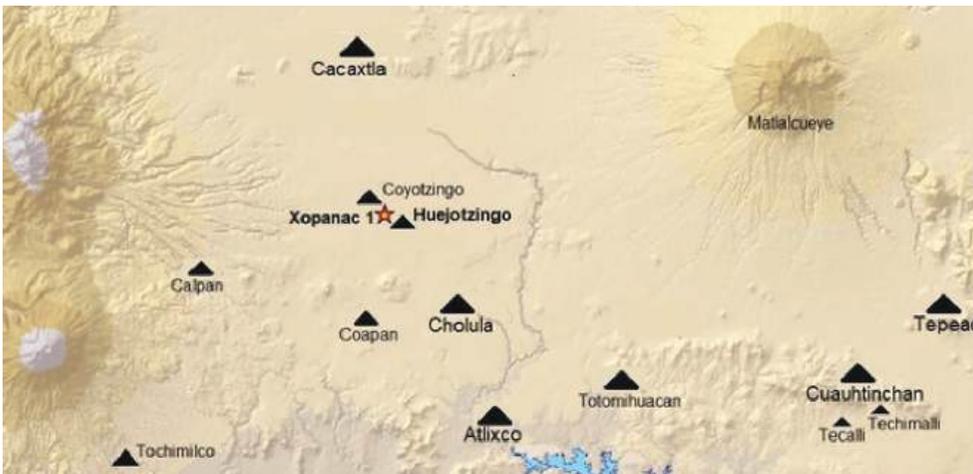


Fig. 4 Localización de algunos de los sitios referenciados. Ilustración de Alberto Diez-Barroso.

primarios directos, individuales y colectivos, con un total de 24 individuos colocados en posición flexionada sedente dentro de 19 fosas primarias sincrónicas (figura 5), es decir, que contuvieron al cadáver desde el momento de su inhumación y presumiblemente se realizaron en el mismo espacio temporal.

La extensión del área de enterramientos presentó un eje primario, norte-sur de 14 metros por 7 metros, de este a oeste. Los restos óseos fueron recuperados en campo por los arqueólogos Diego A. López Hernández y Alberto Diez-Barroso, junto con su equipo (Diez-Barroso y Pineda, 2017), siendo estudiados posteriormente en el laboratorio de la Sección de Bioarqueología de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH, a cargo del doctor Jorge Arturo Talavera González. La mayoría de los restos óseos se encontraron incompletos y en mal estado de conservación, debido a que se localizaron en un área de cultivo con presencia de árboles frutales, lo que generó mayores condiciones de erosión y procesos de alteración antrópica.

El piso de ocupación asociado a los entierros se detectó a una profundidad promedio de 37 cm con respecto al suelo actual. Se trata de un apisonado de tierra compactada de topografía irregular, con una pendiente que decrece considerablemente de este a oeste. El apisonado se encontró asociado con un fogón, infiriéndose que el espacio asociado a los entierros pudo formar parte de una posible unidad doméstica, de la cual se detectó el piso, mas no así huellas de muros o cuartos, aun realizando exploraciones extensivas con el fin de detectarlos. Tampoco se observaron, en los alrededores, topoformas que pudieran indicar la presencia de estructuras arquitectónicas.

Con base en la estratigrafía detectada, el piso corresponde a la denominada capa III,³ mientras que la capa II era tierra color gris, la cual cubrió el espacio habitacional, presentando materiales culturales alterados debido a la remoción constante del subsuelo durante las labores agrícolas (figura 6). En algunas áreas se observaron pequeños fragmentos de bajareque mezclados con materiales de construcción contemporáneos. Los entierros comenzaron a encontrarse por debajo de una media de 27 cm del piso de ocupación de la unidad doméstica.

Casi en su totalidad constituían entierros primarios directos, de los cuales 17 eran individuales y 3 múltiples, todos colocados en posición flexionada-sedentes. La mayoría de ellos orientados de sur a norte, mientras que 5 en dirección este-oeste. Este aspecto fue

fundamental para la presente investigación, toda vez que el conocimiento del sistema de enterramientos puede ayudar a entender las concepciones cosmogónicas y religiosas de esos grupos (Lagunas y Hernández, 2015: 48). Por lo anterior, se infiere que la disposición en la que fueron depositados los individuos responde a una práctica común en Mesoamérica, documentada desde el Clásico tanto en Cholula como en Teotihuacán (Plunket y Uruñuela, 2018; Lagunas y Hernández, 2015; González Miranda, 2009; Rattray, 2001; Cabrera, 1999; Sempowski *et al.* 1994), que consiste, por lo general, en colocar al cadáver dentro de un fardo funerario, el cual pudo haberse elaborado de algún material textil o de fibra orgánica, como la palma, denominado *petate*, en una postura fuertemente flexionada (Cabrera, 1999: 518).

La mayoría de los entierros presentaron elementos asociados a su ajuar funerario, como platos y cajetes de cerámica, la cual pudo ser fechada, relativamente, como del Posclásico tardío, que corresponde a la fase Huexotzingo (1000-1550 d.C.), señalada por Schmidt (1979), particularmente al denominado tipo Coyotzingo, que se caracteriza por su policromía, compartiendo rasgos muy semejantes con la cerámica de Cholula, incluso algunas piezas asociadas a los entierros provienen de dicha tradición, conocida como de estilo Mixteca-Puebla (Hernández, 2012).

Los estudios óseos

El análisis osteológico preliminar, proporcionado por el antropólogo y arqueólogo Jorge Arturo Talavera González (2020), corresponde hasta el momento a una muestra de 21 individuos, los cuales se observaron en muy mal estado de conservación debido a la constante humedad y erosión a la que estuvieron sometidos a lo largo de los años. Sin embargo, gracias al estudio de los rasgos morfológicos, principalmente en huesos largos, tamaño de las apófisis mastoides, arcos superciliares, mandíbula y línea occipital, fue posible asignar sexo y edad a algunos de ellos (figura 7 cuadro 1).

Con respecto a la edad, la muestra se compone de 16 adultos mayores de 55 años y 5 adultos jóvenes de entre 21 a 35 años, según la clasificación de Hooton (González Miranda, 2009), mientras que 3 de ellos aún se encuentran en proceso de estudio. En cuanto al género, 10 de ellos son femeninos, 7 masculinos y de 4 no fue posible determinar el sexo debido al mal estado de conservación en el que se encontraron (figura 8).

Un primer acercamiento a las patologías que mostraron algunos de ellos, fue la presencia de periostitis en los huesos largos de las extremidades inferiores, la cual puede asociarse tanto a desnutrición como a posibles traumatismos por caminar en trayectos accidentados.

³ La capa III, que es la que nos ocupa en el presente texto, se encontró a una media de 37 cm por debajo del suelo actual (2 291 msnm), mientras que su profundidad máxima oscilaba en 96 cm. Se detectó además una capa IV, entre los 96 cm hasta 1.30 metros de profundidad, la cual no presentó elementos culturales.

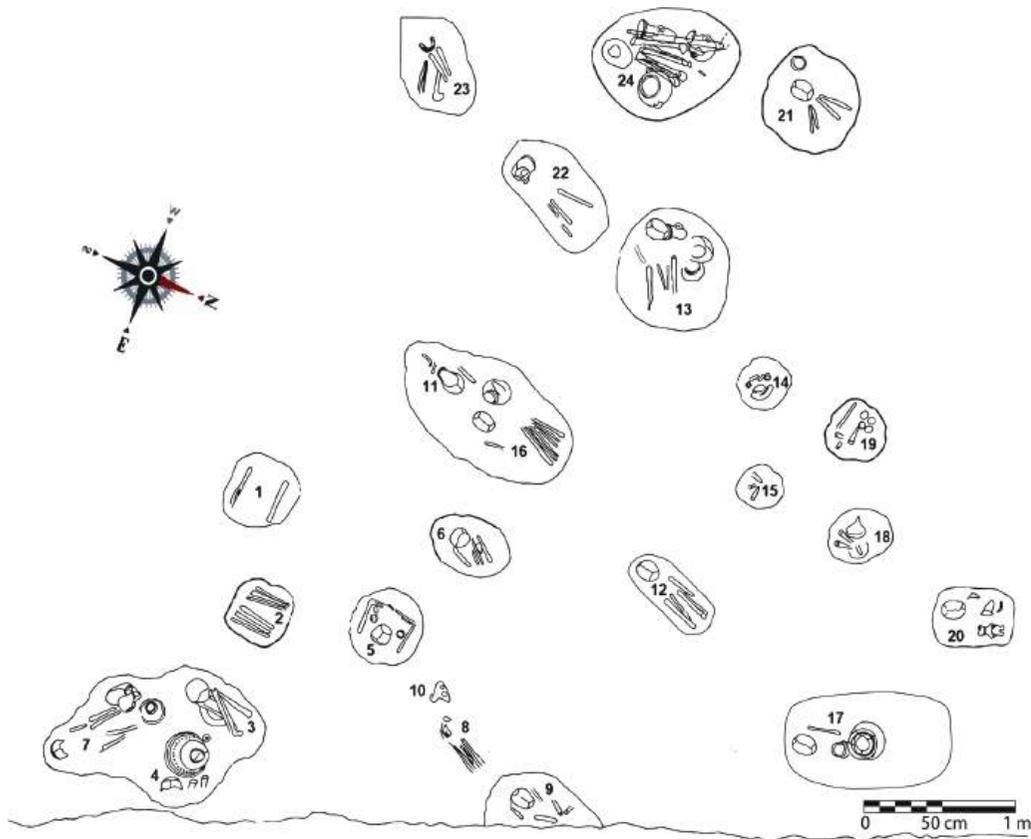


Fig. 5 Distribución y nomenclatura del entierro múltiple. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

De igual manera se detectó hiperostosis porótica en el cráneo, la cual se ha asociado tradicionalmente a falta de absorción de hierro, de vitaminas A, B y C, por lo general, a causa de desnutrición (Talavera, 2020: 2). Si bien hoy en día se debate si la causa de este trastorno, más que por la dieta, fue debido a la presencia de ciertos parásitos o infecciones (Cornero y Puche, 2002), y aunque tal patología es un rasgo recurrente en las sociedades prehispánicas (Arnaud, 2014; Lynn, 2017), esta discusión no constituye el objeto central de la presente investigación.

En este apartado conviene señalar algunos aspectos que se observaron al momento de la exploración en campo de los entierros, los cuales tienen relación con la deposición de los restos mortuarios al momento de su inhumación y su paulatino proceso tafonómico. Si bien los individuos, casi en su totalidad se encontraron en posición flexionada extrema, guardando una coherencia anatómica con respecto a ello, se pudo apreciar que el patrón de distribución de ciertas partes de los restos óseos, en relación con la cercanía de huesos largos, por ejemplo, hace pensar que durante el proceso de descomposición de las partes blandas, existió un elemento contenedor que permitió que los restos se dis-

persaran siguiendo un patrón más o menos homogéneo; por ello la inferencia de la existencia de un tipo de mortaja en la que los cadáveres quedaron fuertemente amoldados, como se señaló anteriormente.

El análisis clúster para identificar un posible discurso mortuario

Los resultados antes expuestos fueron pertinentes para aproximarnos a entender, entre otras cosas, si existe alguna relación entre los objetos del ajuar funerario con el sexo de los individuos, e identificar un posible discurso en el patrón mortuario, estudiándolo bajo la perspectiva de un sistema de conjuntos (*cluster analysis*), centrando el análisis en dos niveles de abstracción: uno particular, cuya finalidad fue determinar la relación objeto-género y, un segundo, general, que buscaba definir el porqué de la distribución espacial de los individuos enterrados. Para este último, la determinación del sexo fue el factor determinante que permitió establecer el modelo que se presenta en este trabajo (figura 9).

El método de análisis clúster del que partimos se basa en el principio general de categorizar los datos

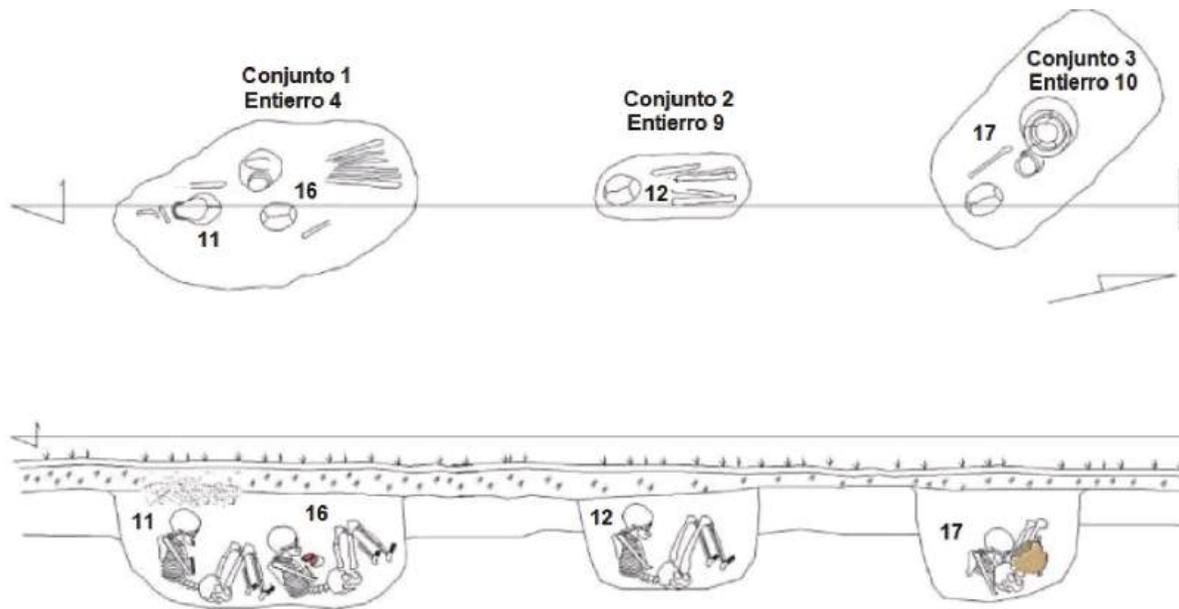


Fig. 6 Corte transversal de los entierros 4, 9 y 10, representativos de los tres conjuntos. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

con los que se cuenta y distribuirlos por cada categoría en un plano cartográfico de acuerdo a sus coordenadas de ubicación geoespacial.⁴ Uno de esos datos, como ya se señaló, fue el sexo de los individuos, lo que nos permitió ubicar las concentraciones que formaban los clústers o conjuntos. En este caso se inició con tres series de datos, siendo éstos organizados, de acuerdo a su frecuencia, como femenino (F), masculino (M) y sin identificar (S-I). La concentración de estos datos fue lo que permitió observar la formación de tres grandes clústers.

Uno más de los criterios que sirvió para conformar los grupos y subgrupos en ambos niveles de análisis se rigió por los atributos de cada entierro. Siendo éstos la orientación y colocación de los cuerpos al momento de la inhumación, la disposición de las fosas y si éstas contenían entierros individuales o colectivos, el género y los objetos que integraban el ajuar funerario. De acuerdo con la frecuencia en la que los atributos se concatenaban entre sí, se identificó si existe, o no, un patrón sistemático con base en su nivel de correspondencia. Un ejemplo de ello puede verse en el análisis a nivel particular, enfocado en la relación objeto-género, dando como resultado que los únicos elementos asociados al sexo femenino en el sistema de entierros fueron ollas y una figurilla antropomorfa, mientras que los objetos relacionados

exclusivamente a los masculinos fueron los artefactos líticos de obsidiana y sílex. Por otro lado, materiales como vajilla policroma, instrumentos musicales y malacates se encontraron asociados a individuos de ambos sexos.

El análisis general permitió la identificación de tres conjuntos distribuidos a manera de semicírculos concéntricos (figura 10), siendo el principal el que ocupaba el centro del sistema, denominado Conjunto 1 (C1). Éste era un entierro múltiple conformado por una pareja de individuos de sexo masculino y femenino respectivamente (individuos 11 y 16), quienes portaban elementos e insignias de personajes de alto rango, por lo que se consideró como el conjunto principal o de mayor jerarquía.

El siguiente grupo, denominado Conjunto 2 (C2), estaba conformado por individuos masculinos, entre los cuales se observó otro personaje de alta jerarquía (Individuo 5), quien también portaba un bezote de obsidiana y cuyo ajuar funerario, al igual que el de los demás entierros de este conjunto, se relacionaba con actividades bélicas. Finalmente, el Conjunto 3 (C3) se componía de 15 individuos, 11 de ellos de sexo femenino, cuya ubicación se dispuso en la parte frontal del sistema de enterramientos concéntricos. Este grupo se caracterizó por presentar, como parte de su ajuar funerario, vajillas domésticas, artefactos para hilar y una figurilla de la diosa Xochiquetzal, la que portaba el personaje situado hacia el extremo norte del sistema mortuario. En las siguientes líneas se describirá a detalle cada uno de los conjuntos.

⁴ Este método se conoce como *spatial k-means*, o un grupo de variables media-espaciales, cuyas categorías se concatenan por tener características comunes, como temporalidad, género, orientaciones, entre otras (Azkarate et al. 2018).

Conjunto	Entierro	Individuo	Orientación	Tipo	Edad	Sexo	Objetos asociados
1	4	11	S - N	Múltiple	+55	M	Bezote y 2 navajillas de obsidiana
1	4	16	S - N	Múltiple	+55	F	Cajete y sahumador con mango
2	1	1	E - W	Individual	21-35	M	<i>Omichicahuaztli</i>
2	2	2	E - W	Individual	+55	-	Tiestos cerámicos
2	5	5	E - W	Individual	+55	M	Bezote de obsidiana negra
2	6	6	S - N	Individual	+55	M	Mango de sahumador
2	7	8	S - N	Múltiple	+55	M	Punta de lanza de sílex
2	7	10	S - N	Múltiple	+55	-	-
2	9	12	S - N	Individual	21-35	M	-
2	15	19	S - N	Individual	+55	M	3 percutores y 1 malacate
2	18	22	S - N	Individual	-	-	1 malacate
2	19	24	S - N	Individual	-	-	1 jarra y 2 ollas
3	3	3	S - N	Múltiple	+55	F	Plato policromo
3	3	4	E - W	Múltiple	+55	F	2 cajetes, 2 platos y 1 malacate
3	3	7	S - N	Múltiple	21-35	F	2 cajetes, 1 jarra y 1 plato
3	8	9	S - N	Individual	+55	F	3 malacates
3	10	17	S - N	Individual	21-35	F	1 jarra, 2 cajetes, 1 plato, 1 cascabel
3	11	20	S - N	Individual	+55	F	Figurilla
3	12	18	S - N	Individual	+55	-	Tiestos cerámicos
3	13	15	S - N	Individual	+55	-	3 malacates
3	14	14	S - N	Individual	+55	F	Plato policromo
3	16	13	E - W	Individual	+55	F	1 jarra, 2 cajetes, 1 plato y 1 malacate
3	17	21	S - N	Individual	21-35	F	Tiestos cerámicos
3	20	23	S - N	Individual	-	-	-

Fig. 7 Cuadro 1, características de los entierros de Xopanac 1. Elaboró Alberto Diez-Barroso con información del Laboratorio de Bioarqueología de la DSA-INAH.

Conjunto 1

Este conjunto, que como ya se mencionó, se considera de una jerarquía mayor que la del resto, lo integra el Entierro 4, compuesto por una pareja de individuos de sexo masculino y femenino (individuos 11 y 16 respectivamente), colocados en posición flexionado-sedente, orientados hacia el norte, los cuales ocupaban una sola fosa ubicada al centro del área de enterramientos (figura 11). Se plantea que a partir de este conjunto se distribuyó de manera semi-concéntrica el resto de los entierros.

Como parte del ajuar funerario de los individuos se encontraron elementos que hacen alusión a su posible rol social. En el caso del personaje masculino, éste portaba un bezote de obsidiana negra, en cuyo centro se pulió en bajo relieve un círculo concéntrico. Dicho objeto se encontró colocado en posición anatómica con relación al maxilar inferior, así como un par de navajillas prismáticas color gris, colocadas a la altura del vientre. Respecto del individuo femenino, éste se encontró asociado a un cuenco para hilar y una vasija con mango que asemeja a un sahumador, aunque sin huellas de haber sido quemado, pero que presentaba

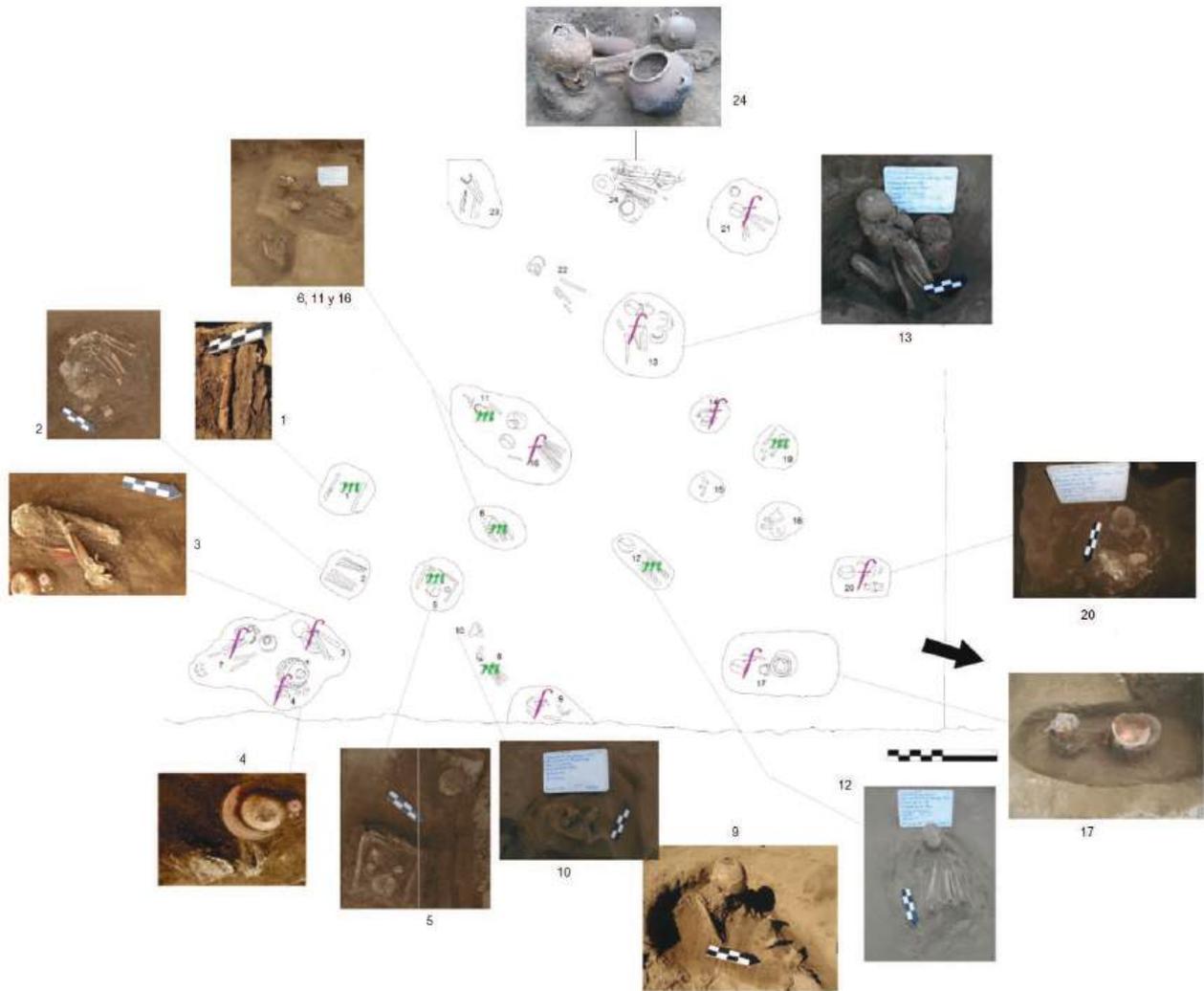


Fig. 8 Distribución de los entierros de Xopanac 1 con la designación de su género. Elaboró Alberto Diez-Barroso.

en su interior dos diminutas esferas de barro, que también podría tratarse de un instrumento sonoro (figura 12).

Conjunto 2

Hacia el este del Conjunto 1 se localizó un grupo compuesto por 10 individuos, 6 de ellos de sexo masculino (individuos 1, 5, 6, 8, 12 y 19) y 4 no identificados (2, 10, 15 y 18). La mayoría de los entierros de este conjunto dan la impresión de haber sido dispuestos en torno al Individuo 5 (figura 13), el cual era un personaje de sexo masculino quien también ostentaba un bezote de obsidiana negra finamente pulida, de igual manera colocado anatómicamente con respecto al maxilar inferior, aunque con menor trabajo que el que portaba el Individuo 11 del Conjunto 1. Por lo tanto, el Individuo 5 también es un personaje de alta jerarquía. Se encontró orientado hacia el oeste, junto con los individuos 1 y

2, mientras que el resto del grupo se orientaba hacia el norte.

Los objetos asociados a los entierros que conformaban este grupo fueron (figura 14): una punta de flecha de sílex (Individuo 8); el mango incompleto de un sahumerio con la representación de la cara de un mono, *ozomatli* (Individuo 6); un *omichicahuaztli* (Individuo 1) o güiro, elaborado con un hueso largo humano (véase la figura 11); tres malacates (Individuo 15); finalmente, el Individuo 19, masculino, encontrado en el extremo noroeste del conjunto, que portaba tres posibles percutores y un malacate (figura 15).

Conjunto 3

Un tercer conjunto se encontró en el extremo distal del sistema semicircular que se ha descrito, denominado Conjunto 3 (C3), conformado por 10 entierros con un total de 12 individuos (figura 16), de los cuales

10 eran de sexo femenino (3, 4, 7, 9, 13, 14, 17, 20, 21 y 24) y 2 sin identificar (22 y 23); uno de los entierros era múltiple, compuesto por tres individuos (3, 4 y 7). Casi todos se encontraron orientados hacia el norte, a excepción de dos que fueron colocados hacia el oeste (individuos 4 y 13). Los ajuares funerarios asociados a los entierros de este conjunto consistían en platos policromos, jarras, malacates y cuencos para hilar (figuras 17 y 18), así como una figurilla de Xochiquetzal asociada al individuo 20, quien era una mujer joven de entre 21 a 35 años.

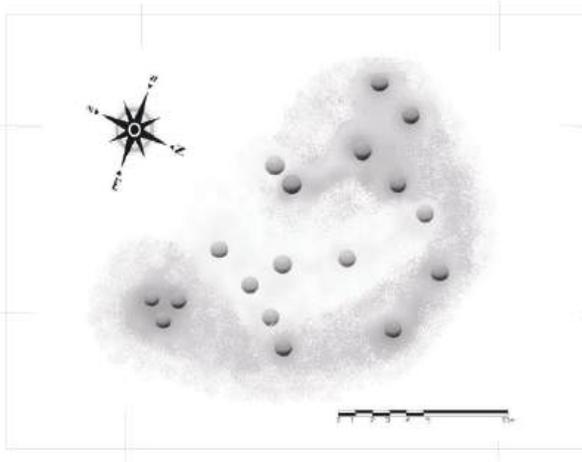


Fig. 9 Modelo de análisis clúster del complejo funerario Xopanac 1. Elaboró Alberto Diez-Barroso.

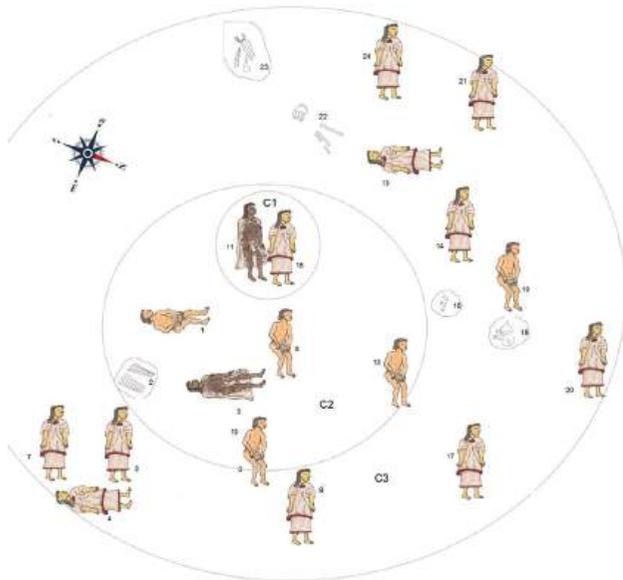


Fig. 10 Conjuntos distribuidos por género del complejo funerario Xopanac 1. Elaboró: Alberto Diez-Barroso.

El ajuar funerario. Objetos cerámicos y cronología

La cerámica recuperada en Xopanac 1, cuyo carácter puede considerarse suntuario, guarda semejanzas con los tipos Coyotzingo y Xopanac de la fase Huexotzingo (1000-1550 d.C.), propuestos por Schmidt (1975), los que se caracterizan por presentar una pasta de grano medio color bayo, encima de la cual se colocó una delgada capa de engobe blanco, sobre la que se pintó en tonalidades rojo y sepia sobre un fondo naranja disparejo, el cual da la impresión de haber sido pintado a brochazos (figura 19 A). Aunque esta vajilla pueda presentar ciertas semejanzas con la policroma cholulteca, existen algunas características en la cerámica de Huexotzingo que nos permiten proponer que posiblemente no fueron elaboradas en Cholula, sino que la tradición huexotzinca presenta particularidades que reflejan sus relaciones sociopolíticas durante ese periodo, como se verá a continuación.

Un tipo de platos en particular, dentro del tipo Coyotzingo señalado anteriormente, cuyo diseño es recurrente en algunas colecciones de Huexotzingo (Morales *et al.* 2014), fue encontrado dentro de los objetos del ajuar funerario del Individuo 14 del Conjunto 3 (figura 19 B), el cual presenta en su diseño líneas geométricas en negro y rojo sobre naranja. Las representaciones lineales consisten en círculos concéntricos, a manera de bandas, que comienzan desde el fondo hacia el borde del plato. La banda superior, cercana al borde, presenta en medio de ella algunos puntos alargados que guardan ligera semejanza con la decoración de la vajilla Azteca III. Por lo que respecta al fondo, al centro de los círculos



Fig. 11 Planta de los entierros con los individuos 6, 11 y 16; los dos últimos conforman el Conjunto 1. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

concéntricos se observa el glifo *ixtli*, “ojo”. De ser así, la concordancia entre ambas vajillas nos permitiría afinar aún más la cronología de Xopanac 1, situándola entre los años 1350 a 1520 d.C., fechas en las que la cerámica Azteca III tuvo mayor auge en el Altiplano

Central (Hodge y Minc, 1991). Esta similitud entre ambas cerámicas no resulta dispar. En Cholula, McCafferty (1996: 310) ya había señalado una correlación entre el tipo Cocoyotla Negro sobre natural, con la vajilla Azteca I Negro sobre Naranja, la cual se producía en Cholula entre los años 900 a 1050 d.C., que corresponde a la fase Tlachihualtepetl medio, a finales del periodo Epiclásico (650-1000 d.C.).

Un aspecto que cabe señalar es la presencia de la vajilla Cholulteca de estilo Mixteca-Puebla, de la que se encontraron dos ejemplares característicos de esta loza: uno correspondía a un fragmento de mango de sahumerio, asociado al Individuo 6 del Conjunto 2, mientras que el segundo fue un cajete policromo localizado a 40 metros al norte del área de los entierros, sin asociación aparente, pero a la misma profundidad que éstos. Al interior se representó un ave, posiblemente un águila estilizada (figura 20).

Un indicador de importancia en los materiales de Xopanac 1 es la presencia de cuencos, o cajetes curvo-convergentes, los cuales se asemejan al tipo Apolo Sencillo de la vasija policroma tardía de Cholula, situada entre los años 1350 a 1550 d.C. (McCafferty, 1996: 318),



Fig. 12 Vista del Conjunto 1. Individuos 11 y 16, con sus elementos asociados. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.



Fig. 13 Conjunto 2, donde se observa el clúster de individuos asociados (5, 6, 8, 9, 12 y 17). Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo, modificado por Diez Barroso.



Fig. 14 Detalle de los elementos asociados al Conjunto 2. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo, modificado por Diez Barroso.

pero que forma parte también del tipo Coyotzingo, propuesto por Schmidt (1975). Son policromos, elaborados con la misma técnica que los platos antes descritos, aunque no presentan diseños esmerados. El interior es liso, con colores dispares que varían entre el naranja y el rojo claro, con la misma técnica a brochazos, mientras que al exterior algunas muestras presentan pintura sólo



Fig. 15 Detalle de posibles percutores asociados al Individuo 19 del Conjunto 2. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo

cerca de los bordes, con diseños lineales u ondulantes. Este tipo de cuencos, por lo general, son complementos de los malacates para elaborar el hilado, que en este trabajo se consideran parte del mismo complejo de materiales para hilar. De esta manera, los individuos asociados con estos artefactos se encuentran, en su mayor parte, en el Conjunto 3, siendo los individuos 4, 7, 9, 13, 17 y 22, mientras que aquéllos con la nomenclatura 15 y 19 dentro del grupo 2 también lo portaban, siendo uno de ellos de sexo masculino y el segundo sin identificar, por lo que el portar estos objetos dentro de su ajuar funerario refleja que esta actividad no estaba destinada exclusivamente para el género femenino.

En relación con la vajilla doméstica, como jarras y ollas, ésta también se presentó, aunque en menor frecuencia que la suntuaria. Las jarras se encontraron asociadas a los individuos 7, 13 y 24, que presentaba, este último, además, una olla en uno de sus costados. Las características de la cerámica corresponden al denominado tipo Xopanac, perteneciente a la misma fase Huexotzingo (Schmidt, 1975).⁵

⁵ En este apartado conviene aclarar que el tipo clasificado por Schmidt (1975), denominado Xopanac, presenta únicamente similitud con la cerámica monocroma, siendo la de tipo policromo de características ligeramente cercanas a la de tipo Mixteca-Puebla de Cholula, encontrada en baja frecuencia en Xopanac 1.

Discusión

Mediante el análisis comparativo de la cerámica regional, fue posible acotar la temporalidad en la que los individuos fueron inhumados, siendo probable que ésta hubiera sido entre 1481 a 1550 d.C., fecha propuesta en primera instancia por la asociación entre la cronología tentativa de la cerámica, con las fechas señaladas por fuentes históricas, en las que se señala la delimitación de la frontera huexotzinca-mexica en la cercana barranca de Nopopoalco (Paredes, 1997: 70; Sánchez Flores, 1997). Por otro lado, por el tipo de elementos que integran el ajuar funerario que acompaña a los individuos, así como por la identificación de su género, se puede inferir que se trata de mujeres que acompañan a un grupo de guerreros, así como a una pareja que guardaba una posición importante en el grupo social.



Fig. 16 Vista en perspectiva este-oeste del complejo funerario Xopanac 1. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

Para sustentar lo anterior, es de importancia capital la presencia, en este contexto mortuario, de una figurilla de la diosa Xochiquetzal, asociada al individuo femenino joven del Conjunto 3, ubicada en el extremo norte del complejo mortuario (figura 21). La diosa se representaba, por lo general, como una mujer joven y atractiva, relacionada con la belleza, el placer sexual y el erotismo, así como el trabajo textil, las artes y las flores (Dávalos, 2002; Raby, 1999). En su advocación como Itzpapalotl, “mariposa de obsidiana”, era la guerrera primordial, la primera en morir en batalla, quien conducía las almas de los guerreros muertos hacia la casa del sol, el lugar de su reposo después de morir. También se relacionaba con las *mochihuaquetzque*, “mujeres preciosas”, quienes morían durante el parto y ganaban el mismo estatus que los guerreros que sucumbían durante la batalla (McCafferty y McCafferty, 1999: 117).

Uno de los elementos predominantes fueron los malacates, asociados algunos de ellos con los cuencos. Estos objetos posiblemente se complementaban con algunos más elaborados de materiales de procedencia orgánica, como hilos de algodón, lienzos, mecapales, espigas de maguey y el *tzotzopaztli*, instrumento de madera con el que se aprieta el tejido al hilar en el telar de cintura. El arte del hilado guarda un fuerte vínculo con el conjunto de deidades lunares femeninas, entre algunas de las cuales se encuentran Xochiquetzal, Itzpapalotl y Tlazolteotl, quienes, asimismo, tenían una connotación bélica.

De Xochiquetzal en particular, se señala en el *Códice Telleriano Remensis* que fue la primera mujer que hiló y tejió, y por ello, las mujeres dedicadas a las artes textiles celebraban su fiesta en la veintena de Tititl



A



B

Fig. 17 Entierros 13 (A) y 18 (B), ambos pertenecientes al Conjunto 3. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo.

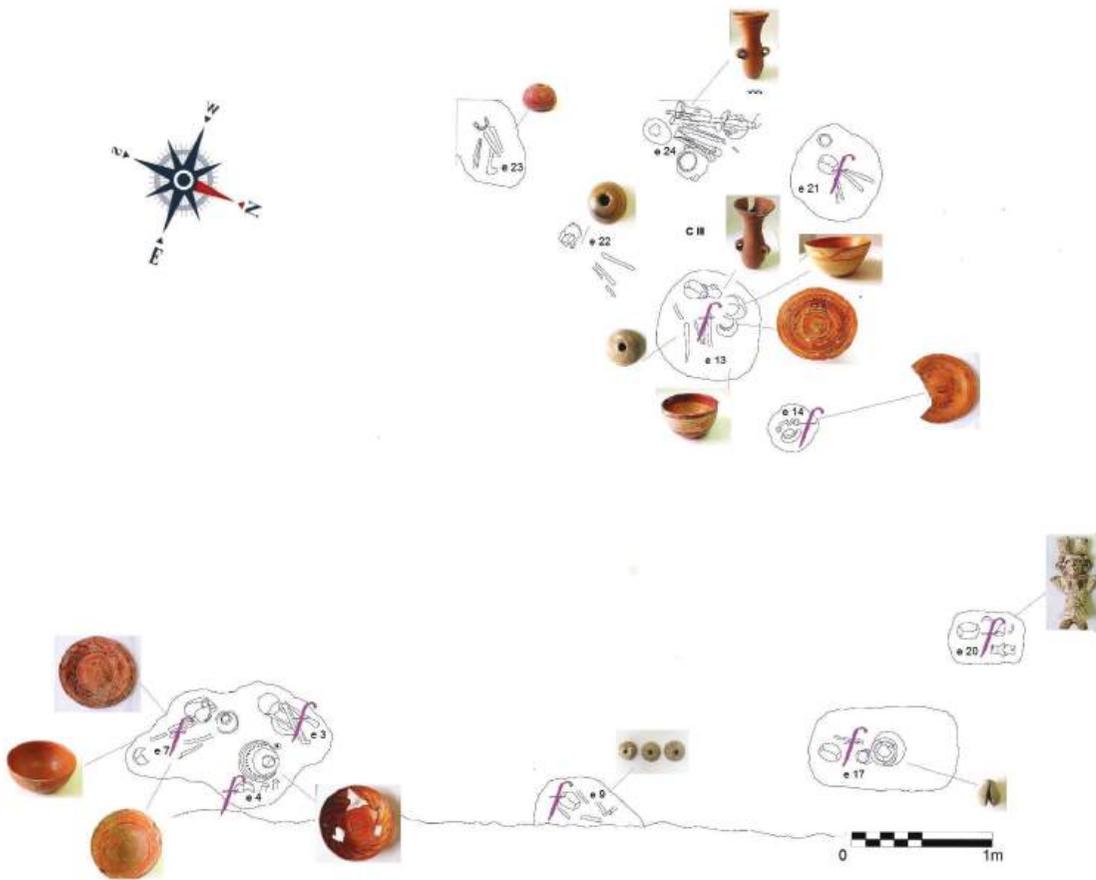


Fig. 18 Elementos asociados al Conjunto 3, en los que predominan artefactos para hilar. Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo, modificado por Diez Barroso.

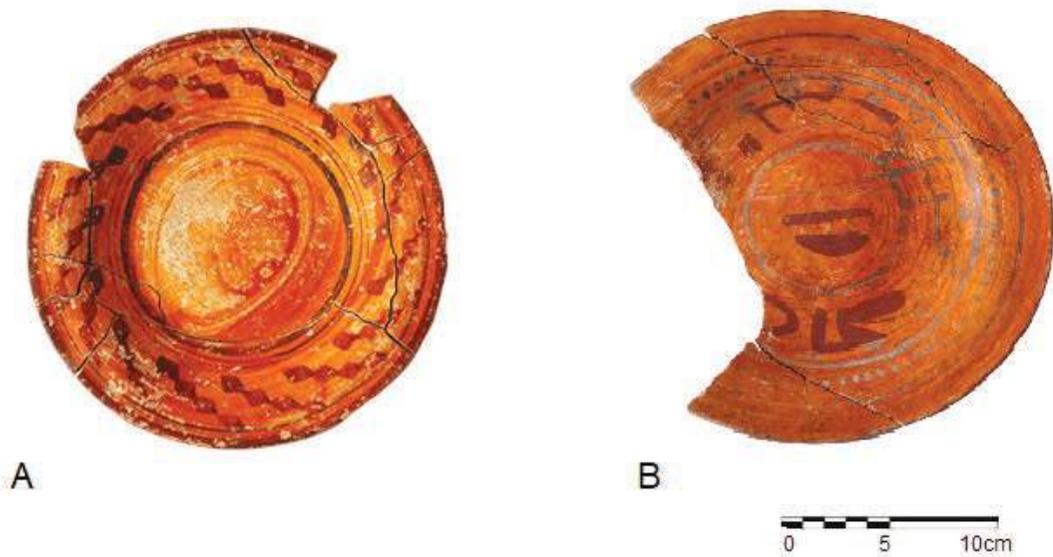


Fig. 19 Platos policromos de Xopanac 1 asociados a los individuos 13 (A) y 14 (B). Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo, modificado por Diez Barroso.



Fig. 20 Cerámica cholulteca detectada en los alrededores de Xopanac 1.
Fotografía: Proyecto Salvamento Arqueológico T.C. San Martín-Huejotzingo,
modificado por Diez Barroso.



Fig. 21 Figurilla antropomorfa con la representación de la diosa Xochiquetzal.

(González Pérez, 2017: 145), que tenía lugar entre el 29 de diciembre y el 17 de enero. Por otro lado, cabe señalar que la mayoría de las deidades femeninas representadas en códices de tradición indígena, las que portan escudo y armas, presentan en su tocado el malacate e hilo, así como también elementos asociados a la luna, reafirmando la asociación bélica con el trabajo textil (figura 22). Los malacates encontrados, principalmente en el Conjunto 3, pueden bien representar una de las actividades productivas del grupo social, así como reafirmar el aspecto bélico del conjunto funerario, siguiendo la propuesta de McCafferty y McCafferty (1994, en González Pérez, 2017: 151), en la que dichos elementos constituyen metáforas de las armas empleadas en la guerra.

En cuanto a los conjuntos 1 y 2, se encontraron dos ornamentos que señalan el estatus social de los individuos que lo portaban; se trata del bezote o *tentel*, “piedra del labio”, adorno de piedra preciosa de obsidiana que portaban los valientes como muestra de su valor (Siméon 2004: 481; Lowe 2004: 49). En las representaciones de los códices de tradición indígena, los bezotes eran utilizados por importantes guerreros; incluso, Alfonso Caso llegó a proponer que la presencia de este ornamento es característico de la región Puebla-Tlaxcala (Hermann, 2007: 58). Entre los mexicas, como entre varias etnias mesoamericanas, el uso de bezotes de materiales preciosos se asocia a las



Fig. 22 Fragmento de la lámina 11 del *Códice Nuttall*, donde un personaje femenino con nariguera lunar, asociado con malacates tanto en su tocado como en frente de ella, interactúa con un guerrero jaguar. Imagen cortesía de Trustees of British Museum, redibujada por Diez Barroso.

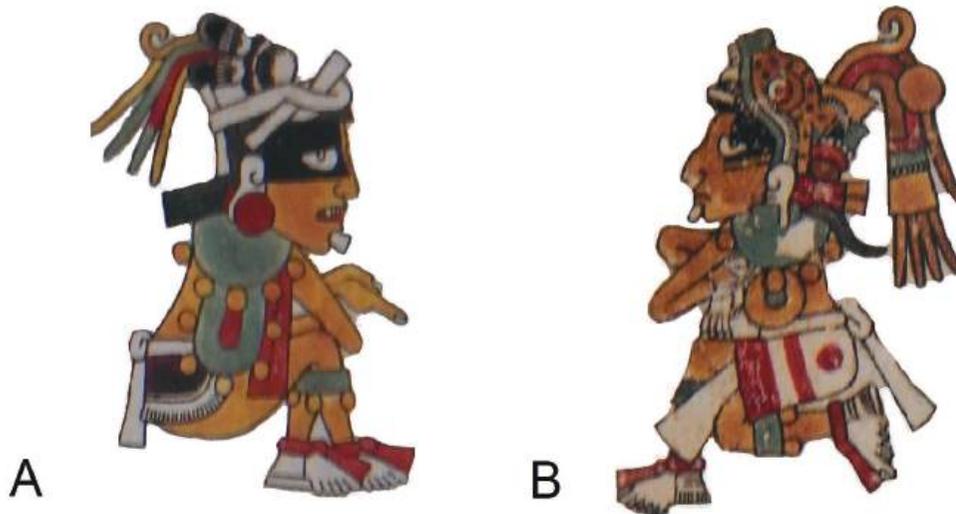


Fig. 23 Representaciones de guerreros portando bezotes en las láminas 63 (A) y 52 (B) del *Códice Nuttall*. Imagen cortesía de Trustees of British Museum, redibujada por Diez Barroso.



A



B

Fig. 24 A) Fragmento de la lámina 24 del *Códice Vindobonensis*, en donde se observa a Ehecatl, numen del viento, tocando un *omichichahuatzli* sobre un cráneo humano; Imagen cortesía de Trustees of British Museum, redibujada por Diez Barroso. B) *Omichichahuatzli* asociado al individuo 1 de Xopanac 1.

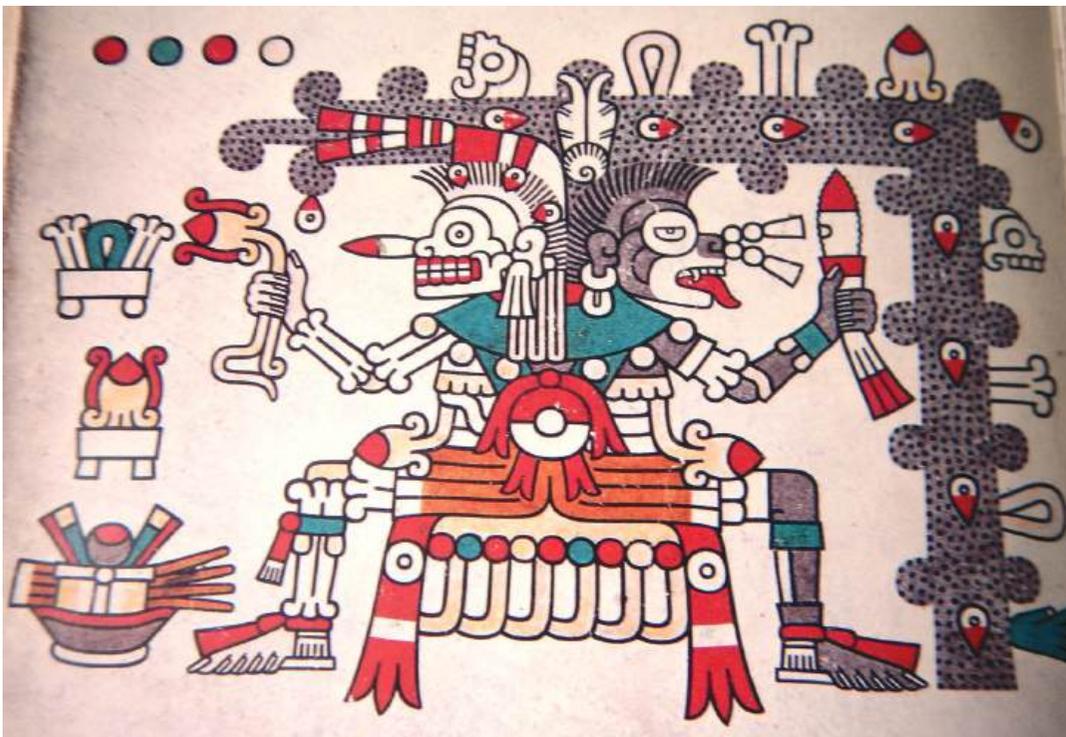


Fig. 25 Lámina 14 del *Códice Laud*. Con la dualidad de la muerte y el *ozomatli*, mono, éste último asociado a la noche. Imagen cortesía de Trustees of British Museum, redibujada por Diez Barroso.



Fig. 26 Vista general del área de enterramientos de Xopanac 1.

hazañas guerreras y la jerarquía militar (figura 23). Por lo general, eran otorgados a los capitanes, quienes capturaban determinado número de prisioneros en la guerra, así como por los comerciantes que también se destacaron en alguna acción valerosa (Lowe, 2004: 52-53).

Otro de los objetos destacados del Conjunto 2 es un *omichicahuaztli*, elaborado con una tibia humana, el cual se encontró en mal estado de conservación. Si bien este tipo de instrumentos se encuentran documentados desde el Preclásico tardío (600-200 a.C.), en varias regiones de Mesoamérica es a partir del Posclásico (900-1521 d.C.) que aumenta su presencia (Zalaquett *et al.*, 2020: 34). Su función se encuentra asociada con la guerra y dentro de contextos mortuarios (figura 24), ya sea que este instrumento haya sido un trofeo en el cual se grababa en cada estría el número de cautivos de guerra, o bien, era parte de las ceremonias fúnebres de personajes importantes o guerreros muertos en batallas (Sánchez y Higelin, 2014: 102-103). Tanto el bezote de obsidiana como la presencia del *omichicahuaztli* son elementos que indican que algunos de los personajes que integran este conjunto, formaron parte de la milicia y que incluso pudieron ser guerreros o capitanes de alta jerarquía.

Por cuanto corresponde al *ozomatli*, “mono”, representado en un mango de sahumerio policromo, éste es un animal asociado con el calendario, la fertilidad la

gracia, que en algunos códices de tradición indígena, como en la lámina 14 del *Códice Laud* (figura 25), se asocia con la dualidad de la muerte y la región del inframundo. Este animal también es muy recurrente en algunas representaciones de la vajilla policroma de tipo Albina de Cholula, perteneciente a la fase Cholulteca III, entre los años 1325 a 1521 d.C. (Rojas, 2008), cuyo tipo al parecer es el mismo del sahumerio descrito.

Finalmente, el Conjunto 1 ha sido considerado como el principal, debido a dos factores fundamentales: el primero es la composición del entierro dual, constituido por una pareja de individuos de sexo masculino y femenino, mientras que el segundo son los objetos asociados a su ajuar funerario. En el caso del individuo masculino (Individuo 11), éste portaba un bezote de obsidiana negra con una perforación circular al centro, lo que indica mayor trabajo realizado que el bezote que portaba el Individuo 5 del Conjunto 2, motivo por el cual se ha considerado de mayor jerarquía. La práctica de los enterramientos duales es algo recurrente en Mesoamérica, aunque poco documentado; en el caso del complejo mortuario se puede inferir que la colocación de los personajes que constituyeron el Conjunto 1, representa la concepción dual divina de la cosmovisión mesoamericana, aunado a que las características de todo el complejo mortuario indican la reproducción de la memoria social del grupo, en cuanto a sus acti-

vidades, plasmadas principalmente a las artes textiles asociadas a la guerra mediante la alusión a las diosas lunares de la vida y la muerte, entre ellas Xochiquetzal.

Consideraciones finales

Los sistemas de enterramiento, en todas las culturas y a lo largo del tiempo, son prácticas culturales que guardan un alto grado de complejidad en cuanto a significados y simbolismo, debido, entre otras cosas, a las implicaciones sociales que guardan. Detrás de lo que se puede observar en el registro arqueológico, subyacen diversas prácticas rituales asociadas a los procesos que conlleva la muerte. Los espacios funerarios, entonces, son significantes de la memoria social del grupo, además de reflejar procesos sociales, políticos y económicos (Seldes, 2014: 92).

Gracias al enfoque de investigación bajo el análisis por conjuntos (*cluster analysis*), se observó un discurso mortuorio basado en el género de los individuos asociados con los objetos que formaban parte de sus respectivos ajuares funerarios. Este patrón conformado por los tres conjuntos semi-concéntricos, presentó en su núcleo a la dualidad, que en el pensamiento mesoamericano se concreta en el concepto del Omeyocan, “lugar de la dualidad”, donde mora la pareja suprema, concepción que era común tanto para mexicas como tlaxcaltecas (López Austin, 2016: 122). La parte externa del complejo de conjuntos, conformado por el Conjunto 3, también refleja un importante concepto ideológico relacionado con la presencia implícita de las divinidades femeninas vinculadas con la guerra y el arte textil. Estas actividades no se encontraban supeditadas necesariamente por el género, ya que tanto mujeres como hombres participaban de alguna manera en ambas labores. En los códices se observan a deidades o personajes femeninos asociados con los malacates para hilar en sus prendas, y que también portan escudos y flechas, mientras que en los entierros de Xopanac 1, algunos individuos masculinos se relacionaron con objetos utilizados para la manufactura textil.

Por lo anterior, se corrobora la hipótesis que sugiere que el grupo allí asentado plasmó en su patrón mortuorio un discurso ideológico reflejado en su estructura sociopolítica, la cual es una tradición mesoamericana ligada, entre otros elementos, a la presencia de mujeres-diosas guerreras, portadoras de los instrumentos para hilar, en asociación con guerreros, y al centro de todo, una dualidad rectora. Ello refleja la reproducción en el plano del Mictlan, o “región de los muertos”, del esquema ideológico de una sociedad, en la que el papel de hombres y mujeres giraba en torno a la milicia, lo que puede reivindicar la

marcada territorialidad de dicho grupo social, dentro de un entorno de inestabilidad política. No hay que pasar por alto que Huexotzingo mantuvo, durante el Posclásico tardío, un tipo de relaciones complejas con los pueblos vecinos, en las que llegó a ser aliado y enemigo, en un afán de asegurar y expandir su dominio mediante conquistas.

La presencia de algunos individuos que formaron parte de entierros colectivos, es decir, dentro de la misma fosa, sugiere que su inhumación pudo ser simultánea. Corresponderá a una futura investigación determinar si su muerte pudo haber sido inducida, posiblemente como un sacrificio encaminado a preservar dicha estructura sociopolítica militarista, o bien, pudo responder a causas, como, por ejemplo, una matanza debido a una derrota militar o a algún otro motivo.

Bibliografía

Arnaud Salas, María

2014 *Procedencia y dieta de una muestra ósea de La Ventilla 92-94, Teotihuacan*. Tesis de Maestría en Antropología. IIA-UNAM, México.

Azkarate, Agustín, García-Gómez, Ismael y Mesanza-Moraza, Amaia

2018 Análisis clúster: un primer paso sobre técnicas cuantitativas en arqueología de la arquitectura. *Arqueología de la Arquitectura*, (15): e066. Recuperado de: <<https://doi.org/10.3989/arq.arqt.2018.014>>.

Cabrera Castro, Rubén

1999 Las prácticas funerarias de los antiguos teotihuacanos. En L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan* (pp. 503-539). México, IIA-UNAM.

Cabrera Castro, Rubén y Serrano Sánchez, Carlos

1999 Los entierros de la Pirámide del Sol y del Templo de Quetzalcoatl, Teotihuacan. En L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan* (pp. 345-398). México IIA-UNAM.

Carballo, David M.

2006 Transformaciones sociales proto-urbanas y organización de la comunidad en La Laguna, Tlaxcala, durante el Preclásico tardío. Informe presentado a FAMSI. Recuperado de: <<http://www.famsi.org/reports/05018/index.html>>.

Cepeda Cárdenas, Gerardo

1997 El salvamento arqueológico en el aeropuerto de Puebla. En *Symposium internacional de investigación de Huexotzincó* (pp. 27-36). México, INAH.

Chiquito Cortés, Erik, Morales, Carlos A., Rascón, Rogelio A., Luna, Thalía I. y Pérez Chávez, Thania

2018 Salvamento arqueológico terminal petrolífera Huejotzingo, Puebla 2018. Mecanoescrito. México, Archivo Técnico del Centro INAH Puebla.

Clayton, Sarah C.

2009 Diversidad ritual e identidades sociales: un estudio de los comportamientos funerarios en Teotihuacán, México. Informe presentado a FAMSI. Recuperado de: <<http://www.famsi.org/reports/06046es/index.html>>.

Cornero, Silvia y Puche, Rodolfo C.

2002 Criba orbitalia (hiperostosis porótica) en una población prehistórica del Paraná medio. *Medicina*, 62 (2): 169-172. Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.medicinabuenosaires.com/demo/revistas/vol6202/2/v62_n2_p169_172.pdf>.

Dávalos López, Enrique

2002 *Templanza y carnalidad en el México prehispánico. Creencias y costumbres sexuales en la obra de los frailes historiadores*. México, El Colegio de México/Programa de Salud Reproductiva y Sociedad (Documentos de Trabajo, 10).

Diez-Barroso Repizo, Alberto y Pineda Arzola, Hiram

2017 Salvamento arqueológico para la construcción del tramo carretero vía San Martín-Huejotzingo. Informe final presentado al Consejo de Arqueología-INAH. México.

Goggin, John

1968 *Spanish Majolica in the New World. Types of the Sixteenth to Eighteenth Centuries*. New Haven, Yale University (Publications in Anthropology, 72).

González Cruz, Arnoldo

1984 Excavaciones en el presbiterio del templo del ex Convento de San Miguel Huejotzingo. En *Investigaciones recientes en el área maya. XVII Mesa Redonda*, t. IV (pp. 157-167). México, Sociedad Mexicana de Antropología.

González Miranda, Luis Alfonso

2009 *Entierros de Teotihuacán explorados de 1980 a 1982*. México, INAH (Catálogos).

González Pérez, Damián

2017 Mujeres tejedoras, diosas guerreras. Mitos de la tradición textil de comunidades zapotecas de la Sierra Sur de Oaxaca. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (54): 138-157. México, CIESAS.

Hermann Lejarazu, Manuel A.

2007 Símbolos de poder: un análisis comparativo entre la iconografía del Clásico maya y los códices mixtecos. *Estudios de Cultura Maya*, 30.
2008 Religiosidad y bultos sagrados en la Mixteca prehispánica. *Desacatos*, (27): 75-94, mayo-agosto. México, CIESAS.

Hernández Sánchez, Gilda

2012 El estilo Mixteca-Puebla y la cerámica policroma de Cholula. La loza en la que comía Moctezuma. *Arqueología Mexicana*, XX (115): 54-59. México, Raíces.

Hodge, Mary y Minc, Leah D.

1991 Aztec-Period Ceramic Distribution and Exchange Systems. Final Report to the National Science Foundation. Washington, D.C.

Joyce, Rosemary A.

1999 Social Dimensions of Pre-Classic Burials. En David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica* (pp. 1-14). Washington, D.C., Dumbarton Oaks.

Kabata, Shigeru, Murakami, Tatsuya, López, Julieta M. y Chávez V., José Juan

2014 Dinámicas de interacción en la transición del Formativo al Clásico. Los resultados preliminares del Proyecto Arqueológico Tlalancalca, Puebla 2012-2014. *Boletín del Instituto de Estudios Latinoamericanos de Kyoto*, (14): 73-105.

Lagunas Rodríguez, Zaid y Hernández Espinoza, Patricia Olga

2015 *Manual de osteología*, 3ª. ed. México, INAH.

Landa Abrego, María Elena

1962 *Contribución al estudio de la formación cultural del valle Poblano-Tlaxcalteca*. México, SEP-INAH/ Instituto Poblano de Antropología e Historia.

López Austin, Alfredo

2016 La verticalidad del cosmos. *Estudios de Cultura Náhuatl*, (52): 119-150. México, UNAM.

López García, Román

1984 Informe preliminar del rescate arqueológico del aeropuerto de Huejotzingo. Mecanoescrito. México, Archivo Técnico del Centro INAH Puebla.

Lowe, Lynneth S.

2004 Los bezotes como símbolos de jerarquía militar en el México antiguo. *Revista de Estudios Mesoamericanos*, (6): 48-54. México, UNAM.

Lynn Nado, Kristin

2017 *Dietary practices, socioeconomic status, and social mobility at Teotihuacan, Mexico*. Tesis de Doctorado en Filosofía. Arizona State University.

Manzanilla, Linda R.

2018 *Teopanazgo como centro de barrio multiétnico de Teotihuacan. Los sectores funcionales y el intercambio a larga distancia* (pp. 157- 180). México, IIA-UNAM.

Manzanilla, Linda, Millones, Mario y Civera, Magali

1999 Los entierros de Oztoyahualco 15B:N6W3. En L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan* (pp. 247-284). México, IIA-UNAM.

McCafferty, Geoffrey

1996 The Ceramics and Chronology of Cholula, Mexico. *Ancient Mesoamerica*, 7 (2): 299-233. Cambridge University Press.

McCafferty, Geoffrey y McCafferty, Sharisse D.

1994 Engendering Tomb 7 at Monte Alban. Respinning an Old Yarn. *Current Anthropology*, 35 (2): 143-166.
1999 The Metamorphosis of Xochiquetzal. A Window on Womanhood in pre-and Post-Conquest Mexico. En T.L. Sweely (ed.), *Power: Gender and the Interpretation of Power in Archaeology* (pp. 103-125). Londres, Routledge.

Merlo Juárez, Eduardo

1981 Informe de los trabajos arqueológicos en el proyecto Huejotzingo 1980-1981. Mecanoescrito. México, Archivo Técnico del Centro INAH Puebla.

Morales Cano, Lucero, Pérez Alemán, Elisa, Merlo Juárez, Eduardo y Ocaña del Río, Bertha

2014 *Huejotzingo. Su historia escrita en barro*. México, INAH.

Paredes, Carlos S.

1997 La frontera huexotzinca-mexica: algunos aspectos de su formación histórica. En *Simposium internacional de investigación de Huexotzinco* (pp. 67-76). México, INAH (Científica).

Plunket, Patricia y Uruñuela, Gabriela

2018 *Cholula*. México, FCE/El Colegio de México.

Raby, Dominique

1999 Xochiquetzal en el *cuicacalli*. Cantos de amor y voces femeninas entre los antiguos nahuas. *Estudios de Cultura Náhuatl*, (30): 203-229. México, UNAM.

Rattray, Evelyn C.

1997 *Entierros y ofrendas en Teotihuacan. Excavaciones, inventario, patrones mortuorios*. México. IIA-UNAM.
2001 Teotihuacan: cerámica, cronología y tendencias culturales. INAH-University of Pittsburgh.

Rattray, Evelyn y Civera Cerecedo, Magali

1999 Los entierros del Barrio de los Comerciantes. En L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan* (pp. 149-171). México, IIA-UNAM.

Rojas Martínez Gracida, Araceli

2008 Los entretenedores en los policromos del tipo Albina de Cholula: una propuesta iconográfica. *Arqueología*, (39): 77-91. México, INAH.

Romero, Javier

1935 Estudio de los entierros de la pirámide de Cholula. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5 (2): 5-36. México, INAH.

Sánchez Flores, Ramón

1997 Localización de las primitivas sedes del señorío huexotzinca. En E. de la Lama y M.E. Landa (coords.), *Simposium internacional de investigación de Huexotzinco* (pp. 77- 80). México, INAH.

Sánchez Santiago, Gonzalo y Higelin Ponce de León, Ricardo

2014 *El quego xilla* en la antigua Oaxaca. Una aproximación a los idiófonos de ludimiento. En M. Stöckli y M. Howell (eds.), *Flower World. Music Archaeology of the Americas*, (3): 101-122. Berlín, Ekho Verlag.

Schmidt, Peter

- 1975 Reconocimiento arqueológico en el área central del antiguo Huejotzingo. En *Sociedad Mexicana de Antropología. XIII Mesa Redonda. Balances y perspectivas de Mesoamérica y Centro de México* (pp. 213-221). México, Sociedad Mexicana de Antropología.
- 1979 Investigaciones arqueológicas en la región de Huejotzingo, Puebla. Resumen de los trabajos del Proyecto Arqueológico Huejotzingo. *Comunicaciones*, (16): 169-182. México, Puebla, FAIC.

Seldes, Verónica

- 2014 El transcurrir del tiempo y las prácticas mortuorias: Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana*, 44 (1): 91-104.

Serrano, Carlos y Lagunas, Zaid

- 1999 Prácticas mortuorias prehispánicas en un barrio de artesanos (La Ventilla "B"), Teotihuacan. En L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan* (pp. 35-80). México, IIA-UNAM.

Serra Puche, Mari Carmen, Lazcano, Jesús C, y De la Torre, M.

- 2004 *Cerámica de Xochitecatl*. México, IIA-UNAM.

Serra Puche, Mari Carmen y Civera, Magali

- 1982 Entierros en un sitio Formativo del sur de la Cuenca de México. *Anales de Antropología*, (19): 55-91. México, UNAM.

Sempowski, Martha L., Spence, Michael W. y Storey, Rebeca

- 1994 *Mortuary Practices and Skeletal Remains at Teotihuacan*. Salt Lake City, University of Utah Press (Urbanization at Teotihuacan, Mexico, 3).

Siméon, Rémi

- 2004 *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. México, Siglo XXI.

Storey, Rebecca

- 1992 *Life and Death in the Ancient City of Teotihuacan. A Modern Paleodemographic Synthesis*. Tuscalosa, The University of Alabama Press.

Sujiyama, Saburo y López Luján, Leonardo

- 2006 Simbolismo y función de los entierros dedicatorios de la Pirámide de la Luna en Teotihuacan. En L. López Luján, D. Carrasco y L. Cué (coords.), *Arqueología e historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma* (pp. 131-151). México, INAH.

Talavera González, J. Arturo

- 2020 Informe preliminar de 21 enterramientos provenientes del salvamento para la construcción del tramo carretero San Martín-Huejotzingo. Mecanoescrito. México, Archivo Centro INAH Puebla.

Tello, Mario

- 1992 *El convento de San Miguel de Huejotzingo, Puebla*. México, INAH.

Zalaquett Rock, Francisca, Bautista, Josefina, Véliz, Alejandro, Bellomina, Valeria y Suguey, Dulce

- 2020 Estudio interdisciplinario de idiófonos ludidos (*omichicahuaztli*) procedentes de las excavaciones de Teotenango, Estado de México. *Indiana. Estudios Antropológicos sobre América Latina y el Caribe*, 37 (1): 33-66. Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut. Recuperado de: <<https://journals.iai.spk-berlin.de/index.php/indiana/article/view/2727>>.

Enah Montserrat Fonseca Ibarra
Centro INAH Baja California
Fiorella Fenoglio Limón
Centro INAH Querétaro

Los petrograbados de Rancho Amado, El Rosario, B.C. ¿Una muestra del estilo Abstracto Septentrional?

Resumen: El sitio Rancho Amado destaca por la diversidad de sus petrograbados, pero también por su vulnerabilidad. Se localiza en un área de escasos registros de manifestaciones gráfico-rupestres atribuidas al estilo Abstracto Septentrional. Para el análisis de los motivos proponemos una clasificación compatible con las tipologías regionales, suficientemente general para hacer comparaciones entre sitios y tan particular que permita tener una descripción detallada de cada grafismo. En Rancho Amado se identificaron elementos *no figurativos* geométricos divididos en curvilíneos y rectilíneos en proporción similar. Destaca también la presencia de diseños biomorfos, principalmente representaciones de la flora endémica. Proponemos una clasificación para el análisis de las manifestaciones gráfico-rupestres. Asimismo, esperamos que el registro funja de apoyo para las tareas de restauración del sitio y que constituya un acervo para futuros trabajos tanto de investigación como de divulgación del patrimonio arqueológico de Baja California.

Palabras clave: petrograbados, manifestaciones gráfico-rupestres, cazadores-recolectores-pescadores, arte rupestre, Abstracto Septentrional, arqueología de Baja California.

Abstract: Rancho Amado stands out for the diversity of its petroglyphs and for its vulnerability. This site is in an area with few records of rock art attributed to the Northern Abstract style. In this study, we propose a new classification for rock art analysis. For the analysis of motifs, we propose a classification compatible with the established regional typologies that is general enough to allow comparisons between sites and sufficiently particular to allow for a detailed description of each petroglyph. In Rancho Amado, geometric non-figurative elements were identified and grouped into curvilinear and rectilinear groups in similar proportions. The presence of biomorphic designs, which were mainly representations of endemic flora, was also noteworthy. We expect that our results will provide support for the restoration of this site while serving as a reference for future research and efforts to communicate the archaeological heritage of Baja California.

Keywords: petroglyphs, hunter-gatherer-fishers, rock art, Northern Abstract, Baja California archaeology.

La gran cantidad y diversidad de campamentos localizados en la región de San Quintín-El Rosario pone de manifiesto la compleja e intensa ocupación de la zona por más de 8 000 años (Fonseca, 2018b; Fonseca y Guía, 2020; Moore, 1999, 2001, 2010). Por esta razón, resultaba enigmática la escasez de sitios con manifestaciones gráfico-rupestres (CINAH-BC-SIG, 2019), considerando además que la pintura y el petrograbado fueron de las expresiones más significativas de los antiguos pobladores de la península de Baja California (Castillo *et al.*, 1994; Crosby, 1975; Ewing, 1985; Fonseca, en prensa; Fonseca y Amador, 2019; Gutiérrez, 2013; Gutiérrez y Hyland, 2002; Grant, 1974; Hambleton 1979; Hedges, 1970, 2008; Meighan y Pontoni, 1978; Ritter, 1991; Rubio, 2012; Uriarte, 1981; Viñas, 2005; Viñas y Hambleton, 2005).

Como resultado de las temporadas de campo 2017 y 2018 del Proyecto “Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos” (Fonseca, 2018a, 2019a) y del trabajo en colaboración con la asociación civil, Terra Peninsular (Fonseca *et al.*, 2019; Fonseca y Mejía, 2017; López *et al.*, 2018), establecimos contacto con pobladores de El Rosario que conocían sitios con “pintas antiguas”. Fue así que la temporada 2019 del proyecto estuvo destinada al registro de sitios con

manifestaciones gráfico-rupestres, principalmente petrograbados, en el área de la población mencionada.

Los sitios identificados hasta el momento consisten en distintos soportes —tanto frentes rocosos como bloques disgregados— donde se grabaron, con la técnica de desgaste, motivos geométricos, fitomorfos y abstractos. Varían en tamaño, cantidad de paneles, conjuntos y elementos, ya que van desde bloques aislados con un motivo, hasta paneles completos con cientos de ellos. En cuanto a los materiales arqueológicos asociados, la generalidad es su ausencia, es decir, que, en términos generales, no hay evidencias o son pocos los casos donde se localizaron.

El primer acercamiento al registro de los sitios con petrograbados en El Rosario indica que, esa aparente ausencia de manifestaciones gráfico-rupestres en la zona, responde más bien a la falta de trabajo para la identificación de este tipo de sitios. Por ello, parte de los objetivos de la presente investigación es ir generando información con la intención de delinear y definir patrones estilísticos, de distribución en el territorio y probables filiaciones culturales. Como primer paso, en el presente artículo daremos a conocer las características de un sitio que destaca por la diversidad de sus diseños y su vulnerabilidad: Rancho Amado.

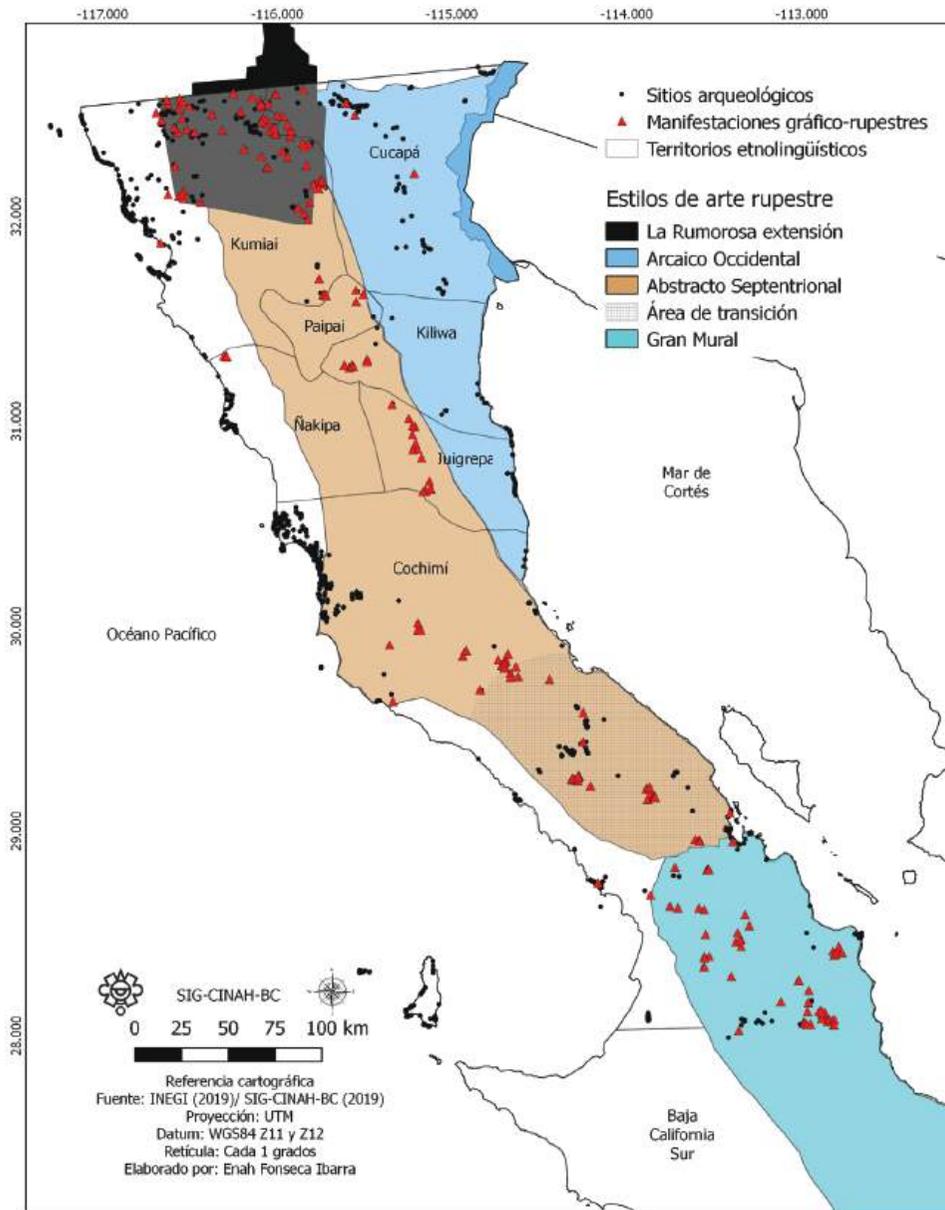


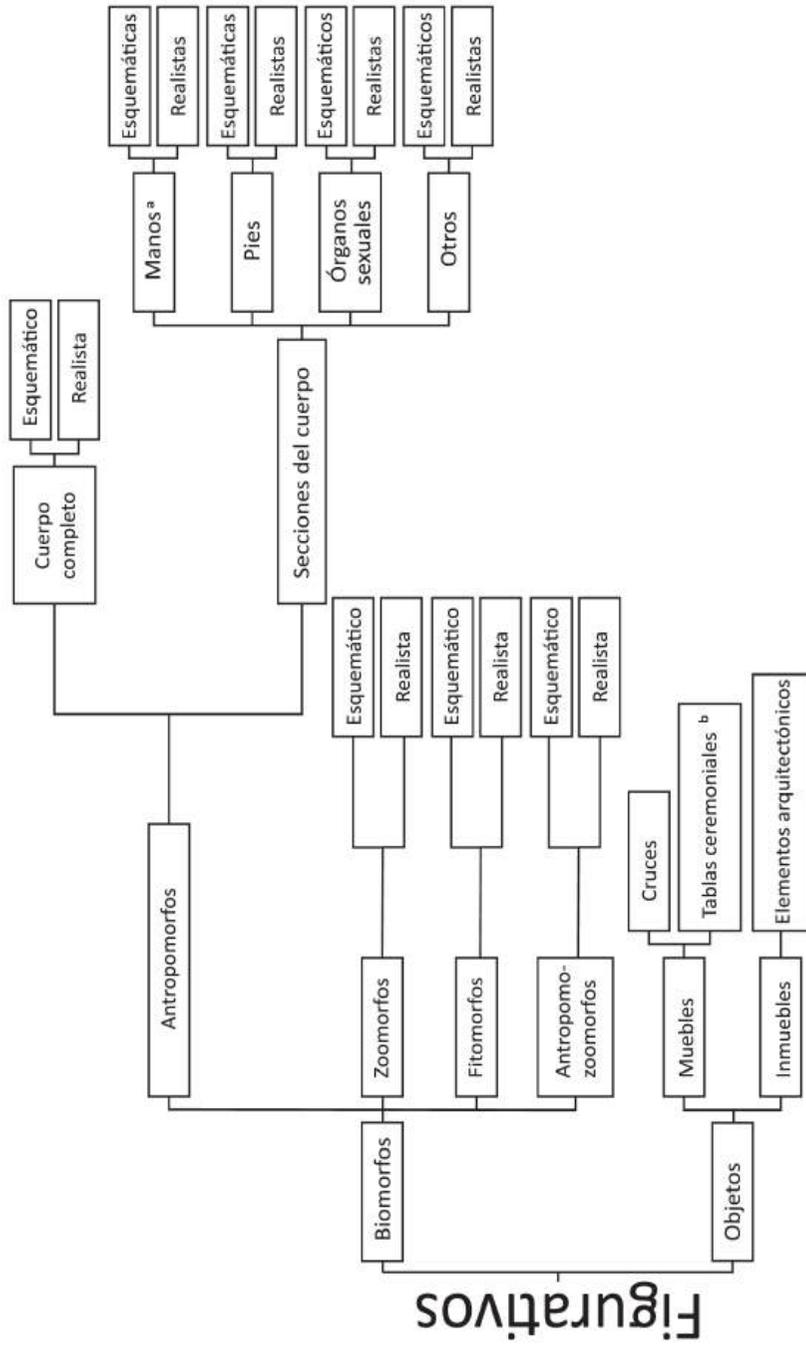
Fig.1 Los puntos negros indican los sitios arqueológicos registrados en Baja California; los triángulos rojos, las manifestaciones gráfico-rupestres. Además, se señalan los territorios etnolingüísticos tomados de Meigs (1939) y fronteras estilísticas de Ritter (1991) y Fonseca y Amador (2019).

Área de estudio: El Rosario

El Rosario, Baja California, se localiza a 300 km al sur de la línea fronteriza con Estados Unidos de América (EUA). El centro de población se encuentra en el ejido Reforma Agraria Integral, a 161 km al sur de San Quintín y 119 km al norte del poblado Cataviña.

La fisiografía de la región es muy diversa, ya que se pueden encontrar sierras, valles, mesetas, así como cauces de arroyos que desembocan en el océano Pacífico. Es un territorio definido, a su vez, por dos áreas geográficas con recursos que, como señala Moore

(2010), debieron ser importantes para los grupos prehistóricos: la bahía de San Quintín al norte y la cuenca del río Rosario al sur. Al este de la costa, la cordillera principal de Baja California llega a una elevación máxima de 3 100 metros. La sierra de San Pedro Mártir desciende de norte a sur y, en su parte austral, la cordillera peninsular disminuye en forma gradual: hay cuevas menores, valles pequeños y algunas llanuras intermontanas también pequeñas. Hacia el este se encuentra la sierra Santa Isabel, cuya cuesta por la parte oriente termina en el desierto de San Felipe y el Golfo de California (INEGI, 2001).



a. Las manos posteriormente pueden ser divididas de acuerdo con su técnica de manufactura como improntas al positivo, al negativo o delineadas. En este esquema no se incluyen esas categorías porque se basa únicamente en la morfología de los diseños.

b. Se debe tener precaución en definir un diseño como tabla ceremonial (ver Hedges, 1973a). A menos que se tengan suficientes elementos para interpretarlo como tal sería preferible clasificarlo como un elemento no figurativo, rectilíneo, cuadrilátero, compuesto.

Fig. 2 Clasificación de diseños figurativos. Modificado de Viramontes (2005).

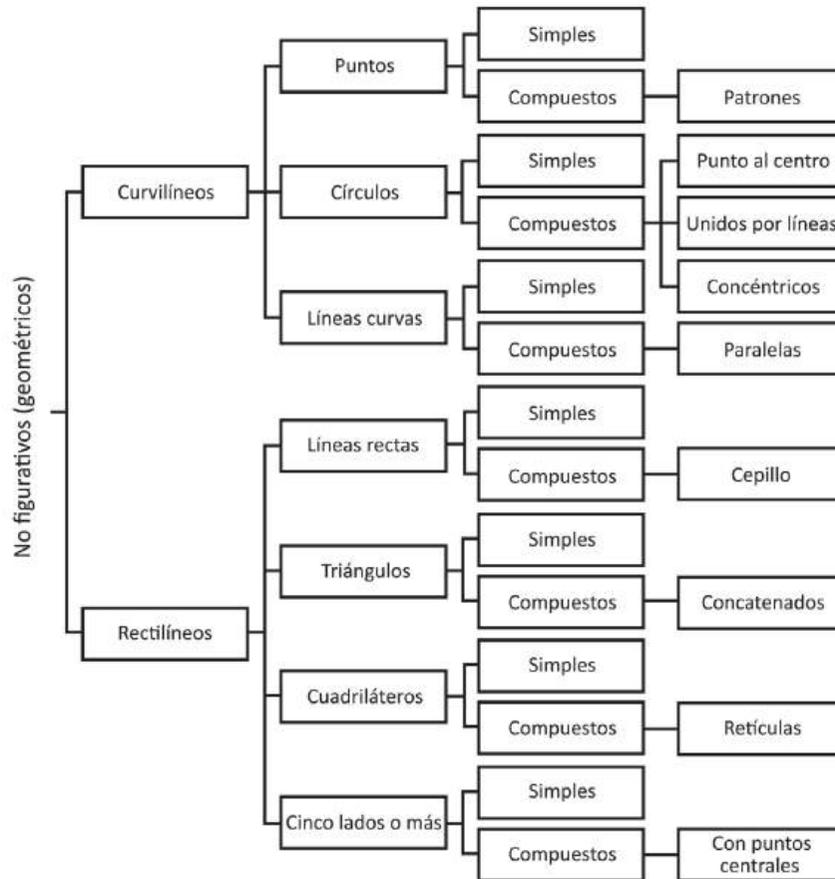


Fig. 3 Clasificación de diseños No Figurativos. Modificado de Viramontes (2005).

Fronteras etnolingüísticas, complejos arqueológicos y estilos pictóricos

De acuerdo con diferentes investigadores, nuestra área de estudio fue ocupada por grupos relacionados lingüísticamente con el cochimí. Massey (1949), resumiendo e interpretando los datos etnográficos que tenía disponibles, propuso un primer mapa lingüístico de la península y distinguió seis grupos lingüísticos dentro del cochimí o “yumano peninsular”, el cual subdividió en borjeño, ignacieño, cadegomeño, laymon, monqui y didiu. De tal manera, en un principio, Massey (1949) trató el cochimí como una rama de la familia yumana; sin embargo, cuando Mixco (1978) analizó la evidencia disponible, concluyó que el cochimí debería ser considerado una familia lingüística cercanamente relacionada con la familia yumana, pero que debía ser separada.

Según Aschmann (1959), los cochimí eran una serie de grupos étnicos relacionados cultural y lingüísticamente entre sí, distribuidos desde la misión de Loreto hasta la de El Rosario (Mixco, 2010). Los misioneros

identificaron a estos grupos por un vocablo utilizado por los nativos para referirse al lugar en que vivían o, bien, por la cercanía de alguna de las misiones jesuíticas (Garduño, 2019). Los habitantes de El Rosario fueron designados como borjeños, porque la última misión jesuítica al norte del paralelo 28° era la misión de San Borja (León-Portilla, 1983).

Ahora bien, es necesario hacer una distinción entre los grupos etno-lingüísticos que fueron documentados por los primeros exploradores y misioneros, de aquellos restos materiales de los grupos prehistóricos tardíos. Al complejo arqueológico se le ha denominado *comondú* y, aunque se registra una serie de debates en torno a su definición (Massey, 1966; Ritter, 1986; Gutiérrez y Hyland, 2002; Mendoza, 2004), es importante considerar que las fronteras etno-lingüísticas pueden no coincidir con las regiones arqueológicas ni con las fronteras estilísticas, y que esto podría deberse a cuestiones temporales.

Sería ideal contar con la datación de las pinturas y, aunque es uno de los aspectos más difíciles del estudio de las manifestaciones gráfico-rupestres, se han hecho

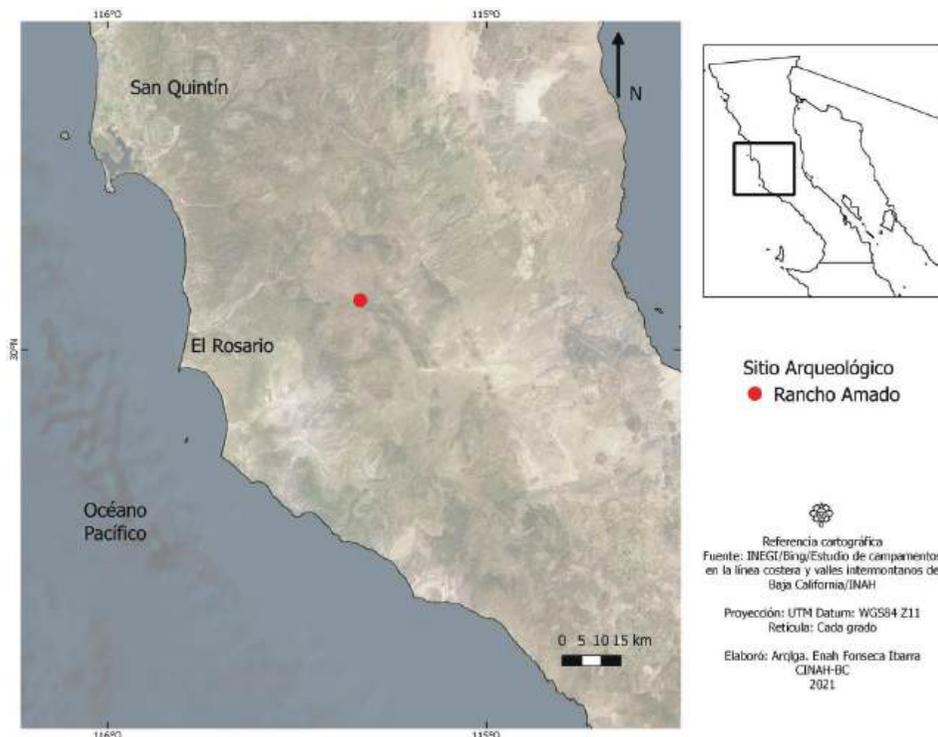


Fig. 4 Región San Quintín-El Rosario. En rojo la ubicación del sitio arqueológico Rancho Amado.

esfuerzos por realizar fechamientos directos, particularmente en la región central de la península de Baja California (Gutiérrez y Hyland, 2002; Watchman *et al.*, 2002; Ritter *et al.*, 2011).¹ Dado que la técnica y los resultados son otro tema de debate, como una alternativa se han hecho fechamientos a partir de las asociaciones culturales de materiales encontrados en los abrigos rocosos o cercanos a los paneles, entre ellos carbón, concha, obsidiana, cerámica y determinadas puntas de proyectil (Meighan, 1978; Ritter *et al.*, 2011). Sin embargo, eso no implica, necesariamente, una datación de los paneles, pues no se puede establecer su contemporaneidad. Una forma adicional de establecer el uso prolongado de las tradiciones pictóricas, ha sido la introducción de elementos novohispanos como cruces cristianas, caballos o mulas, y enseres nuevos en la región (rifles y sillas, entre otros) (LaFave, 2005; Hedges, 2008, 2013).

Las manifestaciones gráficas localizadas en El Rosario podrían pertenecer al estilo denominado Northern Abstract o Abstracto Septentrional, estilo que fue definido por Ewing (1988) y señala que se carac-

teriza por la alta densidad de diseños geométricos.² De acuerdo con ella, es un estilo rico en simbolismo y metáforas; su carácter sagrado se manifiesta en la selección de sitios de tipo privado, en comparación con los sitios públicos que presentan estilo Gran Mural. En esta zona, tras la clasificación de Ritter (1991), se incluyen tanto pictografías —principalmente en el sector sur— como petrograbados —en el sector norte—; aunque abundan los motivos geométricos, es posible observar algunas figuras representacionales/naturalistas (figura 1).

Las fronteras del estilo Abstracto Septentrional son difíciles de precisar porque los sitios registrados presentan fuertes semejanzas con los estilos contiguos, tanto con el área de Gran Mural al sur (Crosby, 1975; Ewing, 1985; Ritter, 1991; Gutiérrez y Hyland, 2002) como con sitios ubicados al norte, estilo La Rumorosa (Hedges, 1970 y 2008; Fonseca y Amador, 2019; Ewing, 1985: 12; 1986: 70-71; Ewing y Robin, 1987: 120).

A pesar de la problemática antes descrita sobre los fechamientos, el estilo Abstracto Septentrional parece

¹ Como señala Gutiérrez (2013), la datación AMS en muestras de pintura rupestre es objeto de una severa controversia, sobre todo en lo relativo a la pureza de las muestras y el origen del carbón, a partir del cual se obtuvieron las fechas. No obstante, es posible que se resuelva el debate a la luz del análisis de un mayor número de muestras, comprensión de los paneles y técnicas más sofisticadas.

² Corresponde al estilo denominado por Grant (1974) como Cochimi Abstract. El concepto fue abandonado debido a su asociación con los grupos que habitaban la península al momento del contacto novohispano y no necesariamente con los creadores de esas manifestaciones (Ritter y Correa-Ritter, 2013: 181). Además, se considera preferible el uso de términos geográficos, porque un mismo estilo también pudo ser producido por más de un grupo cultural (Hedges, 1970).

**RANCHO AMADO
 VISTA PANORÁMICA**

PANEL 1

PANEL 2

PANEL 3
Fig. 5 Rancho Amado: vista general de los paneles 1, 2 y 3.

remontarse a finales del periodo Arcaico, principios de la Prehistoria tardía —alrededor de 3000 años A.P. (Meighan, 1978; Ritter *et al.*, 2011)—. El estilo Gran Mural para el centro de la península, también podría corresponder a este momento, con un probable incremento de la actividad pictórica hacia 1500 años A.P. (Gutiérrez y Hyland, 2002; Hyland, 2010).³

Teniendo en cuenta las advertencias, antes mencionadas, sobre las filiaciones culturales, pero considerando los fechamientos absolutos y relativos, es posible que las manifestaciones gráfico-rupestres se puedan atribuir a pueblos proto-cochimiés (Gutiérrez y Hyland, 2002: 346); sin olvidar que se estaría haciendo referencia a una diversidad de formas de expresar y enfrentar la vida en el desierto (Aschmann, 1959; Garduño, 2019), y uno de los mejores ejemplos son las diferencias en las tradiciones estilísticas. Existen variaciones subregionales dentro de un mismo complejo pictórico

³ Al sur del paralelo 28o, para el estilo Gran Mural se han obtenido fechamientos de alrededor de 7500 años A.P. en la Cueva San Borjitas, Sierra de Guadalupe, Baja California Sur (Watchman *et al.*, 2002). De acuerdo con ello, la secuencia histórico-cultural de la región se remontaría desde el final del Paleoindio y el Arcaico, hasta la Prehistoria tardía y los periodos posteriores al contacto misional. La cúspide de la distribución descende hacia los siglos xv y xvi d.C., durante el periodo Prehistórico tardío comondú, que integra la cultura material de los hablantes de cochimi del periodo histórico en región (Massey, 1966; Gutiérrez y Hyland, 2002).

que, más que libertades artísticas, pueden ser resultado de procesos más complejos de variaciones inter e intraculturales, difusión y préstamos culturales (Ritter, 1991). La presente investigación intenta aportar elementos para una mayor y mejor definición de las diferencias y similitudes estilísticas; para ello, se analizan los diseños identificados en el sitio arqueológico Rancho Amado, localizado en la región de El Rosario, Baja California.

Metodología

La metodología empleada comprende cinco fases de trabajo: 1) recopilación de la información documental y gráfica de los sitios por región, 2) selección y verificación de los sitios en campo, 3) creación de una base de datos (que implica la clasificación y la definición de las categorías de análisis) y actualización del Sistema de Información Geográfica (SIG), 4) composiciones digitales y, finalmente, 5) la presentación de resultados. Por cuestiones de espacio no desarrollaremos cada una de ellas en este artículo y nos centraremos en la creación de la base de datos de los motivos observado en la gráfica rupestre de Rancho Amado (la descripción en extenso de la metodología se puede consultar en Fonseca, 2011, 2019a y Fonseca y Fenoglio, 2021).



Sitio Rancho Amado
Panel 1
Conjunto 1



Elaboró: EFI/FLL/HSM
Septiembre 2019

Fig. 6 Rancho Amado: Panel 1, Conjunto 1.



Sitio Rancho Amado
Panel 1
Conjunto 2



Sitio Rancho Amado
Panel 1
Conjunto 2



Elaboró: EFI/FLL/HSM
Septiembre 2019



Fig. 7 Rancho Amado: Panel 1, Conjunto 2.



Fig. 8 Probables representaciones de *Crotalus ruber*. Dibujos de Jesús Zarco. Fotos cortesía de Terra Peninsular.



Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos en Baja California



Sitio Rancho Amado
Panel 1
Conjunto 3



Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

Fig. 9 Rancho Amado: Panel 1, Conjunto 3.



Sitio Rancho Amado
Panel 2
Conjunto 1

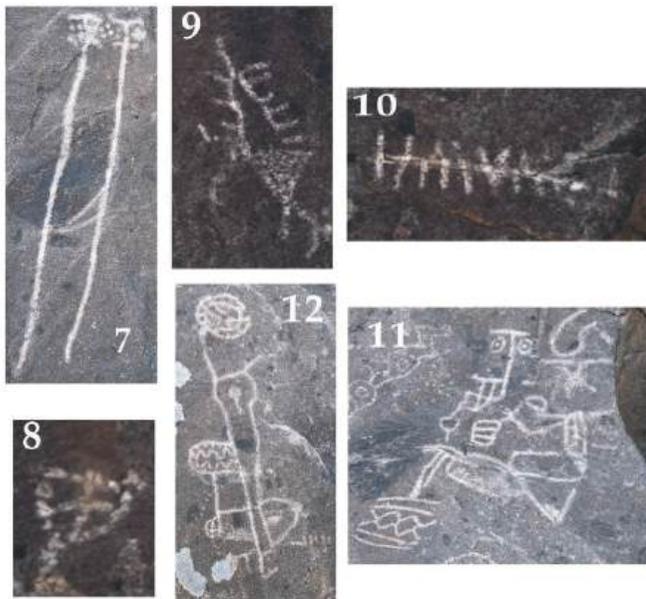


Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

Fig. 10 Rancho Amado: Panel 2, Conjunto 1.



Sitio Rancho Amado
Panel 2
Conjunto 1



Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

Fig. 11 Rancho Amado: Panel 2, Conjunto 1 (continuación 2 de 3).



Sitio Rancho Amado
Panel 2
Conjunto 1



Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

Fig. 12 Rancho Amado: Panel 2, Conjunto 1 (continuación 3 de 3).

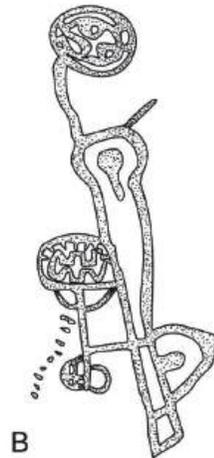
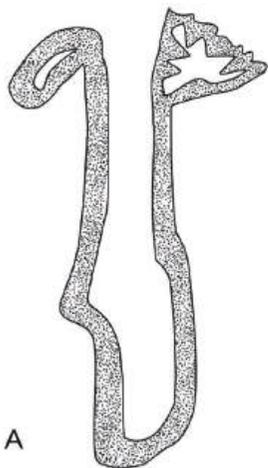


Fig. 13 A) Representación de un cirio florecando. B) Comparación de la representación del fruto de la pitahaya. Dibujos de Jesús Zarco. Fotos cortesía de Terra Peninsular.

A partir de la información obtenida en campo, se creó una base de datos donde se clasificaron los tipos de motivos identificados de acuerdo con la tipología de los grafismos, por categorías y clases con base, inicialmente, en la propuesta de Viramontes (2005). Se realizó el dibujo digital de los paneles y los dibujos digitales de los diseños se insertaron en la base de datos, donde se fueron clasificando de acuerdo con

las categorías antes descritas. Además, se crearon mosaicos de imágenes que pretenden destacar los paneles, conjuntos y elementos. Homologamos la nomenclatura de las descripciones con la clasificación de los motivos en las fotografías para facilitar la comprensión del texto.

Es importante señalar que para la clasificación de los motivos, fue necesario adaptar la propuesta

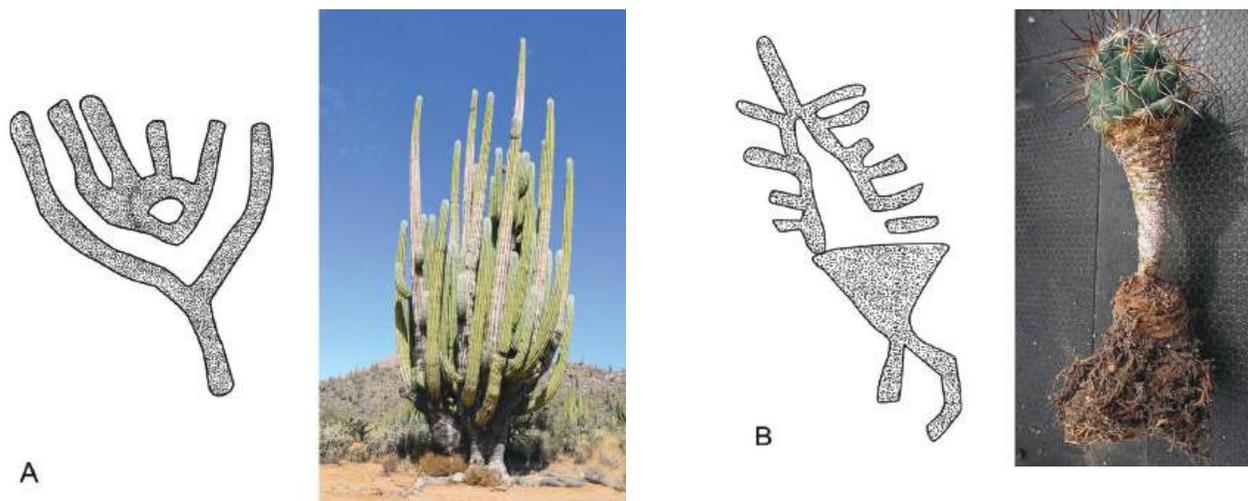


Fig. 14 A) Representación de los cardones (foto de Enah Fonseca). B) Representación de una biznaga con raíz (imagen recuperada de: <<https://garden.org/plants/view/162130/Biznaga-Partida-con-Cuello-Coryphantha-wohlshlageri/>>). Dibujos de Jesús Zarco.

de Viramontes (2005), ya que, conforme fuimos desarrollando el análisis, nos dimos cuenta de que era necesario seleccionar categorías suficientemente generales que permitieran la comparación con otros sitios y que fueran compatibles con tipologías regionales (Meighan y Pontoni, 1978; Ritter, 2007; Ritter y Correa-Ritter, 2013) para identificar con mayor claridad elementos comunes y diferencias locales.

La clasificación de Viramontes (2005) aborda el estudio del arte rupestre desde una perspectiva que pretende, en una primera fase, describir los grafismos a partir de formas básicas, evitando una carga conceptual o interpretativa. La propuesta divide los elementos en Categorías (diseños Figurativos: biomorfos y objetos; diseños No Figurativos: diseños geométricos); Clases (antropomorfos, zoomorfos, fitomorfos, muebles, inmuebles, formas básicas, lineales y puntos) y Tipos (esquemáticos y realistas en el caso de los diseños figurativos y las distintas variantes de las formas geométricas). La adaptación que sugerimos divide a los antropomorfos en *cuerpo completo* y *secciones del cuerpo*. Y en secciones de cuerpos incluimos *manos*, *pies*, *órganos sexuales* y otros. Y cada uno de éstos pueden subclasificarse en *esquemáticos* o *realistas*.

En el caso de los No Figurativos, los cambios recaen en las Clases y Tipos para hacerla compatible con las tipologías regionales. De tal manera, nuestra propuesta está conformada por Categorías de No Figurativos, divididas en las Clases: *curvilíneos* y *rectilíneos*. Cada uno con sus respectivos Tipos: los *curvilíneos* podrían ser puntos, círculos y líneas curvas y los *rectilíneos*, líneas rectas, triángulos, cuadriláteros, cinco lados o más. Dado que la diversidad de motivos en la zona es muy alta, no era conveniente hacer divisiones específicas para poder hacer comparaciones, en este nivel, así que



Fig. 15 Vista general del motivo No Figurativo geométrico que compone al Panel 2, Conjunto 2. Foto de Enah Fonseca

se decidió clasificarlos en Simples o Compuestos (como *variantes*) y, ya posteriormente, dependiendo del nivel de análisis deseado, podemos ser tan descriptivos como lo consideremos en cada una de las *subvariantes*. Dicha propuesta se resume en las figuras 2 y 3.

En el siguiente apartado apuntaremos las características principales del sitio Rancho Amado y describiremos cada uno de los paneles empleando la clasificación antes mencionada para, después, desarrollar el análisis y discusión de los resultados.

Rancho Amado

El sitio se localiza en una zona relativamente plana al pie de una pequeña ladera, donde se observan una serie de rocas sedimentarias (granito) de gran tamaño.

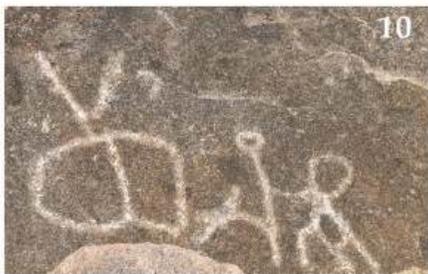


Sitio Rancho Amado
Panel 3
Conjunto 1



Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

Fig. 16 Rancho Amado: Panel 3, Conjunto 1



Sitio Rancho Amado
Panel 3
Conjunto 1

Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019



Fig. 17 Rancho Amado: Panel 3, Conjunto 1 (continuación).



Fig. 18 Representación de aves, probablemente de colibríes. Dibujos de Jesús Zarco. Fotografía cortesía de Terra Peninsular.



Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos en Baja California



Sitio Rancho Amado
Panel 3
Conjunto 2



Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

Nota. Este panel se ubica en la cara posterior del bloque dentro de una grieta.

Fig. 19 Rancho Amado: Panel 3, Conjunto 2.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**Estudio de campamentos en la línea costera y
valles intermontanos en Baja California**



Elaboró: EFI/FFL/HSM
Septiembre 2019

**Sitio Rancho Amado
Elementos Aislados**



Fig. 20 Rancho Amado: elementos aislados.

El sitio se ubica dentro del paraje conocido localmente como *La mujer dormida* (figura 4). El área está rodeada por pequeños lomeríos y, a la distancia, por la sierra. A escasos metros se encuentra un arroyo de temporal. Está compuesto por tres bloques disgregados —cada uno conforma un panel— con un total de siete conjuntos; tres en el primer bloque, dos en el segundo y dos en el tercero, más dos elementos aislados (figura 5).⁴

Panel 1. Se trata de un bloque disgregado de granito que cuenta con tres conjuntos. La cara principal, donde se encuentra la mayor cantidad de elementos, ve al este, el segundo al sur y el tercero al noreste. El Conjunto 1 —orientado al este y que mide 2.76 metros de ancho por 2.62 metros de alto—, cuenta con 11 elementos agrupados, todos elaborados con la técnica de desgaste. De esos, nueve corresponden a elementos No Figurativos geométricos y dos Figurativos: un motivo fitomorfo —no identificado— y un elemento zoomorfo (una serpiente, probablemente de la especie *Crotalus ruber*) (figura 6).

El Conjunto 2 se encuentra en la cara sur del bloque disgregado. La cara mide 2.57 metros de ancho en la parte inferior, 1.18 metros en la parte superior y 2.06 metros de ancho. En este conjunto se localizaron dos elementos, un geométrico y un zoomorfo (una serpiente, probablemente de la especie *Crotalus ruber*) (figuras 7 y 8).

Finalmente, el Conjunto 3 se localiza en la cara noreste del bloque que mide 3.30 metros de ancho en la base por 1.50 metros de alto. Está conformado por un solo elemento No Figurativo geométrico ubicado en la parte inferior derecha (figura 9).

Panel 2. Se ubica al sur del Panel 1 y se trata de un bloque disgregado localizado sobre otro, pero únicamente el bloque superior presenta petrograbados. Cuenta con una cara plana al noreste, que es donde se encuentra la mayor concentración de los motivos. Mide 2.25 metros de ancho en la base, 3.83 metros en la parte superior y 4.74 metros de alto. Cuenta con dos conjuntos. El Conjunto 1 se localiza en la cara noreste del bloque y está conformado por 17 elementos trazados con base en la técnica de desgaste. De ellos, 10

⁴ Para consultar una versión detallada de cada uno de los elementos, véase Fonseca y Fenoglio (2021).

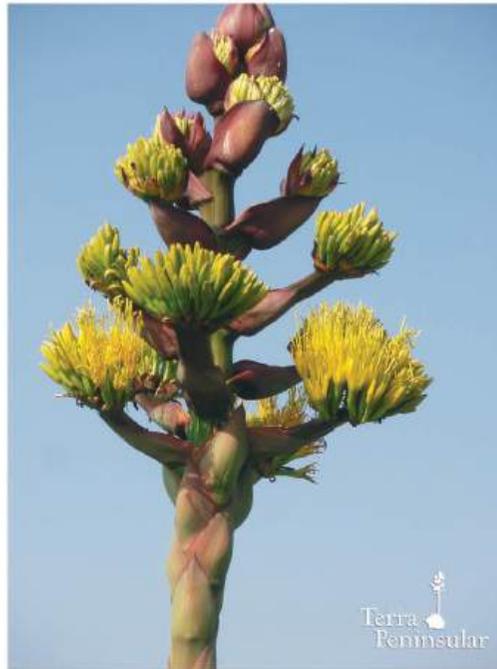
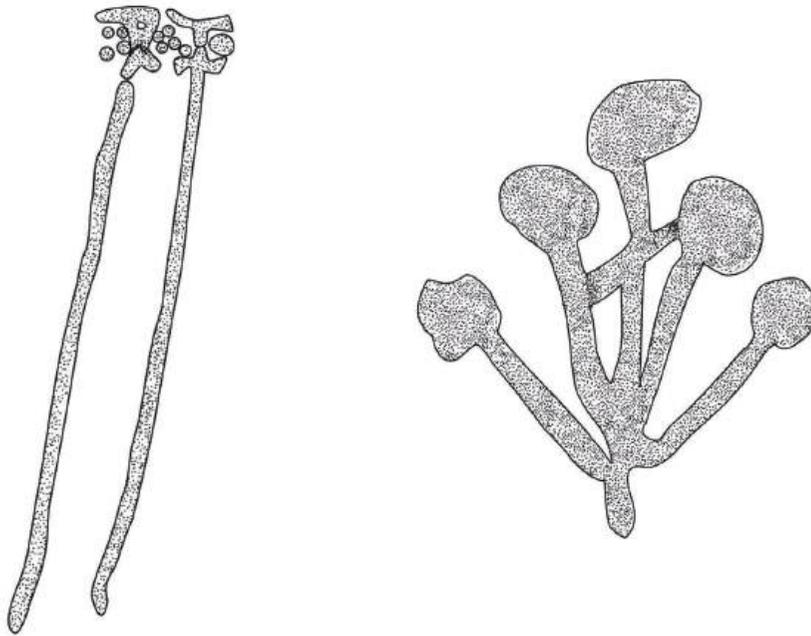
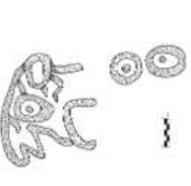


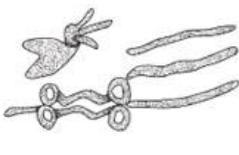
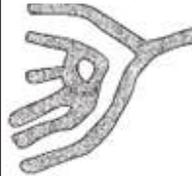
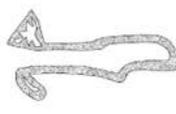
Fig. 21 Representaciones de agaves. Imagen izquierda: vista general. Imagen derecha: detalle del floramiento. Dibujos de Jesús Zarco. Fotos cortesía de Terra Peninsular.

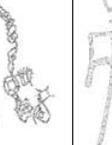
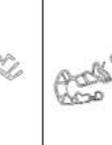
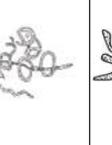
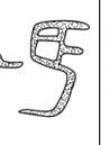
corresponden a elementos No Figurativos geométricos, 6 a fitomorfos: cirios floreado (*Fouquieria columnaris*), cardones (*Pachycereus pringlei*), (*Ferocactus cylindraceus*), agaves (*Agave deserti*) y pitahayas (*Stenocereus gummosus*), y 1 elemento combinado conformado por un geométrico, un fitomorfo (cactácea no

identificada) y un zoomorfo (un ave, probablemente de la especie *Calype sp* o colibrí) (figuras 10-14).

Por otro lado, el Conjunto 2 se localiza al sur del Conjunto 1, es decir, detrás de éste. Se ubica en la parte superior, sobre una zona donde el bloque sufrió un desprendimiento y dejó una parte plana, por lo tanto,

Id	Diseño	Meighan y Pontoni (1978) ¹	Panel	Conjunto	Elemento	Tamaño (cm)	Orientación	Composición	Categoría	Clase	Figurativos tipo	No figurativos (tipos y variantes)					
												Cuvilíneos			Rectilíneos		
												Puntos	Círculos	Líneas curvas	Líneas rectas	Cuadriláteros	Triángulos
1			1	1	1	31*7.5	Este	No	No figurativo	Rectilíneos			Compuesta	Simple			
2			1	1	2	92*48	Este	Si	Figurativo	Fitomorfo	Esquemático						
3		269	1	1	3	17*11	Este	No	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos		Simple	Simple		Simple		
4			1	1	4	29*20	Este	Si	No figurativo	Curvilíneos		Compuesto	Compuesta				
5		17,309, 331	1	1	5	18*31	Este	Si	No figurativo	Curvilíneos		Compuesto	Compuesta				
6		16, 17	1	1	6	17*21	Este	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos		Simple	Compuesta		Compuesto		
7		17, 309, 331	1	1	7	102*80	Este	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos		Compuesto	Compuesta	Compuesto	Simple		

15		36a, p. 40 (S-43-A), 68	2	1	1	20*14	Noreste	Si	No figurativo	Rectilíneos						Simple	Compuesto
16		25, 54, 134, 136, 314, 323	2	1	2	23*40	Noreste	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos	Compuesto	Compuesta	Compuesto				Compuesto
17		238	2	1	3	19*22	Noreste	No	Figurativo	Fitomorfo	Esquemático						
18		p. 38 (c3), 204	2	1	4	10*57	Noreste	No	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos	Compuesto	Compuesta	Compuesto				
19			2	1	5	28*51	Noreste	No	Figurativo	Fitomorfo	Esquemático						
20			2	1	6	13*10	Noreste	No	No figurativo	Rectilíneos						Compuesto	

28		342	2	1	14	40*31	Noreste	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos				Simple	Compuesta	Simple		
29		p 39 (S-34-A), 296	2	1	15	105*86	Noreste	Si	Combinado	Fitomorfo Zoomorfo y Rectilíneo	Esquemático			Compuesto				
30			2	1	16	30*36	Noreste	Si	Figurativo	Fitomorfo	Esquemático							
31		16, 308, 409	2	1	17	7*9	Noreste	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos			Simple	Simple				
32		317	2	2	1		Arriba	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos			Compuesto	Compuesta	Compuesto			
33		33a, 226	3	1	1	48*32	Noreste	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos				Compuesta	Simple	Compuesto		
34		20, 139	3	1	2	30*48	Noreste	Si	No figurativo	Curvilíneos y Rectilíneos			Compuesto	Compuesta		Compuesto		
35		321	3	1	3	67*1.27	Noreste	Si	Combinado	Fitomorfo y Zoomorfo	Esquemático							
36		238	3	1	4	33*40	Noreste	Si	No figurativo	Rectilíneos				Compuesta		Compuesto		
37			3	1	5	62*36	Noreste	Si	No figurativo	Curvilíneos			Compuesto					

el conjunto mira hacia arriba. Cuenta únicamente con un elemento No Figurativo geométrico muy largo (figura 15).

Panel 3. Se ubica al oeste del Panel 2. Es un bloque disgregado encima de uno de menor tamaño; únicamente éste presenta petrograbados en la cara noreste y en la sur. El bloque mide 2.80 metros de ancho en la base, 3.00 metros en la parte superior y 3.10 metros de alto. El panel cuenta con dos conjuntos. El Conjunto 1 se localiza en la cara noreste del bloque y está compuesto por 10 elementos elaborados con la técnica de desgaste. Estos motivos, aunque visibles, están más desvanecidos que los otros; sólo se perciben bien con la luz de la tarde. Se trata de seis elementos No Figurativos geométricos, un fitomorfo (una cactácea), un zoomorfo, probablemente un ave, y dos combinados. El primero está conformado por un elemento fitomorfo, una cactácea, acompañada de uno zoomorfo, una serpiente de la especie *Crotalus ruber*. El segundo es un elemento zoomorfo, una mariposa, acompañada de un motivo geométrico (figuras 16-19).

Por su parte, el Conjunto 2 se localiza en la cara sur del bloque disgregado. Está conformado por un elemento combinado entre un fitomorfo (un agave de la especie *Agave deserti*) y No Figurativos geométricos.

Además de los paneles antes descritos, contamos con dos elementos aislados. El primero de ellos se localizó al sur y más arriba, en altitud, que el Panel 3 y la cara grabada miraba al este. Se localiza a 17 metros de los paneles. Se trata de un elemento Figurativo biomorfo fitomorfo, probablemente un agave floreado de la especie *Agave deserti*. El elemento aislado 2 se localizó al sur de los paneles 1, 2 y 3, sobre una roca a 30 metros; su orientación es hacia el norte. Se trata de un elemento No Figurativo geométrico, específicamente de una estrella dentro de un círculo simple. La roca tenía 1.30 metros de ancho por 1.20 metros de alto; el motivo tiene 20 x 20 cm (figura 20 y figura 21).

Materiales arqueológicos

Se observaron dos concentraciones de material lítico y malacológico. La primera se localiza a 30 metros del Panel 1. El posible campamento —no necesariamente contemporáneo al periodo de elaboración de los petrograbados— se ubica hacia la cima del cerro, mientras que los bloques con diseños se encuentran a piedemonte.

El material lítico estaba conformado por un núcleo, lascas con retoque y desecho de talla de basalto, andesita y sílex. Del material de concha destaca la presencia de fragmentos de mejillón quemados (*Mytilus californianus*), así como especímenes de abulón (*Haliotis sp.*) probablemente cortados en cuadros.

Asimismo, se observó material lítico a 10 metros al oeste del Elemento Aislado 2. Los artefactos —raspador, raedera y desecho de talla— se encontraron al interior de una grieta que se formaba entre dos bloques de roca.

Análisis

En el sitio arqueológico de Rancho Amado, como se puede observar en la figura 22, tabla 1, se localizaron en total 45 motivos, de los cuales 71.1% formaban parte de una composición, mientras que 28.9% eran elementos individuales. Del total del universo, el 64.4% son elementos No Figurativos geométricos, seguidos por los Figurativos esquemáticos con 26.7% y, por último, elementos Combinados en 8.9%. En los diseños No Figurativos geométricos, los elementos se dividieron entre curvilíneos y rectilíneos. Los porcentajes se distribuyen de manera similar, teniendo un total de 53.3% de curvilíneos (23 elementos) y un 57.8% de rectilíneos (25 elementos). En los curvilíneos observamos una mayor preferencia por los círculos compuestos (14 elementos), líneas curvas compuestas (7 elementos) y círculos simples (6 elementos). Entre los rectilíneos vemos una mayor representación de líneas rectas compuestas (16 diseños), cuadriláteros compuestos (12 elementos), seguidos por líneas rectas simples y triángulos compuestos (5 elementos en cada una).

Los motivos Figurativos corresponden, principalmente, a representaciones abstractas zoomorfas y fitomorfas. Las zoomorfas individuales representan el 6.7% de la muestra, pero si sumamos su presencia formando parte de combinaciones, entonces están presentes en 13.3% del total de la muestra. Como parte del análisis interpretativo, vemos que los motivos se han podido correlacionar con algunos animales propios de la zona, principalmente, serpientes de la especie *Crotalus ruber*, aves (*Calypste sp.*) y mariposas.⁵

Por otro lado, uno de los resultados más interesantes del análisis de los petrograbados de Rancho Amado fue la cantidad de representaciones fitomorfas presentes. Aunque individualmente representan 20%, en realidad lo están en un 26.6% si le sumamos su presencia en combinación con otras formas. Algunos de los motivos se pudieron relacionar con especies propias de la zona, por ejemplo, cirios floreado (*Fouquieria columnaris*), cardones (*Pachycereus pringlei*), biznagas (*Ferocactus cylindraceus*), agaves (*Agave deserti*) y pitahayas (*Stenocereus gummosus*). En el caso de formar parte de una composición, se

⁵ Para la identificación de las especies tanto zoomorfas como fitomorfas, contamos con el apoyo del biólogo Héctor Sánchez, quien, además, formó parte del equipo de campo durante el registro e identificación de los sitios en la región de El Rosario.

encuentran, principalmente, asociadas a motivos geométricos; sin embargo, también lo están con elementos zoomorfos, como mariposas o aves.

Es importante señalar que la designación del tipo de motivo (Figurativo, No Figurativo y las diferentes clases) responden a un proceso de interpretación propio. Por lo tanto, pueden existir elementos clasificados por nosotras como geométricos que puedan ser animales o vegetales, pero que no pasan por nuestro registro simbólico. Lo mismo puede suceder a la inversa.

En cuanto a la ubicación y orientación de los bloques, vemos una clara preferencia por la elaboración de petrograbados en grandes bloques disgregados. La orientación predominante es hacia el noreste (62.2%), seguido por el este (26.7%) y después, en mucho menor medida, al sur (4.4%). Hacia arriba, hacia el norte y al suroeste representan, cada uno, sólo 2.2 por ciento.

Finalmente, es importante señalar que, a diferencia de sitios como Tinaja del Refugio (Alt y Breese, 1978) y Tinaja de Villegas (Ritter y Correa-Ritter, 2013), en Rancho Amado no existen una preferencia o división entre los tipos de motivos, es decir, que en los tres paneles analizados se encuentran mezclados tanto motivos No Figurativos como Figurativos (figura 22, tabla 1).

Discusión

A partir de la repetición de motivos y técnicas empleadas en las manifestaciones gráfico-rupestres, se han definido cuatro estilos gráficos en Baja California: La Rumorosa, Arcaico Occidental, Abstracto Septentrional y Gran Mural (Ritter, 1991). El sitio Rancho Amado se localiza en el área estilística denominada Abstracto Septentrional, la cual limita al norte con los estilos La Rumorosa y Arcaico Occidental (alrededor del paralelo 32° latitud Norte) y al sur (alrededor del paralelo 29° latitud Norte) con el estilo Gran Mural (Crosby, 1975; Ewing, 1985; Gutiérrez y Hyland, 2002; Ritter, 1991).

El Abstracto Septentrional se distingue por la alta densidad de diseños geométricos (Ewing, 1988). Difiere con las pinturas del norte (estilo La Rumorosa) por la escasez de elementos antropomorfos (Fonseca y Amador, 2019) y con el sur (estilo Gran Mural) por el tipo de representaciones más de tipo abstracto/esquemático que representacional/realista. Si bien se han registrado sitios con pictografías y otros con petrograbados, ha sido difícil reconocer los elementos comunes entre las técnicas. Es probable, incluso, que sea necesario estudiar la pintura y el petrograbado como fenómenos cultural y temporalmente distintos (Fonseca, en prensa).

Al analizar los petrograbados de la región encontramos que, precisamente, un rasgo que podría caracterizar al estilo Abstracto Septentrional es su falta de rigidez (Fonseca, en prensa; Ritter y Correa-Ritter, 2013). Se han hecho notar relaciones con diferentes estilos observados en Norteamérica —Great Basin Abstract, California Tradition Western Archaic, Western Archaic Geocentric Tradition (Beaudry, 1978; Grant, 1974; Hedges, 1973b; Ritter y Correa-Ritter, 2013)—, pero no ha sido posible identificar los elementos similares que podrían distinguir al estilo en Baja California. Al tratarse de diseños abstractos, no ha sido sencillo reconocer patrones, ni establecer categorías de análisis adecuadas, pues las tipologías tienden a ser tan particulares que impiden la comparación entre sitios o tan generales que se pierde la especificidad de éstos.

La literatura disponible sobre petrograbados en el norte de la península de Baja California puede dividirse en tres grupos. La mayoría de los trabajos son descripciones muy puntuales de sitios que habían sido descubiertos durante la segunda parte del siglo xx (Álvarez, 1973, 1993; Engerrand, 2013; Ewing, 1993; Fontaine, 1967, 1970; North, 1908). Posteriormente se desarrollaron análisis que intentaban establecer relaciones entre las manifestaciones bajacalifornianas y los estilos del sur de California, y definir las fronteras y características propias de la península (Hedges, 1973b, 2007; Grant, 1974; Ritter 1991; Steward, 1929). Y finalmente, hay un tercer grupo de textos que, al tiempo que describen el hallazgo de nuevos sitios, presentan inventarios exhaustivos de los diseños, emplean metodologías de clasificación similares para poder hacer comparaciones entre los paneles y buscan relaciones con otros estilos de Norteamérica (Garvin, 1978; Johnson, 1978; King, 1978; Ritter, 2007; Ritter y Correa-Ritter, 2013).

De acuerdo con nuestra experiencia en campo (Fonseca, 2020), en la revisión de los estudios previos y el análisis de los diseños observados en Rancho Amado, consideramos fundamental hacer una descripción de los elementos de cada panel e incluir el mayor número de material gráfico posible, principalmente dibujos. Esto debido a que algunos sitios presentan un mal estado de conservación (desprendimiento y desvanecimiento de los diseños) y ésta podría ser la única evidencia disponible en el futuro, y porque mientras más detallada sea la descripción, tendremos mejores condiciones para clasificar los motivos y establecer patrones.

Si bien en esta investigación partimos de la propuesta de clasificación de Viramontes (2005), al poner en práctica la metodología descubrimos que, en nuestra zona de estudio, existe tal variedad de motivos que

el análisis con categorías tan específicas no permitía hacer comparaciones ni entre paneles ni entre sitios. De tal manera, se modificó para tratar de generar categorías más amplias que fueran, por un lado, lo suficientemente descriptivas, pero, por el otro, lo suficientemente generales, que nos permitieran profundizar en las comparaciones.

En Rancho Amado observamos una predominancia de elementos No Figurativos geométricos. Esta tendencia corresponde con los hallazgos reportados por Garvin (1978), Johnson (1978), Alt y Breece (1978), King (1978), Beaudry (1978), Ritter (1993) y Ritter y Correa-Ritter (2013). En todos predominan los elementos curvilíneos; sin embargo, en nuestro sitio, la proporción entre los elementos curvilíneos y rectilíneos son similares.

Los motivos Figurativos en Rancho Amado corresponden, principalmente, a representaciones esquemáticas zoomorfas y fitomorfas y, en menor medida, antropomorfas. En la mayoría de los sitios con petrograbados del centro de la península de Baja California, los elementos Figurativos se encuentran menos representados, pero es interesante notar que sí hay una diferencia de clases entre sitios. En Rancho Amado destacaron los elementos zoomorfos, como en bahía Coyote, pero en nuestro caso, son diseños esquemáticos y los hallados por Brewer (1978) son realistas y principalmente marinos. En cuanto a los motivos antropomorfos, destaca lo localizado por Kaufman (1978), quien reportó una alta densidad de pies en Los Pozos; no obstante, éste no fue nuestro caso.

En un análisis particular de los motivos, encontramos diversas semejanzas con los de distintos sitios. Por ejemplo, de los inventarios analizados en Meighan y Pontoni (1978), de los 45 elementos de Rancho Amado, 28 son semejantes a los que ellos identificaron.⁶ De ese número, los que más se repiten son los círculos unidos por líneas (ejemplo motivo 16 de Rancho Amado [RA] vs. motivo 25 Seven Rocks [SR]),⁷ círculos con punto al centro (ejemplo motivo 10 RA vs. motivo 17 SR), rectilíneos complejos —conocidos como cepillos— (ejemplo motivo 10 RA vs. 460 SR), círculo compuesto —estrella al centro— (ejemplo motivo 45 RA vs. 28b SR), por mencionar algunos.⁸

El esfuerzo por lograr un comparativo entre sitios y motivos nos permitió notar que, además de los problemas metodológicos señalados, subyacen factores que complican la identificación de diseños diagnósticos

en el petrograbado de Baja California. Por un lado, se observan elementos que se circunscriban a determinadas zonas, que podrían reflejar adaptaciones locales de una misma tradición cultural y, por otro, habría que considerar las diferentes secuencias temporales para determinar si, además, hubo un cambio en la tradición por la llegada de nuevos grupos a la región.

Se han generado propuestas que señalan, por lo menos, dos fases o tradiciones distintas del petrograbado durante el periodo indígena en Baja California (Alt y Breece, 1978; Gutiérrez, 2013; King, 1978; Meighan, 1978; Porcayo y Harman, 2009; Ritter, 1993; Ritter y Correa-Ritter, 2013; Viñas, 2005). Una tradición antigua, en la que podrían encontrarse, en diferentes ecorregiones, elementos similares porque son parte de una tradición regional más amplia, de una cosmovisión compartida de grupos proto-yumanos/cochimi. Y una tradición tardía, donde se introducen nuevos elementos de carácter realista y presenta semejanza con las tradiciones pictóricas de los grupos yumanos/cochimi de la Prehistoria tardía (Ritter, 1993). O bien, como señala Viñas (2005), una fase antigua representada por el estilo pictórico del Gran Mural y un periodo reciente, caracterizado por el ingreso de grupos yumanos al territorio en la Prehistoria tardía, en el que se continuaron realizando sujetos figurativos, pero se introdujeron nuevas grafías, como los petrograbados de vulvas y los tipos esquemáticos y abstractos (Viñas, 2005: 61).

Esperamos que la homogeneidad en el método de clasificación sea una alternativa para esclarecer las hipótesis en torno a las secuencias temporales o la definición de estilos, ya sea locales o regionales. Como punto de partida, proponemos que el petrograbado de Baja California, comprendido en las fronteras del estilo Abstracto Septentrional (Ritter, 1991),⁹ se caracteriza por la preponderancia de elementos No Figurativos: diseños curvilíneos (círculos simples, simples con punto al centro y concéntricos; patrón de puntos y líneas curvas-simples y compuestas) y diseños rectilíneos (líneas rectas —simples y compuestas—, cuadriláteros y triángulos). Destacaría la poca presencia de elementos Figurativos: antropomorfos (esquemáticos, pies, vulvas), zoomorfos, fitomorfos y objetos.

Respecto a las técnicas de elaboración del petrograbado, en nuestra área de estudio se han registrado, por lo menos, tres: desgaste, inciso y percusión. Aunque en otros sitios se ha localizado una mezcla de éstas, en Rancho Amado todos los diseños fueron hechos a través, únicamente, de la técnica de desgaste, que

⁶ Es importante aclarar que los elementos de Rancho Amado, en su gran mayoría, estaban formando parte de una composición, por lo que algunos de ellos tienen semejanza, únicamente, en algunas de sus partes.

⁷ RA corresponde a Rancho Amado y SR a los motivos presentados en el texto de Seven Rocks (Meighan y Pontoni, 1978).

⁸ En la figura 22, tabla 1, se presentan los resultados de los elementos semejantes entre Rancho Amado (RA) y Seven Rocks (SR).

⁹ Es probable que a la luz de nuevos hallazgos deban replantearse las fronteras del estilo Abstracto Septentrional, particularmente para el caso de los petrograbados (Fonseca, en prensa).

consiste en la transformación de la materia a través de un esfuerzo continuo, hasta llegar a la forma deseada (DRPMZA, 2016). En ese sentido, probablemente, a diferencia de la pintura, el petrograbado, al ser una representación tridimensional, buscaba provocar una experiencia táctil, ya que la percusión, por ejemplo, tiene una apariencia y sensación rugosa, mientras que el desgaste genera una superficie lisa (Ramírez, 2005: 98). En ese orden de ideas, en Baja California se han reportado incisiones o roturas intencionales encima de imágenes pintadas (Ritter, 2007: 32; Viñas, 2005: 49), círculos concéntricos en bajorrelieve (Ritter y Correa-Ritter, 2013: 188) y diversos sitios más en los que se observan secuencias de elaboración o superposición de motivos, donde se aplicó, en distintos momentos, la incisión, el desgaste y la percusión (Ritter, 2007: 46, Garvin, 1978: 23).

En los distintos casos analizados, algunos autores señalan que no existen patrones diferenciales temporales ni espaciales, pero Garvin (1978) indica haber localizado una diferencia espacial entre los motivos elaborados por percusión y por desgaste. De igual modo, Johnson (1978) y Beaudry (1978) reportan que los motivos antropomorfos, específicamente, fueron hechos con percusión. Como hemos señalado, en Rancho Amado no se identificaron diferencias ni espaciales ni temporales, dado que todos los motivos fueron realizados con la misma técnica.

Rancho Amado aporta información sumamente importante para la comprensión de los sitios arqueológicos localizados en esta porción de Baja California. Los resultados de su estudio y comparación con distintos sitios señalan, una vez más, que más que uniformidad, los petrograbados se caracterizan por la diversidad de los motivos representados, técnicas de manufactura, superposición y orientación de los paneles.

Comentarios finales

El sitio Rancho Amado está conformado por 45 motivos que fueron grabados sobre bloques disgregados: 3 se encuentran agrupados (paneles 1, 2 y 3) y 2 aislados, y dos concentraciones de material en un área de 5 242 m². Los distintos diseños van desde geométricos muy simples, hasta complejos entramados de líneas rectas, onduladas, quebradas, círculos y motivos antropomorfos, flores, aves y reptiles. Sin embargo, quedó evidenciado que el tipo de motivo mayormente presente corresponde a elementos No Figurativos geométricos.

Con la intención de conformar una clasificación de los motivos, que fuera compatible con tipologías regionales, presentamos una propuesta de análisis de los motivos rupestres que, por un lado, permite tener una descripción sumamente detallada de cada

grafismo y, por otro, contar con categorías intermedias que nos permitan hacer comparaciones entre paneles, sitios y regiones.

En cuanto a su pertenencia dentro de las fronteras estilísticas, consideramos que el estilo Abstracto Septentrional y, particularmente el caso de los petrograbados, requiere de estudios detallados de los diseños y de la comparación entre sitios, que permita establecer las características y extensión territorial de una tradición todavía incomprendida. Las relaciones establecidas con diferentes estilos observados en Norteamérica, han permitido sentar las bases, pero al tratarse de diseños abstractos, no ha sido sencillo reconocer patrones ni establecer categorías adecuadas que no sean tan particulares, que impidan la comparación entre sitios, o tan generales, que se pierda la especificidad de ellos. Es factible que, con el tiempo, aumentando el número de registros, se puedan reconocer elementos circunscritos a determinadas zonas, que podrían reflejar adaptaciones locales de una misma tradición cultural, y con un análisis profundo se puedan identificar, también, diferentes secuencias temporales para determinar si, además, hubo un cambio en la tradición por la llegada de nuevos grupos a la región.

Aunque a 30 y 50 metros de los paneles principales se identificaron dos concentraciones de material que pudieron formar parte de probables campamentos, no podemos asegurar su contemporaneidad. Por lo tanto, consideramos que el sitio corresponde más a actividades rituales que a áreas habitacionales, de preparación o de consumo.

En términos generales, el sitio se encuentra en mal estado de conservación. Los paneles 1, 2 y 3 presentan severos problemas de desprendimientos y grietas que ponen en riesgo la permanencia de los motivos grabados. El Panel 1, además de los desprendimientos previos, se encuentra sumamente inestable; hay zonas que, a corto plazo, se perderán. Lo mismo sucede con el Panel 2; incluso, fue necesario proyectar parte de los trozos desprendidos para completar el registro de los motivos. El Panel 3 es el que presenta mayor estabilidad y menor desprendimiento; sin embargo, es el más desvanecido. Conforme a lo anterior, consideramos necesario la intervención inmediata de especialistas en restauración para lograr la salvaguarda y conservación del sitio.

El sitio se encuentra dentro de la propiedad del Sr. Amado Duarte, por lo tanto, el acceso está controlado. De tal manera, no presenta riesgos antropogénicos a corto o mediano plazo; no obstante, será fundamental la intervención de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural para llevar a cabo tareas de restauración preventiva emergente.

Deseamos que este trabajo sirva de apoyo en las tareas de restauración del sitio; al contar con una descripción detallada de los elementos, esperamos que

puedan ser restituidos los fragmentos de roca que se están desprendiendo. De sufrir un deterioro ineludible, esperamos que sea un acervo para futuros trabajos, tanto de investigación como de divulgación del patrimonio arqueológico de Baja California.

Agradecimientos

Al Sr. Amado Duarte por su disposición y apoyo para registrar un sitio arqueológico tan importante para la comprensión de las manifestaciones gráfico rupestres de la región. Al biólogo Héctor Sánchez por su dedicación, interés y entusiasmo por el estudio del patrimonio biocultural de El Rosario. A los centros INAH Baja California y Querétaro y a la Asociación Civil Terra Peninsular por todas las facilidades brindadas para la realización de esta investigación. Al restaurante Mamá Espinoza por constituirse en nuestro centro de operaciones. A los dictaminadores por todas sus recomendaciones.

Bibliografía

- Alt, A. y Breece, W.**
1978 The Rock art of Tinaja de Refugio. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 72-88). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).
- Álvarez, A.**
1973 Five Rock Art Sites in Baja California South of the 29th Parallel. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9 (4): 37-46.
1993 Cañon Santa Isabel. *Rock Art Papers*, 10: 67-70. San Diego Museum (Papers, 29).
- Aschmann, H.**
1959 *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*. Berkeley, University of California Press.
- Beaudry, M.**
1978 Description and Analysis of Rock Art at Rincon Grande. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 178-214). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).
- Brewer, Teri F.**
1978 Bahía Coyote rock art. En Clement W. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 215-230). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications in North American Rock Art, 2).
- Castillo, V., Fullola, J.M., Petit, A., Rubio, A. y Bergadà, M.**
1994 Arte y arqueología prehistóricos de la península de Baja California (México). En J.M. Lasheras (ed.), *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray* (pp. 325-336). Madrid, Museo y Centro de Investigación de Altamira, Ministerio de Cultura.
- Crosby, H.**
1975 Red-on Granite Rock Painting in the Sierra de San Borja, Baja California. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 11 (1): 35-42.
- Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas (DRPMZA)**
2016 Instructivo para el llenado de cédulas de identificación y catalogación de bienes arqueológicos inmuebles. México, INAH.
- Engerrand, G.**
2013 New Petroglyphs in Baja California. *Journal of California and Great Basin Anthropology* (Don Laylander [trad. y ed. del núm.]), 33 (2): 211-221.
- Ewing, E.**
1985 Tinaja Yubay: Preliminary Report on an Unrecorded Rock Art Site in Central Baja California. *Rock Art Papers*, 2: 1-18. San Diego Museum (Papers, 18).
1986 Beginning the Search for Relationships Between the Northern Abstract and Great Mural Art Styles of Central Baja California. *Rock Art Papers*, 4: 87-100. San Diego Museum (Papers, 21).
1988 Rock Art of Greater Bahía de los Angeles, Region of Baja California. *Baja California Symposium XXVI* (pp. 33-52). California, Asociación Cultural de las Californias.
1983 Two Rock Art Sites from the Sierra de San Juan, central Baja California. *Rock Art Papers*, 1: 5-12. San Diego Museum (Papers, 16).
1993 Preliminary Report on Cueva Halcón: A Major Discovery from the Sierra Mescalera in Southern Baja California Norte, Mexico. *American Indian Rock Art*, 12: 111-122.
- Ewing, E. y Robin, M.**
1987 Sunlight and Shadow. *Rock Art Papers*, 5: 113-124. San Diego Museum (Papers, 23).
- Fonseca, E.**
2011 Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Propuesta de trabajo 2011. Mecanoscrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.

- 2018a Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Informe de recorrido de superficie 2017. Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- 2018b Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir: arqueología de San Quintín, Baja California. *SCA Proceedings*, 32: 98-109. Recuperado de: <<https://scahome.org/wp-content/uploads/2018/12/08-lbarra.pdf>>.
- 2019a Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Informe de excavación temporada 2018. Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- 2019b Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Propuesta de trabajo 2019. Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- 2020 Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Informe de trabajo de campo 2019. Registro de sitios con manifestaciones gráfico-rupestres El Rosario (temporada I). Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- En prensa Pintura vs. Petrograbado: manifestaciones gráfico-rupestres de Baja California. En *Arqueología de la Frontera Norte*. México, INAH.
- Fonseca, E. y Amador, J.**
- 2019 De estilos y fronteras: manifestaciones gráfico-rupestres de Baja California. *Arqueología*, 56. Fonseca, E. y Fenoglio, F.
- 2021 Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Informe temporada de trabajo 2020. Rancho Amado: análisis de sus petrograbados. Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- Fonseca, E. y Fenoglio, F.**
- 2021 Estudio de campamentos en la línea costera y valles intermontanos de Baja California. Informe temporada de trabajo 2020. Rancho Amado: análisis de sus petrograbados. Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- Fonseca, E. y Guía, A.**
- 2020 Proyecto Salvamento La Chorera, San Quintín, Baja California, t. I. Informe de excavación. Mecanoescrito. Archivo Técnico del Consejo de Arqueología. Ensenada, INAH.
- Fonseca, E., Fenoglio, F. y Sánchez, H.**
- 2019 Marcas con historia, los petrograbados de El Rosario. *Terra Peninsular* (blog). Recuperado de: <<https://terrapeninsular.org/marcas-con-historia-los-petrograbados-de-el-rosario/>>.
- Fonseca, E. y Mejía, G.**
- 2017 Caminante no hay camino. *Mediterraneanews*, 9: 9-10. Recuperado de: <https://issuu.com/terrapeninsular/docs/mediterraneanews-diciembre_2017/10>.
- Fontaine, J.S.**
- 1967 *A Preliminary Survey of Two Palm Canyons along the Laguna Salada*. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 3 (1): 7-33.
- 1970 Petroglyphs of Palomar Canyon, Baja California. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 6 (1): 13-20.
- Garduño, E.**
- 2019 *Grupos yumanos de Baja California. Los cochimí*. Mexicali, México, Universidad Autónoma de Baja California (Monografías).
- Garvin, G.**
- 1978 Las Pintas Petroglyphs. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 19-50). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).
- Grant, C.**
- 1974 *Rock Art of Baja California*. Los Angeles, California, Dawson's Book Shop.
- Gutiérrez, M.L.**
- 2013 *Paisajes ancestrales: identidad memoria y arte rupestre en las cordilleras centrales de la península de Baja California*. Tesis de doctorado. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Gutiérrez, M. L. y Hyland, J.**
- 2002 *Arqueología de la Sierra de San Francisco*. México, INAH.
- Hambleton, E.**
- 1979 *La pintura rupestre de Baja California*. México, FCE.
- Harman, Jon**
- S.f. DStretch. Web Site for the DStretch plugin to ImageJ. A tool for the digital enhancement of pictographs. Recuperado de: <<http://www.dstretch.com/>>, consultada el 4 de mayo de 2021.

Hedges, K.

- 1970 *An Analysis of Diegueño Pictographs*. Tesis de maestría. San Diego State College, San Diego.
- 1973a Painted Tablas from Northern Baja California. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9 (1): 5-20.
- 1973b Rock Art in Southern California. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 9 (4): 1-28.
- 2007 A Cross-media Art Style in the Frontera Region. *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, 8: 87-94.
- 2008 Evidence of Historic Contact in the Rock Art of La Frontera. En *Memorias de Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California 2002-2004* (pp. 165-174). Mexicali, INAH.
- 2013 A Cross-Media Art Style in the Frontera Region. En *Memorias de Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California 2005-2011* [CD-ROM]. Mexicali, INAH.

Hyland, J.

- 2010 Sierras centrales. En D. Laylander, J. Moore y J. Bendímez Patterson (eds.), *La Prehistoria de Baja California. Avances en la arqueología de la península olvidada* (pp. 145-168). Mexicali, INAH.

INEGI

- 2001 *Síntesis de información geográfica del estado de Baja California*. México, INEGI.

Johnson, E.

- 1978 Rock Art of Velicatá. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 51-71). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).

Kaufman, T.S.

- 1978 The Los Pozos Rock Art Site. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 89-123). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).

King, Jr., J.

- 1978 A Petroglyph Assemblage from Cerrito de Cascabeles. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 124-177). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).

LaFave, J.F.

- 2005 An Examination of Probable "Cultural Contact" Rock Art Sites in Southern California and Northern Baja California. *Rock Art Papers*, (17): 33-47. San Diego Museum (Papers, 43).

León-Portilla, M.

- 1983 Los primeros californios: prehistoria y etnohistoria. En D. Piñera Ramírez (ed.), *Panorama histórico de Baja California* (pp. 15-45). México, UNAM.

López, L., Alducin, C., González, A., Vargas, V., López, J. y Fonseca, E.

- 2018 Concheros de Punta Mazo: ventanas hacia el pasado. *Mediterraneanews*, (13): 13-15. Recuperado de: <https://issuu.com/terrapeninsular/docs/edicion_noviembre-2018/14>.

Manzanilla, R.

- 2010 Petrograbados en Zihuatanejo, Costa Grande de Guerrero. *Arqueología*, (45): 7-11.

Massey, W.

- 1949 Tribes and Languages of Baja California. *Southwestern Journal of Anthropology*, (5): 272-307.
- 1966 Archaeology and Ethnohistory of Lower California. En G.F. Eckholm y G.R. Willey (eds.), *Archaeological Frontiers and External Connections* (pp. 38-58). Austin, University of Texas Press (Handbook of Middle American Indians, 4).

Meighan, C.

- 1978 Analysis of Rock Art in Baja California. En C. Meighan y V.L. Pontoni (eds.), *Seven Rock Art Sites in Baja California* (pp. 1-18). Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).

Meighan, C., y Pontoni, V.L. (eds.)

- 1978 *Seven Rock Art Sites in Baja California*. Socorro, Nuevo Mexico, Ballena Press (Publications on North American Rock Art, 2).

Meigs, P.

- 1939 *The Kiliwa Indians of Lower California*. Berkeley, University of California Press (Ibero-Americana, 16).

Mendoza, L.

- 2004 *Análisis historiográfico del contexto arqueológico de los Grandes Murales de Baja California. Reflexión sobre su situación crono-cultural*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Mixco, M.

- 1978 *Cochimí and Proto-Yuman: Lexical and Syntactic Evidence for a New Language Family in Lower California* Salt Lake City, University of Utah (Anthropological Papers, 101).

- 2010 Las lenguas indígenas. En D. Laylander, J. Moore y J. Bendímez Patterson (eds.), *La Prehistoria de Baja California. Avances en la arqueología de la península olvidada* (pp. 31-52). Mexicali. Centro INAH Baja California.
- Moore, Jerry D.**
1999 Archaeology in the Forgotten Peninsula: Prehistoric Settlement and Subsistence Strategies in Northern Baja California. *Journal of California and Great Basin Anthropology*, 21 (1): 17-44.
2001 Extensive Prehistoric Settlement Systems in Northern Baja California: Archaeological Data and Theoretical Implications from The San Quintín-El Rosario Region. *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, 37 (4): 29-51.
2010 La región San Quintín-El Rosario. En D. Laylander, J. Moore y J. Bendímez Patterson (eds.), *La Prehistoria de Baja California. Avances en la arqueología de la península olvidada* (pp. 224-243). Mexicali, Centro INAH Baja California.
- North, A.**
1908 The native tribes of Lower California. *American Anthropologist*, 10: 236-250.
- Porcayo, A. y Harman, J.**
2009 A Pictograph Rock Shelter in Canyon de Guadalupe, Baja California, *SCA Proceedings*, (22): 1-7.
- Ramírez, S.**
2005 Petrograbados y pinturas rupestres de Nuevo León; algunas reflexiones. En J. Santos Ramírez, y R. Viñas Vallverdú (eds.), *Los petrograbados del norte de México* (pp. 93-108). Sinaloa, INAH Sinaloa/Actualidades Arqueológicas.
- Ritter, E.**
1986 Interpreting the Rock Art of La Trinidad, Baja California, Mexico, with Regional Behavioral Implications. *American Indian Rock Art*, 10: 157-173. El Toro, American Rock Art Research Association.
1991 Baja California Rock Art: Problems, Progress and Prospects. *Rock Art Papers*, 8: 21-36. San Diego Museum (Papers, 27).
1993 A Petroglyph Complex of the Sierra de San Francisco Uplands, Baja California, Mexico. *Rock Art Papers*, (10): 81-102. San Diego Museum (Papers, 29).
- 2007 An Archaeological Approach to the Rupestrian Images at La Angostura, Central Baja California. *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, (8): 26-56.
- Ritter, E., Bryan C. Gordon, B., Heath, M. y Heath, R.**
2011 Chronology, Context, and Select Rock Art Sites in Central Baja California. *SCA Proceedings*, (25): 1-22.
- Ritter, E. y Correa-Ritter, E.**
2013 Spatial Dichotomy among the Petroglyphs at Tinaja de Villegas, Central Baja California. *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California*, (14): 177-202.
- Rubio, A.**
2012 *El yacimiento arqueológico de la cueva de El Ratón. Una cueva con pinturas en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México). El mural pintado*. Tesis de doctorado. España, Universidad de Barcelona-Facultad de Geografía e Historia-Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología.
- SIG-CINAH-BC**
2020 Base de datos de sitios arqueológicos. Sistema de Información Geográfica del CINAH-BC. CD-ROM. Editado por Jessica Amador. Ensenada, Baja California, CINAH-BC.
- Steward, J.**
1929 Petroglyphs of California and Adjoining States. *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, 24 (2): 47-238. Berkeley, California, University of California Press.
- Uriarte, T.**
1981 *Pintura rupestre en Baja California: algunos métodos para su apreciación artística*. México, INAH (Cuadernos del México Prehispánico, 106).
- Viñas, R.**
2005 Los petrograbados en el contexto de los grandes murales. Baja California Sur. En J. Santos Ramírez y R. Viñas Vallverdú (eds.), *Los petrograbados del norte de México* (pp. 47-66). Sinaloa, INAH Sinaloa/Actualidades Arqueológicas.
- Viñas, R. y Hambleton, E.**
1991 Grandes murales de Baja California Sur: las cuevas de la Boca de San Julio I y las Flechas. *Arqueología*, (5): 33-44.

Viramontes, C.

2005 *Gráfica rupestre y paisaje ritual. La cosmovisión de los recolectores-cazadores de Querétaro*. México: INAH.

Watchman, A., Gutiérrez, M. y Hernández, M.

2002 Giant Murals of Baja California: New Regional Archaeological Perspectives. *Antiquity*, (76): 947-948. Recuperado de: <<https://doi.org/10.1017/s0003598x00091705>>.

Stephen Castillo Bernal
Museo Nacional de Antropología, INAH
Ricardo Cruz,
Blanca Pilón y
Antonio Beltrán
Escuela Nacional de
Antropología e Historia, INAH

Las figurillas de Mesa Tandhe, Hidalgo. Primeras interpretaciones funcionales

Resumen: En el presente artículo se analiza una pequeña muestra de figurillas de estilo mazapan provenientes del sitio tolteca de Mesa Tandhe, Hidalgo. A partir de un análisis morfológico, de los contextos de deposición de las efigies y de la comparación con ejemplares de otros asentamientos, se postula su funcionalidad en el sitio, la cual se enmarca en sentidos de política y de fertilidad.

Palabras clave: Mesa Tandhe, figurillas mazapan, toltecas, funcionalidad, vida cotidiana.

Abstract: In this article we study a sample of mazapan-style figurines from Mesa Tandhe a Toltec site of Hidalgo. We postulate the function of figurines through a morphological analysis of the pieces and reviewing its archaeological deposition. Furthermore, we realize a style comparison of the figurines of Mesa Tandhe with other ones coming from another contemporary sites. The principal meaning of the objects are the politics and the fertility.

Keywords: Mesa Tandhe, mazapan-style figurines, toltecs, function, daily life.

El sitio arqueológico de Mesa Tandhe, emplazado en el municipio de Chilcuahtla, Hidalgo, fue registrado en 2015 (Castillo *et al.*, 2015). Se trata de un asentamiento secundario tolteca¹ construido sobre una mesa basáltica con moderada arquitectura monumental, distribuida en dos grandes plazas hundidas ubicadas en la parte sur de la elevación (figura 1). En la plaza norte se construyeron dos basamentos piramidales, separados por un altar, aunque las dos estructuras principales han sido afectadas por el saqueo. En la plaza sur, ubicada a escasos metros de la primera, se construyeron dos estructuras más que flanquean a un altar de planta rectangular excavado en 2017 (Castillo *et al.*, 2018). Estas estructuras también se encuentran afectadas por el saqueo (figura 2). Finalmente, al costado oeste de esta plaza se halla un juego de pelota, que ha sido parcialmente explorado (Castillo *et al.*, 2020).

En la parte norte de la mesa se halla un gran conjunto de unidades domésticas registradas mediante prospecciones. Destaca el Mogote 1, la plataforma habitacional más grande del sector y en donde, a raíz de su excavación, suponemos que residieron las élites de Mesa Tandhe, por la aparición de artefactos de lujo, como cerámica importada, ornamentos de concha

marina, figurillas e, incluso, un fragmento de vasija de jade (Castillo *et al.*, 2020).

El asentamiento ha sido recorrido y excavado durante tres temporadas. Esas actividades han permitido recuperar diversas figurillas de barro. El objetivo de este ensayo es realizar un análisis morfológico que permita agrupar a las efigies y compararlas con otras de la época, para así postular su funcionalidad con base en los contextos de aparición. El artículo consta de tres secciones. En la primera se hace un breve recuento de las figurillas mazapan y su relación con Tula. En la segunda se explicita la metodología de análisis y los resultados obtenidos. En la tercera sección se avanzan algunas interpretaciones sobre la probable función de las figurillas.

Tula y el fenómeno mazapan

El complejo cerámico de Tula ha sido definido por diferentes autores (Acosta, 1956-1957; Cobean, 1990, 2007; Equihua, 2003) y evidencia diversas funciones utilitarias y suntuarias. En éste aparecen algunos elementos misceláneos más: las figurillas mazapan. Sin embargo, este tipo de efigies de barro se hallan en contextos anteriores al apogeo tolteca del Posclásico.

Durante el Posclásico temprano (900-1200 d.C.) se generó un cambio importante en el México central, con el desarrollo y la hegemonía del Estado tolteca, que desembocó en la institucionalización del militarismo. En efecto, después del declive de la urbe de Teotihuacan comienza a desarrollarse un proceso de descentralización política e ideológica, dando pie a pequeñas

¹ Los materiales cerámicos recuperados en superficie nos permitieron fechar, relativamente, al sitio dentro de dos periodos: el Epiclásico (650-900 d.C.) y el Posclásico temprano (900-1200 d.C.). Esta temporalidad se mantuvo con los fechamientos de radiocarbono realizados por Beta Analytic. Las muestras fueron recuperadas de estratos profundos del Mogote 1, la unidad doméstica de mayor tamaño del sitio. Las fechas obtenidas fueron 420-566 d.C., 860-988 d.C. y 968-1046 d.C., que corresponden mayoritariamente al apogeo de Tula Grande.

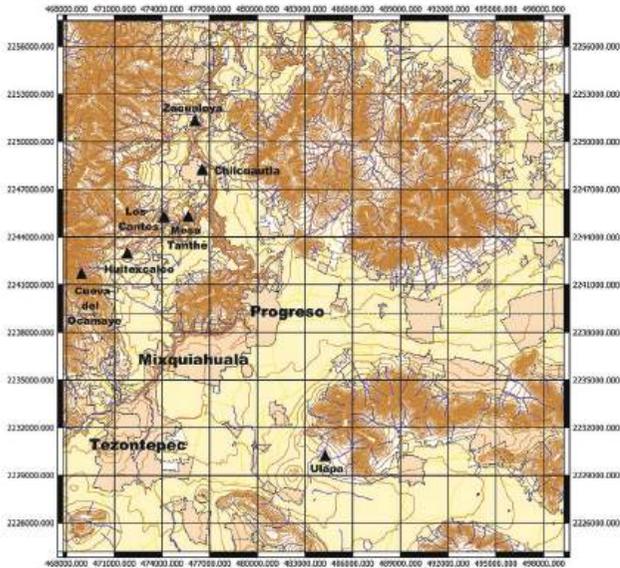


Fig. 1 Algunos sitios detectados en el marco del PARCRT (MNA- INAH). Se señala la ubicación de Mesa Tandhe (digitalizó Alan García).

ciudades-Estado de vocación militarista, tras un conjunto de movimientos poblacionales entre los años 650 y 900 d.C. (Diehl y Berlo, 1989: 6). Durante este lapso se generaron innovaciones culturales derivadas de los flujos poblacionales y ello abonó en la creación de nuevos estilos artefactuales, entre ellos los de las estatuillas de estilo mazapan (Smith y Montiel, 2008: 271).

El término *mazapan* fue acuñado por Vaillant, quien entre 1931 y 1932 excavó en el pueblo de San Francisco Mazapa, adyacente a la zona arqueológica de Teotihuacan. Descubrió una cerámica que difería de la teotihuacana y la mexicana, ubicada en un nivel estratigráfico intermedio y decidió nombrarla como *Mazapan* (cf. Scott, 1993: 3). Los estilos cerámicos que distinguió Vaillant fueron el “líneas ondulantes” y uno decorado con volutas en forma de “s”. De acuerdo con Scott (1993: 5), en Teotihuacan el término *mazapan* ha sido empleado para designar tres tipos de vasijas: el Mazapan Líneas Onduladas, el Tolteca Rojo sobre Café y el Banda Ancha Beige, fechándose entre el 950 y el 1150 d.C., que corresponde al periodo Tolteca tardío.

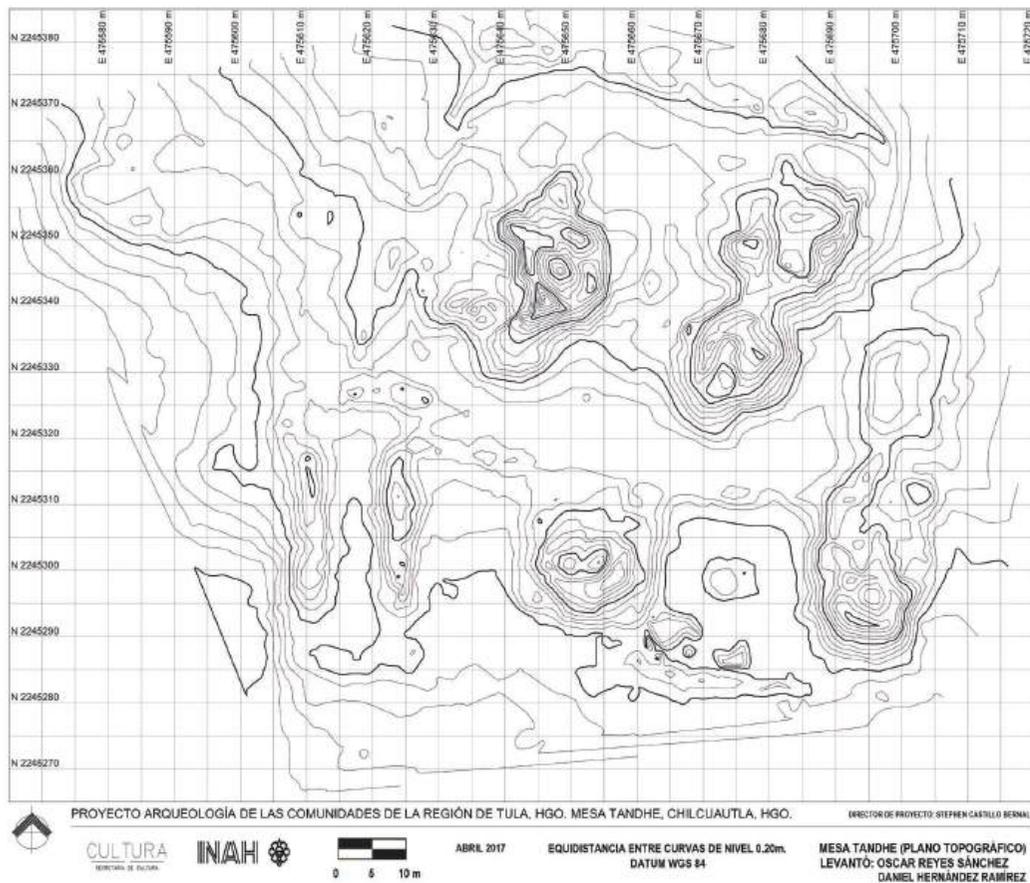


Fig. 2 Mesa Tandhe, levantamiento topográfico parcial. Se aprecian las dos plazas principales, así como el juego de pelota.



Figs. 3 y 4 Figurillas mazapan provenientes de San Cristóbal Ecatepec. La primera representa a un posible dignatario y la segunda a una mujer sonriente (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

Algunos autores relacionan al tipo cerámico Mazapa Rojo sobre Café como un marcador cronológico, que se ubica a finales del siglo VIII, y que coincide con el inicio de la urbanización tolteca, donde se encuentra este mismo tipo cerámico (Cobean, 1990; Fournier y Martínez, 2010: 200).

En 1932, Linné exploró el asentamiento de Xolalpan, en Teotihuacan. Ahí descubrió la famosa escultura de arcilla de Xipe Totec que se exhibe en el Museo Nacional de Antropología, y que estaba asociada con 16 tumbas con cerámica Mazapan. Los contextos se encontraban encima de las evidencias del Clásico teotihuacano, algo consistente con los hallazgos de Vaillant. Scott (1993) menciona que, en la excavación de Linné de 1930, el arqueólogo sueco recuperó alrededor de 2 000 fragmentos de figurillas asociadas con la loza Mazapan, las cuales fueron llevadas al Museo Nacional de Etnografía de Estocolmo y una muestra fue analizada por Scott (1993)

A pesar de que esta cerámica fue reportada originalmente en Teotihuacan, el término *mazapan* comenzó a adquirir diversos usos. Como menciona Scott (1993: 3), “se desarrolló un serio problema cuando Jorge Acosta inició sus excavaciones en Tula en 1940. Él se adelantó al término *mazapa* y lo aplicó a todo el complejo cerámico de Tula. Posteriormente intentó modificar el término para designar un complejo tolteca, aunque sin éxito alguno”.

Las figurillas recuperadas por Linné y Vaillant en los contextos mazapan tienen elementos identitarios característicos. Son efigies rectangulares moldeadas

con una superficie plana. Por ello se les conoce como “figurillas galleta” (figuras 3 y 4). Las representaciones más comunes son las entidades antropomorfas femeninas, aunque también hay masculinas y su identificación se realiza con base en sus atuendos. Las representaciones femeninas, por lo general, aluden a pasajes de la vida cotidiana, como la crianza de los niños, aunque también representan a mujeres de las élites. En el caso masculino se representan a guerreros, dignatarios, sacerdotes o deidades. De acuerdo con Solar *et al.* (2011: 67), estas figurillas tienen:

[...] una forma tabular, con la superficie dorsal carente de acabado o decoración. En el anverso se muestran en relieve algunos rasgos corporales, por ejemplo, la nariz o las manos y —en los ejemplares femeninos— los senos. También se representa el atavío de los personajes, especialmente el vestido, las orejeras y el tocado. En ocasiones sobresalen los pies, proyectados hacia el frente para mantener erguidas las figurillas. Los detalles del atuendo se logran mediante líneas finas, también en relieve, producto de la presión de la arcilla fresca en el fondo del molde, y luego se resaltan con pintura de varios colores. En los ejemplares más sencillos, todos los detalles fueron pintados sobre una superficie plana de tendencia rectangular. La pintura se aplicó posterior a la cocción de las piezas, de modo que se pierde con facilidad y en la mayoría de los fragmentos conocidos apenas se aprecian vestigios de lo que debió ser una profusa decoración.

Si bien las figurillas mazapan se reportaron originalmente en Teotihuacan, su dispersión en Mesoamérica fue más allá de las fronteras de la Ciudad de los Dioses.



Figs. 5 y 6 Figurilla de Ehécatl, aún con atributos mazapan. Fue recuperada en un contexto mexica del Juego de Pelota II de Tula; y pie recolectado en el sector Sureste de Mesa Tandhe, que guarda similitudes con la efigie. Dibujo de Ricardo Cruz. (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

En efecto, las figurillas se encuentran en diferentes sitios y se ubican del Epiclásico (650-900 d.C.) al Posclásico temprano (900-1200 d.C. [cf. Du Solier, 1947-1948]) e, incluso, aparecen en contextos mexicas, en el Posclásico tardío (Cervantes *et al.*, 2007: 310). Debido al “préstamo” conceptual de Acosta para el complejo cerámico de Tula, la cerámica mazapan, junto con sus figurillas, han sido catalogadas como un referente artefactual de la cultura tolteca.

De acuerdo con la propuesta cronológica de Tula (Cobean, 1990), la fase Corral terminal (900-950 d.C.) está representada por los tipos Mazapa Rojo sobre Café y Joroba Anaranjado sobre Crema (Cobean, 2007: 58), que coexisten con las formas Coyotlatelco de la región de Tula. Este esquema es el que lleva a Stocker a postular que las figurillas mazapan tienen un origen tolteca (Stocker, 1991: 145). De hecho, la cerámica mazapan también se ha recuperado junto con ejemplares de la fase Tollan —que marcan el apogeo de Tula— en niveles profundos de la Sala 1 del Palacio Quemado de Tula (Sterpone 2000-2001, 2006), lo que sugiere su contemporaneidad.

Por otro lado, Smith y Montiel (2008: 267) indican que, en el valle de Yautepec, Morelos, durante el Posclásico temprano, se volvieron populares las figurillas mazapan. Los investigadores localizaron fragmentos que identificaron como juguetes, lo cual abre la puerta a una posible función más de las estatuillas. A decir de los autores, su presencia demuestra que el valle de Yautepec fue partícipe de las redes de intercambio que sucedían en el Posclásico temprano (Smith y Montiel, 2008: 267); esto vuelve a fortalecer la idea de que las figurillas mazapan forman parte del horizonte tolteca.

Algunas formas mazapan se pueden encontrar en la fase Azteca I, en el Posclásico tardío (Cervantes *et al.*, 2007: 310-311), además de otras formas de estilo tolteca —como en el Juego de Pelota II de Tula—. En estos ejemplos se puede observar la influencia de la tradición mazapan en las figurillas del complejo Azteca I, donde aparecen estatuillas moldeadas y modeladas, representaciones masculinas o femeninas planas y algunas cuentan con soportes traseros (figuras 5 y 6). El cabello es representado por líneas incisas verticales con tocados elaborados. También puede haber animales: mapaches, tejones, primates, aves, venados y perros (Cervantes *et al.*, 2007: 310).

Rattray (1979) ya había señalado que la incorporación de formas y arquetipos de fabricación de cerámica se daría mediante el aprovechamiento de los recursos locales o semejantes en la región. Así, un sector local de la población dominaría la técnica de ejecución, al grado de ser plausible la transmisión de sus habilidades a otros sujetos, posiblemente quienes arribaron al Centro de México y que son asociados con los materiales coyotlatelco. Las figurillas mazapan podrían obedecer a esta dinámica, donde existe un corpus compartido que se moldea de acuerdo con las circunstancias de la población que, más que adaptarlas, las re-crea. Lo cierto es que se han encontrado ejemplos de cerámica tipo mazapan, con características regionales, a lo largo y ancho de Mesoamérica e, incluso, en El Salvador (cf. Haberland, 1989; Olsen y Amaroli, 2006).



Figs. 7 y 8 Figurillas de la Pirámide de las Flores de Xochitécatl (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

Usos y significados de las figurillas mazapan

En diferentes sitios del Epiclásico y del Posclásico se han recuperado efigies mazapan, aunque la mayoría adolece de contextos definidos. En efecto, un alto número de piezas provienen de saqueos o de colecciones privadas, y otras han sido recuperadas en superficie o

en rellenos, cuyas cualidades contextuales han sido removidas por procesos post-deposicionales. En algunas publicaciones las figurillas son mencionadas, pero no se ahonda en sus contextos de aparición (cf. Du Solier, 1947-1948). Así, son pocos los ejemplares recuperados en contextos primarios que permitan inferir de manera plausible sus usos y significados.

A decir de Charlton (1995: 158), existen pocas menciones sobre los usos de las figurillas en Mesoamérica. La autora, apoyándose en la *Historia eclesiástica indiana* de fray Gerónimo de Mendieta (1997), indica que “la escasa información acerca de estos artefactos se refiere a ‘ídolos’, mismos [que] estaban en los patios y altares de las unidades habitacionales”. Sin embargo, las figurillas mazapan y de otras tradiciones no sólo aparecen en contextos domésticos, sino también en ofrendas de entierros o formando parte de cachés simbólicos de construcciones públicas (Marcus, 2011 [2009]: 26-45).

La mayoría de las interpretaciones sobre las figurillas mazapan se decantan por el culto a la fertilidad, a la tierra y a la petición de lluvia (Testard y Serra Puche, 2011), que las acerca a los enfoques de género (cf. Brumfiel, 1996). Dentro de esta corriente, existen las miradas que las sitúan como marcadores de estatus social o como representaciones de ancestros, dirigentes o divinidades, destacando las diosas mexicas Xochiquetzal y Tlazoltéotl —deidad de la tierra, la luna y la sexualidad—, cuya indumentaria y ornamentos del tocado son similares a las de las figurillas mazapan (Parsons, 1972: 90; Solar *et al.*, 2011: 68; Testard y Serra, 2011). Así, el predominio de figurillas femeninas mazapan hace que numerosos investigadores las asocien con la crianza de los niños o con sus vínculos con deidades femeninas y elementos terrestres:

[...] existen algunas referencias explícitas a contextos donde se recuperaron figurillas Mazapa como parte de ofrendas votivas, y ambos casos parecen confirmar su asociación con un culto a la tierra y a la fertilidad agrícola. En el Cerro de la Estrella, D.F., Miguel Pérez localizó una ofrenda compuesta por vasijas efigie Tláloc y figurillas con atributos que refieren al fuego y al inframundo, todo ello dispuesto alrededor de una figurilla Mazapa, que constituye el personaje central [Pérez, 2003, fig. 7]. El investigador interpreta el conjunto como parte de un culto acuático y agrícola. Otro hallazgo, en el municipio salvadoreño de Guazapa, consiste en ofrendas donde las Mazapa fueron acompañadas también por vasijas efigie Tláloc, pero además por sapos de cerámica [Olsen y Amaroli, 2006: 14], un animal asociado con la tierra (Solar *et al.*, 2011: 69).

Si bien las figurillas mazapan presentan una estandarización morfológica, existen variaciones regionales que hablan de las reinterpretaciones locales:

El rasgo más sintomático de esta diferenciación es el tocado, que ofrece notorias variaciones [...] en las representaciones femeninas [...] por regla general se presenta una banda horizontal encima de la frente, de la cual descienden dos bandas verticales que enmarcan la cara y rematan cerca de los hombros, representando el cabello; las orejas nunca son visibles, fueron sustituidas por orejeras circulares. La banda horizontal central, en ocasiones decorada, ciñe el peinado o tocado, que puede variar en atributos y también en complejidad (Solar *et al.*, 2011: 67).

Una importante colección de estatuillas mazapan proviene de la Pirámide de las Flores de Xochitécatl, en Tlaxcala (figuras 7 y 8). Se depositaron siete ofrendas en las escaleras de la pirámide, entre los años 632 y 774 (Testard y Serra, 2011: 216):

Las ofrendas cubrían una extensión de 2 a 7 metros, y los materiales se hallaron apilados unos sobre otros. Los depósitos contenían figurillas, vasijas de cerámica, navajillas prismáticas y representaciones de divinidades, entre las cuales se reconocen antecedentes de Tláloc, Ehécatl, el llamado Dios Gordo y Huehuetéotl (Testard y Serra, 2011: 216-217).

Durante la exploración de la escalinata se hallaron 28 entierros, “en su mayoría, infantes o adolescentes” (Testard y Serra, 2011: 217), aunque sólo dos presentaron ofrendas con figurillas. La aparición de infantes hace suponer que las ofrendas, incluyendo a las estatuillas, pudieron estar vinculadas con la fertilidad:

En algunos restos óseos destacan las huellas de corte o de raspado [...] que aluden a prácticas de desmembramiento, lo cual permite inferir que estos entierros fueron depósitos sacrificiales. Recordemos que el sacrificio de niños, por cierto, se halla en estrecha relación con el culto a los cerros y a la lluvia en el mundo azteca. Según Johanna Broda, este tipo de sacrificios se repetía durante los 4 primeros meses del año, hasta que se consideraba que había caído suficiente agua (Testard y Serra, 2011: 218).

Más del 50% de las figurillas de la Pirámide de las Flores eran de mujeres, pues portaban *quechquemitl*, prenda “femenina, compuesta por dos rectángulos de tela ensamblados de tal manera que forman una V con el cuello. Parece haber sido una prenda ritual, ya que formaba parte del atuendo de las deidades femeninas aztecas” (Testard y Serra, 2011: 219). De hecho, para Solar *et al.* (2011: 69), las figurillas mazapan pueden estar relacionadas con el culto a la diosa mexicana Tlazolteotl, pues “están las notorias semejanzas entre la iconografía de las figurillas [...] y la imagen de Tlazolteotl —diosa de la tierra, la luna y la sexualidad— en la Lámina 30 del *Códice Borbónico*”.

A pesar de que las figurillas mazapan han sido asociadas con el culto a deidades femeninas, acuáticas y terrestres por la mayor presencia de mujeres, ¿qué pasa con las estatuillas de varones o de otras entidades? Posiblemente este tipo de efigies no estuvieron sólo asociadas con los cultos a Xochiquetzal o Tlazolteotl. Así, no es descabellado pensar que los objetos tuvieron

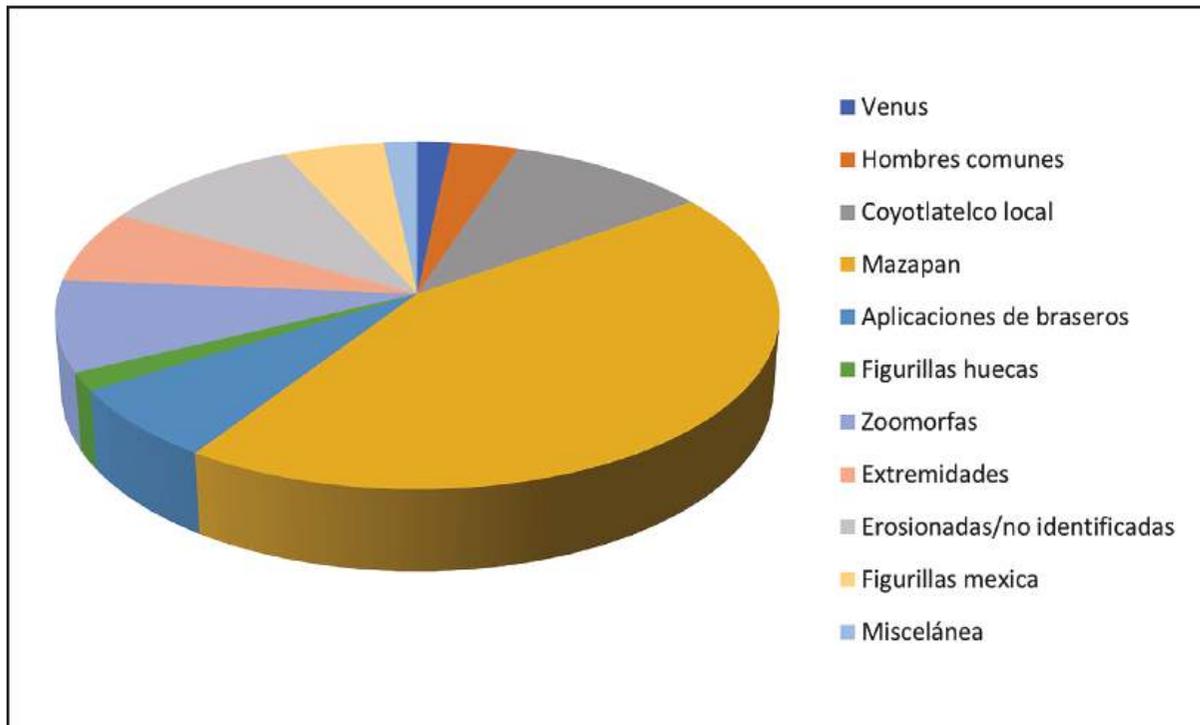


Fig. 9, gráfica 1 Grupos de figurillas de Mesa Tandhe. Elaboró Ricardo Cruz.

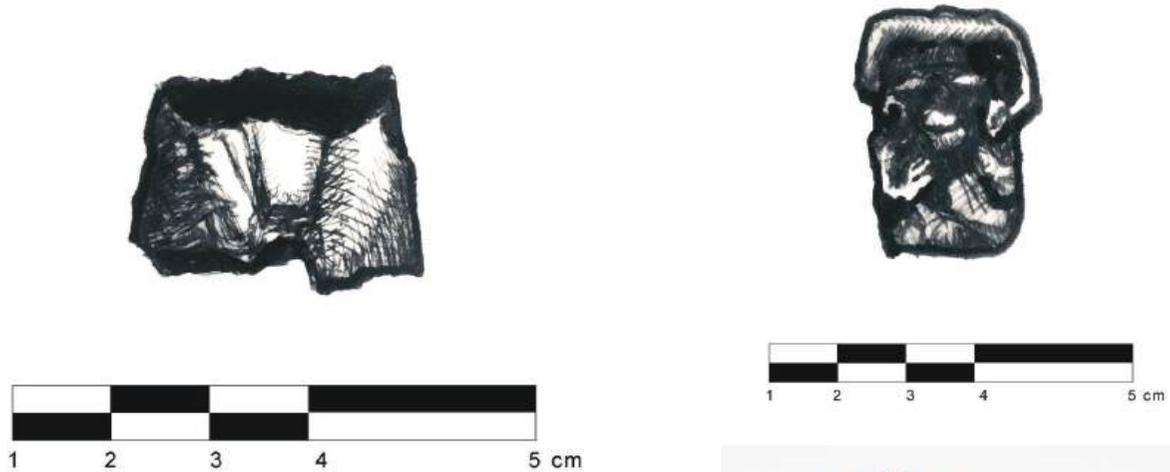


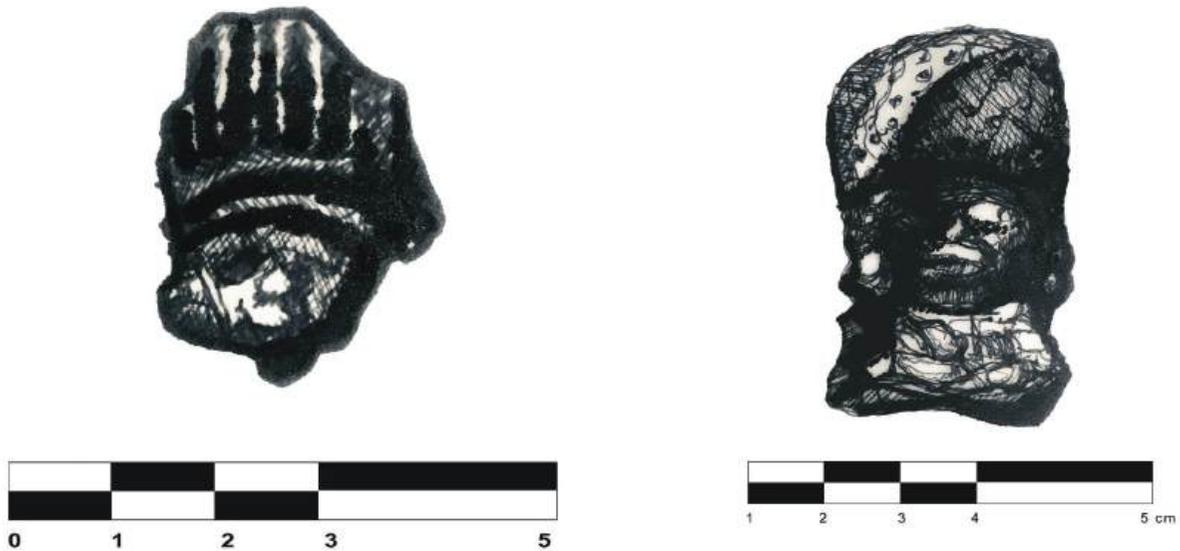
Fig. 10 Fragmento de hombre común con presencia de calzoncillo. Procede del sector Plaza de Mesa Tandhe. Dibujo de Ricardo Cruz.

diversos usos y significados. El uso más plausible para estas figurillas debió ser emular a diferentes deidades o representar pasajes de la vida cotidiana, por ejemplo, los oficios, la maternidad, la guerra, los rangos sociales y así fortalecer “el costumbre”. En efecto, estas miniaturas que aluden a la vida social de la época se vuelven ejemplos aspiracionales que muestran “el deber ser” de los sujetos en sociedad (cf. Lillehammer, 1989).

Stocker *et al.* (1986: 69) mencionan que en las excavaciones de 12 unidades domésticas toltecas efectuadas por la Universidad de Missouri entre 1970 y 1972, se recuperaron alrededor de 125 fragmentos de figurillas con ruedas. Piezas similares fueron halladas en las inmediaciones del edificio circular de El Corral, en Tula. Sin embargo, los autores se centran en nueve ejemplares provenientes de un contexto doméstico asociado con un templo dedicado a Tláloc. Ahí, en la superficie ocupacional aparecieron fragmentos de figurillas móviles: dos representan a animales (un perro y un mono), así como dos probables jinetes montados sobre una figurilla móvil, aunque sin cabeza. También se encontraron fragmentos de cuerpos con ejes y ruedas de cerámica. De acuerdo con los autores, las figurillas rodantes de animales —perros, monos, venados, jaguares— pueden vincularse con los calendarios adivinatorios nahuas, aunque en los 10 entierros excavados por la Universidad de Missouri no se hallaron figurillas móviles (Stocker *et al.*, 1986: 70). Por ello mismo, puede ser que este tipo de efigies, que no son necesariamente mazapan, pero sí de temporalidad tolteca, hayan tenido un tipo de usos diferente, quizá más lúdicos y no sólo alusivos al agua y a la fertilidad.



Figs. 11-13 Figurilla huésped del paramento sur del Mogote 1. Madre y huésped procedente de la Pirámide de las Flores de Xochitécatl, Tlaxcala. Dibujo de Ricardo Cruz. (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)



Figs. 14 y 15 Ser descarnado, posiblemente Mictlantecuhtli, excavado en el Mogote 1; personaje con tocado de algodón recuperado en el Recorrido General del sitio. Dibujos de Ricardo Cruz.

Resultados de los análisis

La colección constó de 59 piezas recuperadas en diferentes sectores de Mesa Tandhe, tanto en contextos de superficie como de excavación. Se emprendió un proceso clasificatorio a partir de dos categorías: la tecnológica y la morfológica (Scott, 1993; Pulido, 2008; Testard y Serra, 2011; Castillo y Flores 2017 [1972]).

En el caso de la tecnología, se identificaron si las piezas fueron moldeadas o modeladas; si eran huecas o sólidas, así como la composición y el color de la pasta. Dentro de la tecnología se halla el acabado de superficie, donde se dilucidó si las piezas estaban alisadas o bruñidas y si tenían decoración pre o post-cocción (esgrafiado, acanalado, pintura). Finalmente, se midieron las dimensiones de las piezas. En el aspecto morfológico se describieron los rasgos físicos y los atavíos; lamentablemente muchas piezas estaban erosionadas.

Se detectaron 11 grupos de figurillas que se enmarcan cronológicamente entre el 600 y el 1521 d.C. (Grosscup, 1961; Noguera, 1975), esto es, durante el Epiclásico, el Posclásico temprano y el Posclásico tardío. Estas fechas, sobre todo las de los dos primeros periodos, corresponden al rango temporal obtenido tras los fechamientos del Mogote 1 de Mesa Tandhe. Los grupos de figurillas fueron las de tipo Venus, hombres comunes, coyotlatelco local, mazapan, aplicaciones de braseros, figurillas huecas, figurillas zoomorfas, extremidades, erosionadas-no identificadas, figurillas mexica y miscelánea (figura 9, gráfica 1).

Venus

Consta de un ejemplar recuperado en el Recorrido General. Es una figura modelada sólida asimétrica que muestra sus extremidades inferiores cortas. Tiene una protuberancia en su vientre que alude a una mujer embarazada. No cuenta con brazos ni cabeza. La pieza se encuentra erosionada, aunque la técnica de manufactura fue burda. El ejemplar mide 4.5 cm de largo. Pulido (2008: 67) indica que “de acuerdo con Novela, Martínez y Moguel (2002), se trata de un tipo que se fecha entre 200 y 650 d.C.”. La fecha más tardía corresponde con los primeros años de Mesa Tandhe, aunque, también, este objeto pudo ser una reliquia de tiempos anteriores, lo que explicaría su baja proporción en la muestra analizada.

Hombres comunes

Dos figurillas conforman a este tipo. Al parecer forman parte del periodo Azteca I, ya en el Posclásico tardío (cf. Acosta, 2000: lámina 77). Una efigie se recuperó en superficie, en el sector Plaza y una más fue excavada en el patio sur del Mogote 1, quizá como material de intrusión. Son efigies sólidas y alisadas que consisten de dos fragmentos de 2 y 3 cm de largo. Posiblemente las efigies alcanzaron los 7 cm. Un ejemplar muestra la cadera y la pantorrilla, así como una especie de calzoncillo. El cuerpo presenta engobe rojo (figura 10). El segundo objeto es similar a la efigie de Venus, pues presenta el torso inferior con piernas cortas, aunque la carencia de vestimenta, así como de vientre abultado,



Figs. 16 y 17 Efigies coyotlatelco locales provenientes del paramento oeste del juego de pelota y del patio del Mogote 1. Dibujos de Ricardo Cruz.

permite situarlo dentro de los hombres comunes. No presenta engobe y acusa una técnica de manufactura burda.

Figurillas coyotlatelco locales

Se trata de seis ejemplares posiblemente emparentados con las efigies mazapan. Fueron halladas en contextos de superficie (Recorrido General y Mogote 3) y de excavación (juego de pelota —paramento oeste— y Mogote 1 —patio SE, SW y paramento sur—). Son figurillas relativamente planas, elaboradas con moldes; se encuentran alisadas y la mayoría acusa engobe rojo o blanco en los rostros o en los tocados. Están fragmentadas y constan de la cabeza y del cuello. Un ejemplar se encuentra completo y se trata de un bebé huésped con tocado semi-rectangular, orejeras circulares y ambas manos sobre su pecho (figuras 11-13). Las restantes efigies oscilan entre los 4 y los 5 cm, por lo que pudieron alcanzar hasta 10 cm de longitud.

Los rasgos faciales son esquemáticos y constan de pequeñas incisiones que muestran las órbitas oculares, la nariz y la boca, siendo ésta en ocasiones marcada. Los tocados son variados y permitieron distinguirlos de las estatuillas mazapan. En efecto, los tocados y la decoración de estas últimas figurillas enmarcan el rostro de los personajes formando un rectángulo, cosa que no se aprecia a cabalidad en las figurillas coyotlatelco.

Los tocados pueden ser rectangulares, dispuestos encima de los rostros y sobre ellos un adorno de plumas. Algunos están formados por una banda semicircular y decorada con pequeños círculos que aluden a

una prenda de algodón (figura 15); otro ejemplar cuenta con una diadema rectangular y sobre ella unos discos; finalmente hay una efigie que cuenta con un tocado rectangular trenzado (figuras 16 y 17). Algunos tocados más constan de bandas rectangulares con círculos. Lamentablemente, la ausencia del cuerpo de las figurillas impide identificar el sexo de las estatuillas. Sólo un ejemplar cuenta con orejeras. Destaca un ejemplar que alude a un muerto, que bien podría ser la representación de Mictlantecuhtli (figura 14).

Figurillas mazapan

Las estatuillas mazapan fueron las más abundantes en la colección analizada. En total se cuantificaron 26 ejemplares provenientes de contextos de superficie (Estructura IV [4 piezas]; Sector Yucas [1 ejemplar], y Mogote 15 [1 pieza]) y de excavación (altar, Mogote 1 [17 ejemplares]; y juego de pelota [2 piezas]). La mayoría de las figurillas se encuentran fragmentadas, destacando las cabezas. También se observan torsos y extremidades. Son contados los objetos completos.

Las figurillas fueron manufacturadas con la ayuda de moldes, por lo que su morfología es plana, aunque existen algunas protuberancias modeladas que permiten representar pies, senos o narices. Presentan un acabado de superficie alisado con la esporádica presencia de engobe rojo y de pintura aplicada post-cocción. La pintura detectada en los ejemplares fue azul, amarilla y negra. Las dimensiones son variadas, pero el promedio puede situarse entre los 4 y los 6 cm. Así, algunas figurillas bien pudieron llegar a alcanzar hasta los 20 cm de longitud.



Fig. 18 Figurilla completa indefinida a causa de la erosión. Procede del Mogote 1 de Mesa Tandhe. Dibujo de Ricardo Cruz.

La mayoría de los rasgos faciales, los tocados y la vestimenta de las estatuillas se encuentran en altorrelieve, aunque existen algunos ejemplares que muestran detalles en bajorrelieve, como ojos hundidos. Sin embargo, lo esquemático de las representaciones faciales es un elemento identitario de las figurillas mazapan.

Las figurillas que no evidenciaban claramente atributos físicos diagnósticos, ropas o tocados femeninos o masculinos —por ejemplo, los senos o los faldellines de mujer—, fueron catalogadas como de sexo indeterminado. De este modo, se contabilizaron 10 piezas de este tipo. Son fragmentos de rostros, extremidades, hombros, tocados y ornamentos, algunos bastante elaborados, como orejeras o trenzados. Aquí también tienen cabida los ejemplares erosionados (figura 18).

Las figurillas femeninas le suceden a las indeterminadas. Se trata de ocho piezas, todas fragmentadas. Constan de fragmentos de faldellines, algunos decorados con grecas y líneas paralelas. También se recuperó un torso que muestra el huipil, el trenzado de cintura y el seno de la estatuilla. Destaca una figurilla completa que muestra a una mujer sonriente que porta un *quechquemitl*, recuperada en la excavación del paramento oeste del juego de pelota (figura 21). Otras piezas más fueron catalogadas como mujeres, en virtud de que sus tocados enmarcaban sus rostros dentro de un cuadro, a la usanza mazapan. Esos tocados son tubulares a sus costados, en tanto que en la parte superior del rostro se emplazan algunas bandas o trenzados y, sobre ellas, líneas verticales que pueden simular el cabello o pliegues de papel (figuras 19, 20 y 22). Una de ellas cuenta con un simple tocado trenzado. Las figurillas, en su mayoría, tienen orejeras circulares. La carencia de estatuillas completas impidió conocer qué clases de prácticas cotidianas fueron plasmadas en ellas.



Figs. 19 y 20 Fragmentos de figurillas femeninas. El torso se recuperó en el altar de la Plaza Sur y el rostro del paramento oeste del juego de pelota. Dibujos de Ricardo Cruz.



Figs. 21 y 22 Figurilla femenina con *quechquemilt* procedente del juego de pelota y rostro de mujer con orejeras procedente del patio del Mogote 1. Dibujos de Ricardo Cruz.

Las figurillas masculinas constan de seis especímenes y su distinción se basó en las propuestas de Pulido (2008: 61):

[...] cuyo principal [...] distintivo es el tocado [...] que representa una corona de plumas sujetas a una diadema, con o sin discos laterales, aunque [...] el más característico es el que presenta la corona de plumas sujetas a una diadema, que más bien semeja un trenzado de hilos o una banda de plumas, a veces con discos laterales, y en otras se muestra como un conjunto innumerable de puntitos.

En este sentido, tenemos fragmentos de cabezas con tocados rectangulares decorados con puntos y orejeras circulares o con rostros enmarcados en un tocado rectangular con tres círculos decorativos y orejeras esféricas (figura 25). Existe un ejemplar muy fragmentado que presenta una parte del ojo, se aprecia una orejera circular y un tocado de plumas. Una efigie cuenta con un tocado de pliegues, a manera de sombrero (figura 23). La última figurilla consta de un rostro enmarcado en un rectángulo. Resalta el tocado triangular o diadema real, que se emplaza sobre el cuadrete. Su cara está pintada de amarillo y porta orejeras circulares. (figura 24).

También se identificaron dos figurillas de deidades. La primera representa a Tláloc. De la efigie se preservó el rostro, que permite apreciar los prominentes ojos del numen, así como una orejera rectangular. Su boca con colmillos apenas es perceptible. Cuenta con un tocado que consta de una banda rectangular horizontal y sobre ella un rectángulo más ancho, quizás alusivo a sus plumas (figuras 26 y 27). La otra figurilla es más pequeña y probablemente representa a

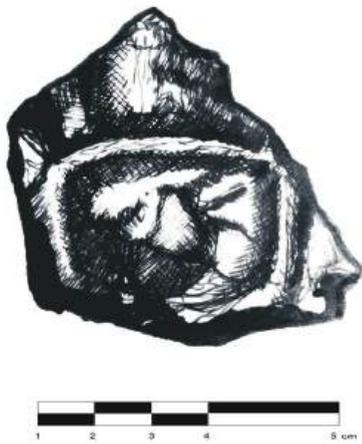
Mictlantecuhtli. Sus ojos, nariz y boca hundidas dan la idea de un ser descarnado (figura 28). Presenta un tocado de abanico con líneas verticales que puede aludir al papel plegado. El ejemplar está alisado y no cuenta con pigmento.

Aplicaciones de braseros y de ollas

Estas figurillas fueron moldeadas y sus detalles moldeados, además de que tienen su superficie alisada. Tres rostros humanos probablemente formaron parte de un personaje de gran formato que debió estar



Fig. 23 Personaje con tocado de pliegues de la Estructura IV. Dibujo de Ricardo Cruz.



Figs. 24 y 25 Fragmentos de rostros masculinos procedentes del altar doméstico del Mogote 1 de Mesa Tandhe; se trata de mazapan tardías. Dibujos de Ricardo Cruz



Figs. 26 y 27 Rostro alusivo a Tláloc procedente del Mogote 1. La figura completa y policroma también alude al numen. Dibujo de Ricardo Cruz. (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

adosado a las paredes de un brasero o vasija, como reporta Brumfiel y Overholtzer (2011: 307) en Xaltocan: “Las figuras antropomorfas adosadas al frente de los braseros también están cubiertas por una delgada pintura blanca con detalles agregados con pintura negra y azul”. El ejemplar restante consta de un fragmento delgado en forma de rostro humano que formó parte de una olla efigie.

Los ejemplares de Mesa Tandhe constan de 3 rostros: 2 completos, 1 fragmentado y 1 más que sólo

conserva la nariz y la boca. Sus dimensiones fluctúan entre los 4.5 y los 7.0 cm de longitud. Los personajes cuentan con diferentes tocados. Uno consta de una diadema que le recubre el rostro y los restantes tienen un tocado rectangular horizontal. Dos presentan orejeras, unas circulares y otras rectangulares. Sólo dos piezas preservaron pigmento blanco y rojo. Se recuperaron en contextos de superficie: sector Montículo, sector Sureste (2 piezas) y en Recorrido General (figuras 29, 30 y 31).



Fig. 28 Ser descarnado, posiblemente Miclantecuhtli, excavado en el Mogote 1. Dibujo de Ricardo Cruz.

Figurillas huecas

Sólo se recuperó una figurilla en el paramento sureste del Mogote 1. Consta de un rostro humano, que cuenta con una orejera circular y un flequillo que cubre parcialmente su frente. Se aprecian bien sus rasgos faciales, además de que la pieza está alisada y ligeramente bruñida. Dado el tamaño del rostro (4 cm), se asume que la efigie debió alcanzar como mínimo 15 cm y fungir como sonaja. Overholtzer (2012) ha identificado figurillas huecas en el asentamiento mexicana de Xaltocan. Ella postula que esas efigies femeninas fueron utilizadas en rituales de sanación y de fertilidad. A su decir, las efigies representan diferentes pasajes de la vida de la mujer: no embarazada, embarazada y maternidad. Estos objetos han sido localizados en áreas de baños, donde posiblemente fueron empleados como objetos de sanación. El ejemplar de Mesa Tandhe se halló en el borde de la plataforma habitacional del Mogote 1, por lo que pudo haberse depositado originalmente en un aposento y posteriormente fue removida hacia el patio de la unidad doméstica. Pero es sólo una posibilidad (figuras 32 y 33).

Figurillas zoomorfas

Se trata de cinco ejemplares de recorrido (Estructura I-IV, Recorrido General) y de excavación (Mogote 1). Cuatro son sólidos y en bulto, mientras que uno más es hueco, debido a que formó parte de una pipa o de un



Figs. 29 y 30 Aplicación antropomorfa de brasero y fragmento de olla efigie. Proceden de la Estructura I y del sector Sureste. Dibujos de Ricardo Cruz.



Fig. 31 Guerrero policromado “matado” que debió estar adosado a una vasija. Procede de la Cámara de las Ofrendas de Xochicalco, Morelos (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

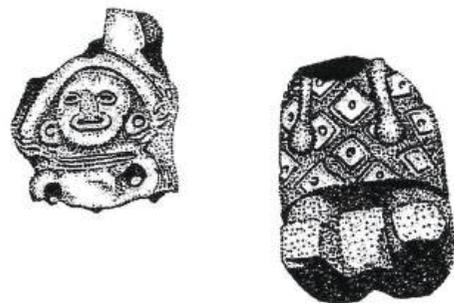
sahumador. Las piezas están alisadas y no cuentan con pintura; algunas fueron modeladas, sobre todo los cánidos, mientras que las restantes debieron ser creadas con moldes. Esto se evidencia con la estandarización de los rasgos corporales de los anfibios y de las serpientes.

En el caso de los cánidos, sólo se conservaron sus cabezas. Se aprecian sus orejas redondeadas, aunque una figurilla sólo cuenta con una. Sus ojos fueron logrados mediante incisiones irregulares de forma circular. Asimismo, se aprecia el hocico del animal y en un caso se encuentra abierto. Es probable que estas cabezas formaran parte de una figurilla de gran formato o que estuvieran adosadas a otras vasijas, posiblemente como imitaciones de las vasijas efigies Plumbate.

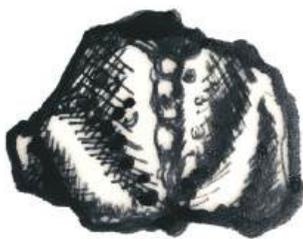
Los demás ejemplares bien pudieron formar parte de la decoración de instrumentos musicales o de sahumadores (figuras 34 y 35). Uno tiene la representación de una rana, aunque sin cabeza. Resalta la representación de sus patas flexionadas y las verrugas de su dorso, diagnósticas en muchas figurillas del Posclásico (cf. Parsons, 1972). Las restantes piezas pudieron formar parte de los remates de un sahumador o de una pipa. Se trata de dos cabezas de serpiente, una sólida y una hueca. Ambas piezas muestran los ojos del ofidio, sus encías abiertas y sus colmillos. A pesar de su estética, sólo se encuentran alisadas.

Extremidades

Se recuperaron cuatro extremidades antropomorfas en contextos de superficie (Estructura IV [2 piezas] y sector Sureste) y excavación (juego de pelota). Dos de ellas son pies mientras que las restantes piernas. Los ejemplares se encuentran alisados y, con excepción de un pie, los demás objetos cuentan con pintura. Un pie presenta restos de pintura azul, mientras que las piernas están pintadas de rojo. En el caso de la técnica de manufactura, las piernas fueron moldeadas y los pies modelados. Es probable que estos fragmentos hayan formado parte de algunas efigies mazapan, las cuales son realizadas con ayuda de moldes y los pies fueron posteriormente adosados a las mismas para mantenerlas erguidas.



Figs. 32 y 33 Figurilla hueca, posiblemente se trate de una sonaja. Proviene del paramento Sureste del Mogote 1; figurilla hueca de Xaltocan. Dibujos de Ricardo Cruz. Imagen tomada de Brumfiel y Overholtzer (2011: 313).



que porta un espejo de pecho y un faldellín. Al carecer de senos se asume que se trata de un varón. No tiene brazos ni cabeza y cuenta únicamente con un brazo extendido (figuras 37 y 38). Apareció en la escalinata oeste del altar del patio del Mogote 1. El último objeto se trata de una cabeza humana sólida con deformación craneal y orejeras circulares, también proveniente del patio del Mogote 1 (cf. Parsons, 1972: 142; Acosta, 2000).

Miscelánea

Aquí incorporamos una gota de barro de la excavación del juego de pelota que pudo fungir como resonador de alguna vasija.



Figs. 34 y 35 Rana recolectada en el recorrido general del sitio y pipa con decoración de serpiente procedente del Palacio Quemado de Tula, Hidalgo. Dibujo de Ricardo Cruz. (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

Figurillas erosionadas y no identificadas

Se trata de seis fragmentos afectados por los procesos erosivos que impiden apreciar los rasgos morfológicos. Proceden de contextos de superficie (sector Sureste) y de excavación (juego de pelota y Mogote 1 [4 piezas]). Constan de tocados rectangulares, algunos con pigmento rojo y con los rostros arrasados por la erosión (figura 36). Destaca un ejemplar que presenta un tocado de bandas rectangulares y un atado de pelo hacia atrás, así como un personaje sin rostro, pero con un tocado consistente de cuatro círculos que rodean su cabeza, a manera de chongo.

Figurillas mexica

Se trata de tres ejemplares. Uno de ellos consta de un tocado con pliegues que aluden a papel corrugado, similar a las piezas que Parsons (1972: 90, 142) asocia con Xochiquetzal. Un ejemplar presenta un torso desnudo

Contextos, funciones y significados

Una de las dificultades para dilucidar la función de las figurillas de barro es la ausencia de contextos definidos. Si bien las efigies proceden de diferentes sectores de Mesa Tandhe, algunas provienen de contextos de superficie, afectados por diversos procesos postdeposicionales. Sin embargo, más de la mitad de los ejemplares procede de tres contextos excavados: el altar de la Plaza Sur, el Mogote 1 y el juego de pelota.

Las figurillas fueron recuperadas en las siguientes zonas: Recorrido General (4 especímenes), Plaza (1 ejemplar), Estructura I (2 piezas), Estructura II (1 pieza), Estructura IV (7 efigies), altar (1 pieza), juego de pelota (7 objetos), Yucas (1 figurilla), sector Sureste (4 especímenes), Mogote 1 (29 ejemplares), Mogote 3 (1 pieza) y Mogote 15 (1 pieza).

Si nos atenemos a los números totales de las efigies, nos daremos cuenta de que se concentran en las áreas domésticas del emplazamiento. En efecto, durante los

recorridos generales del sitio, de la plaza principal, de la porción sureste de la mesa y del área Yucas, los porcentajes fueron bajos: 4 piezas en los recorridos generales (6.77% de la muestra), 1 pieza de la plaza (1.69%), 4 efigies recolectadas en la parte sureste del sitio (6.77%) y 1 más en el área de las Yucas (1.69%).

Las zonas restantes en donde se recuperaron figurillas corresponden a sectores con arquitectura bien definida. Sin embargo, en las construcciones

monumentales no aparecen demasiados ejemplares. En efecto, en la Estructura I sólo se recuperaron dos figurillas (3.38% de la muestra), en la Estructura II se halló 1 ejemplar (1.69%), en el altar de la Plaza Sur 1 pieza (1.69%), en la cancha del juego de pelota se excavaron 7 efigies (11.86%) y en la Estructura IV otras 7 figurillas que representan (11.86%) de las estatuillas. Finalmente, en el Mogote 1 se hallaron 29 piezas (49.15% de la colección), 1 pieza en el Mogote 3 (1.69% de la muestra) y el Mogote 15 contó con 1 solo ejemplar (1.69% de los objetos) (figura 39, cuadro 2).

Una importante cantidad de figurillas proviene de las áreas domésticas. Aquí debemos incorporar al ejemplar del Recorrido General del área de las Yucas, sector residencial, donde se construyeron diferentes mogotes, al igual que las efigies recolectadas en la Estructura IV que, pese a encontrarse cerca del área monumental de Mesa Tandhe, debió fungir como unidad doméstica. Si sumamos los ejemplares de los mogotes y de estos dos últimos sectores, obtendríamos el 66.08% de la muestra, lo cual permite inferir que estos objetos fueron empleados más frecuentemente en la vida doméstica de los antiguos pobladores de este lugar. Por esas razones ahondaremos en el sector doméstico del sitio, específicamente en el contexto excavado del Mogote 1, para hilvanar algunas interpretaciones finales.



Fig. 36 Fragmento de figurilla no identificada, posiblemente mazapan, con rostro imperceptible y tocado rectangular. Procede del sector Sureste de Mesa Tandhe. Dibujo de Ricardo Cruz.



Figs. 37 y 38 Fragmento de personaje masculino que porta un espejo de pecho recuperado en el Mogote 1. La restante efigie tolteca representa a una mujer que también porta un espejo de pecho. Procede de San Cristóbal Ecatepec, Estado de México. Dibujo de Ricardo Cruz. (Archivo de Digitalización de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional de Antropología. Cultura-INAH-Canon, Sala Tolteca.)

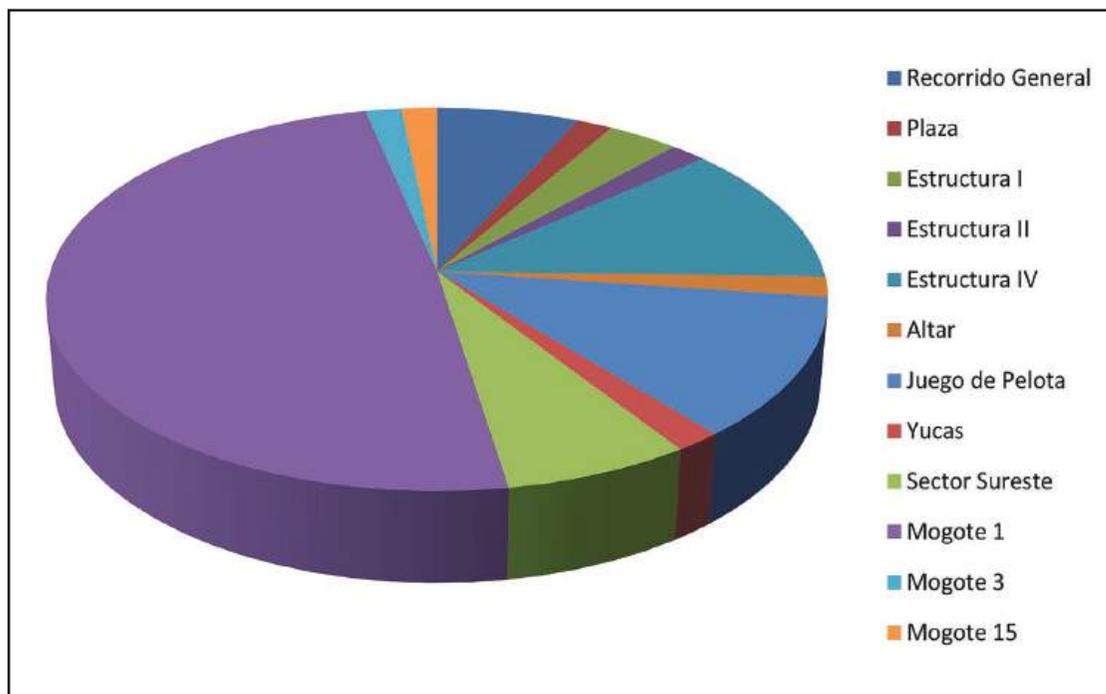


Fig. 39, gráfica 2 Mesa Tandhe, procedencia de las figurillas de barro. Elaboró Stephen Castillo.

El sector habitacional de Mesa Tandhe

El asentamiento de Mesa Tandhe presenta dos patrones espaciales. Al sur encontramos el área monumental. Ahí se construyeron dos grandes plazas hundidas con edificios monumentales y un juego de pelota. Incluso al suroeste de la Plaza Sur se encuentra una posible estructura que no ha podido registrarse adecuadamente por falta de tiempo y por la densidad de la vegetación.

La segunda área es la que se definió como sector Yucas. Esa zona se encuentra en la parte noroeste de la mesa y alberga a una considerable cantidad de plataformas habitacionales o mogotes (figuras 40 y 41). Esta área es importante pues debió haber albergado a los residentes preponderantes de Mesa Tandhe, quienes compartían el mismo plano espacial de la zona de monumentos.

El Mogote 1

Se trata de una plataforma baja de alrededor de 60 cm de altura, construida con bloques de basalto y sobre la cual debieron edificarse diferentes aposentos, lo cual quedó confirmado tras perforarse un pozo de sondeo en la parte superior de la plataforma que reveló la corona de algunos muros. Si la hipótesis es correcta, en la parte superior debería emplazarse un conjunto de cuartos interconectados, en los que debieron residir los integrantes de una familia nuclear, presumiblemente

actores sociales preponderantes de Mesa Tandhe.² La parte sur de la posible unidad doméstica es la que presenta mayores afectaciones por el crecimiento de un gran órgano que desplazó parte de los materiales constructivos. A pesar de ello, la abundante cantidad de materiales cerámicos recuperados en el patio de la construcción, así como los desperdigados en la superficie no excavada de la plataforma, hace suponer que ahí se llevaron diferentes actividades.

Hasta el momento se ha explorado la parte sur de la construcción, exponiéndose el paramento sur de la plataforma (Castillo *et al.*, 2018; Castillo *et al.*, 2020) y el arranque de ella, delimitándose su patio y el altar doméstico (figura 42). Destaca también la detección de pequeños alineamientos de rocas basálticas, que configuran una especie de rejillas que fungieron como huertos domésticos, lo cual muestra que, a pesar de que los residentes del mogote podrían formar parte de una clase social privilegiada, cultivaban diferentes plantas. Falta averiguar cuáles eran estas últimas. Posiblemente el acceso a la unidad se encuentra en su cara oeste, la cual aún no ha sido excavada.

La mayor cantidad de las figurillas excavadas durante 2018 y 2019 se recuperaron en la superficie

² Un compendio muy detallado de diferentes unidades domésticas toltecas se puede encontrar en el trabajo de Paredes (1990), así como en el conjunto doméstico rural excavado en Tepetitlán, Hidalgo (Cobean y Mastache, 1999). Debido a que la cultura material de Mesa Tandhe corresponde a la tradición tolteca, es factible que la unidad doméstica del Mogote 1 comparta algunas de sus características arquitectónicas y espaciales.

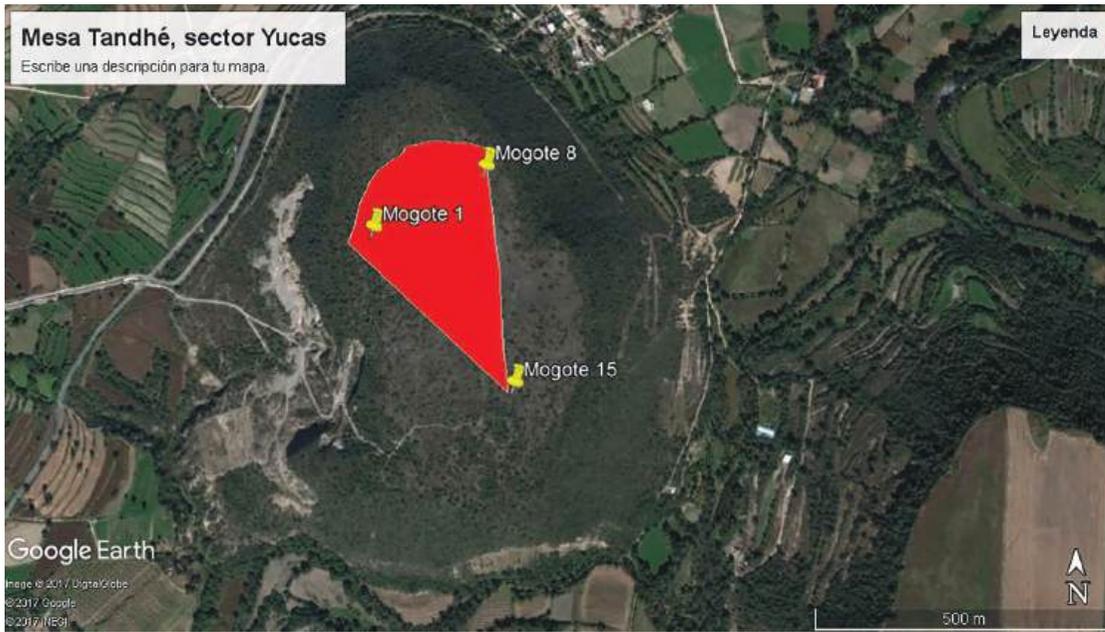


Fig. 40 Ubicación del área de las Yucas. La mayoría de los mogotes habitacionales se hallan al norte del polígono.



Fig. 41 Mogotes habitacionales del sector Yucas. Se sombrea el Mogote 1. Al extremo derecho del croquis se halla la Estructura I.



Fig. 42 Imagen aérea del Mogote 1, tras su excavación de 2018. Nótese el gran órgano que arrasó con el paramento y que desvió unos cuantos grados la plataforma de desplante. Fotografía de Alan Suárez.

ocupacional del patio —que consta de una superficie compacta derivada del apisonado de tierra, el cual fue preparado con bloques de piedra caliza y de tierra a manera de firme detectados por debajo del apisonado—, así como en unidades estratigráficas posteriores que fueron originadas por los derrumbes de la plataforma y del altar doméstico cuando quedaron en desuso. A pesar de los estragos generados por los procesos erosivos, las estatuillas se depositaron en tres áreas muy bien definidas: las inmediaciones del altar sureste, la parte sur y sureste de la plataforma del mogote, así como la zona del sistema agrícola de rejillas. Las restantes efigies, al parecer, debieron haberse depositado por diferentes procesos naturales de transformación del registro arqueológico (figuras 43 y 44).

En el caso del primer grupo, las figurillas debieron haber sido ofrendadas en la parte superior del altar y por diferentes procesos de transformación fueron trasladadas hacia las partes bajas —sobre la construcción crecieron un órgano, un mezquite y un garambullo que rompieron parte del muro norte del altar— (figuras 45 y 46). Algunas efigies más debieron sufrir el mismo proceso de remoción natural, aunque desde el perímetro sur y sureste de la plataforma habitacional, conformando de esa manera al segundo grupo. Finalmente, el tercer bloque de estatuillas estaba asociado con los huertos domésticos del mogote, en donde se construyó un sistema de rejillas con rocas basálticas y que, a decir de los estudiosos (Aurora Montúfar, comunicación personal, 2019), servían para cultivar almácigos. Es probable que este grupo de estatuillas sea el menos afectado por los procesos de remoción natural, por hallarse “protegidas” por los alineamientos de rocas.

Al parecer, las figurillas de la unidad doméstica se encuentran más vinculadas con la lluvia, con la fertilidad, con los ancestros o con los dirigentes. Si bien la mayoría de los ejemplares del mogote fueron entidades antropomorfas indeterminadas (12 piezas), las que le suceden numéricamente son las femeninas (5 piezas), en tanto que las masculinas cuentan con las mismas piezas. Las restantes efigies están conformadas por las deidades (3 piezas) y con un solo espécimen tenemos una figurilla huésped, otra hueca, un hombre común y una figurilla zoomorfa.

Respecto de los ejemplares vinculados con los ancestros o con los dirigentes, destaca la representación de un varón que porta una diadema real (figura 24), ejemplar que debió haber sido ofrendado en el altar, posiblemente aludiendo a un personaje preponderante de Mesa Tandhe.³ Si seguimos esta línea de pensamiento, las efigies recuperadas en el altar o en las inmediaciones de éste, se asociarían con el ejercicio del poder, además de que reflejan algunos pasajes de la vida cotidiana y pública, como un varón ubicado en la escalinata oeste del altar, que porta un espejo de pecho, similar al que viste Tláloc en un pilar de la Pirámide B de Tula.⁴ Aquí cobra sentido lo que Gerónimo de Mendieta (1997) escribía en torno de los usos de las figurillas en los altares de los patios (figura 47, gráfica 3).

A pesar de la aparición de figurillas asociadas con la vida política y social, es más evidente el vínculo con el agua y con la fertilidad de los ejemplares recuperados en el sistema de huertos, pues ahí se rescató una efigie del numen Tláloc e, incluso, una que alude a Mictlantecuhtli o a una entidad inframundana; recordemos que los dominios del inframundo se caracterizan por tener atributos húmedos y femeninos (figura 48).

Además, en esa parte del mogote se halló una olla globular semicompleta del tipo Soltura Rojo Alisado,⁵ la cual fue depositada boca abajo y posteriormente

³ Lo cual se postula en función de que un cuadro más al sur, se halló el fragmento de una vasija de jade que también debió haber sido depositada en la parte superior del altar. Desafortunadamente no se halló alguna ofrenda en el pozo de sondeo practicado en la parte superior del altar, aunque sí fragmentos de cerámica quemada y el mango de un sahúmador, lo que sugiere que se celebró un quemado ritual. Incluso, se halló otra figurilla masculina en el mismo cuadro y estrato de la efigie que porta la diadema real. Ésta muestra a un personaje cuyo rostro es encapsulado dentro de un tocado rectangular. A juzgar por el tamaño y la decoración de la vasija, se presume que también debió de haber aludido a un actor social preponderante del asentamiento (véase la figura 24).

⁴ Este objeto se halló en los estratos que se depositaron sobre la escalinata oeste del altar, por lo que es factible que se trate de un objeto residual de la época mexicana. Ahora bien, el hecho de que aparezcan dos efigies de filiación mexicana en el mogote, no pone en entredicho la temporalidad tolteca del mismo, pues es nula la cerámica mexicana en la unidad doméstica.

⁵ Se ha propuesto que esas ollas globulares toltecas no eran muy utilizadas para la cocción de alimentos, sino más bien para el almacenamiento de líquidos. Fournier (2007) vincula a estos ejemplares, junto con otras lozas epiplásticas, con el complejo cerámico del pulque.

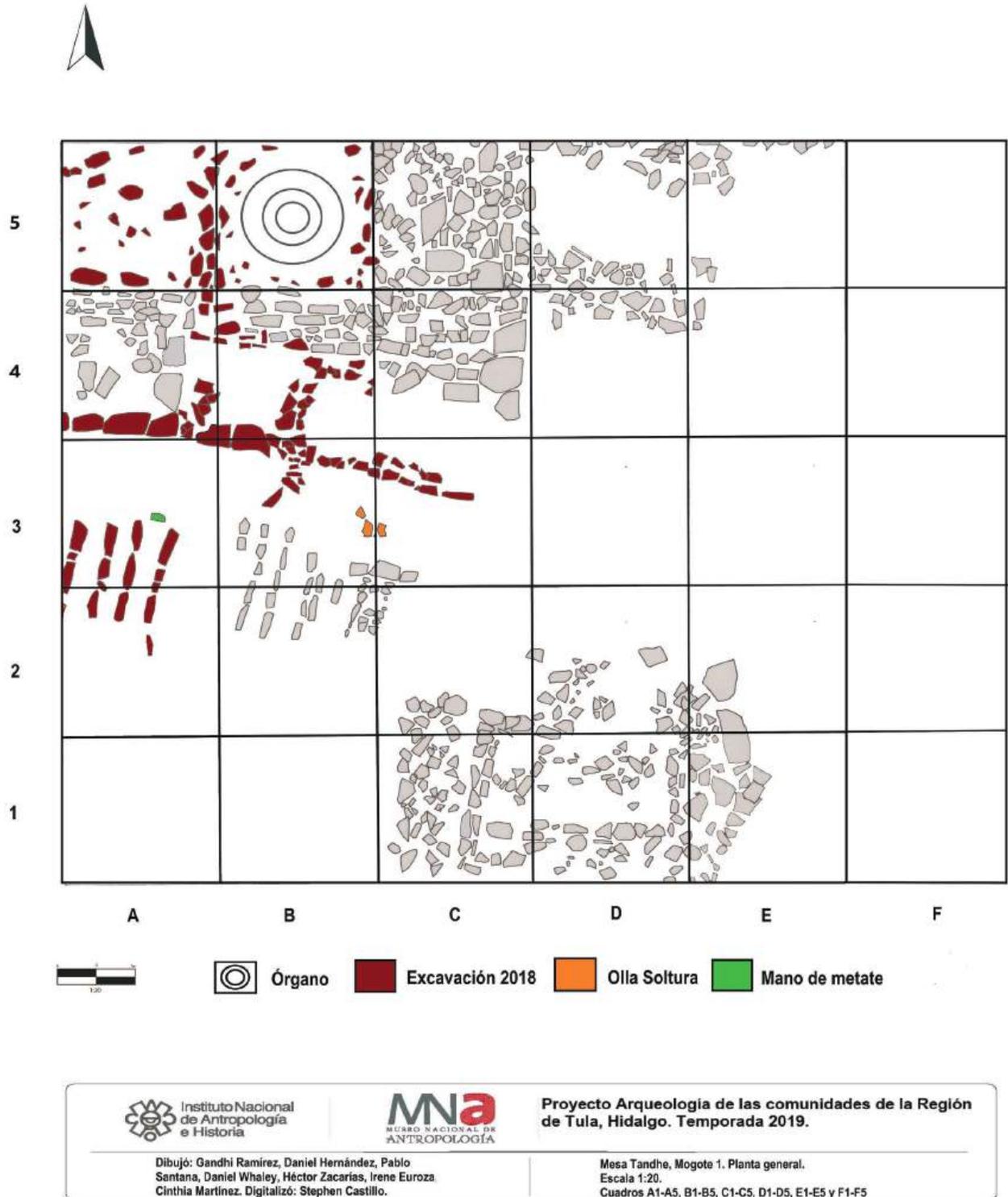


Fig. 43 Planta del Mogote 1 que muestra la excavación de 2018 y de 2019.

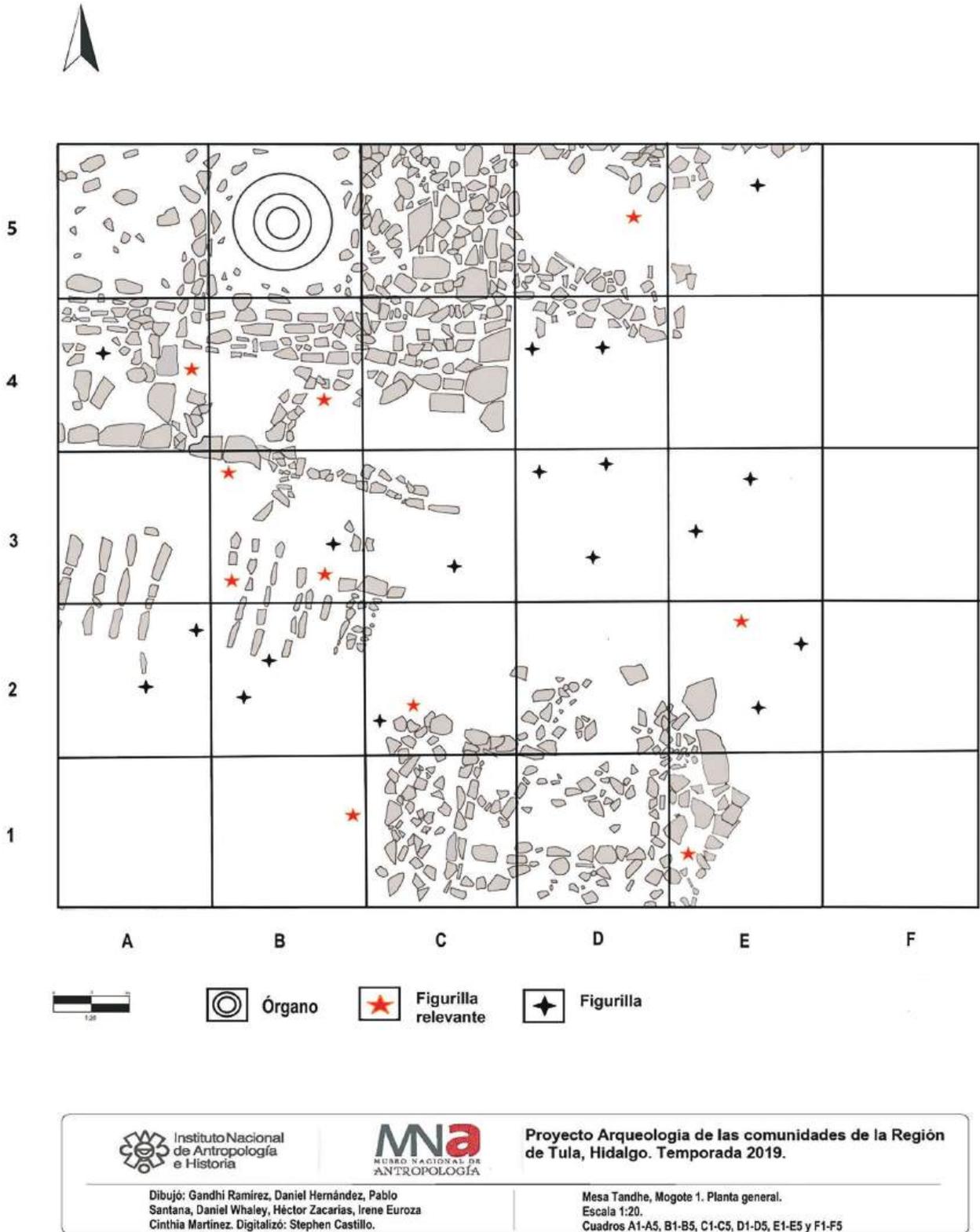


Fig. 44 Mogote 1 de Mesa Tandhe. Ubicación espacial de las figurillas.



Figs. 45 y 46 Figurilla con tocado real y altar del patio del Mogote 1. La figurilla apareció al noreste del altar, en un cuadro adyacente. Fotografías de Stephen Castillo.

“matada”. Por su parte, las representaciones femeninas se hallan presentes en la plataforma sur, ya que ahí se detectaron dos ejemplares interesantes: un bebé huésped, así como una efigie completa con un tocado elaborado, aunque erosionada, por lo que incluso podría no ser femenina (véase la figura 18). Asimismo, en los otros conjuntos de figurillas también aparecen las representaciones de mujeres, la mayoría

consistente de fragmentos de rostros, de tocados y de vestimentas, lo cual sugiere su importancia para los moradores del mogote. La cuestión es saber si la totalidad de las estatuillas se vinculaba con los sentidos de fertilidad o si podían cargar con alguna clase de mensajes. Aquí cobra importancia la figurilla hueca recuperada en la parte sureste de la plataforma del mogote. Si seguimos la hipótesis de Overholtzer (2012), la efigie pudo servir para rituales de sanación y para propiciar la maternidad. Desafortunadamente, el ejemplar del mogote no cuenta con detalles corporales claros que nos permitan asignar el sexo de la efigie, aunque cabría pensar que se trata de una mujer.

Incluso en la Estructura IV, a pesar de que el número de figurillas es menor que el del mogote, las representaciones antropomorfas tienden a ser preponderantes, con 2 hombres y 1 mujer mazapan, 2 fragmentos de extremidades humanas que sugieren la existencia de efigies de gran formato, así como la cabeza de un cánido. Los tocados de los personajes son relevantes, pues se detectó uno crestado que puede aludir al papel plegado, a manera de sombrero, y uno rectangular horizontal con múltiples puntos. Es muy probable que esta estructura tenga una mayor cantidad de efigies, pues dicha muestra de objetos fue recolectada en contexto de superficie y por ello no se descarta la posibilidad de excavarla más adelante (figuras 49 y 50).⁶

De acuerdo con las frecuencias numéricas de las figurillas y tal como advertía Solar *et al.* (2011), las efigies tipo mazapan fueron utilizadas de manera más recurrente en las unidades domésticas de Mesa Tandhe. Sin embargo, nos falta dilucidar si los usos preponderantes de ellas se dieron en la esfera colectiva —altares, patios— o al interior de las unidades domésticas, como una actividad mucho más privada. De ahí la importancia de la arqueología doméstica.

Algunas reflexiones finales

Como en toda investigación, al final se suscitan más interrogantes que certezas. Si bien las figurillas del Mogote 1 fueron recuperadas en contextos controlados de excavación, su función termina insertándose en

⁶ La Estructura IV guarda importantes semejanzas con el Mogote 1, pues se trata de una plataforma artificial sobre la cual se evidenciaron alineamientos en superficie que podrían corresponder a algunos muros y cuartos de una unidad doméstica, presumiblemente de élite, al hallarse tan cerca del área de monumentos. Incluso, en superficie se aprecia estuco disgregado que pudo haber formado parte del piso del aposento. Sin embargo y debido a su cercanía con el área monumental de Mesa Tandhe, su estado de conservación no es tan bueno como el del mogote, pues se aprecian los estragos de algunos saqueos ocasionales. Aun así, la Estructura IV constituye una construcción interesante que puede develar mucha información en torno a los habitantes del asentamiento. Las figurillas, por su parte, fueron recolectadas en la parte superior de la plataforma, así como en el costado oeste de la misma, por lo que posiblemente se desplazaron desde la parte alta de la construcción.

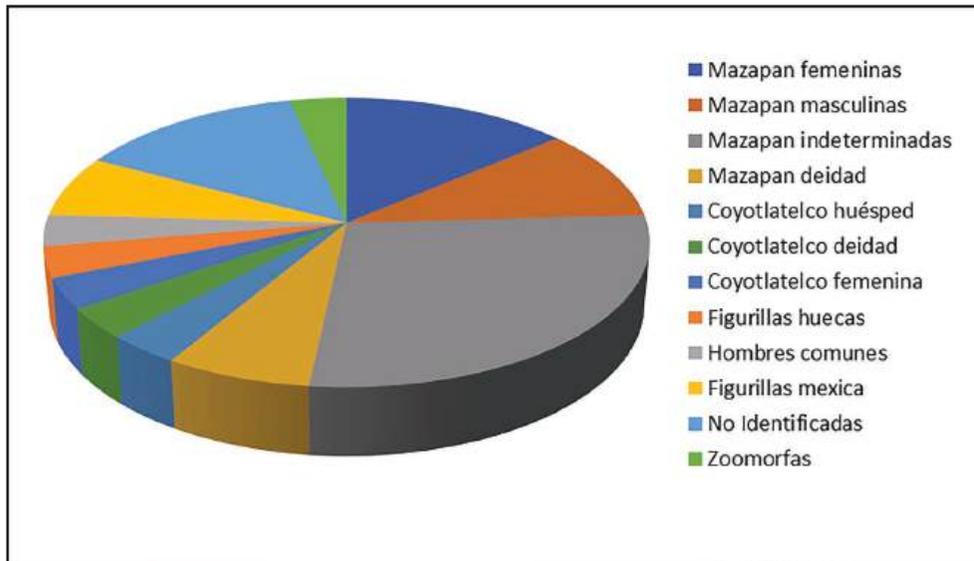


Fig. 47, gráfica 3 Tipos de figurillas excavadas en el Mogote 1. Elaboró Stephen Castillo.

el ámbito de la inferencia. En efecto, deducimos por asociación contextual que las efigies fueron depositadas en la parte superior del altar del patio y que por la acción vegetal y por los derrumbes de la estructura se trasladaron hacia partes más bajas.

Solar *et al.* (2011) indicaban que las funciones de las figurillas mazapan son difíciles de interpretar, en virtud de que son pocos los ejemplares recuperados en contextos primarios, entendidos éstos como los lugares donde se desarrolló una actividad evidenciada por determinada cultura material. Sin embargo, el problema de los contextos primarios es que éstos son los más difíciles de identificar, ya que ellos se originan en situaciones de abandono o como contextos primarios residuales, que refieren a los objetos que no pudieron ser limpiados recurrentemente por encontrarse en lugares de difícil acceso, como las esquinas o los cachés de resguardo (Schiffer, 1996: 47-98). Si nos atenemos a lo anterior, las figurillas que más podrían acercarse a un contexto primario serían las recuperadas en los huertos domésticos del mogote y, por ende, las que permiten vincular su uso simbólico con la lluvia, la fertilidad y la maternidad (véase la figura 45). Pero tampoco se puede dejar de lado que algunas de las figurillas excavadas en el Mogote 1 representan a ancestros, dignatarios o sacerdotes—como podría ser el caso del sujeto que porta un espejo de pecho.

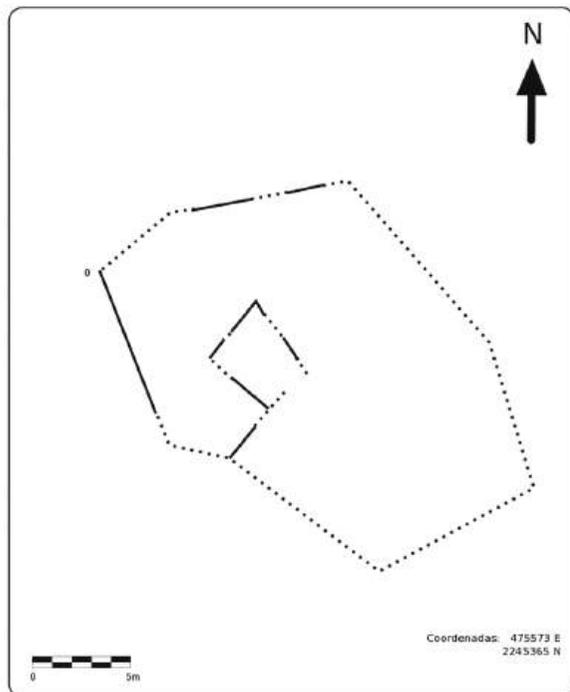
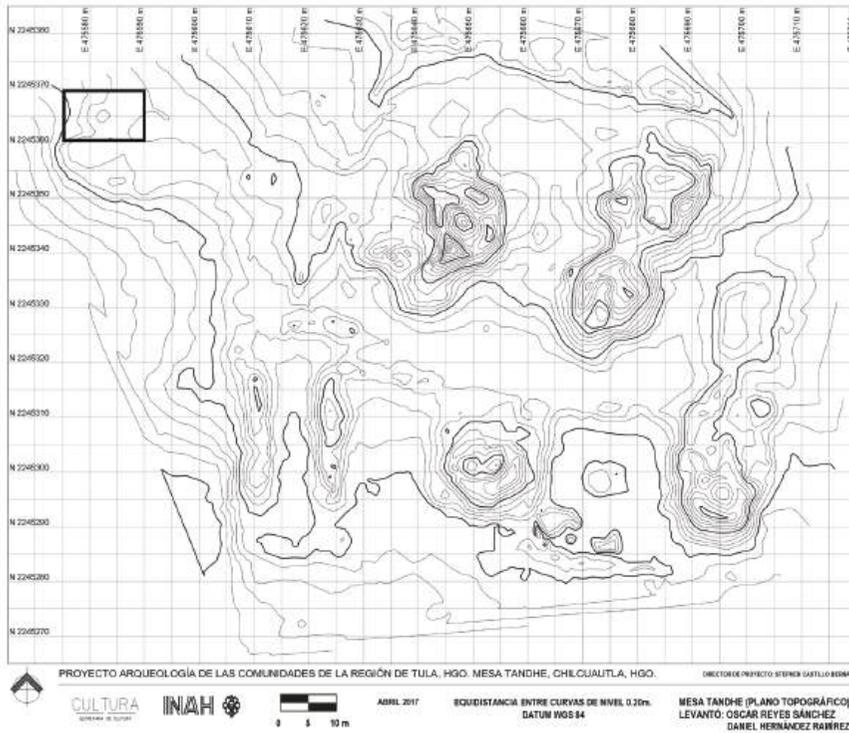
Como ya se indicó, es factible que las figurillas halladas en los cuadros adyacentes al altar del patio del mogote hayan sido depositadas en la parte superior o en las esquinas de las escalinatas, pues tras el breve sondeo efectuado en su cima, se hallaron fragmentos de sahumerios y el remate de una flauta que representa a una serpiente. Es casi un hecho que el fragmento de vasija de jade haya sido también depositado

en la parte superior. Por ello mismo, las figurillas halladas en las inmediaciones de la construcción están más vinculadas con el ejercicio del poder, con los dignatarios, con los ancestros de Mesa Tandhe. Valdría la pena ampliar el sondeo en la parte superior del altar para recuperar mayor información.

¿Pero qué pasa con las restantes efigies? Algunas alusivas a la fertilidad —como el bebé huésped— se encontraron en la parte superior del paramento sur del mogote. Quizá las estatuillas se encontraban al interior de un aposento, pero el gran órgano que creció en esta área imposibilitó su excavación. Cosa similar pudo haber sucedido con las figurillas halladas en los cuadros D3, D4, D5, E3 y E5, las cuales pudieron haberse encontrado en la parte superior del perímetro del mogote. Ahí destaca la figurilla hueca que, si nuestra



Fig. 48 Sistema de huertos domésticos del patio del Mogote 1. En sus inmediaciones se recuperaron diversas figurillas. Fotografía de Stephen Castillo.



	Proyecto arqueología de las comunidades de la Región de Tula, Hidalgo	PACRT-2016
MNA-INIAH	Sitio: Mesa Tandhe Estructura IV	Digitizó: Carlo del Razo

Figs. 49 y 50 Ubicación de la Estructura IV y croquis de sus evidencias arquitectónicas de superficie.

hipótesis es correcta, podría tener funciones mágicas para incentivar la maternidad, como propone Overholtzer (2012).

¿Pero, y si las figurillas fueron abandonadas en el patio del mogote? Es posible, entonces, que también hayan tenido usos más lúdicos que rituales, pues como representaciones materiales de las formas de hacer y de pensar en el pasado, bien pudieron servir como ejemplos a seguir a través del juego. Así las cosas, es plausible pensar que la enseñanza de las tradiciones, las costumbres, las normas, los valores y los tabúes también se hayan aprendido a través del juego con este tipo de objetos de barro. Posiblemente se podría generar una clase diferente de interpretaciones desde la arqueología de la infancia (cf. Derricourt, 2018), aunque de momento los contextos de deposición no nos permiten poner a prueba esta corriente de pensamiento. Habrá que esperar nuevos hallazgos en el asentamiento.

A pesar de lo atrayente que puede resultar el enfoque de la antropología de la infancia, las figurillas de Mesa Tandhe se enmarcan en las interpretaciones mayoritarias sobre las estatuillas de tradición mazapan: fertilidad-maternidad, petición de lluvias y ancestros. Estos sentidos se refuerzan a partir de la similitud de las figurillas del asentamiento con las de otros sitios de la época. Por ejemplo, en el municipio de Tlahuelilpan, Hidalgo, se encuentra el sitio epiclásico de La Mesa, emplazado en la cima de una elevación



Fig. 51 Figurilla antropomorfa procedente de La Mesa, Hidalgo. Es muy similar a una efigie del juego de pelota de Mesa Tandhe (tomada de Mastache y Cobean, 1989: 63).

(cf. Bonfil, 2005). Mastache y Cobean (1989: 63) publican la imagen de una figurilla de La Mesa, la cual es idéntica a una recuperada en el paramento oeste del juego de pelota de Mesa Tandhe (véanse las figuras 20 y 51). Ambas presentan el mismo tocado y la misma expresión facial, que alude a un muerto. ¿Acaso se trata de la representación de uno de los dignatarios primordiales de ambos sitios? ¿Los dos sitios fueron fundados por el mismo personaje? Si ello es así, ¿el dignatario sería parte de una de las primeras dinastías toltecas o de las de ambos emplazamientos? Una alternativa sería que se tratara de una representación mazapan común, lo cual nos habla también de la estandarización artefactual de estas efigies.

Quizá el paralelismo que más refuerza el sentido de fertilidad, de sacrificio y de petición de lluvias lo encontramos en el paramento oeste del juego de pelota de Mesa Tandhe. En su manuscrito, Testard y Serra (2011) indican que una importante cantidad de figurillas ofrendadas en la Pirámide de las Flores de Xochitécatl, fueron de mujeres sonrientes que

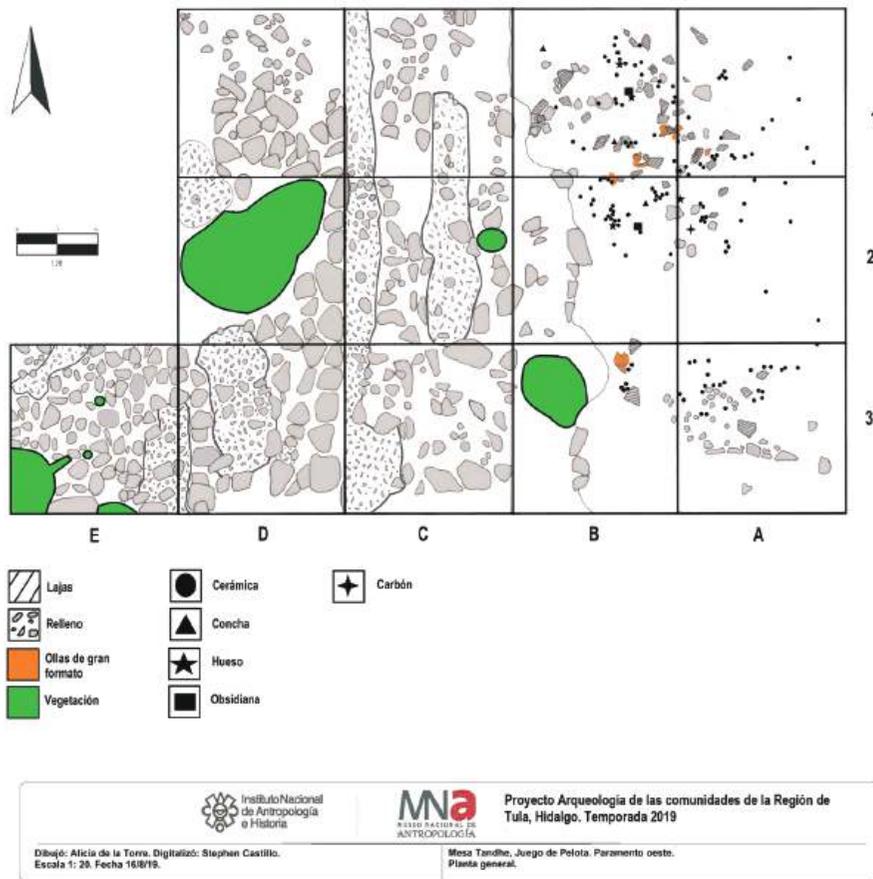


Fig. 52 Mesa Tandhe, juego de pelota, paramento oeste. Concentración de ollas globulares y restos óseos en el arranque del paramento.

portaban *quechquemitl* y que elevaban sus brazos hacia el cielo, a manera de petición de favores divinos. La asociación de efigies de este tipo, junto con restos óseos, presumiblemente de infantes, llevó a las autoras a postular que debieron haber sido utilizadas para la celebración de rituales de petición de lluvias mediante el sacrificio de niños.

Tanto las mujeres sentadas en trono o palanquín, como las portadoras de *quechquemitl* (prenda sumamente ritual e indicadora de alto rango en la sociedad mexicana) y las que tienen plasmadas el motivo de la “piel de serpiente”, pueden considerarse como imágenes de un cierto tipo de élite. Asimismo, la adecuación de los temas de poder y fertilidad confluyen en el personaje dirigente, propiciador de las lluvias. Las mujeres de Xochitécatl parecen ser representaciones de los individuos pertenecientes a la alta sociedad del lugar, quienes con sus responsabilidades y funciones garantizan el mantenimiento de su pueblo. El tocado que alude al algodón, así como los usos del *quechquemitl*: la bicromía roja y blanca, omnipresente entre las piezas y los ejemplos de mujeres con pechos desnudos, son varias pruebas que reafirman la conexión de ciertas figurillas con una “proto” Tlazolteotl. A su vez, la referencia a Xochiquetzal también se comprobó de manera repetida gracias a la recurrencia del motivo de la flor, de la postura de brazos levantados, de las sonrisas, del glifo *ollin*, y de la bicromía amarilla y roja. Tanto Tlazolteotl como Xochiquetzal están relacionadas con la fertilidad y el sacrificio humano (Testard y Serra 2011: 246).

En el paramento oeste del juego de pelota se halló algo similar (figura 52). En el estrato que le daba firmeza a la superficie de ocupación de la cancha se halló una ofrenda de tiestos cerámicos acomodados de manera horizontal. La mayoría de ellos formaron parte de grandes ollas globulares epiclásicas y en menor medida toltecas. En ese depósito se recuperaron pequeños fragmentos de huesos que, tras una rápida inspección, corresponden a los de un infante. Además, en esa superficie de relleno ritual se hallaron tres figurillas mazapan. Una de ellas, ya mencionada, se trata de un muerto, posiblemente un ancestro, muy similar a la efigie reportada por Mastache y Cobean (1989) en La Mesa de Tlahuelilpan. Una más se halló muy fragmentada y consta sólo de un tocado, en tanto que la última se trata de un personaje femenino que porta *quechquemitl* y que evidencia una sonrisa en su rostro (véase la figura 21). Vale la pena señalar que esta figurilla femenina no presenta sus manos levantadas, aunque puede relacionarse con las efigies que mencionan Testard y Serra (2011) por la vestimenta y su gestualidad sonriente —asociada con las caritas sonrientes de la zona del Golfo de México y que se interpretan como mujeres en estado extático—. Así, es factible que esta pequeña ofrenda del juego de

pelota se vincule con el sacrificio de infantes y con la petición de lluvias, aunque faltará un análisis mayor de los restos óseos para evidenciar huellas de corte. Además, es factible que dentro de las grandes ollas se depositaran los huesos de algún infante y alguna de las figurillas mencionadas para posteriormente ser matadas ritualmente y, sobre ellas, configurar la superficie de la cancha.

Si bien la muestra de figurillas de Mesa Tandhe es discreta, nos permite inferir el probable uso que los antiguos pobladores del asentamiento hicieron de las efigies de barro. Dadas las tendencias numéricas, se corrobora el hecho de que estos objetos se emplearon mayoritariamente en el ámbito doméstico. Ahí, se distinguen diversos sentidos: la fertilidad, lo femenino, lo acuático, lo inframundano, el poder político y lo cosmogónico. Sin embargo, los sentidos de fertilidad, de petición de lluvias y lo inframundano se imponen al poder político e, incluso, a los pasajes de la vida cotidiana. Ésa es la razón por la que es necesario detectar los usos y sentidos de las figurillas en el espacio privado, esto es, al interior de las unidades habitacionales. Esperamos hallar más información respecto a los usos de estos materiales, cuyas semejanzas morfológicas nos intrigan.

Bibliografía

Acosta, Guillermo

2000 *Entre el lago y los volcanes. La cultura arqueológica asociada a la cerámica Azteca I*. Tesis de licenciatura. ENAH-INAH, México.

Acosta, Jorge

1956-1957 Interpretación de algunos de los datos en Tula relativos a la época tolteca. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XIV (2): 75-110.

Anawalt, Patricia

1985 The Ethnic History of the Toltecs as Reflected in their Clothing. *Indiana*, (10): 129-145.

Bonfil, Alicia

2005 Cultura y contexto: el comportamiento de un sitio del Epiclásico en la región de Tula. En L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el Centro de México* (pp. 227-259). México, IIA-UNAM.

Brumfiel, Elizabeth

1996 Figurines and the Aztec State: Testing the Effectiveness of Ideological Domination. En R. Wright (ed.), *Gender and Archaeology* (pp. 143-166). Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Brumfiel, Elizabeth y Overholtzer, Lisa

2011 [2009] *Alien Bodies, Everyday People, and Hollow Spaces. Embodiment, Figurines, and Social Discourse in Postclassic Mexico*. En C.T. Halperin, K.A. Faust, R. Taube y A. Giguët (eds.), *Mesoamerican Figurines* (pp. 297-323). Gainesville, Florida, University Press of Florida.

Castillo, Stephen, Alonso, Saúl, Rodríguez, Emilio, García, Alan y Trejo, Javier

2018 Proyecto Arqueología de las comunidades de la Región de Tula, Hidalgo. Informe técnico parcial de la cuarta temporada de campo, 2017. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

Castillo, Stephen, Cruz, Ricardo, Mejorada, Luis Enrique y García, Alan

2020 Proyecto Arqueología de las comunidades de la Región de Tula, Hidalgo. Informe técnico parcial de la sexta temporada de campo, 2019. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

Castillo, Stephen, Rodríguez, Josué, Alonso, Saúl y Del Razo, Carlo

2015 Proyecto Arqueología de las comunidades de la Región de Tula, Hidalgo. Informe técnico parcial de la segunda temporada de campo, 2015. México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH.

Castillo, Noemí y Flores, Lorenza

2017 [1972] *Diccionario de términos básicos para catalogar e inventariar las colecciones arqueológicas de México*. México, INAH.

Cervantes, Juan, Fournier, Patricia y Carballal Margarita

2007 La cerámica del Posclásico en la Cuenca de México. En Leonor Merino y Ángel García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México Antiguo*, vol. V (pp. 277-320). México, INAH (Científica, 508).

Charlton, Cynthia

1995 Las figurillas prehispánicas y coloniales de Tlatelolco. En *Presencias y encuentros. Investigaciones arqueológicas de salvamento* (pp. 157-175). México, DSA-INAH.

Cobean, Robert

1990 *La cerámica de Tula, Hidalgo*. México, INAH (Científica, 215).

2007 La alfarería tolteca. En Leonor Merino y Ángel García Cook (eds.), *La producción alfarera en el México Antiguo*, vol. IV (pp. 57-75). México, INAH (Científica, 505).

Cobean, Robert y Mastache, Guadalupe

1999 *Tepetitlán. Un espacio doméstico rural en el área de Tula*. México, INAH/University of Pittsburgh.

Derricourt, Robin

2018 *Unearthing Childhood. Young Lives in Prehistory*. Glasgow, Manchester University Press.

Diehl, Richard y Berlo, J.C.

1989 Introduction. En Richard Diehl y J.C. Berlo (eds.), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900* (pp. 1-8). Washington D.C., Dumbarton Oaks.

Du Solier, Wilfrido

1947-1948 Cerámica arqueológica de San Cristóbal Ecatepec. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, (31): 27-57.

Equihua, Juan Carlos

2003 *La alfarería de Tula. Un reordenamiento cerámico basado en una propuesta estratigráfica*. Tesis de licenciatura. ENAH-INAH, México.

Equihua, Juan Carlos, Tirado, Laura y Nicolás, Claudia

2019 Tizayuca: un sitio provincial tolteca. En Sergio Sánchez y Alfonso Torres (coords.), *Arqueología contemporánea del estado de Hidalgo* (pp. 15-36). México, INAH/UAEH.

Forest, Marion, Jadot, Elsa y Testard, Juliette

2020 Mazapan-Style Figurines at El Palacio and their Significance for Early Postclassic Regional Interactions in Northern Michoacan. *Ancient Mesoamerica*, 31 (3): 431-450.

Fournier, Patricia

2007 *Los hñähñu del Valle del Mezquital. Maguay, pulque y alfarería*. México, ENAH-INAH.

Fournier, Patricia y Martínez, Maira

2010 El modo de vida precolombino de los otomíes de la región de Tula. En Natalia Moragas y Manuel Morales (coords.), *Arqueología y patrimonio en el estado de Hidalgo* (pp. 175-226). México, UAH.

Grosscup, Gordon

1961 A sequence of figurines from West Mexico. *American Antiquity*, 26 (3): 390-406.

Haberland, Wolfgang

1989 Mazapan-like figurines from El Salvador. En Dominique Michelete (ed.), *Enquetes sur l'Amérique Moyenne. Melanges offerts a Guy Stresser-Pean* (pp. 81-90). México, CEMCA/INAH.

Lillehammer, Grete

- 1989 A child is born. The Child's World in an Archaeological Perspective. *Norway Archaeology Review*, 22 (2): 89-105. Noruega, Archaeological Museum in Stavanger.
- 2010 Archaeology of children. *Norway Archaeology Review*, (21): 15-45. Noruega, Archaeological Museum in Stavanger.

Marcus, Joyce

- 2011 [2009] Rethinking figurines. En Christina Halperin, Katherine Faust, Rhonda Taube y Aurore Giguët (eds.), *Mesoamerican Figurines. Small-Scale Indices of Large-Scale Social Phenomena* (pp. 25-50). Gainesville, Florida, University Press of Florida.

Mastache, Guadalupe y Cobean, Robert

- 1989 The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State. En Richard Diehl y Janet Catherine Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900* (pp. 49-67). Washington, Dumbarton Oaks.

Mendieta, Jerónimo de

- 1997 *Historia eclesiástica indiana*. México, Conaculta.

Noguera, Eduardo

- 1975 *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*. México, UNAM.

Olsen, Karen y Amaroli, Paul

- 2006 Mazapan Style Figurines in El Salvador. *La Tinaja*, 17: 11-15.

Overholtzer, Lisa

- 2012 So that the Baby not be Formed Like a Pottery Rattle: Aztec Rattled Figurines and Household Social Reproductive Practices. *Ancient Mesoamerica*, 23 (1): 69-83.

Paredes, Blanca

- 1990 *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo*. México, INAH (Científica, 210).

Parsons, Mary H

- 1972 Aztec Figurines from the Teotihuacán Valley, México. En Michael Spence, Jeffrey Parsons y Mary Hodge (eds.), *Miscellaneous Studies in Mexican Prehistory* (pp. 81-170). Michigan, University of Michigan Press.

Pulido, Salvador

- 2008 *Figurillas antropomorfas del delta del Balsas. Clasificación e interpretación*. México, INAH.

Ratray, Evelyn

- 1979 La cerámica de Teotihuacan: relaciones externas y cronología. *Anales de Antropología*, (16): 51-69.

Schiffer, Michael

- 1996 [1987] *Formation Processes of The Archaeological Record*. Utah, University of Utah Press.

Scott, Sue

- 1993 *Teotihuacan Mazapan Figurines and the Xipe Totec Statue: A Link between the Basin of Mexico and the Valley of Oaxaca*. Nashville, Tennessee, Vanderbilt University Publications in Anthropology.

Smith, Michael y Montiel, Lisa

- 2008 Figurillas cerámicas e interacción interregional en el Valle de Yautepec desde el periodo Formativo al Posclásico. En Ann Cyphers y Kenneth Hirth (eds.), *Ideología política y sociedad en el periodo Formativo. Ensayos en Homenaje al Dr. David C. Grove* (pp. 249-282). México, IIA-UNAM.

Solar, Laura, Magriñá, Laura y González, Lourdes

- 2011 Las figurillas mazapa y las malinches de los coras. *Arqueología Mexicana*, (108): 66-71.

Sterpone, Osvaldo

- 2000-2001 La quimera de Tula. *Boletín de Antropología Americana*, (37): 141-204.
- 2006 Tula Mazapa entre Coyotlatelco y Tollan. *Revista Cuicuilco*, (36): 71-96.

Stocker, Terry

- 1991 Discussion: Empire Formation, Figurine Function, and Figurine Distribution. En Terry Stocker (ed.), *The New World Figurine Project*, vol. 1 (pp. 145-165). Utah, Utah Research Press.

Stocker, Terry, Jackson, Barbara y Riffell, Harold

- 1986 Wheeled Figurines from Tula, Hidalgo, Mexico. *Mexicon*, (4): 69-73.

Testard, Juliette y Serra Puche, Mari Carmen

- 2011 Las figurillas epiclásicas de la Pirámide de las Flores de Xochitlácatl, Tlaxcala, México: tipología y simbolismo. *Itinerarios*, (14): 213-250.

La cerámica funeraria de Cuicillos Cuates, Apaseo el Grande, Guanajuato

María Delgadillo Sánchez

Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH

José Antonio Mejía

Fiscalía General del Estado de Veracruz

Jesús Cristóbal Valdés

Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH

Resumen: Como parte de los trabajos del salvamento arqueológico en el Gasoducto Tula-Villa de Reyes Ramal a Salamanca (2016-2021), se registró y excavó el sitio de Cuicillos Cuates, que se localiza en el municipio de Apaseo el Grande en Guanajuato. En este artículo se presentan los hallazgos más sobresalientes de dicho asentamiento, el cual tuvo una importante ocupación en época prehispánica, así como el resultado del análisis de los objetos cerámicos recuperados en excavación en un contexto funerario múltiple. Se examinaron 129 piezas completas y semi-completas, cuya mayoría pertenece a la tradición cerámica rojo sobre bayo, cerámica incisa y al negativo típicas de la región del Bajío.

Palabras clave: cerámica, Clásico, Epiclásico, contexto funerario, Bajío, Guanajuato.

Abstract: As part of the archaeological salvage works in the Gas Pipeline Tula-Villa de Reyes Ramal to Salamanca (2016-2021), the Cuicillos Cuates site, located in the municipality of Apaseo el Grande in Guanajuato, was recorded and excavated. This article presents the most significant findings in this settlement, which had an important occupation in prehispanic era; as well as the result of the analysis of the ceramic objects recovered in the excavation, found in a multiple funerary context. A total of 129 complete and semi-complete pieces were examined, the majority belong to the red-on-bay ceramic tradition, incised and negative painting ceramics typical of the Bajío region.

Keywords: pottery, Classic Period, Epiclassic Period, funerary context, Bajío, Guanajuato.

Los trabajos de salvamento arqueológico en el Gasoducto Tula-Villa de Reyes (Valdés, 2017) comenzaron en el 2016, con la prospección del trazo por donde se planea colocar la tubería que conducirá gas combustible a distancia. Durante el recorrido se identificaron más de 40 sitios arqueológicos. En el mes de diciembre del 2017 comenzó la temporada de excavación en el tramo Ramal-Salamanca, dentro de las poligonales de la obra del gasoducto. Durante la prospección del trazo se detectó abundante material cerámico y lítico en el sitio Cuicillos Cuates-unidad 4, la cual se ubica a la altura del kilómetro 65+701 al 65+601, sobre el trazo del gasoducto, en el municipio de Apaseo el Grande en Guanajuato, al noroeste del sitio San Bartolo Agua Caliente (Castañeda, 1992) (figura 1). Cabe mencionar que dicha unidad de excavación se encuentra en un valle a 1 769 msnm. El terreno donde se sitúa la unidad 4 fue utilizado para cultivo de maíz, dejando expuestos materiales culturales en la superficie.

Esta unidad se localiza a 340 metros al NW del núcleo de las estructuras prehispánicas que se conservan. Se determinó excavar en estos espacios (4 unidades) (figura 2), pues en ellas los materiales arqueológicos en superficie fueron más abundantes y se ubicaban sobre el trazo de la obra. Actualmente, esta zona presenta una alteración muy fuerte, pues al fundarse Apaseo el Grande, en 1533, al este del asentamiento prehispánico, estos terrenos fueron nivelados y

utilizados para la agricultura, actividad que se hizo más intensiva de acuerdo con el avance tecnológico de los implementos agrícolas usados.

De los siglos XVI al XIX sólo se usó la fuerza animal para sembrar, alcanzando en los suelos una afectación de entre 25 a 30 cm de profundidad; en el siglo XX, con la mecanización de las herramientas agrícolas, es decir, con el empleo de discos y arados utilizando tractores, se perturbaron los suelos más allá de los 40 cm de fondo. Así mismo, el uso de esta maquinaria facilitó el desmantelamiento de las posibles estructuras prehispánicas existentes en el lugar donde se realizaron los sondeos. Hasta esa profundidad los materiales arqueológicos fueron escasos.

La afectación descrita es evidente en la profundidad a la cual se localizaron los entierros humanos y sus ofrendas; por debajo de los 50 cm en promedio (tomando como nivel 0 los 1 769 msnm) se inician los hallazgos mencionados. Por arriba de ambos, o en el mismo estrato, no se registraron restos de arquitectura, como se podrá notar gráficamente más adelante en este mismo documento (figura 2).

Como parte de los efectos colaterales de las obras de construcción del Gasoducto Tula-Villa de Reyes, se asignaron áreas específicas para hacer sondeos estratigráficos. Al conocer desde la prospección el potencial de materiales arqueológicos en superficie, básicamente cerámica y en menor medida lítica pulida y tallada, se planearon algunas excavaciones

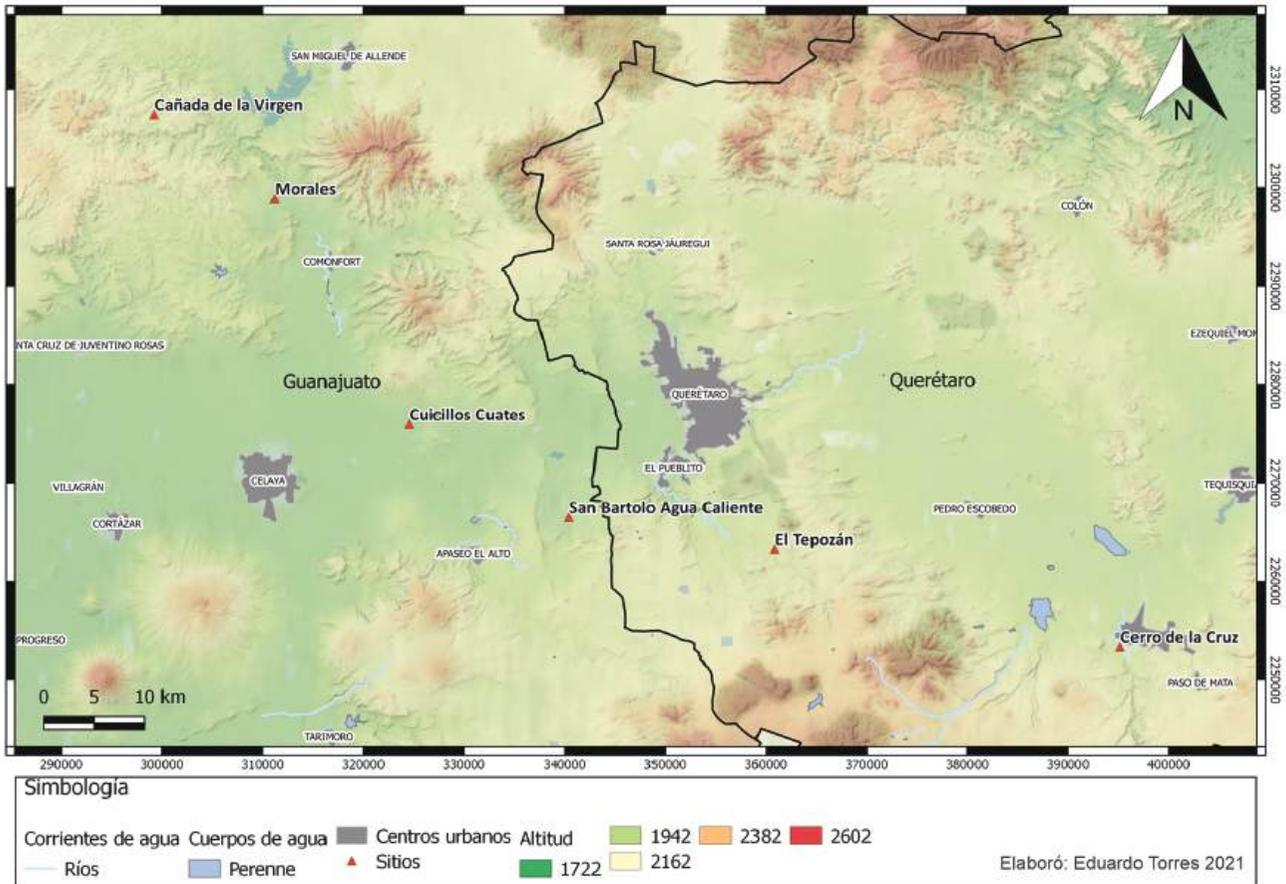


Fig. 1 Área de estudio: porción este de Guanajuato y oeste de Querétaro.

en capas con la finalidad de investigar, registrar y salvaguardar los vestigios arqueológicos que pudieran encontrarse. De este modo, también sería posible extenderse progresivamente, si la evidencia arqueológica así lo ameritara, sobre el trazo del gasoducto, con el fin de obtener datos más precisos acerca del contexto arqueológico del área, ya que los trabajos de construcción del gasoducto afectarían los vestigios que pudieran existir en este sector.

Las cuatro unidades de excavación están distribuidas sobre el derecho de vía, que es el área de afectación de la obra. En la poligonal del asentamiento se identificaron los restos de algunas plataformas y una estructura, por lo que se propuso un desvío del derecho de vía para que esta zona no fuera afectada. Las cuatro unidades de excavación se muestran en polígonos color verde, cada uno identificado con un número. Los hallazgos que se presentan en el presente artículo corresponden a la unidad de excavación 4, que corresponde actualmente a un área de cultivo y que en época prehispánica fue un espacio funerario. En la figura 2 se muestra una fotografía aérea de planta de

la unidad 4, capa III, a una profundidad promedio de 1.55 metros, en donde se observan cinco de los individuos (los número 24, 26-27, 30 y 31), todos ellos con una ofrenda; el resto de se encontraron en la misma unidad, pero en niveles métricos superiores o inferiores. En la misma figura se muestra en dibujo un ejemplo de un entierro con vasijas colocadas sobre el individuo.

Excavación y estratigrafía

Se destaca la presencia de material cerámico y lítico, y un área de entierros donde se exhumaron 37 osamentas, algunas en buen estado de conservación y otras en estado regular. La mayoría cuenta con una ofrenda cerámica, de una hasta nueve vasijas (figura 3). También se destacan cuatro capas estratigráficas, las cuales se mantuvieron uniformes y coherentes sólo en la zona de enterramientos. La primera capa se caracteriza por la poca densidad de materiales culturales, observándose la presencia de ellos en los primeros 40 cm; posterior a esta profundidad empezó a escasear el material cultural

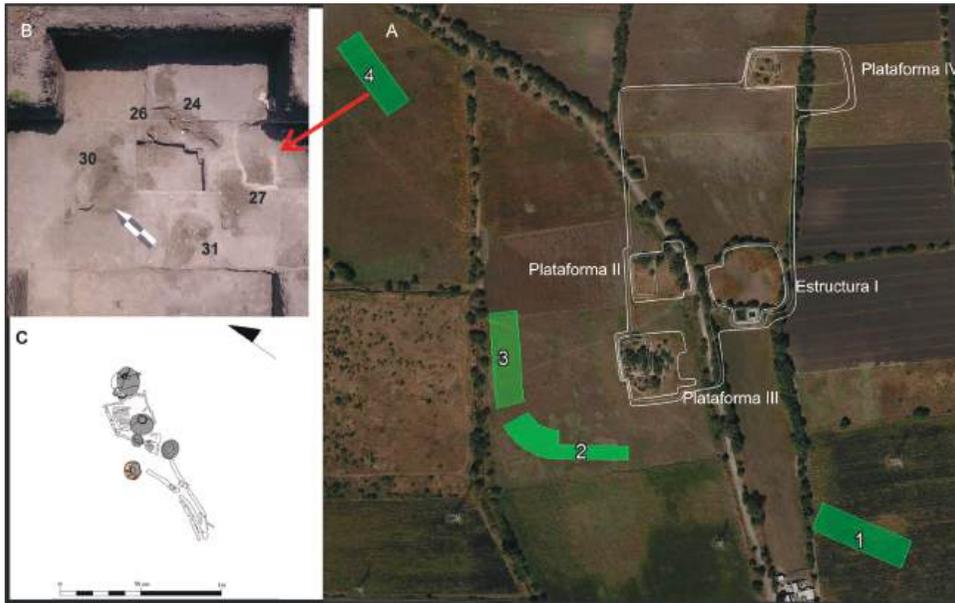


Fig. 2 A) Imagen aérea del sitio Cuicillos Cuates en donde se muestra con polígonos verdes las cuatro unidades de excavación. Los hallazgos que se presentan en este artículo corresponden a las excavaciones realizadas en la unidad 4. En esta imagen también se muestra con una línea blanca los restos de algunas plataformas que aún se conservan en el sitio. B) Fotografía aérea de la unidad de excavación 4, en donde se observan los individuos 24, 26-27, 30 y 31 a una profundidad que va de 1.55 a 1.68 metros (fotografía de Romero, 2019). C) Dibujo del individuo 9 acompañado de una ofrenda de vasijas, las cuales se distribuyen sobre el rostro y la parte media del cuerpo: cinco se encontraron semi completas y de dos se encontraron sólo fragmentos (dibujo de Mejía, 2019).

NÚMERO DE VASIJAS	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9
	6	1	24	4	2	16	12	9	21	13
	19	3	28	7	5	29		14		
INDIVIDUO	25	10	32	11	8					
	27	15	33	22	17					
	30	35		23	18					
	36			31	20					
	37			34	26					

Fig. 3 Cantidad de vasijas por entierro, Mo=3 y 4. Elaboró Delgadillo Sánchez, 2020.

en los sondeos. En la segunda aparecen restos óseos, cerámica y lítica, y sólo se encuentra en algunas partes donde se excavó; por otro lado, en el estrato III, dentro del espacio funerario se localizó la mayoría de los entierros y ofrendas, destacando poca presencia de fragmentos cerámicos y líticos aislados. Por último, en la capa IV no se observaron restos óseos o culturales.

Sistema de Enterramiento

Para la clasificación de los entierros se tomó como referencia el texto de Arturo Romano titulado “Sistemas de enterramientos” (Romano, 1974: 85-112).

En el polígono fue localizado un espacio funerario, en donde se registraron, en su mayoría, entierros extendidos en decúbito lateral derecho y/o izquierdo, y otros en posición ventral o dorsal extendido. De todos los entierros exhumados, 60% son primarios y 40% secundarios. Un dato importante es que se localizaron dos infantes en los primeros niveles dentro de la capa II (posible ceniza), donde se observa claramente que se adaptó el espacio para colocar los entierros; sin embargo, gran parte de ellos se localizaron en la capa III de la secuencia. Uno de los infantes presentaba sobre la ceniza una pequeña cama de tepalcates, es decir, el cuerpo no fue colocado directo en el suelo, sino sobre

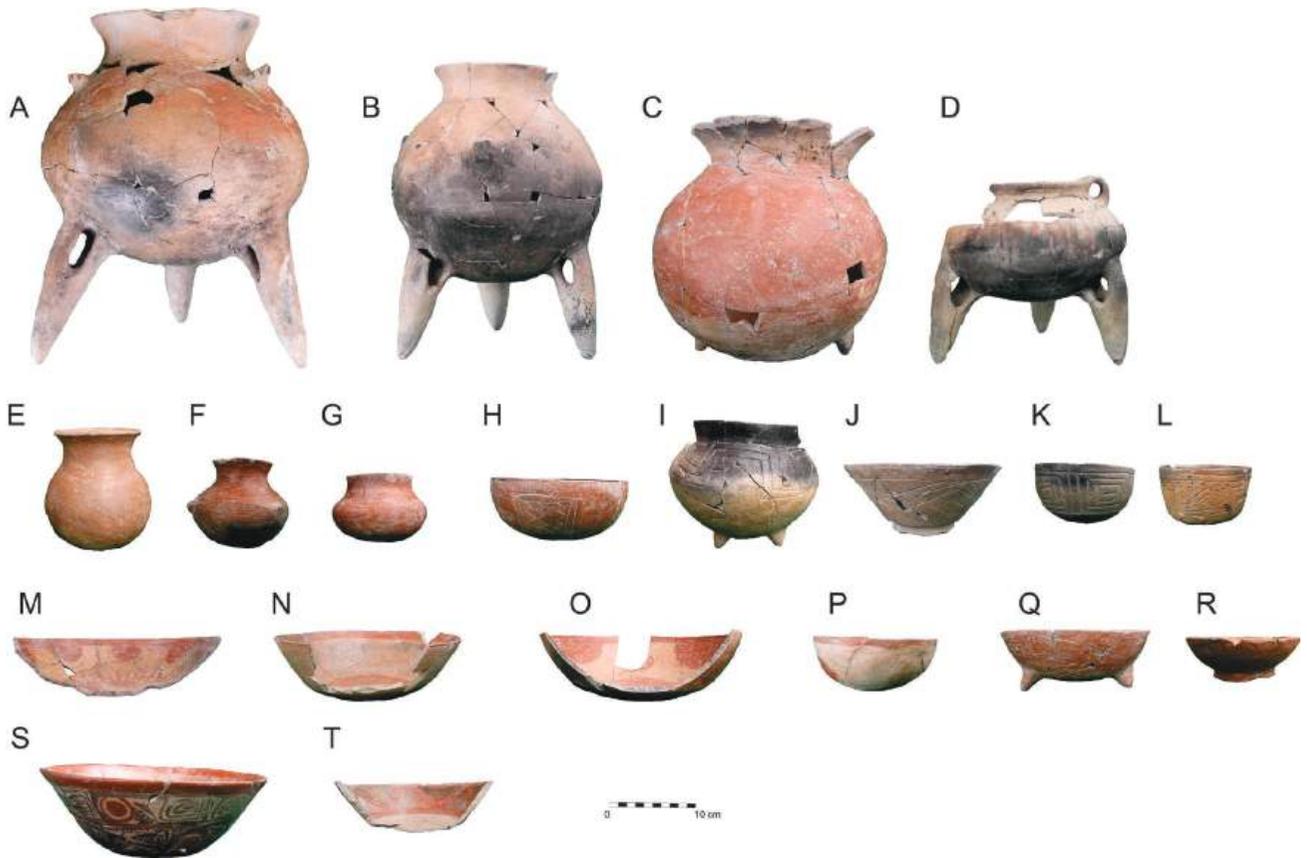


Fig. 4 A-D) Ollas tipo Paso ancho borde rojo. E-G) Ollas de talla chica rojo alisado. H) Cajete rojo sobre bayo con decoración incisa. I) Olla trípode de figura compuesta con decoración incisa. J-L) Cajetes con decoración incisa. M) Cajete rojo sobre bayo con decoración híbrida entre Zonal rojo sobre bayo y Bandas anchas rojo sobre bayo. N) Cajete Bandas anchas rojo sobre bayo. O) Cajete Zonal rojo sobre bayo con la decoración al interior. P) Cajete Zonal rojo sobre bayo con la decoración al exterior. Q) Cajete trípode Paso ancho borde rojo. R) Cajete de soporte anular Paso ancho borde rojo. S) Cajete policromo con decoración al negativo, semejante a la cerámica al negativo de occidente. T) Cajete policromo con decoración al negativo (burdo) semejante al Paso ancho borde rojo. Fotografía García Esquivel, 2020; edición de Delgadillo Sánchez, 2020).

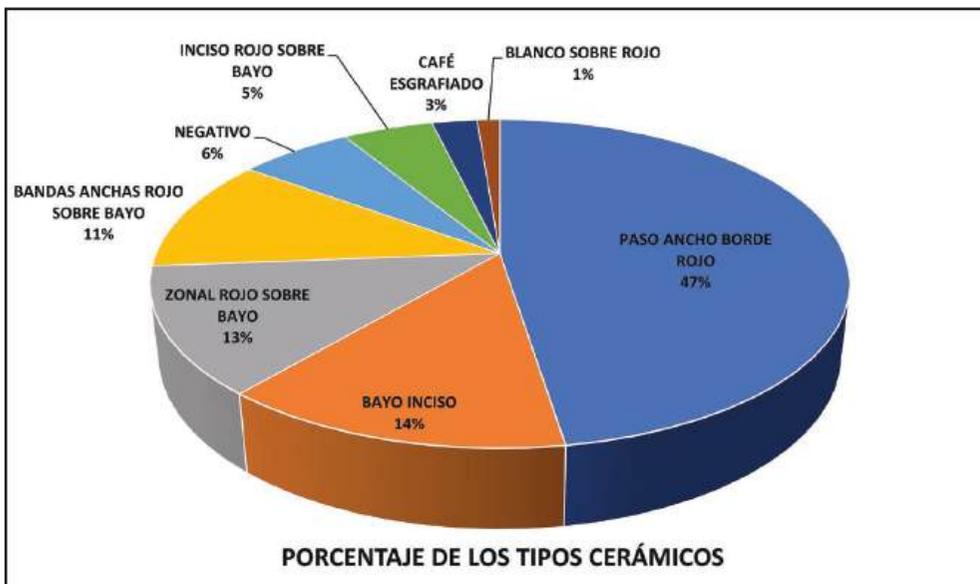


Fig. 5 Frecuencia de los tipos cerámicos cronológicamente diagnósticos, valores recalculados al 100 por ciento. Elaboró Delgadillo Sánchez, 2020.

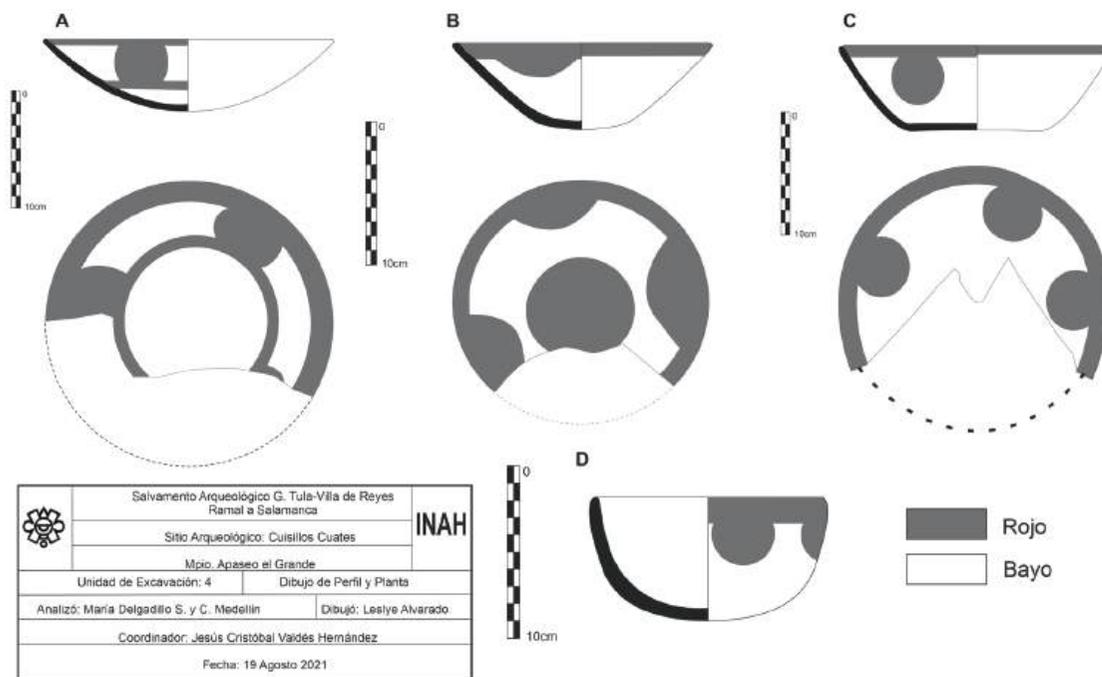


Fig. 6 Cerámica tipo Zonal rojo sobre bayo. A) Plato con decoración rojo sobre bayo al interior, que consiste en grandes círculos. B y C) Cajete con decoración rojo sobre bayo por el interior. D) Cajete con decoración al exterior.

estos fragmentos cerámicos de diferentes vasijas que no se completan. En general, se trata de un espacio donde los individuos fueron enterrados en distintos tiempos y, a diferencia de otras áreas excavadas, en el espacio funerario no se observaron fragmentos cerámicos o líticos, sólo las osamentas con sus respectivas ofrendas.

Metodología de análisis

A continuación, se describen los métodos que permitieron caracterizar y discriminar los tipos cerámicos.

1) *Pasta*: se estimó la compactación mediante el tipo de fractura que puede ser: a) irregular, b) recta o c) desmoronable (Cyphers, 1992); la porosidad, siguiendo los manuales de Rice (1987, 1996). Se determinó el color de la pasta con la tabla Munsell (2017) de suelos y la presencia o ausencia de núcleo reducido (gris o negro), también con la tabla. Por último, se identificaron los desgrasantes de la cerámica mediante la caracterización de los minerales con base en el color, hábito cristalino y reflexión de la luz en los cristales (Dana, 1959); mismos que fueron examinados con una lupa de aumento 20X y la estimación de porcentaje de inclusiones siguiendo el manual de Mathew *et al.* (1991).

2) *Acabado de superficie*: se tomó en cuenta la presencia o ausencia de engobe, el tipo de lustre como puede ser: a) alisado, b) pulido, c) bruñido o d) raspado, anotando si es homogéneo o parcial, e irregular o regular

(Shepard, 1980: 122-125). El color de la superficie se determinó mediante la tabla Munsell (2017) de suelos.

3) *Técnica decorativa*: presencia o ausencia de una o varias de las siguientes técnicas: pintado, inciso, esgrafiado, al pastillaje, texturizado o al negativo (Shepard, 1980: 193-200) que puede ser mediante una doble cocción en caliente o por medio de la pigmentación en frío (Vásquez, 2017).

4) *Forma*: se determinó examinando las diferentes partes de los recipientes, como son: perfil de la vasija, borde (ángulo del borde), cuello (recto, curvo, directo, evertido), y base (recta, convexa o cóncava), cuerpo (cóncavo, convexo o sinuoso) (Shepard, 1980: 226; Rice, 1987: 211-233; 1996).

A continuación, se presentan los resultados del análisis cerámico, que consistió en la revisión macroscópica de los atributos físicos antes detallados, asignándolos a tipos cerámicos ya identificados para la región y nutriendo la descripción referente a pasta, acabado de superficie, decoración y formas.

Resultados del análisis cerámico

Como parte del análisis cerámico se examinó un total de 129 objetos, que proceden del contexto funerario descrito anteriormente. La mayoría de la cerámica depositada no fue elaborada especialmente para uso funerario; son recipientes de uso doméstico; las vasijas examinadas presentaron evidencia de que fueron utilizadas (figura 4). El grupo de la cerámica

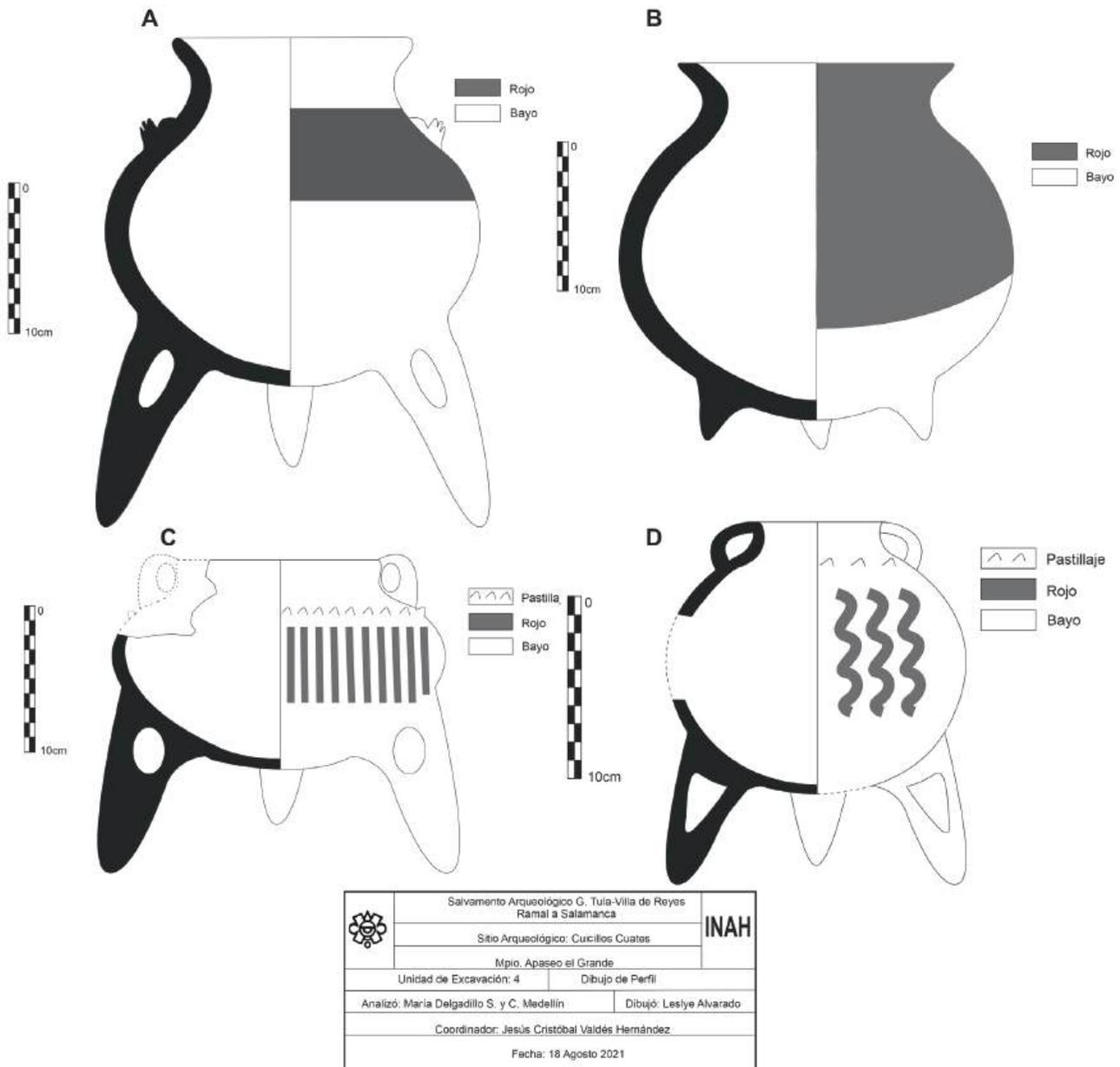


Fig. 7 Cerámica tipo Paso ancho borde rojo. A) Olla trípode con soportes alargados y con decoración al pastillaje. B) Olla trípode con soportes cónicos sólidos cortos. C-D) Ollas trípodes con asas laterales y decoración al pastillaje.

monocroma de uso doméstico representa el 33.3% de las vasijas ofrendadas, mientras que la cerámica decorada y cronológicamente diagnóstica ilustra el 63.5%. El 3.1% restante son fragmentos de vasijas muy erosionadas que no se pudieron identificar (figura 5). Cabe mencionar que el sitio se ubica en la provincia Lerma, propuesta por Saint-Charles (1990), por lo que se identificó cerámica típica de esta región. Como parte de los objetos cronológicamente diagnósticos destacan tres grandes grupos: rojo sobre bayo, cerámica incisa y decorada al negativo. Entre los tipos destacan Zonal rojo sobre bayo, Bandas anchas rojo sobre bayo, Paso

ancho borde rojo, cerámica al negativo policroma y bayo inciso. Por otro lado, las vasijas monocromas son: Rojo alisado, Café y Bayo alisados, que se encuentran asociadas principalmente a los tipos cerámicos Paso ancho borde rojo y Bandas anchas rojo sobre bayo, con lo cual se les puede asignar una temporalidad relativa de entre los años 600 a 900 después de Cristo.

Zonal rojo sobre bayo

Esta cerámica representa el 13% de las vasijas y forma parte de la ofrenda de tres individuos, que son el 4,

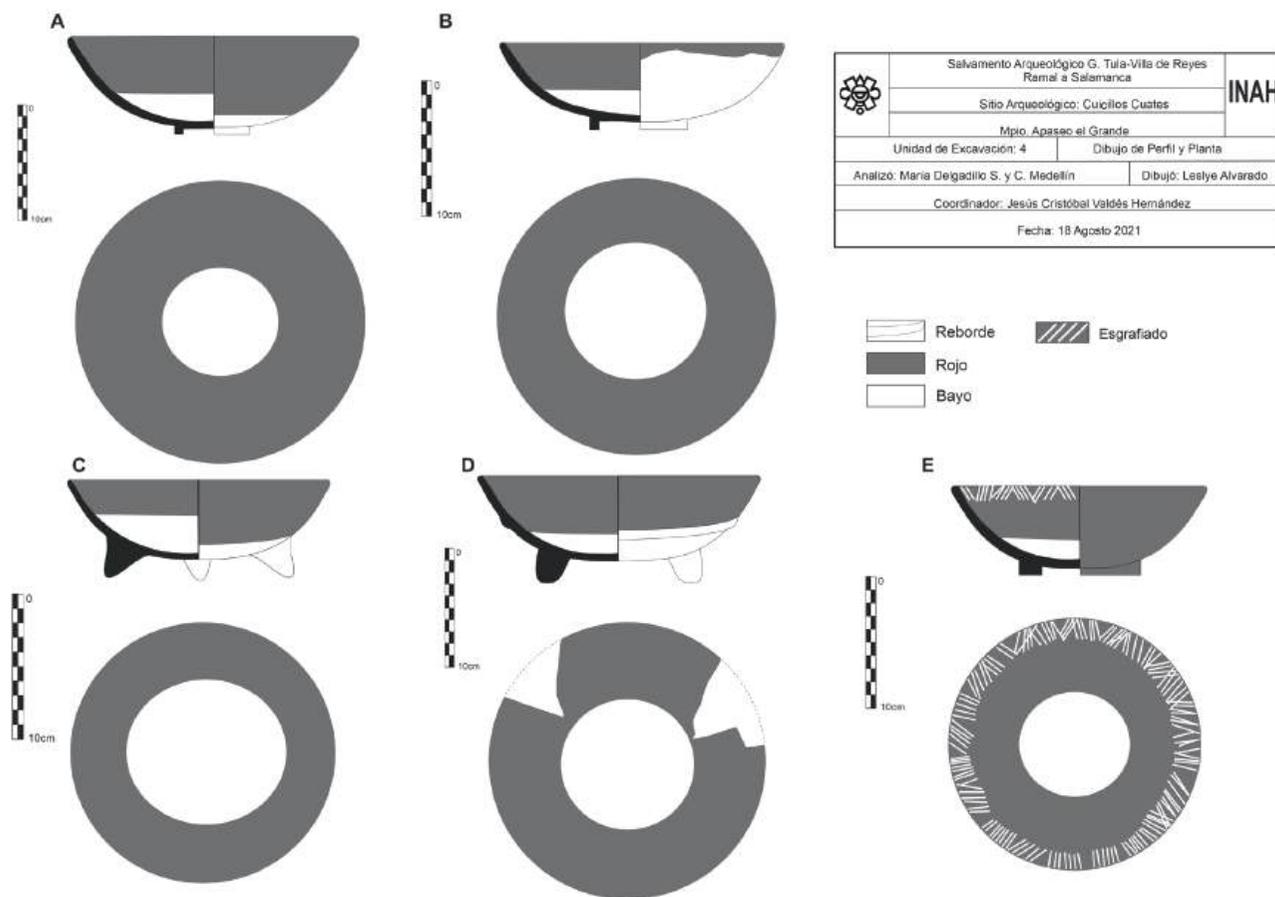


Fig. 8 Cerámica tipo Paso ancho borde rojo. A-B) Cajetes de soporte anular. C-D) Cajetes tripodes. E) Variedad con decoración incisa por el interior.

5 y 19; cabe mencionar que se encuentra a una profundidad que va de los 0.80 hasta 1.90 metros, siendo los ejemplares enterrados a mayor hondura, lo que indica que fueron los primeros recipientes en depositarse; es importante señalar que dicha cerámica se encuentra asociada al tipo Paso ancho borde rojo en los tres individuos. Zonal rojo sobre bayo fue descrito por Saint-Charles (1990) para la porción centro sur de Guanajuato y le asigna una temporalidad que va del 1 al 400 d.C. y la define como cerámica de desarrollo regional (Saint-Charles, 1990: 28-30; 2013).

La pasta es de textura y compactación media con desgrasantes tamaño arena fina y media como cuarzos>líticos>feldespatos, y como minerales accesorios tiene anfíboles y micas. La cocción puede ser regular tipo “galleta” con el núcleo reducido y las orillas oxidadas o irregulares, con algunas partes completamente oxidadas y otras parcialmente reducidas. El color de la pasta es homogéneo y presenta una tonalidad color bayo-café (Munsell 7.5YR 6/4, 5/4, 6/3; 10YR 6/4).

Las principales formas de este tipo cerámico son cajetes (figura 6 B-D) y platos (figura 6A). Los cajetes

son de boca circular, ápodos de fondo recto o ligeramente convexo, con paredes rectas divergentes o curvo-divergentes; el labio es plano en su mayoría y raras veces redondeado. El espesor de las paredes fluctúa entre 0.4 y 0.7 centímetros; el diámetro va de los 13 a los 25 centímetros, y la altura es de 6 a 8 centímetros.

Los platos son de boca circular con ápodos de fondo ligeramente cóncavo, extendidos de paredes curvo-divergentes y labio plano o redondeado. El espesor de las paredes va de 0.4 a 0.6 cm; el diámetro es de 17.0 a 25.0 cm y la altura promedio es de 5.0 centímetros.

Referente al acabado de superficie y a la decoración, son semejantes en cajetes y platos. Los recipientes no presentan engobe, la pasta color bayo café tiene un pulido regular y homogéneo por el interior, mientras que el exterior puede estar alisado o presentar un pulido diferencial. Las vasijas exhiben decoración pintada en color rojo (Munsell 10R 4/6, 5/6; 2.4YR 4/8). Los motivos consisten en círculos sólidos de color rojo, y pueden presentar tres, cuatro o cinco, que tienen un diámetro de 3.0 a 7.0 cm; y una banda en el borde que presenta un espesor que va de 1.0 a 1.7 cm, y una banda

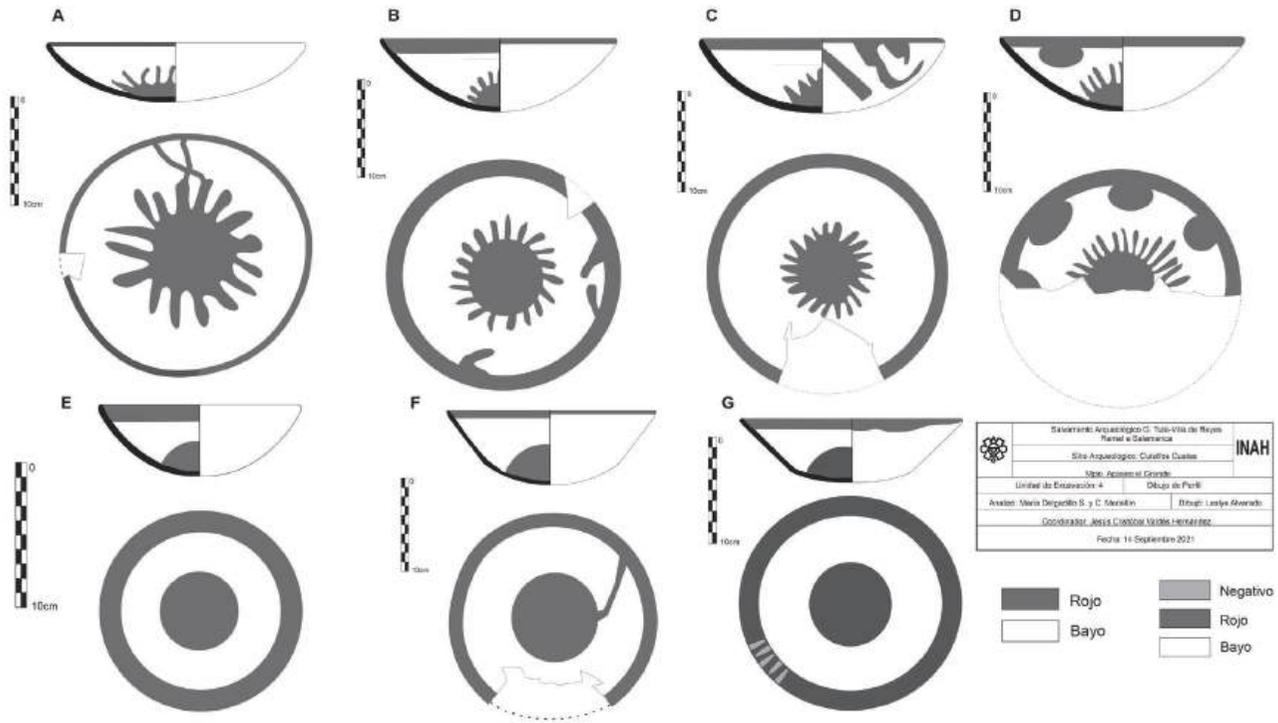


Fig. 9 Tipo Bandas anchas rojo sobre bayo A-D) Decoración rojo sobre bayo con un motivo orgánico en el fondo. E-G) Decoración rojo sobre bayo con un círculo sólido en el fondo. G) Cajete con decoración parcialmente al negativo en el borde.

más delgada en la parte baja de las paredes, todo por el interior; mientras que por el exterior, puede o no contar con una banda que es más ancha, tiene un espesor que fluctúa entre 1.5 a 3.0 cm, puede llegar hasta la parte media del cuerpo y generalmente es irregular; dichos motivos circulares se exhiben en diversas composiciones (figura 6), ya sea equidistantes en las paredes del cuerpo o un círculo en el fondo y el resto en las paredes. La decoración generalmente se presenta al interior, pero puede observarse en el exterior o por ambos lados.

Dicha cerámica fue manufacturada con las técnicas del moldeado y/o modelado; son vasijas de uso utilitario que fueron ofrendadas; la mayoría de los recipientes presentan huellas de uso. Este tipo cerámico fue descrito por Saint-Charles (1990) para la porción centro sur de Guanajuato y le asigna una temporalidad de 1 al 400 d.C., y lo define como cerámica temprana de desarrollo regional y como posible antecesor de la cerámica rojo sobre bayo del Bajío, que Braniff (1972) nombró San Miguel rojo sobre bayo (Saint-Charles, 1990: 28-53). Sin embargo, el tipo Zonal rojo sobre bayo del sitio Cuicillos Cuates difiere un poco del descrito por Saint-Charles (1990), infiriéndose que se trata de cerámica de producción local y se propone ampliar el repertorio decorativo y morfológico asignado originalmente a dicha cerámica, para evitar crear un nuevo tipo, ya que comparten la mayoría de los atributos. Estas vasijas forman parte de la ofrenda de los individuos 5, 6 y 19.

Paso ancho borde rojo

Este tipo representa el 47% de los objetos ofrendados, siendo el más frecuente, y acompaña a 20 de los 35 individuos. De acuerdo con Saint-Charles (1990), registra una temporalidad para el 600-900 d.C. y se distribuye en la porción sur del estado de Guanajuato. Esta cerámica también aparece en el tramo de Salamanca-Yuriria, y de acuerdo con Snarskis (1974), pertenece a la fase Lerma (475-1450 d.C.), mientras que Contreras y Durán de Anda (1982) le asignan una temporalidad para los años 350 al 750 d.C. Sin embargo, en el sitio de Cuicillos Cuates, este tipo cerámico se encuentra estrechamente relacionado con el tipo Bandas anchas rojo sobre bayo, por lo que se le asigna una cronología relativa para los años 600 al 900 d.C., como lo sugirió Saint-Charles (1990).

La pasta es de textura y compactación medias con desgrasantes tamaño arena fina y media como cuarzos>líticos>feldespatos, y como minerales accesorios contiene plagioclasas, micas y anfíboles. La cocción suele ser irregular: algunas partes completamente oxidadas y otras parcialmente reducidas. La pasta tiene una coloración que varía del café claro al bayo color Munsell 7.5YR 6/3, 6/4; 10YR 6/3, 6/4.

Este tipo cerámico está representado por formas muy variadas, que son las siguientes: 1) cajetes de soporte anular hemisféricos de labio plano o redondeado; 2) cajetes ápodos de paredes curvo-divergente bajas

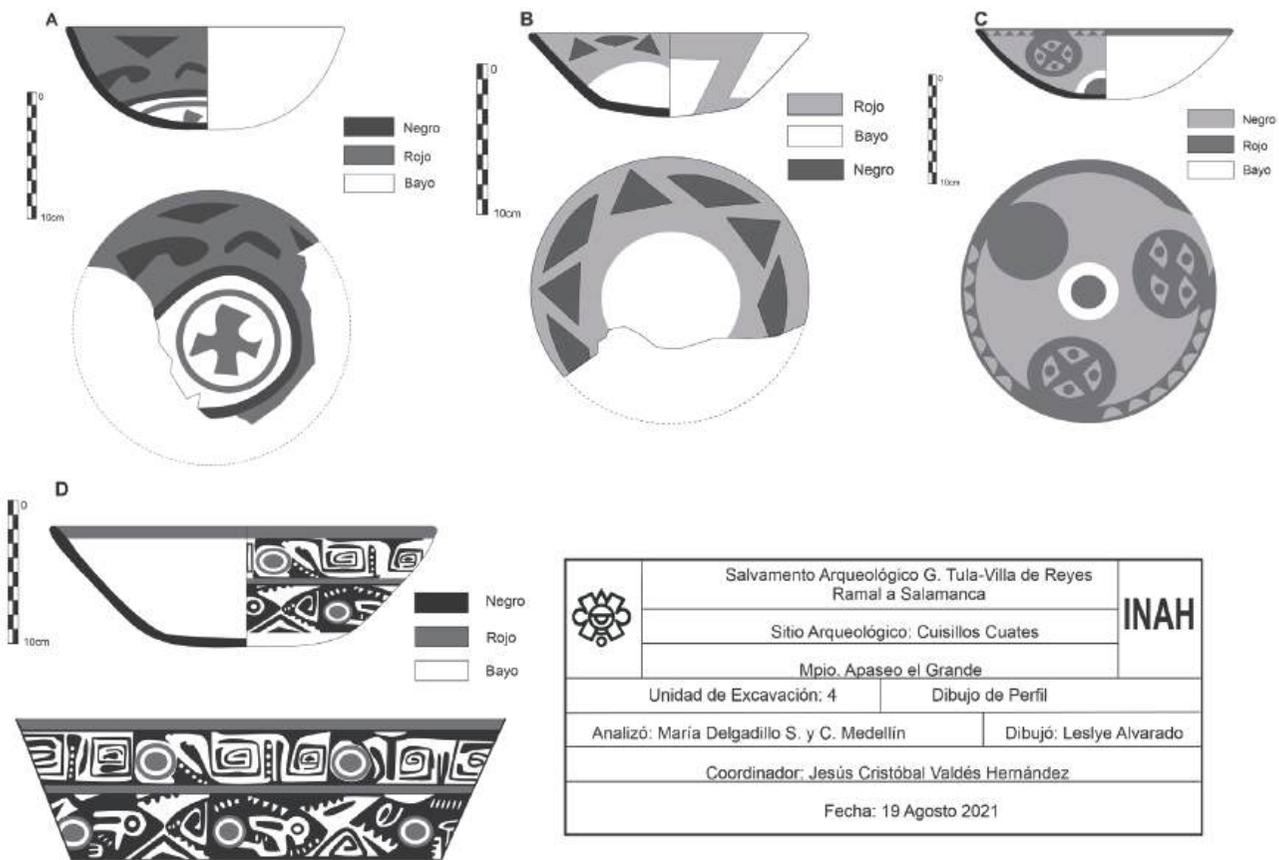


Fig. 10 Cerámica con decoración al negativo. A-C) Recipientes ápodos policromos decorados al negativo; cerámica de producción local. D) Cajete ápodo policromo decorado al negativo por el exterior; cerámica foránea.

y labio plano o redondeado; 3) platos trípodes con soportes cilíndricos largos sólidos; 4) plato ápodo extendido de labio redondeado; 5) molcajetes ápodos de base ligeramente convexa y paredes recto-divergentes; el labio puede ser plano o redondeado; 6) ollas ápodas de cuerpo semi globular y cuello corto curvo-divergente; el labio puede ser plano redondeado o biselado, y 7) ollas trípodes de cuerpo semi globular o de figura compuesta; los soportes pueden ser huecos alargados o cónicos cortos sólidos y el cuello es curvo-divergente; el labio se presenta plano en su mayoría, sin embargo, puede ser redondeado o biselado.

Referente al acabado de superficie, éste no presenta engobe, la superficie en ollas y platos suele ser alisada; mientras que en cajetes está pulida por el interior y alisada al exterior. Sobre la pasta color café claro se aplica decoración con pigmento rojo (color Munsell 2.5YR 5/6; 10R 4/8). Entre los motivos destacan: 1) en ollas, líneas rectas u onduladas verticales paralelas que se ubican en la parte media del cuerpo, y una banda ancha sólida que va del borde al hombro o hasta la parte media del cuerpo (figura 7); 2) los cajetes tienen una banda ancha que va del borde a la parte baja de las paredes por el interior, y al exterior

presenta brochazos irregulares aplicados con pintura roja delgada en el borde y/o la parte media del cuerpo; en los cajetes también puede apreciarse decoración esgrafiada, que consiste en motivos en forma de X o V consecutivas en el borde por el interior; algunos cajetes presentan decoración al negativo de forma irregular, realizada mediante una doble cocción (figura 8B); y 3) los platos tienen decoración pintada en color rojo, que consiste en una banda ancha de 1.2 a 3.0 cm, que va del borde a la parte media del cuerpo, y bandas perpendiculares a ésta, que corren del borde al fondo, todo por el interior; también se observa decoración incisa al exterior en la parte media del cuerpo, que consiste en hendiduras a manera de cordón. Los molcajetes muestran decoración en pintura roja muy semejante a la de los cajetes, la cual consiste en una banda que va del borde a la parte baja de las paredes y el fondo muestra incisiones lineales en forma de retícula realizadas con un punzón o una vara; o picoteado, el cual se hizo cuando la pasta estaba en estado fresco.

Esta cerámica tuvo una función utilitaria, la mayoría de los recipientes presentan huellas de uso, y forman parte de la ofrenda de los siguientes individuos:

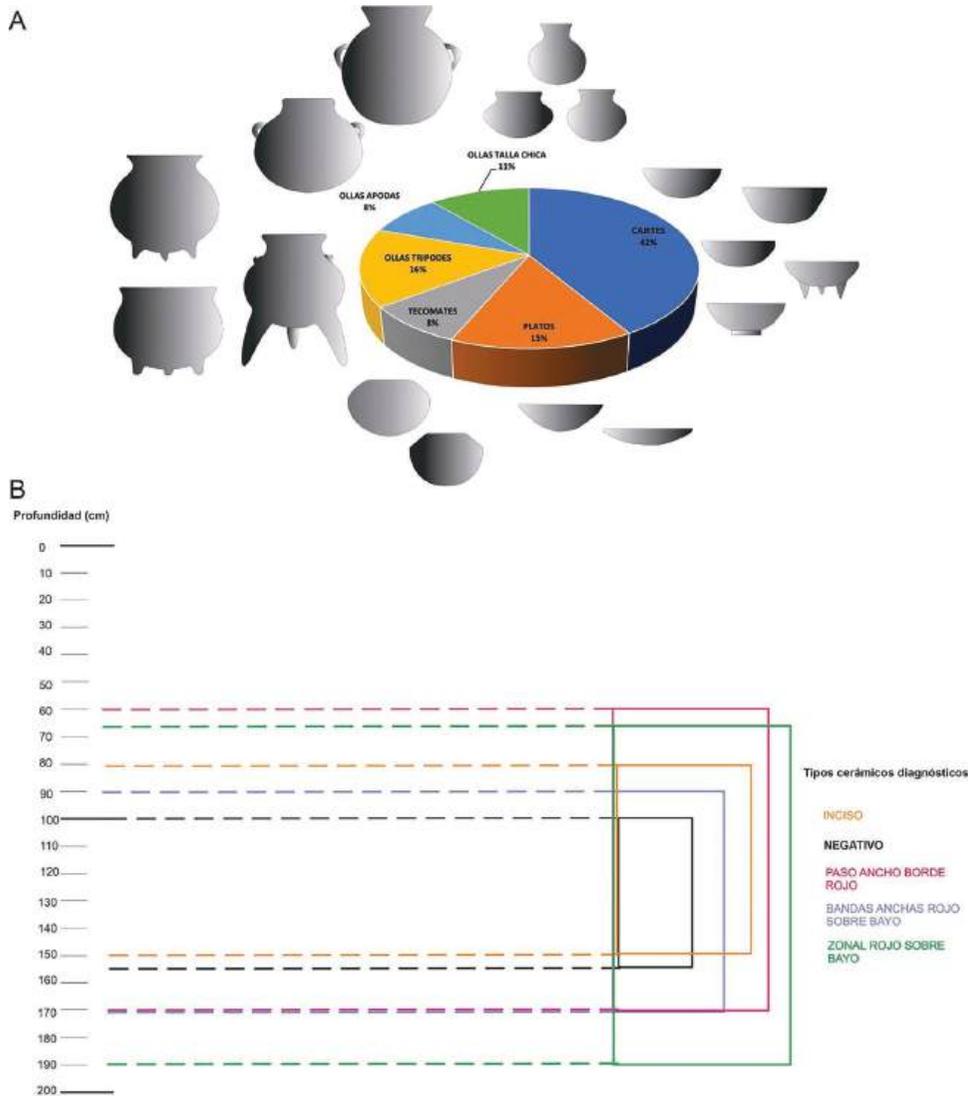


Fig. 11 A) División morfo-funcional de los recipientes. B) Profundidad (en cm) a la que se colectó la cerámica cronológicamente diagnóstica. Elaboró Delgadillo Sánchez, 2020.

2, 4-5, 8-9, 12-14, 16-24, 28, 32 y 34. De acuerdo con Saint-Charles (1990), el tipo Paso ancho borde rojo tiene una temporalidad para el 600-900 d.C. y se distribuye en la porción sur del estado de Guanajuato.

Bandas anchas rojo sobre bayo

Este tipo representa el 11% del total de la cerámica diagnóstica y forma parte de la ofrenda de ocho individuos. Posiblemente se trata de una cerámica de desarrollo regional, que ha sido fechada para el 600-900 d.C. (Saint-Charles, 1990: 28-30).

La pasta es de textura y compactación medias, de fractura irregular con desgrasantes tamaño arena fina y media como cuarzos>líticos>feldespatos, y como minerales accesorios se identificaron plagioclasas, micas y

anfíboles. La cocción puede ser tipo “sándwich”, con el núcleo reducido (color gris oscuro) y los extremos oxidados (tonalidad café) y generalmente es irregular; las vasijas presentan tanto al interior como al exterior manchas oscuras producto de la exposición al fuego. La pasta tiene una coloración café-bayo (color Munsell 7.5YR 6/3, 6/4, 6/6; 10R 6/4; 5YR 5/6).

Entre las principales formas destacan platos y cajetes. Los platos son ápodos de fondo cóncavo y boca circular; el labio suele ser plano, aunque en ocasiones es redondeado; las paredes tienen un espesor que fluctúa entre 0.5 y 0.7 cm; el diámetro va de 19.0 a 26.0 cm y la altura de los 5.0 a los 7.5 cm (figura 9A-D). Los cajetes son hemisféricos o de paredes recto-divergentes y base ligeramente convexa; el labio generalmente es plano, pero puede presentarse redondeado; las

paredes tienen un espesor de 0.5 a 0.7 cm; el diámetro es de 20.0 a 25.0 cm; y a diferencia de los platos, tiene una altura de 8.0 a 9.0 cm (figura 9E-G).

Referente a la decoración, sobre la pasta color bayo se aplica pintura en color rojo, que consiste en una banda en el borde de un espesor que fluctúa entre 0.7 y 1.5 cm y en el fondo presenta un motivo orgánico que asemeja un sol (figura 9A-D) o un círculo (figura 9E-G). Esta cerámica forma parte de la ofrenda de los individuos 1-3, 15, 16, 19, 21 y 33. De acuerdo con Saint-Charles (1990), su temporalidad va de 600-900 d.C. (Saint-Charles, 1990: 119). Su distribución abarca la porción centro-sur de Guanajuato.

Bandas anchas rojo sobre bayo

Este tipo representa el 11% del total de la cerámica diagnóstica y forma parte de la ofrenda de ocho individuos. Posiblemente se trata de una cerámica de desarrollo regional, que ha sido fechada para el 600-900 d.C. (Saint-Charles, 1990: 28-30).

La pasta es de textura y compactación medias, de fractura irregular con desgrasantes tamaño arena fina y media como cuarzos>líticos>feldespatos, y como minerales accesorios se identificaron plagioclasas, micas y anfíboles. La cocción puede ser tipo “sándwich”, con el núcleo reducido (color gris oscuro) y los extremos oxidados (tonalidad café) y generalmente es irregular; las vasijas presentan tanto al interior como al exterior manchas oscuras producto de la exposición al fuego. La pasta tiene una coloración café-bayo (color Munsell 7.5YR 6/3, 6/4, 6/6; 10R 6/4; 5YR 5/6).

Entre las principales formas destacan platos y cajetes. Los platos son ápodos de fondo cóncavo y boca circular; el labio suele ser plano, aunque en ocasiones es redondeado; las paredes tienen un espesor que fluctúa entre 0.5 y 0.7 cm; el diámetro va de 19.0 a 26.0 cm y la altura de los 5.0 a los 7.5 cm (figura 9A-D). Los cajetes son hemisféricos o de paredes recto-divergentes y base ligeramente convexa; el labio generalmente es plano, pero puede presentarse redondeado; las paredes tienen un espesor de 0.5 a 0.7 cm; el diámetro es de 20.0 a 25.0 cm; y a diferencia de los platos, tiene una altura de 8.0 a 9.0 cm (figura 9E-G).

Referente a la decoración, sobre la pasta color bayo se aplica pintura en color rojo, que consiste en una banda en el borde de un espesor que fluctúa entre 0.7 y 1.5 cm y en el fondo presenta un motivo orgánico que asemeja un sol (figura 9A-D) o un círculo (figura 9E-G). Esta cerámica forma parte de la ofrenda de los individuos 1-3, 15, 16, 19, 21 y 33. De acuerdo con Saint-Charles (1990), su temporalidad va de 600-900

d.C. (Saint-Charles, 1990: 119). Su distribución abarca la porción centro-sur de Guanajuato.

Cerámica incisa

La cerámica con decoración incisa representa el 19% del total de los recipientes ofrendados (figura 5I-L) y está presente en al menos nueve entierros. La tradición de la cerámica incisa es amplia para la región del Bajío guanajuatense y queretano (Nalda, 1981; Snarskis, 1985; Saint-Charles, 1990; Braniff, 1999; Pomédio, 2013), y se le ha asignado una temporalidad para el Clásico y Epiclásico de 450-1000 d.C. (Snarskis, 1985; Pomédio, 2013: 19), mientras que Saint-Charles (1990), al tipo café inciso pulido le atribuye una temporalidad de 600-900 d.C.; Café esgrafiado, un tipo muy semejante a la cerámica San Miguel gris esgrafiado descrita por Braniff (1999), quien le asigna una temporalidad para los 100 a.C. al 350 d.C. (Braniff, 1999). Sin embargo, los ejemplares incisos se encuentran en una capa cultural muy específica, que va de los 150.0 a los 80.0 cm (figura 10), asociada al tipo Paso ancho borde rojo, por lo que se le puede asignar una temporalidad relativa para los años 600 al 900 después de Cristo.

La pasta es de textura fina y compactación media con fractura irregular, con desgrasantes tamaño arena fina como cuarzo>feldespato>líticos>micas. La cocción puede ser de dos formas: homogénea tipo “sándwich” con el núcleo reducido y los extremos oxidados; e irregular, donde algunas partes pueden estar completamente oxidadas y otras parcialmente reducidas.

Las principales formas son cajetes de fondo ligeramente convexo y paredes curvo-divergentes y rectas; el labio suele ser plano o redondeado; el borde tiene un diámetro que fluctúa entre 8.0 y 16.0 cm y el espesor de las paredes es de 0.4 a 0.7 cm. Referente al acabado de superficie, las vasijas no presentan engobe, la superficie interior y exterior suele estar alisada o pulida, y sobre el exterior se aplica decoración incisa en la parte media del cuerpo (véase la figura 5I-L).

La decoración consiste en incisiones que se trazan cuando la arcilla está en estado fresco o estado cuero, es decir pre-cocción. El espesor de línea varía de 0.1 a 0.3 cm, y entre los motivos destacan figuras geométricas como líneas, triángulos, espirales, achurado. Algunos de estos recipientes sirvieron para preparar o contener pigmentos, ya que al fondo presenta restos de mineral color rojo.

Esta cerámica es semejante a los ejemplares de incisos para la región del Bajío (Nalda, 1981; Snarskis, 1985; Saint-Charles, 1990; Braniff, 1999; Pomédio, 2013), y se encuentra presente en la ofrenda de los individuos 7-8, 13-14, 17-18, 20-21, 29 y 34.

Cerámica decorada al negativo

La cerámica con decoración al negativo representa el 6.0% del total de las vasijas decoradas y acompañan únicamente a cinco individuos. Es considerada como un marcador de transmisión cultural en el Bajío durante el Epiclásico (Vásquez, 2017).

Es importante mencionar que se lograron identificar dos formas diferentes de negativizar las vasijas. Por otro lado, se reconoció una vasija policroma foránea semejante a los tipos homólogos en Michoacán (Cárdenas *et al.* 2017), la cual acompaña al individuo 16, que tiene la ofrenda más rica y variada; la decoración al negativo está bien lograda e implicó una doble cocción. La pasta es de textura fina y compactación media, con pocos desgrasantes tamaño arena fina y media como líticos>hornblendas>plagioclasas, con una cocción homogénea tipo “sándwich”; la base presenta manchas oscuras por exposición al fuego. Sobre la superficie color bayo se aplica decoración en color rojo como bandas y círculos; sobre esto se coloca decoración al negativo mediante una doble cocción; los motivos son finos y sólidos, entre los que destacan figuras zoomorfas abstractas y formas geométricas (figura 10D).

Por otro lado, el resto de la cerámica al negativo, identificada como de producción local, es de hechura media e irregular (figura 10A-C). La pasta es de textura y compactación media con fractura irregular, con desgrasantes tamaño arena media y fina como cuarzo>feldespatos>líticos, de cocción homogénea tipo “sándwich”, con el núcleo reducido y los extremos oxidados o completamente oxidado.

Las principales formas son cajetes ápodos de base convexa, con un diámetro de 17.0 a 23.0 cm; el espesor de las paredes es de 0.4 a 0.7 cm y la altura varía entre 5.5 hasta los 8.0 cm. Relativo al acabado de superficie, las vasijas no presentan engobe; sobre la pasta color bayo se aplica decoración en pintura roja, encima de la cual se sobrepone decoración al negativo que implica una doble cocción, mientras que los ejemplares de la unidad 2 de excavación presentan negativo en frío, que consiste en un entintado (Vásquez, 2017).

La decoración consiste en una banda ancha color rojo, que va del borde a la parte media del cuerpo por ambos lados, semejante al tipo Paso ancho borde rojo. Los diseños pintados son geométricos, entre los que destacan: bandas, triángulos y círculos. La decoración al negativo consiste en grandes manchas y motivos geométricos irregulares un tanto traslucidos. Estos recipientes se encuentran asociados a los individuos 9, 13, 16, 32 y 35.

Formas y función de las vasijas

La mayoría de los recipientes ofrendados son cerámica utilitaria; entre las principales formas sobresalen cajetes ápodos, trípodes o de soporte anular, los cuales representan el 42% de las formas; seguido de ollas (ápodos, trípodes y miniatura) que ilustran el 35% de la muestra; platos ápodos (15%) y por último las formas menos comunes son los tecomates (8%) (figura 11A). Las vasijas de boca abierta, como los cajetes y platos, sirvieron, en su mayoría, para preparar y servir alimentos, sin embargo, algunos ejemplares se utilizaron para preparar pigmentos de origen mineral. Los recipientes de boca cerrada, como las ollas y los tecomates, sirven para almacenar y transportar alimentos o agua, sin dejar de lado la función para preparar suministros. Existe una proporción entre recipientes abiertos y cerrados en donde los primeros representan el 57% del total y los segundos el 43 por ciento.

Por otro lado, el análisis detallado de la estratigrafía y la cerámica permitió identificar la secuencia deposicional de los materiales, lo cual sugiere que existió una notable ocupación en la región. La mayoría de los entierros y las ofrendas se localizaron en el estrato III, que tiene un espesor de más de 1.0 metro, a excepción del entierro 34, que se localizó en la capa I, y los entierros 2, 7 y 11 se recuperaron en la capa II.

Debido a que no se han realizado fechamientos absolutos del contexto de enterramiento, se examinó detalladamente la estratigrafía y la súper posición de los objetos cerámicos, por lo que se logró identificar lo siguiente: el tipo Zonal rojo sobre bayo tiene una amplia dispersión en cuanto a la profundidad que va de los 190.0 a 65.0 cm, en donde la mayoría de los recipientes se concentran por debajo del 110.0 cm, a excepción de un fragmento de plato que se encuentra a los 65.0 cm; por otro lado, el tipo Paso ancho borde rojo tiene una menor dispersión y se ubica en un área de 80.0 cm, que va desde los 170.0 hasta 90.0 centímetros.

La cerámica Bandas anchas rojo sobre bayo aparece a la misma profundidad que Paso ancho borde rojo, es decir, desde los 170.0 cm de profundidad hasta los 90.0 cm; los objetos tienden a concentrarse alrededor de los 140.0 cm. Asimismo, la cerámica incisa aparece en un lapso determinado representado por una profundidad de 70.0 cm, que va de los 150.0 hasta los 80.0 cm. Mientras que la cerámica al negativo también se está utilizando en un lapso determinado, menor a los anteriores, representado por una profundidad de 55.0 cm, que va de 155.0 a 100.0 cm; sólo en esta capa cultural aparece dicha cerámica (figura 11 B). Con base en lo anterior, la cerámica incisa y al negativo se le puede asignar una cronología relativa entre los años 600 al 900 después de Cristo.

Conclusiones

En cuanto a la época prehispánica, se registró un espacio cuyo fin principal era erigirse como una zona de enterramiento o panteón. En este espacio funerario se identificaron 37 individuos, entre ellos algunos infantes, y se observaron ofrendas conformadas por vasijas, cuyo análisis cerámico nos indica que la mayoría de los individuos tuvieron un mismo estatus social.

Por otro lado, un porcentaje del conjunto, en estado de conservación regular, presentó una ofrenda más elaborada, como el individuo 16, que consistía en un collar conformado de jade y serpentina, un dije de concha y un objeto de corcho/madera, colocado cerca de la mano derecha, así como una vasija policroma de posible origen foráneo. Con los datos registrados es posible apreciar la diferencia entre la cantidad y la calidad de las ofrendas, así como el desgaste físico que presentó la elaboración de un espacio y el debido cuidado que se le otorgó para colocar al individuo, denotando quizás una jerarquía social más alta.

Adicionalmente, en cuanto a la costumbre funeraria, se observó un estándar en la posición de los entierros, extendidos en decúbito lateral derecho/izquierdo, o en posición ventral o dorsal directo, lo que permitió inferir un patrón de enterramiento en un espacio y un tiempo específicos.

Como parte del análisis se pudieron identificar algunas tendencias: los individuos, en promedio, presentan entre 3 y 4 vasijas ofrendadas, sin embargo, hay 5 individuos que no tienen ni una vasija asociada, de los cuales 3 son infantes. El mayor número de recipientes depositados son 9 y corresponden a un personaje adulto. La cerámica que fue ofrendada corresponde en su mayoría a recipientes de servicio con huellas de uso, representados en su mayoría por el tipo Paso ancho borde rojo, seguido de cerámica incisa y Zonal rojo sobre bayo. La vajilla está compuesta principalmente de recipientes abiertos, como cajetes y platos que presentan cierta estandarización en forma y tamaño; seguidos de recipientes cerrados, como ollas, que por el contrario son de formas y tamaños variados, y pocos tecomates. Además, como parte de la identificación tipológica se logró caracterizar y nutrir la información sobre los tipos ya establecidos en lo referente a los atributos físicos, como la decoración y la pasta, en donde los principales constituyentes minerales son cuarzos, líticos y feldspatos, propios de un ambiente de origen volcánico.

Al respecto, se identificaron tres grades tradiciones cerámicas representadas en la vajilla del contexto funerario, entre ellas: Rojo sobre bayo, cerámica con decoración incisa y al negativo, las cuales corresponden

a la unidad geográfica del Bajío. En publicaciones futuras, una vez que se obtengan los resultados de los restos óseos, se podrá divulgar una interpretación integral sobre los individuos y su contexto.

Este trabajo representa un avance en los métodos de análisis cerámicos; además de que aporta al conocimiento sobre la arqueología regional en el Bajío, con los resultados obtenidos se pretende ampliar el conocimiento sobre la cultura material y los individuos que habitaron dicha zona.

Bibliografía

Braniff Cornejo, Beatriz

1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación. En *Teotihuacan. XI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (pp. 273-323). México, SMA.

1999 *Morales, Guanajuato y la tradición tolteca*. México, INAH (Científica, 395).

Cárdenas García, Efraín, Oliveros Morales, José Arturo y Gogichaistvili, Avto

2007 La cerámica al negativo, una tradición milenaria en el Occidente de Mesoamérica. *International Journal of South American Archaeology*, (12): 45-55. Syllaba Press International.

Castañeda López, Carlos

1992 *Un antiguo señorío en el Bajío guanajuatense. San Bartolo Agua Caliente*. Tesis de licenciatura. Universidad Autónoma de Veracruz, México.

Contreras R., José Antonio y Durán Anda, Ma. Trinidad

1982 Informe de la temporada de laboratorio del Proyecto Gasoducto Guanajuato, tramo Salamanca-Yuriria. Departamento de Salvamento Arqueológico, INAH. Archivo del Centro Regional Guanajuato del INAH, México.

Cyphers, Ann

1992 *Chalcatzingo, Morelos: estudio de cerámica y sociedad*. México, IIA-UNAM.

Dana, Hurlbut

1959 *Manual de mineralogía*. Barcelona, Reverte.

Matthew, A.J., Woods, A.J. y Oliver, C.

1991 Spot before the Eyes: New Comparison Charts for Visual Percentage Estimation in Archaeological Materials. En A. Middleton e I. Freestone (eds.), *Recent Developments in*

Ceramics Petrology (pp. 211-263). Londres, British Museum Research Laboratory (Occasional Paper, 81).

Nalda, Enrique

1981 Proyecto Lerma Medio (ENAH). Sector Salvatierra-Acámbaro. Reporte No. 4. Mecanoescrito. México, Archivo del Centro Regional de Guanajuato-INAH.

Pomédio, Chloé

2013 Últimos avances en el estudio tecno-estilístico de la cerámica incisa del Bajío. En Chloé Pomédio, Gregory Pereira y Eugenia Fernández-Villanueva, *Tradiciones cerámicas del Epiclásico en el Bajío y regiones aledañas. Cronología e interacción*. BAR International Series, 2519.

Rice, M. Prudence

1987 *Pottery Analysis a Sourcebook*. Chicago, The University of Chicago Press.
1996 Recent Ceramic Analysis: Function, Style, and Origins. *Journal of Archaeological Research*, (4): 133-163.

Romano, Arturo

1974 Sistemas de enterramiento. En Juan Comas (ed.), *Antropología física: época prehispánica. Panorama histórico y cultural* (pp. 85-112). México, INAH.

Saint-Charles Zetina, Juan Carlos

1990 *Cerámicas arqueológicas del Bajío: un estudio metodológico*. Tesis de licenciatura. Universidad Veracruzana-Facultad de Antropología, Xalapa, Veracruz.

2013 Tradiciones cerámicas Rojo sobre bayo del Epiclásico en el oriente del Bajío y sur de Querétaro. En Chloé Pomédio, Gregory Pereira y Eugenia Fernández-Villanueva, *Tradiciones cerámicas del Epiclásico en el Bajío y regiones aledañas. Cronología e interacción* (pp. 8-18). BAR International Series, 2519.

Shepard, Anna O.

1980 *Ceramics for the Archaeologist*. Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington (Publication 609).

Snarskis, Michael

1974 Ceramic Analysis. En Shirley Gorenstein *et al.*, *The Tarascan-Aztec Frontier: The Acambaro Focus*. México, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos-INAH (ms.).
1985 Ceramic Analysis. En Shirley Gorenstein (ed.), *Acambaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border* (apéndice III). Nashville, Vanderbilt (Publications in Anthropology, 32).

Valdés Hernández, J.

2017 Informe preliminar de prospección del salvamento arqueológico en el Gasoducto Tula-Villa de Reyes. Ramal a Salamanca km 0+000-116+880. Parte 1. Dirección de Salvamento Arqueológico. México, Archivo Técnico del Consejo de Arqueología-INAH.

Vásquez Grueso, Aldebarán

2017 *La cerámica al negativo como marcador de transmisión cultural en el Bajío durante el Epiclásico (600-900 d.C.)*. Tesis de maestría. El Colegio de Michoacán.

De los muertos de la casa a la casa de los muertos: una aproximación a las concepciones mortuorias de Tlatilco y Chalcatzingo

Roberto Martínez González

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Resumen: Como parte de una investigación más amplia sobre los orígenes formativos de las concepciones mesoamericanas del deceso humano, este trabajo se propone elucidar algunos principios lógicos que hubieron de guiar la práctica de la inhumación en Tlatilco y Chalcatzingo, dos sitios que pudieron formar parte de una misma tradición. El contraste entre depósitos procedentes de distintas épocas y regiones, revela tanto la existencia de una cierta continuidad como la presencia de relevantes cambios en las intenciones del enterramiento. Identificamos dos estrategias de gestión de la muerte: la preservación de los difuntos en la vida social y el reciclaje de sus cuerpos para la reproducción de la vida. Es la transición entre la una y la otra la que, como veremos, ayuda a entender los vínculos entre concepción de la muerte y estructura social.

Palabras clave: concepción de la muerte, muerte y estructura social, periodo Formativo, Tlatilco, Chalcatzingo.

Abstract: As part of more comprehensive research on the Formative period origins of Mesoamerican conceptions of human death, the present paper sheds light on some of the local principles that must have guided burial practices at Tlatilco and Chalcatzingo, two sites that might also have formed part of the same tradition. The contrast between deposits from different periods and regions reveals both the existence of a degree of continuity, and the presence of significant changes in the intentions of interment. We identify two different strategies of approaching death: the preservation of the deceased in social life, and the recycling their bodies for the reproduction of life. It is the transition between one and the other that, as we shall see, can lead to a better understanding of the connections between the conception of death and social structure.

Keywords: conception of death, death and social structure, Formative period, Tlatilco, Chalcatzingo.

Si bien la muerte ha sido uno de los temas privilegiados en el ámbito mesoamericanista, vale decir que, a la fecha, sigue siendo poco lo que ha podido dilucidarse en torno a las concepciones que hubieron de prevalecer en el periodo Formativo.¹ Reconocemos importantes avances tanto en la reconstrucción de las prácticas realizadas, lo que no carece de complejidad, como en la identificación de las diferencias sociales que éstas reflejan; los progresos han sido menos cuantiosos, sin embargo, en lo relativo al reconocimiento de aquellos principios cosmológicos que sirvieron de guía para la acción (por ejemplo, Merry de Morales, 1987a; Flannery y Marcus, 2005: 6; Oliveros, 2004; Nebot, 2004; Plunket y Uruñuela, 2012: 9). Esta situación parece, en buena medida, derivar de la propia naturaleza de los materiales analizados, pues, éstos, por lo general, no suelen consistir más que en arreglos compuestos por restos óseos, diversas clases de artefactos y elementos iconográficos que, por la infrecuencia de contenidos escénicos, resultan de muy difícil interpretación. El problema, dicho de otro modo, no es tanto la falta de información, sino la dificultad que implica el reconocimiento de los sentidos expresados en las relaciones entre las distintas clases de materiales.

Esos datos, no obstante, pueden tornarse mucho más significativos cuando, en lugar de abordarlos a escala de sitio, los circunscribimos en un fenómeno más amplio, en este caso, el contraste entre la vida aldeana del Formativo temprano y el desarrollo de las primeras sociedades semiurbanas en el Formativo medio. Considerando el espacio disponible para este artículo, nos hemos de enfocar en una práctica específica, la inhumación, desarrollada en dos diferentes sitios: Tlatilco (1300-1000 a.C.), en el Estado de México, y Chalcatzingo (sobre todo en la fase Cantera, 700-500 a.C.), en Morelos, vinculados por la aparente pertenencia a una misma tradición (véase Grove, 2007: 214).

La intención es que la comparación entre las informaciones procedentes de estas dos clases de sociedades, nos ayude a poner en evidencia tanto lo que tiende a mantenerse constante a través del tiempo y el espacio, y que, probablemente, hubo de estar mayormente cargado de significación,² como de aquello que se ajusta y modifica en la transformación social.

Comenzaremos, pues, explicando algunos aspectos antropológicos del deceso humano y el modo en que éstos se articulan con la conformación de los depósitos mortuorios. Analizaremos las cualidades de los

¹ Véanse los trabajos de Matos (1978), López Austin (1989, I: 357-393), Graulich (2000: 251-267), Ragot (2000), Coe (1975; 1978), Sotelo (1987), Ciudad *et al.* (2004), McAnany (1995), Sejourne (1960) y Miller (1995), por citar algunos ejemplos de la multiplicidad y diversidad de obras dedicadas al tema de la muerte en Mesoamérica.

² Según Kalampalikis (2003: 151), la redundancia de las expresiones deja entrever la importancia que tienen determinadas temáticas.

contextos de inhumación de cada uno de los sitios y nos enfocaremos en aquellas permutaciones que pudieran poner a la luz la existencia de patrones; entre las variables a considerar parecen especialmente relevantes las relaciones entre grupos de edad y sexo. Cuando sea posible, se establecerán algunas correlaciones con datos iconográficos procedentes de los mismos sitios, esto sobre todo en Chalcatzingo, donde el contenido escénico de las imágenes es más explícito; y, para reforzar nuestras interpretaciones, estableceremos analogías con las evidencias que se desprenden de las fuentes documentales de la Colonia temprana.

Las conclusiones serán, por supuesto, parciales y aproximativas. No pretendemos tener acceso a esas remotas mentalidades; tan sólo consideramos ser capaces de reconocer dos diferentes lógicas de acción: la socialización de los muertos y su reciclaje para la producción de nueva vida. Es en la relación entre la una y la otra donde se ubicará en el foco de nuestra discusión final.

Para abordar la muerte

La existencia de un ser humano, como la de cualquier miembro de una especie gregaria, ha de ser comprendida a partir de dos diferentes dimensiones: un aspecto orgánico, que se modela a través de la vida en sociedad, el *cuero*, y uno de orden psico-social, que se construye continuamente a partir de la interacción entre el sujeto y la comunidad, la *persona*.³ Vivir, en términos antropológicos, es, así, formar parte de una colectividad; diríamos, retomando a Viveiros de Castro (1996: 94), que sólo se es sujeto en tanto se es social.

El deceso irrumpe en esa situación produciendo la disociación entre el cuerpo, ahora transformado en cadáver inerte, y la persona, que pervive, al menos un tiempo, en la memoria, pero se muestra incapaz de asumir por sí misma su subjetividad. Las colectividades, entonces, se ven confrontadas a una doble problemática: qué hacer con el cadáver resultante, que al entrar en proceso de descomposición ha adquirido cualidades patógenas, por un lado, y cómo recomponer ese tejido comunitario, que se ha visto perturbado por la pérdida de uno de sus miembros, por el otro. Dicho fenómeno es descrito por el común de las sociedades como un

proceso de transformación capaz de afectar tanto a las identidades como a las relaciones de aquellos que fallecen (véase Hertz, 1990).

Lo interesante es que las soluciones a tales cuestiones no parecen infinitas. A partir del análisis de una muestra de alrededor de 50 ejemplos etnográficos alrededor del mundo, en trabajos previos (Martínez, 2017; 2021: 61-93), propusimos la existencia de tres principales posibilidades lógicas. La primera se refiere a aquellas situaciones en las que se elige anular por completo la presencia de los difuntos en la colectividad, sea porque terminan por desvanecerse en el ambiente, porque se alejan a lugares tan remotos que ninguna forma de contacto es ya posible, o porque se les ve como depredadores a los que es preferible evitar. La segunda es aquella que postula la regeneración de la vida a partir de la muerte; puede ser que el deceso acabe por producir nuevas existencias humanas o que conduzca a la renovación de recursos necesarios para la pervivencia de la sociedad. La tercera y última implica la posibilidad de que los occisos continúen presentes en la vida social; ya sea que se conviertan en gestores de recursos naturales o que devengan en guardianes del orden comunitario, y prevalece la idea de que se requiere continuar relacionándose con ellos para garantizar la reproducción social. Los casos contemplados en tal estudio sugieren, además, que, aun cuando una sociedad vea a una de tales opciones como destino ideal de sus difuntos, no es infrecuente que se considere a las otras como alternativas para situaciones especiales —que los muertos comunes se alejen, pero los recién nacidos reencarnen—, que la mayor parte de los fallecidos reencarnen, pero las personas excepcionales se vuelvan ancestros, etcétera.

Son estas soluciones lógicas las que, aparentemente, sirven de fundamento a aquéllos muy elaborados conjuntos articulados de nociones a los que solemos referirnos, como la *concepción de la muerte* de una determinada sociedad.

Estas últimas parecen, cuando menos, compartir tres de sus cualidades con el mito:

1) Al igual que los mitos, las concepciones de la muerte tienen por función principal la de resolver aquellas oposiciones lógicas que resultan fundamentales para la sociedad en que se originan, y actúan transformando dichas contradicciones en otras de diferente índole (Lévi-Strauss, 1964: 539-540); de este modo, la oposición vida-muerte se transformaría, por vía de las concepciones de la muerte, en otras como esterilidad-fertilidad, cuando el fallecimiento supone producir nueva vida; nosotros-los otros, si se plantea que los difuntos devienen enemigos; sociedad visible-sociedad invisible, en caso de que se atribuya a los occisos una existencia casi inmaterial, etcétera.

³ Entenderemos por “cuerpo” y “organismo” los aspectos biológicos del ser humano. Mientras que con el término “persona”, designaremos aquellas “formas simbólicas —palabras, imágenes, instituciones, comportamientos— mediante las cuales, en cada lugar, la gente se representa a sí misma y ante los demás”. Aunque “cuerpo” y “persona” no son, en modo alguno, sinónimos, siempre será necesario recurrir a la concepción de los elementos orgánicos para el pleno entendimiento del ser humano (Geertz, 1997: 299-338). Véase también Mauss (2001 [1938]), entre otros.



Fig.1 Máscara de la Dualidad. Recuperado de: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Preclassic_Central_Mexican_Clay_Mask,_Tlatilco,_Showing_Duality_of_Life_and_Death,_1200-600_BC.jpg>, consultada el 27 de enero de 2022.

2) Las concepciones de la muerte, como los mitos, tienden a articularse entre sí para conformar sistemas de transformación; de tal manera que si un mito es siempre una variante de un mito de una sociedad vecina (Lévi-Strauss, 1958: 241), también podemos considerar que las concepciones de grupos relacionados se construyen en función de permutaciones alrededor de un principio común.

3) Difícilmente pudiera pensarse que tales concepciones lleguen a presentarse en algún momento en su aspecto más total, pues, tal como los mitos, éstas funcionan como una suerte de lenguaje que recurre a diferentes clases de medios para expresarse. De modo que, así como cada narración mítica constituye una versión de un mito, los ritos funerarios y las descripciones de la vida *post mortem* aparecen como expresiones concretas de algo que sólo en la mentalidad colectiva existe en toda su completitud (véase Lévi-Strauss, 1964: 20).

De sobra está decir que los contextos arqueológicos mortuorios no contienen en sí mismos la totalidad de una concepción de la muerte, pues, aun haciendo caso omiso de los fenómenos post-deposicionales, éstos no podrían ser vistos más que como el resultado final de una de sus expresiones, la práctica funeraria. La colocación intencional de un cuerpo en un determinado espacio,

sin embargo, parece tener un carácter discursivo, ya que las múltiples elecciones que hubieron de tomarse en su depósito, tienen la capacidad de revelar información sobre las formas en que la sociedad sobreviviente concibe a sus miembros fallecidos. Retomando a Gell (1988: 21-23), podríamos considerar los restos humanos como objetos dotados de una agencia de segundo orden; es decir, como entidades que, por la acción de un tercero o de un contexto situacional particular —sean los tratamientos mortuorios o el deceso en sí—, adquieren la capacidad de fungir como vehículos para la construcción de relaciones, sean éstas con otros difuntos, con los objetos que les circundan, con el espacio en que se ubican o con los colectivos que continúan haciendo uso de tales espacios.

Dicho esto, podemos plantear las siguientes consideraciones metodológicas:

1) El depósito mortuario es producto de un evento particular: la transformación del cuerpo y la persona a partir de su deceso; la elección de los lugares de depósito, las posiciones en que se colocó el cadáver y los objetos asociados dan cuenta de las características de ese nuevo ser que se ha conformado.

2) Los contextos arqueológicos con restos humanos son resultado de expresiones parciales de las maneras

en que una determinada sociedad busca resolver el problema de la pérdida de uno de sus miembros. Cada uno de los depósitos analizables aparece, así, como una versión concreta de un modelo general; de modo que es a través de las variaciones entre unos y otros que se pueden deducir las normas —algo parecido a cómo los lingüistas recurren al habla para deducir las reglas del lenguaje (véase Saussure, 1945: 37-43).

3) Considerando que el problema de la muerte remite al modo en que una determinada colectividad elige transformar a sus miembros para poder garantizar su supervivencia, resulta evidente que, para abordar las concepciones del deceso humano, es indispensable analizar sus manifestaciones en relación con el contexto social en el ocurren.

4) Siendo que las permutaciones dan cuenta de las maneras en que los conceptos son ajustados a un contexto social particular, parece claro que, para esclarecer el sentido o función de una determinada práctica, es necesario analizarla en contraste con las desarrolladas por poblaciones que demuestren una cierta afinidad cultural.

Lo primero será, así, recurrir al análisis de las manifestaciones plásticas antropomorfas de ambos sitios, para procurar reconocer aquellas regularidades que pudieran remitirnos a ciertas nociones sobre el cuerpo, la persona y la vida en sociedad, en general. Contrastaremos, luego, estos resultados con lo observado acerca de los modos en que se trataron los restos humanos en los depósitos registrados para cada uno de los asentamientos; la idea es determinar, a través de este contraste, si las mismas normas que hubieron de operar en la representación del ser vivo, actuaron o no en su presentación tras la defunción; son las diferencias entre ambos registros las que nos ayudarán a imaginar el sentido de la transformación. Se espera, por último, que la comparación entre los dos sitios permita entender la especificidad de cada una de las concepciones de la muerte; las similitudes nos ayudarán a definir una tradición común, las divergencias nos permitirán elucidar el sentido de los cambios en las prácticas que hubieron de ocurrir en consonancia con las transformaciones sociales.

Tlatilco, sus personas y sus muertos

En el sitio de San Luis Tlatilco no se conocen vestigios de templos, palacios o basamentos, y tampoco se ha identificado, al momento, ningún arte pictórico que pudiera estar asociado a su población; contamos, por fortuna, con un abundante conjunto de figurillas cerámicas antropomorfas que, aunque pocas veces muestran interacciones, nos proporcionan

algunos inicios para aproximarnos a sus ideas sobre la humanidad.

Observamos, para empezar, que, ocasionalmente, algunas porciones anatómicas pueden representarse de manera aislada; tal es lo que se nota en la vasija en forma de pie, encontrada en la primera temporada, la mano como decoración en un botellón, que se recuperó en la segunda temporada, y las múltiples máscaras que se colectaron en las cuatro principales excavaciones.

En las piezas creadas para verse como cuerpos humanos completos, resulta interesante notar que no suele otorgarse el mismo nivel de detalle a todos los segmentos corporales: la cabeza y el rostro son, en definitiva, aquellos que hubieron de requerir mayor cantidad de trabajo; pues, más allá de las precisiones fisiológicas, las figurillas exhiben una amplia diversidad de tocados y peinados, ocasionalmente tenemos orejeras y, más raramente, pintura facial. Tal como ocurre en otras regiones y periodos mesoamericanos, es sobre todo en relación con la cabeza que se marca la naturaleza híbrida de los seres (Martínez y Núñez, 2018: 209-201), sea la de vivo-muerto, en la conocida Máscara de la Dualidad, o la de humano-animal, en las esculturas antropo-zoomorfas —como la máscara del Entierro 53 de la cuarta temporada o la figuración de un perro con rostro humano, que se resguarda en



Fig. 2 Figurilla femenina de Tlatilco conservada en el Metropolitan Museum of Art. Fuente: <https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Tlatilco_figurines#/media/File:Female_Figure_MET_vs1996_454_6.jpg>, consultada el 27 de enero de 2022.

el Museo Nacional de Antropología—. En los torsos suele hacerse especial énfasis en los caracteres sexuales, senos y vulvas, principalmente; a veces se muestra, también, alguna pieza de vestido, paños y faldellines, sobre todo, y, con menor frecuencia, se llegan a ver pendientes y piedras incrustadas a manera de pectorales. Las extremidades, por último, se presentan como simples apéndices con manos y pies que apenas se adivinan en la forma de una suerte de muñón.

Difícilmente, las características de tales piezas podrían bastar para establecer si en ellas se hubieron de figurar dioses, espíritus, ancestros o personas comunes. Parece claro, sin embargo, que su apariencia se asemeja, en la mayoría de los casos, a la de individuos vivos; pues, salvo en muy contadas excepciones, como en la ya citada Máscara de la Dualidad (figura 1), la perspectiva que se ofrece del organismo es siempre de superficie —no es común que se vean vísceras, músculos o huesos.

Se trata, sobre todo, de cuerpos femeninos en posición extendida y con los brazos a los costados (García y Salas, 1998) (figura 2). Se reconocen, sin embargo, algunos personajes o roles específicos que se alejan de ese patrón común; tales son los casos del cargador, el acróbata, los enanos, los jorobados, los seres bicéfalos o el supuesto chamán identificado por Nebot (2004: 58-61). Existen, también, algunas piezas en las que se muestra la interacción entre dos o más seres individuales —esto es lo que ocurre con las féminas que cargan infantes o perros—; otro ejemplo es el arreglo compuesto por cuatro figurillas femeninas sedentes y dispuestas en círculo, como si estuvieran conversando, que se localizó en el Entierro 42 de la segunda temporada (Nebot, 2004: 141).

Identificamos, primeramente, la existencia de un cierto canon que no sólo regula las posiciones y formas del cuerpo humano, sino que también jerarquiza sus distintos segmentos en función de su capacidad de portar sentido —el nivel de detalle, la capacidad de disociarse del resto del cuerpo dan pautas para establecer su significatividad—. Lo interesante es que, lejos de tratarse de una absoluta estandarización, dicha normatividad admite una gama de posibilidades tan amplia que, prácticamente, no existen dos figuras iguales. Es como si las figurillas, en su conjunto, representaran a una sociedad compuesta por individuos claramente diferenciados, pero similares entre sí. Ésta es, tal vez, la manera en la que los tlatilcas quisieron pensarse a sí mismos. Veamos ahora con lo que ocurre en los contextos mortuorios.

Se trata un conjunto de sepulturas construidas en espacios aparentemente habitacionales, que se vieron afectados por la actividad de las ladrilleras

Edad	Masculino	Femenino	No determinado	Total
0-4				
5-9				
10-14				
15-19	7	15		22
20-24	17	36		53
25-29	29	36		65
30-34	42	44		86
35-39	20	47		64
40-44	18	14		32
45-49	3	4		7
50-54		3		3
Infantil			5	5
Adulto	12	18	15	45
Total				474

Fig. 3 Tabla 1 de la distribución de los restos por edad y sexo en Tlatilco. Fuente: elaboración propia con datos de Salas y Hernández (1994).

que existían en la zona. Contamos con un registro detallado de los hallazgos de la cuarta temporada de excavación, datos un tanto más escuetos que de la segunda temporada y algunos elementos casi aislados del resto de las intervenciones; los materiales para nuestro análisis proceden, sobre todo, de las dos primeras mencionadas.

La información disponible concierne a 474 individuos —148 varones, 217 féminas y 94 infantes— (Salas y Hernández, 1994: 68); la distribución por sexo y edad, que se observa en la figura 3, tabla 1, sugiere una muestra relativamente representativa de la población que hubo de habitar el sitio.

El depósito de osamentas parece haber sido objeto de cuidadosos procesos de planeación; esto se hace evidente en aquellos muy excepcionales acomodados en los que la colocación de huesos e individuos sugiere el seguimiento de patrones geométricos ajenos a la anatomía humana —tal es, por ejemplo, lo que se observa en los entierros 170-176 de la cuarta temporada— (García *et al.*, 1991: 142-143).⁴

⁴ Éstos, aunque significativos a nivel de sitio, serán menormente considerados en el presente trabajo, ya que pretender comprender las lógicas fundamentales de un sistema a partir de sus anomalías, equivaldría a tratar de definir las formas de conjugación en una lengua a través de los verbos irregulares —lo que, aunque tal vez sea posible, constituye el camino más largo.

Cantidades de artefactos	Masculino	Femenino	Infantiles
Sin objetos asociados	18.6	23.0	41.0
Uno a cinco objetos asociados	45.3	47.0	36.0
Seis a 10 objetos asociados	17.3	14.4	10.2
11 a 20 objetos asociados	14.6	9.6	7.7
Más de 20 objetos asociados	2.6	6.0	5.0
Clases de materiales asociados			
Contenedores	61.3	60.2	54.0
Herramientas líticas y de hueso	45.3	38.5	18.0
Huesos humanos extra	5.3	14.5	0
Huesos animales	12.0	3.6	10.2
Figurillas antropomorfas	18.6	25.3	25.6
Figurillas zoomorfas	4.0	10.8	5.0
“Máscaras”	2.6	2.4	2.5
Cuentas o pendientes	10.6	13.2	10.2
Espejos de hematita	6.6	4.8	2.5
Orejas	2.6	0	0
Sonajas	4.0	7.2	0
Sellos	2.6	1.2	2.5
Yugos	1.0	1.0	0
Silbatos	0	1.0	0

Fig. 4. Tabla 2 Objetos asociados en Tlatilco (porcentaje).
Fuente: elaboración propia con datos del catálogo de García *et al.* (1991).

En casi todos los depósitos se trata, sin embargo, de fosas simples, en los que se colocó un sólo cuerpo humano, en posición anatómica, y acompañado de una serie de objetos de diversa índole; típicamente, los esqueletos suelen aparecer extendidos, boca arriba y orientados en el eje Este-Oeste. Todos los grupos de edad y sexo parecen haberse apegado, en mayor o menor medida, a este canon.

Se nota, sin embargo, que, lejos de tratarse de una suerte de receta estrictamente aplicada, existe un sinnúmero de variaciones; pueden oscilar la preparación de las cavidades, las posiciones, la orientación, los tipos de artefactos que les acompañan y las formas de tratamiento de los vestigios humanos (Nebot, 2004: 187-196).

Las similitudes en los depósitos, no obstante, parecen ir más allá de la estandarización, pues se ve

que, salvo cuando se trata de elementos sumamente inusuales, los artefactos se distribuyen de maneras bastante semejantes en los sepulcros de los diferentes grupos de edad y sexo (figura 4, tabla 2). La mayoría de los individuos se acompaña de, al menos, un objeto y aparecen con mucha frecuencia tanto los elementos utilitarios como los ornamentales; los materiales infrecuentes son poco habituales en todos los sectores poblacionales y la extrema exuberancia es tan rara en los adultos como en los menores. Algo semejante ocurre con las formas de tratamiento desacostumbrados; encontramos hombres, mujeres y niños tanto en sepulturas colectivas como en entierros secundarios; en todos los conjuntos se ven esqueletos estarcidos con ocre y, esporádicamente, llegan a ocurrir al interior de fosas troncocónicas o sobre lechos de ceniza y carbón, fragmentos cerámicos o piedras.⁵ Podría pensarse, entonces, que la intención en la conformación de tales contextos no se limita a la uniformidad, sino que, muy probablemente, también hubo de expresarse cierta equidad —más allá de las notables excepciones, los entierros aparecen como conformaciones únicas pero semejantes entre sí.⁶

Considerando la semejanza en las posiciones de esculturas y esqueletos —mayoritariamente en posición extendida—, es posible imaginar la existencia de una suerte de ideales corporales a los que el grueso de las manifestaciones se debe ajustar. La predominancia de la representación antropomorfa en superficie parece tener un correlato en el hecho de que la mayor parte de los entierros sean primarios, ya que la no manipulación de los cadáveres pudiera revelar la intención de preservarlos en toda su integridad; la manera en que se tratan los segmentos corporales también parece mantener una lógica parecida a la observada en las figurillas.

Varias osamentas parecen haber sido perturbadas durante los procesos de inhumación subsecuentes; consecuencia de ello son los múltiples depósitos en los que los restos se encuentran desplazados, entremezclados o, incluso, fracturados —tal como se nota, por ejemplo, en las sepulturas 71, 100 y 119 de la cuarta temporada, registradas como “entierros primarios removidos” —(García *et al.*, 1991). Existen, no obstante, casos en los

⁵ Entiéndase como “entierro secundario” el hipotético resultado de aquella práctica funeraria que Hertz (1990) definió en términos etnográficos como segundo entierro; es decir, una práctica que implica la descomposición de los tejidos blandos del cadáver en un sitio y su depósito final, generalmente desarticulado, en otro.

⁶ Lo que queremos decir es que, aún si, difícilmente, los magros vestigios disponibles pueden bastarnos para establecer el funcionamiento de aquella sociedad, parece clara la voluntad de presentarse como más o menos iguales ante la muerte; lo que reconocemos no es una organización social, sino la expresión de una ideología. Imposible, entonces, tomar partido en la discusión entre Niederberger (1987) y Nebot (2004: 55-58).

Tipo de depósito	Masculino	Femenino	Mayores de 15 general	Infantil
Primario	80.0	76.0	76.3	56.4
Primario removido	12.0	18.0	14.4	13.0
Múltiple	2.6	9.6	5.7	2.5
Secundario	5.3	7.2	8.6	33.3
Hueso aislado			5.2	15.0

Fig. 5. tabla 3 Formas de tratamiento en Tlatilco (porcentaje). Fuente: elaboración propia con datos del catálogo de García *et al.* (1991).

que la remoción de uno u otro miembro parece haber sido claramente intencional; esto es lo que ocurre con la pelvis faltante del Entierro 1 de la cuarta temporada y con las piernas ausentes de las sepulturas 32 de la segunda temporada y 22 de la cuarta. El Entierro 107 de la segunda temporada consiste en, tan sólo, unas extremidades inferiores aisladas; su presencia nos conduce a preguntarnos si éstas no pudieran provenir de alguna de las osamentas a las que les fueron extraídas. Si este fuera el caso, tendríamos que, aunque en la mayoría de los depósitos parece haberse buscado la preservación de los cuerpos tan íntegramente como fuera posible, hubieron de existir algunos más, mucho menos frecuentes, en los que, tras su inhumación inicial y eventual descomposición de los tejidos blandos, se extrajeron algunos segmentos para colocarlos en un espacio diferente.⁷

Se registra, de hecho, que, entre los múltiples objetos que pueden acompañar a los difuntos, ocasionalmente se encuentran huesos pertenecientes a diferentes seres. Lo interesante es que, sean restos humanos o animales, entre todos ellos tienden a dominar las partes de la cabeza; fragmentos de cráneo, mandíbulas y, para los cérvidos, astas. Considerando las cualidades reconocidas para la testa, no resulta descabellado suponer que, al trasladarse una parte de ésta, se hubiera, también, tenido la intención de transportar algo de la personalidad de su propietario original. Vemos así, en el contraste entre las tablas 2 y 3, que la mayoría de los huesos desarticulados pertenece a infantes y que su más alta frecuencia ocurre en depósitos con esqueletos femeninos; si una mujer adulta asociada a restos infantiles pudiera representar el vínculo madre-hijo, como sugieren 14 figurillas femeninas con menores en brazos —sin duda, la más frecuente de las muy raras interacciones reconocibles—, podríamos considerar

que, más generalmente, la introducción de elementos óseos en depósitos mortuorios hubo de servir para marcar la existencia de algún tipo de relación social o parental.⁸

Conviene, en este punto, interrogarnos sobre las funciones que hubieron de tener los objetos que aparecen al interior de las sepulturas, acompañando a los esqueletos. Piña Chan (1958b) vinculaba la presencia de tales materiales al culto a los muertos y suponía que éstos constituían “objetos personales que les servirían [a los difuntos] en la otra vida”. Lorenzo (1965: 68), sin embargo, nota que la mayor parte de tales artefactos —80% de los compilados hasta entonces— no es estrictamente utilitaria y, de ello, deduce que, en las inhumaciones, “la ofrenda tuvo un carácter marcadamente ornamental, o bien, que el individuo era enterrado con el mayor ornato posible en su persona”. Incluso, el hecho de que encontremos herramientas asociadas a bebés, que evidentemente no se encontrarían en condiciones de usarlas como tales —lo que ocurre, por ejemplo, en los entierros 46, 103 y 108 de la cuarta temporada—, sugiere que, aun tratándose de objetos utilitarios, éstos no necesariamente se colocaron ahí para que fueran usados. Una deducción semejante se desprende del hecho de que algunos de los entierros de perros hayan aparecido vinculados a artefactos; tampoco parece probable que se supusiera que tales animales hubieran de requerirlos en una próxima existencia.⁹

Si tales objetos no son pertenencias que los muertos hubieran tenido en vida y tampoco parece evidente su utilidad en su nueva existencia, sólo podemos imaginar dos posibilidades más:

1) Que el énfasis no se encuentre en los artefactos, en sí mismos, sino en el acto de don por parte de un vivo a un difunto; y que, en ese sentido, los materiales fungieran como testimonios de relaciones que se concluyen o se busca mantener después del deceso. Ésta es, cuando menos, la función de los obsequios que los nobles ofrecían a un gobernante moribundo entre los nahuas y p'urhépecha de la época de contacto (Durán, 1995, I: 174, 303, 355-358; Las Casas, 1967, II: 462; De Mendieta, 1997, I: 292-294; Muñoz, 1998: 159; Alcalá, 2008: fs. 30-32)

2) Que el acento estuviera en la relación de los objetos con los fallecidos y, así, fueran utilizados para marcar atributos personales —oficio, estatus, género, etc.—. Esto es lo que sugieren las fuentes del contacto

⁷ Las marcas de corte que algunos de estos restos presentan dan cuenta de la intencionalidad de su separación. Véanse Salas y Hernández (1994: 75), Nebot (2004: 57), Christmas (2011: 57).

⁸ Christmas (2011: 57) ya había establecido una asociación entre los depósitos femeninos con infantes o fetos desmembrados y las pequeñas esculturas de mujeres con niños en brazos.

⁹ El hecho de que algunos canes se encuentren relativamente completos, en depósitos independientes y en posición anatómica, sugiere que éstos no sólo hubieron de ser tratados como alimento (García, 2014; Nebot, 2004: 24).



Fig. 6 “El Rey” de Chalcatzingo. Fotografía de Roberto Martínez González.

acerca de las mantas y joyas para los nobles (De Benavente, 1979: 94; De Alva, 1952, I: 41, 168, 191-192; De Alvarado, 1997: 243-245), los instrumentos de hilado y tejido para las mujeres (*Códice Carolino*, 1967: 47), “insinias de valientes”, armas y trofeos para los guerreros (Durán, 1995, I: 291; Sahagún, 1950-1982, III: 43) y las insignias de los mercaderes para los comerciantes (Sahagún, 1950-1982, IX: 25).

Cualquiera que sea el caso, parece claro que los depósitos infantiles no sólo se distinguen por la escasez de objetos asociados, sino también por presentarse con mayor frecuencia como huesos aislados o, sin relación anatómica, en entierros secundarios (figura 5, tabla 3). Esto en conjunto sugiere una existencia *post mortem* distinta de la del resto de la población: una que requiere menos implementos, menor expresión de su personalidad o que implica menor relación con los vivos. Dicha situación nos conduce a contemplar la posibilidad de que no se considerara a los menores como personas completas, lo que ocurre en numerosas sociedades contemporáneas de tradición mesoamericana.¹⁰ Esta situación particular de los infantes parece verse reflejada

¹⁰ Sociedades indígenas tan diversas como los nahuas, los mayas peninsulares, los tzotziles y los p'urhépecha, coinciden en considerar que, para ser una persona, no basta con tener un cuerpo humano; se requiere, por el contrario, de un complejo proceso de socialización en el que el trabajo, la educación, el intercambio y el matrimonio ocupan un lugar central (Good, 2005: 98; Acosta, 2013: 127; Quintanal *et al.*, 2013: 69; Guiteras, 1965: 97; Ramírez Herrera, 2003: 53-73).

en lo siguiente: observamos en las tablas 2 y 3 (figuras 4 y 5) que los esqueletos sexados como femeninos son aquellos que con mayor frecuencia se encuentran asociados a restos de otros individuos, sea en entierros colectivos o acompañados de huesos extra; mayormente se trata de infantes pero, eventualmente, también puede ocurrir con perros que, incluso, llegan a registrarse semicompletos —como en la Sepultura 9 de la cuarta temporada—. En las figurillas ocurre algo semejante: algunas de las mujeres fueron representadas cargando niños, unas cuantas aparecen llevando cánidos —como la encontrada en el Entierro 120 de la cuarta temporada—. Si perros y niños pueden ser intercambiados, al menos en su relación con féminas, es probablemente porque ambos tienen un estatus similar; éste es el de seres domésticos y parcialmente socializados pero no plenamente humanos ni personas.¹¹ Recuérdese el mito nahua-p'urhépecha posclásico de los prehumanos que terminan transformados en perros tras el diluvio, a causa de una transgresión; son seres imperfectos, no en términos fisiológicos sino conductuales (Ruiz de Alarcón, 1953: 150; *Códice Vaticano A*, 1965: láms. V, XLIX; *Anales de Cuauhtitlan*, 1945: 5; *Leyenda de los soles*, 1945: 119-120; Ramírez, 1980: 359-360; *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, 1987: 36-37).

¹¹ De sobra está recordar que, aún entre los mexicanos ciudadanos, se suele llamar a los niños escuincle, hispanización de *itzcuintli*, “perro”.

Se observa, por otro lado, que la distribución diferencial de las clases de objetos no sólo hubo que concernir a los distintos grupos de edad y sexo, sino que, al parecer, también sirvió para caracterizar a ciertas entidades colectivas. El plano publicado por García *et al.* (1991: 25) muestra claramente que, lejos de repartirse de manera aleatoria, las sepulturas registradas durante la cuarta temporada tienden a aglutinarse conformando grupos que, probablemente, correspondieron a unidades domésticas. Analizando la repartición de los distintos materiales, Joyce (1998) propone que éstos debieron haber servido para marcar la pertenencia a uno u otro núcleo residencial; observa, así, que “la diferenciación entre grupos es más obvia en la elección del uso de elementos más variables en la preparación de los entierros” (Joyce, 1998: 30). De modo que, mientras la cerámica se distribuye de manera equitativa entre los distintos grupos, es el conjunto suroeste el que mayormente concentra figurillas y pigmento rojo; el del sureste es el que contiene más instrumentos musicales y restos de producción de herramientas de obsidiana, y el del sur el que presenta mayor número de restos de vestimenta (Joyce: 1998, 25, 27-29, 34, 37).

Si bien existe la posibilidad de que manifestaciones plásticas tlatilcas ahora desconocidas, hubieran podido presentar una imagen muy distinta de la aquí esbozada, consideramos que las coincidencias observadas entre la iconografía cerámica y los depósitos mortuorios puede bastar para discernir algunos aspectos de sus concepciones del deceso humano.

La posibilidad de disociar algunos segmentos corporales se encuentra presente tanto en las figurillas como en las sepulturas; el hecho de que, básicamente, sean los mismos elementos los que se desprenden, sugiere que ambos debieron encontrarse regidos por las mismas clases de ideales. Tanto las efigies como los arreglos funerarios parecen haber estado sujetos a cierta estandarización; tanto las primeras como los segundos admiten un sinnúmero de variaciones que, esporádicamente, terminan por conducir a la excepcionalidad. Aunque en las dos clases de registros, la mayor parte de los individuos suelen ser presentados y representados como entidades aisladas, resulta notable que en ambos casos suelen existir mecanismos para aludir a relaciones probablemente parentales, siendo más frecuente la materno-infantil.

El hecho de que algunas de las cualidades observadas en figuras con apariencia de humanos vivos también se encuentren presentes en los muertos, sugiere la existencia de cierta continuidad. El uso de objetos en los contextos con restos humanos parece indicar, además, que, al menos, algunos atributos de edad y género hubieron de continuar siendo pertinentes tras el fallecimiento

—siendo el caso más notable el de los menores, probablemente vistos como aún no-personas—. La distribución espacial de los entierros en conjuntos y la diferenciación de los mismos en función de las clases de materiales más presentes en cada uno de ellos, por último, parece indicar la intención de facilitar el reconocimiento de los colectivos, posiblemente familiares, a los que pertenecen los fallecidos.

Entonces, si los muertos se presentan en modo similar a los vivos, si conservan parte de sus atributos individuales, si mantienen entre sí relaciones semejantes a las que tuvieron en vida y continúan perteneciendo a los mismos grupos a los que antes adhirieron, podemos deducir que la intención principal de la práctica funeraria hubo de ser la de retener parte de la identidad de los occisos al interior de la comunidad.

Todo apunta, dicho de otro modo, a que, al inhumarse un cadáver de esta forma, no sólo hubieron de enterrarse los despojos de un sujeto, sino también buena parte de su personalidad. Esa tierra dotada de personalidades deviene así en un territorio, el cual resulta ser el mismo que el ocupado por la comunidad de los vivos. Lo interesante es que, estos últimos, no parecen haberse desprendido de sus muertos de manera definitiva, pues, en algunos contextos consta que las interacciones hubieron de continuar después de su depósito inicial. Lo que vemos, en síntesis, es que no sólo las sepulturas de Tlatilco se nos presentan como una representación ideal de la colectividad, sino que, al mismo tiempo, se evidencia un esfuerzo por mantener a los difuntos en la sociedad. Diríamos, para concluir, que lo que se presenta en el conjunto de las inhumaciones es una versión de la vida social que se prolonga más allá de la muerte.

Chalcatzingo, sus personas y sus muertos

Las representaciones antropomorfas de nuestro sitio morelense son extraordinariamente cuantiosas y variadas; se les observa en petrograbados, pinturas rupestres y figurillas modeladas en barro.

Como en Tlatilco, la imagen corporal dominante comprende exclusivamente la superficie; no se conoce ninguna figuración explícita de huesos, órganos o cadáveres en descomposición. Aquí también se nota que algunos segmentos anatómicos pueden aparecer

Adultos	Juveniles	Infantes
78.7	12.0	6.7

Fig. 7 Tabla 4, distribución por edad en Chalcatzingo (porcentaje). Fuente: elaboración propia con datos de Merry de Morales (1987a; 1987b) y Cool (2018).

Cantidades de artefactos	Masculino	Femenino	Infantiles	Restos fragmentarios, perturbados o aislados
Sin objetos asociados	14.2	44.4	12.5	53
Uno a cinco objetos asociados	60.7	55.5	81.0	37.5
Seis a 10 objetos asociados	22.6		6.25	9.3
11 a 20 objetos asociados	1.2			
Más de 20 objetos asociados	1.2			
Clases de materiales asociados				
Contenedores	69.0	70.0	80.4	85.4
Herramientas líticas y de hueso	18.0		4.8	6.3
Cuentas o pendientes	4.5	20.0	7.3	8.5
Figurillas antropomorfas	3.6	10.0	7.3	
Figurillas zoomorfas	0.3			
Orejeras	3.0			
Espejos de hematita	0.3			
Objetos ornamentales no icónicos	1.3			2.1
Espejos de hematita	6.6	4.8	2.5	

Fig. 8 Tabla 5, objetos asociados en Chalcatzingo (porcentaje). Fuente: elaboración propia con datos de Merry de Morales (1987a; 1987b) y Cool (2018).

disociados y, básicamente, son los mismos: la cabeza y las extremidades. El petrograbado del Monumento 10 muestra una cabeza aislada acompañada de un brazo en la misma situación (Grove y Angulo, 1987) (figura 6); lo mismo ocurre con las máscaras de barro que al día de hoy se han recuperado. Y tal como lo vimos en nuestro sitio mexiquense, también en Chalcatzingo hubo de expresarse la condición humano-animal a partir de la testa; esto es, al menos, lo que se observa en una escultura cerámica conservada en el museo de sitio y la figurilla de una mujer con tocado de tlacuache. Pinturas como las de las cuevas 2, 3, 5 y 6 presentan improntas de manos tanto en positivo como en negativo; tales manifestaciones no han sido datadas más que por cronoestilismo, pero no es imposible que, al menos, algunas de ellas sean contemporáneas a nuestros entierros (Apostólides, 1987); se conocen, igualmente, pies disociados, o improntas de los mismos, en cerámica.

Se observa, sin embargo, que, lejos de conformar un conjunto uniforme, al que pudiéramos nombrar “la imagen corporal de Chalcatzingo”, existen importantes diferencias entre cada una de las clases de manifestaciones registradas; pues, tanto aquello que se plasma como los lugares en que se ubican, sugieren que la elección de una u otra técnica plástica difiere en función de las temáticas abordadas. Es el contraste entre piezas cerámicas y bajorrelieves el que mayormente nos sirve para dar cuenta de ello.¹²

En los petrograbados, que se ubican en el Cerro Chalcatzingo y algunas porciones de la zona habi-

¹² La pintura rupestre es, en definitiva, el registro que presenta mayores complicaciones, ya que, no contándose con dataciones directas, resulta difícil establecer siquiera su contemporaneidad con los depósitos mortuorios. A ello se suma que muchos de los motivos se encuentran en mal estado de conservación y, dado el escaso detalle que la mayoría de éstos presenta, aun cuando se encuentren completos, no siempre es fácil distinguir los antropomorfos de animales, como lagartijas y ranas.

Tipo de depósito	Adulto general	Juvenil	Infantil
Primario	61.0	56.2	55.5
Primario removido	21.4	25.0	11.1
Múltiple	3.3	12.5	30.0
Secundario	1.6		
Hueso aislado	12.4	6.2	

Fig. 9 Tabla 6, formas de tratamiento en Chalcatzingo (porcentaje). Fuente: elaboración propia con datos de Merry de Morales (1987a; 1987b) y Cool (2018).

tacional, la mayor parte de los humanos plasmados son de sexo masculino (excepto, por supuesto, el del Monumento 21), algunos aparecen desnudos y otros se encuentran claramente diferenciados por las vestimentas y tocados que portan; son raras las interacciones entre antropomorfos (salvo en el Monumento 2) y, en muchos casos, se deducen escenas que se desarrollan en un ámbito mitológico.

Las figurillas, por el contrario, son predominantemente femeninas y resulta infrecuente la exhibición de interacciones con humanos o animales —las pocas reportadas conciernen la relación materno-infantil—. Salvo raras excepciones —como los hermafroditas o la mujer con tocado de tlacuache—, casi todas estas estatuillas parecen remitir a una vida terrenal. La desnudez es casi norma, pero se observa un esfuerzo de diferenciación en función de las cualidades de los rostros y los tipos de tocados; existen incluso figurillas tan detalladas que en ellas se han podido reconocer individuos específicos —identificados como gobernantes o ancestros— (Grove y Gillespie, 2002: 15). Las efigies cerámicas se ubican sobre todo en el espacio urbano, concentrándose en la Plaza Central, y, frecuentemente, en áreas de preparación de alimentos (Grove y Gillespie, 2002: 15). En los mismos espacios se han encontrado algunas piezas de formas animales; la diferencia con las que nos ocupan radica en que las zoomorfas suelen tener alguna función tecno-utilitaria —como ocarina, por ejemplo— y las humanas no (Grove y Gillespie, 2002: 16). Entre los rituales que ha sido posible identificar destaca el de “decapitación” de figurillas (Grove y Gillespie, 2002), algo que pudiera ser análogo al sacrificio representado en el Monumento 2; esto, aunado a lo antes dicho, sugiere que su naturaleza se aproxima más a la de seres que a la de herramientas.

Pareciera, así, que lo masculino se encuentra más ligado al cerro y al contacto con seres no-humanos —con la alteridad, en general, tal vez— y lo femenino con

el espacio urbano y la relación con el ámbito doméstico —con el nosotros, probablemente—; lo que muestran estos datos es, en síntesis, la imagen de una sociedad en la que los aspectos identitarios de las personas y los espacios en los que se ubican inciden en los tipos de relaciones que establecen con su entorno.

Los contextos mortuorios también presentan interesantes similitudes.

Como en el caso anteriormente descrito, aquí tienden a prevalecer las inhumaciones en fosas simples que, aparentemente, hubieron de excavarse bajo las viviendas; su orientación más frecuente, aunque no llega a ser mayoritaria —constituye 46.6% de los casos— es igualmente la del eje Este-Oeste y, aun si el porcentaje de restos perturbados es más elevado —cerca de 20%—, la posición más recurrentemente registrada es en decúbito dorsal extendido —aunque en el Formativo tardío dominan los flexionados—. Son mucho más inhabituales los entierros con más de dos individuos: sólo uno; pero cuando se trata de inhumaciones colectivas, la asociación más común parece igualmente ser la de mujer-infante. Aunque en menor proporción, en Chalcatzingo también se recurrió al estarcido con hematita en algunas sepulturas —los entierros 39 y 40—; y, pese a que, en ocasiones, el mal estado de las osamentas dificulta su apreciación, resulta claro que, de igual modo, hubo de practicarse la extracción y rehumación de segmentos corporales aislados (Merry de Morales, 1987a; 1987b).

Al igual que en Tlatilco, aquí también se aprecian ciertas similitudes entre la manera en que se trata a los muertos y las formas en que se representan seres con apariencia de vivos; esto parece notarse en el hecho de que los segmentos corporales que pueden presentarse disociados son básicamente los mismos, la cabeza y las extremidades. Se reportan, así, depósitos de cráneos disociados y fragmentos craneales en los entierros 1, 20, 37, 81; al menos, en el caso de los depósitos 111 y 112 parece claro que la parte faltante en el segundo corresponde a la encontrada en el primero. Al Entierro 139 le falta un brazo, el 141 consiste sólo en un par de manos; también se reporta el hallazgo de una columna en el 104. Se encuentran huesos de piernas aislados en los entierros 38, 57, 101, 137 y 4 de PAC Museo; y, al parecer, le fue extraído un pie al 159.

Lo interesante es que, pese a tratarse, *grosso modo*, de las mismas prácticas que las observadas en Tlatilco, éstas parecen articularse de manera diferente.

La muestra disponible es, para empezar, considerablemente más reducida que en nuestro sitio mexiquense, un poco menos de 150 individuos. Los restos humanos no se asocian exclusivamente a espacios habitacionales, pues, además de ubicarse al interior de estructuras, también se les ha registrado en

Conjunto	Cerámica	Obsidiana	Molienda	Pendientes	Antropo	Zoo	Orejas	Hematita	Inusuales
Est. 1	25/36	9/36	9/36	5/36	3/36	1/36	2/36	2/36	
Est. 4	2/2			2/2	1/2		2/2	2/2	Espejo
Est. 2-1	6/10		4/10	2/10	1/10				
P. Central	1/2		1/2		1/2				
T. 4	1/4		3/4				1/4		
T. 9 ^a	1/6								
T. 9b	2/3								
T. 11	1/1		1/1						
T. 20	1/2								
T. 21	1/1								
T. 22	5/7								
T. 24	3/5			3/5					
T. 25	9/21	2/21	1/21	4/21					Espina de raya
T. 27	7/12		1/12	2/12	1/12				Hierro mineral
T. 37	2/5			1/5			1/5		
C S-39	4/7				1/7				
C N-2	1/2								Hierro mineral
Cueva 1	2/2						1/2		
Cueva 4	2/3	2/3	1/3					1/3	
T. 29									
Museo	5/7								

Fig. 10 Tabla 7 dispersión de objetos por conjunto en Chalcatzingo (presencia en total de entierros por conjunto). Fuente: elaboración propia con datos de Merry de Morales (1987a; 1987b) y Cool (2018).

el montículo, la plaza central, las terrazas y las oquedades naturales de los cerros. No se conocen inhumaciones en troncocónicos, pero se reportan algunas osamentas al interior de criptas, lo que ocurre en cerca de 10% de los casos, y otras en las que los fosos se encuentran rodeados o cubiertos con lajas pétreas, lo que se observa más o menos en la misma proporción.

Al igual que en el sitio mexiquense, en Chalcatzingo la mayoría de los entierros se encuentran acompañados de artefactos; el grupo de los contenedores es el mayormente representado en ambos casos, según se ve en las tablas 3 y 5 (véanse las figuras 5 y 8), la diferencia radica en la mucho menor presencia y variedad de objetos ornamentales y figurativos en el caso morelense —es especialmente notable que, aunque se conocen miles de figurillas cerámicas, muy pocas de ellas hayan sido localizadas en contexto mortuario—. Es difícil ponderar el significado de tales diferencias, aunque pudiera pensarse que los objetos cumplen funciones distintas; al menos parece indicativa la ausencia de herramientas líticas en los depósitos infantiles de Chalcatzingo.

Un cambio de importancia es el hecho de que, en nuestro ejemplo más tardío, la mayor parte de los restos disociados corresponden a adultos, no a infantes (véase la figura 9, tabla 6) y, en lugar de aparecer como huesos extra acompañando a un individuo, más bien tienden a figurar como elementos independientes; sólo los entierros 2 y 5 de PAC Museo parecen contar con fragmentos óseos ajenos. Entonces, si tales elementos —en especial, las cabezas— hubieran continuado estando cargados de atributos de personalidad, como planteamos anteriormente para Tlatilco, ello implicaría que más que usarse para marcar la existencia de relaciones entre difuntos, aquí hubieran servido para multiplicar la presencia de ciertos individuos a través del espacio.

Los vestigios humanos de nuestro sitio morelense se encuentran en mal estado de conservación y, por desgracia, la mayor parte de las osamentas no se encuentra sexada.¹³

¹³ Los individuos fueron clasificados como adultos, jóvenes adultos, juveniles e infantes; por desgracia, la publicación correspondiente no explica cuáles fueron los criterios empleados para su diferenciación ni los rangos de edad comprendidos en por cada categoría (véase Merry de Morales, 1987a: 95).



Fig. 11 Monumento 31 de Chalcatzingo. Fotografía de Roberto Martínez González.

Se nota, sin embargo, que la práctica de la inhumación hubo de tener un carácter más excluyente. Son raros los restos animales en las sepulturas, la mayoría se encuentran trabajados, y, hasta el momento, no se tiene noticia de cuerpos de cánidos o miembros de cualquier otra especie zoológica que hayan recibido tratamientos comparables a los acordados a los humanos. Observamos, asimismo, que los depósitos de menores son sumamente infrecuentes, pues, según vemos en la figura 7, tabla 4, la suma de vestigios juveniles e infantiles no alcanza el 20% del total, eso sin decir que no se registra ni un solo bebé. En contraste con las sepulturas de adultos, se aprecia además que el tratamiento de los pequeños tiende a salir de la norma; la figura 8, tabla 5 muestra que éstos suelen encontrarse acompañados de menos objetos y, tal como se observa en la figura 9, tabla 6, a mayor edad, menor probabilidad de figurar en sepulturas colectivas. Las cosas no lucen diferentes en las manifestaciones plásticas; las únicas representaciones infantiles reconocibles son aquéllas en las que éstas son portadas por féminas. Pudiéramos extraer de todo lo anterior una conclusión similar a lo planteado sobre los infantes de Tlatilco; pero, su casi total ausencia, más bien nos invita a pensar que no sólo no se les consideraba plenamente personas, sino que,

tal vez, tampoco se les veía como verdaderos muertos, algo similar a lo registrado entre los nahuas del contacto, donde a los recién nacidos se les acordaba un destino muy diferente al de los demás, la reencarnación.¹⁴

La distribución espacial de los esqueletos y objetos asociados también muestra interesantes diferencias respecto a lo observado en Tlatilco.

Los restos humanos hasta ahora registrados se reparten en 20 localizaciones diferentes: dos estructuras, la plaza central, varias terrazas, un par de cuevas y campos aledaños. Lo interesante es que, en lugar de presentarse conformando conjuntos más o menos regulares, aquí se observa que los depósitos tienden a concentrarse en una suerte de núcleos, comprendidos por las estructuras de la plaza central, por un lado, y las terrazas 25 y 27, por el otro; más del 50% de los elementos óseos se registran en estas zonas, mientras que el resto de los puntos apenas contienen entre una y siete inhumaciones. Es en los focos donde se ubica la arquitectura funeraria de mayor complejidad; en la periferia sólo se observan fosas simples o, a lo mucho, delineadas o cubiertas con piedras. Según se observa en la figura 10, tabla 7, casi todos los conjuntos de entierros presentan objetos cerámicos; en ninguna parte del sitio son particularmente frecuentes las otras clases de materiales; éstos se tornan mucho más raros, sin embargo, cuando nos alejamos de las zonas nucleares.

La estructura 1 es, en definitiva, el espacio más llamativo, pues, además de concentrar una gran cantidad de sepulturas, también muestra la mayor variedad de objetos asociados —más específicamente, es de remarcar la relativa abundancia de objetos producidos con materiales exóticos o cuya manufactura hubo de requerir de una gran inversión de trabajo—.¹⁵ Gutiérrez (2021: 229) sugiere que dicho espacio hubo de ser residencia de grupos de alto estatus social; Gillespie (2011), por el contrario, cuestiona la hipótesis del uso habitacional y plantea que más bien hubo de tener un uso ceremonial. Cualquiera que sea el caso, creemos reconocer, en los datos sobre la distribución de materiales esqueléticos, patrones concéntricos —con lugares *para* los muertos rodeados por lugares *con* muertos.¹⁶

¹⁴ Fernández de Oviedo (1945, XI: 73) reporta que, para los nicaraos, “los niños que mueren antes que coman maíz o dejen de mamar, han de resucitar o tornar a casa de sus padres, e sus padres los conocerán e cuidarán; e los viejos que mueren, no han de tornar a resucitar”. Las fuentes del México central se limitan a explicar que a ellos correspondía un destino diferencial, el Chichihualcuauhco, lugar en el que se encontraba el árbol de senos que les alimentaría (*Códice Vaticano A*, 1965: 16; Sahagún, 1950-1982, VI: 115; Ragot, 2000: 115).

¹⁵ Llama la atención, por ejemplo, la excepcional presencia de obsidiana en la estructura 1, ya que, siendo poco común en el resto de las inhumaciones, aquí se presenta en el 25% de los depósitos.

¹⁶ Parece extraño que Joyce (2000: 48) concluya que “es la pertenencia a una casa, no la edad ni el sexo, lo que distingue a un grupo de entierros colocados bajo el piso de una vivienda”, cuando la mayor parte de los esqueletos no se encuentran sexados.



Fig. 12 Monumento 5 de Chalcatzingo. Fotografía de Roberto Martínez González.



Fig. 13 Monumento 2 de Chalcatzingo. Fotografía de Roberto Martínez González.

La existencia de espacios con importantes concentraciones de esqueletos también se registra en la arqueología del Posclásico, tanto en el centro como en el occidente de México; se les conoce como “centros funerarios” y, por lo general, suelen coexistir con distintos lugares de depósito (Núñez y Martínez, 2010: 13, 19). Las fuentes documentales no proporcionan información alguna sobre tales “centros”; lo que sí se reporta es que la elección de los espacios para el depósito mortuario estaba en buena medida condicionada por la identidad de los individuos —edad, género, ocupación— y las circunstancias de su deceso —muerte en parto, en la guerra, en sacrificio (Martínez, 2014: 42-43).

De existir una lógica semejante en Chalcatzingo, podríamos considerar que la elección de los lugares de inhumación hubo de aludir a dos diferentes clases de muertos; aquellos que, por su rol en vida o la forma de su fallecimiento, han de pertenecer a un ámbito colectivo, y aquellos que, por las mismas razones, deben ser relegados a espacios menos sociales.

Se observa, por otro lado, que la iconografía de Chalcatzingo, a diferencia de la de Tlatilco, sí cuenta con algunas escenas que sugieren el momento del deceso. Hasta ahora conocemos cuatro de ellas: los relieves conocidos como monumentos 4 y 31, donde se muestra a felinos atacando a personajes antropomorfos (figura 11); el Monumento 5, en el que se ve a una serpiente devorando a un individuo (figura 12), y el Monumento 2, que representa una escena de sacrificio humano (figura 13).¹⁷ En tres de tales imágenes, son fieras las que

¹⁷ Pudiera ser que, en el Monumento 3, también se hubiera plasmado a un felino atacando a un individuo, y junto a éstos, un elemento vegetal; desgraciadamente, el relieve está demasiado deteriorado y no se aprecia bien. Magni (1999: 15) y Taube (2016: 18) señalan que, al menos, una de las esculturas de San Lorenzo, originalmente descritos por Stirling como

provocan la muerte; en la restante se trata de personajes antropomorfos que portan máscaras dotadas de fauces y colmillos, es decir, hombres que emulan fieras.¹⁸ Un detalle revelador del Monumento 2 es que, al parecer, la víctima tiene el pene erecto; dicha peculiaridad también se presenta en la imagen de un cautivo en el Monumento 4 de Cerro de las Mesas; esto sugiere la existencia de un vínculo entre muerte sacrificial, o tal vez muerte en general, y fertilidad. El vínculo entre sacrificio y fertilidad asimismo está presente en las fuentes del contacto. En el ritual, la futura víctima es transformada en el “amado hijo” de su captor (Sahagún, 1950-1982, II: 54), es decir, en aquel que perpetuará su linaje en las generaciones sucesivas. Así, los guerreros muertos en batalla o en el sacrificio iban al cielo “de donde venían [en forma de] muchas águilas y se transformaban en niños” (*Códice Vaticano A*, 1965: lám. LI). Dicha acción metafórica se materializa en aquellas víctimas a las que se ofrecían mujeres en las noches previas a su muerte (Castillo, 2001: 101; Sahagún, 1950-1982: 10).

Dos de los citados relieves de Chalcatzingo, vinculan las posibles escenas de muerte a un motivo particularmente relevante en el sitio, la doble espiral divergente o *xonecuilli*; éste aparece por debajo del ofidio en el Monumento 5 y, por encima, derramando

escenas de cópula entre humanos y jaguares, también representa un ataque por parte de un felino.

¹⁸ La asociación entre el agresor y la fiera también parece haber estado presente en sitios de influencia olmeca; en las pinturas rupestres de Oxtotitlán, Guerrero, por ejemplo, se observa una figura antropomorfa con piernas y cola de jaguar, blandiendo una probable arma frente a una figura más pequeña (Taube, 2016: 18). Vale también recordar que, en un mural de Tetitla, Teotihuacan, se representó el sacrificio humano a través de dos fieras, esta vez coyotes, extrayendo el corazón a un ciervo (Martínez y Mendoza, 2011: 34). Y también el sacrificio gladiatorio mexica, la víctima había de enfrentarse a guerreros ataviados como fieras (López Austin, 1965).

gotas de lluvia, en el 31. Ese mismo signo aparece asociado a tres felinos en el Monumento 41 y a fieras que producen con su aliento nubes de lluvia en los “relieves de la fertilidad” (monumentos 7, 8, 11, 14). Tenemos, pues, las combinaciones fiera-muerte, fiera-*xonecuilli*, fiera-*xonecuilli*-lluvia y fiera-muerte-*xonecuilli*-lluvia; todo parece formar parte de un mismo paradigma.¹⁹

La síntesis de todo esto aparece en el grabado conocido como Monumento 1, o El Rey (figura 6); en él descubrimos que la fiera es la entrada a la tierra, una cueva, en cuyo interior se encuentra una figura regente, sentada en un *xonecuilli* y con otro elemento de la misma índole en los brazos, y que de ella emanan vientos que traen lluvia. Más fieras-cueva se encuentran en los monumentos 9, en perspectiva frontal, y 13, lateral y con una figura antropomorfa en su interior; el altar 5 de La Venta también presenta un personaje hincado al interior de una oquedad, sólo que, en lugar de portar un *xonecuilli*, lleva un infante en los brazos.²⁰ El vínculo entre la fiera, el *xonecuilli* y la lluvia no tiene nada de novedoso; no pretendemos “descubrir el hilo negro”; mucho de esto ya ha sido enunciado antes por Grove (1972, 1999, 2012), Angulo (1987) y Barona (2009), entre otros. El punto ciego, hasta ahora, había sido la relación con el deceso humano; morir es ser devorado por la fiera, la fiera es la tierra y, a cambio de los cuerpos que consume, produce lluvia y fertilidad.

Nada de esto, por supuesto, resulta ajeno a las descripciones proporcionadas por las fuentes de la época de contacto.

Ofidios y felinos se encuentran igualmente ligados a la tierra y sus deidades; los ejemplos son casi innumerables. Baste por ahora recordar que, mientras el *Codex Telleriano Remensis* (1995: fol. 10r) indica que “pónenle este nombre de tiguere a la tierra”,²¹ el *Códice Florentino* (Sahagún, 1950-1982, II: 42-45, 165) comenta que uno de los epítetos del dios de la tierra y la lluvia era Epcoatl, “serpiente de concha o caracol”.²² Ambos animales parecen,

¹⁹ Un paradigma, según Barthes (1971: 72), es un conjunto de elementos diversos, pero con una o más características en común.

²⁰ Magni (1999: 81) reporta el motivo de la cueva con un personaje al interior en muchos sitios más; Laguna de los Cerros, Abaj Takalik, Tiltepec, San Lorenzo. Originalmente, Grove (1972: 159-161) identificó a dicho ser como jaguar o monstruo de la tierra, más tarde (Grove, 2000: 279-280) lo reconoció como serpiente; la discusión al respecto está lejos de cerrarse, baste para los objetivos del presente trabajo su valor de fiera telúrica.

²¹ La escultura olmecoide analizada por Turner (2017) también parece vincular a los felinos con la tierra, pues, en ella, se observa a un jaguar de cuya cabeza brota maíz. El autor hace notar que para el Clásico maya se conocen, igualmente, figuraciones de tales animales con elementos vegetales en sus testas.

²² Pudiera presentarse como contra-argumento el hecho de que el felino del Monumento 36 de Chalcatzingo, no parece vincularse a la tierra sino al sol; consideramos posible, sin embargo, que más bien se trate de una representación de un felino telúrico portando al sol, tal como en el Posclásico se podía figurar a Tláloc, dios de la tierra y la lluvia cargando al helio astro al ponerse (*Codex Telleriano-Remensis*, 1995: fol. 20r).

además, fusionarse en la imagen de uno de los dobles de la deidad acuático-telúrica; recordemos que uno de los nanahualtin de Tláloc era la *ocelocoatl*, la serpiente-jaguar (Martínez, 2011: 91). Son jaguares los que, al término del primero de los soles, devoran y exterminan a los seres de aquella era, según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* (1965: 30); dicho episodio, como bien apunta Olivier (1997: 115), confiere al felino un rol semejante al de los *tzitzimime*, seres semidescarnados que, en ocasiones, pueden ser asimilados a Mictlantecuhtli (*Códice Vaticano A*, 1965: lám. 3). El señor del lugar de los muertos, dicho sea de paso, aparece con garras de jaguar, reconocibles por su color amarillo y las manchas, en el *Códice Borgia* (1993: pl. 3). Tanto la tierra como los dioses de Mictlan son reiteradamente caracterizados por su carácter devorador de humanos (véanse, por ejemplo, Sahagún, 1950-1982, VI: 21; *Histoire du Mexique*, 1965: 26). Lo interesante es que los *tzitzimime* no sólo se asocian a la muerte, sino que de acuerdo con Alvarado Tezozomoc (1997: 261), ese nombre también se aplicaba a los “dioses de los ayres [que] traían las lubias, aguas, truenos, rrelánpagos, rrayos”.

Imposible establecer si esta clase de nociones se encontraban también presentes en Tlatilco; encontramos la figura del *xonecuilli* en una pieza cerámica, vemos motivos de serpientes y garras de felino en vasijas (García *et al.*, 1991: 184; Nebot, 2004: 78, 80) y es posible que, como apunta Christmas (2011), las figurillas femeninas con infantes en brazos representen algo más que la crianza cotidiana. Lo que no podemos reconocer es la articulación de todos estos elementos al interior de un mismo concepto.

Vemos, en síntesis, la coexistencia de dos diferentes clases de discursos relativos a las concepciones de la muerte de los antiguos pobladores de Chalcatzingo: uno procede de los propios contextos con restos humanos y, el otro, de la iconografía.

Los depósitos mortuorios sugieren la intención de retener, al menos temporalmente, parte de la personalidad de los difuntos. Lo interesante es que, a diferencia de lo dicho sobre Tlatilco, en este caso parece existir una suerte de gradiente de inclusión, pues, mientras algunos individuos fueron colocados en pequeños grupos en las periferias del asentamiento, otros se ubican en lo que parece ser el epicentro de la vida social, conformando grandes conjuntos acompañados de múltiples y variados objetos.

Las imágenes, por su parte, nos hablan del consumo de los fallecidos por una fiera terrestre que, en una suerte de proceso de reciclaje, habría terminado por transformarla en lluvia o fertilidad, en general.

El problema, por supuesto, radica en establecer el modo en que ambos modelos hubieron de articularse.

Pudiera ser, para empezar, que uno antecedería al otro; y, entonces, los individuos hubieran conservado parte de su personalidad hasta la culminación de su transformación. Segundo, es factible que ambos ocurrieran de manera simultánea, y, así, la existencia se hubiera desdoblado en dos aspectos diferentes: uno que pervive en la vida social y un segundo que termina por derivar en la producción recursos. Y, tercero, pudiera ser que uno y otro se refirieran a distintas clases de muertos; que la muerte sacrificial, por ejemplo, condujera al reciclaje y, el deceso “por causas naturales”, conllevara a la permanencia de los muertos. Lo llamativo, en todo caso, es que sea el aspecto de reciclaje el que se encuentra subrayado en la escultura monumental; eso sugiere que lo uno beneficia mayormente a la colectividad y lo otro sólo es relevante en un ámbito más reducido —unidad doméstica, familia extensa, barrio, etcétera.

A manera de cierre

Después de este breve recorrido, hemos de volver a nuestro cuestionamiento inicial; ¿en qué radica entonces la diferencia entre la sociedad aldeana y la semi-urbana en términos de sus aproximaciones a la muerte? Diríamos que se trata, sobre todo, de una diferencia de grado.

Las coincidencias en las formas de representación del cuerpo sugieren la existencia de cierta continuidad en sus concepciones de la humanidad. En las imágenes de ambos sitios se observa cierta tendencia a la estandarización, como si cánones parecidos hubieran establecido las maneras en que idealmente una persona se debe figurar. Lo interesante, pese a todo, es que las divergencias respecto a tales patrones en cada uno de los sitios difieren considerablemente entre sí; pues, si en Tlatilco son sobre todo los entes excepcionales los que se apartan de la norma, en Chalcatzingo se observa que las variaciones más bien tienden a responder a criterios estables, como la ubicación de las manifestaciones pictóricas, las técnicas y soportes empleados, las temáticas abordadas y el género de los personajes.

En ambos sitios se observan semejanzas entre las maneras en que se representan los cuerpos en las imágenes y la forma en que se les presenta en las sepulturas, como si lo uno y lo otro, hubieran estado regidos por los mismos patrones. Los arreglos mortuorios de nuestros dos casos de estudio presentan elementos que sugieren que, al menos, una parte de la identidad de las personas hubo de preservarse tras su deceso; de esto y su depósito preferencial en espacios habitados, se deduce la intención de mantener, como mínimo, temporalmente, a los fallecidos en la vida social. La diferencia aquí radica en los modos en que se les

retiene, ya que, si en Tlatilco, parece haberse marcado la permanencia de los muertos y sus relaciones en las unidades domésticas a las que una vez pertenecieron, los datos procedentes de Chalcatzingo apuntan hacia la existencia de una lógica de distribución a nivel de sitio, en la que unos cuerpos se colocaban en los centros y otros en sus periferias.

Lo que creemos reconocer, dicho de otro modo, es que en Tlatilco existe un mayor interés por señalar los atributos individuales y sociales de los difuntos, como si en su conjunto, éstos constituyeran una prolongación de la sociedad de los vivos. Lo que vemos en Chalcatzingo parece, en cambio, una forma de apropiación colectiva y diferencial de los muertos; es como si, en lugar de pertenecer a una familia, algunos de ellos constituyeran una suerte de patrimonio que a todos conviene conservar.

El arte pictórico de nuestro sitio morelense muestra, además, un discurso en el que la tierra, como una fiera, devora los cuerpos para producir lluvia; pudiera ser que una concepción semejante hubiera existido también en Tlatilco, pero los indicios al respecto son extremadamente débiles. Lo interesante en todo caso es que sea esta segunda clase de ideas la que se eligió enfatizar en Chalcatzingo a través de la escultura monumental, ya que, mientras la conservación de los muertos en el ámbito doméstico hubo de concernir mayormente a la unidad familiar, su reciclaje bajo la forma de fertilidad agrícola parece haber beneficiado a toda la comunidad —eso, al menos, parece congruente con la preferencia por depositar los cuerpos en espacios públicos, centro de la vida social.

Evidentemente, el análisis de los casos aquí tratados resulta insuficiente para establecer si las diferencias observadas en el contraste entre los sitios, son o no consecuencia directa de un cambio social; parece sugerente, no obstante, que los cambios ocurran en el sentido de concepciones más colectivas de los muertos. Habrá que recurrir en el futuro a diferentes ejemplos para entender el modo en que la urbanización, el aumento en la centralización y la estratificación social hubieron de impactar en las nociones sobre el deceso humano.

Bibliografía

Acosta Márquez, E.

2013 *La constitución y deterioro del cuerpo: una exploración sobre la noción de persona a través de la relación del itonal y el chikawalistli entre los nahuas de Pahuatlan, Puebla*. Tesis de Doctorado en Antropología. ENAH/SEP, México.

Alcalá, Jerónimo de

2008 *Relación de Michoacán: instrumentos de consulta*, Claudia Espejel (comp.) y Carlos Alberto Villalpando (desarrollo). Zamora, El Colegio de Michoacán.

Alva Ixtlilxochitl, Fernando de

1952 *Obras históricas*, Alfredo Chavero e Ignacio Dávila Garibi (eds.). México, Editora Nacional.

Alvarado Tezozomoc, Hernando

1997 *Crónica mexicana*, Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vasquez Chamorro (eds.). Madrid, Crónicas de América.

Anales de Cuauhtitlan, véase *Códice Chimalpopoca*.

Angulo, Jorge V.

1987 The Chalcatzingo Reliefs. An Iconographic Analysis. En David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo* (pp. 132-158). Austin, University of Texas Press.

Apostólides, Alex

1987 Chalcatzingo Painted Art. En David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo* (pp. 171-199). Austin, University of Texas Press.

Barona Martínez, Carlos Arturo

2009 *Chalcatzingo como reflejo del orden natural, símbolos de una antigua creencia*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. INAH-ENAH, México.

Barthes, Roland

1971 *Elementos de semiología*, Alberto Méndez (trad.). Madrid, Talleres Gráficos Montaña.

Benavente, Toribio de (Motolinía)

1979 *Historia de los indios de la Nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*, Edmundo O'Gorman (ed.). México, Porrúa.

Castillo, Cristóbal del

2001 *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e historia de la Conquista*, Federico Navarrete (estudio y trad.). México, Conaculta.

Christmas, Patricia S.

2011 *Bearing Memory: Woman and Child Figurines from Tlatilco*. Tesis de Maestría en Artes. San Marcos, Texas State University.

Ciudad Ruiz, Andrés, Ruz, Mario Humberto e Iglesias Ponce de León, María Josefa (eds.)

2004 *Antropología de la eternidad: la muerte en la cultura maya*. México, UNAM-CEM/AUCSHUM.

Codex Telleriano-Remensis. Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript

1995 Eloise Quiñones Keber (ed.). Austin, University of Texas Press.

Códice Borgia

1993 Ferdinand Anders, Maarten Jensen y Luis Reyes (comité de investigación). México, Sociedad Estatal 5º. Centenario/Akademische Druk und Verlagsanstalt/FCE.

Códice Carolino. Manuscrito anónimo del siglo XVI en forma de adiciones a la primera edición del Vocabulario de Molina

1967 Ángel María Garibay K. (presentación). *Estudios de Cultura Náhuatl*, (7): 11-58.

Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles

1945 Primo Feliciano Velázquez (ed.). México, UNAM-IIH.

Códice Vaticano A, Códice Ríos o II Manuscrito Messicano Vaticanus 3738

1965 En José Corona Núñez (ed.), *Antigüedades de México*, vol. 3: *Manuscritos mexicanos por Lord Kingsborough* (pp. 7-314). México, SHCP.

Coe, Michael

1975 Death and the Ancient Maya. En Elizabeth P. Benson (ed.), *Death and the Afterlife in Pre-Columbian America* (pp. 87-104). Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research.

1978 *Lords of the Underworld: Masterpieces of Classic Maya Ceramic*. Princeton, The Art Museum-Princeton University.

Cool Argüelles, Gustavo Alejandro

2018 *Análisis de las costumbres funerarias de tradición olmeca en los sitios de Zazacatla, Chalcatzingo y Teopantecuanitlan en el periodo Formativo (1500 a.C.-200 d.C.)*. Tesis de Maestría en Antropología. UNAM-IIA-FFYL, México.

Durán, Diego

1995 *Historia de las indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, Rosa Camelo y José Rubén Romero (eds.). México, Conaculta.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo

1945 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, J. Natalicio González

y José Amador de los Ríos (eds.). Asunción, Editorial Guaranía.

Flannery, Kent. V. y Marcus, Joyce

2005 *Excavations at San José Mogote 1: The Household. Archaeology*. Ann Arbor, University of Michigan-Museum of Anthropology.

García Moll, Roberto

2014 Los perros en Tlatilco. *Arqueología Mexicana*, (125): 42-47.

García Moll, Roberto, Juárez, Daniel, Pijoan, Carmen, Salas, María E. y Salas, Marcela

1991 *San Luis Tlatilco, México. Catálogo de entierros Temporada IV*. México, INAH.

García Moll, Roberto, y Salas Cuesta, Marcela

1998 *Tlatilco. De mujeres bonitas, hombres y dioses*. México, Conaculta.

Geertz, Clifford

1997 Persona, tiempo y conducta en Bali. En *La interpretación de las culturas* (pp. 299-338). Alberto L. Bixio (trad.). Barcelona, Gedisa.

Gell, Alfred

1988 *Art and Agency. An Anthropological Theory*. Oxford, Oxford University Press.

Gillespie, Susan D.

2011 Inside and Outside: Residential Burial at Formative Period Chalcatzingo, México. *Archaeological Papers of the American Anthropological Association*, 20 (1): 98-120.

Good, Catharine

2005 Ejes conceptuales entre los nahuas de Guerrero. *Estudios de Cultura Náhuatl*, (36): 87-113.

Graulich, Michel

1980 L'au-delà cyclique des anciens Mexicains. En *La antropología americanista en la actualidad. Homenaje a Raphael Girard*, vol. 1 (pp. 253-270). México, Editores Mexicanos Unidos.

2000 *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*. Duculot-Bruselas, Academie Royale de Belgique (Mémoires de la class de lettres).

Grove, David C.

1972 Olmec Felines in Highland Central Mexico. En Elizabeth Benson (ed.), *The Cult of the Feline* (pp. 151-164). Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library.

1999 Public Monuments and Sacred Mountains: Observations on Three Formative Period Sacred Landscapes. En *Social Patterns in Pre-classic Mesoamerica. A Symposium at Dumbarton Oaks*. 9 and 10 October 1993 (pp. 255-299). Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections.

2000 Faces of the Earth at Chalcatzingo, Mexico: Serpents, Caves, and Mountains in Middle Formative Period Iconography. En *Symposium Papers XXXV: Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica. Studies in the History of Art*, vol. 58 (pp. 276-295). Washington, D.C., National Gallery of Art.

2007 Stirrup-Spout Bottles and Craved Stone Monuments: The Many Faces of Interregional Interaction in Formative Period Morelos. En Lyneth S. Lowe y Mary E. Pye (eds.), *Archaeology, Art and Ethnogenesis in Mesoamerican Prehistory: Papers in Honor of Gareth W. Lowe* (pp. 209-227). Provo, Utah, Papers of the New World Archaeological Foundation, 68.

2012 The Middle Formative Period Stelae of Chalcatzingo. En Matthew A. Boxt y Brian Dervin Dillon (eds.), *Fanning the Sacred Flames. Mesoamerican. Studies in Honor of H.B. Nicholson* (pp. 33-54). Boulder, The University of Colorado Press.

Grove, David C., y Angulo V., Jorge

1987 A Catalog and Description of Chalcatzingo's Monuments. En David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo* (pp. 114-131). Austin, University of Texas Press.

Grove, David C., y Gillespie D., Susan

2002 Middle Formative Domestic Ritual at Chalcatzingo, Morelos. En Patricia Plunquet (ed.), *Domestic ritual in Ancient Mesoamerica* (pp. 11-19). Los Angeles, University of California Press.

Guiteras Holmes, Calixta

1965 *Los peligros del alma. Visión del mundo de un tzotzil*, Carlos Antonio Castro (trad.). México, FCE.

Gutiérrez García, Royma Nayeli

2021 *Cerámica y marcadores de estatus en Chalcatzingo. Una propuesta desde cuatro unidades habitacionales de la fase Cantera*. Tesis de Maestría en Estudios Mesoamericanos. UNAM-IIFL-FFYL, México.

Hertz, Robert

1990 *La muerte y la mano derecha*. Madrid, Alianza.

Histoyre du Mechique o Historia de México

1965 En *Teogonía e Historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI* (pp. 91-120), Ángel María Garibay (ed.). México, Porrúa (Sepan cuántos,...).

Historia de los mexicanos por sus pinturas. Libro de oro y Tesoro Índico

1965 En *Teogonía e Historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI* (pp. 21-90), Ángel María Garibay (ed.). México, Porrúa (Sepan cuántos,...).

Joyce, Rosemary A.

1998 Social Dimensions of Pre-classic Burials. En David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-classic Mesoamerica. A Symposium at Dumbarton Oaks. 9 and 10 October 1993* (pp. 15-48). Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections.

2000 *Gender and Power in Prehispanic Mesoamerica*. Austin, University of Texas Press.

Kalampalikis, Nikos

2003, L'apport de la méthode Alceste dans l'étude des représentations sociales. En Jean-Claude Abric (ed.), *Méthodes d'étude des représentations sociales* (pp. 147-163). París, Editions Erès.

Las Casas, Bartolomé de

1967 *Apologética historia sumaria quanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policias, repúblicas, manera de vivir e costumbres de las gentes dastas Indias Occidentales y Meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla*, 2 vols., Edmundo O'Gorman (ed.). México, UNAM-IIH.

Lévi-Strauss, Claude

1958 *Anthropologie structurale I*. París, Plon.

1964 *Mythologiques 1: Le cru et le cuit*. París, Plon.

Leyenda de los soles, véase *Códice Chimalpopoca*.

López Austin, Alfredo

1965 El Templo Mayor de México-Tenochtitlan según los informantes indígenas. *Estudios de Cultura Náhuatl*, (5): 75-102.

1989 *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*. México, UNAM-IIA.

Lorenzo, José Luis

1965 *Tlatilco, 3: Los artefactos*. México, INAH.

Magni, Caterina

1999 *Archéologie du Mexique. Les Olmèques*. París, Éditions Artcom.

Martínez González, Roberto

2011 *El nahualismo*. México, UNAM-IIH-IIA.

2014 Más allá del alma: el enterramiento como destino de los muertos entre los antiguos nahuas y otros pueblos de tradición mesoamericana. *Itinerarios. Revista de Estudios Lingüísticos, Literarios, Históricos y Antropológicos*, (19): 25-51.

2017 A dónde van los muertos: algunas reflexiones en torno a las relaciones entre vivos y difuntos en diversos tipos de sociedades del mundo. *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, (22): 221-244.

2021 *La invención de la muerte. Ensayo sobre el deceso humano y los orígenes de la religión*. México, UNAM-IIH.

Martínez González, Roberto y Mendoza, Larissa

2011 ¿Por qué los agricultores cazan y los cazadores no? Aproximaciones etnológicas a la ausencia de escenas cinegéticas en el arte paleolítico. *Dimensión Antropológica*, (53): 7-41.

Martínez González Roberto y Núñez, Luis Fernando

2018 La cabeza en la imagen corporal mesoamericana. En Vera Tiesler y Carlos Serrano (eds.), *Modificaciones cefálicas culturales en Mesoamérica. Una perspectiva continental*, vol. I (pp. 205-238). México: UNAM-IIA/Universidad Autónoma de Yucatán.

Matos Moctezuma, Eduardo

1978 *Muerte a filo de obsidiana. Los nahuas frente a la muerte*. México, INAH/SEP.

Mauss, Marcel

2001 [1938] Une catégorie de l'esprit humain: la notion de personne celle de "moi". En *Les classiques des sciences sociales*. Recuperado de: <http://classiques.uqac.ca/classiques/mauss_marcel/socio_et_anthropo/5_Une_categorie/une_categorie_de_esprit.pdf>.

McAnany, Patricia A.

1995 *Living with the Ancestors. Kinship and Kingship in Naciente Maya Society*. University of Texas Press.

Mendieta, Jerónimo de

1997 *Historia eclesiástica indiana*. México, Conaculta.

Merry de Morales, Marcia

- 1987a Chalcatzingo Burials as Indicators of Social Ranking. En David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo* (pp. 95-113). Austin, University of Texas Press.
- 1987b The Chalcatzingo Burials. En David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo* (pp. 457-480). Austin, University of Texas.

Miller G., Arthur

- 1995 *The Painted Tombs of Oaxaca, Mexico. Living with the Dead*. Nueva York, Cambridge University Press.

Muñoz Camargo, Diego

- 1998 *Historia de Tlaxcala*. Tlaxcala, CIESAS/ Universidad Autónoma de Tlaxcala/Gobierno del Estado de Tlaxcala.

Nebot García, Edgar

- 2004 *Tlatilco. Los herederos de la cultura Tenocelome*. Oxford, The Basingstoke Press (BAR International Series 1280).

Niederberger, Christine

- 1987 *Paleopaysages et archéologie preurbaine du bassin de Mexico*, vols. I y II. México, CEMCA.

Núñez Enríquez, Luis Fernando y Martínez González, Roberto

- 2010 Prácticas funerarias mexicas y purépechas. El problema de la confrontación entre datos etnohistóricos y arqueológicos. *Ancient Mesoamerica*, 21 (2): 1-26.

Oliveros Morales, José Arturo

- 2004 *Hacedores de tumbas en El Opeño, Jacona, Michoacán*. Zamora, El Colegio de Michoacán/H. Ayuntamiento de Jacona.

Olivier, Guilhem

- 1997 *Moqueries et métamorphoses d'un dieu aztèque. Tezcatlipoca, le "Seigneur au miroir fumant"*. París, Institut d'Éthnologie/Musée de l'Homme.

Piña Chan, Román

- 1958a *Tlatilco 1*. México, INAH.
- 1958b *Tlatilco 2*. Tlatilco a través de su cerámica. México, INAH.

Plunket, Patricia y Uruñuela, Gabriela

- 2012 Where the East Meets the West: The Formative in Mexico's Central Highlands. *Journal of Archaeological Research*, 20 (1): 1-51.

Quintanal, Ella F., Quiñones, Teresa, Rejón, Lourdes y Gómez, Jorge

- 2013 El cuerpo, la sangre y el viento: persona y curación entre los mayas peninsulares. En Miguel Bartolomé y Alicia Barabas (eds.), *Los sueños y los días. Chamanismo y nahualismo en el México actual*, vol. 2: *Pueblos mayas* (pp. 57-93). México, INAH.

Ragot, Nathalie

- 2000 *Les au-delà aztèques*. Oxford, Archaeopress (BAR International Series 881).

Ramírez, Francisco

- 1980 Relación sobre la residencia de Michoacán [Pátzcuaro]. En Francisco Miranda (ed.), *Relación de Michoacán* (pp. 359-362). Morelia, Fimax Publicistas.

Ramírez Herrera, Ana María

- 2003 Honor, moral y sexualidad en la cultura purhépecha. Reglas y normas de comportamiento en las relaciones de pareja. En J. Luis Seefó Luján y Luis Ramírez Sevilla (eds.), *Estudios michoacanos XI* (pp. 53-73). Zamora, El Colegio de Michoacán.

Relaciones geográficas del siglo XVI. Michoacán

- 1987 René Acuña (ed.). México, UNAM-IIA.

Ruiz de Alarcón, Hernando

- 1953 Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre naturales de esta Nueva España. En Jacinto de la Serna, *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, vol. II (pp. 17-130). México, Fuente Cultural.

Sahagún, Bernardino de

- 1950-1982 *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, Arthur J.O. Anderson, Charles E. Dibble (trads.). Santa Fe, Monographs of the School of American Research.

Salas Cuesta, María Elena y Hernández Espinoza, Patricia Olga

- 1994 Tlatilco, México. Una aldea del Preclásico. Un ejemplo de adaptación al medio ambiente. *Anales de Antropología*, (31): 63-87.

Saussure, Ferdinand de

- 1945 *Curso de lingüística general*, Amado Alonso (trad.). Buenos Aires, Losada.

Sejourné, Laurette

1960 El simbolismo de los rituales funerarios en Monte Alban. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, (16): 77-90.

Sotelo Santos, Laura Elena

1987 El inframundo maya: una descripción a través de las fuentes escritas. En *Memorias del Primer Coloquio Internacional de mayistas* (pp. 1133-1141). México, UNAM-CEM.

Taube, Karl

2016 El portador de la lluvia. *Artes de México*, (121): 16-23.

Turner, Andrew D.

2017 The Roar of the Rain: A Late Preclassic Jaguar Pedestal Sculpture from Southern Mesoamerica. *Yale University Art Gallery Bulletin*: 90-96.

Viveiros de Castro, Eduardo

1996 Le meurtrier et son double chez les Araweté: un exemple de fusion rituelle. *Systèmes de Pensée en Afrique Noire*, (14): 77-104.

Arte rupestre y cosmovisión de las poblaciones chalchihuiteñas del valle del río Tepehuanes, Durango

Daniel Herrera Maldonado

Centro Interdisciplinario de Investigación
para el Desarrollo Integral Regional
Unidad Durango, IPN

Resumen: El estudio del sitio de arte rupestre La Cantera, ubicado en el valle del río Tepehuanes, ha constituido una fuente muy importante para profundizar sobre la particular manera en la que sus autores, pertenecientes a la cultura chalchihuiteña, concebían y estructuraban el mundo. A partir del análisis de la organización y disposición de las imágenes, se ha reconocido la relevancia de dos grupos de animales-entidades: los cérvidos y los grandes predadores; ambos protagonistas de una relación de oposición y complementariedad entre las fuerzas masculinas, cálidas y celestes, y las femeninas, húmedas y terrestres, cuya combinación deviene en la creación del cosmos mismo.

Palabras clave: arte rupestre, cosmovisión, cultura chalchihuites, valle del Tepehuanes, Durango.

Abstract: The study of the rock art site La Cantera, located in the valley of the Tepehuanes River, has been a very relevant source to understand the particular way in which its authors, belonging to the Chalchihuites culture, conceived and structured the world. Based on the analysis of the organization and arrangement of the images, the relevance of two groups of animal-entities has been recognized: the deer and the large predators; both protagonists of a relationship of opposition and complementarity between the masculine, warm and celestial forces, and the feminine, humid and terrestrial ones, whose combination becomes the creation of the cosmos itself.

Keywords: rock art, worldview, chalchihuites culture, Tepehuanes Valley, Durango.

Procesos de análisis del arte rupestre y cosmovisión

El propósito central de este trabajo será el de profundizar en el carácter o función simbólica de dos grupos de personajes que son imprescindibles del repertorio iconográfico del arte rupestre de la cultura chalchihuiteña en el valle del río Tepehuanes: el grupo de los cérvidos, que incluye entre otros al venado cola blanca, y el de los grandes predadores, que comprende tanto a los cánidos como a los felinos. Como se reconocerá en las siguientes páginas, el análisis del papel de estas entidades implicó también la necesidad de adentrarse en la cosmovisión o manera de entender la realidad de las sociedades que las crearon, siendo éste uno de los ámbitos que esta investigación está interesada en explorar.

Para cumplir estos ambiciosos objetivos se estableció como foco central de estudio al sitio de arte rupestre La Cantera. Este espacio fue escogido por el trascendental protagonismo de los personajes ya referidos, como parte de una serie de composiciones muy complejas que por sus interrelaciones con motivos diversos son reveladoras, como se apreciará, de sus propiedades específicas. Este sitio no será el único foco de atención, pues en la medida que se determine el rol de estas figuras, éste se contrastará con lo que sucede en algunos sitios localizados en el mismo valle, ya que en conjunto conforman un mismo discurso

perteneciente tanto a las pequeñas rancherías como a los centros poblacionales rectores chalchihuiteños que se distribuyen a lo largo de esta gran región.

El análisis de estas manifestaciones gráficas se ciementa en ciertos principios fundamentales, como se expone a continuación. El primero de éstos tiene que ver con su concepción como lenguaje. Lenguaje que, a diferencia de otros que se encuentran en los restos arqueológicos, tiene la virtud de conservarse en las condiciones en las que originalmente fue dispuesto, por lo que su información contextual se presenta como una de sus virtudes más relevantes (Leroi-Gourhan, 1984: 58; Lewis-Williams, 2005: 46). Con esto se intenta subrayar que el reconocimiento del carácter de las figuras no sólo debe depender de sus propiedades formales individuales, sino de la función que adquieren al interior de las grandes composiciones que conforman (Leroi-Gourhan, 1984: 21, 28, 75, 83, 145, 177; Lewis-Williams, 2005: 46, 53). Esta última puede ser identificada a través de, entre otros valores, la posición que ocupan al interior de las agrupaciones de imágenes, las relaciones que éstas mantienen entre sí, la distribución específica de los diferentes conjuntos de expresiones o las asociaciones que establecen las anteriores con ciertos materiales arqueológicos o elementos del entorno, entre éstos el soporte mismo (Herrera, 2022: 157; Leroi-Gourhan, 1984: 20-21, 28, 58, 60, 108, 166-167). Son estas constancias, referentes a los valores de análisis expuestos, las que en conjunto

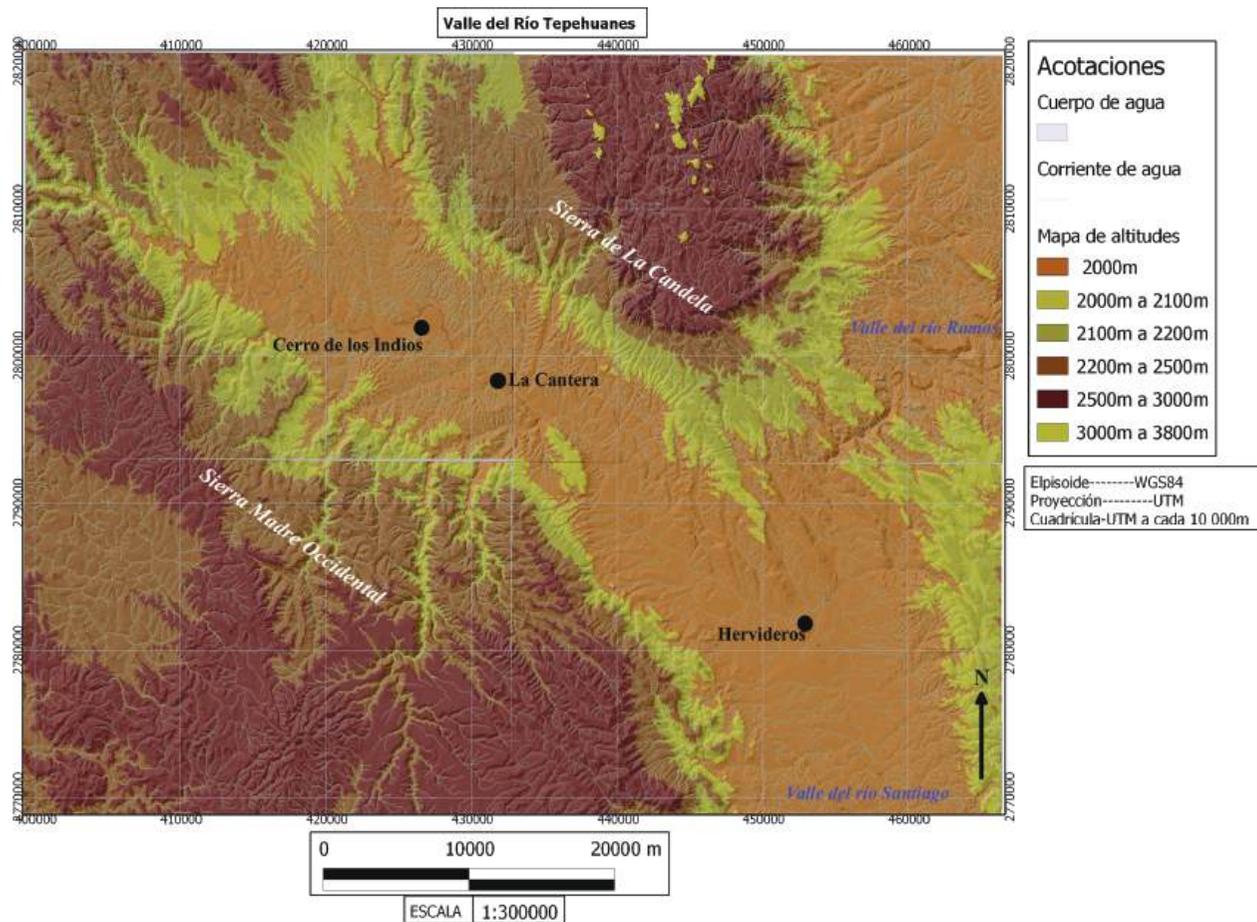


Fig. 1 Mapa del valle del río Tepehuanes. Elaborado por Ana Laura Chacón Rosas.

ayudan al reconocimiento del contenido del mensaje, es decir, de los temas generales de ciertos diseños o de sus agrupaciones, segundo principio esencial que guía esta investigación (Leroi-Gourhan, 1984: 58, 120, 126, 145, 160, 163, 166-167).

Un tercer principio tiene que ver con estas recurrencias o patrones en la disposición y organización de las figuras que refieren finalmente a la construcción de un orden o “estructura compositiva”, socialmente consensuada por las comunidades, cuyo propósito es el de hacer lo más inteligible el mensaje a ser transmitido (Leroi-Gourhan, 1984: 21, 28, 60, 65, 83, 104, 120, 163, 166-167, 205-210, 264; Lewis-Williams, 2005: 46, 55-56, 58-59, 61-64). Para el prehistoriador André Leroi-Gourhan (1984: 58, 160), estas estructuras evidencian una especie de “esqueleto ideológico”, que es el que a la postre le da sentido a este lenguaje y le regula.

Es innegable que en muchos casos, un gran porcentaje de los contenidos de las imágenes, que se derivan de ese marco ideológico, se han perdido irremediamente, dado que se fundamentaban en una tradición oral que por desgracia deja muy pocos testi-

monios en los vestigios arqueológicos (Leroi-Gourhan, 1984: 58, 176). En esas circunstancias, se hace necesario recurrir a las analogías etnográficas o etnohistóricas de algunos pueblos indígenas actuales, o prehispánicos, que cuentan con mayores fuentes para poder explorar esas estructuras que regulan su pensamiento y, por lo mismo, su propio arte (Viñas, Martínez y Deciga, 2001: 204-207).

Una de las estructuras o andamiajes ideológicos que se infiere, por el análisis de las imágenes, habría tenido, hipotéticamente, una actuación fundamental en las asociaciones y organización general de aquellas de La Cantera: es el de la “dualidad”, que entre los pueblos de tradición religiosa mesoamericana da orden al universo (López Austin, 1994: 13, 103-104, 107). Esta manera de concebir el mundo, documentada, por ejemplo, entre los antiguos nahuas del Altiplano Central o los wixaritari (huicholes), tiene como principio la división y estructuración del cosmos en dos mitades opuestas y complementarias: la tierra y el cielo (Gutiérrez, 2010: 62; López Austin, 1994: 18-19, 125-126, 142, 160). A cada una de estas regiones se les adjudican propiedades específicas; así, mientras la



Fig. 2 Conjunto de cuadriláteros y de venados de cinco trazos en el sitio El Peñasco de los Gatos, valle del río Tepehuanes. Foto de Daniel Herrera.

celeste está vinculada con el dominio de las esencias masculinas, calientes, secas y luminosas del universo, la región terrestre, por el contrario, lo está con las femeninas, frías, húmedas y oscuras (Gutiérrez, 2010: 36-38, 41-42; Kindl, 2008: 435; López Austin, 1994: 18-19, 160-162).

De esta división del cosmos deriva, a su vez, una clasificación de la realidad en pares de oposición que se complementan, y en la cual se incluye a todos los seres del mundo, confiriéndoles un origen y parte de las esencias en relación con estas dos regiones (López Austin, 1994: 25, 108, 125-126, 160). Incluso, este esquema de oposiciones complementarias puede transformarse en categorías abstractas contenidas en pares, como las de arriba y abajo, que también estructuran la división del mundo (Gutiérrez del Ángel, 2010: 107). Esta lucha entre los opuestos es primordial, pues de la conjunción de estas fuerzas o esencias, concebida asimismo como un acto sexual, se origina la existencia de la humanidad y el transcurso del tiempo; es decir, confluye un intenso poder creador de la dualidad del universo (Herrera, 2012: 224; López Austin, 1994: 20-21, 77, 160).

Es indispensable recalcar que la expresión de este esquema ideológico entre los grupos chalchihuiteños de Durango, no es insólita o infrecuente, ya que son varios los casos en los que se ha podido comprobar cómo éste es determinante en la construcción simbólica de los territorios que emprenden sus poblaciones, a través de la distribución específica de los temas del arte rupestre

(Berrojalbiz, 2006: 174, 176-177; Berrojalbiz y Hers, 2012: 48-52; 2014a: 313-314); ejemplos de este tipo se registran en el valle del alto río Ramos, en la Cuenca de la Laguna de Santiaguillo y en el mismo valle del río Tepehuanes. Además, esta concepción cosmológica tiene una actuación determinante, de igual manera, en la configuración interna de las agrupaciones de imágenes en algunos sitios chalchihuiteños de arte rupestre, como el de Las Adjuntas, ubicado en la región de Huejuquilla (Fauconnier y Faba, 2008: 479, 528).

Contexto geográfico y arqueológico

Se precisará, primero, el área en la que se centra esta investigación, el valle del río Tepehuanes (figura 1), localizado en la porción noroccidental del estado de Durango, que se extiende en dirección noroeste-sureste a lo largo de unos 120 km aproximadamente. Este valle se ve delimitado al oeste por las estribaciones de la Sierra Madre Occidental y al este por la Sierra de La Candela. Las aguas de su principal afluente nacen en las tierras altas de esta primera sierra, en los límites entre los estados de Durango y Sinaloa, pero es sólo después de recorrer varios kilómetros por densos cañones que, justo a la altura del rancho Zapiguri, su cauce se abre paulatinamente en un valle que oscila en ancho entre 1 y 5 km (Barbot, 1994: 4). Este último se comunica con el valle del río Zape, si se sigue el arroyo de La Purísima, tributario del Tepehuanes, mientras

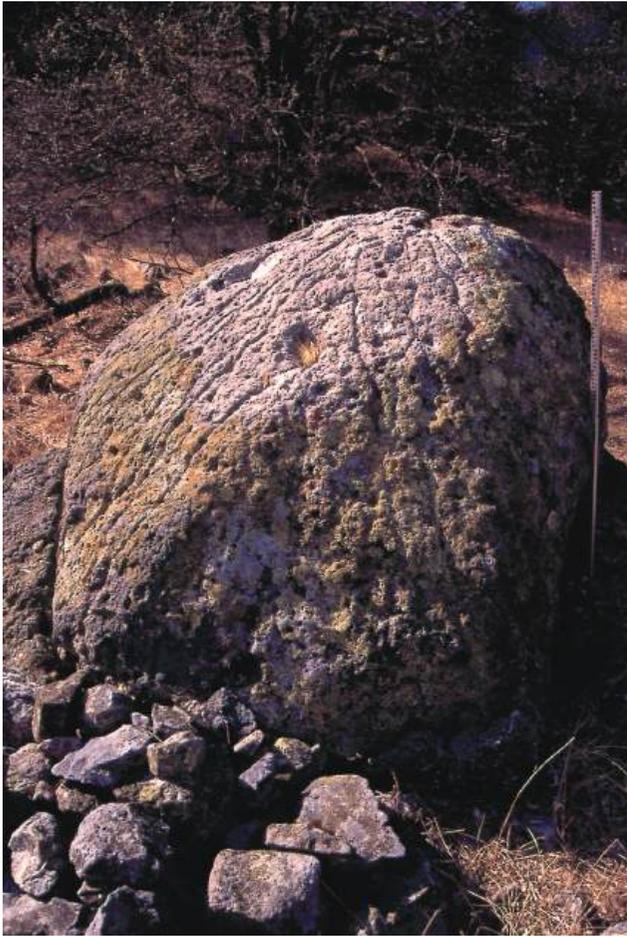


Fig. 3 Múltiples canalitos, pocitas y vulvas grabadas en esta roca del sitio El Capulín, cuenca alta del río Tepehuanes. Foto de Marta Forcano.

que al sur se conecta con la cuenca del Santiago Papasquiario, punto en el cual los ríos Tepehuanes y Santiago confluyen para formar el Ramos.

Los trabajos arqueológicos emprendidos por el Proyecto Hervideros del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIE-UNAM), que fueron encabezados en el valle del río Tepehuanes por el subproyecto regional de Christophe Barbot, han dado cuenta de la representativa presencia de los chalchihuiteños en la región a partir del siglo VII (Barbot, 1994: 4; Hers, 2006: 38). Para ilustrar la relevancia de esta cultura, considérese como ejemplo el caso emblemático del asentamiento dominante de Hervideros, con sus más de treinta hectáreas de extensión, ubicado en las cercanías de la confluencia del río Tepehuanes con el Santiago (Tsukada, 2006: 50); y en el límite norte del valle, el del sitio Cerro de los Indios, que recubriendo una área de más de diez hectáreas, disfrutaba, al igual que Hervideros, de una amplia zona fértil al disponerse en

la confluencia también de dos afluentes, el Tepehuanes y La Purísima (Barbot, 1994: 2).

Justo en medio de estos dos grandes centros poblacionales, en la porción central de este valle (figura 1), se concentran varios santuarios de arte rupestre, que aprovechando las altas paredes verticales de la serranía que bordea estrechamente al Tepehuanes y a su afluente el Arroyo El Potrero, fueron grabadas una multiplicidad de figuras cuya localización parece relacionada con su cercanía a estos ríos (Berrojalbiz y Hers, 2014a: 308-314; Forcano, 1997, cap. IX: 6).

Son los registros y dibujos del dilectante Jesús Lazalde (1987) los que muestran, por primera vez, la imaginería de estos emplazamientos, pero es sólo hasta los trabajos sistemáticos de Marie-Areti Hers (2001a) y Marta Forcano (1997, 2000), que es posible reconocer con precisión en estas figuras la autoría de los grupos chalchihuiteños. Estos espacios sintetizan, en buena medida, las temáticas que van a caracterizar a su tradición de arte rupestre en la cuenca del alto Nazas:¹ los grandes cuadriláteros o escudos (figura 2), el complejo de vulvas, piletas y canales (figura 3), y la representación de temáticas naturalistas, como la de antropomorfos, zoomorfos y algunos elementos astrales (figura 4). En el caso de esta investigación, el esfuerzo se ha encaminado a profundizar en el estudio de uno de estos sitios, La Cantera (figura 1), considerando siempre la importancia de no perder de vista la relación que guardan sus expresiones con la del resto de los emplazamientos rupestres aledaños, pero también consciente de la relevancia de su contextualización a nivel del marco general de la iconografía de la cultura chalchihuites.

La Cantera

Es sólo situado a nivel del valle, junto al río, que es posible apreciar en su verdadera magnitud el gran frente rocoso en el que, en una extensión de aproximadamente 300 metros, se distribuyen los seis grandes sectores o paneles que conforman el sitio en cuestión (figura 5). Habrá que cruzar el río, entonces, para ascender por el talud y situarse al pie de la gran pared vertical, en la que en el extremo oeste de este lugar se localiza el primer conjunto de imágenes. Es este panel, el F, el primero que también es accesible si se llega al sitio viniendo desde la meseta. Justo arriba, en esta área, se ha documentado una pequeña zona habitacional chalchihuiteña, conformada por al menos cinco estructuras arquitectónicas de planta cuadrangular asociadas

¹ La parte alta de la cuenca del Nazas está constituida por una serie de ríos perennes que surcan los valles de la vertiente oriental de la Sierra Madre Occidental. Entre sus afluentes se encuentran los ríos Santiago Papasquiario, Tepehuanes, Ramos, Zape, Matalotes, Sextín, Santa María del Oro y Nazas.

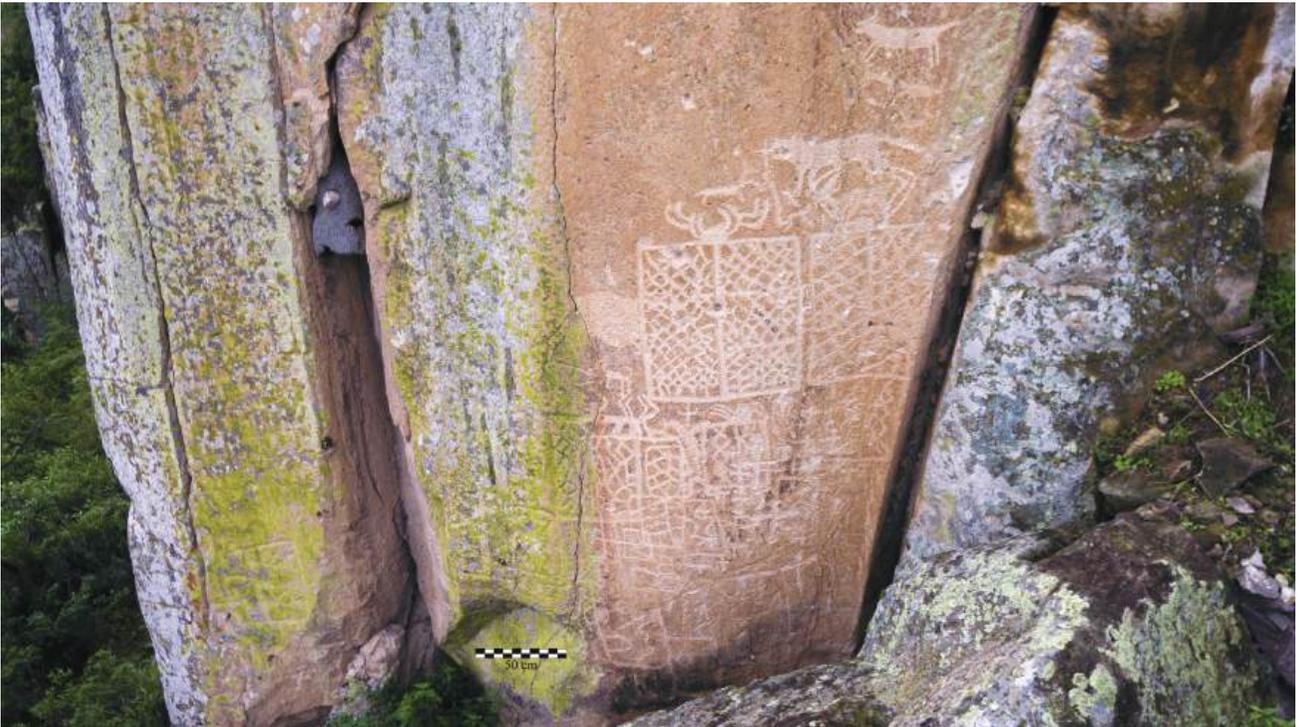


Fig. 4 Petrograbados del sitio La Candela, valle del río Tepehuanes. Foto de Daniel Herrera.

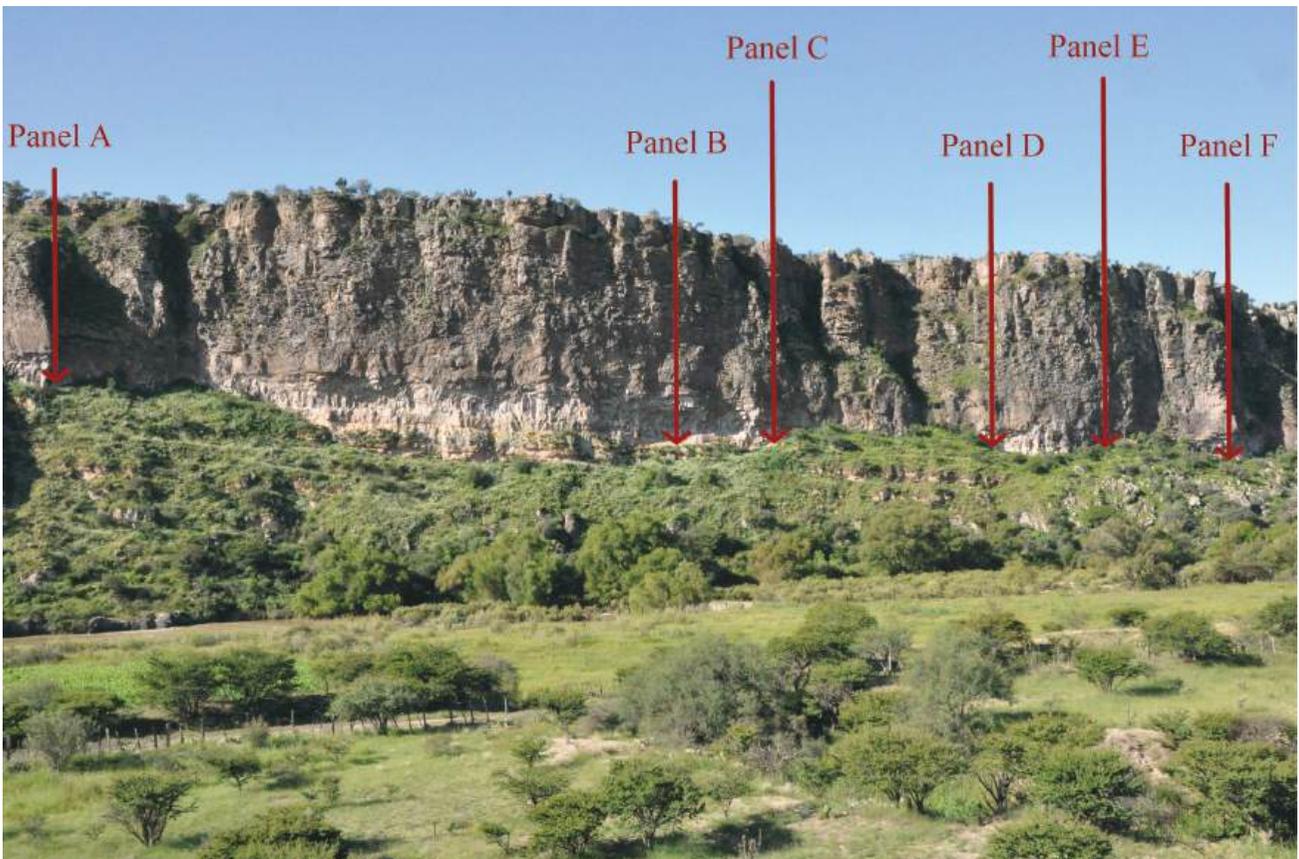


Fig. 5 Panorámica del gran frente rocoso de La Cantera con sus seis paneles o sectores de arte rupestre. Foto de Daniel Herrera.



Fig. 6 Primeros conjuntos de imágenes de La Cantera viniendo desde la meseta, límite oeste del sitio. Conjuntos 22 y 23, panel F. Dibujo de Daniel Herrera.

a abundante material lítico y cerámico; se trataría, por lo tanto, de una de las modestas rancherías que caracterizan el patrón de asentamiento bastante disperso del valle del río Tepehuanes (Barbot, 1994: 2, 19, 22, 25; Forcano, 1997, cap. XII: 145). Como en este caso, buena parte de estas pequeñas aldeas se ubican en las cercanías de los ríos perennes, junto a las tierras de cultivo, además de que suelen ocupar lugares que son fáciles de defender o desde los cuales se disfruta de cierta protección por el amplio dominio visual que ofrecen (Barbot, 1994: 2, 6-7, 22; Berrojalbiz y Hers, 2014a: 309).

Con seguridad, los integrantes de esta pequeña unidad familiar eran de los continuos visitantes a las expresiones, guiando igualmente a los peregrinos en el conocimiento de este santuario que, junto con el necesario recorrido de otros espacios de arte rupestre que se concentran en esta región, constituirían en su conjunto una verdadera iniciación. Para ello, seguirían el camino que actualmente conduce a los grabados y pinturas viniendo desde la meseta. La existencia de un muro al inicio de este camino, del cual únicamente se distinguen sus cimientos, permite suponer que este paso era controlado, de manera que no cualquiera podía acceder a la pequeña vereda que desciende paulatinamente hacia el río, facilitando el acceso a las expresiones ante la imposibilidad de sortear los desfiladeros del frente rocoso, que se presentan en buena parte de sus lados.

Situados junto al primer grupo de imágenes del panel F, los visitantes chalchihuiteños apreciarían que una de las figuras que dan la bienvenida al lugar, es la de un peligroso predador dispuesto con una gran vulva entre sus piernas (figura 6, motivos 47 y 48). Por su gran hocico apuntado, ligeramente abierto, en actitud de producir algún sonido, y sus dos orejas triangulares bien erguidas, parece que se trata de un cánido, tal vez un lobo, perro o coyote; sin embargo, su larga cola vertical no descarta que pudiera ser, asimismo, un felino (Herrera, 2012: 174-177). Desde ahora es imprescindible contemplar, como parte de la identificación de estos zoomorfos-entidades, que se está indagando acerca de imágenes construidas en el seno de ontologías que son ajenas a las categorías occidentales, de lo que pueden ser las especies animales. Ante esto, es importante ser cauteloso de estas identificaciones, si bien son de ayuda en la determinación de las cualidades que expresan los personajes creados.

Para seguir avanzando en dirección a los otros paneles, es necesario continuar por una estrecha vereda paralela al escarpe que exhibe, en varios puntos, un borde vertical que cae directamente hasta el río (figura 7). A partir de esto se comprueba que una de las características más distintivas de este lugar, es el patrón extenso y disperso en la distribución de los conjuntos de imágenes, lo cual determina que desde su interior el sitio no pueda verse de forma completa (véase la figura 5).



Fig. 7 Vista del valle del río Tepehuanes desde la pequeña vereda paralela al gran frente rocoso que asciende hasta el panel A de La Cantera. Foto de Daniel Herrera.

Al llegar a los últimos grupos con expresiones, es notable que el estrecho camino, que igualmente siguieron los peregrinos chalchihuiteños, implica cada vez más un paulatino ascenso, a tal grado que, al final, para acceder al panel A, se hace necesario efectuar una escalada sobre una pendiente bastante vertical sin vereda clara con la cual guiarse. Más allá de este panel, no es posible continuar sobre el borde de la pared, pues el camino se aprecia interrumpido por una caída de varios metros; es por esa razón que tanto los límites este y oeste del sitio están claramente establecidos por las características naturales del lugar (figura 8).

Es significativo que sea la figura del denominado venado esquematizado de cinco trazos, ubicado en la porción central de un gran cosmograma, la imagen que delimita el sitio, al este, a una altura superior respecto de los otros paneles (véase la figura 8). Uno de los rasgos más distintivos de este motivo es la particular manera en la que fue grabado o pintado, perfilando el contorno de su silueta en base generalmente a cinco trazos discontinuos. En ocasiones suele diseñarse sus cornamentas, por lo que es más fácil identificarlo como un venado. Su constante presencia en casi todos

los emplazamientos de arte rupestre, ha llevado a determinar que la figura esquemática de este venado servía como un elemento de identidad territorial para las poblaciones chalchihuiteñas de la parte alta de la cuenca del Nazas y del alto Florido, la Mesa de Tlahuitoles, ubicada en las regiones altas de la Sierra Madre Occidental (Berrojalbiz y Hers, 2014a: 275-277); y ahora se sabe, también, a partir de los últimos registros en el Cañón de Molino, para las comunidades de la Cuenca de la Laguna de Santiaguillo (Herrera, 2016: 28-31; Herrera y Chacón, 2015: 92-94). Con este motivo se conformaba, a lo largo del territorio marcado, una antigua entidad sociopolítica que se legitimaba bajo el emblema de lo que fue seguramente un ancestro (figura 9).²

Un rasgo sobresaliente en el caso del venado de La Cantera, es la manera en la que fue inscrito al interior de un cuadrilátero (figura 10). Este último diseño, con un elemento en forma de “X” en su interior (figura 6, motivo 36, y figura 10), suele ser frecuente tanto en

² Para profundizar sobre el carácter del venado de cinco trazos como ancestro, revítese a Daniel Herrera (2012: 210-215).



Fig. 8 Petrograbado del venado esquemático de cinco trazos al interior de un gran cosmograma. Panel A de La Cantera. Foto de Daniel Herrera.

la iconografía de la cerámica como del arte rupestre chalchihuiteño, probablemente aludiendo, como se ha analizado a profundidad en algunas investigaciones, a la configuración cuatripartita del cosmos que los artistas indígenas concebían (Herrera, 2012: 196-206). Los dos elementos triangulares que se distinguen en los márgenes superior e inferior del rectángulo, parecen no sólo subrayar la configuración de los cuatro rumbos en los que se divide horizontalmente el universo para los pueblos de tradición mesoamericana, sino, adicionalmente, recalcan la ubicación del venado de cinco trazos en el ombligo o centro del mismo, punto de emergencia y origen de la humanidad, espacio de interconexión con los otros estratos del universo, el cielo y el inframundo (Herrera, 2012: 196-206). Este espacio, además, es el lugar de sacrificio por excelencia como acto creador y transformador (Neurath, 2013: 62-70). Y así sucedió con el niño “chueco”, que saltó a la fogata ubicada en el ombligo del mundo, como parte de un rito de autosacrificio huichol, que derivó en el renacimiento de éste como el sol (Lumholtz, 1986 [1900]: 53; Neurath, 2013: 66). Incluso, en algunos mitos huicholes, el papel del niño es encarnado por el venado (Gutiérrez, 2010: 71-72).

En oposición y complementariedad a las propiedades sacrificiales, transformativas, masculinas y solares del venado, en las cuales se profundizará más adelante,

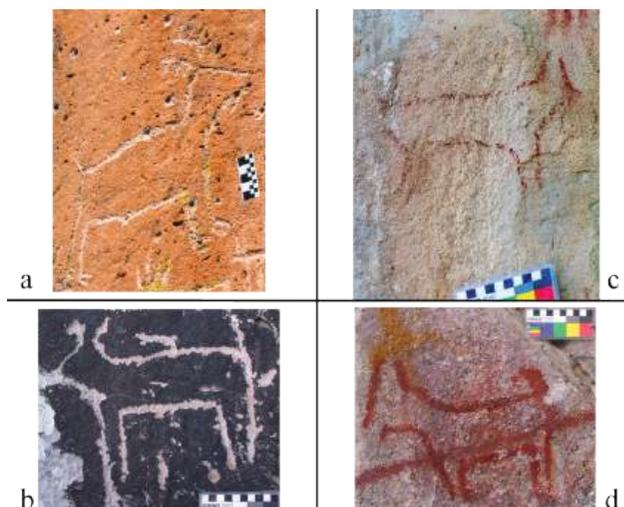


Fig. 9 El venado de cinco trazos: a) El Peñasco de los Gatos, valle del río Tepehuanes (foto de Daniel Herrera); b) La Cantera, valle del río Tepehuanes (foto de Marie-Areti Hers); c) Rincón del Canal, Cañón de Molino (foto de Daniel Herrera); d) Mesa del Comal, cuenca del río Zape-Sextín (foto de Marie-Areti Hers).

considérese la imagen del gran carnívoro que delimita, en cambio, el sitio al oeste, sintetizando, por la manera tan expresa en la que fue marcado su sexo, las fuerzas de lo femenino, lo húmedo, la sexualidad. Es así que estos seres conforman una dualidad significativamente acentuada por las diferencias de altura que existe entre los dos extremos del sitio y la confrontación de las direcciones cardinales este-oeste, en las que, aproximadamente, se ubica cada uno de éstos.

Para poder entender con mayor claridad esta dualidad, ha sido importante que se considere la manera en la que los wixaritari, herederos de la cultura chalchihuiteña, como lo son también los coras, mexicaneros, acaxeos y xiximes (Punzo, 2014: 350-354), conciben el mundo a partir de la lucha de dos fuerzas cósmicas opuestas: la ígnea representada por Tayaupá, Nuestro Padre Sol, y la terrestre representada por Takutsi Nakawe, la diosa de la tierra y la luna (Gutiérrez, 2010: 62-67; López Austin, 1994: 142). Esta concepción del cosmos es fundamental en todos sus procesos culturales, a tal grado que, por ejemplo, su ciclo ceremonial anual opera teniendo como estructura la lucha entre las dos regiones opuestas del universo, creando una dicotomía entre el periodo de lluvias, asociado con entidades femeninas, acuáticas, ligadas a la fertilidad, y la temporada de secas, que remite a los seres solares y masculinos (Gutiérrez, 2010: 36-38, 41-42; Kindl, 2008: 435). Este esquema de oposiciones complementarias que se produce entre conceptos como el de la luz y la oscuridad, el día y la noche, el sol

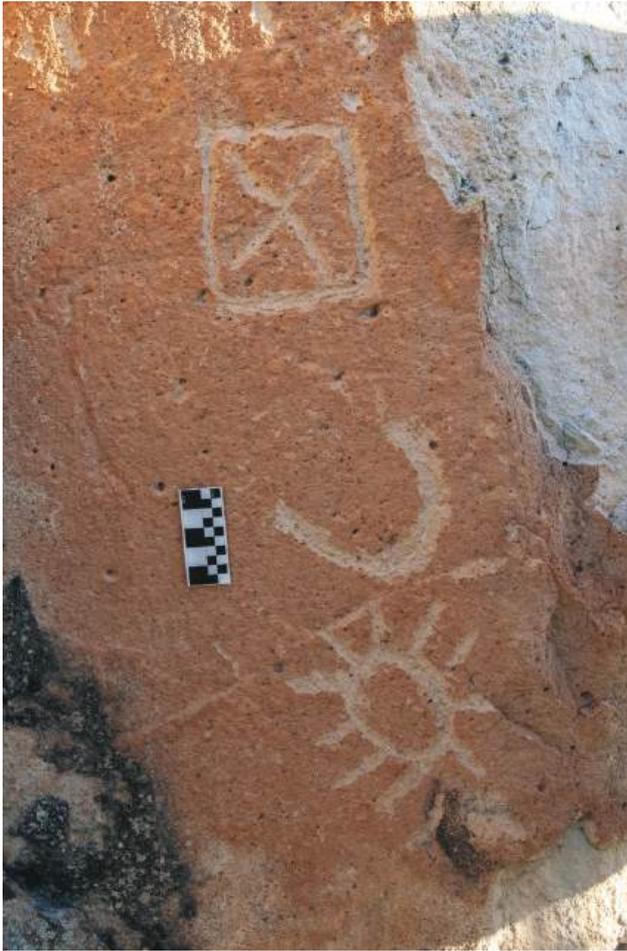


Fig. 10 Cuadrilátero con “X” en su interior, junto a elementos astrales-cosmológicos del sitio Cerro Palomas, valle del río Tepehuanes. Foto de Daniel Herrera.

y la luna, permite su transformación en categorías abstractas contenidas en pares, como las de arriba y abajo, que en el caso de los centros ceremoniales tukipa se utiliza para aludir, de acuerdo con la ubicación de los objetos ceremoniales en este espacio, a la complementariedad entre la región celeste y la del inframundo (Gutiérrez, 2010: 107; Kindl, 2008: 433). En tal caso, es central que se valore cómo estos espacios rituales se estructuran según el movimiento diario del sol, en “un eje poniente-oriente, sobre un plano inclinado, en el que la persona idealmente mira hacia el este, arriba, y el oeste queda atrás, abajo” (Kindl, 2008: 433).

De esta forma, es comprensible que la disposición de los dos paneles en los extremos del sitio va más allá de cualquier tipo de casualidad, sobre todo al contemplar, además, que esta estructura rige distintas composiciones de La Cantera, en la que los cérvidos, los cánidos o los felinos surgen como protagonistas.

De las cualidades cosmológicas de los cérvidos y los feroces predadores

De regreso al panel F, reconócese los varios cuadrúpedos con cuerpo rectangular que ocupan la región superior izquierda del conjunto 20 (figura 11). Estos tres de arriba se identifican como venados, por su par de cornamentas diseñadas a partir de dos líneas curvas con sus puntas dirigidas hacia el frente, principal elemento iconográfico que los distingue de las otras especies animales plasmadas. Es importante que se asuma las diferencias formales y, probablemente, en significado, entre estos cérvidos con el cuerpo completamente grabado y los elaborados a partir de cinco trazos discontinuos, pero en los que se perciben, igualmente, ciertas cualidades cosmológicas compartidas. Para ilustrar estas últimas, se analizará el caso emblemático del venado con cuerpo también rectangular del panel C (figura 12, motivo 12). Inmediatamente llama la atención del observador por la particular manera en la que fue grabado en sentido vertical y en actitud de ascenso. Adviértase que la pared que fue escogida como soporte, es de las pocas con motivos en el sitio que se orientan hacia el este, mirando el despuntar del sol, originando que los rayos iluminen el venado directamente al amanecer, como si por su disposición acompañara el ascenso de este astro en el horizonte (figura 13). Este fenómeno sólo se registra durante los meses de marzo a septiembre, lo cual es muy significativo dentro del ciclo solar anual, pues coincide con el equinoccio de primavera y otoño, momentos que son significativos en el proceso huichol de nacimiento, madurez y muerte del Padre Sol (Gutiérrez, 2010: 140-145). Por último, nótese la inclusión, asimismo, de un venado de cinco trazos y un par de cosmogramas punteados en la escena (figura 12, motivos 7, 10-11).

En este contexto, es de gran apoyo valorar cómo para los wixaritari, el venado cumple el papel de acompañante, guía y protector del sol contra los seres de la noche y del inframundo, representando a Nuestro Hermano Mayor Kauyumari, la estrella de la mañana y de la tarde, quien dirige la salida y ocaso del sol (Gutiérrez, 2010: 96-97). De acuerdo con el relato, el sol emprende su camino hacia el cielo, cada mañana, gracias a la ayuda de las aves y el venado; Kauyumari, investido por las cualidades de este último animal, se encarga de levantarlo a través de sus astas (Gutiérrez, 2010: 68, 101). A pesar de que el venado no cuenta con alas para elevarse, las cornamentas se convierten en un equivalente de ellas, pues es la fuente principal de su poder (Gutiérrez, 2010: 102).

De regreso nuevamente al análisis del conjunto 20, panel F, se reconoce el parentesco de los cérvidos con las propiedades cálidas y celestes del sol, no sólo por

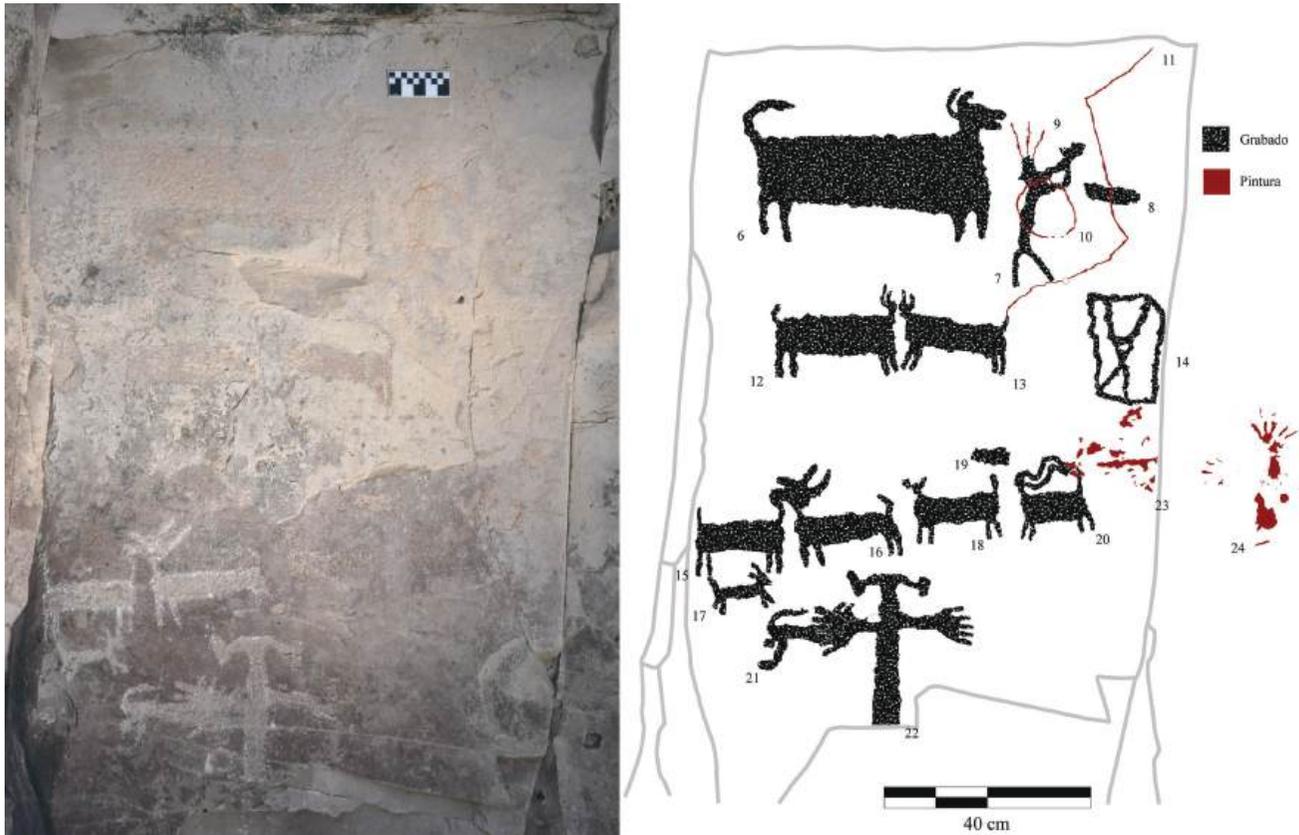


Fig. 11 Conjunto 20, panel F de La Cantera. Foto y dibujo de Daniel Herrera

su ubicación en el área superior de la composición, sino además por la particularidad de que sean sólo los cuadrúpedos de esta temática, a diferencia de los cánidos de más abajo, los que reciben una ligera capa de colorante rojo (figura 11, motivos 6, 12 y 13). Si la asociación con este color y su especial localización no fuera suficiente, obsérvese como del área superior y celeste del panel surge una pequeña línea zigzagueante (figura 11, motivo 11), en alusión, tal vez, a la luz y el fuego del rayo solar, que termina conectándose con la cola de uno de los cérvidos. Respecto de este mismo tema, es interesante la analogía que existe para los wixaritari al referirse a las cornamentas de los venados, como una evocación de los rayos solares (Gutiérrez, 2010: 78, 102-103). En ese caso se sugiere una analogía semejante a la de la ontología huichola, dada la cercanía formal entre las dos líneas zigzagueantes que conforman las astas del venado ejecutado un poco más abajo (figura 11, motivo 20) y la del rayo solar ya descrito.

A medida que se desciende en el panel, se constata la introducción de una nueva temática, la de los feroces predadores (figura 11, motivos 16 y 17), relacionada con la preponderancia del ámbito terrestre y femenino del cosmos, a la que parece asociarse la parte inferior de la composición. Como en el caso de los

cérvidos, estos furtivos cazadores presentan sus elementos de identificación en los rasgos exagerados de su cabeza: su hocico es largo y pronunciado, llegando a ser apuntado; las mandíbulas se encuentran bien marcadas, ligeramente abiertas y de un pronunciado grosor en referencia a la fuerza bien conocida de su mordida; sus dos orejas se diseñan erguidas, perfiladas a través de dos líneas rectas paralelas, o en ocasiones, son de una forma triangular bastante puntiaguda. Por los recursos iconográficos utilizados es probable que se trate de algún cánido o felino. Es relevante que estos mismos elementos gráficos que los identifican aquí, sean recurrentes tanto en el arte rupestre como en la cerámica de filiación chalchihuiteña (Herrera, 2012: 174-177).

Si bien es cierto que las propiedades de estos peligrosos predadores, vinculadas con la sexualidad, la fertilidad y con el dominio húmedo y femenino del cosmos, se ven claramente ejemplificadas en el gran cuadrúpedo con la vulva entre sus patas que delimita al oeste el sitio (figura 6, motivos 47 y 48), éstas se ven igualmente subrayadas en razón de la asociación que existe entre los que se ubican en el conjunto 20 y la figura humana con los brazos extendidos que se dispone debajo de ellos (figura 11, motivo 22). Esta última figura se reconoce como la conocida *mujer con pei-*

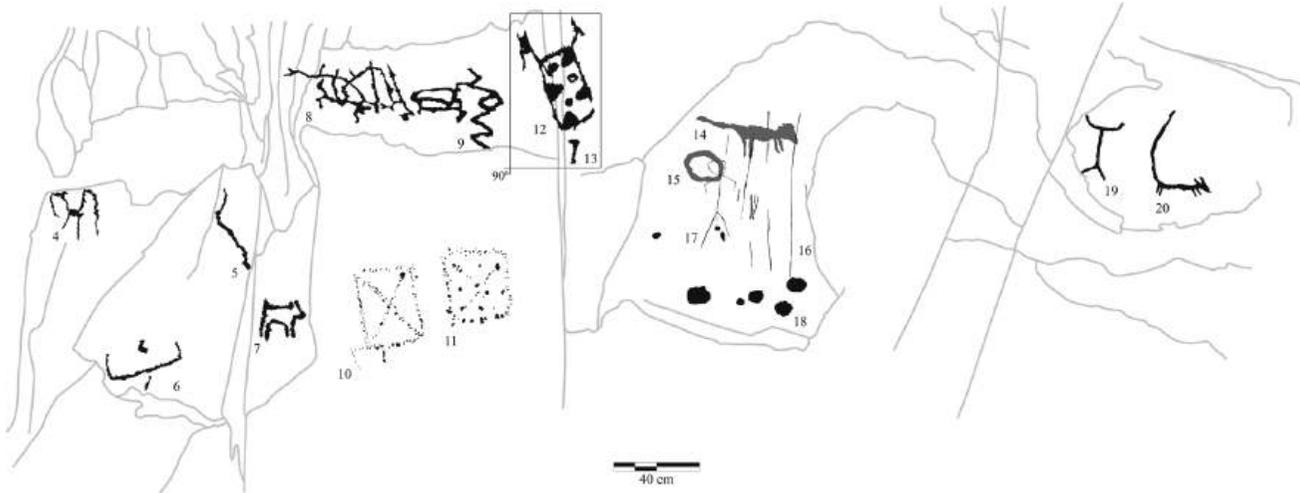


Fig. 12 Conjuntos 5, 6 y 7 de petrograbados del panel C de La Cantera. Dibujo de Daniel Herrera.

nado de mariposa, documentada a lo largo de 18 siglos en el arte rupestre, la cerámica y la pintura mural de las kivas del suroeste de Estados Unidos. Su arribo a Durango parece ser producto de los contactos entre las poblaciones chalchihuiteñas y los ancestros de los indios Pueblo, durante las fases Ayala-Las Joyas (600-900/1000 d.C.) y Tunal-Calera (900/1000-1250 d.C.) (Hers, 2001b). El rasgo más característico de este personaje es su particular peinado diseñado como dos espirales situadas a ambos lados de la cabeza y a la altura de las orejas (figura 14). Aún hoy en día, las jóvenes mujeres de las comunidades Hopi, Zuñi y Taos que entran a la pubertad y no se han casado, portan este peinado, nombrado con el verbo poli'inta —“llevar puesta una mariposa”—, desempeñando un papel importante relacionado con la creación en sí misma, la fertilidad, la abundancia y el crecimiento del maíz (Hays-Gilpin, 2004: 36-37, 127-128, 131, 133-134, 139-140).

Los propios rasgos iconográficos del personaje femenino de La Cantera, reiteran las propiedades anteriormente mencionadas (figura 14). Por un lado, su carácter telúrico se expresa en la disposición cuatripartita de su cuerpo, con sus dos brazos levantados en plano horizontal y el eje vertical de su figura, todo esto en referencia a los cuatro rumbos y el centro a partir de los cuales se estructuraba la superficie de la tierra.³ Sus manos fueron detalladamente perfiladas con las palmas abiertas hacia enfrente, trazando con cuidado cada uno de sus dedos, un rasgo que suele ser poco usual en los antropomorfos rupestres y que lo convierte en uno de sus elementos más sobresalientes. Si a esto



Fig. 13 Obsérvese cómo por la orientación del soporte rocoso hacia el este, el venado grabado ahí es iluminado directamente al amanecer por los rayos del sol, sólo entre los meses de marzo y septiembre. Imagen tomada el 15 de septiembre de 2009 a las 9:20 horas, La Cantera. Foto de Daniel Herrera.

³ Por desgracia, el motivo se encuentra incompleto por un gran desprendimiento en su región inferior.



Fig. 14 *a y b*) personaje femenino con peinado de “mariposa” del conjunto 20, panel F, La Cantera (dibujo y foto de Daniel Herrera); *c*) mujer hopi con peinado estilo “mariposa”, óleo sobre albanene (autoría de Araceli Maldonado González).

se agrega el tamaño exagerado de sus manos con respecto al resto del cuerpo, parece clara la intención de exaltar cierta cualidad del personaje, tal vez en relación con su poder de obrar y crear, como sucede en distintos contextos en Mesoamérica. Por ejemplo, se habla “de los que ‘no habían escondido sus manos, sus pies’ [...] [como aquellos] que siempre habían actuado en beneficio de los demás” (López Austin, 1994: 200).

En relación con la mariposa que forma su peinado, en Mesoamérica como entre los wixaritari, este insecto se liga a la transformación iniciática (Neurath y Kindl, 2005: 33), después de todo, no hay mejor estadio en la vida de una mujer que ejemplifique una fase de cambio, que la etapa de la pubertad, momento en el que las vírgenes hopis portan dicho tocado. Para este último pueblo, tal insecto se asocia con el verano, las flores, la fertilidad, el agua y el mundo espiritual (Hays-Gilpin, 2004: 131, 134).

En fuerte conexión con esta imagen se encuentra el sitio de arte rupestre Salto del Perro, ubicado en el Cañón de Potrerillos, que forma parte de la gran región de la Cuenca de la Laguna de Santiaguillo. En sus composiciones plasmadas se distinguen varias vírgenes con peinado de mariposa, con el genital femenino diseñado, ratificando su vinculación hacia la fertilidad y la sexualidad (figura 15), además de que el entorno natural en donde se sitúan, un estrecho cañón con manantiales y un arroyo temporal que nutren una densa vegetación, exalta las propiedades húmedas, oscuras y femeninas del ámbito del cosmos al que pertenecen (Berrojalbiz y Hers, 2012; 2014b: 261-265; Herrera y Chacón, 2017: 120-121).

Nuevamente en La Cantera, se distingue, por último, cómo la mano derecha de la figura femenina se superpone y, por lo mismo, hace desaparecer la cabeza de lo que podría ser un venado, pues aún es posible apreciar,



Fig. 15 Personajes femeninos con peinado de mariposa y los genitales marcados, sitio Salto del Perro, Cañón de Potrerillos. Modificación DStretch LDS. Foto de Daniel Herrera.

a pesar de la sobreposición, los trazos de su cornamenta (figuras 11 y 14, motivo 21). Es significativo que la composición de estas dos imágenes se estructura de manera análoga a la de arriba (figura 11). En esta última, los dos predadores (motivos 16 y 17) rodean a un tercer cuadrúpedo, cuya cabeza desaparece ahora entre las fauces del cazador mayor (motivo 15); a su izquierda, dos cérvidos observan el destino fatal del que fue seguramente uno de sus congéneres (motivos 18 y 20). La confrontación natural entre estas especies permite sugerir que el cuadrúpedo con la cabeza devorada se trate también de un cérvido; este tipo de escenas de cacería o de persecución son recurrentes en La Cantera; un bello ejemplo es el del conjunto 8 panel D (figuras 16 y 17).

Lo fundamental aquí es que el antagonismo entre estas especies; como se registra en la historia de los wixaritari (Gutiérrez, 2010: 71-72, 90, 94-95, 58-59, 62-63), podría representar el conflicto entre las dos fuerzas opuestas y complementarias que sintetizan estos personajes y que estructuran la disposición del cosmos. El papel de los seres asociados al ámbito de lo femenino y de la sexualidad en estas escenas contiguas, ya sea que se trate de la figura femenina con peinado de mariposa o el de los predadores, es el de ser ejecutores del desenlace de tal oposición de fuerzas: el sacrificio del venado. La importancia de inmolar al venado radica, como lo explican bien los huicholes, es su profundo sentido de creación y transformación del mundo, contribuyendo a asegurar su existencia y continuidad (Gutiérrez, 2010: 72; Neurath, 2013: 51). Las implicaciones de la



Fig. 16 Conjunto 8, panel D de La Cantera. En la imagen se aprecian dos escenas de cacería o persecución protagonizadas por cérvidos y predadores. Foto de Daniel Herrera.

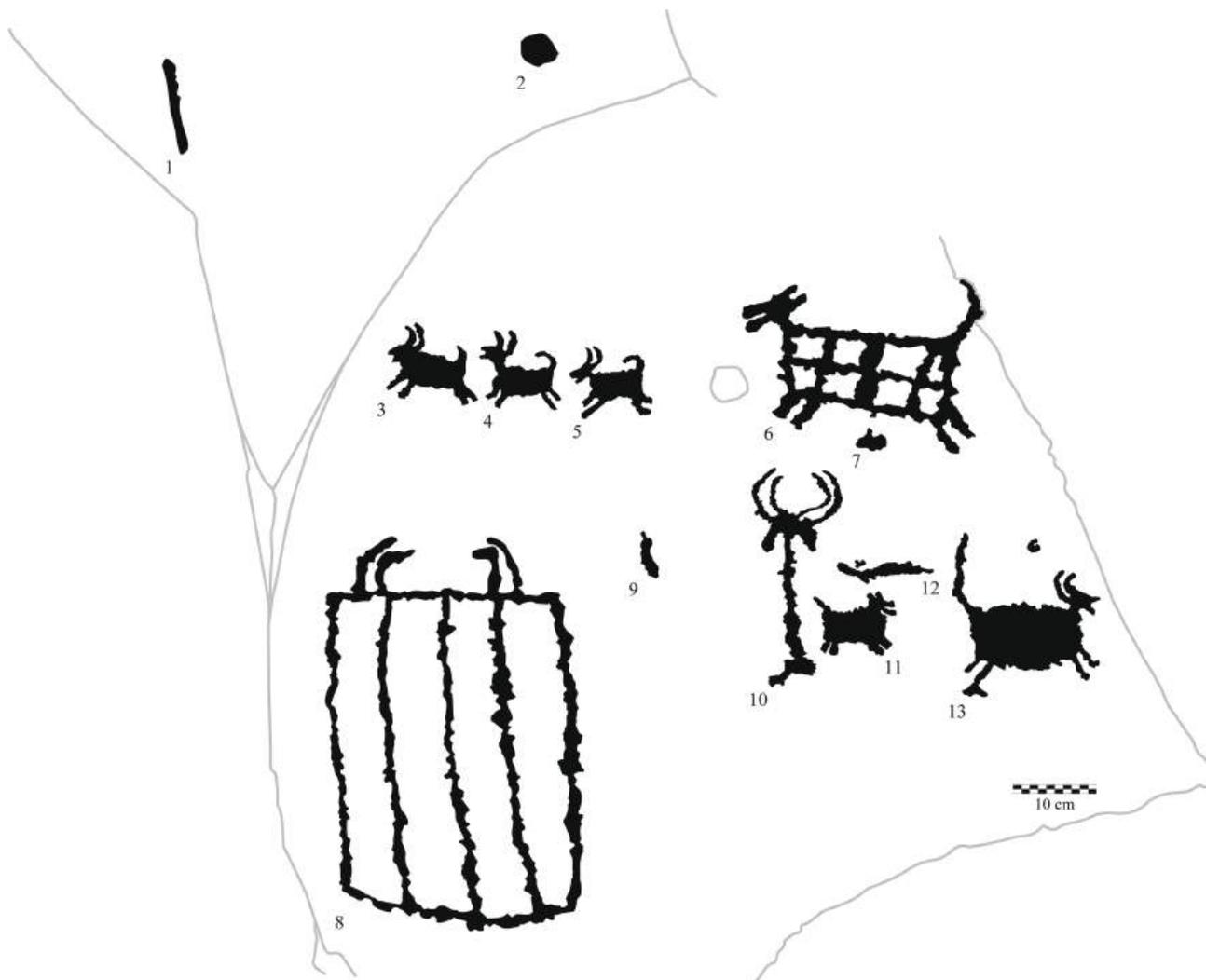


Fig. 17 Conjunto 8, panel D de La Cantera. Dibujo de Daniel Herrera.

composición se ven confirmadas cuando se considera la geometría del cuadrilátero con equis interna dispuesto un poco más arriba, que previamente se ha planteado, sintetiza la organización espacio-temporal del cosmos chalchihuiteño, además de que una más de sus funciones sería la de recalcar el aspecto mitológico-histórico de la escena (figura 11, motivo 14) (Kindl, 2008: 446).

En ese sentido, se concibe al acto de cazar como el mejor medio, en el caso de los rituales wixaritari (Gutiérrez, 2010: 61-62, 68, 158), mexicaneros (Alvarado, 2000: 166) y en el arte rupestre chalchihuiteño, también, para exponer la lucha cosmológica entre los seres masculinos, cálidos, celestes y los seres femeninos, húmedos, telúricos. Su lucha recrea el momento de la creación original, así como la oposición constante que permite el nacimiento de los seres mundanos y el transcurrir del tiempo. Sin embargo, este proceso de construcción del mundo es consecuente con un fenómeno de gran importancia para los chalchihuiteños: el sacrificio. No obstante, la clara violencia que se expresa al matar a

un animal tierno y puro como el venado, fundador de su religión y su *costumbre*, para los huicholes, la cacería consiste en convencer al animal de que realice el autosacrificio, después de todo es él el fundador de “el costumbre” (*yeiyari*), el mayor interesado en que se asegure su continuidad, que se le siga cazando y matando (Neurath, 2013: 51). Su muerte se entiende como un acto voluntario que asegura la prolongación y existencia del mundo (*kiekari*), y que paralelamente produce la transformación de los antepasados en deidades y en las cosas que los humanos necesitan para vivir (Neurath, 2013: 51).

Conclusiones

Finalmente, el análisis de las propias características físicas de La Cantera da sentido también a la dinámica de oposición y complementariedad de las fuerzas cosmológicas que estructuran a las imágenes de arte rupestre. De esta manera, por la orientación hacia el nor-

te del gran escarpe, existe un marcado contraste entre la época en que los motivos reciben luz (aproximadamente en la temporada de primavera-verano) y en la que prácticamente se mantienen en la sombra (otoño-invierno), fenómeno que recrea un escenario de antagonismo de las propiedades luz-oscuridad. La dualidad creada por la iluminación en el sitio acarrea otro tipo de división estacional entre el periodo de lluvias en verano y el de secas en invierno, lo que determina el dominio cíclico de dos tipos de fuerzas opuestas: la de los seres fríos y húmedos en la temporada de lluvias, y la de los seres cálidos, ígneos y solares en la de secas, división polar que establece la dualidad del cosmos en las concepciones mesoamericanas (López Austin, 1994: 162).

Además, por el eje en el que se orienta el frente rocoso, se define un tipo de oposición muy claro entre las direcciones poniente-oriental. El oriente representa el amanecer, el nacimiento del astro solar y, por lo tanto, el origen; mientras que el poniente, como puerta al inframundo, se relaciona con la muerte del sol que da paso a la noche (López Austin, 1994: 136). En términos del modelo cosmogónico de los wixaritari, el este es lo de arriba, lo de adelante, y el oeste es lo

de abajo, lo de atrás (Gutiérrez, 2010: 107, 109, 138). Este eje es el del curso del astro solar, cuyo movimiento permite la conjunción del espacio y del tiempo, es decir, la conformación del cosmos (Berrojalbiz y Hers, 2014b: 265-269). Este mismo eje es el que los peregrinos chalchihuiteños seguirían en su recorrer por los diferentes paneles de La Cantera, desde el extremo inferior y poniente del sitio.

A semejanza del gran predador que se localiza al principio, síntesis de las esencias de lo femenino y la sexualidad (figura 6, motivos 47 y 48), caminarán rumbo al oriente con la firme intención de seguir y cazar al venado (figuras 5 y 16). Como en las danzas mexicaneras, este último es atrapado por el perro en el momento en que sale el sol (figura 13), de cuya muerte y sacrificio, como se observa en el panel A (figura 8), deriva su transformación en ancestro con presencia real en los objetos, pero ante todo la creación del mundo solar. Su ubicación al centro del gran cosmograma, espacio conferido en los calendarios mesoamericanos (De Durán, 1995: lam. 36) y objetos rituales huicholes (Gutiérrez, 2010: 101-102; Kindl, 2008: 438-439) al sol o a aquellos animales estrechamente adeptos a él, no dejan dudas al respecto.

Bibliografía

Alvarado Solís, Neyra P.

2000 Los mexicaneros en el Norte de México: una reflexión sobre las prácticas agrícolas y de caza-recolección. En Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.), *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff* (pp. 159-168). México, IIA-IIIE-IIH-UNAM.

Barbot, Christophe

1994 Informe de actividades del estudio regional del valle del río Tepehuanes, Proyecto Hervideros, temporada de mayo-junio. Mecanoscrito. México, IIE-UNAM.

Berrojalbiz, Fernando

2006 Arte rupestre y paisaje simbólico mesoamericano en el norte de Durango. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, (89): 135-181.

Berrojalbiz, Fernando y Hers, Marie-Areti

2012 El Salto del Perro, Durango, México. La construcción de un paisaje sagrado en los confines de Mesoamérica. En Françoise Fauconnier y Serge Lemaître (eds.), *Rock Art in the Americas: Mythology, Cosmogony and Rituals*

(pp. 47-59). Londres, British Archaeological Reports International Series.

2014a El alto Nazas. La comarca del venado. En José Luis Punzo Díaz y Marie-Areti Hers (eds.), *Historia de Durango*, t. I: *Época antigua* (pp. 272-317). México, IIH-Universidad Juárez del Estado de Durango.

2014b La ocupación chalchihuiteña en el Valle de Guatimapé. En José Luis Punzo Díaz y Marie-Areti Hers (eds.), *Historia de Durango*, t. I: *Época antigua* (pp. 246-270). México, IIH-Universidad Juárez del Estado de Durango.

Durán, Diego de

1995 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, t. II. México, Conaculta.

Fauconnier, Françoise y Faba, Paulina

2008 Las Adjuntas: arte rupestre chalchihuiteño y cosmovisión huichola. En Carlo Bonfiglioli, Arturo Gutiérrez, Marie-Areti Hers y María Eugenia Olavarría (eds.), *Las vías del noroeste, vol. II: Propuestas para una perspectiva sistémica e interdisciplinaria* (pp. 475-536). México, IIA-UNAM.

Forcano, Marta

1997 El arte rupestre del Alto Nazas, Durango. Mecanoscrito. México, IIE-UNAM.

- 2000 Las pinturas rupestres de Potrero de Cháidez, Durango. En Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.), *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff* (pp. 489-509). México, IIA-III-UNAM.
- Gutiérrez del Ángel, Arturo**
2010 *Las danzas del padre sol: ritualidad y procesos narrativos en un pueblo del occidente mexicano*. México, UAM/El Colegio de San Luis/UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Hays-Gilpin, Kelley**
2004 *Ambiguous Images: Gender and Rock Art*. Walnut Creek, California, Alta Mira Press.
- Herrera Maldonado, Daniel**
2012 *Estudio del sitio de arte rupestre 'La Cantera', valle del río Tepehuanes, Durango. Una aproximación a la representación del cosmos chalchihuiteño*. Tesis de Licenciatura en Arqueología. ENAH-INAH, México.
2016 *Formas, valores y ritmos en la tradición pictórica del Arcaico en Durango*. Tesis de Maestría en Historia del Arte. UNAM, México.
2022 *El arte rupestre de los antiguos cazadores-recolectores de Durango. Estudio regional de la Tradición Pictórica del Arcaico*. Tesis de doctorado en Historia del Arte. UNAM, México.
- Herrera Maldonado, Daniel y Chacón Rosas, Ana Laura**
2015 Análisis de las técnicas pictóricas rupestres a partir de su registro con el microscopio digital Celestron. El caso del sitio el Rincón del Canal, Cañón de Molino, Durango. En Gustavo A. Ramírez Castilla, Francisco Mendiola Galván, William Breen Murray y Carlos Viramontes Anzures (eds.), *Arte rupestre de México para el mundo. Avances y nuevos enfoques de la investigación, conservación y difusión de la herencia rupestre mexicana* (pp. 87-103). Tamaulipas, Gobierno del Estado de Tamaulipas/Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes/Conaculta.
2017 The Woman with Butterfly Hair Whorls in Chalchihuites Rock Art of Durango, Mexico. En Ken Hedges y Mark A. Calamia (eds.), *American Indian Rock Art*, vol. 43 (pp. 117-129). California, American Rock Art Research Association.
- Hers, Marie-Areti**
2001a La música amorosa de Kokopelli y el erotismo sagrado en los confines mesoamericanos. En Arnulfo Herrera Curiel (ed.), *Amor y desamor en las artes* (pp. 293-335). México, III-UNAM.
- 2001b Durango en el Clásico. *Arqueología Mexicana*, (49): 62-67. México, Raíces.
- 2006 La sierra tepehuana: imágenes y discordancias sobre su pasado prehispánico. En Chantal Cramaussel y Sara Ortellí (eds.), *La sierra tepehuana. Asentamientos y movimientos de población* (pp. 17-43). México, El Colegio de Michoacán/Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Kindl, Olivia**
2008 *¿Imago mundi o parábola del espejo? Reflexiones acerca del espacio plástico huichol*. En Carlo Bonfiglioli, Arturo Gutiérrez, Marie-Areti Hers y María Eugenia Olavarría (eds.), *Las vías del noroeste*, vol. II: *Propuestas para una perspectiva sistémica e interdisciplinaria* (pp. 425-460). México, IIA-UNAM.
- Lazalde, Jesús F.**
1987 *Durango indígena. Panorama cultural de un pueblo prehispánico en el noroeste de México*. Durango, Impresiones Graficas México.
- Leroi-Gourhan, André**
1984 *Arte y grafismo en la Europa prehistórica*. Madrid, Colegio Universitario-Ediciones Istmo.
- Lewis-Williams, David**
2005 *La mente en la caverna. La conciencia y los orígenes del arte*. Madrid, Akal Ediciones.
- López Austin, Alfredo**
1994 *Tamoanchan y Tlalocan*. México, FCE.
- Lumholtz, Carl S.**
1986 [1900] *El arte simbólico y decorativo de los huicholes*. México, Instituto Nacional Indigenista.
- Neurath, Johannes**
2013 *La vida de las imágenes. Arte huichol*. México, Artes de México/Conaculta.
- Neurath, Johannes y Kindl, Olivia**
2005 Materiales del arte huichol. *Artes de México*, (75): 26-34. México, Editorial Artes de México y del Mundo.
- Punzo Díaz, José Luis**
2014 Diez siglos de habitación de grupos de tradición mesoamericana en la Sierra Madre de Durango. En José Luis Punzo Díaz y Marie-Areti Hers (eds.), *Historia de Durango*, t. I: *Época antigua* (pp. 334-356). México, III- Universidad Juárez del Estado de Durango.

Tsakada, Yoshiyuki

2006 Grandes asentamientos chalchihuiteños de la Sierra Madre duranguense: estudio comparativo entre Cañón de Molino y Hervideros. En Chantal Cramaussel y Sara Ortelli (eds.), *La sierra tepehuana. Asentamientos y movimientos de población* (pp. 45-55). México, El Colegio de Michoacán/Universidad Juárez del Estado de Durango.

Viñas, Ramón, Martínez, Roberto y Deciga, Ernesto

2001 La interpretación del arte rupestre. *Millars: espai i història*, (24): 199-222. Recuperado de: <<https://www.e-revistas.uji.es/index.php/millars/article/view/3132>>.

La historia de la pirámide del Cerrito en El Pueblito, Querétaro.

Noel Morelos García

Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH

Noticia

En memoria de la compañera y maestra Ana María Crespo Oviedo

La Pirámide de El Cerrito oculta un misterio de varios metros, pues esta pirámide se caracteriza por su forma bastante parecida a la de un monte; ha quedado así debido a la erosión natural que sus muros han sufrido, al crecimiento de maleza, humedad y material orgánico. Se le conoce además como la pirámide de “El Pueblito”, por encontrarse próxima a la población del mismo nombre, en el estado de Querétaro, cuya población en crecimiento ha rodeado al sitio (figuras 1 y 2).

En la antigüedad, El Cerrito fue un asentamiento que operó como regulador de la población regional, por lo cual se erigió como centro político y cultural de esta zona. A este sitio accedían varias culturas, como la proveniente de Chupícuaro, aunque también se han obtenido materiales de grupos teotihuacanos, toltecas, chichimecas, otomíes y tarascos, hasta de épocas tan tardías como de 1632. Esto nos indica que este asentamiento era zona de integración cultural y de intercambio de bienes durante el periodo Clásico y el Posclásico. Como se refirió, aún en las etapas coloniales este lugar siguió siendo un sitio en donde se celebraban varias actividades.

En la zona adyacente al basamento piramidal se encuentra la Plaza de las Esculturas, la Plaza de la Danza, el Altar de las Obsidias y el de Los Cráneos,

y El Palacio de los Cuatro Altares. Las investigaciones han permitido inferir que El Cerrito funcionó como un “Tollán”, ya que era un centro ceremonial y político donde se han encontrado las evidencias de varias culturas, como ya se hizo referencia.

La riqueza arqueológica del estado de Querétaro es particular, por tratarse de una zona que formó parte de la fluctuante e irregular frontera entre los pueblos agrícolas mesoamericanos y los grupos de cazadores-recolectores, que genéricamente eran conocidos por los habitantes del Altiplano como “chichimecas”.

En este sitio se han encontrado figuras antropomorfas tipo Chac Mool, atlantes, relieves diversos y diferentes tipos de cerámica, que corresponden tanto a la influyente tradición chichimeca, como a algunas provenientes de los grupos referidos. Se han encontrado piezas de cerámica como vasijas, figurillas y malacates que dan evidencia de redes comerciales con regiones tan lejanas como Tajumulco en Guatemala, la Huasteca en el Golfo de México y Los Altos de Jalisco, al norte.

Este sitio es bastante peculiar, pues como ya se señaló, existe presencia de materiales procedentes de diferentes culturas del Altiplano Central, de la zona de Michoacán y hasta de áreas tan lejanas como la de los mayas. Los habitantes más comunes eran



Figs. 1 y 2 El Cerrito en el municipio El Pueblito en el Estado de Querétaro. Fotos de Ana María Crespo (1984, 1985, 1991).

Figs. 4 y 5 La Casa del Fortín en la cima de la Pirámide de El Cerrito. Fotos de Ana María Crespo (1984, 1985, 1991).



Fig. 3 Pirámide de El Cerrito. Foto de Ana María Crespo (1984, 1985, 1991).

principalmente chichimecas y se mezclaban con otomíes nómadas, y también con tarascos procedentes de Michoacán. Esto lo sabemos porque se han encontrado numerosas evidencias asociadas como ofrendas en los altares y, mucho después de la llegada de los españoles, aún había peregrinaje al sitio. Por ejemplo, ellos colocaron una imagen de la Virgen María dentro del recinto, seguramente para transformar el culto prehispánico mantenido en el sitio por más de mil años.

El Cerrito integró dos tipos arquitectónicos de construcciones: una es el patio hundido y, la segunda, los palacios o salas con columnas. La pirámide se construyó con roca sedimentaria principalmente, es decir, rocas careadas que sirvieron para la edificación de los volúmenes piramidales y de la planta cuadrada o rectangular. El centro ceremonial está construido, también, con muros de piedra caliza, formando

tableros y taludes, además de grandes muros en talud de piedra basáltica recubierta de estuco. En su construcción se utilizaron, incluso, placas de piedra con grabados para decorar muros, altares y banquetas (figura 3).

Su nombre original es “Pirámide del Gran Cue” y se ha descubierto que es una gran plataforma alargada de 130 metros de largo por 30 metros de ancho, desconociéndose la altura original por el grado de deterioro que presenta.

Hoy en día recibe el nombre popular de la Pirámide de El Cerrito o de El Pueblito. Esta zona arqueológica se localiza a 7 km de la ciudad de Querétaro. Las estructuras arquitectónicas fueron construidas en un espacio de suelos poco profundos con afloramientos rocosos, los cuales fueron aprovechados para la edificación de los basamentos y plataformas habitacionales.

Por las evidencias arqueológicas es posible suponer que el sitio fue receptor de distintas culturas a lo largo del tiempo, por ejemplo: del Bajío, chupícuaros y chichimecas; del Altiplano, teotihuacanos; de la zona hidalguense, toltecas y, de Michoacán, purépechas. Las presencias de otomíes nómadas impulsaron el crecimiento de El Cerrito, alcanzando su época de mayor importancia como centro regional vinculado con la expansión tolteca.

Finalmente, en el museo de sitio se pueden apreciar muestras de los materiales propios, así como de aquellos procedentes de los grupos humanos que tuvieron influencia como se ha citado. Por esas características, el sitio de El Pueblito se caracteriza por arquitectura de influencia del Altiplano, con tablero talud, alfardas superpuestas y, en algunos casos, se han detectado aplicaciones de estuco. También practicaron relieves en los tableros que por lo general manifiestan representaciones zoomorfas y fitomorfas.

Es necesario comentar como dato curioso que, hacia 1987, la cima de la pirámide fue modificada para crear una explanada de la que desplanta una construcción con arquitectura de tipo ecléctico y que en la región es conocida como “La Casa del Fortín” (figuras 4 y 5).

Bibliografía

- Acosta, Vicente**
1962 *Compendio histórico de la milagrosa imagen de Nuestra Sra. del Pueblito y su culto*. México, Jus.
- Acuña, René (ed.)**
1987 *Relación de Querétaro. En Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, vol. 9 (pp. 205-248). México, IIA-UNAM.
- Brambila, Rosa y Velasco, Margarita**
1988 *Materiales de La Negreta y la expansión de Teotihuacan al norte*. En Ana María Crespo y Rosa Brambila (eds.), *Primera Reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México*. México, INAH.
- Crespo, Ana María**
1984 *El Cerrito, Querétaro*. México, INAH (Científica).
1985 *El Cerrito, asentamiento prehispánico en Querétaro. Boletín de Antropología inah*, nueva época, (6): 21-25.
1991 *El recinto ceremonial de El Cerrito*. En Ana María Crespo y Rosa Brambila (eds.), *Querétaro prehispánico*. México, INAH.
- Cuevas, Emilio y Noguera, Eduardo**
1931 *Informe sobre la expedición arqueológica a las ruinas de Toluquilla, Ranas y Cerrito en el Estado de Querétaro*. México, Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología-INAH.
- Margain, Carlos**
1941 *El arqueólogo descubre algunos muros principales de la pirámide. Informe y notas arqueológicas*. México, Archivo de la Dirección de Monumentos Prehispánicos-INAH.
- Noguera, Eduardo**
1945 *Vestigios de la cultura teotihuacana en Querétaro. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, época 5, (3): 1-19 (sobretiro).
- VV.AA.**
1986 *Un planteamiento sobre el proyecto constructivo del recinto ceremonial de El Cerrito*. En *El Heraldo de Navidad* (pp. 31-37). Querétaro, Patronato Querétaro.
2010 *El Cerrito, página oficial*. México, INAH. Consultada el 10 de septiembre de 2010.
S.f. *El santuario prehispánico del Cerrito*. En *El oficio de historiar en español*.

Las sedes del poder en Mesoamérica

Linda Manzanila (ed.)
México, IIA-UNAM, 2020

Reseña

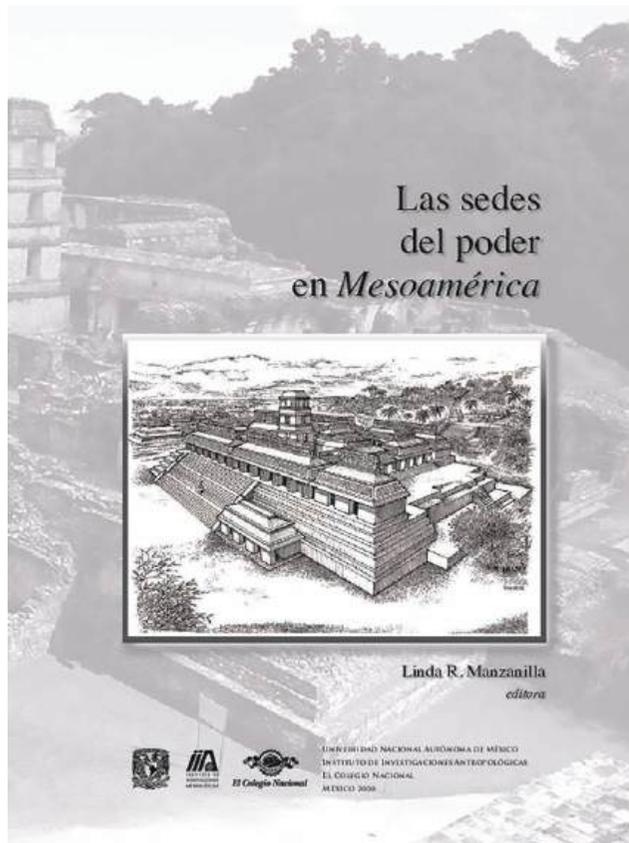
Desde el inicio del presente siglo, el estudio del poder en el mundo antiguo ha sido tema recurrente en la literatura arqueológica desde sus distintas facetas administrativas, políticas o religiosas, y ha dado lugar a una arqueología relacionada con los espacios específicos en donde se ejercieron esas facultades. Linda Manzanilla, experta en la configuración de los procesos de conformación de grupos corporativos y los procesos sociales que dieron lugar a Estados complejos en Mesoamérica, ha coordinado este volumen que sin duda estimulará grandemente a la identificación y mejor entendimiento de los lugares donde el poder fue ejercido.

La introducción es un excelente *state-of-the-art* sobre este tema, señalando los estudios más relevantes en el Viejo Mundo, y mostrando cómo en el caso de Mesoamérica, es el estudio del área maya donde mayormente se han documentado los llamados “palacios”. Sin embargo, desde el inicio se advierte que estos lugares pueden tener funciones residenciales, administrativas o multifuncionales. Igualmente, la ubicación, tipo de construcción y sectores funcionales son muy diversos. A través de estudios arqueológicos recientes en el área maya, centro de México, Michoacán, costa del Golfo y Oaxaca, y durante los periodos Clásico, Epiclásico y Posclásico-Colonial,

inicia este volumen que abre nuevas perspectivas en la investigación arqueológica orientada hacia la exploración de problemas sociopolíticos y económicos de las élites del poder en Mesoamérica.

El primer capítulo de la misma coordinadora del volumen, muestra el complejo de Xalla y los avances de su exploración. Ella plantea la presencia de un palacio multifuncional con énfasis en el ritual y el trabajo artesanal, aunque también ha sido localizada una estructura habitacional. De un tercio aproximado de su exploración, se muestra que está integrado por un esquema cuadripartito en su plaza central, con un templo al centro, lo cual implicaría la presencia de una élite cuyos rituales eran incluyentes dentro del conjunto. La autora nos muestra la impresionante actividad interior de este conjunto con elementos militares, iconografía, música, ofrendas dedicatorias, concentraciones de mica, pintura mural, lapidaria, trabajo de hueso y diversos materiales, que hace de este lugar un sitio excepcional para estudiar el ejercicio del poder en la época Clásica de Teotihuacán.

Enseguida tenemos el caso del complejo arquitectónico del Quetzalpapálotl revisado por Verónica Ortega. Explorado en la década de los sesenta por Acosta y otros, esta área, con accesos desde la Plaza de la Luna, se ha considerado como un palacio.



No obstante, señala la autora, aún no sabemos las funciones específicas de los distintos espacios, por ejemplo, qué actividades tuvieron lugar en los cuartos o recintos del Patio de los Pilares, el más conocido del conjunto. La autora atribuye esta carencia de información a la ausencia de datos arqueométricos, y a la destrucción de que fue objeto el lugar hacia finales de la fase Xolalpan y saqueos posteriores, pero sin presentar nuevas hipótesis. Finalmente, se considera que el lugar, por su suntuosidad, debió ser parte del poder público, pero aún no podemos determinar si tuvo funciones políticas específicas.

El siguiente capítulo trata del Conjunto 1D de la Ciudadela, es decir, el conjunto que se encuentra al norte de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas, repetidamente señalado como un posible espacio de gobierno por René Millon. Ana Jarquín muestra los resultados de sus excavaciones efectuadas a principios de los ochenta, interpretando el posible simbolismo asociado a las siete áreas o recintos que conforman este conjunto. De acuerdo con la autora, algunos estarían asociados al agua; otros al auto-sacrificio, la fertilidad, los ancestros, pero sobre todo, insiste en señalar que estos espacios fueron habitados por personas que poseían conocimientos especiales sobre la religión. Desafortunadamente no se aborda la relación posible entre estos espacios y la Pirámide

de la Serpientes Emplumadas y tampoco queda claro si ambos conjuntos fueron contemporáneos o funcionaron en épocas distintas.

Marcus Winter presenta una revisión de los sitios del poder en el centro de Oaxaca y regiones cercanas de la Mixteca, a través de las distintas fases que se emplean actualmente, desde la fase Danibaán a partir de 500 a.C., hasta el fin de la fase Xoo en 750 d.C. Haciendo una revisión de los espacios que pudieron servir como palacios o residencias de élite, en sitios como San José Mogote, Monte Albán, El Palenque, Yucuita, Atzompa, Lambytienco, entre otros, el autor hace observaciones sobre los contextos y revisa algunas interpretaciones que considera incorrectas. Especial énfasis se hace en el barrio zapoteco de Teotihuacán, durante las fases Tani, y sobre todo, en lo que considera la conquista de Monte Abán por los teotihuacanos durante la fase Pitao (350-500 d.C.), para concluir más adelante con la reorganización y consolidación de las ciudades-Estado en la fase Xoo, en una colaboración que es más bien un resumen de los cambios políticos en el centro de Oaxaca en distintos periodos.

En su colaboración, Claudia Alvarado presenta un resumen de la acrópolis de Xochicalco, mostrando la complejidad de este conjunto arquitectónico y sus posibles usos como un palacio. Aunque señala que aún está por determinarse si los gobernantes residieron aquí, los múltiples patios con cuartos, las áreas anexas con drenajes y espacios para almacenamiento de granos, los temazcales, y las abundantes artefactos suntuarios y religiosos, especialmente de concha y cerámica, son clara expresión de la relación de estos espacios con la práctica del poder. En lo arquitectónico, es muy interesante la existencia de un segundo nivel en la parte central del conjunto, para lo cual debieron hacerse adecuaciones en distintos momentos. Finalmente, el estudio químico de los pisos aporta algunas pistas sobre las actividades específicas practicadas en cada área de este palacio ubicado en la parte más alta y aislada de la ciudad de Xochicalco.

Continúa el capítulo dedicado a la arquitectura, espacios y decoraciones del Gran Basamento de Cacaxtla, a partir de los trabajos de fotogrametría y estudios realizados por Genevieve Lucet. La autora emplea el análisis del espacio construido para hacer reflexiones sobre su uso. Así, la Plaza Norte y sus edificios estarían destinados a la práctica del ritual y reuniones de gobierno, mientras que los cuartos de la Plaza Sur serían más privados, posiblemente áreas habitacionales. A falta de datos arqueológicos que den pistas sobre las actividades en los espacios, se revisan las posibles funciones a través de la

accesibilidad, la visibilidad, la iluminación y los estilos de los edificios. Un señalamiento interesante es que el área del frente oriente, con su amplio acceso, espacios anchos y la presencia de cuexcomates o graneros, debió ser un área semipública para el intercambio de productos con la población local o externa.

Toca su turno a Tajín, enfocado al conjunto palaciego de Las Columnas, para lo cual Arturo Pascual hace una amplia exposición de los temas iconográficos presentes en los relieves de este lugar del Epiclásico, mostrando el linaje de 13 Conejo y su despliegue visual de poder. De aquí, pasa a la descripción del conjunto arquitectónico de Las Columnas y sus distintos edificios, tableros, murales, tumbas y demás elementos arquitectónicos. En esta exposición se presentan comentarios sobre el sentido religioso y político de los espacios, así como su posible función litúrgica o militar. Sin embargo, el texto carece de un mapa ilustrativo de los distintos edificios referidos, lo cual dificulta seguir las ideas del autor sobre la posible multifuncionalidad de este conjunto monumental, que sería de carácter “político-administrativo y escénico-ceremonial”, más no habitacional.

La siguiente colaboración es un resumen de los bien conocidos trabajos de Takeshi Inomata en los sitios de Aguateca y Ceibal, al suroeste de las tierras bajas mayas durante el Clásico tardío. El autor reseña los datos epigráficos y los emplea en relación con los hallazgos arqueológicos y características de varios edificios de Aguateca, abandonados de manera rápida por conflictos regionales, haciendo observaciones interesantes sobre su funcionalidad. En el caso de Ceibal, más al norte, muestra algunos espacios del grupo A, donde posiblemente se encontraba el trono y espacios para reuniones políticas. En la comparación final, se indica que se trató seguramente de espacios multifuncionales para residencia, cocinas, reuniones políticas y ritos y ceremonias, e incluso, actividades artesanales. Las residencias cambiaron de lugar según las vicisitudes políticas, afectando, a la vez, su visibilidad, ya que todas están en espacios elevados, y por tanto, sugiriendo distintos usos.

Más adelante, Kai Delvendahl nos presenta un amplio resumen de sus exploraciones en el palacio de Uxul, asentamiento ubicado al suroeste de Calakmul, en Campeche, donde la dinastía Kaan estableció relaciones de poder entre los años 662-735 d.C. El palacio local posee cuatro patios internos a los que se accede a través del edificio K2, del cual se hace una puntual reseña de las excavaciones que mostraron dos etapas constructivas. El análisis del espacio interno y las tumbas encontradas, además de diversos elementos como baquetas, muros, pinturas y relieves, entre otros, permite al autor hacer una reconstrucción

de los usos cambiantes de estos espacios y su trascendencia política a través del tiempo. Éste es un buen ejemplo de los cambios en el nivel residencial de los palacios durante el periodo Clásico tardío en la región del Petén, detectados a través de la arqueología y epigrafía.

Continúan los ejemplos del área maya con el trabajo de Tomás Barrientos acerca del sitio de Cancuén en el Río de la Pasión. Aquí se encuentra uno de los palacios más grandes del periodo Clásico tardío, entre 600 y 800 d.C., con una extensión de 3.2 hectáreas, 23 edificios y 12 patios, formando una pequeña ciudadela. Ésta se formó en por lo menos seis episodios que han sido reconstruidos a lo largo de más de 20 años de excavaciones e investigación sobre este lugar. Destacan las galerías con personajes en relieve que adornan las fachadas, pero, sobre todo, se trata de un proyecto de largo aliento que ha considerado aspectos funcionales, constructivos, políticos, simbólicos, etc. Cabe mencionar que al inicio del capítulo se presenta una buena síntesis de los estudios sobre estos palacios en el área maya y los indicadores que se han utilizado para su identificación, además de los excelentes dibujos y planos presentados.

El último capítulo sobre los palacios mayas es firmado por William Folan junto a Rosario Domínguez, Joel Gunn y Paulina Poot. El título sobre las cortes reales es demasiado amplio, y los ejemplos seleccionados son principalmente del Puuc, norte de Yucatán y zona lacandona. El caso principal revisado es el de Calakmul, donde se limitan a señalar algunos elementos arquitectónicos y artefactuales que parecen indicar actividades domésticas, rituales y de gobierno, acompañados por algunos dibujos reconstructivos de la autoría de Paulina Poot. Los demás casos mencionados que corresponden a Uxmal, Dzibilchaltún, Sac Balam, Chichén Itzá y Chan Santa Cruz, poco aportan a la discusión, más que nada por falta de planos e información contextual que los respalde, así como una ausencia de discusión sobre los aspectos multifuncionales de estos espacios.

El capítulo siguiente, de José Luis Punzo, nos presenta una revisión de la información disponible para Michoacán. Inicia con la indicación de posibles conjuntos palaciegos en varios sitios del Clásico y Epiclásico, en particular el asentamiento de Tingambato, para luego hacer una detallada reseña de los indicadores históricos y arqueológicos del palacio de Tzintzuntzan, asiento de los *cazonci* o gobernantes purépechas hasta el contacto europeo. La organización y actividades están basadas principalmente en la *Relación de Michoacán*, y esto se complementa con las intervenciones arqueológicas en el lugar, desde 1930 hasta la fecha. Tres áreas o terrazas del sitio son el

posible asiento de estructuras tipo palacio, pero esto queda aún por comprobar. Aquí sólo se comenta sobre los datos disponibles, como líneas de investigación futura para la identificación de este lugar.

Sigue el turno a Susan Toby Evans, quien desde la década de los ochenta del siglo pasado practicó excavaciones en un pequeño *tecpan* o palacio llamado Cihuateopan, en la población de Otumba, Estado de México. Esto ha derivado en publicaciones más detalladas, y bien conocidas, sobre la ubicación y datos disponibles de estas residencias. Asimismo, en relación con el plan y distribución interna de estos espacios, sus funciones, y su organización familiar en los señoríos o *altepeme* del centro de México durante el Posclásico. En el caso presente, resultan interesantes sus comentarios sobre los rasgos multifuncionales de estas construcciones y el enfoque que presenta al final sobre la representación iconográfica de los señores chichimecas y su transformación en gobernantes nahuatizados.

Como colofón de esta colección de estudios sobre el tema de los palacios, Ronald Spores nos presenta un resumen sobre el *tecpancalli* o *aniñe* de Yucundaa, nombre antiguo de Teposcolula, en la Mixteca Alta de Oaxaca, donde se efectuaron excavaciones amplias entre 2004 y 2009. El autor menciona un enfoque “convergente” y “holístico”, es decir, interdisciplinario, para abordar el estudio

de esta antigua ciudad que contiene, entre muchas estructuras excavadas, un extenso palacio con salas especiales, que él describe brevemente, y que al parecer distingue de las áreas anexas, también extensas, de habitación para la élite. Yucundaa es un asentamiento principalmente posclásico, que tuvo continuidad durante la época colonial temprana. En este capítulo se aluden sus principales componentes urbanos sin entrar en muchos detalles.

Las sedes del poder en Mesoamérica es un texto de más de 400 páginas con amplia bibliografía para futura consulta. Como ocurre con las obras de tipo colectivo, algunos artículos son más informativos que otros, dependiendo de la etapa que se haya completado en cada investigación particular y de los resultados obtenidos. Sin embargo, se trata de la primera obra de síntesis que se publica en México sobre este tema de gran actualidad y para el cual existe mucho campo de investigación. Aquí se integran investigaciones terminadas, recientes, o en curso, que actualizan, cada una a su manera, los problemas y métodos a ser evaluados para reconocer los espacios donde se ejerció el poder y sus múltiples funciones.

Es, por tanto, una obra de consulta obligada para los interesados en la complejidad de los conjuntos arquitectónicos llamados “palacios”.

Blas Román Castellón Huerta
Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH

Las colecciones cerámicas de las culturas del Suroeste y Sureste de Estados Unidos

Sara Carolina Corona Lozada
Wendy Patricia Osorio Cemé
Paola González Montero
Edgar Israel Mendoza Cruz

Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas, INAH

Catálogo

Queremos comenzar agradeciendo a la maestra Laura Castañeda por confiar en el trabajo que desempeña el personal del área y permitir que en este espacio se dé a conocer una parte de las actividades que desarrollamos día con día. El apoyo académico que brindó al Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas (DCAC) fue incalculable y estaremos siempre agradecidos con ella. La continuidad de estas publicaciones será en homenaje a su trayectoria de investigación.

Es motivo del presente catálogo, una colección de materiales arqueológicos cerámicos procedentes de las regiones Suroeste y Sureste de Estados Unidos, las cuales pertenecieron a seis diferentes tradiciones culturales previas al contacto con los europeos. Actualmente, el catálogo se encuentra resguardado y organizado en la DCAC, en el área de colecciones del extranjero.

Estos muestrarios pertenecieron a la antigua ceramoteca de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Antropología, donde fueron catalogados por los arqueólogos Beatriz Braniff Cornejo y Jürgen Brüggemann entre 1967 y 1968 (figura 1). Su proceso de clasificación y organización lo realizaron con base en la filiación cultural de los fragmentos cerámicos, por consiguiente, quedaron conformados en seis

muestrarios que incluyen las culturas Woodland, Mississippiana, Anasazi, Hohokam, Mogollón y Salado. Como referencia geográfica se puede decir que las tradiciones culturales Woodland y Mississippiana, pertenecen a las subáreas del Sureste y del valle bajo del Mississippi (Cabrero, 1990: 138), mientras que las culturas Anasazi, Hohokam, Mogollón y Salado se desarrollaron en la subárea del Suroeste (Fish and Fish, 2009).

Estos materiales arqueológicos ingresaron al DCAC en 2009. Posteriormente, en 2019, el personal de investigación del departamento llevó a cabo la identificación y unificación de los muestrarios de acuerdo con la información que se encontró en las etiquetas que incluían al interior; algunas eran las tarjetas de catálogo de la antigua ceramoteca del Museo Nacional de Antropología (figura 2). Estas tarjetas de catálogo contienen datos proporcionados o publicados por los autores del trabajo de investigación arqueológica, por el que se obtuvieron los materiales, y comprende información de procedencia, contexto arqueológico, clasificación tipológica, cultura y cronología, así como los datos derivados de la catalogación en el museo, tal como refiere Gonzalo López Cervantes *et al.* (1982: 6).

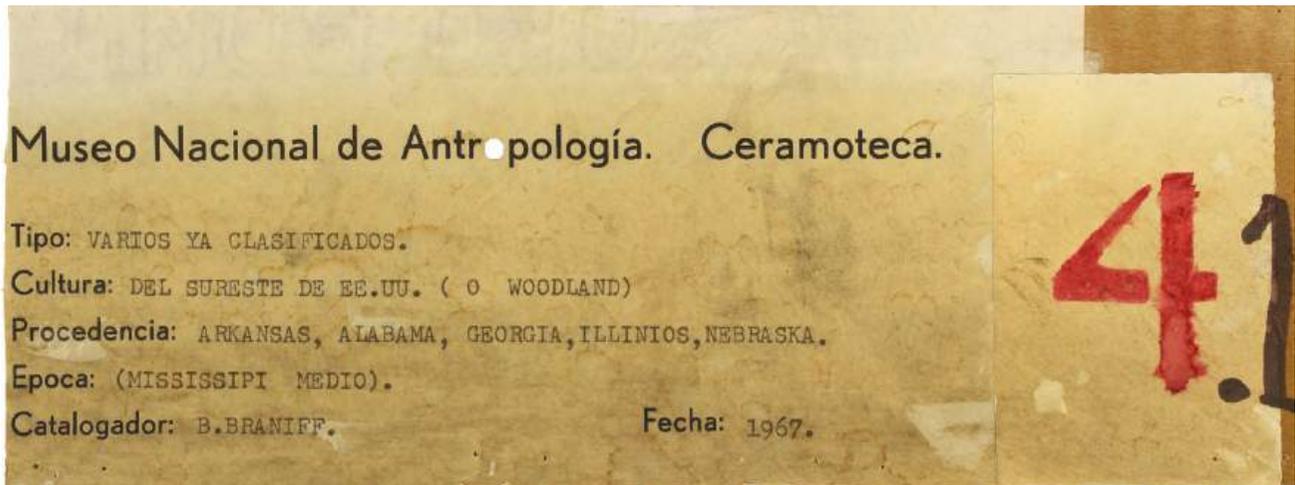


Fig. 1 Ejemplo de etiqueta de caja de cartón procedente de la antigua ceramoteca del Museo Nacional de Antropología.

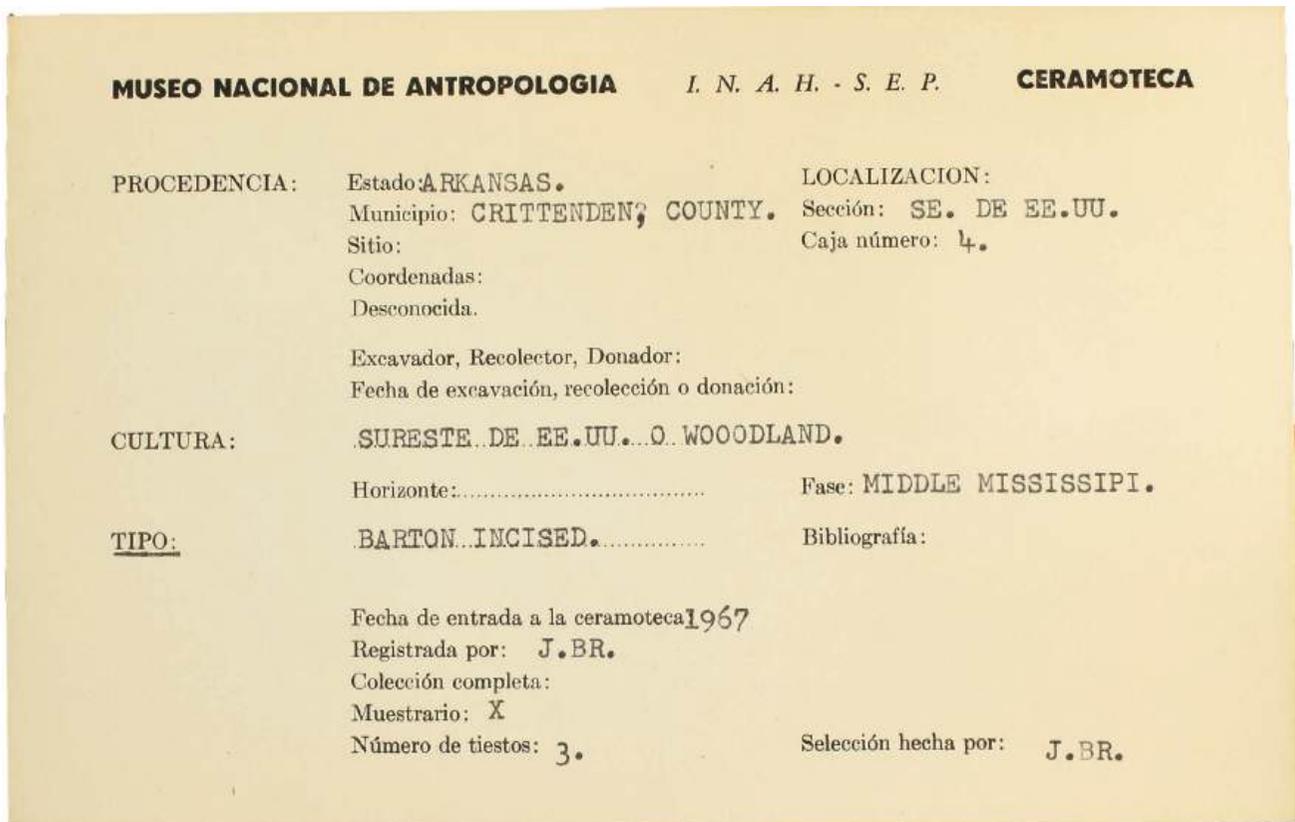


Fig. 2 Ejemplo de tarjeta de catálogo de la antigua ceramoteca del Museo Nacional de Antropología

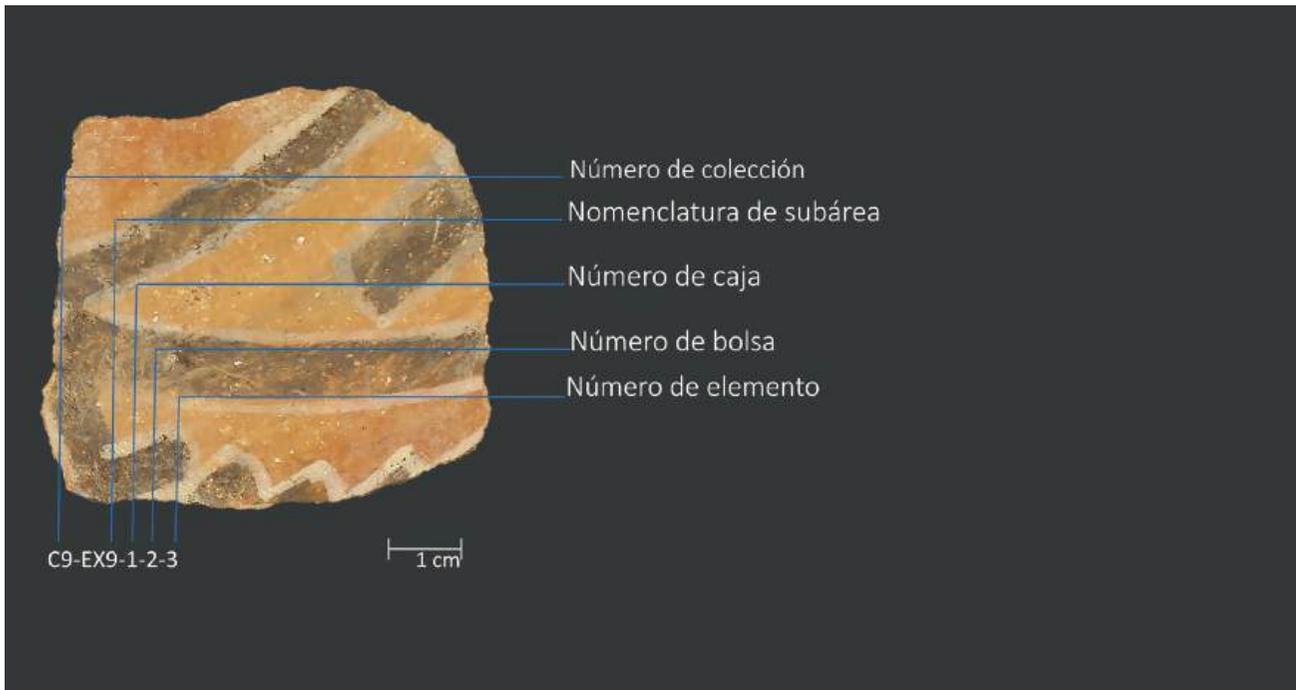


Fig. 3 Ejemplo de nomenclatura para un elemento dentro de una colección.

La información obtenida en los documentos citados, permitió comprender la forma como fueron organizados los materiales arqueológicos; este orden responde, en primer lugar, a la región geográfica y a la tradición cultural, y en segundo lugar, al sitio arqueológico y a una clasificación tipológica. De esta manera, se observó que existen diversos sitios arqueológicos y tipos cerámicos en un mismo muestrario; cada tipo cerámico se encontró organizado dentro de bolsas de plástico.

Primeramente, el personal de investigación del DCAC procedió al cambio de contenedor, se sustituyó la caja de cartón por una de plástico y cada documento fue resguardo de manera apropiada. El siguiente paso fue la agrupación de cada muestrario y la asignación de un número de control interno dentro del acervo del extranjero a cada uno de los seis grupos, quedando numerados de la siguiente manera: 9. Salado, 10. Mogollón, 11. Hohokam, 12. Anasazi, 14. Woodland, 16. Mississippiana.¹ Posteriormente, se procedió con la numeración del total de cajas por muestrario, la

numeración de los grupos (bolsas) que están dentro de cada caja y la numeración de cada elemento del grupo. Con esta labor, cada fragmento posee una nomenclatura única que también funciona como ruta de ubicación física (figura 3). Finalmente, se realizó el registro sistematizado de toda la información obtenida y el proceso concluyó con el registro fotográfico de las colecciones para su respaldo digital y para fines de catalogación, como el que aquí se presenta.²

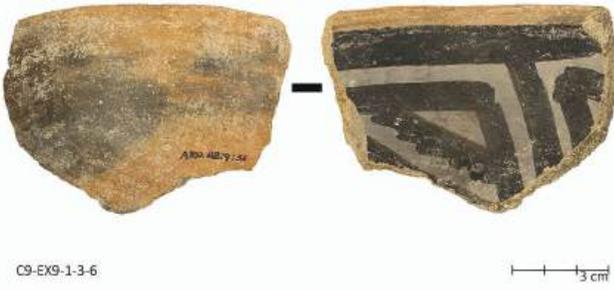
Con base en la cuantificación a partir de la base de datos, se validó un total de 680 ejemplares cerámicos de estas colecciones, pero la cantidad de tiestos varía para cada acervo. El muestrario “12. Anasazi” es el de mayor contenido, con 457 ejemplares, le siguen “11. Hohokam” con 161 tiestos, “14. Woodland” con 34 fragmentos, “9. Salado” con 16 elementos, “10. Mogollón” con 10 tiestos y el más pequeño es “16. Mississippiana” con 2 ejemplares. En este catálogo se presenta parte de estas colecciones, con el objetivo de ejemplificar la variabilidad en cuanto a las tipologías cerámicas de cada muestrario cerámico.

¹ Las colecciones se registran en una libreta única conforme se van revisando; por ello, la numeración no es corrida, pues el repertorio de piezas que se presenta aquí, son una parte de todos los muestrarios suscritos en el control interno del acervo del extranjero. Este registro coadyuva para el control, sistematización y búsqueda de las colecciones que resguarda el Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas.

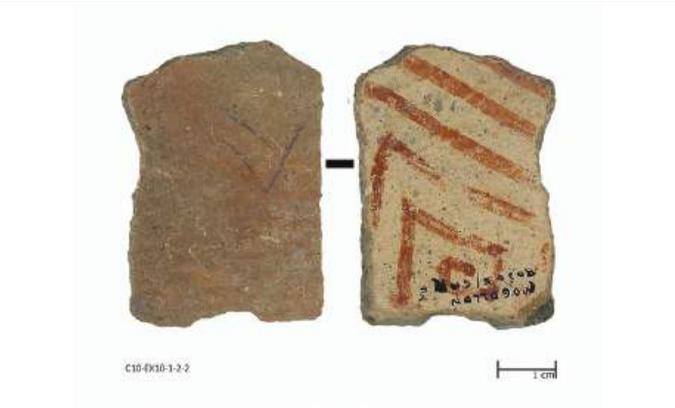
² Todo este proceso de integración, registro y catalogación de las colecciones del acervo del DCAC, se realizó con la colaboración invaluable de Zahira Arias Ramos y Aylin Morales Zacarías, como parte de las prácticas de fin de carrera y servicio social de la ENAH, respectivamente.

<p>Pieza con nomenclatura C9-EX9-1-2-3.</p>	
<p>Cultura (Origen): Salado Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Tucson Polichrome Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 6 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	

<p>Pieza con nomenclatura C9-EX9-1-3-3.</p>	
<p>Cultura (Origen): Salado Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Gila Polichrome Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 6.5 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	

<p>Pieza con nomenclatura C9-EX9-1-3-6.</p>	
<p>Cultura (Origen): Salado Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Gila Polichrome Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.6 Largo o Altura cm (Asignado): 9 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	

<p>Pieza con nomenclatura C9-EX9-1-4-5</p>	
<p>Cultura (Origen): Hohokam Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Tanque verde red on brown Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.7 Largo o Altura cm (Asignado): 9 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	

<p>Pieza con nomenclatura C9-EX9-1-5-3.</p>	 <p>C9-EX9-1-5-3</p>
<p>Cultura (Origen): Salado Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Gila Black on Red Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 6 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Ceme</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C10-EX10-1-2-2.</p>	 <p>C10-EX10-1-2-2</p>
<p>Cultura (Origen): Mogollón Estado (Origen): Sitio (Origen): Clasificación (Origen): Red/Brown Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 5 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Ceme</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C10-EX10-1-3-2.</p>	 <p>C10-EX10-1-3-2</p>
<p>Cultura (Origen): Mogollón Estado (Origen): Sitio (Origen): Alma Clasificación (Origen): Alma Lisa Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 6 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Ceme</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C10-EX10-1-4-1.</p>	 <p>C10-EX10-1-4-1</p>
<p>Cultura (Origen): Mogollón Estado (Origen): Sitio (Origen): Alma Clasificación (Origen): Alma Banded Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.7 Largo o Altura cm (Asignado): 10.5 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Ceme</p>	

<p>Pieza con nomenclatura C10-EX10-1-5-1.</p>	
<p>Cultura (Origen): Mogollón Estado (Origen): Sitio (Origen): San Francisco Clasificación (Origen): San Francisco Rojo Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 7 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	<p>C10-EX10-1-5-1</p>

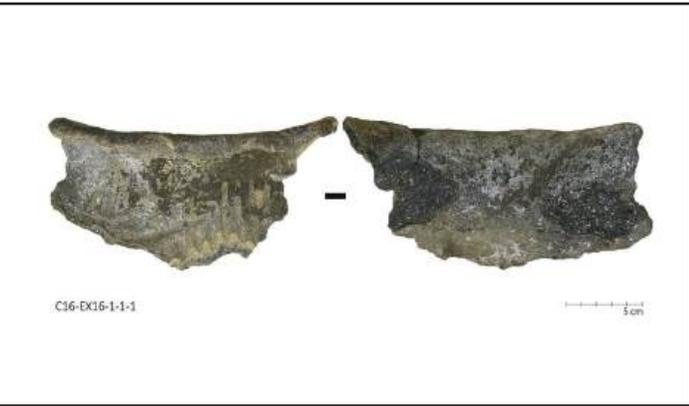
<p>Pieza con nomenclatura C11-EX11-4-1-7.</p>	
<p>Cultura (Origen): Hohokam Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Pantano Red on Brown Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 8.5 Fuente: DCAC. Fotografía y edición: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	<p>C11-EX11-4-1-7</p>

<p>Pieza con nomenclatura C11-EX11-4-2-4.</p>	
<p>Cultura (Origen): Hohokam Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Plain Ware (Unnamed) Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 1 Largo o Altura cm (Asignado): 10 Fuente: DCAC. Fotografía y edición: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	<p>C11-EX11-4-2-4</p>

<p>Pieza con nomenclatura C11-EX11-4-3-4.</p>	
<p>Cultura (Origen): Hohokam Estado (Origen): Arizona Sitio (Origen): The University Indian Ruin Clasificación (Origen): Sells red Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 1 Largo o Altura cm (Asignado): 12 Fuente: DCAC. Fotografía y edición: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	<p>C11-EX11-4-3-4</p>

<p>Pieza con nomenclatura C12-EX12-1-17-4.</p>	 <p>C12-EX12-1-17-4</p>
<p>Cultura (Origen): Anasazi Estado (Origen): Sitio (Origen): Clasificación (Origen): Anasazi Gila Polícromo Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.6 Largo o Altura cm (Asignado): 12.4 Fuente: DCAC. Fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C12-EX12-1-19-2.</p>	 <p>C12-EX12-1-19-2</p>
<p>Cultura (Origen): Anasazi Estado (Origen): Sitio (Origen): Clasificación (Origen): Anasazi St. John Policromo Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.4 Largo o Altura cm (Asignado): 15.3 Fuente: DCAC. Fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C12-EX12-2-1-1.</p>	 <p>C-12-EX12-2-1-1</p>
<p>Cultura (Origen): Anasazi Estado (Origen): Sitio (Origen): Clasificación (Origen): Ningate Negro/Rojo Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.4 Largo o Altura cm (Asignado): 13 Fuente: DCAC. Fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé Edición de la fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C12-EX12-2-5-1.</p>	 <p>C12-EX12-2-5-1</p>
<p>Cultura (Origen): Anasazi Estado (Origen): Sitio (Origen): Clasificación (Origen): Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.4 Largo o Altura cm (Asignado): 7 Fuente: DCAC. Fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé Edición de la fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos</p>	

<p>Pieza con nomenclatura C12-EX12-3-7-32.</p> <p>Cultura (Origen): Anasazi Estado (Origen): Nuevo México Sitio (Origen): Alamogordo Clasificación (Origen): Negro/Blanco Temporalidad (Origen): Espesor cm (Asignado): 0.5 Largo o Altura cm (Asignado): 10 Fuente: DCAC. Fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	 <p>C12-EX12-3-7-32</p>
<p>Pieza con nomenclatura C14-EX14-1-1-2.</p> <p>Cultura (Origen): Woodland o del Sureste de Estados Unidos Estado (Origen): Arkansas Sitio (Origen): Crittenden County Clasificación (Origen): Barton Incised Temporalidad (Origen): Mississipi Medio (época) Espesor cm (Asignado): 0.6 Largo o Altura cm (Asignado): 9.5 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	 <p>C14-EX14-1-1-2</p>
<p>Pieza con nomenclatura C14-EX14-1-8-1.</p> <p>Cultura (Origen): Woodland o del Sureste de Estados Unidos Estado (Origen): Arkansas Sitio (Origen): Mississipi County Clasificación (Origen): Bell Plain Temporalidad (Origen): Mississipi Medio (época) Espesor cm (Asignado): 1 Largo o Altura cm (Asignado): 7.5 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	 <p>C14-EX14-1-8-1</p>
<p>Pieza con nomenclatura C14-EX14-1-9-1.</p> <p>Cultura (Origen): Woodland o del Sureste de Estados Unidos Estado (Origen): Arkansas Sitio (Origen): Crittenden County Clasificación (Origen): Parlsin Puncted Temporalidad (Origen): Mississipi Medio (época) Espesor cm (Asignado): 0.7 Largo o Altura cm (Asignado): 7 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	 <p>C14-EX14-1-9-1</p>

<p>Pieza con nomenclatura C14-EX14-1-11-4.</p> <p>Cultura (Origen): Woodland o del Sureste de Estados Unidos Estado (Origen): Arkansas Sitio (Origen): Lafayette County Clasificación (Origen): Caddo Pottery Temporalidad (Origen): Missisipi Medio (época) Espesor cm (Asignado): 0.3 Largo o Altura cm (Asignado): 10.5 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Marisol Bautista Roquez</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C16-EX16-1-1-1.</p> <p>Cultura (Origen): Mississippiana Estado (Origen): Wisconsin Sitio (Origen): Oshkosh, Wisconsin Clasificación (Origen): Cultura Mississippiana Temporalidad (Origen): Oneota (fase), 1200 AD Espesor cm (Asignado): 0.8 Largo o Altura cm (Asignado): 20 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	
<p>Pieza con nomenclatura C16-EX16-1-1-2.</p> <p>Cultura (Origen): Mississippiana Estado (Origen): Wisconsin Sitio (Origen): Oshkosh, Wisconsin Clasificación (Origen): Cultura Mississippiana Temporalidad (Origen): Oneota (fase), 1200 AD Espesor cm (Asignado): 0.6 Largo o Altura cm (Asignado): 30 Fuente: DCAC. Fotografía: Zahira Arlette Arias Ramos Edición de la fotografía: Wendy Patricia Osorio Cemé</p>	

Bibliografía

Cabrero G. María Teresa

1990. Los problemas de contacto cultural en arqueología. El caso Sureste de Estados Unidos y Mesoamérica. *Anales de Antropología*, (27): 136-176. México, UNAM.

López Cervantes Gonzalo, Federica Sodi Pallares y María de la Cruz Paillés

1982. Notas de Ceramoteca Núm. I-VIII, Museo Nacional de Antropología. México, INAH.

Fish R. Paul y Suzanne K. Fish

2009. La cultura hohokam del sur de Arizona. *Arqueología Mexicana*, (97): 39-45. México, INAH.

REVISTA DE LA COORDINACIÓN
NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

62

Segunda época
diciembre 2020



- Análisis arqueológico del grupo Frey de Bonampak • El itinerario de los tolteca chichimeca • Rayadores y afiladores de la Ciudadela, Teotihuacan
- Ornamentos de concha en Xochitécatl • Pobladores de la región del Altiplano Potosíno y Gran Tunal • Figurillas antropomorfas de barro en el Preclásico de Guerrero • Hiladores prehispánicos. Colección del Museo Regional de Guerrero
 - El antiguo señorío de Calpan, la cerámica y la obsidiana
 - Apuntes sobre el origen de los mexicas
- Formas de vida precerámica en la costa sur del Pacífico mexicano

REVISTA DE LA COORDINACIÓN
NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

63

Segunda época
abril 2021



- Arquitectura de Huexotla. Secuencia constructiva del Templo Mayor
 - El edificio de La Estancia como el Templo Mayor de Huexotla
 - La plataforma del recinto sagrado del Templo Mayor de Huexotla y su desarrollo arquitectónico
- Secuencia constructiva del edificio de La Comunidad y criterios de conservación y restauración
 - Una perspectiva regional desde la Cuenca de México sobre el colapso de Tula y sus repercusiones
 - Desarrollo del Proyecto Paisaje Cultural en Milpa Alta

REVISTA DE LA COORDINACIÓN
NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

64

Segunda época
agosto, 2021



- Cuiculco en la concepción de Piña Chan • Expresión espacial de un centro prominente en la planicie de Tecolutla, Veracruz • Los Tuxtlas y su antigua relación con las tierras bajas mayas • La Cueva del Palmar. Secuencia de ocupación e interacciones culturales
- Píipas de barro de la Sierra Gorda • El Clásico en la cuenca baja del Pánuco. Aproximación a la interacción regional a través del estudio de la cerámica • Un obrador de lojería del siglo XIX en el Puente de los Tecolotes de la Ciudad de México • El contexto y simbología de dos petrograbados en la estructura 1B del sitio Apapatáro II, Huimilpan, Querétaro • La Estela Ruz Buenfil del Museo Nacional de Antropología • Historia y arqueología en los libros de texto gratuitos en la escuela primaria de México

INVITACIÓN A LOS COLABORADORES

ARQUEOLOGÍA recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico.

Procedimiento

Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Ya recibidos los dictámenes, se proporcionará copia a su autor para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. Una vez publicado el artículo, el autor recibirá 10 ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, cinco cuando se trate de dos autores, y dos cuando sean más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos a solicitud expresa del autor o autores.

Requisitos para la presentación de originales

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionará una copia impresa en papel, acompañada de su archivo electrónico en disco compacto (sólo un CD) en programa Word; las gráficas e ilustraciones serán entregadas en archivos separados al del texto, según se indique en los siguientes puntos.
2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán 15 cuartillas y su contenido reflejará, sobre todo, hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1 800 caracteres aproximadamente, con doble interlineado, en tipo Arial de 11 puntos y escritas por una sola cara.
Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (900 caracteres) en inglés y en español; así como las palabras clave del texto, todo dentro del mismo artículo.
3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.
4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría izquierda en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guion.
6. Los números del cero al 15 deberán escribirse con letra.
7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores; año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guion corto: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.
8. Los símbolos de asterisco (*) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.
9. Para elaborar la bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R.S., Nelken-Terner, A., y Johnson, I.W.

1967 *The Prehistory of Tehuacan Valley*. Vol. II. *The Non-ceramic Artifacts*. Austin, The University of Texas Press.

Ball, Joseph W., y Taschek, Jennifer T.

2003 Los policromos palaciegos del Clásico tardío en Cahal Pech, Belice: documentación y análisis. Recuperado de: <<http://www.famsi.org/reports/95083es/95083esBall01.pdf>>

Lorenzo, J. L., y Mirambell, L. (coords.)

1986 *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco*. México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana

1986 Análisis de suelos y sedimentos. En J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco* (pp. 67-76). México, INAH (Científica, 155).

Oliveros, J. Arturo., y De los Ríos, Magdalena

1993 La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono. *Arqueología*, 9: 45-48. México, INAH.

Pérez, L. M., Aguirre, J.P., Flores, A., y Benítez, J.

1994 Los tipos cerámicos en el occidente de México. *Boletín Americano de Antropología*, 27 (4): 23-49.

Lechuga Solís, Martha Graciela

1977 *Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la chinampa*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

González, Carlos Javier

1988 Proyecto Arqueológico "El Japón". Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, México.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.
11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos digitales en baja resolución. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel *bond*, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta, digitalizadas de manera individual, con resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato JPG, TIFF o BMP. Abstenerse de insertar las imágenes digitales en el archivo del texto en Word.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.
13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de los mismos, en un plazo no mayor de cinco días hábiles.

De no cumplir cada uno de estos puntos, el dictamen de su colaboración será detenido hasta nuevo aviso.

Correspondencia

REVISTA ARQUEOLOGÍA

Moneda 16, col. Centro, Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06060.

Correo electrónico:

revistarqueologia@gmail.com
karina_osnaya@inah.gob.mx



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

